Amiano Marcelino
Historia

Edición de
Mª Luisa Harto Trujillo



AKAL/CLÁSICA

En el siglo IV d.C., cuando los romanos advierten que el imperio llega a su fin, cuando la historiografía pagana de la época se centra en el relato puramente anecdótico y panegírico de la vida de los emperadores, o en el mero compendio y resumen de la historia de Roma, surge la figura de Amiano Marcelino.

Este militar de origen griego, buen conocedor de la literatura clásica, participa junto con otros autores y nobles romanos en un intento de restauración de la Roma tradicional, con sus costumbres, su religión, su sistema político y su literatura.

De ahí que Amiano sea «el último gran representante de la historiografía latina», porque, en la parte conservada de su obra (que abarca desde el 353 al 378 d.C.), supo plasmar como ningún otro historiador latino de su época la decadencia del imperio romano.

En sus *Res gestae,* el historiador narra los conflictos en los que se vio inmerso, utilizando para ello un estilo personal y recursos propios de la historiografía, como digresiones, retratos, discursos, patetismo, comparaciones, pinceladas de humildad, alusiones a su objetividad, finalidad didáctica, etc. Con ello crea Amiano una obra única, que refleja muy bien su propia época y la añoranza del pasado glorioso de la vieja Roma.

Mª Luisa Harto Trujillo es profesora titular de Filología Latina en la Universidad de Extremadura. Formada en esta universidad, ha dedicado especial atención a la lingüística latina y al humanismo renacentista, fruto de la cual es su obra sobre los verbos neutros latinos y la transitividad (1994) así como la edición crítica y traducción del *De emendata structura latini sermonis,* la gramática latina de Tomás Linacro (1998), amén de varios artículos y comunicaciones centrados en dichos temas.



Maqueta: RAG

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Tel.: 91 806 19 96
Fax: 91 804 40 28
ISBN: 84-460-0983-8
Depósito legal: M-25.694-2002
Impreso en Materoffset
Colmenar Viejo (Madrid)

Amiano Marcelino

HISTORIA

Edición de
M.ª Luisa Harto Trujillo



Para Marisa y Sole,
mis pequeñas historias

Índice

TRADUCCIÓN

Presentación

Amiano Marcelino, como muy bien queda de manifiesto en la introducción de M.ª Luisa Harto, es el último gran representante de la historiografía latina. Su interés, tanto desde el punto de vista literario, como desde el punto de vista historiográfico, es reconocido por todos los estudiosos. Editar, pues, una buena traducción de Amiano es un paso importante en el proceso de difusión de las fuentes más importantes de la antigüedad latina.

M.ª Luisa Harto Trujillo es una buena filóloga latina. Aparte de su considerable experiencia como profesora titular de Filología Latina de la Universidad de Extremadura, experiencia de la que vienen disfrutando sus alumnos desde hace ya algunos años, posee una agudeza intelectual y una intuición aguda que la convierten en una buena traductora. Las condiciones necesarias para ser traductor son el conocimiento de la lengua de partida y el dominio de la lengua de llegada. Para ser un buen traductor, es necesario, además, estar en posesión de esa agudeza que permite ver matices imprescindibles para comprender el texto en toda su profundidad, y de una habilidad literaria especial que permite llevar a la lengua de destino esos matices. M.ª Luisa Harto conoce en profundidad la lengua de partida, el latín, y conoce bien el latín del Bajo Imperio, con el que está familiarizada desde los estudios que hizo para su tesis doctoral; domina, por

supuesto, la lengua de llegada; posee una aguda intuición que le lleva a descubrir los matices más insospechados que el autor haya podido dejar medio ocultos en su texto; y está dotada de una buena habilidad literaria.

Con todos estos ingredientes –una fuente latina interesante, tanto desde el punto de vista del contenido historiográfico, como por su ambiente socio-político y literario, y una traductora que domina la lengua de partida y la de llegada, que conoce los mecanismos de la traducción y que posee cualidades intelectuales profundas– el resultado tiene que ser bueno. Y el resultado es esta traducción de la obra de Amiano Marcelino, el historiador más importante que podemos encontrarnos en la literatura imperial latina –que abarca varios siglos– después de Tácito.

E. SÁNCHEZ SALOR

Cuadro cronológico

330: Fecha probable del nacimiento de Amiano Marcelino.
351: Galo es nombrado César por Constancio II.
353: Amiano forma parte del ejército romano.
El César Galo es ejecutado por orden de Constancio II.
354-355: Silvano es nombrado emperador y asesinado 28 días después.
355: Juliano es nombrado César por Constancio II.
356: Hazañas de Juliano en la Galia.
357: Llegada triunfal de Constancio II a Roma.
358: Continúan las hazañas de Juliano.
359: Derrota de los romanos en Amida.
359-360: Destitución de Ursicino. Amiano abandona la vida activa.
360: Juliano es nombrado Augusto por el ejército, a pesar de la oposición de Constancio II.
361: Muerte de Constancio II.
363: Campaña persa de Juliano.
Muerte de Juliano.
Amiano se retira a Antioquía.
Joviano es elegido emperador, pero muere a los 8 meses.
364: Valentiniano es nombrado emperador.
Valentiniano nombra a su hermano Valente colega en el imperio, que queda repartido de este modo: Valentiniano, Occidente, y Valente, Oriente.

365-366: Intento de usurpación de Procopio, que es ejecutado.
365-367: Valentiniano, enfermo, proclama Augusto a su hijo Graciano, de 8 años.
375: Muerte de Valentiniano.
Su hijo Valentiniano II, de 8 años, es nombrado emperador.
378: Muerte de Valente en la batalla de Adrianópolis.
Amiano marcha a Roma, donde escribirá su obra.
392: Libanio anima a Amiano a proseguir con las *Res gestae*.
400: Fecha probable de la muerte de Amiano.

Introducción

1. PROBLEMÁTICA: EL AUTOR, LA ÉPOCA, EL AMBIENTE HISTORIOGRÁFICO

A la hora de reflexionar sobre el punto de partida para realizar la introducción sobre este autor y sobre su obra, nos llamó la atención que Amiano Marcelino es considerado por la generalidad de autores como «El último gran representante de la historiografía latina» [1], una historiografía que se habría iniciado muchos siglos antes y que conocerá su último esplendor en el s. IV y, sobre todo, en la figura de Amiano.

Este historiador nos ofrece, pues, el retrato de la crisis del Imperio romano y del mundo antiguo, un mundo ya agonizante, que pronto dará paso al medievo.

Por tanto, al analizar su obra, debemos tener en cuenta la problemática que plantea su propia personalidad, ya que, como él mismo indica, es *miles quondam et graecus*, es decir, es griego y militar, nacido en Antioquía, autodidacta en gran parte y escribe en la etapa final de su vida.

---

[1] Cfr. J. M. ALONSO NÚÑEZ, *La visión historiográfica de Amiano Marcelino*, Valladolid, 1975, pp. 196-197; M. MARTÍNEZ PASTOR, «Amiano Marcelino, escritor romano del s. IV. Perfil literario», *Est. Clás.* XXXIV, 102, 1992, p. 106 y ss.; ROSTAGNI, *Storia della letteratura latina*, Turín, 1964, III, p. 513; N. SANTOS YANGUAS, «Presagios, adivinación y magia en Amiano Marcelino», *Helmantica* 30, 1979, p. 5.

También hay que tener en cuenta el ambiente social, religioso y cultural que rodea su obra, ya que Amiano escribe en el último tercio del siglo IV, uno de los momentos más conflictivos en la historia de Roma, lo cual debe reflejarse necesariamente en las *Res gestae*.

Y, por supuesto, debemos situar a Amiano en el género historiográfico, definiendo su posición tanto respecto al tipo de historiografía que imperaba en su época, como respecto a la historiografía clásica en general.

Conozcamos en primer lugar al autor y a su obra.

2. EL AUTOR: AMIANO MARCELINO

2.1. Su personalidad

Pues bien, ante todo hemos de señalar que, si Amiano es nuestra principal fuente para conocer la sociedad y la cultura del siglo IV, así como para conocer a Juliano y su expedición persa, Amiano es igualmente nuestra fuente principal para adentrarnos en su propia vida, porque lo que conocemos de su actividad es, en gran parte, lo que él mismo nos deja entrever en su obra.

Ahora bien, como comprobaremos, Amiano refleja impresiones, anécdotas personales o datos concretos sobre su participación en algunos sucesos, pero dejando siempre que cierta niebla cubra algunos aspectos de su vida o de su pensamiento (por ejemplo, acerca de su relación con el cristianismo, con determinados nobles romanos, o acerca de la duración de su carrera militar)[2]. Y es que Amiano nos ofrece

[2] Estas incertidumbres han llevado a Momigliano a ironizar sobre el hecho de que, siendo Amiano uno de los historiadores que más habla sobre su propia vida, sobre lo que hizo, vio y escuchó, «he does not even tell us why he, a Greek from Antioch, chose Latin as his literary language. He says very little about the theological controversies of his time and almost nothing about the religious feelings of the people he must have known best. Magic seems to interest him more than theology. Yet theology counted most. He

determinadas anécdotas personales (sobre todo en los libros 14, 15, 18 y 19), que pueden parecer intrascendentes: salva a un joven que iba a caer en manos del enemigo (18,6,11); se le encarga una misión ante el sátrapa de Corduena (18,6,2-3; 18,7,1-2) o su participación en el asedio de Amida (19,2).

Sin embargo, a pesar de ciertas dudas, podemos seguir los puntos esenciales de su biografía:

Nace en torno al 330 en Antioquía[3], en la actual Siria, en el seno de una familia griega noble[4] y, a pesar de sus frecuentes viajes y estancias en Roma, Amiano mostrará siempre gran orgullo por la ciudad que le vio nacer, donde se educó y donde pasó bastantes años de su vida[5].

El siguiente dato que nos ofrece Amiano de su trayectoria le sitúa, ya en el 353, dentro de un cuerpo selecto del ejército, los *protectores domestici*, cumpliendo órdenes de Ursicino, que en aquella época estaba al frente del ejército en la zona oriental del imperio (14,9,1). Con Ursicino compartió Amiano diversas misiones militares durante siete años, uniéndoles auténtica amistad y afecto.

Pero, como indica el propio Amiano, Ursicino fue acusado injustamente de traición al emperador (14,11,2 y ss.) y,

---

was a soldier. But he is apparently not interested in military organization. He has an uncanny ability to describe a character without describing a situation. He never gives himself away. His histories might have for motto his own words: *quisquis igitur dicta considerat, perpendat etiam caetera quae tacentur* (29,3,1). It is symbolic that the greatest feat of his military career was to escape unnoticed from besieged Amida while the Persians were breaking into the city». *The conflict between paganism and christianity in the fourth century*, Oxford, 1963, p. 97.

[3] A pesar de que la fecha del 330 es apuntada generalmente por los estudiosos como fecha de su nacimiento, lo cierto es que no se sabe con seguridad la fecha exacta y podemos situar esta fecha, pues, entre el 325 y el 335.

[4] El propio Amiano se califica en su obra como *ingenuus* (19,8,6; 31,16,9).

[5] Cfr. los elogios que dirige a su ciudad natal en 14,1,9; 14,8,8; 18,6,20; 22,9,14... Realmente, en aquella época, Antioquía era una gran ciudad, residencia imperial, capital administrativa, centro militar e importante foco de cultura, donde, además de Amiano, nacieron Libanio o Juan Crisóstomo.

aunque, tras un período de desgracia, será enviado de nuevo en una misión para someter a Silvano (libro 15), lo cierto es que este general ya nunca fue mirado con buenos ojos en la corte (15,5,36).

Junto a Ursicino, Amiano es enviado a diversas misiones en el Este, llegando incluso a correr gran peligro ante un ataque persa en el asedio de Amida, aunque finalmente logró escapar y pudo unirse a su general (19,1; 19,8,12).

Tras la destitución de Ursicino en el 359-360 (20,2), Amiano deja de tener participación activa en la trama, hecho que es interpretado por algunos autores como signo de que el historiador, desilusionado ante la desgracia de su amigo y superior, pudo abandonar temporalmente el ejército[6].

Sea lo que fuere, en el 363 Amiano aparece formando parte de la expedición de Juliano a Persia y, de hecho, es la fuente más fiel que conservamos sobre esta empresa, aunque no sabemos bien el papel concreto que desempeñaba en dicha expedición.

Lo cierto es que, tras la muerte de Juliano en esta campaña, Amiano abandona la vida militar y se retira a Antioquía, donde pasará un largo período hasta el año 378, aunque hizo viajes a Egipto (17,4,6) y a Grecia (26,10,19).

De este período en su ciudad, Amiano nos relata, por ejemplo, cómo se respiró en el 371 un clima de acusaciones y juicios relacionados con la práctica de la magia, así como con la traición al emperador (29,1,24 y ss.).

Parece verosímil que este largo período de tranquilidad, con un Amiano ya maduro y conocedor del ajetreo de la vida activa y militar, fuera utilizado por nuestro autor para leer gran cantidad de obras antiguas y contemporáneas sobre historia, geografía y ciencia. Sin duda, estas lecturas de los clásicos latinos le ayudaron a mejorar su latín, una lengua que, no lo olvidemos, no era su lengua materna, sino que habría aprendido sus rudimentos en la escuela y en el ejército.

---

[6] Sobre esta polémica, *vid.* G. SABBAH, *La methóde d'Ammien Marcellin: recherches sur la construction du discourse historique dans les Res gestae*, París, 1978, pp. 123-124.

En opinión de Camus, en esta época de estudio y formación, Amiano aprendió a admirar el tono grave de la literatura latina, muy de acuerdo con su propio carácter, lo cual le impulsaría a escribir una obra en latín sobre la historia de Roma[7]. Sea como fuere, lo cierto es que, después de ese año 378, Amiano abandona Antioquía y se dirige hacia Roma, para asentarse en la ciudad y escribir allí la obra que ya había concebido y en la que, tal vez, había comenzado ya a trabajar.

Por supuesto, un hombre de la curiosidad de Amiano tiene que aprovechar el viaje para hacer observaciones luego plasmadas en su obra, por ejemplo, sobre Tracia (22,8,1; 27,4,2; 31,7,6).

Parece que la ciudad de Roma no defraudó sus expectativas (16,10,14-17), aunque sí lo hizo el comportamiento de los romanos a los que Amiano critica en dos largas digresiones (14,6 y 28,4). Tal vez esta crítica se acentúa por el hecho de que Amiano fuera uno de los extranjeros expulsados de la ciudad en el 383 a causa de un período de hambre.

Si fue expulsado, el noble romano Símmaco consiguió pronto su vuelta, y parece que Amiano alcanzó rápidamente cierta posición en la ciudad, aunque siempre se muestra duro cuando trata acerca de la nobleza romana y de su hospitalidad hacia los extranjeros (14,6,12-15).

En Roma viviría ya hasta el final de su vida, en torno al 400 y, en este período, Amiano siguió escribiendo su obra y realizando lecturas públicas en las que parece que alcanzó un notable éxito.

---

[7] P. M. CAMUS, *Ammien Marcellin. Témoin des courants culturels et religieux à la fin du IVè siècle*, París, 1967, p. 50. Acerca del predominio del aspecto militar o cultural en su vida, pensamos que ambos elementos son importantes y que, si la obra de Amiano es tan rica es, entre otros motivos, por la mezcla de ambos factores. Así, junto a la experiencia personal y militar del autor, se advierte que conocía gran parte de la literatura clásica. Este conocimiento, en opinión de Blockley, se basa en tres elementos esenciales que se manifiestan en la obra de Amiano: conocimiento de la práctica de la declamación; estudio de los clásicos griegos y latinos; y conocimiento de los principales nombres y sucesos de la historia de Grecia y Roma. Cfr. R. C. BLOCKLEY, *Ammianus Marcellinus. A study of his historiography and political thought*, Bruselas, 1975, pp. 8-9.

En resumen, la vida de Amiano es una vida rica e intensa, es la vida de una persona culta pero dedicada también a la carrera militar, una persona que supo aprender la lengua latina y escribir una historia de Roma en latín, una persona curiosa que supo plasmar en su obra, en sus digresiones y análisis lo aprendido en sus viajes y lecturas, una persona integrada en su época y consciente, pues, de su pasado, de su presente y de un futuro incierto.

2.2. Caracterización general de su obra

La obra de Amiano se ha transmitido con el título de *Res gestae*, hecho que la incluye en un subgénero de la historiografía clásica.

En efecto, ya Sempronio Aselión, en el siglo I a.C., había diferenciado las *res gestae* de los *annales*, comparando los anales con un diario escueto, frente a las *res gestae*, que se interesan por las causas y motivaciones de los sucesos:

«*Verum inter eos qui annales relinquere uoluissent, et eos qui res gestas a romanis perscribere conati essent, omnium rerum hoc interfuit: Annales libri tantummodo quod factum, quoque anno gestum sit, ea demonstrabant ita, quasi qui diarium scribunt, quam Graechi ephemerida uocant. Nobis, non modo satis esse uideo quod factum esset, id pronuntiare, sed etiam quo consilio quaque ratione gesta essent demonstrare*» (fr.1-2).

Así pues, las *res gestae* tienen características de anales, porque narran los sucesos año a año, pero también de *historiae*, porque se centran sobre todo en los sucesos contemporáneos, e intentan profundizar en las causas que influyeron en los sucesos.

Estas características se dan claramente en la obra de nuestro autor, lo cual nos empuja a aceptar para su obra ese título de *Res gestae*, que aparece citado por Prisciano (Keil II, 487,1).

En cuanto a la fecha de composición, Libanio dirige en el 392 una carta a un tal Marcellinos (epístola 1063), donde se

nos dice que sus *Res gestae* eran leídas públicamente y le anima a dar a conocer una segunda parte de la obra, que podía estar ya en preparación. Este hecho ha llevado a distintos autores a hablar de dos partes en la obra, e incluso de dos obras, y a precisar las fechas de composición, fechas que, en términos generales, se sitúan entre el 382 y el 397.

Las dudas en torno a la obra aumentan también por el hecho de que los 31 libros que la componen tratan desde el 96 d.C. (nombramiento de Nerva) hasta la muerte de Valente (378 d.C.), es decir, casi 300 años. Pero se han perdido los 13 primeros libros, que tratarían desde el 96 hasta el 353 (más de 200 años), mientras que los 18 libros restantes, los que conservamos, abarcan sólo 25 años, de manera que se percibe un cambio sustancial en el tratamiento del contenido.

Ahora bien, para nosotros, este cambio no significa que estemos ante dos obras distintas, sino ante dos posiciones distintas respecto a los hechos: a partir del 353 Amiano es protagonista y relata acontecimientos presenciados por él mismo. Por eso, en el comienzo del libro 15 coloca un párrafo programático donde incide en la importancia de la *ueritas* unida a la *autopsia* o al relato de los protagonistas, y critica igualmente la *breuitas*, que elimina datos dignos de conocerse, lo cual puede tomarse tanto como un alejamiento de los breviarios y epítomes de la época, como de su propia actitud globalizadora de los primeros libros: «En lo que he podido conocer la verdad y siguiendo el orden de los distintos sucesos, he narrado aquello que he contemplado personalmente, o bien lo que he logrado conocer interrogando minuciosamente a los protagonistas.

»Los restantes hechos, como muestran los libros siguientes, los expondré con sumo cuidado en la medida de mis fuerzas, sin temer en absoluto las posibles críticas contra una obra que puede parecer larga. Y es que la brevedad tan sólo debe ser objeto de alabanza cuando, eliminando una extensión inapropiada, no resta nada al conocimiento de los hechos» (15,1,1).

Así pues, en la estructura de la obra, podríamos señalar tres grandes partes:

1) Los 14 primeros libros, que relatarían de forma escueta los sucesos acaecidos desde el 96 hasta el 353, fecha en la que Amiano comienza a intervenir directamente en los hechos como militar a las órdenes de Ursicino[8].

2) Libros 15 a 25, caracterizados por la *ueritas* y el relato de hechos cercanos al autor. Estos libros estarían ya concluidos en el 392, y serían conocidos por el público, habiendo cosechado un gran éxito. Además, es posible que la primera intención de Amiano fuera terminar su obra en este libro 25, con la muerte de su héroe, aunque el éxito le empujó a continuar. Estos libros tratan, pues, desde el 353 hasta el 363, fecha de la muerte de Juliano[9].

3) Libros 26 a 31. Estos libros los habría compuesto Amiano entre el 392 y el 397, animado por el éxito de los anteriores, y se caracterizarían, según palabras del propio Amiano, por el peligro que supone para un historiador narrar acontecimientos contemporáneos, ya que se centra en los reinados de Valentiniano y de Valente (26,1,1: «Una vez narrados con todo el esmero posible y manteniendo el orden los hechos acaecidos hasta una época próxima a la actual, sería conveniente no adentrarnos en asuntos demasiado cercanos, para evitar los peligros que conlleva decir la verdad y para no tener que soportar después las duras críticas de los que examinen mi obra»).

---

[8] Como se nos han perdido trece libros de las *Res gestae*, no podemos afirmar con seguridad cómo realizó Amiano el paso de los hechos pasados a los contemporáneos, aunque este paso, en opinión de R. Syme, se podría haber producido en torno al libro 10, cuando Amiano narrara la muerte de Constantino (337). Por contra, en opinión de A. Momigliano, el cambio se habría producido de forma gradual, hasta llegar al libro 15. Cfr. R. SYME, *Ammianus and the Historia Augusta*, Cambridge, 1968, p. 8; A. MOMIGLIANO, «The lonely historian Ammianus Marcellinus», *ASNP* 4, 1974-1975, p. 1397.

[9] Sin embargo, autores como J. Matthews no creen que el plan de Amiano fuera llegar sólo hasta el libro 25, porque el relato de la usurpación de Procopio (narrado en el libro 26), dada la calidad de su narración, los relatos y la simetría, parece planeado desde el principio. *The Roman Empire*, p. 204.

En esta distribución, nos parece significativa la existencia de dos pasajes programáticos justo en el comienzo de los libros 15 y 26 (2.ª y 3.ª parte), así como de un epílogo final en la conclusión de la obra, pasajes en los que, a nuestro parecer, destaca la modestia de Amiano (lugar común de la literatura latina), junto a su preocupación por la *ueritas* y la objetividad del relato.

Ahora bien, las opiniones en torno a la estructura de la obra varían y, como hemos señalado, desde el siglo XIX se ha apuntado incluso que, en realidad, nos hallamos ante dos obras [10], basándose para ello en que Amiano parece repetir en los libros conservados digresiones ya presentes en los libros perdidos.

Sin embargo, en nuestra opinión, nos hallamos ante partes diferenciadas de una obra, pero no ante dos obras distintas.

Desde luego, un hecho que constituye una enorme dificultad es la desaparición del prólogo general de las *Res gestae*, que aparecería en esos primeros libros perdidos, aunque en el último libro de la obra Amiano introduce un epílogo:

«He narrado los hechos comprendidos entre el principado de Nerva y la muerte de Valente, en la medida en que me lo permitían mis fuerzas, siendo yo como soy antiguo militar y griego. Nunca he intentado, en mi opinión, corromper la verdad a sabiendas, ni con omisiones, ni con mentiras. Que escriban la continuación aquellos que estén en condiciones ya por su edad o por sus conocimientos» (31,16,9).

En él, Amiano comienza exponiendo la posición desde la que escribe su obra: es un antiguo militar y es de origen griego; así como el contenido (desde el reinado de Nerva hasta la muerte de Valente), con lo cual se muestra como continuador de Tácito y de sus *Historiae*. Además, proclama su objetividad e introduce algunos tópicos propios de la *humilitas* del historiador y del autor latino en general.

En cuanto a su presentación como *miles quondam et graecus*, para nosotros, obedece también en gran medida a su afán

---

[10] Cfr. H. MICHAEL, *Die verlorenen bücher des Ammianus Marcellinus*, Breslau, 1880.

por la objetividad oponiéndose así a la historiografía de su época, ya que Amiano se presenta como un militar experimentado, que conoció y participó en los hechos, pero también como *graecus*, es decir, como alguien que podía contemplar los sucesos desde una posición objetiva y, en cierta medida, elevada en el aspecto cultural [11], pero a la vez modesta, ya que Amiano, como soldado y como griego, puede cometer errores de estilo. No en vano, son insistentes las muestras de humildad de nuestro autor.

Otro hecho que nos parece interesante es el dato de que Amiano diera a conocer parcialmente su obra en lecturas públicas. En efecto, si nos atenemos a la carta de Libanio, en el 392 Amiano habría dado ya a conocer los 25 primeros libros, obteniendo un gran éxito, lo cual le anima a continuar su composición.

Y lo cierto es que son numerosos los datos en el estilo y en la composición que nos hacen pensar que Amiano escribió su obra sin olvidar a ese público que escucharía las recitaciones [12]. Un ejemplo son las largas descripciones, con alusiones claras a los modelos clásicos (Salustio o Tácito), que serían reconocidas por el público; también las largas digresiones, algunas de ellas llenas de exotismo, donde se contaban las maravillas de la naturaleza y de la labor del hombre (es el caso de la digresión sobre Egipto en 22,15,1-16); o la inclusión de tópicos reconocibles, como la presentación de los galos como borrachos y comilones (15,2,4; 22,12,6).

Así pues, Amiano se enfrenta a una empresa sumamente ambiciosa desde todos los puntos de vista: desde el punto de

---

[11] Cfr. G. SABBAH, *op. cit.*, p.16 o 535-536, donde comenta que esta autodescripción permite a Amiano presentarse como «de ningún grupo, ni de ninguna patria, ni país». En 1967, Stoian argumenta que *graecus* implica la posición de Amiano desde el punto de vista político, económico, social e ideológico como griego y como pagano («A propos de la conception historique d'Ammien Marcellin, *ut miles quondam et graecus*», *Latomus* 26, 1967, pp. 73-81). A pesar de su crítica a G. Sabbah, pensamos que esta opinión no está tan alejada de la del propio Sabbah. Sobre esta polémica, véase asimismo J. Heyen, «A propos de la conception historique de Ammien Marcellin», *Latomus* 27, 1968, pp. 191-196.

[12] Cfr. R. Syme, *Ammianus...*, p.11 y ss.

vista literario, se aleja de las corrientes de su época y sigue la pauta de los grandes historiadores clásicos (Salustio y Tácito). Y, desde el punto de vista histórico, político y social, Amiano, mostrándose siempre objetivo, conocedor de los hechos y tolerante, refleja la historia de Roma adentrándose en los hechos y exponiendo las causas de la crisis del imperio romano.

Roma y la Romanidad son el tema central de su obra, una obra de carácter pragmático, moralizante y nostálgico, que critica el comportamiento de esos romanos que están haciendo sucumbir el imperio. Pero también una obra amena, que tuvo que encandilar al público que escuchaba las recitaciones, y que se enmarca en el interés enciclopédico y etnográfico de la época imperial, con gran cantidad de digresiones, descripciones y retratos.

3. EL AMBIENTE SOCIO-POLÍTICO EN EL SIGLO IV

3.1. Conflicto socio-político

Una vez introducidos en el autor y en su obra, veamos también cómo transcurre, desde todos los puntos de vista, el siglo que le toca vivir.

Desde luego hay pocas etapas tan conflictivas en la historia de Roma. Amiano escribe en el último tercio del siglo IV, cuando Roma se debate entre problemas internos y externos.

En el interior, a pesar de que Amiano parece integrado en la aristocracia romana y comparte su preocupación por el futuro del imperio, sin embargo, en dos largas digresiones (14,6 y 28,4) nuestro autor critica duramente la actitud de esos mismos aristócratas, centrándose en los siguientes puntos:

Falta de cultura: «De este modo, los pocos hogares que antes eran respetados por el cultivo serio de los estudios, ahora se dejan llevar por los deleites de una pereza que los enerva, resonando con canciones y con el sonido de instrumentos de viento y de las liras. Y así, en lugar de un filósofo se reclama a un cantante, y en lugar de un orador a un experto

en artes lúdicas. Y mientras que las bibliotecas, a manera de sepulcros, permanecen siempre cerradas...». (14,6,18).

Derroches, vicios y corrupción: «Otros, sin que nadie les pregunte siquiera, reflejan una severidad fingida en su rostro y hablan de un patrimonio elevado hasta la inmensidad, multiplicando los frutos anuales de unos cultivos que ellos consideran fértiles, y que se jactan de poseer desde la mañana hasta la noche, ignorando de hecho que sus mayores, por quienes tanto se ha extendido la grandeza romana, no brillaron gracias a sus riquezas, sino a guerras especialmente crueles, y que consiguieron superar todo lo que se les ponía enfrente no distinguiéndose de los soldados rasos por sus recursos, su modo de vida o la riqueza de sus vestidos, sino por su valor.» (14,6,10).

Hipocresía y falta de hospitalidad: «También en la actualidad, si te diriges como un honrado extranjero a saludar a alguien rico, y por tanto orgulloso, en principio serás bien recibido... Pero cuando, confiado en esta amabilidad, hagas lo mismo al día siguiente, te quedarás en la puerta como un desconocido que llega de repente. Y mientras el que te animaba el día anterior va saludando a los suyos, a ti te preguntará una y otra vez quién eres y de dónde vienes... Y es que evitan a los hombres eruditos y sabios como si fueran infaustos e inútiles.» (14,6,12-15).

Tampoco la plebe sale bien parada, ya que aparece como ociosa, materialista y desocupada:

«Y ahora vayamos a la plebe, ociosa y desocupada... Éstos, todo lo que viven, lo malgastan en vino, dados, juegos, placeres y espectáculos. Para ellos, su templo, su hogar, su asamblea y la esperanza de todos sus deseos es el Circo Máximo.» (28,4,28-29).

Y esta situación de crisis se da tanto en Roma como en las provincias, donde reina el desorden y el descontento.

En cuanto al exterior, las fronteras son escenario continuo de batallas y de invasiones bárbaras. Por eso, dado el nacio-

nalismo de Amiano, los bárbaros aparecen como violentos e incultos (14,4,2-6, 15,2; 18,12; 31,2) y son comparados con animales: *bestiae* (31,8,9); *ferae* (31,9,1; 31,15,2; 27,4,4; 27,4,9; 23,6,13).

Por tanto, cuando se dice que Amiano manifiesta en su obra una actitud aristocrática, hemos de señalar que, si bien nuestro autor se integra en la nobleza romana y comparte su preocupación por Roma, sin embargo, está alejado de los modos de vida y del pensamiento de los senadores romanos. Aunque pueda tener relación con los círculos cultos de la aristocracia, su actitud, más que clasista, nos parece propia de un hombre maduro, moralista y reflexivo.

Incluso, como apunta M. Martínez Pastor, a veces Amiano da cierta impresión de aislamiento o de soledad [13], y refleja la misma crítica de tono moral que advertimos en autores latinos de todos los tiempos, tanto de época clásica (Horacio, *Epod.* 16; *Carm.* 3,6; Salustio, *Catil. passim...*), como de época imperial y tardía (Veleyo 2,1; Jerónimo, *Epist.* 60,16; 123,16-17; Agustín, *Sermo* 81,8). Este carácter moral de su obra motiva el que, con la excepción de las digresiones citadas, la crítica, con frecuencia, se individualiza mediante detalles, y así los ataques bárbaros son culpa de romanos concretos.

Por tanto, Amiano es un ciudadano honesto, que conoce bien la terrible crisis que está viviendo el imperio y que, a pesar de sus críticas, manifiesta una actitud similar a la de una minoría de nobles romanos conscientes de la situación, una actitud que, como veremos, tiene tres características esenciales:

– Recuerdo nostálgico de la Roma antigua, con su grandeza y sus valores tradicionales.

– Fidelidad al politeísmo y a la religión tradicional, como uno de esos valores de la Roma clásica.

– Amor a la literatura y a la cultura romana.

---

[13] M. Martínez Pastor, «Amiano Marcelino...», *Est. Clás. XXXIV, 102, 1992*, p. 111.

Cuando analicemos el pesimismo o el fatalismo de la historiografía clásica, presente también en Amiano, ahondaremos más en esta idea, pero lo que sí podemos reflejar ahora es que Amiano es consciente de la enorme problemática política, militar, histórica, social, religiosa y literaria de su época, y pensamos que su obra representa un esfuerzo inteligente para comprender el imperio en su ocaso.

3.2. Conflicto religioso

Las características mencionadas, que definen la postura de la aristocracia senatorial, están fuertemente ligadas entre sí, de manera que el recuerdo nostálgico del pasado romano y de sus grandezas está unido a la defensa del politeísmo, de la cultura y de la literatura clásica.

Ya hemos apuntado la honestidad de Amiano en su visión de la política y de la sociedad romana, pero veamos también cómo se refleja esta actitud en la religión y en la literatura.

En cuanto a la religión, sabemos que, desde los comienzos del imperio, el cristianismo había ido fortaleciéndose poco a poco y que, a pesar de las persecuciones de Diocleciano (284-305) o de Galerio (305-311), a finales del s. IV estaba a punto de convertirse en la religión oficial del imperio [14].

Así pues, el siglo IV es un siglo conflictivo también en el ámbito religioso porque, frente al creciente poder del cristianismo, asistimos a un intento de restauración de la religión tradicional, protagonizado sobre todo por los círculos cultos y aristocráticos que rodeaban al emperador. Esta resistencia pagana, promovida por Símmaco, Eunapio, Oribasio o Libanio, se basa en la creencia de que, mientras Roma fue pagana, su imperio fue floreciente, y que la crisis se debe en gran medida al olvido de la religión tradicional y al auge del cris-

[14] No en vano, después de la reacción pagana bajo el reinado de Juliano (360-363) y de la prudente tolerancia de Valentiniano I (364-375), en el año 379, con Teodosio, llegó al poder una dinastía de emperadores cristianos y, ya en el 380, el paganismo fue proscrito por ley.

tianismo. Asistimos así, por ejemplo, al intento de Símmaco de restaurar el altar de la Victoria en el senado (símbolo de la Roma tradicional pagana). Pero ¿cuál es la actitud de Amiano ante este asunto?

Una vez que hemos visto su posición ante el conflicto político y social, defendiendo las viejas tradiciones romanas, pero siempre con moderación y actitud moralizadora sincera, pensamos que su actitud religiosa es consecuente con este carácter.

En primer lugar, es evidente que Amiano no es cristiano, pues, de hecho, es fácil advertir en su obra que no está familiarizado con los ritos cristianos («fue nombrado diácono, según la terminología de los cristianos» en 14,9,7)[15].

Además, critica hechos puntuales sucedidos entre los cristianos, como las luchas por el papado (22,11,3 y ss.).

Sin embargo, también elogia otros hechos, como la vida sencilla de los obispos provinciales (27,3,15), la forma en que soportaban el martirio (22,11,10). No en vano, termina denominando al cristianismo «religión clara y simple» (21,16,8). Parece, pues, como si Amiano reconociera al cristianismo determinados valores opuestos a la magia y a la superstición, y siempre que se mantuviera como una religión *absoluta et simplex*, es decir, alejada de luchas por el poder y de las desviaciones dogmáticas.

De esta forma, observamos que la cuestión religiosa está siempre presente en las *Res gestae*, y que la actitud de Amiano, si bien puede calificarse de pagana, sin embargo, está marcada por la tolerancia.

---

[15] Otros pasajes similares aparecen en 15,7,7; 21,2,5; 21,16,18; 27,10,2; 31,12,8, etc. Como indica N. Santos Yanguas, las *Res gestae* pueden servirnos como punto bastante significativo para conocer la importancia del cristianismo en la época, de manera que, por las escasas noticias que se nos ofrecen, parece que el cristianismo no era todavía un fenómeno demasiado extendido. Eso sí, acerca de este tema, Amiano sí resulta algo más explícito que la mayor parte de los autores paganos de la época, como podemos comprobar si comparamos su obra con la de Macrobio. Cfr. «Ammiano Marcelino, Teodosio y el cristianismo», *HAnt*, 1996, especialmente, pp. 434 y 437.

Incluso critica a su admirado Juliano por el edicto que prohibía la enseñanza a los maestros cristianos y califica este edicto como *inclemens* (22,10,7 y 25,4,10). Y es que esta medida no era propia de la *grauitas* romana, ni del ideal de Amiano, que soñaba con una Roma eterna, pero dotada de justicia interior y exterior, paz y tolerancia. Esta tolerancia es, para nosotros, la principal característica de la actitud religiosa de Amiano en su obra, de manera que no nos extraña que sea ésta, precisamente, la cualidad que Amiano destaca en Valentiniano: «Finalmente, su principado destacó por la moderación, ya que se mantuvo neutral entre las distintas religiones. No atacó a nadie, ni le ordenó que siguiera un culto u otro. No utilizó edictos amenazadores para obligar a sus súbditos a seguir su propia religión, sino que permitió que estos cultos siguieran tal como los encontró». (30,9,5).

Así pues, Amiano, a pesar de que su posición parecería indicar una defensa a ultranza de la religión tradicional, no critica ni defiende el cristianismo, sino que manifiesta una actitud de tolerancia. Ello nos lleva a plantearnos a qué se debe este hecho.

Pues bien, en los distintos estudios sobre la obra de Amiano, hemos encontrado respuestas a esta cuestión en dos sentidos:

a) En opinión de Camus, Amiano no percibió la importancia del cristianismo. Nuestro autor aparece siempre como un espíritu práctico, alejado de temas teológicos y para quien la religión era más un tema personal que una cuestión de estado[16].

b) En cambio, para Thompson y otros autores, la actitud tolerante de Amiano está encubriendo sus verdaderos sentimientos paganos. Hay que tener en cuenta que, en su época,

---

[16] P. M. CAMUS, «Ammien Marcellin...», pp. 259-261. En términos generales, a esta postura se suma también N. Santos Yanguas, en su artículo «Ammiano Marcelino, Teodosio y el cristianismo», *HAnt* 1996, pp. 433-446.

el cristianismo estaba alcanzando cada vez más poder, por lo cual era arriesgado expresar críticas contra esta religión [17].

De hecho, como hemos visto, Amiano indica al final de su obra que, para un historiador, es comprometido tratar hechos contemporáneos:

«Una vez narrados en orden y con todo el esmero posible los hechos acaecidos hasta una época próxima a la actual, sería conveniente no adentrarnos en asuntos demasiado cercanos, pues así evitaría los peligros que conlleva decir la verdad y no tendría que soportar después las duras críticas de los que examinen mi obra.» (26,1,1).

Y, desde luego, en los seis últimos libros no se trata el aspecto religioso, hecho nada raro si tenemos en cuenta que fueron los últimos libros que se escribieron y que, a partir del 392, Teodosio, influido por Ambrosio, endureció mucho su política contra los paganos [18].

Por eso, como indican Thompson o Syme [19], si sólo tuviésemos los últimos seis libros de las *Res gestae*, los que narran los sucesos más cercanos al autor, sería difícil probar que Amiano no era cristiano, cosa que podemos decir también de Aurelio Víctor, Eutropio, Rufio Festo o Claudiano.

Personalmente, creemos que ambos factores pueden haber influido en la «tolerancia» de Amiano. Por una parte, parece un hombre más preocupado por cuestiones políticas y militares que por las religiosas. Además, parece más preocupado por la integridad moral del individuo que por su religión concreta. Y, por otra parte, no podemos olvidar que el cristianismo estaba alcanzando gran pujanza en su época, por lo cual no es extraño que Amiano, un griego que vivía y escribía en Roma, intentara no crearse más enemistades por motivos religiosos.

Lo cierto es que Amiano tampoco parece realmente convencido de su creencia en el paganismo tradicional. Es como

[17] E. A. Thomson, *The historical work of Ammianus Marcellinus*, Groningen, 1967, pp. 116-117.

[18] Cfr. E. A.Thompson, *The historical work...*, p. 114.

[19] E. A. Thompson, *ibid.* pp. 116-117; R. Syme, *Ammianus...*, p. 13.

si, en el ámbito religioso, ocupara una posición intermedia entre el politeísmo tradicional romano y el monoteísmo cristiano. Sería algo así como un politeísmo jerarquizado.

Ésta es la conclusión a la que llega Camus después de analizar los términos utilizados por Amiano referidos a la divinidad[20], ya que, frente a los nombres de las deidades particulares, el término más utilizado es *numen*, un *numen* al que Amiano presenta como *magnum* (29,5,40), *supernum* (14,11,24), *superum* (25,8,3), *summum* (15,8,9), *caeleste* (19,1,4), *diuinum* (26,1,14), *perpetuum* (28,3,15) y *sempiternum* (17,13,28). Además, este *numen* puede mostrarse favorable (16,12,62; 14,10,12) u hostil a los hombres (14,11,12) y, respecto a él, las múltiples divinidades secundarias serían parcelas que proceden de él, y de quien toman su poder[21].

En definitiva, Amiano manifiesta en el aspecto religioso la misma integridad y seriedad que en el aspecto político, con su mirada nostálgica hacia el pasado de Roma, pero con tolerancia hacia el monoteísmo y hacia los individuos que llevan una vida conforme a las normas de la moralidad.

4. EL AMBIENTE HISTORIOGRÁFICO

4.1. Cultura e historiografía en el s. IV

Hemos visto ya el ambiente político, social y religioso que rodea a Amiano Marcelino y a su obra. Veamos ahora el ambiente cultural que hizo posible su aparición en la literatura latina.

Pues bien, frente a las décadas anteriores, que reflejan una profunda crisis en la cultura y en la literatura, en la segunda mitad del siglo IV, la época de producción de Amiano, asistimos a un fuerte renacimiento cultural, con nombres como Símmaco, Libanio, Claudiano, Ausonio, Prudencio, Ambrosio, Jerónimo,

---

[20] P. M. Camus, *Ammien...*, p. 134 y ss.

[21] Cfr. P. M. Camus, *Ammien...*, p. 140; N. Santos Yanguas, «Presagios..», pp. 12-13.

Macrobio, Servio o Donato, autores que cantan en sus trabajos las grandezas de Roma y de su pasado, ya sea componiendo obras originales y panegíricos (Claudiano), comentando obras de la antigüedad (Servio o Donato), o estudiando la gramática latina (Donato). Además, este resurgimiento se da tanto en los círculos cultos paganos como en los cristianos, ya que todos estaban interesados en recordar y mantener viva la gloria de Roma.

Pero, en el caso concreto de la aristocracia senatorial, este resurgimiento cultural no es sino una manifestación más de su preocupación por la vuelta al pasado y a la grandeza de Roma. Sería por tanto un renacimiento cultural unido a la preocupación política, social y religiosa de esa minoría culta de la que forma parte nuestro autor.

Amiano utiliza en su obra una expresión que nos parece muy significativa, *scrupulosus lector antiquitatum* (16,7,9), y pensamos que este calificativo puede aplicársele tanto a él mismo como a ese conjunto de nobles interesados en conservar las *antiquitates* latinas.

De ahí la afirmación de Macrobio: «Si somos prudentes, siempre deberemos mirar al pasado con veneración» (*Saturn.* 3,14,2); de ahí el elevado número de citas de autores antiguos que aparecen en sus obras; de ahí el que Amiano manifieste siempre una gran curiosidad y unas enormes ganas de saber (cualidad que él mismo elogia en su admirado Juliano, 22,12). Y, por supuesto, de ahí también las duras críticas señaladas contra la incultura de los nobles romanos:

«Ciertamente entre ellos hay algunos tan ignorantes que ni siquiera recuerdan si han tenido un libro de leyes. Y si, por casualidad, en un círculo de eruditos se menciona el nombre de un autor reconocido de la antigüedad, creen que es el nombre de un pescado o de una comida extranjera.» (30,4,16-17).

«Algunos, mientras detestan el estudio como si fuera veneno, leen a Juvenal y a Mario Máximo con enorme afán, y no dedican su ocio a ninguna lectura que no sea esa.» (28,4,14)[22].

---

[22] A pesar de que la lectura *Iuuenalem et Marium Maximum* ha sido la que ha aparecido en las ediciones de Amiano, siempre ha causado extrañeza

Y es que Amiano se halla envuelto en un ambiente de renovación y de regeneración política, religiosa y cultural que vuelve su mirada a la integridad romana tradicional y a la cultura clásica, alejada de la excesiva estilización, de los anecdotarios, epítomes y biografías de su época.

Consecuentemente, si Amiano critica la cultura de su época y vuelve los ojos a la literatura clásica, su obra debe alejarse y mantener una actitud crítica frente a la historiografía del siglo IV.

Así es. Pero veamos primero cómo es la historiografía en la época de Amiano.

Pues bien, tras el genio de Tácito, y la figura de Suetonio, asistimos a un declive de la historiografía latina, y a un período en el que dominan subgéneros como la biografía, el epítome y el breviario.

Se han aducido causas diferentes para este hecho:

A) *Políticas*. Debido a la forma de gobierno imperial, ya que ésta se centraba en la figura del emperador, y estaba plagada de acontecimientos poco importantes, que impedían un tipo de historia más trascendente.

B) *Sociales*. La sociedad y el gobierno de la época empujan al historiador a la adulación y al panegírico. Además, en el siglo IV, el pueblo y los senadores necesitaban ser informados y estaban ávidos de resúmenes donde se contara la historia de Roma, sin que el clima de revuelta general dejara mucho tiempo para la lectura.

C) *Literarias*. Una vez perdidos los ideales clasicistas, cobran fuerza los gustos populares, con interés por lo nove-

---

la asociación del satírico romano con Mario Máximo, prefecto y biógrafo latino («The association of Juvenal with this writer is a strange one, if the poet is meant», en la edic. de J. C. Rolfe, nota 145). Por eso, últimamente se está revisando este párrafo y así Salemme hace suya una antigua corrección de Reinesius, de manera que, suponiendo un error del copista, sustituye *Iuuenalis* por *Iuuencus Martialis*, autor citado por Sidonio Apolinar (ep. 9,14) y de carácter similar por la época y por el estilo a Mario Máximo.

doso y lo anecdótico. Es la época de la novela, de la fábula, de la erudición y de los relatos historiográficos que consiguen atraer la atención del público.

Además, ese público no tiene mucho tiempo para leer, ni goza de una gran cultura, lo cual motivará también el auge de los epítomes y compendios, que pueden realizarse o bien abreviando la obra de un sólo autor, o bien resumiendo la historia romana (Floro).

Así pues, la historiografía que precede y rodea a nuestro autor está dominada por narraciones anecdóticas, donde abunda el tono retórico, la exageración, la falta de objetividad, el relato biográfico y el encomio a la figura del emperador.

En este ambiente, la obra de Amiano puede considerarse como una aparición original por sus dimensiones, su naturaleza y su finalidad, una obra que se concibe como continuadora de la historiografía clásica y que, frente a la exageración y lo anecdótico, busca la moderación y la verdad: «Mientras que nosotros cautos o, para decirlo mejor, temerosos, no vamos a exponer nada que no venga avalado por testimonios veraces y ciertos.» (28,6,23)[23].

Por eso, Amiano critica la brevedad de los epítomes y breviarios: «Los restantes hechos, como muestran los libros siguientes, los expondré con sumo cuidado en la medida de mis fuerzas, sin temer en absoluto las posibles críticas contra una obra que puede parecer larga. Y es que la brevedad tan sólo debe ser objeto de alabanza cuando, eliminando una extensión inapropiada, no resta nada al conocimiento de los hechos.» (15,1,1).

Y no se detiene en minucias y en lo anecdótico, sino en lo esencial para Roma y los romanos:

«Y para no tener que soportar después las duras críticas de los que examinen mi obra, y me critiquen por haberles

---

[23] El hecho de que Amiano se considere continuador de Tácito, como indica M. Martínez Pastor, no es sólo material, sino que afecta también al espíritu y a la orientación general de su obra («Amiano Marcelino...», p. 106).

perjudicado en caso de que yo no haya mencionado lo que dijo el emperador en una cena; o porque no se exprese la causa por la que unos soldados fueron castigados ante las insignias; o porque no era conveniente que, en una extensa descripción de una zona, se omitiera alguna explicación acerca de unas fortificaciones insignificantes; o porque no se habían expresado los nombres de todos los que se habían reunido para presentar sus respetos ante el pretor de la ciudad; o bien por otras mucha otras "faltas" de este tipo que no se corresponden con las leyes de la historiografía.

»Y es que la historiografía suele narrar hechos esenciales y no escudriñar minucias y acciones insignificantes, que si alguien quisiera conocer es como si pretendiera que se pueden contar esos pequeños corpúsculos que flotan en el vacío y que, entre los griegos, reciben el nombre de "átomos"» (26,1,1)[24].

Por eso, las *Res gestae* se insertan en la tradición de la historia pragmática y moralizante de Catón, Salustio, Livio o Tácito.

Es significativo, por ejemplo, que la afirmación de la *ueritas* por parte del historiador, lugar común de la historiografía clásica, sea omitida por contemporáneos de Amiano como Eutropio y Festo, y aparezca sólo incidentalmente en Aurelio Víctor, mientras que Amiano alude a ella una y otra vez.

Por otra parte, en el siglo IV no asistiremos a un conflicto entre historiografía cristiana y pagana, ya que los géneros y temas están bien delimitados entre ambas: biografía, epítomes, breviarios y panegíricos en el lado pagano. Y, en el cristiano: crónicas, vidas de santos, historias eclesiásticas y universales. Pues bien, frente a todo eso surge la obra de Amiano.

En definitiva, con relación al siglo IV, a su política, conflicto religioso y ambiente cultural y literario, Amiano manifiesta la actitud propia de un noble romano, preocupado por la situación del imperio, hecho que le lleva a manifestar su

---

[24] Cfr. en términos similares: 27,2,2; 27,2,10 o 28,2,12.

crítica, su deseo de vuelta al pasado, pero con una postura de moderación y de honradez.

Ahora bien, a pesar de esa vuelta, en el ámbito literario, Amiano no puede escapar completamente a la influencia de Suetonio y de sus seguidores, de manera que aparecen en su obra bosquejos de biografías de los emperadores y césares, encomios como el del eunuco Eutherio o el de Juliano, y digresiones eruditas con las que Amiano intenta reflejar sus conocimientos y entretener al público que asistía a las lecturas públicas de su obra.

4.2. La historiografía de época clásica y Amiano

Si Amiano es el «último gran representante de la historiografía latina», debemos analizar las características generales de esta historiografía, para ver si, realmente, encontramos en Amiano huellas de esa historiografía tan olvidada por los historiadores contemporáneos y anteriores a él.

Desde luego, a la hora de estudiar la historiografía clásica, constituye una dificultad el hecho de que, en los historiadores griegos y romanos, son escasos los planteamientos teóricos sobre la historiografía y la función del historiador, por lo cual debemos rastrear estos planteamientos en pasajes de Aristóteles, de Cicerón[25], o en los proemios y declaraciones de historiadores como Salustio o Tácito.

A pesar de ello, el historiador clásico «sabe» que el género le impone una serie de condicionamientos y de características a las que debe ajustarse en mayor o menor medida.

---

[25] De hecho, a pesar de no escribir ninguna obra histórica, Cicerón propone en varios pasajes de sus obras (*De oratore*, *Orator*, *De legibus*) una especie de planteamiento estético y filosófico sobre el género historiográfico, que podríamos resumir en los siguientes puntos:

– *Historia magistra uitae* (*De orat.* II,36).

– *Opus unum hoc oratorium maxime* (*De leg.*II,62).

Es decir, la historia debe narrar los hechos de la forma más cercana posible a la verdad, pero también de forma bella, ya que, sólo así, el historiador podrá enseñar lo que se debe y lo que no se debe hacer.

Es lo que ocurre con la insistencia en la imparcialidad y en la objetividad con la que escriben sus obras, una insistencia que se traduce en afirmaciones sobre escribir, por ejemplo, *sine ira et studio* (Tac. *Ann.* I,1.), aunque sabemos que esto no es garantía de objetividad, ya que el historiador clásico es una persona normalmente integrada en su época, y que participa directa o indirectamente en los hechos que narra.

En efecto, a pesar de la distinción establecida por Salustio entre los que realizan los hechos y los que los cuentan (*Cat.* III,1 ss.), el historiador clásico con frecuencia es un militar o un político que nos ofrece su propia visión de esos hechos[26].

Por eso, a la hora de analizar las fuentes utilizadas por los historiadores, la *autopsia* ocupa sin duda para ellos el lugar esencial[27]. Y, si no, el historiador afirma haber oído contar los hechos a algún testigo, de manera que a esa información visual y oral se le concede normalmente más crédito que a los propios documentos escritos.

Además, el que el historiador participe, o sea una persona interesada directamente en aquello que narra, influye también en la selección de los hechos, en la perspectiva general y en la finalidad de su obra. Así, en cuanto a la selección de los hechos, normalmente se dejan a un lado las minucias y las acciones particulares del pueblo, optándose por una historiografía de tipo político y militar, en la que el desenlace es esencial para el futuro de Roma.

Además, se intenta ofrecer una visión lo más completa posible de los sucesos narrados, tal como reflejan los verbos «*syngráphein*»[28] o *perscribere*[29], fijándose el historiador

---

[26] Entre los autores latinos que son a la vez políticos o militares e historiadores podemos citar a Fabio Pictor, Cincio Alimento, Salustio, César, Tácito, Dion Casio o Amiano Marcelino.

[27] Cfr. L. Canfora, *Totalità e selezione nella storiografia classica*, Bari, 1972, pp. 15 y 41, acerca de Tucídides; A. Momigliano, «Time in ancient history», *History and theory*, Beiheft 6, 1966, p. 18.

[28] Heród. I,47-8; VII,142; VIII,135; Jenof. *Ellen.* VII,2,1; o Luciano, cuya obra se titula «¿Cómo conviene escribir (*syngráphein*) historia?».

[29] Sall. *Cat.* 4,2; Livio XXXI,1,2; Suet. *Caes.* 56,3.

tanto en la cronología, como en la geografía, para que los sucesos queden enmarcados temporal y localmente.

Asimismo, como indica Cicerón, hay que ofrecer *consilia*, *acta* y *euentus*, de manera que la historia adquiere con frecuencia un planteamiento épico o dramático, en el que los hechos se encadenan fatalmente y tienen siempre un actor o motivo causante, así como un desenlace previsible según la actuación de los personajes.

Por eso, son numerosos los elementos de la épica y de la tragedia que aparecen por doquier en las obras historiográficas, perceptibles tanto en la narración, como en las descripciones de los individuos con sus pasiones, virtudes y vicios e, igualmente, en la descripción del conflicto entre *Fatum*, *Fortuna* y *Virtus*, que va marcando el desarrollo de la acción.

De ahí el fatalismo que siempre se ha señalado como un elemento integrante de la historiografía latina. Y de ahí también el pesimismo del que se habla tradicionalmente acerca de autores como Salustio, y que, en nuestra opinión, no es sino la consecuencia de la preocupación que siente el historiador, protagonista de los hechos, cuando advierte que no siempre la *uirtus* es la que domina en la vida y en los conflictos que suceden en Roma, el centro de sus historias.

Y es que la preocupación por el destino de Roma está presente continuamente en las obras historiográficas. Por eso se narran hechos ejemplares del pasado y se cita a los personajes que engrandecieron Roma, porque sólo así el hombre sabrá qué es lo que debe hacer.

Es en este sentido en el que pensamos que hay que entender las nociones de fatalismo y de pesimismo en la historiografía latina, insertas en el carácter épico y dramático de la obra historiográfica y, sobre todo, insertas en la preocupación que el historiador siente por Roma, y en el carácter pragmático y moralizante de su obra, una obra en la que el pesimismo debe ir unido a la idea de progreso.

Por eso, aunque se narran hechos actuales, el historiador romano vuelve una y otra vez al pasado glorioso de Roma, y por eso los historiadores se continúan unos a otros, enlazando sus obras con las de sus antecesores, en lo que Canfora deno-

mina «ciclo histórico» (Tucídides continúa la obra de Heródoto, Jenofonte la de Tucídides, Salustio la de Sisenna que, a su vez, había continuado la labor de Sempronio Aselión y sus *Res gestae*, la *Historia Augusta* comienza donde lo deja Suetonio...).

Así pues, partiendo de estos planteamientos, podemos hablar de unas características generales de la historiografía latina, ya que, a pesar de que ésta vaya adaptándose a las condiciones históricas y estéticas del momento en que se escribe cada obra, y a pesar de los distintos subgéneros que encontramos dentro de ella (comentarios, monografías, anales, biografías...), el punto de partida, los métodos y el objetivo del historiador, en definitiva, son similares.

También son similares los recursos de lengua y de estilo, con utilización de giros estereotipados para pasar de una secuencia a otra, con discursos, cartas, retratos, descripciones, digresiones... y es que, si la historiografía es *opus oratorium maxime*, el historiador debe tener en cuenta tanto la *rerum ratio* como la *uerborum ratio*, de manera que, sobre todo a medida que se va desarrollando el género historiográfico, advertimos entre los historiadores una gran preocupación estética y estilística.

Ya nos hallemos ante historiadores como Tucídides, Salustio o Tácito, muy interesados por los problemas morales y las causas profundas de los hechos, o ya nos hallemos ante historiadores más «curiosos» y ricos en descripciones, anécdotas y detalles (Heródoto o el mismo Amiano Marcelino), el historiador es consciente de que su obra no sólo debe enseñar, sino también gustar al público, un público que, no lo olvidemos, en numerosas ocasiones sigue la obra por entregas (Livio, Amiano), lo cual exige siempre el interés estético por parte del autor.

En definitiva, como estamos viendo, sí podemos hablar en la literatura clásica del género historiográfico como un género establecido, con unas características básicas, entre las cuales, en nuestra opinión, podemos citar las siguientes:

– Preocupación por la *ueritas* y la objetividad.

– Participación del historiador en los hechos.

– Autopsia y utilización de fuentes y documentos cercanos a los sucesos.

– Selección de los hechos narrados.

– Planteamiento épico y dramático de los hechos.
– Lucha entre *Fatum, Fortuna* y *Virtus*.
– Fatalismo y pesimismo.
– Preocupación por el destino de Roma y adecuación a su momento histórico.
– Fin pragmático y moralizante.
– Continuidad entre los historiadores.
– Relación con la retórica y preocupación estilística.

Una vez caracterizada en términos generales la historiografía clásica, género en el cual se encuadra nuestro autor, y una vez analizadas su vida y su obra, así como la época que le correspondió vivir, nos proponemos ahora comprobar si, realmente, Amiano es ese último gran representante de la historiografía clásica, para lo cual iremos analizando la presencia o no en su obra de las características que consideramos como esenciales en la historiografía clásica.

4.2.1. *Veritas* y objetividad

Comenzaremos con un aspecto que ya hemos adelantado a lo largo de nuestra exposición. Es la insistencia de los historiadores clásicos, ya desde Heródoto y Tucídides, en su objetividad y en la veracidad de lo narrado.

En efecto, tal como afirmaba Cicerón, el historiador: *ne quid falsi dicere audeat, ne quid ueri non audeat (De orat.* II,62) y, como repite Tácito, él escribe su obra *sine ira et studio* (*Hist.* I,1). La insistencia en la *ueritas* es tal que, incluso, llega a ser parodiada por Séneca en su *Apocol.* (I,1): *Nihil nec offensae nec gratiae dabitur. Haec ita uera.*

Pues bien, esta misma insistencia aparece en Amiano[30] que, con frecuencia, considera la veracidad como un rasgo esencial en el carácter de un hombre[31]. Por eso critica el

[30] Cfr. Amiano, *Res Gestae* 31,16,9; 15,1,1; 14,6,2; 16,1,3; 18,6,23; 26,1,1; 29,1,15...
[31] Cfr. 30,5,9: *Veritatis professor*; 15,2,9: *Ideoque et ueritas mendaciis uelabatur et ualuere pro ueris aliquotiens falsa.*

carácter fraudulento de los abogados (30,4,3 y ss.) y, por eso, a pesar de que su descripción de Juliano parece un panegírico, critica determinados aspectos de su héroe, como el edicto contra los cristianos o su impetuosidad.

Estos datos, unidos a la importancia que nuestro autor da a la *autopsia* y a las informaciones directas, han hecho que Amiano sea considerado por muchos investigadores como un historiador fiel a la verdad y objetivo:

– Es un historiador «honnête», apunta Condunché[32].

– «La *ueritas* de Amiano no sólo responde al tópico de Tácito (*sine ira et studio*), sino que es fruto de su honradez y moderación innatas», afirma Rostagni[33].

– «Jamais impartialité d'historien n'a été plus universellement reconnue que celle d'Ammianus», en palabras de Gimazane[34].

Por eso, se plantea generalmente que, a pesar de sus limitaciones, la objetividad de Amiano está por encima de la de Tácito o de la de cualquier historiador de época imperial.

Además, su humildad, su cercanía a los hechos, su carácter de *miles* y *graecus*, su moderación en el aspecto religioso, así como su «desmarque» frente a los panegíricos y biografías de la época corroborarían esta opinión. Ahora bien, no podemos olvidar que Amiano escribe su obra desde la perspectiva de la nobleza senatorial romana, una nobleza que observa la decadencia del imperio, y busca una salida en la historia y en la cultura.

Por otra parte, hay algún error, si bien son escasos, (como en el relato de las campañas de Juliano en la Galia) y, en los últimos seis libros, el propio Amiano reconoce que no es completamente libre para relatar la verdad de los hechos: «Así pues, quien considere mis palabras, que se imagine también lo que omito, y que me perdone, si es prudente, porque

---

[32] D. Condunché, «Ammien Marcellin et la mort de Julien», *Latomus* 24, 1965, p. 379.

[33] A. Rostagni, *Storia...*, p. 513.

[34] J. Gimazane, *Ammien Marcellin, sa vie et son oeuvre*, Toulouse, 1889, p. 348.

no haya especificado, incluso exagerándolos más aún, todos los crímenes que cometió por su maldad» (29,3,1 acerca de Valentiniano).

Por otra parte, se le ha acusado también de cierta parcialidad, motivo que le haría, por ejemplo, presentar a Valentiniano y a Constancio II con colores demasiado oscuros, con tal de realzar la figura de su héroe, Juliano.

En definitiva, acerca de este punto, todo nos lleva a concluir que la insistencia de Amiano en la objetividad de su obra responde claramente al tópico de la historiografía clásica. Esta objetividad y *ueritas* se ven empañadas ligeramente por su planteamiento social o por su carácter de literato. Pero lo cierto es que Amiano pretende escribir una obra que se ajuste a la realidad de los hechos, unos hechos vividos en general por él mismo y cuyo relato, en su opinión, puede servir para colaborar en el sostenimiento del imperio romano. Así pues, la honradez de Amiano responde tanto a su propia personalidad como a las virtudes que, en ese momento, necesitan Roma, su cultura y su historiografía.

4.2.2. Participación del historiador en los hechos

Desde los comienzos de la historiografía clásica, es frecuente que el historiador sea un político o un militar que interviene en los hechos. En efecto, podemos citar a los analistas Fabio Pictor y Cincio Alimento, a César, Salustio o a Tácito entre otros. Este hecho, unido a la finalidad pragmática y a la preocupación por el destino de Roma, hace que la historiografía clásica se centre en temas políticos, militares e institucionales, rechazándose los datos sociales o las minucias históricas.

Pues bien, en el caso de Amiano, nos hallamos en una situación similar. Amiano ha participado activamente en la vida militar y escribe su obra *ut miles*, aparte de compartir las preocupaciones de la aristocracia senatorial por el futuro de Roma. Por eso, como indican Blockley o Alonso Núñez, las

Res gestae se estructuran en función de los hechos militares[35]. Esto es cierto y, a lo largo de la obra, observamos que, realmente, lo militar es muy importante para Amiano.

Sin embargo, hemos de tener en cuenta que la propia época de Amiano, conflictiva en lo interior y en lo exterior, influye en este hecho, y parece que Amiano ha querido evitar un excesivo tecnicismo en la información militar. Así, no precisa normalmente la fecha del combate, sino que se contenta con una vaga localización cronológica. Es parco también en las descripciones de los lugares en los que tienen lugar las batallas, y sus descripciones detalladas se encuentran en las digresiones y en pasajes no relacionados directamente con la acción. Es poco preciso en efectivos y pérdidas, así como en el desarrollo de las tácticas en las batallas.

Por tanto, podemos concluir que Amiano participa en los hechos y concede una importancia especial a los datos militares y políticos que rodean su vida. Incluso, en muchos aspectos es el más revelador de los historiadores de la antigüedad acerca de su propia vida, ya que nos cuenta su papel en los hechos, alude a sus viajes, cuenta reacciones y sentimientos personales, expresa sus opiniones morales y políticas...[36]. Ahora bien, Amiano se desmarca siempre de una etiqueta fija y así, en cuanto a su condición de militar, habla de que fue *miles quondam*, es decir, «en otro tiempo» y, de hecho, hay grandes diferencias entre César y Amiano, como podemos apreciar si comparamos *La guerra de las Galias* con esa guerra de las Galias en miniatura que constituye el libro 16 de las *Res gestae*.

---

[35] R. C. Blockley, *Ammianus Marcellinus...*, p.13; «Tacitean influence on Ammianus Marcellinus», *Latomus* 1973, p.74; o J. M. Alonso Núñez, *La visión historiográfica de Amiano Marcelino*, Valladolid, 1975, p. 89. No en vano, para D. Woods, las *Res gestae* son nuestra mejor fuente para conocer el ejército romano del Alto Imperio, aunque Amiano no pretendió explicar las instituciones y la organización del ejército a los lectores. D. Woods, «Ammianus and some *tribuni scholarum Palatinarum*, c. A. D. 353-64», *The Classical Quarterly*, 47, 1997, p. 269.

[36] Cfr. J. Matthews, *The Roman empire of Ammianus*, Londres, 1989, p. 6.

4.2.3. Utilización de fuentes y documentos

Un tercer aspecto que hemos apuntado acerca de la historiografía clásica es la utilización de fuentes y documentos por parte del historiador. Pues bien, en este punto, hemos de señalar que la historiografía griega, por encima de la latina, insiste en la importancia de la *hórasis* o de la *autopsia* para reforzar la credibilidad de lo narrado. Esto es evidente en Heródoto (2,29; 2,99), que parece actuar casi como periodista y como explorador; en Polibio, en Jenofonte y, sobre todo, en Tucídides (1,22,2-3; 5,26).

Por eso, si bien este aspecto se da también en la historiografía romana y, de hecho, Tácito pregunta a Plinio el Joven sobre sucesos que él conoce mejor (*Epist.* 6,16; 7,33), pensamos que la insistencia de Amiano en relatar sucesos vistos por él, o que ha oído narrar a testigos, le relaciona esencialmente con la historiografía griega.

Son significativos pasajes como los siguientes:

«En lo que he podido conocer la verdad y siguiendo el orden de los distintos sucesos, he narrado aquello que he contemplado personalmente, o bien lo que he logrado conocer interrogando minuciosamente a los protagonistas» (15,1,1).

«Es un buen momento para describir detalles... utilizando la información que me ofrecen mis viajes o mis lecturas...» (22,8,1).

«Y puesto que he visto a muchos soportar terribles torturas y ser condenados, aunque la confusión lo mezcla todo como en profundas tinieblas y se me escapa el conocimiento completo de lo sucedido, voy a exponer brevemente aquello que puedo recordar...» (29,1,24).

«Acerca de Valente, creo que son suficientes estos datos, datos que pueden ser confirmados totalmente por otras personas de esta época...» (31,14,8).

Estos pasajes nos hacen pensar que Amiano da más importancia a los testimonios directos que a las fuentes escritas. Sin embargo, en la parte conservada de su obra, es evidente que Amiano utilizó también información obtenida en documentos oficiales y de palacio, listas de provincias, etc., así como en

otros autores: Eutropio, Festo, Eunapio, Eutiquiano, Oribasio el médico de Juliano, el propio Juliano, etcétera.

De hecho, como acabamos de ver en el pasaje del libro 22 (8,1), Amiano reconoce utilizar fuentes visuales y escritas.

Así pues, nuestra conclusión es que Amiano siguió el procedimiento normal de un historiador clásico que narra hechos vividos en parte por él: utilizar sus propios recuerdos, los de los testigos y los documentos con los que contara, insistiendo en el carácter visual u oral debido a su preocupación por la credibilidad de su obra. Es decir, la *autopsia* tiene un carácter prácticamente moral en Amiano, y está muy unida a su preocupación por narrar la totalidad de los hechos y por aparecer como una *auctoritas* objetiva, que puede ayudar en esos momentos tan complejos para la historia de Roma.

4.2.4. Selección de los hechos

Es sabido que, en general, la historiografía clásica pretende narrar la totalidad de los hechos y, si es posible, con autotestimonio del historiador o con testimonios directos, todo lo cual redunda en su carácter de *magistra uitae*.

Por eso, Tucídides rechazaba la narración de los detalles y hacía una severa selección de los hechos, reduciendo al mínimo las descripciones de lugares, de sucesos extraordinarios, anécdotas, mitos, etcétera.

Esta actitud de la historiografía clásica es elogiada por Aristóteles (*Rhet.* 3,16,4), Cicerón (*De orat.* 2,326; *Brut.* 50) o Quintiliano (*Inst.* 4,2,31-2). Pero, frente a ella, en la historiografía tardía encontramos por una parte breviarios y epítomes, que resumen la historia de Roma en unas pocas páginas; y por otra, biografías y panegíricos que, para agradar al público inculto, incluyen gran cantidad de anécdotas y rasgos exóticos. En cuanto a la historiografía cristiana, tampoco va a caracterizarse por el intento de narrar la totalidad de los hechos, sino sólo aquellos que interesan desde el punto de vista religioso, teniendo en cuenta además que, para el historiador cristiano, la fe es más importante que las fuentes y testimonios que puedan presentarse.

Por eso, cuando analizamos la insistencia de Amiano en la dignidad y en la importancia de lo narrado, comprendemos que, una vez más, está desmarcándose de la historiografía de su época, y que reclama para su obra la misma consideración que Tucídides, Salustio o Tácito reclamaban para la suya.

De ahí que, en los dos prólogos programáticos conservados, al inicio del libro 15 y del 26, insista en que no va a narrar minucias ni detalles sin importancia, y que, en su obra, la *breuitas* está subordinada a la narración de los hechos: «Y es que la brevedad tan sólo debe ser objeto de alabanza cuando, eliminando una extensión inapropiada, no resta nada al conocimiento de los hechos» (15,1,1).

«Y es que la historia suele narrar hechos esenciales y no escudriñar minucias y acciones insignificantes, que si alguien quisiera conocer es como si pretendiera que se pueden contar esos pequeños corpúsculos que flotan en el vacío y que, entre los griegos, reciben el nombre de "átomos"». (26,1,1).

A estas declaraciones programáticas, se suman infinidad de alusiones acerca de la dignidad del hecho histórico (*memorabilis* en 14,2,20, 17,1,10; 17,11,5) alusiones mucho más numerosas en los seis últimos libros, que narran los sucesos más cercanos a la época del autor (por ejemplo, 26,1,1; 27,2,11; 28,1,15; 28,2,12).

Este dato ha hecho pensar a algunos historiadores que la selección de los hechos en Amiano es también una selección de personas, selección realizada por un criterio social, ya que despreciaría tratar los asuntos del pueblo llano[37]. Sin embargo, creemos que el criterio no es social, sino intelectual. No se trata de la dignidad del personaje, sino del hecho y, sobre todo, del resultado de ese hecho en la historia de Roma.

En definitiva, frente a la moda de breviarios, epítomes, biografías y panegíricos, y también frente a la historiografía cristiana, Amiano pretende contar aquellos hechos dignos de

[37] Cfr. A. SELEM, «A proposito degli amici romani di Ammiano», *Annali d. libera Univer. d. Tuscia*, 3, 1971-2, p. 62.

recuerdo y de resultado importante para la historia de Roma. En una historia de este tipo, es lógico que se rechace el tratamiento de detalles y minucias, ya que, sólo así, la obra podrá alcanzar la finalidad moral y pragmática pretendida.

4.2.5. Planteamientos épicos y dramáticos

Otra de las características de la historiografía clásica es la relación de muchos de sus planteamientos con la épica y la tragedia.

Y es que a pesar de que, por ejemplo, en cuanto a épica e historiografía, sabemos que nos hallamos ante dos géneros distintos, diferenciados por la utilización de prosa o verso, y por la narración de *consilia-acta-euentus*, realmente, la línea divisoria entre historiografía y épica no era clara en la antigüedad, y son comunes los héroes, el nacionalismo... No olvidemos que, en latín, antes de la obra de los analistas existían ya los *Annales* de Ennio en hexámetros [38], que a veces la prosa de Livio tiene características épicas y, en cambio, la obra de Lucano ofrece un estilo narrativo, sin intervenciones divinas y sobre un tema contemporáneo.

De hecho, ya en Ennio aparecen características fundamentales de la historiografía clásica: nacionalismo, elogio de las virtudes patrias, idealización heroica, etc. Vemos aquí reflejado al propio Homero, a quien la historiografía clásica debe mucho: los héroes, los discursos, los diálogos, la narración o las digresiones [39].

Teniendo esto en cuenta, advertimos una vez más que la obra de Amiano se inserta en la historiografía clásica, ya que su obra a veces parece una epopeya histórica, rica en colores, metáforas y descripciones románticas y heroicas, con pasajes vivos por sus escenas violentas y su movimiento, sobre todo en la descripción de las batallas.

---

[38] Cfr. A. M.ª ALDAMA y otros, *Introducción a la historiografía latina*, Madrid, 1989, pp. 8-9.

[39] Cfr. M. GRANT, *Greek and Roman historians*, Londres, 1995, p. 25.

Pero la historiografía clásica se relaciona también en numerosos aspectos con la tragedia, ya que ambas pretenden mostrar acciones buenas y malas como ejemplos para la posteridad. Por eso, siguiendo las huellas de épica y tragedia, la historiografía se basa más en las personas y en sus caracteres que en los sistemas políticos y económicos, y por eso abundan peripecias, héroes, episodios dramáticos, discursos y la confrontación de virtudes y vicios.

En este sentido, tradicionalmente se han destacado las características dramáticas de la obra de Salustio o de Tácito, afirmándose que *La Conjuración de Catilina* o *La Guerra de Jugurta* son tanto historia como tragedia, con un tratamiento deliberado del tema para conseguir clímax dramáticos en determinadas situaciones. Y, en cuanto a Tácito, sabemos que, siguiendo a Salustio, ha sabido describir como nadie a sus personajes, entrando en su alma y mostrándolos con sus pasiones, sus virtudes y sus vicios, de manera que impregna de dramatismo toda su obra, y aparece ante nosotros más como dramaturgo que como narrador[40].

Pues bien, de forma similar, también en las *Res gestae* asistimos a situaciones, recursos y personajes que podríamos considerar claramente dramáticos.

Así, a veces nos encontramos con situaciones en las que el lenguaje desemboca en el melodrama, como en 19,10,3 cuando Tértulo ofrece sus propios hijos a un pueblo agitado debido a la falta de comida:

«Habiendo perdido ya toda esperanza de salvar la vida, según creía él, ofreció sus pequeños hijos al pueblo, que se hallaba muy agitado, pero que suele considerar estas situaciones con prudencia. Y entonces, llorando, dijo: «Ahí tenéis a vuestros ciudadanos –!ay!, !ojalá que los dioses eviten esta calamidad!– que están dispuestos a soportar lo mismo que vosotros si no mejora nuestra fortuna. Y si creéis que matándolos no puede ya suceder nada triste, ahí están. Vuestros son».

---

[40] Martin, Gallard, *Genres litteraires*, p.137.

»Ante estas tristes palabras, la muchedumbre, de carácter proclive a la clemencia, enmudeció más calmada aguardando con serenidad la suerte que se avecinaba»[41].

En las batallas, nos vemos envueltos en sangre y terribles torturas (16,12,50-57; 25,3,11; 21,13,1-11); se utilizan imágenes y metáforas de animales para referirse a los hombres[42]. Además Amiano utiliza distintas perspectivas, de manera que, por ejemplo, asistimos como un espectador más situado entre la multitud a la entrada triunfal de Constancio en Roma (16,10,4) y son numerosos los portentos que aparecen precediendo a momentos claves, como las muertes o aclamaciones de emperadores[43], lo cual aumenta la tensión dramática sobre todo al inicio de la campaña persa de Juliano, o al inicio del libro 31, en el que se van acumulando las peores catástrofes (invasión de los godos, derrota de los ejércitos romanos y muerte trágica de Valente) (31,1,1-2).

En definitiva, la historiografía clásica, y dentro de ella la obra de Amiano Marcelino, tiene numerosos puntos de contacto con la épica y la tragedia, debido a su carácter moralizante y a su visión de los individuos desde el punto de vista de la ética y de su actuación respecto a entidades superiores como los dioses, la patria o los antepasados. Partiendo de este objetivo común, asistimos a recursos similares tanto en el tratamiento de los personajes, como de las situaciones y del estilo.

4.2.6. *Fatum*, *Fortuna*, *Virtus*

Hemos señalado que, en la historiografía clásica, a veces el ambiente descrito por el historiador es dramático,

---

[41] R. C. Blockley apunta que la tendencia de Amiano a dramatizar hace que, en más de cincuenta ocasiones, nos hallemos ante una auténtica escena teatral, y sobre todo ante escenas de carácter negativo, tal como vemos en 16,6,3; 16,12,57; 26,6,15; 28,6,29... Cfr. R. C. BLOCKEY, *Ammianus Marcellinus*..., pp. 24-25.

[42] Por ejemplo, los hombres de Constancio II son como reptiles, los bárbaros como bestias, Galo como un león...

[43] Por ejemplo: 20,11,26-30; 21,14,1; 21,16,20-1; 25,10,16-7; 25,10,1-3; 30,5,16-17...

de manera que el hombre se convierte en personaje de un drama donde vemos representados vicios, pasiones y la acción de fuerzas superiores, como el Destino, la Fortuna o la divinidad.

Así, son numerosos los pasajes en los que se crea un clima lleno de prodigios que dramatizan la acción, dato que también advertíamos en los *Anales* de Tácito, donde hay presagios funestos que jalonan el curso de los sucesos y, sobre todo, la parte final, cubierta siempre por una sombra amenazadora.

Estas manifestaciones de lo divino (oráculos, sueños, apariciones, presagios y prodigios) son un auténtico tópico de la literatura clásica, aunque, como indica N. Santos Yanguas[44], hay que guardarse de ver en estas secuencias maravillosas un simple artificio literario y estilístico, destinado únicamente a dramatizar el instante descrito. Es más, la acumulación de señales divinas, la concordancia interna que presentan, la gravedad progresiva de los presagios... deja entrever una intervención cada vez más apremiante de la divinidad en un momento clave en el que está en juego, junto con el destino del hombre, el destino del imperio.

Pues bien, estos prodigios nos hacen entrar en la relación entre tres realidades distintas: *Virtus, Fortuna* y *Fatum*.

Ya hemos señalado que la historiografía clásica aparece con frecuencia como un escenario donde se ponen en juego vicios y virtudes, de manera que la lección final es el triunfo de la honestidad del hombre y de Roma. Ahora bien, tanto en la historia individual como en la de Roma, la *Virtus* debe actuar unida a la *Fortuna,* y en este sentido Amiano, como ya hizo Floro (praef. 3), plantea que fue la interacción de *Virtus* y *Fortuna* lo que hizo posible el engrandecimiento de Roma:

«En el momento en el que, bajo los primeros auspicios, vio la luz Roma, destinada a existir mientras existan los hombres, para que se viera engrandecida con la ayuda divina, se hizo un pacto de alianza eterna entre *Virtus* y *Fortuna*, reali-

[44] «Presagios...», pp. 48-49.

dades que muchas veces se separan y de las cuales, si falta una, no puede alcanzarse la grandeza total» (14,6,3), de manera que esta alianza entre *Virtus* y *Fortuna* toma incluso las proporciones de una auténtica ley de la historia.

Además, en diferentes ocasiones aparece el auxilio divino a los romanos, y se habla de *caelestis cura* (18,3,1), *caelestis dei fauore* (16,12,13) o de *fortuna orbis Romani* (25,9,7).

Sin embargo, en ocasiones esta fortuna se muestra también cruel y despiadada, sobre todo en los momentos en que parece confundirse con el *Fatum*, porque para Amiano normalmente las leyes del destino son infranqueables (no en vano, en 29,1,34 habla de: *ratione quadam indeclinabilis fati*).

De este modo, *Fatum* y *Fortuna* aparecen como dos realidades contrapuestas, y la Fortuna simboliza normalmente la divinidad protectora de Roma y de los romanos, siempre que aparezca unida a la *Virtus*[45].

Por supuesto, Amiano no es un fatalista pasivo, sino que cree en el poder del coraje y de la *uirtus* del hombre:

«Pero después de esta calamitosa situación, Roma se recuperó gracias a que la molicie de la vida licenciosa aún no había mancillado nuestra sobria tradición, que aún no se veía inmersa en banquetes de manjares exóticos y lujos excesivos. Todo lo contrario, ya que luchando unidos nobles y pueblo bajo con unánime esfuerzo se lanzaron dispuestos a morir noblemente por el estado, como quien se apresura a llegar a un puerto plácido y tranquilo» (31,5,14).

En definitiva, en esa representación casi teatral de la historia de Roma constituida por las *Res Gestae*, observamos la actuación tanto de personajes humanos como de realidades superiores. Y si, a veces, los hombres se vuelven bestias, fieras o serpientes, también la *Fortuna* o el *Fatum* pueden tomar partido, tener sentimientos e inclinarse a favor o en contra de una situación determinada.

---

[45] Aunque también en este juego de poderes, cabe la irrupción del azar (*fors* o *casus*).

4.2.7. Fatalismo y pesimismo

Como estamos viendo, en ese drama de héroes, virtudes y vicios, la historiografía clásica adquiere normalmente un tono fatalista y pesimista, ya que el historiador es consciente de los males de su época e intenta exponer ejemplos de conducta, recordando el pasado y las grandezas de la antigua Roma.

Ahora bien, pensamos que ese fatalismo y ese pesimismo del que se acusa normalmente a la historiografía clásica van ligados a la idea de progreso y de moralidad que quiere reflejar el historiador. Por eso, como indican André y Hus[46], en la historiografía romana aflora cierto optimismo, que nace del espectáculo de la grandeza de Roma y de la función misma de la historia, instrumento indispensable por las lecciones que brinda y las reflexiones que provoca.

Este carácter es perceptible en Salustio, cuyas obras terminan con la victoria de la legalidad (Mario es *spes atque opes ciuitatis*); o en Livio, cuyo optimismo nace de la contemplación del pasado glorioso de Roma. Pero, ¿y en Amiano?

En Amiano volvemos a encontrar una visión fatalista, o pesimista si se quiere, pero unida siempre al progreso, a la moralidad y a la búsqueda del bien para Roma y los romanos. De ahí la afirmación de Blockley en el sentido de que Amiano, a pesar de cierto pesimismo, es alegre[47]. Y es que, como hemos visto, la unión de *Virtus* y *Fortuna* protege a Roma, y el hombre, con valor y coraje, puede superar al destino fatal.

Amiano es, pues, consciente de los momentos trascendentales que está viviendo, de manera que el lenguaje se hace más elevado y complejo en situaciones dramáticas como el desastre de Nisibis en el libro 25 o la derrota de Adrianópolis en el 31.

---

[46] J. A. André, A. Hus, *La historia en Roma*, Madrid, 1983, p. 10.

[47] R. Blockley, «Tacitean influence on Ammianus Marcellinus», *Latomus* 32, 1973, p. 75.

En ambos pasajes, aparece en el inicio una divinidad personificada (la Fama en Nisibis –25,8,13– y la Fortuna, Belona y las Furias en Adrianópolis –31,1,1–).

Estas divinidades manifiestan mensajes terribles, con presagios funestos, alusión a la permanencia o no de las fronteras del imperio, recuento de *exempla*, búsqueda de las causas[48].

Por tanto, Amiano se suma a la historiografía clásica, preocupada por Roma y su destino, consciente de su historia y de los males de su época, pero buscando siempre el progreso y la solución de los males de Roma.

4.2.8. Preocupación por el destino de Roma

El carácter fatalista de la historiografía romana va siempre unido a su preocupación por mostrar el pasado y el presente de Roma, para corregir los males y buscar la *uirtus* y las viejas tradiciones que engrandecieron la patria. Por eso el tema central de su obra es siempre Roma.

En efecto, se ha señalado que, mientras que la historiografía griega se dirige más hacia el presente y hacia lo universal, el historiador romano lo hace hacia el pasado y sólo hacia Roma.

En efecto, Roma es el tema central de la historiografía romana, al igual que lo es en el libro IV de las odas de Horacio, en el IV de las elegías de Propercio, en la obra de Virgilio. Pero es que, en los historiadores, como indican André y Hus: «La historiografía romana asume la grandeza de Roma hasta la xenofobia... Sólo parcialmente se abre a los mundos exteriores, en la estricta medida en que atraen a las armas romanas, y aun así, sólo inspiran digresiones: a Salustio en el Jugurta, a Tácito en las obras menores o en el libro V de las Historias; a Amiano Marcelino en la crónica de la guerra de

[48] Cfr. M. A. Marié, «Virtus et fortuna chez Ammien Marcellin», *REL* 67, 1989, pp. 181-182.

Oriente. La única excepción es Trogo Pompeyo, galo romanizado de la época de Augusto»[49].

Así pues, en Amiano, al igual que en los demás historiadores, volvemos a encontrar el protagonismo de Roma. No en vano su admirado Tácito comienza sus *Annales* con «*Urbem Romam...*». Desde luego, el antioqueno se muestra admirado por la grandeza de Roma y vierte hacia ella gran cantidad de elogios en su obra: *Urbs aeterna* (14,6,1; 15,7,1; 15,7,10), *urbs sacratissima* (28,3,3), *urbs uenerabilis* (14,6,5; 22,16,12), *templum totius mundi* (17,4,13), *imperii uirtutumque omnium lar* (16,10,13) o *augustissima omnium sedes* (16,10,20). Cualquier momento es bueno para elogiarla como ciudad, y así la entrada de Constancio en Roma en el 357 es aprovechada para describir de forma entusiasta todos sus monumentos (16,10,13-17), aunque sabemos que los romanos son criticados duramente en dos largas digresiones.

Ahora bien, junto a la preocupación por el pasado, el presente y el futuro de Roma, encontramos en Amiano descripciones y tratamiento de hechos ocurridos en todo el imperio. Por eso afirma Blockley que la historia de Tácito es romana, mientras que la de Amiano es imperial[50]. De hecho, Amiano va cambiando el escenario de su obra y pretende asentarse en una especie de universalismo geográfico: «Estos hechos sucedieron en ese mismo año en distintas partes del mundo» (18,1,1).

Como consecuencia de este interés, en las *Res gestae* se mencionan prácticamente todos los pueblos conocidos por los romanos, convirtiéndose su obra a veces en una auténtica etnografía, con noticias y descripciones de lugares y pueblos.

Esto ha originado, incluso, que algunos autores consideren que la autoafirmación de Amiano como *graecus* implica que su obra es universal, a la manera griega, y no con el carácter nacionalista de la historiografía romana[51].

---

[49] J. A. André, A. Hus, *La historia en Roma...*, p. 203.

[50] En su artículo «Tacitean influence...», p. 78.

[51] Cfr. J. Stoian, «A propos de la conception historique d'Ammien Marcellin (ut miles quondam et graecus)», *Latomus* 26, 1967, p. 74.

Ya hemos indicado que, para nosotros, este carácter de *graecus* se dirige especialmente a la *ueritas* y a la objetividad del historiador y, en cuanto al universalismo de Amiano, pensamos que su gran interés lo constituyen Roma y su imperio, aunque necesariamente en su obra se reflejan los lugares y las gentes que ha conocido, así como todas las partes del imperio en las que están sucediéndose batallas y situaciones importantes para el futuro de Roma (Persia, la Galia, Germania).

Igualmente, el tratamiento y la finalidad pragmática de su obra explican la preocupación por el envejecimiento y la eternidad o no del imperio, ya que los historiadores romanos, desde el inicio, están obsesionados con la resistencia, la perdurabilidad y la decadencia de Roma, creando un ambiente un tanto pesimista, aunque, como hemos señalado, este pesimismo va unido siempre a la idea de progreso y a la enseñanza moral que debe proporcionar el historiador.

Se mezclan así en los historiadores afirmaciones aparentemente contradictorias sobre el envejecimiento del imperio y, al mismo tiempo, sobre su duración eterna.

Este fenómeno es evidente en Amiano Marcelino, historiador que, por una parte, califica a Roma una y otra vez como *urbs aeterna* o para quien *Fortuna* y *Virtus* están unidas y propician el desarrollo del imperio, hasta el punto de que Roma nunca desaparecerá: «En el momento en el que, bajo los primeros auspicios, vio la luz Roma, destinada a existir mientras existan los hombres» (14,6,3); «Roma destinada a existir por los siglos de los siglos» (16,1,14); «Por voluntad divina, que engrandeció a Roma desde su nacimiento y prometió que sería eterna»(19,10,4).

Ahora bien, junto a estas afirmaciones sobre la eternidad de Roma, Amiano ofrece en su obra un pasaje donde se pone de manifiesto la teoría biológica de la historia, una teoría según la cual los pueblos, al igual que las personas, nacen y van pasando por etapas sucesivas de juventud y crecimiento, de madurez y de senectud:

«Este pueblo, desde su nacimiento hasta el final de la niñez, en un período que comprende casi trescientos años,

soportó guerras en torno a sus murallas. Después, entrando ya en la adolescencia, tras las múltiples calamidades de la guerra, cruzó los Alpes y el mar. Llegada ya la juventud y la madurez, de todas las zonas que comprende el vasto mundo se trajo laureles y triunfos y, en los comienzos ya de la vejez, venciendo a veces tan sólo gracias a su fama, se retiró a una vida más tranquila.

»Por eso esta Ciudad Venerable, después de someter las cabezas soberbias de los pueblos más fieros, de darles leyes, fundamentos y garantías eternas de libertad, a la manera de un padre frugal, prudente y rico, entregó a los césares, como si fueran sus hijos, el derecho de regir su patrimonio.

»Y, aunque ya hace tiempo que están ociosas las tribus y apaciguadas las centurias[52], aunque no hay disputas en los sufragios, ya que ha vuelto la seguridad del reinado de Numa Pompilio[53], por todas las costas y por todas las partes de la tierra, Roma es recibida como señora y como reina, y por doquier es reverenciada la cabeza blanca de los senadores por su autoridad, y el nombre del pueblo romano es honrado y respetado» (14,6,4-6).

En este pasaje, Amiano resume la historia de Roma y la culmina con un período de tranquilidad y serenidad, una vez ha conquistado gran cantidad de territorios.

Esta concepción biológica de la historia aparece ya entre los griegos, por ejemplo, en Polibio (VI,51), y, en la literatura romana, podemos citar a Fabio Píctor, algunos pasajes de Lucrecio, Cicerón (*Rep.* I,58; II,3; II,21); Horacio (*Ars* 153-175), pero donde aparece con más claridad y extensión es en Séneca el rétor, Floro y Amiano.

En efecto Séneca, según cuenta Lactancio (*Div. Inst.* VII,15,14 y ss.), divide la historia romana en cinco edades: infancia, niñez, adolescencia, juventud y primera vejez, correspondiendo a cinco etapas de la historia de Roma: su fun-

[52] Se refiere aquí Amiano a divisiones y estructuras propias de los orígenes de Roma, cuando aún no estaba pacificada la ciudad.

[53] Este legendario rey romano fue considerado siempre por la tradición como un pacificador (cfr. Livio 1,21,5; 1,32,5; Cic, *Rep.* 2,14,26...).

dación, monarquía, república primitiva, época desde las guerras púnicas hasta las guerras civiles y una etapa final hasta la restauración de la monarquía con el comienzo del imperio.

Floro (praef. 4-8) considera la existencia de cuatro edades: nacimiento, juventud, madurez y vejez, correspondientes a las siguientes etapas históricas: Monarquía; desde el comienzo de la república hasta la expansión de Roma por la península; hasta Augusto; desde Augusto hasta su propia época, cuando el pueblo romano envejeció y perdió poder.

También el autor, o autores, de la *Historia Augusta*, obra cercana en el tiempo a las *Res Gestae*, son conscientes de que, si no se pone remedio, la vida de Roma tiene un final cercano. De manera que, significativamente, en la última de las biografías que aparecen en esta obra nos encontramos con un cuadro panorámico de la historia de Roma donde se utiliza también el tópico de las edades[54].

En concreto, la concepción de Amiano es muy similar a la de Floro, con una división en cuatro edades:

Infancia, adolescencia, madurez y senectud, correspondiendo la infancia a la monarquía e inicios de la república, época caracterizada por la austeridad; la adolescencia a la república, en la que Roma se extiende y da muestras de gran heroísmo; la madurez es la época de los triunfos y de la transición al imperio, que da inicio a su vez a vicios y a violencias; en su última etapa, en la senectud, Roma aspira al descanso.

Como indica N. Santos Yanguas[55], en Amiano, como elemento original, se introducen *Fortuna* y *Virtus* como factores que ayudan al engrandecimiento de Roma, y la finalidad de las *Res gestae* es atestiguar la grandeza pasada de Roma. Y es que, a pesar de que la vida termina con la muerte, la concepción biológica en estos pasajes no tiene tintes completamente pesimistas, ya que, como indica Séneca, tras las guerras civiles: *Roma quasi ad alteram infantiam reuoluta*.

Ahora bien, sí se ciernen nubes negras en torno a esta

---

[54] *H. A.*, Carus, Carinus et Num. 2-3.

[55] «La concepción de Roma como sucesión de edades en los historiadores latinos», *CFC* XVII, 1981-1982, pp. 182-183.

última edad, si los romanos no saben comportarse y mantener la grandeza de Roma, tal como indican las palabras finales del párrafo citado de Amiano. Y es que sería difícil que el antioqueno, contando la historia de Roma desde el 98 hasta el 378 d.C., no intentara mostrar los aspectos que se habían ido degenerando en la historia del imperio. Por eso muestra Amiano cómo Roma, en sus orígenes, había logrado superar difíciles situaciones gracias a sus valores, y gracias a la unión de *Fortuna* y *Virtus*, de manera que esa *Virtus* debe recuperarse si Roma quiere ser realmente eterna.

4.2.9. Finalidad de la obra

Como estamos viendo, la historiografía latina responde a un género literario, con unas condiciones y una estética determinada que deben ser respetadas por el historiador.

Ahora bien, hemos apuntado igualmente que la finalidad pragmática y moralizante se convierte en un objetivo fundamental de la historia, hecho que convierte estas obras en un desfile de personas, con sus virtudes y sus vicios, y no tanto en el análisis de un sistema político o económico.

Ya hemos comentado las dos largas digresiones en las que Amiano critica el comportamiento de los romanos, destacando su incultura, despreocupación y materialismo. Es la misma preocupación que aparece en Horacio, una preocupación que lleva al antioqueno a referir los desastres individuales a su propio tiempo, empleando la palabra *tempus* en plural «*tempora*» (14,9,6; 21,16,17; 31,10,1; 15,6,4), hecho que nos recuerda, sin duda, al «*O tempora o mores*» de Cicerón, en un discurso de carácter fuertemente político y moralizante como sus *Catilinarias*.

Amiano es consciente de la crisis externa que está padeciendo el imperio y, de hecho, las batallas contra los bárbaros adquieren gran importancia en las *Res gestae*. Ahora bien, pensamos que, para él, es mucho más importante la crisis interna, la crisis moral y humana de los romanos, y de ahí que

elogie a Roma y sus edificios, frente a su dura crítica contra los romanos.

Ahora comprendemos que alabe una y otra vez cualidades como la *sobrietas* y la moderación, porque, en su opinión, para Roma no son tan valiosos los héroes como los hombres de temperamento duro y enérgico, ejemplificados por el general Ursicino[56].

Por eso, nos hallamos una vez más ante una lección histórica, ante una auténtica *magistra uitae*. Pero una lección no tiene sentido si no ofrece una solución para solventar la crisis del imperio. Para Salustio, la solución está en la legalidad, para Livio en la contemplación nostálgica del pasado y ¿para Amiano? Creemos que, para él, la solución está en la moderación de las costumbres, en la cultura y en el orgullo propio del romano, con todo lo que ello conlleva:

«Pero después de esta calamitosa situación, Roma se recuperó gracias a que la molicie de la vida licenciosa aún no había mancillado nuestra sobria tradición, que aún no se veía inmersa en banquetes de manjares exóticos y lujos excesivos. Todo lo contrario, ya que luchando unidos nobles y pueblo bajo con unánime ardor, se lanzaron dispuestos a morir noblemente por el estado, como quien se apresura a llegar a un puerto plácido y tranquilo» (31,5,14).

En efecto, gracias a la *sobrietas* y a las demás virtudes, el pueblo romano ha superado siempre los momentos difíciles. Por eso Amiano espera que sus lectores y oyentes, los romanos, sepan reaccionar y superar la crisis del imperio en el siglo IV.

4.2.10. Continuidad entre los historiadores

Una de las características que nos hacen considerar la historiografía clásica como un género literario es la fuerza de la

[56] Amiano utiliza el sustantivo *sobrietas* en 31,10,19; 22,7,9; 21,10,6...; el adjetivo *sobrius* en 15,4,3; 22,16,18; 14,6,15; 21,16,5; 16,7,6; o 31,10,6. Se refiere a un hombre de carácter sano y enérgico, como Ursicino, o como él mismo.

tradición y de las convenciones literarias, que van manteniéndose de un historiador a otro, y asimismo de un siglo a otro.

No nos extraña, pues, que Tucídides sea continuador de Heródoto, que Jenofonte a su vez continúe a Tucídides, que Posidonio y Estrabón tomen su relato donde lo había dejado Polibio o, ya en la historiografía latina, que la obra de Sisenna constituya un puente entre la de Sempronio y la de Salustio; que la Historia Augusta narre las biografías de los Césares a partir de Nerva, el emperador que sucedió a Domiciano, que es el último tratado por Suetonio y, finalmente, no nos extraña que Amiano comience su narración donde Tácito puso final a sus *Historiae*.

Desde luego, no le faltan al antioqueno ejemplos claros de esta sucesión entre los historiadores y, aunque no podemos afirmarlo, es posible que en el prólogo perdido de las *Res gestae* se hiciera referencia a este hecho[57].

Ahora bien, para que Amiano sea considerado «un continuador y un imitador de Tácito» (Galletier, p. 16); «el heredero de Tácito en todos los sentidos»[58]; o «discípulo de Tácito» (*Genres*, p. 140), debe haber entre Tácito y Amiano algún elemento común aparte de esa continuidad cronológica del tema narrado.

En efecto, a pesar de que Amiano no menciona en su obra a Tácito, se ha señalado la deuda hacia él en expresiones concretas[59], en el tratamiento de los personajes, en los discursos, en el tono moralista y pesimista, en el tratamiento de la corte y de los emperadores, o en la insistencia en la *ueritas* y en la dignidad de la historia.

De hecho sabemos que, si bien la fama de Tácito no había sido grande en los dos siglos y medio anteriores, en el IV, con el renacimiento cultural y la vuelta a las viejas tradiciones,

---

[57] Como indica Rolfe, la obra de Amiano pudo titularse perfectamente: *Res gestae a fine Corneli Taciti* (en su edic. p. XV).

[58] Cfr. R. Syme, *Ammianus...*, 1968, p. 53.

[59] Blockley, «Tacitean influence on Ammianus Marcellinus», *Latomus* 32, 1973, p. 63 y ss. cita entre 60 y 65 préstamos.

resurgió el interés por la obra de este historiador, de manera que Amiano y su público podían conocer perfectamente su obra.

Ahora bien, creemos que los préstamos concretos no son importantes, y que nos hallamos sobre todo ante lugares comunes de la historiografía clásica, y ante una situación similar del historiador ante su obra. No en vano Amiano toma de Salustio y de Tácito el tono crítico y moralista, el tratamiento de temas relacionados con la clase senatorial, la insistencia en la dignidad de la historia y en la *ueritas* del historiador.

Sin embargo, existen también importantes diferencias entre Tácito y Amiano, centradas fundamentalmente en el hecho de que Tácito circunscribe su obra a Roma, mientras que Amiano escribe una historia imperial, siguiendo a los emperadores, césares y generales a todos los rincones del imperio. Y es que, en su época, no hubiera tenido sentido que Amiano escribiera una obra sobre Roma centrada en esta ciudad.

En conclusión, Amiano puede considerarse realmente heredero de Tácito en el sentido de que rechaza la moda de escribir biografías, contar anécdotas y componer obras abreviadas, volviendo a la gran historiografía clásica, con los ideales señalados de moralidad, «objetividad» y Romanidad.

Tiene, pues, sentido que Amiano comience su obra donde la dejó Tácito, al igual que lo tiene el que deje el camino libre a historiadores venideros que puedan continuar su labor: «Que continúen esta historia aquellos que puedan hacerlo, ya por su edad o por sus conocimientos» (31,16,9).

4.2.11. Relación con la retórica. Lengua y estilo

La humildad que se trasluce en la cita antes mencionada es otro de los tópicos propios de la literatura latina, en la que se encuadra la historiografía, un género con unos condicionamientos que el historiador cumple en la medida en que se lo permiten su planteamiento, su estilo, época y objetivo.

Ya Cicerón había apuntado las exigencias estilísticas a las que debía atenerse el historiador, destacando que la historia

era un género *oratorium maxime*, y que no podía aparecer separada de los preceptos de los rétores (*De or.* II,62).

La obra histórica debe contar, pues, con un estilo cuidado, una perfecta elaboración y una serie de referencias a la cronología, ubicación y evolución de los acontecimientos.

En este sentido, principios y planteamientos de la retórica aparecen con frecuencia entre los historiadores. Además, en ocasiones, el historiador es un profundo conocedor de la retórica, como en el caso de Tácito. Por otra parte, los tintes retóricos aumentan a medida que avanza el imperio, y así la historiografía tardía ha sido muy criticada por su estilo recargado, demasiado efectista y alejado de la sencillez clásica.

En cuanto a Amiano Marcelino, su situación es peculiar, ya que su lengua natal es la griega, ha conocido y practicado el latín cotidiano y popular del ejército, ha leído a los principales autores clásicos, a quienes imita y, por otra parte, vive en un siglo en el que la elocuencia se ha convertido en un fin de la literatura, aunque una minoría culta, entre los que se encuentra Amiano, busca con nostalgia las raíces de la cultura clásica.

Lógicamente, todos estos elementos deben dejar huella en las *Res gestae* y, de hecho, el latín de Amiano es realmente peculiar[61].

Así, entre los recursos retóricos que aparecen en su obra, encontramos amplificaciones, descripciones de carácter romántico, como la de los Alpes, comparaciones, invocaciones, apóstrofes, metáforas, patetismo en la descripción de las batallas, o retratos en los que destaca la capacidad del antioqueno para deformar y hacer sobresalir lo grotesco[62].

---

[60] Como indica J. Matthews, generalmente se considera a Amiano como un autor de gusto excéntrico y estilo dudoso. *The Roman empire...*, p. IX.

[61] Esta cualidad de Amiano para describir a los personajes de una forma fría e insensible, pero también dramática, hace que el antioqueno, en opinión de M. Martínez Pastor, se asemeje a Séneca, Lucano o a El Greco. Amiano puede, pues, retratar de forma extensa y detallada a los emperadores; de una forma más viva y esquemática a personajes menos importantes, y con una pincelada o una metáfora expresiva a toda una masa anónima como la plebe, un pueblo bárbaro, los eunucos, los soldados, etcétera.

Junto a estos retratos más breves y expresivos, encontramos también otros más desarrollados, ya que cada vez que un emperador muere, Amiano describe su personalidad comenzando normalmente por sus faltas y siguiendo por sus cualidades y rasgos físicos: Galo (14,11,27-29); Constancio (21,16,19); Juliano (25,4,22); Valentiniano (30,8 y 9); Valente (31,14,7).

En cuanto a los discursos, en su obra no son demasiado abundantes, pero sí aparecen en momentos oportunos, en los que conviene que disminuya la tensión, ambientar una escena, ilustrar una personalidad, dar viveza al relato...

Sólo son pronunciados por emperadores y, si bien no son reales, sí parecen verosímiles y adecuados a la ocasión[62].

Algunos de estos recursos se han considerado como elementos propios de la lengua griega que reaparecerían en el latín de Amiano. Así, son frecuentes las palabras y expresiones griegas. Hay un uso muy abundante de los participios[63]. Y, asimismo, se considera también como provocado por su conocimiento de la lengua griega el ritmo acentual y el uso de cláusulas rítmicas utilizadas por Amiano.

Junto a estos «helenismos», encontramos también gran cantidad de arcaísmos, vulgarismos, neologismos, sustantivos abstractos[64] y un orden de palabras tan imprevisible que Henricus Valesius, su editor de 1636, llegó a hablar de una *constructio et collocatio uerborum fere militaris*, todo ello unido además a la utilización de giros y expresiones de los autores más admirados por Amiano: Cicerón, Salustio, Livio o Tácito[65], así como elementos propios del latín familiar o

---

[62] Cfr. M. Martínez, «Amiano...», p. 98.

[63] Cfr. Para no ir más lejos uno de los pasajes iniciales de la parte conservada de la obra: «*Post emensos insuperabilis expeditionis euentus, languentibus partium animis, quas periculorum uarietas fregerat et laborum, nondum tubarum cessante clangore, uel milite locato per stationes hibernas, fortunae saeuientis procellae tempestates alias rebus infudere communibus...*» (14,1,1).

[64] Sólo en el libro 17 hay 80 sustantivos abstractos en –tas (*opinitas*, *laxitas*, *proceritas...*).

[65] La utilización de estos préstamos hace afirmar a G. Sabbah que, en ocasiones, la obra de Amiano se asemeja a un centón virgiliano (*La métho de...* p. 545).

coloquial, como la aparición de *quod* + indicativo en lugar de infinitivo, comparativos en lugar de positivos o desplazamientos en el empleo de tiempos y modos.

En cuanto a la estructura de la frase, es algo retorcida, de manera que, a veces, parece que nos hallamos ante bloques unidos sin la conexión normal.

Por otra parte, no podemos olvidar que Amiano leyó su obra en recitaciones públicas, lo cual debía influir en el autor, que intentaba agradar al público con notas exóticas, metáforas, un fuerte dramatismo o con un lenguaje simbólico y poético.

Además, Amiano relata en ocasiones hechos en los que participó él mismo, lo cual da a su obra mayor viveza y la hace semejante a una novela de aventuras.

Todos estos elementos habían sido ya utilizados en alguna ocasión por los historiadores clásicos en sus obras, pero lo peculiar del estilo de Amiano es la unión de todos ellos en sus *Res gestae*.

Lógicamente, un estilo como el suyo tenía que suscitar críticas entre los estudiosos, críticas ciertamente duras, ya que se ha definido el estilo de Amiano como «oscuro»[66], «artificial y complicado»[67], «demasiado exuberante e hiperbólico»[68], e incluso como «un verdadero monstruo»[69]. Estas críticas negativas han predominado hasta el siglo XX y, sobre todo, hasta la difusión de la obra de Sabbah, quien, frente a los juicios negativos, le considera como un verdadero estilista, que utiliza todos los recursos citados para conseguir su objetivo de amenidad y moralidad.

En nuestra opinión, la solución acerca de la bondad o no del estilo de Amiano puede estar en una línea intermedia y, de hecho, todos los elementos citados tienen un origen claro en la propia formación y en la personalidad de Amiano: mili-

---

[66] E. A. Thompson, *The historical work...*, p. XI.

[67] P. M. Camus, *Ammien Marcellin...*, p. 11.

[68] M. Grant, *Greek et Roman historians*, Univ. of California Press, 1963, pp. 23-24.

[69] P. Gimazane, *Ammien Marcellin...*, p. 37.

tar, griego, lector culto y erudito de los autores clásicos y, por supuesto, autor encuadrado en el siglo IV, un siglo en el que muchos de los giros y expresiones que hoy nos resultan ajenos al latín clásico, serían conocidos y apreciados por el público que escuchaba y leía esta obra.

Seguramente, entre esos elementos apreciados por el público estaban las digresiones y, sin embargo, sabemos que las digresiones han originado gran cantidad de críticas entre los estudiosos de la obra amianea, ya que tanto desde el punto de vista literario, como de su contenido, romperían la unidad de la obra, interfiriendo en la narración a modo de piezas añadidas mediante fórmulas repetitivas y monótonas [70]. Además, normalmente Amiano parece excederse en estas digresiones, cosa que él mismo reconoce al terminar su digresión sobre Tracia: «Ya nos hemos extendido más de lo que esperábamos, de manera que volvamos a nuestra narración»(22,8,48).

Sin embargo, la utilización de digresiones es un lugar común en la historiografía clásica, tanto en Grecia como en Roma. Así, en Grecia, Heródoto introduce con gran libertad en sus digresiones un material muy diverso, especialmente geográfico y etnográfico. En cuanto a Roma, se han criticado mucho las digresiones de César, negándole incluso su autoría y, sin embargo, el *Jugurta* de Salustio introdujo gran cantidad de digresiones y descripciones exóticas, percibiéndose fácilmente que su autor contempló de cerca los paisajes y la vida de África.

En el caso concreto de Amiano, como él mismo indica, cuando hace una digresión, es porque lo requiere el relato (22,8,1). Además, son varios los factores que hemos de señalar acerca de sus digresiones. En primer lugar, sus fuentes, que son tanto literarias como basadas en su propia observación. Así, las digresiones que tratan sobre Roma y sobre su

[70] Cfr. M. M. Martínez Pastor, «Amiano...», p.97 y 110; Rolfe en su edición, p. XIX, R. Syme, *Ammianus Marcellinus and the H.A.*, Cambridge, 1968, p. 131.

sociedad reflejan en mayor medida un tono personal y satírico, frente a las geográficas o de ciencias naturales, que están basadas en sus lecturas y en sus viajes (Egipto, Tracia, Tebas...).

En cuanto a su función, a pesar de que se ha señalado que el contenido de las digresiones estaría en la actualidad relegado a las notas a pie de página, lo cierto es que, para un historiador clásico, las digresiones eran tan importantes como el resto de la narración. Así, si nos atenemos a su contenido, ya sea científico, etnográfico y geográfico, como de crítica social, observamos que ese contenido refleja en gran medida los dos objetivos principales de la historiografía clásica: informar y moralizar. De hecho, Amiano está realmente convencido de lo beneficioso de sus digresiones desde el punto de vista cultural y científico: *Quod autem erit populo prolixior textus, **ad scientiam proficiet plenam*** (23,6,1 en su digresión sobre Persia).

Pero, por otra parte, las digresiones tienen una importante función estilística y literaria en las *Res gestae*, ya que hacen aumentar o disminuir la tensión en una especie de juego de luces y de sombras. Así, la digresión sobre las provincias de oriente (14,8), de carácter tranquilo y erudito, tiene la finalidad de calmar la tensión narrativa, porque está colocada entre dos capítulos muy violentos[71]. O, por ejemplo, al inicio de los sucesos bélicos de la Galia que concluyen con la elevación de Juliano a Augusto, nuestro autor coloca una digresión sobre la Galia y sus pueblos, digresión encabezada además por un proemio digno de las gestas que va a narrar a continuación. Este proemio no es otro que una cita de Virgilio: «Así pues, puesto que, como predijo el excelso poeta de Mantua: *Emprendo una obra de gran trascendencia y de gran trascendencia es la situación que nace ante mí*, pienso que es apropiado describir ahora la geografía y las características de las Galias» (15,9,1).

[71] Una función similar tendría la digresión sobre los países del Mar Negro en 22,8.

Por supuesto, al analizar la finalidad de las digresiones de las *Res gestae*, no podemos olvidar la época y el hecho de que la obra fuera leída en público. No en vano, en época tardía, al público le encantaría leer obras eruditas y encontraría amenas las digresiones de tipo geográfico, etnográfico, social, cultural, o puramente descriptivas de Amiano.

En cuanto a la temática de estas digresiones, sabemos que Amiano es un historiador culto, que ha viajado y con afán de enseñar, de manera que es lógico que ofrezca digresiones sobre cualquier rama de la ciencia, o sobre sus observaciones, ya se trate de geografía, ciencias naturales, astronomía, medicina, filosofía, religión o sociedad. Prácticamente son mencionados todos los pueblos conocidos por los romanos hasta entonces, ofreciéndonos Amiano noticias más o menos extensas, pero siempre interesantes. Por ejemplo, en su obra se apuntan desplazamientos de grupos étnicos, como los hunos, que presionan sobre los godos y que supondrán al fin la desintegración del mundo antiguo.

En definitiva, nos gusten más o menos desde el punto de vista estilístico, y constituyan o no una información accesoria y erudita, lo cierto es que las digresiones de Amiano encajan perfectamente en su obra, y en el estilo, contenido y finalidad pretendidos por el autor.

5. Conclusiones

Pero vayamos ya a nuestras conclusiones. Pues bien, hemos comenzado cuestionando la verdad o no de la afirmación tradicional de que «Amiano es el último gran representante de la historiografía latina».

A partir de ese momento, hemos analizado las circunstancias que rodean a Amiano y las características de su obra, para centrarnos después en las características propias de la historiografía latina presentes en la obra de Amiano.

Punto por punto, hemos ido comprobando que Amiano sabe escribir una obra histórica plenamente integrada en la tradición y que, a su vez, responde a las características de

su época y de su propia condición como persona y como historiador.

Así, *ueritas* y *objetividad* son una preocupación fundamental para él, que se presenta siempre como espectador y participante en los hechos, o bien que afirma haberlos escuchado a personas fidedignas.

Además, los sucesos que relata son todos los que pueden interesar al público de su época, es decir, todo lo que rodea a los conflictos internos y externos que amenazan a la estabilidad del imperio. Eso sí, unido todo ello a un gran número de digresiones que tranquilizan la tensión del relato y divierten al público.

En esta introducción, unas veces hemos relacionado la obra de Amiano con la épica y la tragedia, debido al clima bélico y heroico, a la presentación de los protagonistas, la descripción de las batallas y, sobre todo, a la lucha del bien y del mal en el escenario romano.

Otras veces la hemos relacionado con la novela, como en los momentos en los que Amiano relata su participación en los hechos; o con la sátira, en las digresiones de crítica social y, finalmente, su lenguaje y sus recursos retóricos nos transportan a un ambiente poético.

Y es que Amiano no sólo pretende contar los hechos acaecidos desde el reinado de Nerva hasta la muerte de Valente, sino que, siguiendo la tradición de los historiadores latinos, plantea su obra como una lección que los romanos deben aprender si quieren que *Fortuna* y *Virtus*, es decir, que el progreso y la grandeza romana, superen ese fatalismo trágico que parece acompañar al devenir histórico de Roma.

Así pues, Amiano integra perfectamente en su obra todos los elementos que caracterizan a la gran historiografía clásica. Ahora bien, nuestro historiador no sería recordado si no lo hubiera hecho de un modo peculiar y plasmando su propia personalidad en las *Res gestae*. De ahí su autocaracterización como *miles quondam et graecus*, de ahí su defensa de la cultura, una cultura que él ha adquirido con mucho esfuerzo y, de ahí su intento por recuperar la grandeza de la antigua Roma, que, ante sus ojos, se presenta ya a punto de ser derrotada por los bárbaros.

En definitiva, en Amiano se unen Grecia y Roma, milicia y cultura, pasado y presente, tradición y originalidad, una mezcla que no puede sino elevar a su autor al rango de «último gran representante de la historiografía clásica».

6. Bibliografía

6.1. Historiografía clásica

ALDANA, A. M.ª, ROVIRA, M., y ZAPATA A. *Introducción a la historiografía latina. Textos para su lectura*, Madrid, 1989.

ANDRÉ, J. M. y HUS, A., *La historia en Roma*, Madrid, 1989.

BERNAGOZZI, G., *La storiografia romana delle origini a Livio*, Bolonia, 1963.

CANFORA, L., *Totalità e selezione nella storiografia classica*, Bari, 1972.

– *Teorie e tecnica della storiografia classica*, Roma/Bari, 1974.

– *Studi di Storia della storiografia romana*, Bari, 1993.

CHAUSEERIE-LAPRÉE, J. P., *L'expression narrative chez les historiens latins*, París, 1969.

CIZEK, E., *Histoire et historiens à Rome dans l'Antiquité*, Lyon, 1995.

CODOÑER, C., *Evolución del concepto de historiografía en Roma*, Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona, 1986.

COSTAS, J. (coord.), *Antología de textos historiográficos latinos*, Madrid, 1991.

DOREY, T., *Latin historians*, Londres, 1966.

FINLEY, M. I., *History and theory*, 1965.

– *Estudios sobre historia antigua*, Madrid, 1981.

– *Ancient history*, Londres, 1985.

FLACH, D., «Von Tacitus zu Ammian», *Historia* 21, 1972, pp. 333-350.

FORNARA, C. W., *The nature of history in ancient Greece and Rome*, Universidad de California, Los Ángeles 1983.

GRANT, M., *Ancient history*, Londres, 1952.
– *The ancient historians*, Londres, 1970.
– *Readings in the classical historians*, Nueva York, 1992.
– *Greek et Roman historians*, Londres, 1995.
LAISTNER, M. L.W., *The greater Roman historians*, Univ. of California Press, Los Ángeles 1963 (1947).
LEVICK, B., *The ancient historian and his materials*, 1975.
MARINCOLA, J., *Authority and tradition in ancient historiography*, Cambridge, 1997.
MAZZARINO, S., *Il pensiero storico classico*, Bari, 1966.
MELLOR, R. (ed.), *The historians of ancient Rome*, Nueva York/Londres, 1998.
MOMIGLIANO, A., «Il linguaggio e la tecnica dello storico», *Rivista storica italiana*, LXVII, 1955.
– «Time in ancient history», *History and theory*, Beiheft 6, 1966, pp. 1-23.
– «Historiography on written tradition and historiography on oral tradition», *Studies on historiography*, Londres, 1966.
– «Tradition and the classical history», *History and theory*, 11, 1972, pp. 279 y ss.
MORENO, I., «Historiografía clásica y biografía», en Codoñer, C. (ed.), *Géneros literarios latinos*, Salamanca, 1987.
MUÑOZ, M.ª J., «Noción dominante y horizonte de expectativa en la historiografía latina: la reflexión de Cicerón sobre la historia», *Actas del VII Congreso Español de E.E.C.C.*, II, Madrid, 1989, pp. 697-703.
NISARD, D., *Les quatre grands historiens latins*, París, 1874.
PERCIVAL, J., *Truth in the Greek and Roman historians*, 1991.
PLASS, P., *Wit and the writings of History. The rhetoric of historiography in Imperial Rome*, Madison, 1988.
RAMBAUD, M., *Cicéron et l'histoire romaine*, París, 1963.
– *L'art de la déformation historique dans les Commentaires de César*, París, 1966.
USHER, S., *The historians of Greece and Rome*, Londres, 1969.
VEYNE, P., *Comment on écrit l'histoire*, París, 1971.
WOODMAN, A. J., *Rhetoric in classical historiography: four studies*, 1988.

6.2. La historiografía en el s. IV

ANDEL, G. K. van, *The christian concept of History in the Chronicle of Sulpicius Severus*, Amsterdam, 1976.

AUSTIN, N. J., «Autobiography and History: Some Later Roman *Historians and their veracity, History and Historians in Late Antiquity*», ed. por Croke, B. y Emmett, A. M., Sydney, Oxford..., 1983, pp. 54-65.

BOER, W. den, *Some minor historians*, Leiden, 1972.

BONAMENTE, G., «Sulla storiografia pagana postgiulianea», *CS* 18, 70, 1979, pp. 69-82.

CAMERON A. D. E. y CAMERON, A. M., «Christianity and tradition in the historiography of the Later Empire», *C.Q.* 58, 1964, pp. 316-328.

CHESNUT, G. F., *The first christian histories*, París, 1977.

CIZEK, E., «Quelques remarques sur l'historiographie romaine du Bas-Empire», *VII Congr. de la FIEC*, Budapest, 1984, II, pp. 193-196.

CODOÑER, C., «Las crónicas latinas del siglo IV», *Los géneros literarios (Actes VIIè simposi d'estudis classics*, 21-24 marzo, 1983), Barcelona, 1985, pp. 121-140.

COURCELLE, P., *Les lettres grecques en Occident de Macrobe à Cassiodore*, París, 1943.

– *Late Latin writers and their Greek sources*, Cambridge, 1969.

DUVAL, J. M., «Les métamorphoses de l'historiographie aux IVè et Vè siècles. Renaissance, fin ou permanence de l'Empire Romain», *Actas VII Congreso de la FIEC*, Budapest, 1984, II, pp. 137-182.

FONTAINE, J., «Unité et diversité du mélange des genres et des tons chez quelques écrivains latins de la fin du IVè siècle: Ausone, Ambroise, Ammien», *Christianisme et formes littéraires de l'antiquité tardive en Occident*, Ginebra, 1976, pp. 425-452.

GALÁN, P. J., *El género historiográfico de la chronica*, Cáceres, 1994.

HERZOG, H., *Nouvelle histoire de la littérature latine* V, París, 1993.

LANA, I., «La storiografia latina pagana del IV secolo d.C.», *Koinonia* 3, 1979, pp. 7-28.
LÉOURTRE, C., *Tite-Live, instrument de la propagande païenne à la fin du IVe et au début du Ve siècle*, París, 1962.
MACKAIL, J., «The last great Roman historians», *Classical studies*, Londres, 1925, pp. 159-187.
MICHELOTTO, P. G., «Note sulla storiografia del IV sèc. d.C.», *CRDAC* 9, 1977-8, pp. 91-155.
MOMIGLIANO, A., «Pagan and christian historiography in the fourth century A.D.», *The conflict between paganism and christianity in the fourth century*, Oxford, 1963, pp. 79-99.
PICHON, R. *Les derniers écrivains profanes*, París, 1906.
PIGUI, I. B., «Latinitǎ cristiana negli scrittori pagani del IV secolo», *Studi dedic. a Paolo Ubaldi*, Milǎn, 1937, pp. 41-72.
SINISALCO, P., «La storiografia nel tardo antico», *La cultura in Italia* 1, pp. 99-122.
ZECCHINI, G., *Ricerche di storiografia latina tardo-antica*, Centro ricerche e docum. sull'Antichità classica, Roma, 1993.

6.3. Siglo IV. Historia, política y sociedad

ARNHEIM, M. T. W., *The senatorial aristocracy in the later Roman Empire*, Oxford, 1972.
BIDEZ, J., *La vie de l'Empereur Julien*, París, 1955 (1930).
BLOCH, H., «The pagan revival in the West at the end of the fourth century», *The conflict between paganism and christianity*, ed. Momigliano, A., Oxford, 1963.
BOER, W. den, «Rome à travers trois auteurs du quatrième siècle», *Mnemosyne*, ser. 4,21, 1968, pp. 254-82.
BREEBAART, A. V., «Aspects of the divorce between East and West in the 4th Century», *Actas VII Congrés de la FIEC*, Budapest, 1984, pp. 9-23.
CAMERON, A. y GARNSEY, P. (eds.), *The Cambridge ancient history XIII. The late empire A.D. 337-425*, Cambridge, 1998.

CARCOPINO, J., *La vie quotidienne à Rome à l'apogée de l'Empire*, París, 1939.

CHASTAGNOL, A., «El estado romano y el emperador: las instituciones», en *Historia Universal Salvat, La antigüedad tardía* (IV), 1984, pp. 389-415.

COCHRANE, C. N., *Christianity and Classical culture*, Nueva York, 1957 (1940).

CONCA, F, GUALANDRY, I. y LOZZA, G. (eds.), *Politica, cultura e religione nell'Impero Romano (secoli IV-VI) tra oriente e occidente*, Roma, 1993.

CONSOLINO, F. E. (ed.), *Pagani e cristiani da Giuliano l'Apostata al sacco di Roma*, Rende, 1995.

DAGRON, G., «L'empire Romain de l'Orient au IVe siècle et les traditions politiques de l'hellénisme», *Travaux et Memoires* 3, 1968, pp. 1-242.

DILL, S., *Roman Society in the Last Century of the Western Empire*, Cleveland/Nueva York, 1958 (1899).

DOWNEY, G., «Julian and Justinian and the Unity of Faith and culture», *CH* 28, 1959, pp. 339-349.

– «Philantropia in Religion and statecraft in the fourth century after Christ», *Historia* 4, 1955, pp. 199-208.

– «Julian and the schools», *CPh*, 53, 1957-8, pp. 97-103.

– «The economic crisis at Antioch under Julian the Apostate», *Stud. in Roman Social and Economic history*, ed. Coleman-Norton, P. R., Princeton, 1951, pp. 312-321.

ELLUL, J., *Historia de las instituciones de la antigüedad*, Madrid, 1970.

FESTUGIÉRE, A. J., *Antioche païenne et chrétienne*, París, 1959.

GIBBON, G., *The history of the decline and fall of the Roman Empire*, 3 vols., Londres, 1995.

GLOVER, T. R., *Life and letters in the fourth century*, Cambridge, 1901.

JONES, A. H. M., *The later Roman empire 284-602 A.D.*, 3 vols. Oxford, 1964.

KABIERSCH, J., *Untersuchungen zum begriff der philanthropia bei dem kaiser Julian*, Wiesebaden, 1960.

KAEGI, W. E., «The emperor Julian's assessment of the significance and function of history», *PAPhS*, 108, 1964, 29-38.

MACMULLEN, R., *Enemies of the Roman order –treason, unrest and alienation in the Empire–*, Cambridge, 1966.
MARTROYE, F., «La répression de la magie et le culte des gentils au IVè siècle», *RD*, sér. 4, 9, 1930, pp. 669-701.
MAU, G., *Die religionsphilosophie Kaiser Julians*, Leipzig, 1907.
MAZZARINO, S., *Aspetti sociali del quarto seccolo*, Roma, 1951.
– *La fin du monde antique*, París, 1973.
MOMIGLIANO, A., *Paganism and christianity in the fourth century A.D.*, Oxford, 1963, pp. 100-125.
PACK, R., «Curiales in the correspondence of Libanius», *TAPA*, 82, 1951, pp. 176-192.
– *Studies in Libanius and Antiochene society under Theodosius*, Michigan, 1935.
PASCHOUD, F., *Roma Aeterna*, Neuchatel, 1967.
PETIT, P., *Libanius et la vie municipale à Antioche*, París, 1955.
PIGANIOL, A., *L'Empire chrétien*, París, 1947.
RIDLEY, R. T., «Notes on Julian's persian expedition (363)», *Historia* 22, 1973, pp. 317-330.
SANFORD, E. M., «Contrasting views of the Roman empire», *AJP*, 58, 1937, pp. 437-456.
STEIN, E., *Histoire du bas-Empire*, 2 vols., París, 1959.

6.4. Ediciones y traducciones de Amiano

CALTABIANO, M., *Ammiano Marcellino, Storie*, Milán, 1989.
CLARK, C. U., *Ammiani Marcellini Rerum Gestarum libri qui supersunt*, 2 vols., Berlín, 1963 (1910-15).
GALLETTER, E. y FONTAINE, J., *Ammien Marcellin. Histoire XIV-XVI*, París, 1968 (edic. y trad. al francés); SABBAH, G., tomos XVII-XIX (1970); FONTAINE, F., FRÉZOULS, E. y BERGER, J. D., tomo III, XX-XII (1996); FONTAINE, J., tomo IV, XXIII-XXV (1977); MARIÉ, M. A., tomo V, XXVI-XXVIII (1984); SABBAH, G. y ANGLIVIEL, L., tomo VI, XXIX-XXXI (1999).

GARDTHAUSEN, V., *Ammian, Res gestae*, Leipzig, 1966 (1874-75), 2 vols.

PIGHI, G. B., *Ammiani Marcellini Rerum gestarum capita selecta*, Neuchâtel/París, 1948.

ROLFE, J. C., *Ammianus Marcellinus, Res gestae*, edic. y trad. ingl., Londres, 1963-64 (1939-40), 3 vols.

SEYFARTH, W., *Ammiani Marcellini Rerum gestarum libri quae supersunt* (texto y trad. al alemán), Berlín, 4 vols.(I-II, 1968; III,1970, IV,1971).

SEYFARTH, W., JACOB-KARAW, L. y ULMANN. I., *Ammiani Marcellini Rerum Gestarum libri quae supersunt*, 2 vols., Leipzig, 1978.

WAGNER-ERFURTH, *Ammiani Marcellini quae supersunt,* cum notis integris Frid. Lindenbrogii, Henr. et Hadr. Valesiorum et Iac. Gronovii, quibus Thom.Reinesii quasdam et suas adiecit Io. Augustin Wagener, 3 vols, Leipzig, 1808.

6.5. Comentarios

FONTAINE, J., *Ammien Marcellin, Histoire XXIII-XXV Commentaire*, París, 1977.

JONGE, P. de, *Sprachlicher und historischer kommentar zu Amm. Marc. XIV, 1-7*, Groningen, 1935; XIV,2 (1939).

– *Philological and historical commentary on Ammianus Marcellinus XV-XIX*, Groningen, 1948-1982.

BOEFT, J. den, HENGST, D. den y TEITLER, H. C., *Philological and historical commentary on Ammianus Marcellinus* XX, Groningen, 1987; XXI (1991); XXII (1995).

SZIDAT, J., *Historisches kommentar zu Ammianus Marcellinus*, libros XX-XXI, Wiesbaden, 1977-81, 2 vols.; tomo 3: Stuttgart, 1996.

6.6. Léxicos

CHIABO, M., *Index uerborum Ammiani Marcellini*, 2 vols., Hildesheim/Zúrich/Nueva York, 1983.

VIANSINO, G., *Ammiani Marcellini rerum gestarum lexicon*, 2 vols., Hildesheim/Zúrich/Nueva York, 1985.

6.7. Estudios

AJA SÁNCHEZ, U. R., «Los prefectos urbanos de Constancio II y el comportamiento vindicativo de la plebe romana en Amiano Marcelino», *SHHA* 1995-96, 13-14, pp. 379-99.
ALFANO CARANCI, L., «Alcuni orientamenti critici di recenti studi su Ammiano Marcellino», *BStudLat.* 9, 1979, pp. 71-82.
ALFOLDI, A., *A conflict of ideas in the Late Roman Empire*, Oxford, 1952.
ALONSO NÚÑEZ, J. M., *La visión historiográfica de Amiano Marcelino*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 1975.
– «Ammianus Marcellinus in der Forschung von 1970 bis 1980», *AAHG* 36, 1983, pp. 1-18.
AMAT, J., «Ammien Marcellin et la justice immanente, (14,11,20-34)», *Mélanges offerts à Jacques Fontaine à l´occasion de son 70è anniversaire*, Tomo I, París, 1992, pp. 267-279.
ANGLIVIEL DE LA BEAUMELLE, L., «Remarques sur l´attitude d'Ammien Marcellin à l'égard du christianisme», *Mélanges W. Seston*, París, 1974, pp. 15-23.
– «La torture dans le *Res Gestae* d´Ammien Marcellin», *Institutions, société et vie politique dans l´empire romain au IVè siècle ap. J.C.*, Christol, M. *et al.* (eds.), París, 1992, pp. 91-113.
ARCE, J.J., «El historiador Amiano Marcelino y la pena de muerte», *HAnt.* 4, 1974, pp. 334 y ss.
ARNALDI, F., «Il continuatore di Tacito», *Rendiconti d. Accad. d'Arch. Lett. e Belle Arti*, Nápoles, 42, 1967, pp. 103-154.
AUSTIN, N. J. E., «Ammianus' account of the Adrianople campaign: some strategic observations», *A. Class.*, 15, 1972, pp. 77-83.
– «Julian at Ctesiphon. A fresh look at Ammianus' account», *Athenaeum* 50, 1972, pp. 301-309.

AUSTIN, N. J. E., «In support of Ammianus'veracity», *Historia*, 22, 1973, pp. 331-335.
– *Ammianus on warfare. An investigation into Ammianus' Military knowledge*, Coll. Latomus, Bruselas, 1979.
BAGLIVI, N., *Ammianea*, Catania, 1995.
BARCELÓ, P., «Überlegungen zur Herkunft des Ammianus Marcellinus», *Charistion CPT Naudé*, Vogel-Weidemann, U. (ed.), Pretoria, 1993, pp. 17-24.
BARNES, T. D., «Structure and chronology in Ammianus, Book 14», *HSPh* 92, 1989, pp. 413-422.
– «Literary convention, nostalgia and reality in Ammianus Marcellinus», *Reading the past in Late antiquity*, Clarke, G. (ed.), Rushcutters Bay, 1990, pp. 59-92.
– *Ammianus Marcellinus and the representation of historical reality*, Ithaca, 1998.
BEST, E. E., «The literate Roman soldier», *CJ* LII, 1966, pp. 122 y ss.
BIRLEY, A. R., «Further echoes of Ammianus in the Historia Augusta», *Historiae Augustae Colloquium Parisinum*, a cargo de Bonamente, G. y Duval, N., Macerata, 1991, pp. 53-58.
BITTER, N., *Kampschilderungen bei Ammianus*, Bonn, 1976.
BLECKMANN, B., «Constantina, Vetranio und Gallus Caesar», *Chiron* 24, 1994, pp. 29-68.
BLOCKLEY, R.C., «Tacitean influence on Ammianus Marcellinus», *Latomus* 32, 1973, pp. 63-78.
– *Ammianus Marcellinus. A study of his historiography and political thought*, Bruselas, 1975.
– «Ammianus Marcellinus on the Persian Invasion of A.D.359», *Phoenix* 1988, pp. 42 y 245 y ss.
– «Ammianus Marcellinus's use of *exempla*», *Florilegium* 1994, 13, pp. 53-64.
– «Ammianus Marcellinus and his classical background –changing perspectives», *International Journal of the Classical tradition* 2, 4, 1996, pp. 455-466.
BLOMGREN, S., *De sermone Ammiani Marcellini quaestiones variae*, Diss. Uppsala, 1937.

BOEFT, J. den, HENGST, D. den y TEITLER, H. C. (eds.), *Cognitio gestorum. The historiographic art of Ammianus Marcellinus*, Amsterdam, 1992.

BONNANI, S., «Sulla tecnica comparativistica di Ammiano Marcellino», *Quad. Catanesi di studi Clas. e med.* 4, 1982, 415-426.

BONFILS, G., *Ammiano Marcellino e l'imperatore*, Bari, 1986.

BORHY, L., «¿Qué era el murus sinuosus et cornutus? (Am.20,7,17)», *Gerion* 1996, 14, p. 223.

BRACKMAN, C., *Ammianea et Annaeana*, Leiden, 1909.

BRENNECKE, H. Ch., «Christliche Quellen des Ammianus Marcellinus?», *Zeitschr. für antikes Christentum* I, 1997. pp. 226-250.

BRINGMAN, K., «Ammianus Marcellinus als spätantiker römischer historiker», *A.A.* XIX, 1973, pp. 44-60.

BROK, M. F. A., *De perzische expeditie van Keizer Julianus volgens Ammianus Marcellinus*, Groningen, 1959.

– «Bombast oder Kunstfertigkeit. Ammians Beschreibung der ballista (23,4,1-3)», *Rheinischen Museum* 120, 1977, pp. 331-345.

BULLA, W. K., *Untersuchungen zu Ammianus Marcellinus*, Munich 1983.

CALBOLI, G., «La credibilità di Ammiano Marcellino e la sua arte espressiva», *BStudLat* 4, 1974, pp. 67-103.

CAMERON, A., «Biondo's Ammianus: Constantius and Hormisdas at Rome», *HSPh* 92, 1989, pp. 423 y ss.

CAMERON, A. D. E., «The Roman friends of Ammianus», *J.R.S.* 54, 1964, pp. 15-28.

– «Ammianus and the *Historia Augusta*», *JRS*, t.61, 1971, pp. 255-267.

CAMUS, P. M., *Ammien Marcellin. Témoin des courants culturels et religieux à la fin du IVè siècle*, París, 1967.

CART, G. A., *Quaestiones Ammianeae*, Diss. Berlín, 1868.

CARRASCO, G., «Justicia y poder en Amiano Marcelino», *HAnt.* 16, 1992, pp. 36 y ss.

– «Amiano Marcelino y el emperador Valente», *ACEEC VIII*, Madrid, 1994, pp. 109-114.

CARRASCO, G., «Corrupción y administración en las *Res Gestae* de Amiano Marcelino», *HAnt.* 1995, 19, pp. 363-374.
CESKA, J., *De honore Iuliani apud Ammianum Marcellinum XV, 8,10 prope sperato, in Charisteria F. Novotny octogenario oblata*, F. Stiebitz, R. Hosek, Praga, 1962, pp. 155-159.
– «De erroribus a scribis editoribusve tam infeliciter commissis, ut Ammianus Marcellinus immerito interdum stultus uideatur», *Listy filologické* 118, 1995, pp. 8-19.
CHALMERS, W. R., «An alleged doublet in Ammianus Marcellinus», *RhM*, t.102, 1959, pp. 183-189.
– «Eunapius, Ammianus Marcellinus and Zosimus on Iulianus Persian expedition», *Clas. Quart.* LIV, 1960, pp. 152.
– *De vita Ammiani Marcellini*, Erfurdt, 1808.
– «Julians Persezung bei Ammianus Marcellinus and Zosimus», *Julian Apostata. Hrsg. von Richard Klein*, Darmstadt, 1978, pp. 270-284.
CHAUVOT, A., *Opinions romaines face aux barbares IVè siécle aprés J.C*, 1998.
CICHOKA, H., «Ammiano Marcellino y la literatura griega y latina», *Meander* XXIX, 1974, p. 289 y ss.
– «Die konception des exkurses im Geschichwerk des Ammianus Marcellinus», *Eos* LXIII, 1975, p. 329 y ss.
CLARK, C. U., *The text tradition of Ammianus Marcellinus*, Yale, 1904.
CLASSEN, C. J., «*Nec spuens aut os aut nasum tergens uel fricans* (Amm. Marc.XVI,10,10)», *RhM* 128, 1988, pp. 131, 177 y ss.
CLAUSS, M., «Ein tödlicher Scherz (Zu Ammian 30,5,11-12)», *RhM* 128, 1985, pp. 97-98.
CLERC, J. B., «A propos Ammien 23,6,25: une prétendue profession de foi en l'astrologie», *Historia testis*, ed. por Piérat, M. y Curty, O. (eds), Fribourg, 1989, pp. 167-174.
CONDUCHÉ, D., «Ammien Marcellin et la mort de Julien», *Latomus* 24, 1965, pp. 359-380.
CRUMP, G. A., *Ammianus Marcellinus as a military historian*, Wiesbaden, 1975 (Historia, Einzelscrhiften Heft 27).
DAUTREMER, L., *Ammien Marcellin. Étude d'histoire littéraire*, Lille, 1899.

D'ELIA, S., «Ammiano Marcellino ed il cristianesimo», *Studi Romani*, X, 1962, pp. 372-390.

DEMANT, A., *Zeitkritik und Geschichtsbild im Werk Ammians*, Bonn, 1965.

DILLEMANN, L., «Ammien Marcellin et le pays de l'Euphrate et Tigre», *Syria* 38, 1961, pp. 87-158.

DI SPIGNO, «Limiti e pregi della storiografia di Ammiano Marcellino», *Atti d'Accad. nazionale dei Lincei* 5, 1950, 387-396.

– «Aspetti e problemi della storia degli studi Ammianei», *Helikon* III, 1963.

DREXLER, H., *Ammianstudien*, Hildesheim/Nueva York, 1974.

DRIJVERS, J. W., «Ammianus Marcellinus 15.13.1-2: Some observations on the career and bilingualism of Strategius Musonianus», *Cl.Qu.* n.s. 46, 1996, pp. 532-527.

DRINKWATER, J. F., «Silvanus, Ursicinus and Ammianus: fact or fiction?», *Studies in Latin Literature and Roman History VII*, Deroux, C., Bruselas (ed.), 1994, pp. 568-576.

DUFRAIGNE, P., «Quelques remarques sur l' «*aduentus*» chez Ammien Marcellin et les panégyristes», *Mélanges offerts à J. Fontaine à l'occasion de son 70è anniversaire*, I, París, 1992, pp. 497-509.

DUVAL, P. M., «La venue à Rome de l'empereur Constance II en 357 d'après Ammien Marcellin», *Caesarodunum* 5, 1970, pp. 299-304.

ELLIOTT, T. G., «The pagan Bias of Ammianus Marcellinus, libros XIV-XXV», *HSCLPh* 79, 1975, pp. 358 y ss.

– *Ammianus Marcellinus and fourth century history*, Sarasota/Toronto, 1983.

EMMETT, A. M., «Three recent interpretations of Ammianus Marcellinus», *Prudentia* 2, 1970, pp. 19-29.

– «The digressions in the Lost Books of Ammianus Marcellinus», *History and historians in Late Antiquity*, Croke, B. y Emmett, A.M. (eds.), Sydney, Oxford..., 1983, pp. 42-53.

ENSSLIN, W., *Zur Geschichtschreibung und Weltanschauung des Ammianus Marcellinus*, Wiesbaden 1971 (Leipzig, 1923).

FESSER, H., *Sprachliche Beobachtungen zu Ammianus Marcellinus*, Breslau, 1932.

FIELD, L. F., *The epilogues of Ammianus Marcellinus*, Baltimore, 1968.

FINKE, H., *Ammianus Marcellinus und seine Quellen zur Geschichte der römischen Republik*, Heidelberg, 1904.

FLACH, D., «Von Tacitus zu Ammian», *Historia* 21, 1972, pp. 333-350.

FLETCHER, G. B. A., «Stylistic borrowings and parallels in Ammianus Marcellinus», *Rev. Phil.* 11, 1937, pp. 377-395.

– «Notes on Ammianus Marcellinus», *Class. Quart.* XXIV, 1930, p.193 y ss.; *A.J.P.* 1937, pp. 392 y ss.

– «Ammianus and Solinus», *Phil.* XCI, 1936, pp. 478 y ss.

– «On Varro, Tibullus, Tacitus and Ammianus», en *Ut pictura poesis. Studia latina*, Festchrift P. J. Enk, Leiden, 1955, pp. 75-86.

FONTAINE, J., «Ammien Marcellin, historien romantique», *BAGB, Suppl. Lettres d'Humanité* 28, 1969, pp. 417-435.

– «Unité et diversité du mélange des genres et des tons chez quelques écrivains latins de la fin du IV siècle: Ausone, Ambroise, Ammien», *Christianisme et formes littéraires de l'Antiquité Tardive en Occident*, 1977, pp. 425-482.

– «La Gaule et les gaulois d'après Ammien Marcellin», *Humanitas*, Madrid, 1992, p. 281-293.

– «Le style d'Ammien Marcellin et l'esthétique théodosienne», *Cognitio gestorum*, Boeft, J. de *et al.* (eds.), Amsterdam, 1992, pp. 27-37.

FORNARA, Ch. W., «Studies in Ammianus Marcellinus. II: Ammianus'knowledge and use of Greek and Latin literature», *Historia* 41, 1992, pp. 328-344 y 420-438.

– «The prefaces of Ammianus Marcellinus», *Cabinet of the Muses*, Griffith, M. y Mastronarde, D. J. (eds.), Atlanta, 1989, pp. 163-172.

– «Julian's Persian expedition in Ammianus and Zosimus», *Journal of Hellenic Studies* 111, 1991, pp. 1-15.

– «The order of events in Ammianus Marcellinus 23,5,4-25», *AJAH* 10, 1985, pp. 28-40.

FRAKES, R. M., «Ammianus Marcellinus and Zonaras on a late Roman assassination plot», *Historia* 46, 1997, pp. 121-128.
– «Some hidden *defensores ciuitatum* in the *Res Gestae* of Ammianus Marcellinus», *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte. Romanistische Abteilung* 109, 1992, pp. 526-532.
FRANK, E., «Symbolic imagery in Ammianus Marcellinus», *CB* 42, 1966, pp. 46-47.
FRANK, R., «*Commendabilis* in Ammianus», *AJPh* 71, 1967, pp. 309-318.
– «Ammianus on Roman Taxation», *AJPh* 93, 1972, pp. 69-86.
FRANKES, R. M., «Ammianus Marcellinus XXI,16,7: a re-examination», *Hermes* 122, 1994, pp. 253-256.
– «Crossreferences to the lost books of Ammianus Marcellinus», *Phoenix* 49, 1995, pp. 232-246.
FREZOULS, E., «La mission du *magister equitum* Ursicin en Gaule (355-7) d'après Ammien Marcellin», *Hommages à Albert Grenier* (Coll. *Latomus*, 58), II, Bruselas, 1962, pp. 673-688.
FUNKE, H., «Majestäts- und Magieprozesse bei Ammianus Marcellinus», *JAC* 10, 1967, pp. 145-175.
GARDTHAUSEN, V., «*Die geographischen quellen Ammians*», *Fleckeisens Kahrbücher für classische philologie*, Suppl.6, Leipzig 1873, pp. 509-556.
GARTNER, H., «Zu Ammianus Marcellinus», *Hermes* 97, 1969, pp. 362-371.
GILLIAM, J. F., «Ammianus Marcellinus and the *Historia Augusta*. The lost books and the period 117-285», *Historia Augusta Colloquium*, Bonn, 1972, pp. 125-148.
GIMAZANE, J., *Ammien Marcellin, sa vie et son oeuvre*, Toulouse, 1889.
GRATTAROLA, P., «La concezione del dominio mondiale di Roma in Ammiano», *GFF* 10, 1987, pp. 5 y ss.
GUALANDRI, I., «Fonti geografiche di Ammiano Marcellino XXII,8», *PP* 23, 1968, pp. 199-211.
GUNTHER, L. M., «Leptis-Magna-Affare bei Ammianus Marcellinus XXVIII 6)», *Klio* 79, 1997, pp. 444-458.
GUTSCHMID, A. von, *Ammianus Marcellinus*, Kleine Schriften, V, Leipzig, 1894, capítulo 20.

HAEHLING, R. von, «Ammians Darstellung der Thronbesteigung Jovians im Lichte der heidnisch-christlichen Auseinandersetzung», *Bonner Festgabe Johannes Straub zum 65*, Bonn, 1977, pp. 347-358.

HAGENDAHL, H., *Studia Ammianea*, Diss. Uppsala, 1921.

– «*De abundantia sermonis Ammianei*», *Eranos* XXII, 1924.

HANSEN, G. Ch., «Ammian (29,6) über die Quaden», *Philologus* 143,1, 1999, pp. 155-160.

HARMON, A. M., «The clausula in Ammianus Marcellinus», *Trans. of the Connecticut Acad. of Art and science*, 16, 1910, pp. 117-245.

HARTKE, W., «Eidesleistungen der römischen Kaisaer Trajan und Julian auf die Erfüllung grober Planziele. Zu einer Episode bei Ammianus Marcellinus», *Philologus* 119, 1975, pp. 179-214.

HELTTULA, A., «*Post depositum militiae munus*. Official phraseology in Ammianus Marcellinus», *Arctos* 2, 1985, pp. 41-56.

HENGST, D. den, «The scientific digressions in Ammianus' *Res gestae*», *Cognitio gestorum*, Boeft, J. den *et al.* (eds.), Amsterdam, 1992, pp. 39-46.

– «Hidden polemics. Ammianus' digression on Egypt (*Res Gestae* 21,15-16)», *On Latin*, Risselada, R. *et al.* (eds.), Amsterdam, 1996, pp. 45-56.

HERTZ, M., *De Ammiani Marcellini studiis Sallustianis*, Breslau, 1874.

– «Aulus Gellius und Ammianus Marcellinus», *Hermes* 8, 1874, pp. 257-302.

HEYEN, J., «A propos de la conception historique d'Ammien Marcellin», *Latomus*, 27, 1968, pp. 191-196.

HÖCKMANN, O., «Rheinschiffe aus der Zeit Ammians. Neue Funde in Mainz», *Antike Welt* 13, 1982, pp. 40-47.

HUNT, E.D., «Christians and christianity in Ammianus Marcellinus», *CQ* 35, 1985, pp. 186-200.

JAKOB, L., ULMANN, K., «Warum Ammian forschung heute?», *Klio* 58, 1976, pp. 87-99.

JANNACCONE, S., *Ammiano Marcellino*, Nápoles, 1960.

JEEP, L., «Die verlorenen Bücher des Ammianus Marcellinus», *Rh. Mus.* 43, 1888, pp. 60-72.

JENKINS, F.W., *Ammianus' knowledge and use of Republican Latin literature*, Univ. de Illinois, 1985.

JONGE, P. de, «Ammianus and Vegetius», *Ut pictura poesis. Studia Latina Petro Iohanni Enk Septuagenario oblata*, Leiden, 1955, pp. 99-106.

– «A curious place in Ammianus dealing with scarcity of corn and corn prices», *Mnem.* 4, 1, 1948, pp. 73-80.

– «Scarcity of corn and corn prices in Ammianus Marcellinus», *ibid.*, pp. 238-245.

KAUTT-BENDER, M, *Vielfalt und Funktion der Darstellungselemente in den Res gestae des Ammianus Marcellinus*, Heidelberg, 1991.

KENNEDY, M., *The literary work of Ammianus Marcellinus*, Lancaster, 1912.

KLEIN, W., *Studien zu Ammianus Marcellinus*, Leipzig, 1914.

KLOTZ, A., «Die Quellen Ammians in der Darstellung von Julians Perserzug», *Rhein. Mus.*, 125, 1982, pp. 461-506.

LANA, I., «Ammiano Marcellino e la sua conoscenza degli autori greci», *Politica, cultura e religione nell'immpero romano (secoli IV-VI) tra oriente e occidente*, Nápoles, 1993, pp. 23-40.

LANE FOX, R. J., «The itinerary of Alexander: Constantius to Julian», *Class. Quat.* 47, 1997, pp. 239-252.

LEE, A. D., *Information and frontiers*, Cambridge, 1993.

LEPELLEY, C., «Le présage du nouveau désastre de Cannes: la signification du raz de marée du 21 juillet 365 dans l'imaginaire d'Ammien Marcellin», *Kokalos* 36-7, 1990-91, pp. 359-374.

LIEBESCHRÜTZ, W., «Ammianus, Julian and divination», *Roma renascens*, Wissemann, M. (ed.), Frankfurt a.M., 1988, pp. 198-213.

LOMAS SALMONTE, F. J., «Lecture helenica de las *Res gestae Iuliani* de Amiano Marcelino a la sombra. de Alejandro Magno», *Neroniana IV*, Coll. Latomus 209, Bruselas, 1990, pp. 306-327.

MACKAIL, J. W., «Ammianus Marcellinus», *JRS*, 10, 1920, pp. 103-118.

MACKAIL, J. W., «The last great historian», *Class. Stud.* IX, 1921, pp. 159 y ss.

MACMULLEN, R., «Some pictures in Ammianus Marcellinus», *The Art Bulletin*, 46, 1964, pp. 435-455.

MAENCHEN-HELFEN O. J., «The date of Ammianus Marcellinus' last books», *AJPh*, 76, 1955, pp. 383-399.

MALOLET, A., *De Ammiani Marcellini digressionibus quae ad externas gentes pertineant*, París, 1898.

MARÍA, S. de, «Cassio Dione, Ammiano Marcellino e gli archi trionfali della Pannonia. Architettura e temi dell'ideologia imperiale», *Annuario dell'Accademia d'Ungheria*, 1995, pp. 299-312.

MARIÉ, M. A., «*Virtus et fortuna* chez Ammien Marcellin», *REL*, 1989, pp. 179-190.

– «Deux sanglants épisodes de l'accession au pouvoir d'une nouvelle classe politique: les grands procès de Rome et d'Antioche chez Ammien Marcellin, *Res Gestae* XXVIII,1; XXIX, 1 et 2», *Mélanges offerts à Jacques Fontaine à l'occasion de son 70è anniversaire* I, París, 1992, pp. 349-360.

MARTÍNEZ PASTOR, M., «Amiano Marcelino, escritor romano del s. IV. Perfil literario», *Est. Clás.*, XXXIV, 102, 1992, pp. 91-114.

MARY, L., «*Navales pontes*: logistique et symbolique chez Ammien Marcellin», *Mélanges offerts à J. Fontaine à l'occasion de son 70è anniversaire I*, París, 1992, pp. 592-612.

– *Les représentations de l'espace chez Ammien Marcellin*, París, 1994.

MATTHEWS, J., «Ammianus historical evolution», Croke, B. y Emmett, A. M. (eds.), *History and historians in Late antiquity*, Sidney, 1983, pp. 30-41.

– *The Roman empire of Ammianus*, Londres, 1989.

– «The origin of Ammianus», *C.Q.* 44, 1994, pp. 252-269.

MAZZARINO, S., *La fin du monde antique. Avatars d'un théme historiographique*, París, 1973.

MESLIN, M., «Le merveilleux comme langage politique chez Ammien Marcellin», *Mélanges à W. Seston*, París, 1974, pp. 353-363.

MICHAEL, H., *De Ammiani studiis Ciceronianis*, Diss. Breslau, 1874.
– *Die verlorenen Bücher des Ammianus Marcellinus*, Breslau, 1880.
– «Beiträge zur charakteristik des Ammianus Marcellinus», *Philologische abhandlungen. Martin Hertz zum siebzigsten geburtstage*, Berlín, 1888, pp. 229-239.
– *Das leben des Ammianus Marcellinus*, Jauer, 1895.
MOELLER, E. A. G., *De Ammiano Marcellino*, Diss. Regimont, 1863.
MOES, R., «Les hellénismes de l'époque Théodosienne (Recherches sur le vocabulaire d'origine grecque chez Ammien, Claudien et dans *L'Histoire Auguste*)», *Gnomon* 54, 1982, pp. 387-389.
MOMIGLIANO, A., «Ammiano Marcellino e la *Historia Augusta*», *EHR*, 84, 1969, pp. 566-569.
– «The lonelly historian Ammianus Marcellinus», *ASNP, Classe di lettere i filosofia*, 4, 1974-5, pp. 1393-1407.
MOMMSEN, Th., «Ammians Geographica», *Hermes*, 16, 1881, pp. 602-636.
MOONEY, R. N., *Character portrayal and distortion in Ammianus Marcellinus*, Univ. de Michigan, 1955.
MOREAU, J., «Sur un passage d'Ammien Marcellin (XXX,5,11-12)», *AIPhO*, 13, 1953, pp. 423-431.
MULLER, A., «*Militaria* aus Ammianus Marcellinus», *Philologus*, 64, 1905, pp. 573-632.
NAUDÉ, C. P. T., *Ammianus Marcellinus in die lig van die antieke geskied-skrywing*, Leiden, 1956.
– «Battles and sieges in Ammianus Marcellinus», *Acta Classica* I, 1958, pp. 92-105.
– «*Fortuna* in Ammianus Marcellinus», *Acta Classica*, 7, 1964, pp. 70-88.
– «The date of the later books of Ammianus Marcellinus», *American Journal for Ancient History*, 1984, pp. 9-70.
NAVARRA, M. L., *Riferimenti normativi e prospettive giuspubblicistiche nelle R.G. di Ammiano Marcellino*, Milán, 1994.
NERI, V., *Costanzo, Giuliano e l'ideale des civilis princeps nell Storie di Ammiano Marcellino*, Bolonia, 1984.

NERI, V., *Ammiano e il cristianesimo*, Bolonia, 1985.
– «Ammianus'definition of christianity as *absoluta et simplex religio», Cognitio gestorum*, Boeft, J. de *et al.* (eds.), Amsterdam, 1992, pp. 59-65.
NEUMMAN, K. G., *Taciteisches im werk des Ammianus Marcellinus*, Munich, 1989.
NEWBOLD, R. F., «Patterns of communication and movement in Ammianus and Gregory of Tours», *History and historians in Late Antiquity*, Croke, B. y Emmett, A. M. (eds.), Sydney/ Oxford, 1983, pp. 66-81.
– «Authoritarianism, autonomy and Ammianus Marcellinus», *Ramus. Critical studies in Greek and Latin Literature* (Clayton, Victoria), 19, 1990, pp. 51-63.
– «Nonverbal communication in Tacitus and Ammianus», *Ancient society* 21, 1990, pp. 189-199.
NICCOLI, G., «Tradizione biografica suetoniana e orientamenti ideologici nei necrologi imperiali di Ammiano Marcelino», *CS* 13, 1976, pp. 610 y ss.
NISCHER, E. von, «Das römische heer un dseine generale nach Ammianus Marcellinus», *Hermes*, 63, 1928, pp. 430-456.
OBERHELMAN, S. M., «The provenance of the style of Ammianus Marcellinus», *QUUC* 27, 1987, pp. 79-89.
PACK, R., «The Roman digression of Ammianus Marcellinus», *TAPA*, 84, 1953, pp. 181-189.
– «Ammianus Marcellinus and the curia of Antioch», *CPh*, 43, 1953, pp. 80-85.
PASCHOUD, F., «Se non e vero, e ben trovato: tradition litteraire et verité historique chez Ammien Marcellin», *Chiron* 19, 1989, pp. 37 y ss.
PASOLI, E., Note Ammianee, *Helikon* 7, 1967, pp. 456-465.
PAW, D. A., *Karactertekening by Ammianus Marcellinus*, Leiden, 1972.
– «Methods of character portrayal in the *Res gestae* of Ammianus Marcellinus», *Acta classica* 20, 1977, pp. 181-198.
– «Ammianus Marcellinus and ancient historiography, biography and character portrayal», *A Class.* 22, 1979, pp. 115-129.

PIGHI, I. B., *Studia Ammianea*, Milán, 1935.
– *I discorsi nelle storie di Ammiano Marcellino*, Milán, 1936.
– *Nuovi studi Ammianei*, Milán, 1936.
– «Ammianus Marcellinus», *RAC*, 1, 1943, pp. 1386-1394.
PONCE DE LEÓN, X., «Sobre las denominaciones de lo divino en Amiano Marcelino», *Limes* 3-4, 1991-92 (1997), pp. 133-143.
REDONDO, P. y BARTOLOMÉ, J., «La valoración de los eunucos en Amiano Marcelino: el significado del elogio de Euterio», *Veleia* 1994, 11, pp. 259-268.
REICHE, F., *Chronologie der letzten bücher des Ammianus Marcellinus*, Liegnitz, 1889.
REYNOLDS, L. D., «Ammianus Marcellinus», Reynolds, L. D.(ed.), *Texts and transmission: a survey of the Latin classics*, Oxford, 1983, pp. 6-8.
RICHTER, U., «Die funktion der digressionem im werk Ammians», *Würzburger Jahrbücher für die Altertumswissenschaft*. Neue Folge 15, 1989, pp. 209 y ss.
RIKE, R. L., *Apex omnium. Religion in the Res gestae of Ammianus*, Berkeley, 1987.
ROBERTS, M., «The treatment of narrative in Late antique literature. Ammianus Marcellinus 16.10, Rutilius Namatianus and Paulinus of Pella», *Philologus* 1988, 132, pp. 181-195.
ROBINSON, R. P., «The Hersfeldensis and the Fuldensis of Ammianus Marcellinus», *University of Missoury studies* 11, 1936, pp. 118-140.
ROSEN, K., *Studien zur darstellungskunst und glaubwürdigkeit des Ammianus Marcellinus*, Bonn, 1970.
– *Ammianus Marcellinus*, Darmstad, 1982.
– «Wege und Irrwge der römischen Gothenpolitik in Ammians 31. Buch», *Cognitio gestorum,* Boeft, J. *et al.* (ed.), Amsterdam, 1992, pp. 85-90.
ROUGÉ, J., «Une émeute à Rome au IVè siècle. Ammien Marcellin XXVII,3,3,4: Essai d'interpretation», *REA*, 63, 1961, pp. 59-77.
ROWELL, H. T., *Ammianus Marcellinus, soldier-historian of the Late Roman Empire*, Cincinnati, 1964.

ROWELL, H. T., «The first mention of Rome in Ammianus' extant books and the nature of the History», *Mélanges offerts à Jérôme Carcopino*, París, 1966, pp. 839-848.

SABBAH, G., *La methóde d'Ammien Marcellin: recherches sur la construction du discourse historique dans les Res Gestae*, París, 1978.

– «Rome éternelle et Rome temporelle dans les *Res gestae* d'Ammien Marcellin», *VL* 73, 1979, pp. 22 y ss.

– «La peste d'Amida (Ammien Marcellin, 19,4)», *Médecins et médecine dans l'antiquité*, Saint-Étienne, 1982, pp. 131-157.

– «L'attachement à la patrie gauloise au IVè siècle notamment chez les soldats, d'après le témoinage d'Ammien Marcellin», *Actes du Colloque de Lyon*, Lyon, 1983, pp. 161-182.

– «Présences féminines dans l'histoire d'Ammien Marcellin. Les roles politiques», *Cognitio gestorum. The historiographic art of Ammianus Marcellinus*, Boeft, J. de *et al.* (ed.), Amsterdam, 1992, pp. 91-105.

– «*Castum, incestum*: éléments d'une éthique sexuelle dans l'Histoire d'Ammien Marcellin», *Latomus* 53, 1994, pp. 317-339.

SALEMME, C., «Tecnica della comparazione e prestito stilistico in Ammiano Marcellino», *Civiltá classica e cristiana* 8, 1987, pp. 353-378.

– *Similitudini nella storia. Un capitolo su Ammiano Marcellino*, Nápoles, 1989.

SAMBERGER, Ch., «Die Kaiserbiographie in den *Res gestae* des Ammianus Marcellinus», *Klio* 51, 1969, pp. 349-482.

SANTOS YANGUAS, N., «Presagios, adivinación y magia en Amiano Marcelino», *Helmantica* 30, 1979, pp. 5-49.

– «El pensamiento historiológico de Ammiano Marcelino», *Est. Clás.* XX, 1976, pp. 103-122.

– «La concepción de la historia de Roma como sucesión de edades en los historiadores latinos», *CFC* XVII, 1981-2, pp. 173-184.

– «La crisis del imperio romano en Amiano Marcelino», *Memorias de la Historia Antigua* VIII, 1987, pp. 153-174.

– «Ammiano Marcelino, Teodosio y el cristianismo», *HAnt*, XX, 1996, pp. 433-446.

SCALA, R. von, «Doxographische und stoïsche reste bei Ammianus Marcellinus», *Festgaben zu ehren Max Budinger*, Innsbruck, 1989, pp. 117-50.

SCHNEIDER, E., *Quaestiones Ammianeae*, Berlín, 1879.

SEAGER, R., *Ammianus Marcellinus. Seven studies in his language and thought*, Columbia, 1986.

– «Ammianus and the status of Armenia in the peace of 363», *Chiron* 26, 1996, pp. 275-284.

– «*Ut dux cunctator et tutus*: the caution of Valentinian (Ammianus 27,10)», *Roman poetry and prose*, Cairns, F. y Heath, M. (eds.), Leeds, 1996, pp. 191-196.

– «Ammianus, Theodosius and Sallust's *Jugurtha*», *Histos. The New Electronic Journal of Ancient Historiography*, Durham, Diciembre 1996.

– «Perceptions of eastern frontier policy in Ammianus, Libanius and Julian 337-363», *Class. Quat.*, 47, 1997, pp. 253-268.

SEECK, O., «Die reihe der stadtpräfecten bei Ammianus Marcellinus», *Hermes*, 18, 1883, pp. 289-303.

– «Ammianus», *RE*, I, 1, 1893, pp. 1845-1852.

– «Zur chronologie und quellenskritik des Ammianus Marcellinus», *Hermes*, 41, 1906, pp. 481-537.

SELEM, A., «Ammiano Marcellino ed i problemi sociali del suo tempo», *ASNP*, ser. 2, 33, 1964, pp. 147-153.

– «El senso del tragico in Ammiano», *ASNP*, ser.2, 34, 1965, pp. 404-414.

– «Considerazioni circa Ammiano ed il cristianesimo», *RCCM*, 6, 1964, pp. 224-262.

– «L'attegiamento storiografico di Ammiano nei confronti di Giuliano dalla proclamazione di Parigi alla morte di Costanzo», *Athenaeum*, 49, 1971, pp. 89-110.

– «A proposito del comando militare di Giuliano in Gallia secondo Ammiano», *RCCM* 13, 1971, 193-200.

– «A proposito degli amici romani di Ammiano», *Annali d. libera Univer. d. Tuscia*, 3, 1971-2, pp. 26-110.

– «Ammiano e la morte di Giuliano», *Rendiconti dell'Istituto lombardo*, 107, 3, 1973, pp. 1118-1135.

SELEM, A., *Giuliano l'Apostata nelle Storie di Ammiano*, Roma, 1979.

SEYFARTH, W., «Ammianus Marcellinus und das Fatum», *Klio* 43-45, 1965, pp. 291-306.

– «Glaube und aberglaube bei Ammianus Marcellinus», *Klio* 36, 1965, pp. 373-383.

– *Ammianus Marcellinus. Römische geschichte*, 4 vols., Berlín, 1968-71.

SIVAN, H., «Ammianus' *terminus* and the accession of Theodosius I», *Charistion CPT Naudé*, Vogel Weidemann, U. *et al.* (ed.), Pretoria, 1993, pp. 113-120.

– «Ammianus at Rome: exile and redemption?», *Historia* 46, 1997, pp. 116-121.

SOLARI, A., «Le digressione erudite di Ammiano», *Atti della Accad. Nazionale dei Lincei*, Anno CCCXLV 1949, Ser. ottava y *Rend. classe di Science morali, storiche e filologiche* IV, pp. 17-21.

SONTHEIMER, W., «Der exkurs Über Gallien bei Ammianus Marcellinus», *Klio* 20, 1935, pp. 19-53.

SPIGNO, C. di, «Limiti e pregi del storiografia di Ammiano Marcellino», *RAL*, ser. 8, 5, 1950, pp. 387-196.

– «Appunti per una lettura del libro XIV di Ammiano Marcellino», *Orpheus* 7, 1960, pp. 133-151.

– «Studi su Ammiano Marcellino: il regno di Constanzo II», *Helikon*, 2, 1962, pp. 442-464.

– «Aspetti e problemi della storia degli studi ammianei», *Helikon*, III, 1963, pp. 524-534.

– «Per l'interpretazzione di un passo ammianeo», *RIL*, CIV, 1970, pp. 92 y ss.

STELLA, C., *Rhetorical patterns in the history of Ammianus Marcellinus*, Princeton, 1936.

STOIAN, J., «A propos de la conception historique d'Ammien Marcellin (*ut miles quondam et graecus*)», *Latomus*, 26, 1967, pp. 73-81.

SUNDWAL, G.A., «Ammianus geographicus», *AJPh* 117, 1996, pp. 619-643.

SYME, R., *Ammianus and the Historia Augusta*, Cambridge, 1968.

SZIDAT, J., «Zu Ammian 20,4,21: *Excubitor nomine*», *Chiron* 5, 1975, pp. 493-494.
– «Alexandrum *imitatus* (Amm.24,4,27)», Will, W. y Heindrichs, J. (eds.), *Zu Alexander d.Gr: Festschrift G. Wirth*, 1988, pp. 1023-1035.
– «*Imperator legitime declaratus*. (Ammian 30,10,5)», *Historia testis*, Piérat, M. *et al.* (ed.), Fribourg, 1989, pp. 175-188.
– «Ammian und die historische Realität», *Cognitio gestorum*, Boeft, J. *et al.* (ed.), Amsterdam, 1992, pp. 107-116.
TASSI, A. M., «Constanzo II e la difesa della maiestà imperiale nell'opera di Ammiano Marcellino», *CS* 2, 1967, pp. 157-180.
TEITLER, H. C., «Ammianus and Constantius. Image and reality», *Cognitio gestorum*, Boeft, J. *et al.* (ed.), Amsterdam, 1992, pp. 17-122.
THOMPSON, E. A., «Ammianus Marcellinus and the Romans», *G et R*, 11, 1941-2, pp. 130-134.
– «Ammianus'account of Gallus Caesar», *AJPh*, 1943, pp. 302-315.
– *The historical work of Ammianus Marcellinus*, Cambridge, 1947 (Groningen, 1967).
– «Ammianus Marcellinus», *Roman historians* Dorey, T. A. (ed.), Londres, 1966.
TOMLIN, R. S. O., «Ammianus Marcellinus 26,4,5-6», *Class. Quart.* 29, 1979, pp. 470-478.
TRÄNKLE, H., «Ammianus Marcellinus als römischer Geschichtsschreiber», *Antike und Abendland,* 11, 1962, pp. 21-33.
TIBULLO, G., «Da Tacito ad Ammiano Marcellino», *Annali della. Fac. di. Lett. et filosofia*, Univ. Nápoles, 12, Nápoles 1969-70, pp. 87-103.
TURCAN, R., «Ammien Marcellin et l'hermétisme. Un problème de traduction», *Mélanges offerts à J. Fontaine à l'occasion de son 70 anniversaire*, París, 1992, pp. 403-410.
VALENSI, L.,«Quelques réflexions sur le pouvoir impérial d'après Ammien Marcellin», *BAGB*, ser.4, 16, 1957, pp. 62-107.

VOGLER, Ch., «Les officiers de l'armée romaine dans l'oeuvre d'Ammien Marcellin», *La hiérarchie de l'armeée romaine sous le haut-empire* Yann Le Bohec (ed.), París, 1995, pp. 389-404.
VOGT, J., «Ammianus Marcellinus al erzählender Geschichtsschreiber der Spätzeit», *Mainzer Akademie* 8,1963, pp. 801-825.
WANKE, U., «Ammianus Marcellinus», *Hauptwerke der Geschichtsschreibung* Reinhardt, V. (ed.), Stuttgart, 1997, pp. 10-14.
WARREN BONFANTE L., «Emperor, god and man in the fourth century. Julian the apostate and Ammianus Marcellinus», *PP*, 19, 1964, pp. 401-427.
WEINSTEIN, S., *Quibus in rebus Ammianus respexerit Sallustium et Tacitum*, Radautz, 1914.
WIEDEMANN, T. D. J., «Between men and beasts: barbarians in Ammianus Marcellinus», *Past perspectives: studies in Greek and Roman historical writing,* Moxon I. S., Smart J. D. y Woodman A. J. (eds.), Cambridge, 1986, pp. 189-202.
WILLIAMS, M. F., «Four mutinies: Tacitus, *Annals* I,16-30; I,31-49 and Ammianus Marcellinus, *Res gestae* 20,4,9-20,5,7; 24,3,1-8», *Phoenix* 51, 1997, pp. 44-74.
WILSHIRE, L. E., «Did Ammianus Marcellinus write a continuation of Tacitus?», *CJ* 68, 1972-3, pp. 221-227.
WIRZ, H., «Ammians Beziehungen zu seinen Vorbildern Cicero, Sallustius, Livius, Tacitus», *Philologus* XXXVI, 1877, pp. 627 y ss.
WITTE, E., *Ammianus Marcellinus quid iudicauerit de rebus diuinis*, Jena, 1891.
WOODS, D., «The fate of the Magister Equitum Marcellus», *The Classical Quarterly* 45, 1995, pp. 266-268.
– «The saracen defenders of Constantinople in 378», *GRBS* 1996, 37(3), pp. 259-279.
– «Ammianus and some *tribuni scholarum Palatinarum* c. A. D. 353-64», *The Classical Quarterly* 47, 1997, pp. 269-291.
– «Maurus, Mavia and Ammianus», *Mnemosyne* LI, 3, 1998, pp. 325-336.

YONGE, C. D., *The Roman history of Ammianus Marcellinus*, Londres, 1862.

6.8. Bibliografía básica sobre Amiano Marcelino

ALONSO NÚÑEZ, J. M., *La visión historiográfica de Amiano Marcelino*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 1975.

BLOCKLEY, R. C., *Ammianus Marcellinus. A study of his historiography and political thought*, Bruselas, 1975.

BOEFT, J. den, HENGST, D. den y TEITLER, H.C. (eds.), *Cognitio gestorum. The historiographic art of Ammianus Marcellinus*, Amsterdam, 1992.

CAMUS, P. M., *Ammien Marcellin. Témoin des courants culturels et religieux à la fin du IVè siècle*, París, 1967.

MARTÍNEZ PASTOR, M., «Amiano Marcelino, escritor romano del s. IV. Perfil literario», *Est. Clás.*, XXXIV, 102, 1992, pp. 91-114.

MATTHEWS, J., *The Roman empire of Ammianus*, Londres, 1989.

SABBAH, G., *La methóde d'Ammien Marcellin: recherches sur la construction du discourse historique dans les Res Gestae*, París, 1978.

SYME, R., *Ammianus and the Historia Augusta*, Cambridge, 1968.

THOMPSON, E. A., *The historical work of Ammianus Marcellinus*, Cambridge, 1947 (Groningen, 1967).

RESUMEN DE LOS LIBROS CONSERVADOS

Libro 14

Amiano trata acerca de la crueldad del César Galo, que fue nombrado César por Constancio II en el 351. Durante su mandato asistimos a un clima de violencia al que le incitaban su esposa, las delaciones y halagos de los cortesanos...

Digresión sobre los Isáuricos y sus revueltas. Trata también acerca de los Sarracenos, los vicios del senado y del pueblo romano.

Vuelve Amiano a relatar las atrocidades del César Galo. La tensión se relaja en una descripción de las provincias del este, para terminar con un nuevo clímax en la ejecución del César Galo.

Libro 15

Se le anuncia al emperador Constancio la muerte de Galo.

Ursicino es acusado de alta traición, e igualmente se acusa a Juliano.

Amiano narra diversos episodios de luchas internas y externas, además de cómo Silvano se eleva a la dignidad imperial.

Ursicino es restituido a su cargo y recibe la orden de hacer volver a Silvano, a quien finalmente mata sin que se le reconozca ningún mérito.

Juliano es nombrado César por su primo el Augusto Constancio, comenzando ya los elogios y la descripción de las hazañas militares de Juliano.

Digresión sobre los galos.

Libro 16

Nueva narración de las hazañas de Juliano.

Descripción de Roma aprovechando la llegada de Constancio a la ciudad.

Siguen las hazañas militares de Juliano.

Libro 17

Asistimos de nuevo a una descripción elogiosa de las gestas de Juliano.

El Augusto Constancio levanta un obelisco en Roma. Luego negocia con los persas.

Amiano va centrando su narración ya en Juliano ya en Constancio. Comienzan en la corte del Augusto los ataques contra el César.

Breve narración de las victorias de Constancio.

Libro 18

Elogios a Juliano, por su carácter y sus hazañas bélicas.

Amiano recibe órdenes confusas cuando acompaña a Ursicino en sus misiones, y se ve envuelto en distintas empresas.

Libro 19

Relato del asedio de Amida, padecido también por Amiano, aunque al fin logró escapar.

Narración de diversas batallas en Oriente.

Libro 20

Prosigue la persecución contra Ursicino.
Digresión científica acerca de los eclipses.
El César Juliano es elevado al rango de Augusto por los soldados, y termina el libro con un clima bélico generalizado.

Libro 21

Juliano se entera por diversos prodigios de que Constancio va a morir, hecho que empuja a Amiano a introducir en este libro una digresión acerca de los augurios.
Se prepara ya un enfrentamiento entre Constancio y Juliano, pero Constancio muere de forma repentina.

Libro 22

Siguen los preparativos de Juliano para las guerras.
Medidas religiosas de Juliano.
Descripción de Tracia y de las regiones adyacentes.
Juliano empieza a plantearse la necesidad de una campaña contra los persas, ante lo cual suceden diversos prodigios admonitorios.

Libro 23

Preparativos bélicos de Juliano, que dan pie a una digresión sobre las máquinas y artilugios utilizados en las batallas.
Descripción geográfica acerca de las provincias de Persia.

Libro 24

Expedición de Juliano a Persia, que se inicia con algunas victorias.

Sin embargo, siguen los malos presagios, tanto antes como en los propios combates.

Libro 25

Muerte de Juliano. Su retrato y elogios por parte de Amiano.

Joviano sube al trono, y firma un tratado vergonzoso con los persas, por el que se les entregan cinco provincias.

Muerte repentina de Joviano tan sólo ocho meses después de su nombramiento.

Libro 26

Elección de Valentiniano como Augusto.

Digresión sobre el calendario.

Valentiniano se dirige a sus soldados y elige como colega a su hermano Valente.

Se producen revueltas en todas las fronteras, hecho que incita a Procopio a intentar hacerse con el poder, llegando a ser nombrado emperador.

Valente manda un ejército contra él y, finalmente, Procopio es ejecutado.

Libro 27

Descripción de las luchas contra los bárbaros en Germania, con diversos éxitos militares.

Amiano se centra en los prefectos de la ciudad, en las luchas por el papado y en las provincias y gentes de Tracia.

Retoma el hilo de la narración y nos relata la marcha de Valente contra los godos.

Valentiniano está enfermo y proclama sucesor a su hijo Graciano, de ocho años.

Relato acerca de la crueldad de Valentiniano.

Hay insurrecciones en Bretaña, África, Germania, Persia.

Libro 28

Clima de delaciones semejante al descrito en el libro 14.
Campaña de Valentiniano en el Rin, de Teodosio en las islas británicas...
Nueva digresión centrada en los vicios de los romanos, tras la cual retoma Amiano el tema bélico (sajones, germanos, África...).

Libro 29

Campaña militar en Persia.
Clima generalizado de condenas y delaciones.
Nueva descripción de las medidas crueles tomadas por Valentiniano, en medio de un clima bélico.
Relato de la crecida del río Tíber.

Libro 30

Papa, rey de Armenia, logra escapar de los romanos, pero es asesinado.
Se prepara la guerra de Persia entre Sapor y Valente.
Valentiniano consigue que se firme la paz en Germania.
Valente abandona la administración de la justicia, lo cual da pie a Amiano para introducir una digresión acerca de la corrupción y de los defectos de los abogados.
Nuevas campañas de Valentiniano, que muere después de doce años de mandato. Amiano describe sus vicios y virtudes.
Su hijo Valentiniano II es nombrado emperador.

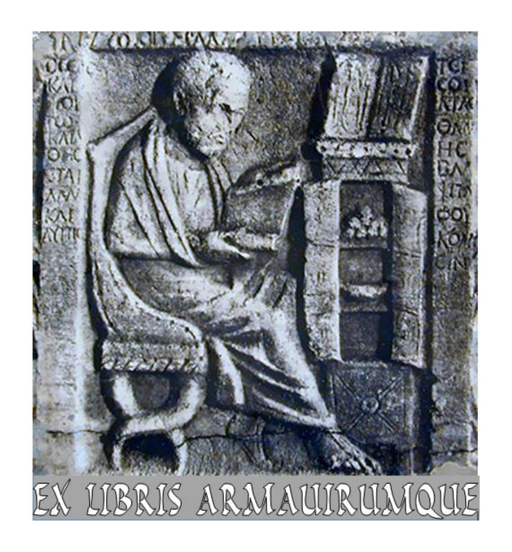
Libro 31

Presagios de la muerte de Valente.
Digresión sobre los hunos, que presionan a los godos, obligándoles a asentarse en Tracia como aliados de los romanos. Pero ante el maltrato recibido se rebelan.

Valente decide luchar contra ellos sin esperar a que llegue ningún tipo de ayuda, ante lo cual muere sin que nadie pudiera hallar su cadáver.

Descripción de las virtudes y de los defectos de Valente.

Los godos atacan Adrianópolis.



LIBRO 14

14.1. Crueldad del César Galo[1]

14.1.1. Superados ya los avatares de una expedición interminable, cuando aún estaban debilitados los ánimos de las partes, quebrantadas por la variedad de peligros y de sufrimientos, cuando no habían cesado aún los sones de las trompetas y los soldados no habían llegado a sus cuarteles de invierno, las calamidades de esta etapa tormentosa infligieron nuevos golpes al imperio debido a las muchas y crueles acciones del César Galo[2] quien, surgido de la más profunda inmundicia, por un golpe inesperado de la fortuna llegó en el inicio de su juventud hasta la cima del poder, pero quien, sobrepasando los límites de la autoridad adquirida, lo envilecía todo con su excesiva crueldad.

Y es que, debido a su parentesco con la estirpe regia, y a que compartía el nombre de Constancio, se dejó llevar por el orgullo, y si hubiera tenido más poder, hubiera intentado in-

---

[1] En opinión de J. Matthews, este libro es «un modelo de simetría», ya que comienza con la descripción de la crueldad del César Galo y termina con el final previsible para esa crueldad, su ejecución. En el centro, encontramos una larga digresión sobre Roma y los romanos. Cfr. J. Matthews, *The Roman...*, p. 46.

[2] Flavio Claudio Constancio Galo, procedente de la familia de Constantino, es hermanastro de Juliano, y fue nombrado César en el 351 por Constancio II. Destacó siempre por sus abusos de poder y su crueldad, siendo ejecutado por orden del emperador en el 353, como veremos en este libro.

cluso, según parece, alguna estratagema contra el promotor de su fortuna.

14.1.2. A esta crueldad se le había añadido, además, un duro incentivo, su esposa, orgullosa en exceso por ser hermana del Augusto[3], y a la que su padre, Constantino, había casado anteriormente con el rey Hanibaliano, hijo de su hermano.

Era ésta una auténtica Furia hecha mujer[4], que inflamaba continuamente la ira de su esposo, y que estaba tan sedienta de sangre como él.

Ambos fueron adquiriendo experiencia con el tiempo en el arte de hacer daño y, sirviéndose de unos astutos secuaces, que divulgaban rumores y que acostumbraban a añadir falacias a lo descubierto, atentos siempre a las noticias falsas que les agradaran, calumniaban a inocentes con la excusa de que ambicionaban el poder o de que utilizaban artes prohibidas[5].

14.1.3. Junto a otros asuntos menores, podemos destacar –ya que con ello su violencia sobrepasó los límites habituales de los crímenes– la muerte repentina y nefasta de cierto noble de Alejandría llamado Clemacio. Y es que, según se decía, su suegra estaba perdidamente enamorada de él y, como no conseguía seducirle, se introdujo por una puerta falsa del palacio y, ofreciendo un valioso collar a la reina, consiguió que se remitiera a Honorato, conde entonces en Oriente[6],

---

[3] Era hermana del emperador Constancio II.

[4] Utiliza aquí Amiano la expresión *Megaera quaedam mortalis*, donde aparece el nombre de Megaera, una de las Furias.

[5] Sabemos que, en el siglo IV, se promulgaron duras penas contra la práctica de la magia y de la brujería.

[6] *Comes* (compañero), en principio, equivale a un compañero de un oficial o del emperador en un viaje (cfr. Horat, *Epist.* I,3), pero gradualmente este término va designando a los consejeros y encargados de diversas misiones oficiales, de manera que ya con Constantino, *comes* se convierte en un título honorífico (conde) otorgado a determinados oficiales o representantes del emperador. Dentro de los *comites* (condes) había grados, siendo algunos de ellos de gran importancia, como el *comes sacrarum largitionum*, que se encargaba de la economía del imperio y sería nuestro ministro de economía, *comes Orientis*, gobernador en la parte oriental del imperio, *comes rei privatae*, encargado del patrimonio y de los asuntos particulares del emperador, etcétera.

una condena de muerte para Clemacio, de manera que éste, un hombre no acusado jamás de delito alguno, fue ejecutado sin que se le permitiera ni abrir la boca, ni decir nada en su defensa.

14.1.4. La comisión de este hecho atroz hizo que se temiera también acerca de otras personas porque, como si se hubiera otorgado licencia para la crueldad, se condenó también a ciertas personas a las que se halló culpables con bastantes dudas. De ellos, una vez ejecutados algunos, los demás, castigados con la pérdida de sus bienes y desterrados, sin que les quedaran más que sus quejas y sus lágrimas, se vieron obligados a vivir pidiendo limosna.

De este modo, convertido así el orden, antes justo, en el resultado de una voluntad sanguinaria, se cerraron muchos hogares ricos e ilustres.

14.1.5. Y en estos trances ni siquiera había necesidad de acusación, por falsa que fuera, para que los crímenes se cometieran al menos con cierta apariencia de legalidad –tal como ha sucedido en otras ocasiones con algunos emperadores crueles–, ya que lo que decidía la implacabilidad del César se realizaba al momento, como si se hubiera considerado lícito y justo.

14.1.6. Además de esto, se decidió enviar por todos los rincones de Antioquía a hombres desconocidos, que pasaran inadvertidos por su propia insignificancia, y que así pudieran escuchar rumores y contar lo que habían oído. Estos asistían de forma disimulada y como al azar a los círculos de la gente respetada y acudían a las mansiones con apariencia humilde. De este modo luego, entrando con disimulo en el palacio por las puertas traseras, contaban todo aquello de lo que se habían enterado o habían escuchado, poniendo todo su empeño, de acuerdo con el plan establecido, en inventarse ciertas noticias, agravar otras y, en cambio, omitir los elogios al César que algunos, aun a la fuerza, se veían obligados a expresar por temor a una condena.

14.1.7. Y a veces sucedía, incluso, que lo que susurraba al oído un padre de familia a su esposa en la mayor intimidad, sin que estuviera presente ningún siervo de la casa, al día siguiente era conocido por el emperador, como si se lo hubiesen contado Anfiarao o Marcio, adivinos ilustres en otra época[7]. Y, por eso, incluso se sentía temor cuando las paredes eran los únicos confidentes de los secretos.

14.1.8. Además, iba creciendo un interés constante por rastrear noticias de este tipo, debido sobre todo al empeño de la reina, que estaba acabando precipitadamente con la fortuna de su marido, cuando lo que debía hacer era conducirle por el camino de la verdad y de la humanidad, sirviéndose de la sutileza femenina y dándole útiles consejos, tal como hemos comentado al tratar la historia de los Gordianos, a propósito de la mujer del cruel emperador Maximino[8].

14.1.9. Pero con este nuevo y dañino acicate, el propio Galo se atrevió a cometer un terrible crimen, similar al que se cuenta que cometió en otro tiempo Galieno en Roma, llegando al último grado del deshonor[9]. Y es que Galo, rodeado de unos pocos hombres que escondían sus armas, merodeaba al atardecer por tabernas y encrucijadas, preguntando en griego, lengua que conocía perfectamente, qué pensaba cada cual acerca del César. Y esto lo hacía audazmente en una ciudad en la que el resplandor de las antorchas de los trasnochadores suele igualar a la luz del día[10].

---

[7] Anfiarao fue un famoso adivino que formó parte de la expedición de los Argonautas (cfr. Stat, *Theb.* 3,516). Y, en cuanto a Marcio, es otro antiguo vate que, de acuerdo con Livio (25,12,5), predijo el resultado de la batalla de Cannas.

[8] Estos hechos debieron ser relatados por Amiano en los libros perdidos de su obra (*vid.* también Amm, *Res gestae* 23,5,7), ya que los tres Gordianos reinaron entre el 238 y el 244 d.C. En cuanto a la mujer del emperador Maximino (que gobernó del 235 al 238) es probablemente Cecilia Paulina, quien finalmente fue ejecutada por orden de su marido.

[9] Galieno, emperador romano (253-268) es conocido tradicionalmente por su crueldad.

[10] Se refiere Amiano a la ciudad de Antioquía, su ciudad natal, cuya luminosidad durante la noche es también mencionada por Libanio o Jerónimo.

Pero al final, como era reconocido con frecuencia, pensando que sería descubierto si salía, se dejaba ver tan sólo a plena luz del día y en actividades que consideraba serias.

Con todo, hechos de este tipo eran lamentados profundamente por muchos ciudadanos.

14.1.10. Además, en aquella época, Talasio, prefecto del pretorio en la corte[11], dotado él también de un carácter arrogante, aunque era consciente de que el temperamento de Galo iba empeorando y que causaba el sufrimiento de muchos, no intentó suavizarlo con madurez o con sus consejos, como habían hecho otros altos funcionarios que en ocasiones consiguieron suavizar las iras de los emperadores, sino que, oponiéndose y reprendiéndole duramente cuando no estaba de acuerdo con él, le enfurecía cada vez más y luego, exagerando estos actos del César, se los contaba al Augusto sin omitir ninguno de ellos, no se sabe con qué intención.

Con todos estos hechos, el César, cada vez más furioso y elevando cada día más el nivel de su dureza como si fuera un estandarte, sin respetar la vida de los demás ni la suya propia, se lanzaba contra todo lo que se le oponía como un torrente de fuerza incontenible.

14.2. Ataques de los Isáuricos[12]

14.2.1. Y no era éste el único desastre que afligía a la parte oriental del imperio con diversas calamidades, pues los Isáuricos, pueblo normalmente pacífico, causaron una gran confusión con sus incursiones frecuentes e inesperadas. Y es que, aunque comenzaron con robos furtivos, la impunidad hizo

---

[11] El *praefectus praetorio* era en el siglo IV d.C. un cargo eminentemente civil, muy unido a la persona del Augusto o a la del César. Amiano califica a Talasio como prefecto *praesens*, que hemos traducido como «en la corte», ya que si el número de Augustos y de Césares era inferior a cuatro, como ocurría en este caso, uno de los prefectos residía en la corte y recibía esta denominación.

[12] Es un pueblo que habitaba en las montañas al sur de Asia Menor.

que aumentara su audacia, de manera que se lanzaron a empresas bélicas de mayor entidad.

Lo cierto es que, durante bastante tiempo, habían satisfecho su espíritu guerrero con revueltas constantes, pero se agitaron ya terriblemente debido a una indignidad, porque, según contaban, algunos de ellos habían sido capturados y en Icono, una ciudad de Pisidia, fueron arrojados a fieras terribles en un espectáculo del anfiteatro, algo insólito hasta entonces.

14.2.2. Y, siguiendo a Cicerón[13], «semejantes a fieras que, movidas por su hambre vuelven con frecuencia al lugar donde han encontrado comida en alguna otra ocasión», así también todos ellos, a la manera de un torrente que baja de unos montes agrestes y escarpados, bajaron a los terrenos cercanos al mar, por donde, ocultándose en lugares inaccesibles y valles escondidos, cuando se acercaba la noche y la luna estaba aún en creciente, por lo que no tenía todo su brillo, acechaban a los marineros.

Y así, cuando los veían ya sumidos en el sueño, agachados entre las amarras, se introducían de puntillas en las barcas y, acercándose a los que dormían sin temer nada, con una crueldad encendida por su ambición y sin perdonar siquiera a los que se rendían, los asesinaban a todos y se llevaban un botín cuantioso y útil sin encontrar resistencia alguna.

14.2.3. Pero esto no se repitió durante mucho tiempo, porque una vez que se conoció la triste noticia de los robos y asesinatos, nadie volvió a fondear su nave en aquel puerto, sino que desviándose como si se hallaran ante los mortales arrecifes de Escirón[14], navegaban bordeando las costas de Chipre, frente a los escollos de Isauria.

---

[13] *Pro Cluent.* 25,67, donde Cicerón, dirigiéndose a los jueces, les dice: *Ut etiam bestiae fame monitae plerumque ad eum locum, ubi pastae sunt aliquando, reuertantur*, que es literalmente la cita introducida por Amiano.

[14] Como sabemos, Escirón (cfr. Ovid, *Met.*7,443 y ss.) robaba a los navegantes y arrojaba sus cuerpos al mar en los escollos situados entre el Ática y Megara, hasta que él mismo murió a manos de Teseo.

14.2.4. Así pues, como iba pasando el tiempo y no se producía arribada alguna, abandonaron la costa y marcharon hacia Licaonia, limítrofe con Isauria. Y allí, bloqueando los caminos con numerosas cuadrillas, se apropiaban de lo que llevaban los paisanos y viajeros.

14.2.5. La cólera se apoderó entonces de los soldados acuartelados en los numerosos municipios cercanos y en las guarniciones. Pero cuando intentaban rechazar a los que se infiltraban por una extensión cada vez mayor, y no sólo en grupos, sino a veces también dispersos, se veían superados por una enorme multitud [15], que al haber nacido y al haberse criado entre los recovecos altos y escarpados de los montes, recorría fácilmente a saltos este terreno como si fuera plano y suave, hiriéndoles desde lejos con sus armas o aterrándoles con grandes alaridos.

14.2.6. Forzada, pues, nuestra infantería en ocasiones a escalar a lo alto de las cumbres para perseguirles, cuando se les resbalaban los pies, aunque lograban llegar a la cima, agarrándose a las matas y a las zarzas, sin embargo, en estos lugares estrechos e intrincados, no podían desplegar sus formaciones, ni asegurar el pie sobre un apoyo sólido. Además el descenso era también muy peligroso, porque desde encima de las rocas les hostigaba el enemigo, que se veía obligado a luchar valerosamente en un último esfuerzo, haciendo que los soldados fueran aplastados por la caída de rocas enormes.

14.2.7. Por ello, se decidió con gran cautela que, en el futuro, cuando los salteadores comenzaran a buscar las cumbres de los montes, nuestros soldados cederían ante la dificultad del terreno. Pero, cuando pudiera atacárseles en suelo llano,

---

[15] Divergen en este punto las ediciones que hemos consultado, porque en la de Belles Lettres aparece *multitudine ingenti*, y en la de Rolfe *multitudine uigenti*. Personalmente, hemos preferido *ingenti*, por el significado de *multitudo*, «enorme multitud».

hecho que sucede con frecuencia, como no podían estirar los brazos, ni lanzar así las dos o tres armas que portaban, se les mataba como a ovejas indefensas.

14.2.8. Así pues, como los ladrones citados recelaban de la Licaonia, que en su mayor parte es un terreno llano, puesto que sabían por numerosas pruebas que serían inferiores a los nuestros en un combate con formaciones establecidas, se dirigieron por senderos apartados a Panfilia [16], terreno tranquilo durante mucho tiempo, pero lleno de soldados, apostados en todos los lugares cercanos, y fortificado con guarniciones por todas partes, debido al temor a las emboscadas y a los asesinatos.

14.2.9. De este modo, avanzando precipitadamente, porque las noticias sobre sus movimientos se extendían con demasiada rapidez, pero confiados en la fuerza y en la agilidad de sus cuerpos, ascendían penosamente por senderos tortuosos.

Además, cuando, una vez superadas estas arduas dificultades, llegaron a los riscos del río Melas, río profundo y lleno de remolinos, que protege a los ciudadanos rodeándoles a la manera de una muralla, como la noche cerrada aumentaba su temor, descansaron un poco aguardando la llegada del día.

Ellos pensaban cruzar el río sin problema alguno y devastar, con un rápido ataque, los terrenos cercanos. Pero lo cierto es que todo este durísimo esfuerzo fue en vano.

14.2.10. Y es que, al salir el sol, tampoco podían atravesar el río debido a la fuerza de la corriente, estrecha pero profunda y, mientras buscan unas barcas de pescadores o bien intentaban el paso sobre unos palos [17] atados como podían, las legiones que estaban acuarteladas durante el invierno junto a Side se desplegaron y cayeron sobre ellos en un rápido ataque.

---

[16] Otra región de Asia Menor.

[17] Con esta traducción intentamos recoger las distintas lecturas que proponen las ediciones consultadas: *ratibus* (en la francesa)/ *cratibus* (en la inglesa).

De este modo, nuestros soldados, plantadas sus insignias junto a la orilla, se dispusieron a entablar combate cuerpo a cuerpo juntando sus escudos certeramente. Así mataron fácilmente a algunos que se atrevieron a cruzar el río medio a escondidas, ya fuera a nado o ya sobre troncos de árboles cortados.

14.2.11. Una vez probado todo tipo de argucias sin obtener resultado alguno, los bárbaros, como último recurso, empujados por el temor y la fuerza de sus contrarios, aunque no sabían bien a dónde dirigirse, llegaron junto a la ciudad de Laranda.

14.2.12. Allí recobraron sus fuerzas gracias a la comida y al descanso, y sin temor alguno ya, se lanzaron contra unos pueblos muy ricos. Pero ante la llegada de una tropa de caballería que se acercaba al azar, sin intentar la resistencia por hallarse en una llanura, se marcharon y, retrocediendo, hicieron venir a la flor y nata de sus jóvenes que aún permanecía en sus hogares.

14.2.13. Pero, como estaban debilitados tras el duro período de hambre, buscaron un lugar conocido como Paleas, que se extiende hacia el mar, fortalecido por un fuerte muro, lugar donde hasta ahora se almacenaban los víveres destinados a los soldados que defienden toda la frontera de Isauria.

Así pues, rodearon esta fortaleza durante tres días y tres noches, pero como no podían acercarse a la pendiente sin que hubiera una distancia peligrosa para sus vidas, y como no podían conseguir nada cavando galerías, ni daba resultado tampoco la estratagema del asedio, se retiran entristecidos y obligados por su situación extrema a conseguir por la fuerza un objetivo de mayor envergadura.

14.2.14. De este modo, con una rabia cada vez más intensa, avivada por una desesperación y un hambre tal que hacían crecer sus fuerzas, se lanzaron con ardor incontenible a la

destrucción de la principal de aquellas ciudades, Seleucia, defendida por el conde Castricio[18] y por tres legiones experimentadas ya en las fatigas de la guerra.

14.2.15. Cuando se enteraron de la llegada de los invasores gracias al certero aviso de los informadores, los jefes militares, dando la contraseña fijada, hicieron avanzar a la carrera a todos los soldados armados y, rápidamente, pasado el puente del río Calicadno, cuyas aguas alcanzan incluso las torres de las murallas, se dispusieron para el combate, aunque nadie abandonó la formación, ni se permitió tampoco comenzar la lucha, pues se temía el ardor excesivo de la tropa enemiga, no sólo superior en número, sino también dispuesta a arrojarse sobre las armas sin temor a la muerte.

14.2.16. Divisado, pues, nuestro ejército desde lejos y escuchado el sonido de las trompetas, los invasores frenaron su avance y se detuvieron un instante, después del cual, mostrando sus amenazadoras espadas, avanzaron ya con más lentitud.

14.2.17. Nuestros soldados estaban dispuestos para el combate desplegando las líneas y golpeando los escudos con las lanzas, actitud que provoca la ira y el resentimiento de los que luchan, porque aterran a los soldados más cercanos sólo con sus gestos.

Pero los líderes hicieron retroceder a los soldados que se lanzaban ya ferozmente al combate, creyendo que no era oportuno afrontar una contienda de resultado dudoso, cuando estaban cercanos a la muralla, con cuya protección podría asegurarse la vida de todos.

14.2.18. Y así, conducidos ya por esta orden nuestros guerreros al interior de las murallas, anulada toda posibilidad de entrar por cualquier lado, se ocuparon de las tareas de defen-

---

[18] Castricio era *comes*, dignidad que traducimos como «conde», es decir, la autoridad en esa provincia.

sa y de las armas, de manera que, teniendo a mano montones de piedras y flechas, si alguien se atrevía a entrar, caería sobre él una avalancha de armas y de proyectiles.

14.2.19. No obstante, había algo que angustiaba terriblemente a los sitiados, y es que, tras capturar las embarcaciones que transportaban los víveres por el río, los isáuricos disfrutaban de gran cantidad de alimentos y, en cambio, ellos, agotando ya su comida habitual, se angustiaban ante el terrible desastre de un hambre que comenzaba a ser acuciante.

14.2.20. Cuando se extendió esta noticia, y los informes enviados una y otra vez conmovieron al césar Galo, como el comandante de la caballería en aquel momento estaba ocupado en una zona bastante lejana[19], se envió al conde de Oriente, Nebridio, quien, reuniendo contingentes militares de todas partes, se apresuró con enorme afán a librar del peligro a esta ciudad, importante y de situación estratégica.

Conocido este hecho, los invasores se marcharon sin realizar ya ninguna acción destacable y, tras dispersarse, de acuerdo con su costumbre, se dirigieron a las cumbres más inaccesibles de los montes.

14.3. Ataque fallido de los persas

14.3.1. Mientras se producía esta situación en Isauria, el rey de los Persas estaba ocupado en la lucha contra los pueblos vecinos[20], e intentaba rechazar de su territorio a unos pueblos muy violentos, que con frecuencia le atacan con ánimo hos-

---

[19] Amiano se refiere a Ursicino, que se encontraba realizando una misión en Mesopotamia, concretamente en Nisibis. Este cargo de *magister*, ya existente, fue revitalizado por Constantino, que creó dos comandantes en jefe para el ejército imperial, uno de caballería (*magister equitum*) y otro de infantería (*peditum*). Ursicino, el *magister equitum*, como veremos desempeñará un importante papel en esta obra y en la vida de Amiano, que le consideraba excelente militar y amigo.

[20] Se trata de Sapor II, rey de los persas del 310 al 379.

til, aunque de forma un tanto cambiante, porque también a veces le ayudan cuando se enfrenta a nosotros.

Mientras tanto, un cierto Nohodares, un *optimate*, a quien se le había ordenado atacar Mesopotamia cuando se presentara una oportunidad[21], exploraba atentamente nuestro territorio, dispuesto a invadirlo con un ataque por sorpresa si descubría algún lugar apropiado.

14.3.2. Y puesto que toda Mesopotamia, acostumbrada a recibir envites, estaba protegida por agricultores y puestos de guardia dispuestos para la defensa, desviando su marcha hacia la izquierda, se detuvo en las zonas de Osdrena más alejadas, dispuesto a intentar una empresa nueva y poco usual en el pasado, de manera que, si conseguía su propósito, fulminaría como un rayo todo el territorio.

Esos eran sus planes.

14.3.3. La ciudad de Batne, fundada en Antemusia por los macedonios hace mucho tiempo y a escasa distancia del río Éufrates, rebosa siempre de ricos mercaderes, y todos los años, hacia el inicio de septiembre, acude a ella una gran multitud de gentes de diversa fortuna para la celebración de una feria, en la que se ponen a la venta mercancías enviadas por los indos y los chinos, así como otros muchos productos que suelen transportarse por tierra y por mar.

14.3.4. Pues bien, ésta era la región que planeaba invadir el general citado anteriormente[22] durante los días fijados para las fiestas, atravesando para ello lugares deshabitados y las herbosas riberas del río Abora. Pero fue descubierto por sus propios hombres, quienes, atormentados por el crimen que se iba a cometer, acudieron a la guardia romana. De este modo, el general se consumía sin poder avanzar y sin obtener resultado alguno en su empresa.

---

[21] Mesopotamia era la provincia romana más oriental y los persas querían recuperarla, así como Armenia.

[22] Es decir, Nohodares.

14.4. Incursiones y costumbres de los sarracenos

14.4.1. Sin embargo, los sarracenos, que nunca han sido nuestros aliados ni se han mostrado jamás como un pueblo belicoso, devastaban en sus correrías todo cuanto encontraban, semejantes a voraces aves de rapiña que, cuando divisan desde las alturas una presa, lanzándose en rápido vuelo, no se detienen hasta lograr su objetivo.

14.4.2. Aunque ya he tratado sobre las costumbres de este pueblo al narrar las acciones del emperador Marco Aurelio, y en alguna otra ocasión, sin embargo, voy a contar también ahora algunas curiosidades sobre ellos [23].

14.4.3. Pues bien, estas gentes, cuyo territorio en principio se extendía desde las fronteras de los asirios hasta las cataratas del Nilo y los confines de Blemia, son todos guerreros, van medio desnudos, vestidos hasta la cintura con capotes de colores, y se desplazan por los lugares más diversos montados sobre ágiles caballos y gráciles camellos, tanto en tiempo de paz como de guerra. Ninguno de ellos toma jamás el arado, ni planta un árbol o busca su sustento trabajando en el campo, sino que andan siempre errantes y sin hogar por las tierras que se extienden ante ellos, sin un sitio fijo ni una ley. Y no les cobija durante mucho tiempo el mismo cielo, ni les gusta divisar siempre el mismo sol.

14.4.4. Su vida consiste en estar siempre huyendo, y las mujeres se unen a ellos sólo durante cierto tiempo por una especie de acuerdo, de manera que, como si se tratara de un matrimonio, la futura esposa, a modo de dote, le hace entrega al marido de una lanza y una tienda, pero puede marcharse el día establecido si así lo desea. Y resulta increíble el ardor con el que ambos sexos se entregan al amor entre estas gentes.

---

[23] Amiano se refiere a su relato del reinado de Marco Aurelio (161-180), que aparecía en los libros perdidos de la obra.

14.4.5. Mientras dura su existencia, andan errantes por un vasto territorio, de manera que una mujer se casa en un lugar, tiene a sus hijos en otro y los educa lejos de allí, sin que tenga nunca la posibilidad de descansar.

14.4.6. El alimento de todos ellos es la caza, así como una gran cantidad de leche, múltiples hierbas y los pájaros que pueden capturar. Por contra, hemos comprobado en persona que muchos ignoran completamente la utilización del trigo y del vino.

14.4.7. Pero dejemos ya de hablar de este pueblo funesto y sigamos con el plan trazado.

14.5. Suplicio de los partidarios de Magnencio[24]

14.5.1. Mientras esto sucede en Oriente, Constancio pasa el invierno en Arlés y, después de la ambiciosa celebración de unos juegos teatrales y circenses, seis días después de los idus de octubre, fecha en que se cumplían los treinta años de su mandato[25], el emperador, dejándose llevar por su arrogancia y tomando como claro y probado lo que se le denunciaba, aunque fuese dudoso o falso, entre otras acciones torturó y castigó con la pena del destierro a Geroncio, un conde del grupo de Magnencio.

14.5.2. Y al igual que un cuerpo ya enfermo se debilita con cualquier golpe por ligero que sea, así también su espíritu, mez-

[24] Magnencio es un soldado ascendido a conde por Constantino. Desempeñó el cargo de comandante del ejército y, en el año 350, se hizo proclamar Augusto en la Galia, aunque fue derrotado en el 351 por Constancio, ante lo cual se produjo la persecución contra sus partidarios, muchos de los cuales se suicidaron.

[25] Es decir, el 10 de octubre. Se refiere Amiano a la celebración de los *tricennalia*, que marcaban la celebración de los treinta años de gobierno de Constancio, nombrado César en el 323 y que, posteriormente, se convirtió en Augusto y gobernó ya con un *collega* (Constantino II y luego Constante) y ya solo, tras la muerte de Magnencio.

quino y débil, pensaba que cuanto se producía se había planeado y realizado en su perjuicio, de manera que la victoria que consiguió [26] estaba manchada con la sangre de muchos inocentes.

14.5.3. Y es que bastaba con que se rumoreara que algún militar, un cargo público, o que algún noble de entre los suyos había favorecido a un grupo hostil, para que se le arrastrara cargado de cadenas como una bestia. Y ya existiera o no algún enemigo, simplemente por el hecho de ser nombrado, acusado o demandado, se podía sufrir una condena a muerte, o bien la pérdida de los bienes, o el destierro a una isla desierta.

14.5.4. Además, en estos momentos en que se decía que la grandeza del imperio estaba debilitada, la dureza de Constancio, su iracundia y lo exagerado de sus sospechas se veían acrecentados por los cruentos halagos de los que le rodeaban, quienes exageraban lo que ocurría y parecían estar muy compungidos ante el temor de que se perdiera la vida del príncipe, una vida de la que, según proclamaban a voces, pendía como de un hilo toda la tierra.

14.5.5. Y por eso se dice que, una vez comunicada una sentencia según la costumbre, nunca ordenó que se perdonase a alguien que hubiera sido condenado por estos delitos u otros similares, cosa que sí hicieron con frecuencia otros príncipes también inexorables.

Además, este vicio funesto que, en otras personas, a veces se suaviza, en Constancio iba acrecentándose con el paso del tiempo, agravado incluso al ser alentado por una cohorte de aduladores.

14.5.6. Entre éstos destacaba un secretario nacido en Hispania, Paulo, verdadera serpiente de rostro impenetrable, sumamente astuto para husmear las mil formas ocultas de los peligros [27].

---

[26] Sobre Magnencio.

[27] Hemos traducido *notarius* como secretario, intentando reflejar la labor de los *notarii* en aquella época, ya que su misión consistía en servir al

Pues bien, siendo enviado Paulo a Bretaña para capturar a algunos soldados que habían osado conspirar junto a Magnencio, aunque no pudieron resistirse, se excedió gratuitamente en el cumplimiento de lo ordenado y, a la manera de un torrente, se lanzó con fuerza contra la fortuna de muchos, y se dejó llevar causando así múltiples calamidades y ruinas, cargando con cadenas a hombres libres, avergonzando a otros con grilletes y acumulando numerosas acusaciones totalmente alejadas de la verdad, con lo cual se cometió un crimen impío, que dejó ya marcado el imperio de Constancio para la eternidad.

14.5.7. Martino, que gobernaba aquellas provincias en sustitución de los prefectos, y que lamentaba profundamente la desgracia de unos inocentes, después de suplicar una y otra vez que se perdonara a los que estaban libres de toda culpa, como no obtenía resultado alguno, amenazaba con que iba a retirarse para ver si, al menos, atemorizado con tal amenaza, el malévolo acusador dejaba finalmente de hacer peligrar la vida de hombres de naturaleza pacífica.

14.5.8. Entonces Paulo, pensando que su intento podía verse entorpecido por Martino, como era un maestro cruel en el arte de enmarañar los asuntos, hecho que había motivado el que se le diera el sobrenombre de «Cadenas», arrastró al mismo final que a todos al propio vicario, que tan sólo estaba defendiendo a aquellos a quienes había gobernado hasta entonces [28].

E insistía en que le condujeran atado ante el emperador junto con otros tribunos y muchos más, por lo que Martino, turbado ante la amenaza de un duro final, atacó al propio Paulo con

---

emperador o al prefecto, anotando y encargándose de los procesos judiciales. Todos los notarios o secretarios dependían de un *primicerius* y, en ocasiones, eran empleados como embajadores o diplomáticos.

[28] Diocleciano había realizado una gran reforma en la distribución de provincias, ya que multiplicó las existentes y, al hacer que fueran de menor superficie, intentó acercar al gobernador a sus administrados. Al aumentar el número de provincias, Diocleciano las reagrupó en unidades más vastas,

la espada, pero, al errar su mano, no pudo herirle de muerte, ante lo cual se hundió en su propio cuerpo el arma ya desenvainada.

Y así, de esta forma tan indigna, terminó su vida un justísimo gobernante, simplemente por el hecho de haber intentado aliviar los terribles sufrimientos de muchos hombres.

14.5.9. Cometida pues esta cruel acción, Paulo, manchado aún de sangre, volvió al campamento del emperador y se llevó a muchos casi cubiertos por completo con cadenas, abatidos ya en la miseria y en el dolor, a quienes tan pronto como llegaban se les mostraban potros mientras el verdugo disponía los ganchos y otros instrumentos de tortura.

De ellos, a muchos se les confiscaron sus bienes, otros fueron desterrados y a algunos se les condenó a morir con la espada. Y así nadie puede citar a nadie completamente libre durante el reinado de Constancio, un reinado en el que se producían condenas de este tipo motivadas por un simple comentario.

14.6. Defectos del senado y del pueblo romano[29]

14.6.1. Mientras sucedían estos hechos, Orfito[30] regía la Ciudad Eterna[31] en calidad de prefecto, excediéndose de una forma inusual en el desempeño de la dignidad conferida, pues

---

llamadas diócesis (unas doce para todo el imperio). Pues bien, en esas circunscripciones, el vicario era el jefe de los gobernadores.

[29] A nuestro juicio, ésta es una de las digresiones más interesantes de las *Res gestae*, porque en ella Amiano deja traslucir muy bien su admiración por la grandeza de Roma, pero también su preocupación por la situación que le ha tocado vivir. En el libro 28 encontraremos una nueva digresión centrada en Roma y sus gentes. Pues bien, como indica J. Matthews, la introducción es similar y ambas presentan los defectos del senado y de los nobles seguidos por los del pueblo bajo. Pero esta primera es más selectiva, más centrada y mesurada en su presentación. Sus tópicos son introducidos con más variedad y recursos de lenguaje y de estilo. *The Roman empire...*, p. 414.

[30] Este magistrado, que fue prefecto en Roma desde el 353 hasta el 356, y desde el 357 hasta el 359, fue acusado en varias ocasiones por diversos motivos, como la utilización ilegal del dinero público.

[31] Como vemos, Roma como ciudad con su historia, con sus monumentos y su legado es siempre alabada por Amiano, que la califica como Ciudad Eterna, aunque critica duramente el comportamiento de los romanos.

era un hombre realmente prudente y conocedor de los asuntos del foro, pero menos educado en el esplendor de las doctrinas liberales de lo que convenía a alguien noble[32].

Durante su magistratura se produjeron graves revueltas a causa de la escasez de vino, porque el vulgo tiende a verse envuelto en continuas y duras confrontaciones debido a su avidez de bebida.

14.6.2. Y como pienso que, al leer esto, algunos extranjeros –si es que llegara ese caso–, pueden extrañarse de que, cuando mi narración se desvía un tanto para mostrar lo que sucede en Roma, no aparecen más que sediciones, tabernas y otras vilezas de este tipo, voy a exponer brevemente las causas de ello sin alejarme nunca de la realidad a propósito.

14.6.3. En el momento en el que, bajo los primeros auspicios, vio la luz Roma, destinada a existir mientras existan los hombres, para que se viera engrandecida con la ayuda divina, se hizo un pacto de alianza eterna entre *Virtus* y *Fortuna*, realidades que muchas veces se separan y de las cuales, si falta una, no puede alcanzarse la grandeza total.

14.6.4. Pues bien, este pueblo, desde su nacimiento hasta el final de la niñez, en un período que comprende casi trescientos años, soportó guerras en torno a sus murallas. Pero después, entrando ya en la adolescencia, tras esas múltiples calamidades de la guerra, cruzó los Alpes y el mar.

Llegada ya la juventud y la madurez, de todas las zonas que comprende el vasto mundo se trajo laureles y triunfos y, ya en los comienzos de la vejez, venciendo a veces tan sólo gracias a su fama, se retiró a una vida más tranquila.

---

[32] Roma en esta época seguía siendo administrada por el prefecto de la ciudad, cuyas atribuciones básicas habían sido la policía diurna, la jurisdicción y el aprovisionamiento de carne y de vino. Además, bajo el reinado de Constantino aumentaron sus poderes, ya que pasó a ser presidente de la asamblea senatorial y superior del maestro del censo, que controlaba la cancillería del senado. Su papel en Roma era, pues, semejante al de los prefectos del pretorio en el exterior.

14.6.5. Por eso esta Ciudad Venerable, después de someter las cabezas soberbias de los pueblos más fieros, de darles leyes, fundamentos y garantías eternas de libertad, a la manera de un padre frugal, prudente y rico, entregó a los Césares, como si fueran sus hijos, el derecho de regir su patrimonio.

14.6.6. Y, aunque ya hace tiempo que están ociosas las tribus y apaciguadas las centurias[33], aunque no hay disputas en los sufragios, ya que ha vuelto la seguridad del reinado de Numa Pompilio[34], por todas las costas y por todas las partes de la tierra Roma es recibida como señora y como reina, y por doquier es reverenciada la cabeza blanca de los senadores por su autoridad, y el nombre del pueblo romano es honrado y respetado.

14.6.7. Pero he aquí que el magnífico esplendor de nuestra historia se ve oscurecido por la incultura y ligereza de unos pocos, que no se dan cuenta del lugar en el que han nacido, y que, como si tuvieran licencia plena para sus vicios, caen en el error y en la lascivia. Y es que, como escribe el lírico Simónides[35], al que quiera vivir feliz y en perfecta armonía le conviene por encima de todo que su patria alcance la gloria.

14.6.8. Algunos de éstos[36], creyendo que, mediante estatuas, pueden legar su nombre a la eternidad, se aferran a ellas afanosamente, como si fueran a obtener una recompensa ma-

---

[33] Se refiere aquí Amiano a divisiones y estructuras propias de los orígenes de Roma, cuando aún no estaba pacificada la ciudad.

[34] Este legendario rey romano fue considerado siempre por la tradición como un pacificador (cfr. Livio 1,21,5; 1,32,5; Cic, *Rep*. 2,14,26...).

[35] Esta cita no aparece en los fragmentos conservados del poeta lírico griego Simónides. Plutarco atribuyó el dicho, aunque sin certeza, a Eurípides (*Dem*.1), por lo cual E. Galletier y J. Fontaine, en su edición de la obra de Amiano (París, Belles Lettres 1968, en nota) apuntan que, como Amiano tuvo un conocimiento muy fragmentario e indirecto de los líricos griegos, tal vez nos hallemos ante una sentencia proverbial.

[36] Utiliza para su crítica la técnica del priamel, oponiendo la vida que él considera noble y honrada a la de los nobles romanos, que se dejan llevar por la ambición, y que aparecerán representados en los capítulos siguientes por pronombres como *quidam (...) alii*, es decir, «algunos (...) otros».

yor de unas imágenes inanimadas de bronce que de la conciencia de hechos honestos y rectos. E, incluso, se esfuerzan por recubrirlas con oro, en una costumbre introducida en un principio por Acilio Glabrión cuando venció al rey Antíoco gracias a su determinación y a su destreza con las armas [37].

Y en cambio, como nos recuerda el poeta de Ascra [38], cuán bello es ascender por el largo y tortuoso camino de la gloria verdadera, rechazando lo ligero y lo vano, tal como demostró Catón el censor quien, cuando se le preguntó la razón por la que él, a diferencia de otros muchos, no tenía una estatua, dijo: «Prefiero que los buenos no sepan por qué razón no lo he merecido, antes que el que los malos, lo que es peor, murmuren acerca de cómo lo he conseguido» [39].

14.6.9. Otros, en cambio, que consideran como el mayor honor la posesión de carrozas [40] más altas de lo normal y el cuidado pretencioso de sus ropas, sudan bajo el peso de unas capas que, encajadas en el cuello, se abrochan en la garganta, pero que, debido a la excesiva ligereza del tejido, se abren por todas partes con los continuos movimientos, sobre todo de la mano izquierda [41], de manera que pueden verse claramente los bordes de sus ropas y sus túnicas, que sobresalen algo, dejando aparecer gracias a la variedad de color de sus hilos mil tipos de animales.

---

[37] Tito Livio (40,34,5) nos cuenta cómo el hijo de Acilio Glabrión erigió en el 181 a.C. una estatua de oro en honor a su padre, quien durante su consulado (en el 191 a.C.) derrotó a Antíoco III en las Termópilas.

[38] Es decir, Hesíodo, en *Trabajos...*, 289 y ss.

[39] No aparece en los fragmentos conservados, aunque sí en Plutarco, *Vida de Catón* 19,4.

[40] «Carruca» que viene directamente del término latino utilizado por Amiano, *carrucha*, es admitido por el DRAE, con la acepción de «Coche de caballos lujoso introducido en Roma en la época imperial».

[41] Los movimientos de la mano izquierda, como apunta Plinio, *Nat.* XXXIII,9 constituían un gesto pretencioso, porque normalmente se hacían con la finalidad de mostrar los anillos. Difieren aquí las ediciones consultadas (*perflabiles expandentes* en la edición de Belles Lettres, y *perflabilis, exceptantes eas manu utraque et vexantes* en la de Rolfe), aunque hemos preferido traducir la primera, por ser la segunda una variante dudosa.

14.6.10. Otros, sin que nadie les pregunte siquiera, reflejan una severidad fingida en su rostro y hablan de un patrimonio elevado hasta la inmensidad, multiplicando los frutos anuales de unos cultivos que ellos consideran fértiles, y que se jactan de poseer desde la mañana hasta la noche, ignorando de hecho que sus mayores, por quienes tanto se ha extendido la grandeza romana, no brillaron gracias a sus riquezas, sino a guerras especialmente crueles, y que consiguieron superar todo lo que se les ponía enfrente no distinguiéndose de los soldados rasos por sus recursos, su modo de vida o la riqueza de sus vestidos, sino por su valor.

14.6.11. A esto se debe que se entierre con dinero de una colecta al famoso Valerio Publícola[42], y que sólo gracias a la ayuda de los amigos de su marido puedan vivir en la pobreza la mujer y los hijos de Régulo[43], o que se le conceda una dote del tesoro público a la hija de Escipión, una vez que los nobles se avergonzaron ya de que su joven belleza siguiera virgen después de tanto tiempo debido a la ausencia de su humilde padre[44].

14.6.12. También en la actualidad, si te diriges como un honrado extranjero a saludar a alguien rico, y por tanto orgulloso, en principio serás bien recibido. Y cuando se te hagan muchas preguntas y te veas forzado a mentir, te quedarás admirado de que un hombre importante, al que nunca antes habías visto, se preocupe tanto por ti, un pobre hombre, hasta tal punto que, ante este buen trato, que parece algo excepcional, te sentirás avergonzado de no haber venido a Roma diez años antes[45].

---

[42] Cfr. Livio, 2,16,7.

[43] Amiano se refiere a M. Atilio Régulo, que participó valerosamente en las guerras Púnicas y que murió dejando en la indigencia a su mujer y a sus hijos. Cfr. Val. Máx, 4,4,6, aunque este autor apunta que fue el senado el que proporcionó la ayuda económica.

[44] Cfr. Val. Máx, 4,4,10. Estos ejemplos ofrecidos por Amiano, parecen estar tomados de una de las colecciones de *exempla* que tanto se difundieron en la época. Y si no, al menos reflejan esta práctica.

[45] Es tentador referir este caso al propio Amiano y a su llegada a Roma, tal como han hecho algunos estudiosos como Ensslin.

14.6.13. Pero cuando, confiado en esta amabilidad, hagas lo mismo al día siguiente, te quedarás en la puerta como un desconocido que llega de repente. Y mientras el que te animaba el día anterior va saludando a los suyos, a ti te preguntará una y otra vez quién eres y de dónde vienes.

Y en caso de que, finalmente, seas reconocido y se te admita en su círculo de amigos, si te entregas con insistencia y con asiduidad a la práctica de la *salutatio* durante tres años, y luego faltas ese mismo número de días, volverás a soportar el mismo trato, de manera que no se te preguntará dónde estabas. Y si no te marchas de allí como un pobre hombre, pasarás toda tu vida rebajándote en vano por una limosna.

14.6.14. Y cuando, pasado un tiempo prudencial, comienzan a preparar sus banquetes tediosos y malsanos, o a distribuir los regalos de siempre, se debate con insistencia si, aparte de aquellos a los que se debe este trato, conviene invitar también a algún extranjero. Al fin, una vez considerado seriamente el asunto, si la respuesta es afirmativa, invitarán a uno de esos que velan delante de las casas de los cocheros, a un experto en el juego de dados o a uno de los que confiesan saber numerosos secretos.

14.6.15. Y es que evitan a los hombres eruditos y sabios como si fueran infaustos e inútiles, añadiéndose además el hecho de que también los nomenclatores, acostumbrados a hacer negocio con asuntos de este tipo, a cambio de una recompensa introducen en los banquetes a algunos invitados ficticios, poco nobles y desconocidos.

14.6.16. Para no extenderme demasiado, omito las vorágines de los banquetes y las mil formas de las tentaciones, pues quiero narrar cómo algunos avanzan por calles anchas y por las piedras levantadas del suelo sin reparar en el peligro, semejantes a los que montan a los caballos del correo con los pies quemados, según la expresión popular[46].

[46] Como indican Galletier y J. Fontaine, no se comprende bien el adjetivo *ignitis* unido a *calcibus*, si entendemos como tal el calzado de los jinetes. Es mejor, pues, referirlo a las pezuñas de los caballos, rememorando los *ignipedes equi* de Ovidio (*Met.* 2,392)

Y además arrastran tras de sí a un batallón de sirvientes que parecen bandas de maleantes, no dejando en casa ni siquiera a Sannión, como decía el cómico[47].

Éstos además son imitados por numerosas damas que recorren todos los rincones de la ciudad con sus cabezas cubiertas y sus literas.

14.6.17. Y al igual que los generales expertos en los combates colocan en el primer lugar a tropas apiñadas y valerosas, luego a los soldados de armadura ligera, después a los armados con jabalina y, por último, a las tropas auxiliares dispuestas a combatir si fuera necesario, así también los que están al frente de la ciudad y realizan solícitamente sus tareas, insignes gracias a las fasces que llevan en las manos, como si se les hubiera dado una contraseña militar, llevan delante de su vehículo a todo un taller de tejedores, a éstos les siguen los esclavos de la cocina, ennegrecidos por el humo, y después va todo el resto de sirvientes, mezclados con plebeyos desocupados que se unen a ellos por vecindad.

Y, por último, cerrando el cortejo, aparece una multitud de eunucos de edades variadas, desde ancianos a niños, pálidos y deformes, con los miembros contrahechos, de manera que fuera por donde fuera una persona, al ver esta tropa de hombres mutilados, maldeciría el recuerdo de aquella antigua reina Semíramis, que fue la primera que castró a hombres jóvenes, violentando con ello la ley de la naturaleza y desviándola de la norma establecida, que ya entre los propios juguetes de un recién nacido, en esas primeras fuentes de la vida, como por una ley tácita, muestra el modo de perpetuar la especie.

14.6.18. De este modo, los pocos hogares que antes eran respetados por el cultivo serio de los estudios, ahora se dejan llevar por los deleites de una pereza que los enerva, resonando con canciones y con el sonido de instrumentos de viento y de las liras. Y así, en lugar de un filósofo se reclama a un cantante, y en lugar de un orador a un experto en artes lúdicas. Y

---

[47] Se refiere aquí Amiano a Terencio, *Eun.* 780: *Solus Sannio seruat domi.*

mientras que las bibliotecas, a manera de sepulcros, permanecen siempre cerradas, se fabrican órganos hidráulicos y enormes liras que parecen carrozas, y flautas e instrumentos nada ligeros para las imitaciones de los histriones.

14.6.19. Y, por último, se ha llegado a un grado tal de indignidad que, mientras que no hace mucho tiempo han sido expulsados de la ciudad los extranjeros a causa de una temible escasez de alimentos[48], así como unos pocos seguidores de las artes liberales, sin que se les permitiera casi ni respirar, en cambio sí se ha permitido la permanencia en Roma de verdaderos séquitos de actrices y de quienes simularon serlo para la ocasión, así como de tres mil bailarinas, no importunadas siquiera, junto a sus coros y a un número similar de maestros de danza.

14.6.20. Y mires adonde mires, puedes ver a muchísimas mujeres de cabello rizado, que, si estuvieran casadas, por su edad hubieran podido ya tener tres hijos y que, sin embargo, mientras desgastan el suelo con los pies hasta el hastío, se mueven con rápidos giros y representan los innumerables caracteres que vemos en las historias teatrales.

14.6.21. Sin embargo, es indudable que, en la Roma que fue en otro tiempo la sede de todas las virtudes, muchos nobles, semejantes a los lotófagos de Homero que aprovechaban la suavidad de sus frutos[49], retenían a extranjeros nacidos libres con múltiples atenciones propias de su humanidad.

14.6.22. Ahora, en cambio, el vano orgullo de algunos romanos considera vil todo lo nacido fuera del recinto de la ciu-

---

[48] Se conocen expulsiones de este tipo en el 353, 356 y en 383-384, fecha ésta última en la que Amiano estaba ya en Roma, de manera que, dada la dureza de su crítica, parece que pudo padecer personalmente esta expulsión, aunque volvería posteriormente gracias a la ayuda de Símmaco. A pesar de esta sospecha razonable, no se puede afirmar este hecho con seguridad.

[49] Pueblo de la costa de África citado por Homero (*Odis.* 9,84 y ss.).

dad[50], a no ser que se trate de hombres sin hijos o de solteros, de manera que resulta increíble la variedad de obsequios con la que se honra en Roma a los hombres sin descendencia[51].

14.6.23. Y puesto que entre los romanos, algo lógico tratándose de la capital del mundo, la gravedad de los males es mucho mayor y cualquier esfuerzo de la medicina resulta insuficiente para aliviarlos, se ha descubierto un remedio eficaz para que nadie vea a un amigo aquejado de tal infección, añadiéndose además una solución bastante válida para unos pocos ciudadanos más prudentes. Y es que, a los sirvientes enviados a preguntar cómo están los conocidos afectados por esta enfermedad, no se les readmite en casa antes de que purifiquen su cuerpo con un baño –tan temible resulta el mal del que estamos hablando, aunque se perciba con los ojos de otro–.

14.6.24. Pero, aunque se observen estas precauciones por seguridad, algunos, disminuido ya el vigor de sus miembros, cuando se les invita a una boda donde se ofrece oro a manos llenas, se apresuran con diligencia, aunque haya que llegar incluso hasta Espoleto[52].

Éstas son las costumbres de los nobles.

14.6.25. En cuanto a la masa de clase indigente y de clase inferior, unos duermen en las tabernas, otros se protegen bajo los toldos que dan sombra en el teatro, que fueron colocados por primera vez por Cátulo[53] durante su mandato en un intento de imitar la frivolidad de Campania. O bien se pelean riñendo

---

[50] El término utilizado por Amiano, *pomerium*, indicaba originariamente la línea que marcaba el límite dentro del cual podían realizarse auspicios de la ciudad.

[51] Es decir, Amiano critica cómo sólo se recibe bien a los extranjeros sin herederos, costumbre ésta que había sido objeto de burla tradicionalmente (cfr. Plaut, *Mil.* 705 y ss.; Hor, *Sat.* 2,5.).

[52] En la Umbría, alejado pues de Roma.

[53] Se refiere a Q. Lutacio Cátulo, cónsul en el 78 a.C.. Este dato es mencionado también por Plin, *Nat.* 19,1, o por Valerio Máximo, quien apuntó (2,4,6): *Q.Catulus primus spectantium consessum uelorum umbraculis texit.*

por los juegos, haciendo ruidos vergonzantes con sus narices ruidosas al sorber el aire, y si no, lo que es el mayor de sus afanes, se agotan desde el amanecer hasta la noche, ya haga sol o llueva, examinando cuidadosamente cada detalle de las cualidades o de los defectos de los aurigas y de sus caballos.

14.6.26. Y es realmente sorprendente contemplar cómo un número ingente de plebeyos, con las mentes llenas de un ardor apasionado, viven pendientes del resultado de las carreras de carros.

Son estas cosas y otras similares las que no permiten que se realice nada memorable ni serio en Roma. Así pues, volvamos a nuestra narración.

14.7. Ferocidad y crueldad del César Galo

14.7.1. Al extenderse cada vez más su poder, el César se había hecho odioso para todos los buenos y, como después de lo sucedido, no encontraba límite alguno, su ataque se dirigía contra todas las zonas de Oriente, no respetando ya ni a los nobles, ni a los que gobernaban las ciudades, ni a los plebeyos.

14.7.2. Y así, con un simple informe, ordenó que se ejecutara a los líderes del senado de Antioquía. Y lo hizo enfurecido simplemente porque se le respondió con más dureza de la que creía razonable, cuando intentó que se acelerara una bajada de precios en un momento inoportuno, ya que se acercaba un período de escasez. Y hubieran muerto todos si el conde de Oriente entonces, Honorato, no se hubiera opuesto con implacable firmeza[54].

14.7.3. Había también otro indicio de su crueldad, indicio nada oscuro ni ambiguo: y es que le encantaban los juegos cruentos y el circo, donde entregado a veces a seis o siete combates, se deleitaba como si hubiese obtenido un gran be-

---

[54] Este personaje apareció ya citado por Amiano en 14,1,3.

neficio al contemplar a púgiles que se despedazaban unos a otros cubiertos de sangre.

14.7.4. Este carácter malsano se veía agravado además por una mujer despreciable que, introducida en el palacio por petición propia, le había comunicado que unos soldados desconocidos habían tramado a escondidas un plan contra él.

Entonces Constantina exultante, como si la vida de su marido estuviera ya a salvo, hizo salir a esta mujer por las puertas del palacio cargada de regalos y subida en una carroza, en un intento de que esta demostración arrastrara también a otros a delatar intentos semejantes o incluso más serios.

14.7.5. Después de estos hechos, cuando Galo se disponía a marchar a Hierápolis aparentando que iba a participar en la expedición, a pesar de las peticiones de la plebe de Antioquía que, asustada ante un hambre que se auguraba ya, debido a la complicada y difícil situación, le suplicaba una y otra vez que les diera una solución, sin embargo, Galo no actuó como es costumbre que hagan los príncipes, cuyo extenso poder sirve de alivio a los problemas locales. Todo lo contrario, sin ordenar que se tomara ninguna medida del tipo de traer alimentos desde las provincias limítrofes, a esta multitud, que ya temía las peores desgracias, le envió a Teófilo, consular de Siria, que se encontraba por los alrededores[55], repitiéndoles una y otra vez que, si el gobernador no lo deseaba, nadie carecería de sustento.

14.7.6. Hechos de este tipo aumentaron la audacia de la plebe más vil, de manera que, a medida que fue agravándose la escasez de víveres, empujados por el hambre y la locura, llegaron a incendiar el opulento hogar de Eubolo, considerado noble entre su propio pueblo. Y, como si se les hubiese ordenado por un decreto imperial, después de golpear con puños y patadas al gobernador dejándole medio muerto, le despedazaron de forma lastimosa.

---

[55] Teófilo era el gobernador de Siria y había recibido el título de *consularis*, titulo ya antiguo que, a partir de Constantino, será entregado a aquellos gobernadores que destaquen en su administración.

Ante esa muerte tan terrible y ante esa demostración, todos temían un castigo similar, viendo en ese final el reflejo del propio peligro.

14.7.7. Al mismo tiempo Sereniano, antiguo gobernador militar, por cuya apatía hemos narrado anteriormente que fue devastada Celsis[56], en Fenicia, acusado justa y legalmente como reo por un crimen de lesa majestad, no se sabe con qué apoyo consiguió quedar en libertad, a pesar de que se había demostrado con claridad que había encantado con artes prohibidas un píleo[57], y que había ordenado a un amigo suyo que acudiera cubierto con él a un templo profético, para poder conocer de este modo si los presagios le auguraban un mandato firme y poderoso, tal como él deseaba.

14.7.8. En esos mismos días se habían producido dos calamidades, y es que Teófilo, que era inocente, sucumbió con terrible muerte y en cambio Sereniano, digno de la maldición de todos, siendo culpable, salió en libertad sin que se produjera ningún tipo de protesta entre el pueblo.

14.7.9. Al enterarse Constancio de estos hechos, así como de otros que le había contado Talasio[58], cuya muerte, según conocía ya, se había producido por causa natural, escribiendo al César con amables palabras, le quitó poco a poco sus medios de defensa porque, con la excusa de su preocupación porque se pudiera conspirar contra él en un momento de inactividad para los soldados –momento que suele resultar controverti-

---

[56] Este hecho debía aparecer en alguno de los libros perdidos de la obra de Amiano. Hemos traducido *dux* como «gobernador militar», ya que, a partir de Galieno y de la separación que estableció en algunas provincias entre el poder civil y militar, *dux* es el título utilizado para designar al gobernador militar de esas provincias.

[57] El píleo era un sombrero ritual que llevaban solemnemente durante las saturnales los ciudadanos. Era un símbolo de libertad, ya que lo recibían los esclavos al dejar esta condición, de manera que el que alguien lo llevara puesto podía tomarse como un símbolo de rebelión contra la tiranía de Galo.

[58] Cfr. 14,1,10.

do–, le ordenó que se quedara tan sólo con las tropas del palacio y del cuerpo de protectores, así como con los escuderos y los gentiles[59].

Además, ordenó a Domiciano, antiguo conde del tesoro[60] y posteriormente prefecto, que, a su llegada a Siria, encomendara de forma persuasiva y discreta a Galo que se apresurara a marchar a Italia, pues ya le había convocado en repetidas ocasiones.

14.7.10. Pero cuando Domiciano llegó a Antioquía de forma apresurada según ordenaba la orden recibida, pasando apenas junto a la puerta del palacio y despreciando al César, a quien se le había encomendado visitar, se apresuró al pretorio[61] con gran solemnidad y, después de poner como excusa una y otra vez el padecimiento de una enfermedad, no acudió al palacio, ni se dejó ver en público, sino que tramó en secreto numerosas intrigas para destruir al César, mencionando tan sólo banalidades en los informes que enviaba a Constancio de vez en cuando.

14.7.11. Cuando finalmente se le convocó y acudió al Consistorio[62], sin utilizar ningún tipo de subterfugio, de forma inconsiderada y frívola, dijo: «Ponte en marcha como se te ha

---

[59] Las *Scholae Palatinae* eran las tropas que constituían la guardia del palacio. Agrupaban a unos 3.500 hombres y comprendían a los *protectores, gentiles, scutarii* y *armaturae*. Los *protectores* formaban un grupo de élite de donde salía el cuerpo de oficiales. Su actividad se desarrollaba en las provincias persiguiendo a desertores, encargándose de prisioneros, inspeccionando el comercio, el correo y el transporte; los *scutarii* recibían este nombre por el arma que portaban y, en cuanto a los *gentiles*, eran un cuerpo de caballería denominado así por tener en su mayoría un origen bárbaro (germanos, francos).

[60] Los *comites largitionum*, «condes del tesoro», eran magistrados que ayudaban en cada diócesis al *comes sacrarum largitionum*, encargado de administrar la economía y los bienes del imperio.

[61] Pretorio designa en principio la residencia del prefecto pretoriano de Oriente en Antioquía, de manera que viene a equivaler a la sede judicial.

[62] Tras la muerte de Constantino, se denomina *Consistorium* al *Consilium principis*, es decir a la reunión de los más altos magistrados del imperio (*questor, comes sacrarum largitionum, comes rei priuatae*).

ordenado, César, sabiendo que si te demoras, al día siguiente ordenaré que se retiren tus víveres y los de tu palacio».

Y dicho simplemente esto y con esta dureza, se marchó de allí airado y no volvió más, aunque se le llamó una y otra vez.

14.7.12. Galo, alterado ante este hecho por creer que sufría un trato indigno e injusto, encomendó la captura del prefecto a sus protectores más fieles. Pero cuando se enteró de ello Montio, cuestor en aquella época y hombre de carácter realmente duro aunque propenso en demasía al perdón, teniendo en cuenta el bien general, convocó y habló amablemente a los líderes de las tropas del palacio, diciéndoles que lo sucedido no era conveniente, ni se obtenía de ello ningún provecho, y añadiendo en tono de reproche que, si aprobaban esa conducta, convendría echar abajo las estatuas de Constancio, y planear luego con más tranquilidad cómo quitar la vida al prefecto.

14.7.13. Conocido lo cual Galo, semejante a una serpiente perseguida por armas y piedras, recurriendo a su última esperanza e intentando salvar su vida fuera como fuera, ordenó a todos los hombres armados que se reunieran y, cuando todos, extrañados, estuvieron allí, apretando los dientes les gritó:

14.7.14. «Venid junto a mí, valientes, pues compartimos el mismo peligro. Montio, con una fuerza nueva y desconocida, nos acusa con esas calumnias que ha ido lanzando de ser terribles rebeldes contra la autoridad imperial. Y lo hace enojado sin duda porque yo he ordenado –tan sólo para infundirle temor– que se aprese a un prefecto obstinado que parece ignorar lo que exige la situación».

14.7.15. Sin perder ni un segundo después de estas palabras, los soldados, ávidos siempre de contiendas, se dirigieron primero a un lugar cercano donde vivía Montio, anciano de cuerpo enfermo y nada fuerte, a quien arrastraron hasta el pretorio del prefecto sin dejarle casi ni respirar, con los brazos y las piernas separados y atados con duras cuerdas.

14.7.16. En esa misma revuelta, cuando Domiciano se escapaba precipitadamente por una escalera, lo ataron también con cuerdas y así, en violenta carrera, se los llevaron amarrados a los dos por las amplias calles de la ciudad.

Luego, despedazaron los miembros y articulaciones de sus cuerpos, mutilándolos hasta hacerles irreconocibles, y se marcharon hacia el río como si estuvieran ya saciados.

14.7.17. Quien encendía a estos hombres audaces hasta hacerles caer en la locura, así como en las nefastas acciones que cometieron en sus correrías, era un tal Lusco, administrador de la ciudad[63], que apareció de repente, y quien les animaba con gritos continuos, a la manera del que dirige a los porteadores, incitándoles a culminar lo que habían iniciado y quien, no mucho después, fue quemado vivo por esto.

14.7.18. Además, como Montio, cuando expiraba a manos de los que le estaban descuartizando, murmuró los nombres de Epígono y de Eusebio, sin citar profesiones ni cargos, y les increpó alguna vez, se buscaba con gran empeño a ciudadanos de estos nombres y, para que el asunto no se enfriara, se hizo venir desde Cilicia a un filósofo llamado Epígono, y desde Edessa a Eusebio, un orador vehemente conocido como Pittacas[64], a pesar de que el cuestor no se había referido a ellos, sino a unos tribunos encargados de la fabricación de armas, que le habían prometido material si comenzaba a fraguarse una revuelta.

14.7.19. Por esos mismos días el yerno de Domiciano, Apolinar, que poco antes era el encargado del palacio del César, enviado a Mesopotamia por su suegro, investigaba insistentemente entre los destacamentos militares acerca de si se había recibido algún escrito secreto de Galo, por si estuviera tramando algún plan más ambicioso.

---

[63] El cargo de *curator ciuitatis*, en esta época, se había visto devaluado y era ocupado por un noble local, que representaba a los ciudadanos, pero subordinado siempre a las autoridades imperiales.

[64] Fontaine y Galletier apuntan en su edición de Belles Lettres que, tal vez, este sobrenombre se debe al célebre sabio de Mitilene.

Apolinar, una vez descubierto lo sucedido en Antioquía, se dirigió a Constantinopla a través de la Armenia Menor, pero, tras ser apresado por unos protectores, fue celosamente custodiado desde allí.

14.7.20. Mientras sucedía esto, se descubrió que se había tejido a escondidas una vestidura real en Tiro, sin saber quién lo había ordenado o para qué uso. Y, por eso, el gobernador de la provincia, que entonces era el padre de Apolinar, del mismo nombre, fue llevado al tribunal como cómplice. Además, también fueron conducidos allí otros muchos de distintas ciudades, acusados de haber cometido crímenes atroces.

14.7.21. Ante el resonar de los clarines que proclamaban los desastres internos, el carácter violento del emperador, alejado de toda realidad, ya no se ensañaba en secreto, como antes, sino que, sin que nadie investigara ya formalmente la veracidad o no de las acusaciones, sin diferenciar a los inocentes de los culpables, la Justicia, perturbada, abandonó los juicios y, ante el silencio de una defensa legítima en los procesos, el verdugo y colaborador en estas rapiñas, se desplazaba cubriendo la cabeza y confiscando bienes de los acusados por todas las provincias orientales, unas provincias que considero oportuno revisar ahora, con la excepción de la de Mesopotamia, de la que ya hablamos al narrar las guerras de los Partos [65], y de la de Egipto, a la que volveremos necesariamente en su momento [66].

14.8. Descripción de las provincias de Oriente [67]

14.8.1. Cuando se superan las cumbres del monte Tauro, que se elevan más hacia el este, encontramos Cilicia, con sus amplios y extensos llanos, tierra fértil en productos de todo tipo

---

[65] Nueva alusión a un texto no conservado de su obra.

[66] Cfr. 22,15-16.

[67] Ya indicábamos en la introducción que esta digresión, enmarcada por dos capítulos muy violentos, sirve para relajar la tensión del relato.

y, a su derecha, Isauria, de riqueza similar, llena de vides y de abundantes cosechas, surcada en su interior por un río navegable, el Calicadno.

14.8.2. En esta provincia, entre otras muchas ciudades, destacan dos: Seleucia, obra del rey Seleuco, y Claudiópolis, convertida en colonia por el emperador Claudio[68].

Isaura, muy poderosa en la antigüedad, fue destruida en el pasado por ser rebelde y nociva, de manera que apenas conserva ya unos pocos vestigios de su antigua belleza.

14.8.3. En cambio Cilicia, exuberante gracias al río Cydno, es célebre por contar con Tarso, ciudad destacable que, según se cuenta, fue fundada por Perseo, el hijo de Júpiter y de Dánae, o bien por cierto hombre rico y noble llamado Sandan, que procedía de Etiopía[69].

Y es célebre también por Anazarbo, que debe este nombre a su fundador, y por Mopsuestia, cuna del famoso adivino Mopso que, tras ser arrebatado por error de la expedición de los Argonautas, cuando regresaban después de robar el vellocino de oro, fue llevado a la costa de África y murió repentinamente, por lo que, desde entonces, los manes de este héroe[70], cubiertos por la hierba púnica, se presentan con frecuencia como beneficiosos para una gran variedad de males.

14.8.4. Como estas dos provincias[71] se mezclaron en el pasado con grupos de maleantes durante las guerras de los piratas, fueron subyugadas por el procónsul Servilio[72], después de lo cual se sometieron a pagar impuestos.

---

[68] Fue emperador del 41 al 54 d.C.

[69] Amiano parece referirse a una divinidad indígena de Cilicia, que fue asimilada a Hércules en el Asia helenizada.

[70] Es decir, sus restos, aunque mantenemos el término latino *manes* para guardar una mayor fidelidad con el téxto clásico.

[71] Es decir, Isauria y Cilicia.

[72] Se refiere Amiano a P. Servilio, que fue procónsul en esta zona del 78 al 75 a.C., y cuyos éxitos en las campañas contra los piratas le otorgaron el sobrenombre de «Isáurico».

Son regiones que, como si estuvieran colocadas en una lengua prominente de tierra, están separadas del mundo oriental por el monte Amano.

14.8.5. La frontera de Oriente, extendiéndose en línea recta, alcanza desde las riberas del río Éufrates hasta las orillas del Nilo, y linda a la izquierda con los pueblos sarracenos y a la derecha con las turbulentas aguas del mar.

Esta región fue ocupada y engrandecida en gran manera por Nicátor Seleuco, una vez que, tras la muerte del macedonio Alejandro, dominó por derecho sucesorio los reinos de Persia, siendo un rey triunfador, como indica su sobrenombre[73].

14.8.6. Por ejemplo, con la colaboración del numeroso pueblo al que rigió durante mucho tiempo en una época de paz, transformó sus agrestes moradas en unas ciudades poderosas por la abundancia de recursos y de hombres. Muchas de estas ciudades, en la actualidad, aunque reciben nombres griegos impuestos por la voluntad del que las conquistó, no han perdido, sin embargo, los nombres primitivos que les dieron sus antiguos fundadores en lengua asiría.

14.8.7. Después de Osdrena, que, como hemos apuntado, no aparece en nuestra descripción, la primera provincia es Comagena, llamada ahora Eufratense, que se extiende en suave elevación y es famosa por ciudades amplias como Hierápolis –la antigua Nino– y Samósata.

14.8.8. Viene después Siria, que se extiende por una amplia y bella planicie. Esta región es valorada gracias a la ciudad de Antioquía, famosa en todo el mundo y con la que no puede competir ninguna otra en abundancia de recursos, ya sean propios o importados[74].

---

[73] *Nicátor* puede traducirse como «vencedor», sobrenombre que este diadoco debe al éxito de sus empresas tras la muerte de Alejandro Magno.

[74] Como sabemos, es la ciudad natal de Amiano, valorada y mencionada con orgullo cada vez que aparece en su obra.

Destacan también Laodicia y Apamia, así como Seleucia, ciudades muy florecientes desde su creación.

14.8.9. Después de Siria encontramos Fenicia, inclinada hacia el monte Líbano, región llena de encantos y de belleza, adornada además por grandes y bellas ciudades, entre las que sobresalen por su atractivo y por la celebridad de su nombre Tiro, Sidón y Beirut, así como Emesa y Damasco, fundadas en la antigüedad.

14.8.10. Estas provincias, rodeadas por el río Orontes, que baña los pies del gran monte Cassio y desemboca posteriormente en el mar Partenio, fueron sometidas al pueblo romano por Gneo Pompeyo, que logró derrotar a Tigranes y se las arrebató así al reino armenio [75].

14.8.11. La última de las provincias de Siria es Palestina, que se extiende por grandes espacios, con abundantes y fértiles campos de cultivo, y poseedora también de algunas ciudades ilustres, entre las que ninguna desmerece de las demás, y casi parecen medidas con plomada. Por ejemplo: Cesarea, levantada por Herodes en honor del emperador Octaviano, Eleutherópolis, Nápoles e, igualmente, Ascalón y Gaza, levantadas en una época anterior.

14.8.12. En esta región no encontramos ningún río navegable pero, en muchos lugares, surgen espontáneamente chorros de agua caliente, utilizados en múltiples aplicaciones medicinales. También estas regiones, de modo similar, fueron constituidas en provincias por Pompeyo y confiadas a un gobernador, una vez sometidos los judíos y tomada Jerusalén [76].

14.8.13. Unida a esta provincia encontramos Arabia, que limita también con los Nabateos, y es una tierra rica por sus variadas relaciones comerciales, llena de campamentos inexpugnables y de fortalezas, que fueron levantadas en lugares apropiados para

---

[75] En el 64 a.C.
[76] En el 63 a.C.

la defensa gracias a la atenta preocupación de los antiguos, con la finalidad de rechazar los ataques de los pueblos vecinos.

Aquí se encuentran también algunas ciudades enormes, como Bostra, Gerasa y Filadelfia, muy bien protegidas por la firmeza de sus murallas.

Una vez constituida en provincia y encomendada a un gobernador, fue el emperador Trajano quien conminó a esta región a someterse a nuestras leyes[77], pero sólo lo consiguió después de reprimir en varias ocasiones la arrogancia de sus habitantes, derrotando a los Medos y a los Partos en guerras gloriosas.

14.8.14. De forma similar, la isla de Chipre, alejada del continente y con abundantes puertos, tiene la suerte de contar entre otras muchas ciudades con Salamina y Pafos, insigne la primera por su santuario de Júpiter, y la segunda por el de Venus.

Además, esta misma isla de Chipre tiene una producción de todo tipo de recursos tan abundante y variada que, sin necesidad de importar ningún producto extranjero, con materiales propios, puede permitirse la construcción de un barco de transporte desde la parte más baja de la quilla hasta lo alto de las velas, y además aparejarlo con todo tipo de armamento y lanzarlo al mar.

14.8.15. Y no me avergüenza decir que esta isla ha sido invadida por el pueblo romano movido más por la ambición que por la conveniencia.

Y es que, siendo el rey Ptolomeo nuestro socio y aliado, en un momento de penuria en el tesoro público, se le confiscaron sus bienes, sin haber cometido ningún tipo de delito, ante lo cual se suicidó con veneno.

Después de este hecho, Chipre se convirtió en tributaria y los despojos del rey, como si fueran de un enemigo, fueron traídos a Roma en barco por intervención de Catón[78].

Pero volvamos ahora al relato de los hechos.

---

[77] En el 105 d.C.

[78] En el 58 a.C.

14.9. Sobre el César Constancio Galo

14.9.1. Mientras iban sucediéndose calamidades tan diversas, desde Nisibis, la ciudad que custodiaba, se hizo venir a Ursicino, a quien seguíamos por orden imperial, pues se le obligaba a declarar al ser acusado en un proceso de pena capital[79].

Ursicino, rodeado por los murmullos de los aduladores, se resistía y protestaba, como es propio de un hombre realmente valiente, un militar auténtico, líder entre sus soldados y completamente alejado de las disputas del foro. Pero, preocupado y temiendo por su propia vida, cuando vio aparecer unidos en la misma trama contra él a jueces corruptos y a acusadores, informó en secreto a Constancio mediante una carta de todo lo que se tramaba abierta u ocultamente, e imploró su ayuda, con la esperanza de que así se calmaría la archiconocida manía del César Galo[80].

14.9.2. Pero este recelo excesivo de Ursicino le hizo caer en un pozo más hondo, como narraremos después, ya que otros acusadores, similares a los citados, inventaron graves insidias y las difundieron en torno a Constancio, emperador moderado en su tratamiento de otros asuntos pero quien, si cualquier desconocido llevaba a sus oídos rumores de este tipo, se volvía duro, implacable y completamente fuera de sí en procesos semejantes.

14.9.3. Así pues, el día fijado para el funesto interrogatorio, el general de la caballería se sentó como si fuera un juez, ante

---

[79] Amiano recibe aquí la orden de seguir a Ursicino. El antioqueno formaba parte del cuerpo de los *protectores domestici* que, en principio, permanecían en la corte y tenían funciones tanto ceremoniosas como estrictamente militares. Sin embargo, también a veces podían participar en misiones, como Amiano en este caso.

[80] Comienza aquí una larga persecución contra Ursicino, el superior de Amiano en la vida militar, y de quien siempre hablará con gran respeto y admiración a lo largo de su obra.

personas que sabían ya de antemano lo que iba a ocurrir, mientras aparecían por doquier unos notarios que, a la carrera, comunicaban al César qué se había preguntado o cuáles habían sido las respuestas.

Pero, debido a las crueles órdenes del César, que contaba además con el estímulo de la reina, pues ésta de vez en cuando sacaba la cabeza por las cortinas, no se permitió a los acusados aclarar las calumnias, de modo que muchos de ellos murieron sin defensa alguna.

14.9.4. Así, en primer lugar fueron juzgados Epígono y Eusebio, perseguidos a causa de la nobleza de su nombre.

Ya hemos mencionado anteriormente[81] que Montio, cuando expiraba, mencionó a unos tribunos que se llamaban así y que estaban encargados de los arsenales, acusándoles de haber prometido ayuda para una futura sublevación.

14.9.5. De ellos Epígono, filósofo tan sólo en su apariencia según se demostró, habiendo suplicado en vano, y con los costados marcados ya por los latigazos, ante el temor a la muerte, declaró en confesión vergonzosa que había sido partícipe en un plan –que no había existido realmente–, aunque afirmó que no había visto ni escuchado nada, por ser completamente ajeno a los asuntos del foro.

En cambio Eusebio, negando las acusaciones con gran contundencia, se mantuvo firme en su declaración inicial, gritando que aquello era un robo y no un juicio.

14.9.6. Y cuando, como conocedor de las leyes, reclamaba con gran tenacidad la presencia de un acusador y la seriedad debida, al enterarse el César, que estimó este ejemplo de libertad como soberbia, ordenó que se le torturara como si se tratara de un rebelde audaz. Pero Eusebio, despedazado de tal modo que no le quedaban ya miembros que torturar, implorando justicia al cielo y con una sonrisa amenazadora, per-

---

[81] Cfr. 14,7,18.

maneció inalterable y tenaz, sin querer acusar a nadie, ni que nadie acusara a otra persona, de manera que, finalmente, sin confesar ni ser convicto, fue castigado con la pena de muerte al igual que su despreciable compañero.

Y mientras se lo llevaban, intrépido, criticaba la iniquidad de su época, imitando a aquel estoico de la antigüedad, Zenón, quien, tras ser atormentado durante mucho tiempo para que confesara algo incierto, entre la saliva ensangrentada, escupió la lengua, arrancada de la boca, a los ojos del rey de Chipre que era quien le estaba interrogando.

14.9.7. Después de esto, se continuó investigando sobre la vestimenta real y, al torturar a los sirvientes encargados de teñirla, éstos confesaron que se trataba de una túnica corta y sin mangas para cubrir el pecho, ante lo cual fue acusado un tal Maras, un diácono, según dicen los cristianos [82], autor de una carta escrita en griego y dirigida al encargado de un telar tirio, en la que le apremiaba para que terminara un encargo que no concretaba realmente.

Después de todo, aunque también el propio Maras fue torturado hasta la muerte, no se consiguió que confesara nada.

14.9.8. Así pues, una vez que se laceró a gentes de muy diversa condición, cuando se debatían aún determinadas acusaciones y era ya algo sabido que algunas se habían lanzado con demasiada ligereza, después de muchas ejecuciones, fueron llevados al exilio los dos Apolinares, padre e hijo. Éstos, al llegar a un lugar denominado Crateras, en concreto a una villa suya que distaba veinticuatro millas de Antioquía, tal como se había ordenado, fueron torturados con la fractura de las piernas y murieron.

14.9.9. A pesar de estas muertes, no se suavizó en absoluto la ferocidad de Galo. Al contrario, como un león que ha de-

[82] Expresiones de este tipo, en las que Amiano parece no conocer exactamente los ritos y la jerarquía cristiana, son las que hacen pensar que Amiano no era cristiano, a pesar de que no les critique con dureza.

vorado ya varios cadáveres, maquinaba muchas acusaciones de este tipo, acusaciones que no vamos a detallar para evitar en la medida de lo posible excedernos en lo que prometimos.

14.10. Ante la petición de los alemanes, el Augusto Constancio les concede la paz

14.10.1. Mientras Oriente soportó hechos como los narrados durante mucho tiempo, al comenzar ya la época estival, Constancio, en su séptimo año de consulado y en el segundo del César Galo[83], parte de Arlés y se dirige a Valence[84] dispuesto a combatir a los reyes de los alemanes, los hermanos Gundomado y Vadomario, cuyos frecuentes ataques estaban devastando el territorio galo cercano a sus fronteras.

14.10.2. Y, mientras se detiene allí durante bastantes jornadas a la espera de unos víveres, cuyo traslado desde Aquitania se había retrasado debido a que las lluvias primaverales habían sido más frecuentes de lo usual y habían hecho que se desbordaran los torrentes, llegó Herculano, escolta personal e hijo de Hermógenes, ese antiguo general de la caballería, descuartizado en Constantinopla tiempo atrás en una revuelta popular, según hemos narrado anteriormente[85].

Cuando Herculano relató toda la verdad acerca de las acciones de Galo y de su esposa, Constancio, apenado por lo que ya había sucedido y temeroso ante lo que podría ocurrir en el futuro, intentó no angustiarse mientras le fuera posible.

14.10.3. Sin embargo, como todos los soldados siguieron reunidos en Chalón durante ese tiempo, se mostraban agitados, impacientes ya ante la espera y muy exaltados, porque

[83] Es decir, en el año 354, aunque en realidad era el tercer año de consulado para Galo.

[84] Valence es una ciudad gala, a la izquierda del Ródano.

[85] En un libro perdido.

no tenían ni siquiera lo necesario para subsistir, debido a que los víveres no podían trasladarse de la forma usual.

14.10.4. Ante esto Rufino, prefecto del pretorio en esta época, se vio arrastrado a una situación crítica[86].

Y es que se le apremiaba para que acudiera ante los soldados con la intención de calmarles y de informales del motivo por el que no podía llegar el transporte de víveres. Pero éstos seguían agitados tanto por la escasez de alimentos como por su fiereza innata y, por otra parte, sabemos que tienen arraigada la costumbre de mostrarse duros y crueles contra los cargos civiles.

14.10.5. Todo esto formaba parte de un plan astuto y bien calculado, para que en una revuelta de este tipo pereciera el tío materno de Galo. De este modo, se evitaría que alguien con su poder estimulara el orgullo de Galo, siempre dispuesto a maquinaciones funestas.

Pero como la empresa se realizó de forma concienzuda, ante la demora, se envió a Eusebio, el ayuda de cámara[87], a Chalón, llevando oro consigo. Y así, después de distribuirlo en secreto entre los cabecillas de la sedición, se calmó la revuelta de los soldados y se aseguró la vida del prefecto.

Posteriormente, una vez que les llegaron víveres en abundancia, se levantó el campamento el día establecido.

14.10.6. Así pues, solventadas ya numerosas dificultades y atravesados muchos caminos cubiertos de nieve, cuando se llegó a Ráuraco, junto a la orilla del río Rin[88], ante la resis-

---

[86] Rufino era prefecto del pretorio en la Galia, cargo de carácter civil que, una vez que Constancio se convirtió en emperador único, equivalía a un gobernador en las distintas divisiones administrativas del Imperio, llamadas prefecturas, que a su vez se dividían en diócesis, y estas diócesis en provincias. Cfr.14,1,10.

[87] El *praepositus cubiculi* era el gran chambelán o camarero mayor, cargo que normalmente se encomendaba a personas nobles, y que se consideraba como un gran honor, pues su trabajo consistía en asistir personalmente al emperador, para lo cual contaban con un elevado número de subordinados.

[88] Se trata de la colonia Augusta Rauracorum, hoy Augst, fundada por Munacio Planco junto al Rin.

tencia de un enorme grupo de alemanes, los romanos no consiguieron establecer un puente con la unión de sus naves, debido tanto al excesivo número de contrarios, como a la lluvia de flechas que caía sobre ellos de todas partes.

Entonces, como la empresa parecía imposible, el emperador, afligido por graves preocupaciones, no sabía bien qué decisión tomar.

14.10.7. Pero de repente se presentó un guía que conocía perfectamente la región y quien, a cambio de una recompensa, durante la noche, les mostró un vado por donde podían atravesar el río.

Y lo cierto es que, realmente, el ejército hubiera podido devastar toda la zona pasando por allí sin encontrar oposición alguna, mientras el enemigo estaba ocupado en otras acciones, de no haber sido porque unos pocos del mismo pueblo, a quienes se les habían encomendado los cargos militares más honrosos, enviaron mensajeros a sus compatriotas para informarles de esta acción, según afirmaban algunos.

14.10.8. Esta sospecha recaía sobre Latino, conde de la guardia personal, sobre Agilón, tribuno encargado de los establos[89] y sobre Escudilón, jefe de los escuderos, a quienes se honraba entonces como si la república estuviera en sus manos.

14.10.9. Sin embargo, los bárbaros, tomando con premura una decisión, tal como reclamaban las circunstancias, ya fuera porque los auspicios, al azar, les hubieran disuadido, o porque les hubieran prohibido la lucha sus autoridades religiosas, suavizaron esa dureza con la que se resistían tan afanosamente y enviaron a sus nobles para pedir perdón por sus crímenes y alcanzar de este modo la paz.

---

[89] El cargo de tribuno tenía carácter militar y se le confería a los oficiales encargados de la guardia personal (*protectores domestici*), de los soldados que se protegían con armadura (*armaturae*), con escudo (*scutarii*), de la fabricación de armas (*fabricarum*), o, como en este caso, de los establos imperiales.

14.10.10. Así pues, tras retener a los legados de ambos reyes y deliberar el asunto en secreto durante bastante tiempo, habiéndose tomado la decisión de aceptar la paz que se les ofrecía con unas condiciones justas y acordes con la realidad, se convocó al ejército a una asamblea. En ella el emperador, dispuesto a decir unas pocas palabras apropiadas para la ocasión, ocupó su lugar en la tribuna y, rodeado por un grupo de autoridades, habló de este modo:

14.10.11. «Os ruego que nadie se extrañe si, después de soportar las duras fatigas del camino y de acaparar víveres suficientes, llevados por la confianza en vosotros, y una vez ya en esta tierra bárbara, hayamos adoptado una vía más pacífica, como si el plan hubiera cambiado de repente.

14.10.12. »Si cada uno de vosotros lo considera de acuerdo con su posición y su ánimo, encontrará cierto que un soldado, esté donde esté, por muy esforzado y fuerte que sea, mira sólo por sí mismo y defiende su propia vida, mientras que un general, siempre atento a sus deberes, cuida por igual del bien de todos, como defensor de vidas ajenas. Por ello, considerando que todo lo que hace por los demás es por su propio bien, debe aferrarse ardientemente a cualquier solución que le ofrezcan las circunstancias, y que le otorgue favorable la voluntad divina[90].

14.10.13. »Así pues, como en breve voy a exponer y a explicar la razón por la que he querido reuniros aquí a todos vosotros, mis soldados más leales, prestad atención con actitud favorable a estas palabras, que son necesariamente breves porque la exposición de la verdad es siempre simple.

14.10.14. »Las difíciles y gloriosas pruebas que habéis superado, acrecentadas de forma magnífica por una fama extendi-

[90] En las ediciones que hemos consultado, hay divergencias en los términos que se refieren a la dedicación del general, aunque el sentido es idéntico, de manera que nuestra traducción intenta responder a ambas.

da ya por las regiones más alejadas de la tierra, han aterrado a los reyes y al pueblo alemán quienes, mediante esos mensajeros que veis ahí con la cabeza baja, piden perdón por los hechos pasados y suplican la paz, una paz que yo, prudente y cauto, yo que os debo aconsejar lo más provechoso, considero que, si cuento con vuestra aprobación, debe concedérseles por numerosas razones:

»En primer lugar, porque debemos evitar luchas de resultado dudoso. Después, para contar con ellos como aliados y no como adversarios, según nos ofrecen. Por otra parte, creo que debemos mitigar, sin derramar ni una gota de sangre, nuestra cólera, una cólera que con frecuencia es perjudicial para las provincias. Y, por último, pensemos que la victoria sobre el enemigo no sólo se consigue cuando se le abate en la batalla por medio de las armas y de la fuerza bruta, sino que se vence mucho mejor cuando, sin que se oigan clarines de guerra, el rival se somete voluntariamente, y percibe por experiencia propia que los romanos no carecen ni de valor contra los rebeldes, ni de generosidad hacia los que suplican.

14.10.15. »Así pues, vuestro príncipe aguarda con prudencia la decisión que toméis como jueces, considerando que, cuando nos sonríe la fortuna, es mejor ser comedido y moderado.

»Eso sí, estad convencidos de que una decisión correcta no se achacará a vuestra apatía, sino a vuestra moderación y humanidad».

14.10.16. Apenas había dejado de hablar, toda la asamblea, de acuerdo con la voluntad del emperador, alabó su determinación y aprobó el tratado de paz, movidos por una razón fundamental. Y es que, tras numerosas campañas, sabían que podían contar con la fortuna del emperador si se trataba de guerras civiles pero, en cambio, cuando se trataba de batallas contra pueblos extranjeros, con frecuencia, el resultado era dramático.

Una vez sellado el pacto según la práctica de estos pueblos y cumplidos todos los trámites solemnes, el emperador marchó a los cuarteles de invierno, situados en Milán.

14.11. El César Constancio Galo es convocado por el Augusto Constancio y muere decapitado

14.11.1. Liberado ya de la carga de las demás cuestiones, el Augusto planeaba destruir al César con un duro golpe, considerándole ya como el problema y el obstáculo más difícil.

Por ello, tras deliberar con sus colaboradores durante la noche en conversaciones secretas acerca de con qué fuerzas o de qué forma conseguiría su objetivo sin que el proyecto se difundiera y fuera atajado por las constantes sospechas de Galo, decidió convocarle mediante una amable misiva, como si fueran a tratar un tema público muy urgente, pues de este modo, al no contar con ayuda alguna, sería fácil matarle.

14.11.2. A esta opinión se oponían grupos de volubles aduladores, entre los que podemos citar a Arbitión, persona dura y muy intrigante, o a Eusebio, encargado entonces de palacio y propenso a dejarse arrastrar por su maldad, quienes pensaban que, si se producía la desaparición del César, Ursicino tendría que permanecer en Oriente, y que esto era peligroso porque podría concebir planes más ambiciosos sin que nadie se lo impidiera.

14.11.3. A estos podemos sumar también los restantes eunucos del palacio, cuya ambición superaba los límites imaginables en aquella época, y quienes, mientras realizaban sus tareas de índole más íntima, daban pábulo a falsas acusaciones mediante misteriosos susurros.

Pues bien, fueron ellos quienes cargaron a un hombre de gran valor con la losa de su terrible envidia, murmurando que sus hijos, ya adultos, constituían una generación con ambiciones imperiales, que resultaban atractivos por su belleza y su juventud, y que, intencionadamente, se habían dado a conocer por su grandes conocimientos en cuestiones militares y por la agilidad de sus cuerpos en los ejercicios cotidianos.

Y murmuraban también que Galo, violento ya de por sí, había sido inducido por algunos colaboradores a realizar actos terribles, con la intención de que, siendo odiado por todos los

grupos con una animadversión bien ganada, las insignias del poder imperial pasaran a los hijos del general de la caballería.

14.11.4. Cuando estas insinuaciones y otras similares llegaron a los oídos de Constancio, siempre alerta y atentos a rumores de este tipo, sin saber bien qué decisión tomar por la volubilidad de su ánimo, decidió finalmente lo que le parecía mejor.

Y así, en primer lugar, ordenó el regreso de Ursicino rodeado de todos los honores, con la excusa de que, por el estado apremiante de la situación, quería disponer de una voluntad afín a la suya, pues de este modo, uniendo sus fuerzas, debilitarían los sentimientos bélicos de los partos, que se mostraban amenazadores en esa época[91].

14.11.5. Y para que no sospechara que iba a suceder desgracia alguna, se envió para sustituirle hasta su vuelta al conde Próspero. Y así, recibida la misiva, y solucionado con gran facilidad el tema del transporte, nos dirigimos a Milán a toda prisa.

14.11.6. Tras esta llamada sólo restaba que el César se pusiera en marcha con rapidez. Además, para eliminar toda sospecha, Constancio intentaba animar con numerosos y fingidos halagos a su hermana, la esposa de Galo, para que viniera a verle, diciendo que la echaba de menos hacía tiempo.

Aunque ella tenía alguna duda y temía las frecuentes muestras de crueldad de Constancio, esperando poder suavizarle puesto que era su hermano, se puso en marcha. Pero, al llegar a Bitinia, donde se detuvieron en un lugar denominado Caenos Gallicanos, murió después de contraer unas fiebres repentinas.

Ante esta muerte, al darse cuenta su marido de que había desaparecido la garantía con la que se sentía protegido, dudaba angustiado qué hacer.

---

[91] En efecto, como indica Amiano, en el 354, el rey Persa Sapor II se mostraba hostil contra los romanos, a quienes intentaba arrebatar Mesopotamia y Armenia.

14.11.7. En estas circunstancias agitadas y confusas, su intranquilidad se debía a un solo motivo, y era que, como Constancio medía todos los hechos según su propio interés, no aceptaría una disculpa, ni perdonaría ningún error, sino que hallándose siempre dispuesto a perjudicar a quienes le rodeaban con trampas ocultas, era consciente de que, si se descuidaba, sería castigado con la muerte.

14.11.8. Llevado a esta situación crítica y presumiendo ya un triste final si no se mantenía alerta, aspiraba en secreto a la condición de Augusto, en caso de que se le presentase una oportunidad. Pero recelaba de la maldad de los que le rodeaban debido a dos razones: a que le temían a él mismo considerándole cruel e inconstante, y a que se decantarían por la fortuna de Constancio, que era mayor en las guerras civiles [92].

14.11.9. Además de la terrible carga de estas preocupaciones, recibía continuamente escritos del emperador, en los que le instaba y le pedía que se presentara ante él, y le mostraba de forma indirecta que el estado no podía ni debía dividirse, y que cada uno, en función de sus fuerzas, debía colaborar en estos momentos de agitación, refiriéndose sin duda a la desoladora situación de las Galias.

14.11.10. A estos hechos se añadía el recuerdo de un ejemplo no muy antiguo. Y es que con Diocleciano y con su colega colaboraban como servidores dos Césares [93], que no tenían residencia fija y que debían viajar por todo el imperio. No en vano, en Siria Galerio, revestido de púrpura, tuvo que recorrer a pie un espacio de casi mil pasos por delante del carruaje del Augusto, que estaba enojado [94].

---

[92] Cfr. 14,10,16.

[93] En concreto, Diocleciano y Maximiano eran los Augustos, y sus Césares Galerio y Constancio Cloro.

[94] Es decir, Diocleciano se hallaba enojado con Galerio después de una derrota de éste ante los persas, por lo cual, afrentosamente, le hizo marchar a pie delante de él como a un simple siervo.

14.11.11. Después de otros muchos, acudió ante él Escudilón, tribuno de los escuderos, muy astuto y persuasivo bajo una apariencia de hombre de espíritu rudo.

Éste fue el único que, gracias a sus halagos y mentiras, consiguió convencer a Galo para que se pusiera en marcha, repitiéndole una y otra vez de forma hipócrita que su primo hermano deseaba ardientemente verle, y que estaba dispuesto a perdonarle si es que había cometido alguna imprudencia. Añadía además que, siendo Constancio una persona generosa y clemente, compartiría con él su poder y le recibiría como compañero con vistas a las campañas que se avecinaban en las provincias del norte, unas provincias esquilmadas ya desde hacía bastante tiempo.

14.11.12. Y como cuando así lo quiere el destino, el sentido común de los hombres suele nublarse y aturdirse, Galo, halagado por estas palabras, puso sus ojos en ambiciones más elevadas y, después de salir de Antioquía guiado por una divinidad esquiva, se dispuso a marchar, según reza el viejo proverbio, desde el humo hasta la llama.

Al llegar a Constantinopla, como si las circunstancias fuesen prósperas y seguras, ofreció unos juegos ecuestres, en los que coronó al auriga Tórax como vencedor.

14.11.13. Al conocer este hecho, Constancio se enojó por encima de los límites humanos, y para evitar que Galo, por una casualidad, aunque no supiera lo que iba a ocurrir, intentara ejecutar en el camino algún plan que condujera a su salvación, ordenó que se retirara a todos los soldados acuartelados en las ciudades por donde pasaría.

14.11.14. Por aquel tiempo, Tauro, enviado a Armenia en calidad de cuestor, avanzó con gran audacia, sin llamarle ni verle siquiera. Vinieron también otros, por orden del emperador, con la excusa de realizar distintas tareas, pero dispuestos a vigilarle para que no pudiera moverse, ni intentara ninguna acción en secreto.

Entre éstos podemos citar a Leoncio –nombrado después prefecto de la ciudad, y que entonces era cuestor–, a Luciliano, conde de la guardia personal del emperador[95] y a un tribuno de los escuderos llamado Bainobaudes[96].

14.11.15. Después de recorrer así un amplia llanura, cuando llegó a Adrianópolis, ciudad situada junto al monte Hemo, y llamada antes Uscudama, recobró sus fuerzas, agotadas ya por el esfuerzo de doce días, y se enteró de que las legiones tebanas que invernaban en las ciudades vecinas le habían enviado a algunos partidarios suyos[97], con la intención de que le exhortaran a continuar firme y fiel a sus promesas, toda vez que ellos mismos tenían gran confianza en su fuerza y ocupaban en gran número los puestos de guardia cercanos.

Sin embargo, debido a la atenta vigilancia de los que le rodeaban noche y día, no tuvo posibilidad alguna de verlos, ni de escuchar lo que pudieran contarle.

14.11.16. Por ello, como recibía continuamente cartas que, una tras otra, le urgían para que se pusiera en marcha, utilizando diez carruajes oficiales, según se le había encomendado, y dejando todo en palacio excepto unos pocos sirvientes para el dormitorio y la mesa, a quienes sí se llevó consigo, cubierto de polvo, se veía obligado por todos a apresurar su marcha, por lo cual maldecía una y otra vez con tristeza su temeridad, una temeridad que le hacía verse ya como alguien despreciable y vil, sometido a la voluntad del pueblo llano.

14.11.17. Además, durante este tiempo, en la tranquilidad del sueño reparador se le desgarraban los sentidos y veía con terror espectros estridentes a su alrededor, así como a grupos de personas asesinadas por él, conducidas por Domiciano y Montio, que le cogían y le arrojaban, según le parecía en sueños, a las garras de las furias.

---

[95] Es decir, a los *protectores domestici*. Cfr. 21,9,7; 25,10,6-7.

[96] Cfr. 16,11,9.

[97] Se trata de dos legiones que reciben este nombre porque, en principio, la mayor parte de sus componentes eran originarios de la ciudad egipcia de Tebas.

14.11.18. Y es que, libre de los lazos corporales, el espíritu, siempre vigoroso e incansable, a partir de los pensamientos y de las preocupaciones que agitan las mentes de los mortales, da forma a visiones nocturnas que nosotros [98] denominamos «fantasías».

14.11.19. Así, abriéndole paso su terrible destino, en el que estaba escrito que sería despojado de la vida y del poder, tras recorrer el camino más corto utilizando diferentes caballos, llegó a Petobio, ciudad de los nóricos, donde se le reveló toda la trama de las intrigas.

Allí se presentó de repente el conde Barbatión, quien durante el mandato de Galo estuvo al frente de la guardia de palacio [99], y también Apodemio, de la guardia imperial secreta [100], quienes traían a unos soldados seleccionados personalmente por el Augusto después de ganárselos con favores, convencido de que así no podrían volverse atrás ni por un soborno ni por piedad.

14.11.20. De este modo, el plan iba ejecutándose con tretas ya nada ocultas, de manera que Barbatión rodeó con soldados armados toda la parte del palacio que está fuera de las murallas y, entrando al atardecer, despojó al Cesar de sus vestiduras regias, lo cubrió con una túnica y con un manto vulgar y, repitiéndole con juramentos continuos, como si se lo hubiera mandado el Emperador, que no iba a pasarle nada más después de eso, le dijo: «Venga, levántate». Inesperadamente, se lo llevó en un vehículo particular a Histria, cercana a la ciu-

---

[98] Es decir, los griegos.

[99] Este personaje es siempre descrito con términos negativos por Amiano Marcelino (cfr. 16,11,7; 18,3,6) y, de hecho, morirá ejecutado tras ser acusado de alta traición (18,3-4)..

[100] La denominación de *agentes in rebus* se utilizaba para designar, desde la época de Diocleciano, a un cuerpo de seguridad semejante a la policía secreta de la actualidad. En cada provincia había dos *agentes in rebus*, que se encargaban, entre otras cosas, de controlar el servicio de correos imperial y de asegurar así las comunicaciones oficiales. No es extraño, pues, que el pueblo los apodara significativamente «*curiosi*».

dad de Pola, donde, como hemos mencionado, fue asesinado en otro tiempo Crispo, el hijo de Constantino[101].

14.11.21. Y mientras estaba allí, vigilado estrechamente, medio muerto ya de terror ante lo que le aguardaba, se presentaron Eusebio, encargado entonces del mantenimiento del Palacio, el notario Pentadio y Malobaudes, tribuno de la guardia armada[102], para forzarle, por orden del emperador, a que especificara uno por uno los motivos por los que había ordenado que se cometieran todas las ejecuciones realizadas en Antioquía.

14.11.22. Ante esto, Galo, cubierto por una palidez adrastea[103], sólo pudo decir que había ordenado que ejecutaran a varias personas empujado por su esposa Constantina, sin saber de hecho que cuando a Alejandro Magno su madre le urgía para que matara a un inocente y, para conseguir su propósito, le repetía una y otra vez que en el embarazo le había llevado en su vientre durante nueve meses, éste le respondió con prudencia: «Pídeme otra gracia, queridísima madre, porque la vida de un hombre no puede pagarse con ninguna recompensa».

14.11.23. Al saber esto el Augusto, agitado ya por una ira y una cólera incontenibles, consideró que, para asegurar su vida, era necesaria la muerte de Galo. Por ello, enviando a Sereniano –quien, como hemos dicho anteriormente, fue acusado de un crimen de lesa majestad pero resultó absuelto gracias a ciertos ardides– y también a Pentadio, el secretario, y

---

[101] En concreto, Crispo murió en el 326, de manera que este hecho aparecía en uno de los libros perdidos de la obra, ya que, como sabemos, el libro 14 comienza narrando los hechos ocurridos en el 353.

[102] *Armaturae* era una de las divisiones de las *Scholae Palatinae* o tropas de palacio, que comprendían igualmente a los *protectores domestici, gentiles* y *scutarii*.

[103] Esta imagen aparece ya en Virgilio, *Aen.* 6,480 (*Adrasti pallentis imago*), y recuerda cómo Adrasto palideció ante la muerte de sus yernos Tideo y Polinices, y nunca más recobró su color.

a Apodemio, de la guardia secreta imperial, condenó a muerte a Galo quien, con las manos atadas como si fuera un vulgar ladrón, cortada la cabeza y arrebatada así la dignidad de su rostro, quedó allí como un cadáver deforme aunque, poco antes, había causado temor en ciudades y provincias.

14.11.24. Ahora bien, la justicia de la divinidad superior se extendió en todas direcciones porque, si Galo murió por sus crueles acciones, lo cierto es que no mucho después perecieron con una muerte terrible las dos personas que, aunque Galo fuera el culpable, le habían conducido hasta esa trampa mortal adulándole con sus halagos y mentiras.

De ellos, Escudilón murió reventado vomitando las entrañas debido a un absceso del hígado, y Barbatión, que había inventado ya hacía tiempo acusaciones falsas contra Galo, cuando se murmuró que tenía pretensiones más altas después de cesar como general de la infantería, fue condenado por participar en el plan que causó la muerte del César, y entregó su vida a los manes en una muerte no llorada por nadie.

14.11.25. Estas consecuencias y otras muchas similares se deben en ocasiones a aquella que venga los actos impíos y recompensa los buenos, Adrastea –y ójala actuara siempre esta diosa a la que conocemos también con el nombre de Némesis–[104].

Con el poder sublime de una divinidad poderosa, es colocada por las mentes humanas sobre el círculo lunar o bien, según la definen otros, es la Tutela personificada, que rige los destinos de cada uno con gran poder[105], y quien, según los antiguos teólogos, que nos la presentan como hija de la Justicia, observa todo lo que sucede en la tierra desde la más recóndita eternidad.

---

[104] Esta diosa, representante de la justicia y de la venganza divinas, vendría a ser, pues, el contrapunto a la *Fortuna* caprichosa, de manera que, en el juego de *Fatum, Fortuna* y *Virtus*, sería la colaboradora divina de la *virtus* individual.

[105] Identifica aquí Amiano la tutela individual con esa Justicia o Tutela universal que rige el universo.

14.11.26. Ésta, como reina de los juicios, árbitro y juez de lo que acontece, dirige la urna de las fortunas, de manera que, alterando el cariz de los acontecimientos y dirigiendo a veces los propósitos de nuestra voluntad a un final distinto de aquel al que se dirigían, revuelve múltiples situaciones.

Y es ella también la que, por los lazos inquebrantables del destino, conduce a la nada el orgullo vanidoso de los mortales y, alternando los momentos de fortuna y de infortunio como ella sabe hacer, ya oprime y hace humillar a los orgullosos sus cabezas erguidas, ya saca a los buenos del abismo guiándoles a una vida mejor.

Por eso la antigüedad, siempre amiga de fábulas, le colocó alas, para que se creyera que podía acudir a todos con la rapidez de un ave, le concedió el mando del timón, y le puso debajo unas ruedas, para que nadie ignorara que recorre todos los elementos y rige el universo.

14.11.27. Con esta muerte prematura, el citado Galo, hastiado de sí mismo, murió a los veintinueve años, después de un mandato de cuatro. Había nacido en Etruria, en la Massa veterniense, teniendo como padre a Constancio, como hermano al emperador Constantino, como madre a Gala, hermana de Rufino y de Cereal, honrados ambos con las trábeas consulares y la prefectura [106].

14.11.28. Era notable por el atractivo de su cuerpo, con rasgos correctos y una perfecta estructura en todos sus miembros. Tenía el cabello rubio y suave, y aunque parecía que la barba acababa de salirle y que era un vello suave, sin embargo, le daba una apariencia con una autoridad propia de la madurez.

---

[106] La trabea era una toga que vestían los caballeros, los cónsules e, incluso, los primeros reyes, aunque fue variando en color y forma a medida que avanzaba el imperio.

Ahora bien, sus costumbres distaban tanto de la moderación de su hermano Juliano, como las de los dos hijos de Vespasiano: Domiciano y Tito[107].

14.11.29. Después de llegar hasta la cima más elevada de la Fortuna, experimentó la volubilidad con la que ésta juega con los mortales, esa volubilidad con la que eleva a algunos a las estrellas y los hunde luego en las profundidades del Cócito.

Por ello, como podemos citar ejemplos innumerables, ofreceré tan sólo unos pocos.

14.11.30. Pues bien, esta fortuna mudable e inconstante convirtió al alfarero Agatocles en rey de Sicilia, y a Dionisio, en otra época terror de los pueblos, le puso al frente de una escuela en Corinto[108].

14.11.31. Fue ella la que condujo hasta el título de Pseudo Filipo al adramitense Andrisco, nacido en una batanería. Y, en cambio, al verdadero hijo de Perseo le enseñó el arte de trabajar metales para que pudiera ganarse así la vida[109].

14.11.32. Ella misma entregó a Mancino, que había tenido el poder supremo, a los numantinos; a Veturio lo entregó a la

[107] En efecto, Galo y Juliano eran hermanastros, aunque Amiano Marcelino en su obra presenta los caracteres de ambos como totalmente diferentes, destacando la crueldad de Galo, frente a la generosidad de Juliano, cualidades opuestas y equivalentes a las de los emperadores Domiciano y Tito, ya que, como sabemos, Domiciano (81-96) sucedió en el imperio a su hermano Tito (79-81), pero no sin que hubiera sospechas de que le había asesinado.

[108] Ofrece aquí Amiano una larga serie de ejemplos, similares a los que aparecen en las colecciones de *exempla* que tanta difusión alcanzaron en su época. En concreto, alude a una ascensión propiciada por la Fortuna, la de Agatocles, rey de Siracusa del 317 al 289 a.C., y a una caída, la de Dionisio II, que llegó a reinar en Siracusa del 367 al 357 a.C., pero posteriormente se vio hundido en la penuria.

[109] Andrisco pretendía ser Filipo, hijo de Perseo, rey de Macedonia. Luchó contra los romanos durante dos años pero, tras ser derrotado por Cecilio Metelo en el 148 a.C., fue hecho prisionero. En cuanto al hijo de Perseo, el último rey de Macedonia (del 178 al 168 a.C.), cfr. *Aem.* 37.

crueldad de los samnitas; a Claudio a los corsos, y libró a Régulo de la ferocidad de Cartago.

Y debido también a su iniquidad, Pompeyo, después de conseguir el sobrenombre de «Grande» por la importancia de sus acciones, muere degollado en Egipto para deleite de unos eunucos [110].

14.11.33. Y un tal Euno, esclavo de una prisión, se puso al frente de unos fugitivos en Sicilia [111]. Y ¿cuántos romanos nacidos en noble cuna han abrazado las rodillas de un Viriato o de un Espartaco por la acción de esta misma señora del destino?, ¿cuántas cabezas han caído cortadas por funestos verdugos después de aterrorizar a muchos pueblos?

Uno es conducido a prisión, otro alcanza un poder inesperado, otro es abatido cuando se hallaba en la cima más elevada del honor.

14.11.34. Y, en resumen, si alguien pretendiera conocer qué variados y numerosos son todos los ejemplos de este tipo, pensaría que se ha vuelto loco al encontrarse con una cifra igual a la de los granos de arena o al peso de las montañas.

---

[110] En este pasaje Amiano nos ofrece cinco ejemplos de generales romanos, a los que la Fortuna trató de diferente forma: Mancino fue entregado a los numantinos por haber firmado una paz humillante con ellos en el 137 a.C.; Veturio fue derrotado y se entregó a los samnitas en el 321 a.C.; del mismo modo Claudio tuvo que entregarse a los corsos tras rendirse en el 326 a.C., tras lo cual fue ejecutado en prisión; en cuanto a M. Atilio Régulo fue derrotado por los cartagineses en la primera guerra púnica, tras lo cual fue enviado a Roma para negociar la paz. Por último, encontramos a Pompeyo quien, como sabemos, fue asesinado en Egipto tras su derrota en Farsalia.

[111] Euno es un sirio que encabezó una revuelta de esclavos en Sicilia en el 130 a.C. (cfr. Floro 2,7,4).

LIBRO 15

15.1. Se anuncia al emperador la muerte del César Galo

15.1.1. En lo que he podido conocer la verdad y siguiendo el orden de los distintos sucesos, he narrado aquello que he contemplado personalmente, o bien lo que he logrado conocer interrogando minuciosamente a los protagonistas.

Los restantes hechos, como muestran los libros siguientes, los expondré con sumo cuidado en la medida de mis fuerzas, sin temer en absoluto las posibles críticas contra una obra que puede parecer larga. Y es que la brevedad tan sólo debe ser objeto de alabanza cuando, eliminando una extensión inapropiada, no resta nada al conocimiento de los hechos [1].

15.1.2. Todavía no habían despojado completamente a Galo en Nórico y ya Apodemio, fogoso instigador de las masas mientras vivió, le quitó los zapatos al César, y con gran rapidez gracias al relevo de sus caballos (aunque incluso mató a

[1] En nuestra opinión, este prólogo es muy significativo a la hora de analizar la obra de Amiano, ya que en él aparecen elementos claves en la concepción historiográfica de nuestro autor: importancia de la verdad y de la objetividad, autopsia y narración de hechos presenciados por el autor o narrados por sus protagonistas, exhaustividad de su obra frente a los breviarios de su época, pero, eso sí, todo ello expuesto con humildad (*pro uirium captu*).

algunos por forzarlos demasiado) fue el primer emisario que llegó a Milán.

Allí, al entrar en palacio, arrojó los zapatos a los pies de Constancio, como si fueran los despojos del cadáver de un rey de los partos y, contándole brevemente la noticia, le confirmó que la ardua e inesperada acción se había completado con total inmunidad según sus deseos. Ante esto, los más influyentes en la corte, convirtiendo, según su costumbre, todo su afán de agradar en adulación, elevaban al cielo el valor y la fortuna de un emperador por cuya voluntad, en dos ocasiones, como si se tratara de soldados rasos, se había destituido a dos príncipes: Veteranión[2] y Galo.

15.1.3. Entonces el Augusto se dejó llevar de tal manera por su ansia de halagos que creyó firmemente que iba a librarse de todos los problemas de la mortalidad, y rebasó ya los límites de la justicia. No en vano alguna vez, cuando dictaba, se le escapaba «mi eternidad» y, cuando era él el que escribía, se consideraba «señor de todo el mundo», expresión que, de ser pronunciada por otros, hubiera debido causar una indignación terrible en alguien que se esforzaba con gran empeño, según decía, en conformar su vida y sus costumbres según el modelo de los emperadores dignos.

15.1.4. Pues, aunque hubiera regido esa infinidad de mundos postulados por Demócrito y que constituían el sueño de un Alejandro Magno alentado por Anaxarco[3], en una lectura o en una charla habría advertido algo en lo que están de acuerdo los matemáticos: que toda la superficie de la tierra, que a nosotros nos parece inmensa, equivale a un punto en la inmensidad del universo.

---

[2] Este suceso seguramente aparecía narrado en los libros perdidos de la obra, donde se relataría cómo Veteranión, comandante de infantería, tomó la púrpura imperial en el 350, al igual que había hecho Magnencio el año anterior. Pero fue derrotado por Constancio, que le perdonó y le permitió seguir con vida.

[3] Anaxarco de Abdera fue discípulo de Demócrito y acompañó a Alejandro Magno en sus campañas por Asia.

15.2. Ursicino, comandante de la caballería en Oriente, Juliano, hermano del César Galo, y Gorgonio, ayuda de cámara del César, son acusados de un crimen de lesa majestad

15.2.1. Después del lastimoso asesinato del César, cuando aún resonaban los sones de los peligros judiciales, se acusó a Ursicino de un crimen de lesa majestad, debido a que día a día iba creciendo contra él la envidia, enemiga siempre de todas las personas íntegras.

15.2.2. Ursicino, por su parte, se sentía abatido ante esta situación, porque los oídos del emperador, sordos para las defensas justas y dignas, estaban siempre abiertos para lo que le susurraban en secreto gentes insidiosas, que le engañaban diciéndole que, mientras que el nombre de Constancio no era mencionado en ninguna región oriental, en cambio el general antes citado era reclamado dentro y fuera como alguien temible para el pueblo persa.

15.2.3. Sin embargo, este hombre magnánimo permanecía con el ánimo inmutable ante tanta adversidad, aunque temía caer aún más bajo y lamentaba profundamente que su inocencia estuviera tan amenazada. Sin embargo, tan sólo le entristecía un hecho: que sus amigos, muy numerosos antes, le habían abandonado por otros más poderosos, al igual que los lictores, como manda la tradición, suelen pasar de los magistrados oficiales a sus sucesores.

15.2.4. Además Ursicino se veía acosado por Arbitión, quien le halagaba con una amistad fingida, llamándole en público con frecuencia «camarada» e «intrépido varón». Era éste un hombre sumamente hábil a la hora de tramar insidias mortales contra alguien de vida sencilla, y era muy poderoso en aquella época.

Y así, como una serpiente que vive bajo tierra y que, acechando desde su oculto agujero, ataca con un salto brusco a los que pasan, del mismo modo Arbitión, a causa de su re-

sentimiento contra la fortuna de los demás, incluso habiendo alcanzado el grado más alto de la carrera militar, sin que nadie le perjudicara ni provocara jamás, ennegrecía su conciencia por un ansia inexplicable de hacer daño.

15.2.5. Así pues, en presencia de los pocos que conocían sus planes secretos, después de frecuentes y misteriosas conversaciones con el Emperador, se llegó al acuerdo de que, en la noche siguiente, Ursicino, sin que lo vieran los soldados, moriría sin juicio alguno, al igual que, según se dice, fue ejecutado en otro tiempo Domicio Corbulón, fiel y cauto defensor de las provincias, en aquel terrible caos que supuso el imperio neroniano[4].

15.2.6. Dispuesto todo de este modo, cuando aguardaban la llegada del momento fijado para la realización del plan, se suavizó la voluntad del emperador, ante lo cual decidieron aplazar este hecho impío hasta después de una segunda deliberación.

15.2.7. A partir de ese momento, toda las calumnias se dirigieron contra Juliano, recién llegado entonces y quien más tarde sería un emperador memorable, aunque, según decían con maldad, estaba envuelto en un doble crimen: uno, el que tras salir de la tierra de Macelo, en Capadocia, había marchado a Asia deseoso de adquirir conocimientos liberales. Y, en segundo lugar, que se había reunido con su hermano[5], que atravesaba entonces Constantinopla.

15.2.8. Aunque Juliano aclaró estas acusaciones y demostró que no había hecho nada sin que se lo ordenaran, hubiera muerto debido a ese nefasto grupo de aduladores, de no haber contado con el aliento divino y con el favor de la empe-

---

[4] Corbulón fue un prestigioso militar, autor de numerosas hazañas bélicas durante el mandato de Claudio y de Nerón, aunque a causa de las sospechas de éste fue acusado y obligado a suicidarse.

[5] Es decir, Galo, con quien Juliano se había criado en Macelo.

ratriz Eusebia[6], por cuya ayuda fue conducido a la ciudad de Como, cercana a Milán, y tras detenerse allí algún tiempo, pudo marchar a Grecia para enriquecer su espíritu, que era su más ardiente deseo.

15.2.9. A partir de esta situación, se produjo un hecho que parecía deberse a augurios favorables. Y es que los acusadores fueron justamente castigados y sus acusaciones se consideraron fútiles y vanas.

Sin embargo, sucedía a veces que los ricos, buscando la ayuda de personas influyentes, compraban el perdón a un precio enorme. Pero los pobres, cuyas posibilidades de salvar su vida eran escasas o nulas, eran condenados rápidamente. Por ello la verdad permanecía oculta tras determinadas mentiras y en cambio, a veces, se hicieron valer ciertas mentiras en lugar de la verdad.

15.2.10. En esos mismos días fue acusado también Gorgonio, encargado del servicio personal del César y, aunque confesó que había participado en empresas ambiciosas, y que incluso a veces las había incitado, ciega la justicia ante la sarta de mentiras lanzada por una conspiración de eunucos, fue absuelto, libre ya de todo peligro.

15.3. Persecución contra los amigos y sirvientes del César Galo

15.3.1. Mientras esto sucedía en Milán, se condujo desde Oriente hasta Aquileya a numerosos militares, así como a muchos cortesanos que arrastraban sus cuerpos enervados por las cadenas, apenas con un hilo de vida y detestando estos últimos momentos por su terrible sufrimiento.

Se les acusaba de haber sido colaboradores de Galo en sus maquinaciones, y porque se estimaba que, por su culpa, ha-

---

[6] Eusebia es la segunda esposa del emperador Constancio II.

bían sido despedazados Domiciano y Montio, y porque, después de éstos, se había exiliado también a otros sin remedio.

15.3.2. Para escuchar su defensa fueron enviados Arbitión y Eusebio, encargado éste entonces del servicio personal del emperador, de enorme jactancia ambos, e injustos a la par que sanguinarios.

Éstos, sin ningún tipo de investigación minuciosa y sin distinguir entre inocentes y culpables, condenaron a algunos al destierro después de maltratarles con golpes e instrumentos de tortura, a otros los degradaron hasta el rango militar más ínfimo y, a los demás, los condenaron a muerte.

Y así, repletas ya las tumbas de cadáveres, volvieron como lo hacen los vencedores y contaron sus «hazañas» al emperador, siempre atento e inflexible para temas de este tipo.

15.3.3. Desde ese momento, y cada vez con más vehemencia, Constancio, como si quisiera alterar el orden marcado por el destino, abría su corazón a los muchos que tramaban insidias de este tipo. Por ello en todas partes aparecieron de repente gentes al acecho de rumores, hiriendo con fieras dentelladas a los que ocupaban los honores más altos sin importarles si eran ricos o pobres, y no como los famosos hermanos procedentes de Cibira y amigos de Verres, quienes pululaban por el tribunal de un solo gobernador, sino dañando con sus maldades a todos los miembros del estado [7].

15.3.4. Entre ellos era fácil que sobresalieran Paulo y Mercurio, éste de origen persa y aquél nacido en Dacia, aquél notario y éste, anteriormente servidor del emperador, ahora tesorero [8].

---

[7] Verres contó con la colaboración de estos dos hermanos procedentes de Cibyra (Tlepolemo e Hierón) para que le ayudaran en la selección de obras de arte (Cfr. Cic, *Verr.* 4,21,47; 4,13,30 y ss.). En este pasaje de Cicerón, aparecen como *canes venatici*, metáfora que justificaría las expresiones utilizadas por Amiano Marcelino referidas a los que rodeaban a Constancio: *ferinis morsibus adpetentes* o *lambebant*.

[8] Este cargo (*rationalis*) era conferido al representante en cada diócesis del «ministro de finanzas» o *comes sacrarum largitionum*.

A Paulo, como hemos narrado anteriormente[9], se le puso el sobrenombre de «Cadenas», porque era imposible desenmarañar la trama de calumnias que había tejido, enredando una variedad de intrigas increíble, del mismo modo que algunos maestros del arte de la palestra suelen demostrar una destreza excepcional en los combates.

15.3.5. En cuanto a Mercurio, le llamaban «Conde de los sueños» porque, semejante a un perro de naturaleza muy fiera, pero que agita su cola de forma sumisa, se introducía en banquetes y reuniones y, si alguien en confianza le contaba que había visto algo en sueños (que es el momento en el que nuestro interior se muestra más libremente), entonces él agravaba ese hecho con venenosas intrigas y se lo contaba al emperador, siempre accesible para estas iniquidades. De este modo, se perseguía con una dura acusación a un hombre, como si fuera culpable de un terrible delito.

15.3.6. Además, como los rumores, al difundirse, empeoraban estos hechos, no sólo nadie contaba sus sueños sino que, incluso, apenas se llegaba a reconocer ante los extraños que se hubiese dormido, y algunos, con prudencia, se dolían por no haber nacido entre los habitantes del monte Atlas, donde se dice que no se tienen sueños[10].

Pero la explicación de este hecho, se la dejamos mejor a los expertos en esos temas.

15.3.7. En medio de este clima angustioso de interrogatorios y condenas, se produce otro desastre en Iliria, un desastre que comenzó por unas palabras frívolas y que puso en peligro a toda una multitud.

Y es que en un banquete ofrecido en Sirmio por el Africano, gobernador de la Panonia Segunda, algunos, completamente borrachos y pensando que no había ningún testigo, criticaron abiertamente como opresor el imperio en que vivían.

---

[9] Cfr. 14,5,8.

[10] Cfr. Herod. 4,184.

Pues bien, entre ellos, unos afirmaban, como si hablaran por un presagio, que se acercaba ese cambio tan deseado en la situación; otros aseguraban con impensable locura que todo sucedía según los augurios de sus antepasados.

15.3.8. Pero Gaudencio, de la guardia secreta imperial, necio e imprudente, como si se tratara de un asunto grave, se lo contó a Rufino, que entonces encabezaba la prefectura del pretorio, y que era un hombre siempre ávido de estas situaciones extremas y famoso por su arraigada crueldad.

15.3.9. Rufino, con gran velocidad, como movido por alas, voló a la corte del emperador y, como éste se mostraba siempre tan accesible y receptivo para sospechas de este tipo, le exasperó de tal modo que, sin deliberación alguna, Constancio ordenó que el Africano y todos los nobles que habían tomado parte de aquel banquete fatal fueran detenidos al instante.

Una vez cumplida la orden, este funesto acusador, que siempre deseaba vivamente aquello que le era vedado, hecho usual por otra parte en la naturaleza humana, recibió el encargo de continuar con su labor durante dos años más, tal como había solicitado.

15.3.10. Así pues, para capturarlos, se envió a Teutomeres, de la guardia personal del emperador quien, con la ayuda de uno de sus compañeros, los iba conduciendo a todos cargados de cadenas, tal como se le había ordenado.

Pero cuando llegaron a Aquileya, Marino, un antiguo instructor[11], ahora tribuno sin dedicación concreta en aquella época[12], que había incitado la funesta conversación y que tenía, por otra parte, un carácter fogoso, al quedarse solo en una taberna, mientras se hacían los preparativos para la mar-

---

[11] La ocupación del *campidoctor* consistía, pues, en adriestar a los soldados para la lucha.

[12] Los *tribuni vacantes* eran oficiales que no se encargaban de una unidad o de una tarea específica, sino que formaban parte del estado mayor que acompañaba al emperador y, normalmente, debían realizar misiones especiales.

cha, se clavó en el costado un cuchillo encontrado al azar e, instantáneamente, perdió sus órganos vitales y murió.

15.3.11. Los demás fueron conducidos a Milán y torturados, ante lo cual, tras confesar que, en el banquete, habían hablado de forma imprudente, fueron condenados a permanecer en celdas de castigo con alguna esperanza de perdón, aunque escasa.

En cuanto a los que formaban parte de la guardia imperial, tras ser condenados al exilio como cómplices del suicidio de Marino, consiguieron que se les condonara la pena gracias a las súplicas de Arbitión.

15.4. De la tribu alemana de los Lentienses, algunos fueron ejecutados por orden del Augusto Constancio, otros huyeron

15.4.1. Solucionado así este tema, se declaró la guerra a los Lentienses, pueblo alemán que, con frecuencia, invadía una amplia extensión de las zonas romanas limítrofes.

Ante esto, el emperador, poniéndose en marcha para esta campaña, llegó a Recia y a los Campos Caninos donde, tras largas deliberaciones, decidió que sería conveniente y provechoso que, mientras él permanecía allí con parte de los soldados, Arbitión, comandante de la caballería, con tropas muy válidas, bordeara el lago Constanza y saliera rápidamente al encuentro de los bárbaros.

Pero describamos ahora el aspecto de este lugar con la brevedad que aconseja nuestro proyecto.

15.4.2. El Rin, después de nacer entre desfiladeros de altas montañas, discurre con enorme fuerza entre profundos escollos, sin recibir aporte de agua de ningún afluente, al igual que el Nilo se extiende entre cataratas de rápido curso. Y, teniendo en cuenta su caudal, hubiera podido ser navegable desde su nacimiento, si no se precipitara como un torrente en vez de como un río tranquilo.

15.4.3. Y ya al llegar a zonas más llanas, dando lugar a riberas profundas y separadas, desemboca en un lago circular enorme al que los Retas denominan Brigantia[13], con una longitud de 460 estadios y una anchura casi similar. Este lago, debido al horror que provocan sus bosques cerrados, es inaccesible, excepto por el lugar donde aquel antiguo y sobrio valor romano consiguió abrir un amplio camino, a pesar de la oposición de los bárbaros, de las condiciones del lugar y de la dureza del clima.

15.4.4. Pues bien, en este lago irrumpe el río, resonante, con espumosos torbellinos y, atravesando la tranquila y ondulada superficie, la corta por la mitad como si fuera una línea fronteriza, sin que aumente ni disminuya su caudal, ya que fluye como elemento separado por eterna desunión, de manera que sale con su nombre y sus fuerzas intactas, después de lo cual, sin contar tampoco luego con ningún afluente, se funde con las olas del océano.

15.4.5. Y lo que es realmente sorprendente es que ni la tranquilidad del lago se ve alterada por el rápido paso de las aguas del río, ni el fondo cenagoso consigue que el río vea disminuida su carrera. Y es que, aun mezclados, no forman un solo elemento, de manera que si no resultara evidente que esto es así, parecería increíble el que puedan estar separados.

15.4.6. De modo similar el Alfeo, una vez que nace en la Arcadia, cautivado por la atracción de la fuente Aretusa, divide el mar Jónico, según cuentan los mitos, hasta llegar junto a su amada ninfa[14].

15.4.7. Arbitión, sin aguardar a que llegasen los que debían confirmar el ataque de los bárbaros, aun a sabiendas de que

---

[13] Es el actual lago Constanza.

[14] Alfeo es dios del río que lleva su nombre. Hay varias leyendas que relatan cómo intenta seducir a Ártemis y a las ninfas. Entre estas ninfas, Alfeo se enamoró también de Aretusa, por lo cual, para poder perseguirla se hizo cazador y, cuando ella huyó a Siracusa, él la siguió. Aretusa fue transformada en fuente, ante lo cual, Alfeo mezcló sus aguas con las de ella.

se acercaba una dura guerra, cayó en una emboscada y tuvo que permanecer allí angustiado por esta contrariedad.

15.4.8. Y es que los enemigos salieron por sorpresa de la oscuridad y, sin demora alguna, atacaron con todo tipo de armas a cualquier cosa que veían vulnerable, sin que ninguno de nosotros pudiera resistir, ni esperar ya nada más en su vida que una muerte rápida.

De ese modo, en el intento de evitar las heridas, rota ya la formación, los soldados comenzaron a correr de un lado para otro y ofrecieron un buen blanco en sus espaldas.

A pesar de ello, muchos lograron escabullirse por estrechos senderos y, tras evitar el peligro durante la oscuridad de la noche, una vez recuperadas las fuerzas al llegar el día, se unieron a su propia formación.

Sin embargo, en este funesto e inesperado ataque, perdimos gran número de soldados y diez tribunos.

15.4.9. Después de esto los alemanes, con gran moral, avanzaron ya con más ímpetu contra las defensas romanas al día siguiente y, gracias a una niebla mañanera que dificultaba la visión, se lanzaron con sus espadas desenvainadas haciendo rechinar sus dientes y lanzando duras amenazas.

De repente salieron los escuderos [15] y, como se encontraron con que no podían avanzar debido a la oposición de las tropas enemigas, llamaron a la lucha a todos sus compañeros.

15.4.10. Pero, como muchos se sentían aún aterrados después del desastre sufrido, y como Arbitión dudaba sin llegar a ver claro el desarrollo de la acción, hubo tres tribunos que se lanzaron al mismo tiempo: Arinteo, que encabezaba la guardia armada, Seniauco, que se encargaba de las tropas de caballería de escolta, y Bapo, que conducía a los veteranos [16].

---

[15] Es decir, los soldados armados con escudo.

[16] Estos *promoti* forman parte también de las tropas de escolta que acompañaban al emperador. Se trata de un cuerpo de caballería prestigioso, ya que eran soldados que habían merecido este grado por sus buenos servicios.

15.4.11. Pues bien, tanto ellos como sus soldados se lanzaron contra los enemigos como un torbellino y defendieron la causa común como si fuera propia, según el ejemplo de los antiguos Decios [17], consiguieron ponerlos a todos en una vergonzosísima huida, no con un combate de igual a igual, sino gracias a rápidas incursiones.

Los enemigos se dispersaron con sus formaciones rotas y, mientras intentaban escapar con dificultad, mostraban su cuerpo al descubierto, y caían heridos por numerosos golpes de espadas y lanzas.

15.4.12. Muchos yacían muertos con sus caballos, de manera que parecía que estaban aún montados sobre sus grupas.

Al ver esto, salieron del campamento todos aquellos que habían vacilado a la hora de acudir al combate con sus camaradas. Y así, sin pensar en sí mismos, pisando montones de cadáveres y cubiertos con la sangre de los muertos, aniquilaron a todos los bárbaros, excepto a los que consiguieron evitar la muerte con la huida.

15.4.13. Una vez concluido el combate, el emperador vuelve a sus cuarteles de invierno en Milán triunfante y feliz.

15.5. El franco Silvano, comandante de infantería en la Galia, es elegido Augusto en Colonia y, a los veintiocho días de mandato, muere en una emboscada

15.5.1. En medio de estos conflictos, se produce un nuevo torbellino de calamidades, que hubiera supuesto un mal no menor para las provincias y que hubiera acabado con todo, si la Fortuna, rectora de la suerte humana, no hubiera terminado rápidamente con esa situación tan lamentable.

15.5.2. Y es que, cuando el desgobierno prolongado llenó la Galia de terribles asesinatos, rapiñas e incendios cometidos

---

[17] Los tribunos Decios, padre e hijo, entregaron ambos la vida por el pueblo romano en los siglos IV y III a.C.

libremente por los bárbaros sin que nadie intentara atajarlos, Silvano, un comandante de la infantería que había demostrado gran eficacia para acabar con estas revueltas, fue enviado rápidamente allí por orden del príncipe.

En cuanto a Arbitión, éste insistía en que esa orden se cumpliera lo antes posible, pues la ausencia de este rival, del que lamentaba que aún continuara con vida, le permitiría cargarle con el peso de una peligrosa acusación.

15.5.3. Por otra parte, un tal Dinamio, encargado de los animales que transportaban las pertenencias del emperador[18], había solicitado a Silvano una carta de recomendación que debía dirigir a unos conocidos suyos, indicando que eran muy amigos, casi como familia. Una vez conseguido esto, pues Silvano se lo concedió rápidamente sin sospechar nada, Dinamio guardó la carta por si, en alguna ocasión, podía tramar algún malévolo plan.

15.5.4. Y así, mientras el general antes mencionado recorría la Galia sirviendo al estado y rechazando a los bárbaros, que ya estaban inquietos y temerosos, Dinamio, siempre activo y sin reposo, astuto y diestro en el arte del engaño, prepara una pérfida trama gracias a la colaboración y ayuda, según decían rumores nada fiables, del prefecto del pretorio Lampadio, y de Eusebio, antiguo conde del tesoro privado[19], a quien habían atribuido el sobrenombre de «Matiocopo»[20], junto con la de Aedesio, antiguo encargado del registro[21], a quienes el mismo prefecto se había esforzado por invitar a la celebración de su consulado por tratarse de amigos íntimos.

---

[18] Este cargo suponía encargarse de transportar el equipaje del emperador durante sus viajes.

[19] El *comes rerum priuatarum* era el encargado de gestionar el *aerarium priuatum*, es decir, el tesoro privado constituido por las propiedades del emperador y las inherentes a su cargo.

[20] Sería algo así como «sibarita», ya que viene del verbo griego «kopéo»: «cortar», y de «matuo»: «delicias, comida exquisita».

[21] Los *magistri memoriae* eran los encargados de guardar por escrito las respuestas a las peticiones hechas al emperador.

Entonces Dinamio borró con un pincel lo que estaba escrito en la carta y, dejando intacta tan sólo la firma, escribió un nuevo texto completamente distinto al verdadero, indicando que Silvano había rogado en términos oscuros y había animado a unos amigos que trabajaban en el palacio, e incluso a algunos particulares, entre los que se encontraban Tusco, Albino y otros muchos, a que le ayudaran cuando intentara ver cumplidas sus ambiciosas aspiraciones y poder así alcanzar pronto el más alto puesto del imperio.

15.5.5. Este grupo de cartas, de acuerdo con el plan trazado para acabar con la vida de un inocente, pasaron de Dinamio a manos del prefecto, quien se las entregó en secreto al emperador, entrando en su habitación en un momento apropiado. Lo cierto es que Dinamio tenía la esperanza de que recibiría una recompensa del príncipe, ya que éste solía examinar con avidez estos temas y otros similares, de manera que pensó que le premiaría como seguro y leal defensor de su vida.

Leídas, pues, en el consistorio esas cartas que habían sido maquinadas con tanta astucia, se ordenó detener a los tribunos y traer de las provincias a los particulares cuyos nombres aparecían en las cartas.

15.5.6. Pero rápidamente Malarico, el comandante de los gentiles, conmovido por esta injusticia, se quejó duramente ante sus colegas de que se estaba acechando con facciones e intrigas a hombres a quienes no de debía atacar de ningún modo, pues estaban entregados al imperio y que, por ello, les pedía que dejaran a sus familiares como rehenes y que contando con Malobaudes[22], el tribuno de la guardia armada, como garantía de su vuelta, le encomendaran ir rápidamente a buscar a Silvano, quien no había preparado una intriga como la que le imputaban esos traidores infatigables. O bien, por contra, les suplicaba que, si él hacía una promesa similar a la de Malobaudes, permitieran que éste fuera para cumplir lo mismo que él había prometido.

---

[22] No debe confundirse este individuo con otro del mismo nombre mencionado por Amiano en 30,3,7 y 31,10,6-7.

15.5.7. Y afirmaba además que estaba completamente seguro de que, si se le enviaba alguien desconocido, Silvano, temeroso ya de por sí aunque no hubiera nada que temer, se rebelaría como ante una trampa.

15.5.8. Sin embargo, aunque esta determinación era positiva y necesaria, sus palabras fueron llevadas en vano por el viento. Pues, siguiendo el consejo de Arbitión, para reclamar a Silvano se entregaron unas cartas a Apodemio, eterno y duro enemigo de todos los hombres de pro, quien no tomando en cuenta lo que sucedía al llegar a la Galia, sin atender las órdenes que se le habían dado a su partida, no visitó a Silvano, ni le entregó las cartas que le pedían que se pusiera en marcha cuando las leyera. Es más, sin cumplir con nada de lo encomendado, hizo venir al agente de la recaudación [23] y persiguió con furia hostil a los clientes y esclavos del jefe de la infantería, como si ya hubiera sido acusado y condenado a muerte.

15.5.9. Sin embargo, durante ese tiempo, mientras se aguardaba la llegada de Silvano y Apodemio revolvía lo que hasta entonces estaba tranquilo, Dinamio, para dar más credibilidad a su trama impía apoyándose en un argumento más sólido, envió también al tribuno de la fábrica de armas de Cremona unas cartas inventadas por él, semejantes a las que había llevado al príncipe por mediación del prefecto, y en ellas, firmadas por Silvano y Malarico, le advertía que dispusiera todo en breve como conocedor de todos los secretos.

15.5.10. El tribuno, al leer esta carta, vaciló y dudó durante bastante tiempo sin saber de qué se trataba –ya que no recordaba haber hablado nunca acerca de ninguna cuestión confidencial con aquellos de quienes recibía ahora una carta–. Después, envió esa misma carta a Malarico con el mensajero que se la había traído protegido por soldados, rogándole que le informara abiertamente de sus propósitos, y no de forma

---

[23] El *rationalis* era el funcionario encargado de las finanzas en las distintas zonas, en este caso en la Galia. Cfr. 15,3,4.

tan compleja, pues reconocía que, como hombre rudo y simple, no había entendido nada de lo que allí se decía con tanta oscuridad.

15.5.11. Tan pronto como Malarico recibió esta respuesta, estando como estaba entonces desolado y triste, porque lamentaba profundamente su propia suerte y la de su compatriota Silvano, en unión de los francos, que en aquella época constituían un grupo influyente en palacio, comenzó a expresarse ya de forma más orgullosa, revolucionando a todos, porque habían quedado al descubierto las insidias y porque se había conocido el plan por el que se buscaba abiertamente su muerte.

15.5.12. Conocido este hecho, el emperador tomó la decisión de que se investigara el asunto en profundidad, con la supervisión de los miembros del consistorio y de todos los soldados.

Gracias a esto, sentados ya los jueces, Florencio, el hijo de Nigriniano, que era entonces maestro de oficios, al examinar atentamente la carta y descubrir que quedaba aún alguna huella de la primera escritura, advirtió, como realmente había sucedido, que alguien había borrado el texto inicial y había escrito encima otro muy distinto del que había dictado Silvano, con la intención de contar una historia falsa.

15.5.13. Así pues, una vez descubierta la verdad, el emperador, conociendo lo sucedido por una confidencia veraz, determinó que se privara al prefecto de sus poderes y que se le investigara, aunque fue absuelto gracias a la conspiración de un grupo numeroso.

Pero entonces fue acusado Eusebio, antiguo conde de los bienes privados del emperador, quien confesó que él había tenido noticia de la maquinación.

15.5.14. Aedesio, que afirmaba una y otra vez que no había conocido nada de lo sucedido, quedó en libertad y de este modo, culminado ya el proceso, se absolvió a todos los que se había procesado por una acusación falsa.

En cuanto a Dinamio, ennoblecido por su notable acción, se le encomendó el mando de los etruscos y de los umbros en calidad de corrector[24].

15.5.15. Mientras sucedían estos hechos, Silvano, en Colonia, se enteró por los continuos mensajes de los suyos de lo que había tramado Apodemio para destruir su fortuna, y, sabiendo que el carácter del príncipe era débil y variable, temió que le asesinaran fuera de su hogar sin juicio alguno. Por ello, considerando que estaba ante una situación extrema, planeó confiar en la buena fe de los bárbaros.

15.5.16. Pero, ante la oposición de Laniogaiso, entonces tribuno y quien, como narramos antes, fue el único que, mientras servía como aspirante[25], acompañó a Constante durante su muerte, y ante una advertencia de éste en el sentido de que los francos, de quienes procedía, le iban a matar, o le iban a entregar a cambio de una recompensa, creyendo que en su situación nada era ya seguro, se vio obligado a tomar una decisión extrema y, casi sin darse cuenta, hablando de forma orgullosa con los oficiales de mayor graduación, que estaban también enfervorecidos por la importancia de la recompensa, en ese mismo momento quitó los adornos púrpuras de los estandartes y de los dragones, y ascendió a la dignidad imperial.

15.5.17. Mientras que esto sucede en la Galia, al acercarse el atardecer, llega a Milán un mensajero al que nadie esperaba, afirmando claramente que Silvano, en su intento de ascender desde su cargo de comandante de infantería, había incitado a su ejército y se había elevado a la dignidad de Augusto[26].

---

[24] En el siglo IV estos *correctores* eran gobernadores, de rango senatorial o ecuestre, de pequeñas provincias.

[25] Los *candidati* formaban un cuerpo militar, seleccionado por su buena presencia. Tenían el rango de suboficiales y, normalmente, formaban la escolta del emperador.

[26] Este hecho se produjo el 11 de agosto del 355.

15.5.18. Constancio, abatido por este suceso inesperado como si se tratase de un golpe del destino, convocó al consejo en la segunda vigilia. Todos los cabecillas se apresuraron al palacio y, como ninguno era capaz de pensar ni de decidir cuál era la mejor decisión, comenzaron a mencionar en voz baja a Ursicino, como experto conocedor del arte de la guerra y como alguien que había sido injuriado por una falsa trama.

Entonces, haciéndole entrar anunciado por el maestro de ceremonias, tal como aconsejaba la costumbre más honorable[27], al entrar en el consistorio, ahora ya con mucha más amabilidad que antes, se le ofreció besar la púrpura. Fue Diocleciano el primero de los Augustos que instituyó el ser adorado siguiendo esta costumbre extranjera y propia de los reyes, porque siempre hemos leído que, antes, los príncipes recibían un trato similar al de los magistrados[28].

15.5.19. De este modo, quien poco antes era perseguido como si fuera una plaga oriental, y como si hubiera pretendido alcanzar la dignidad imperial mediante sus hijos, era considerado entonces como el más prudente de los generales y como gran compañero de armas de Constantino, y era el único al que se recurría, con razones honradas aunque insidiosas, para terminar con el problema.

Y es que se necesitaba un gran esfuerzo para acabar con Silvano, que era un terrible enemigo. Y si no se conseguía esto, Ursicino, tocado ya, desaparecería completamente, eliminándose así un temible escollo.

15.5.20. Mientras se disponía lo necesario para acelerar la marcha, el emperador tomó la iniciativa y, con amables palabras, prohibió al general, que se disponía a rechazar las acusaciones vertidas contra él, que se defendiera en este proce-

---

[27] El *magister admissionum* era el jefe de los *admissionales*, quienes recibían a los que habían sido citados por el Emperador. En este caso, el honor se debe a que Ursicino fue recibido por el propio *magister* y no por un *admissionalis*.

[28] El término genérico de *indices* designa a todos los funcionarios encargados de tareas judiciales y administrativas.

so, diciéndole que no era el momento apropiado para ello, pues era necesario que ambas partes se reconciliaran rápidamente antes de que se agravara el problema.

15.5.21. Así pues, una vez sopesadas numerosas posibilidades, se buscó sobre todo una fórmula para que Silvano creyera que el emperador ignoraba aún lo sucedido. Y así, después de descubrir un argumento verosímil para reafirmar esta creencia, se le aconseja en una carta llena de halagos que reciba a Ursicino como su sucesor y que vuelva con todo su poder.

15.5.22. Una vez realizado esto, se le ordenó a Ursicino que se pusiera en marcha, tal como se le había pedido, con tribunos y con diez guardaespaldas que colaboraran con él en su intento de solucionar este problema de estado. Entre esos acompañantes estaba yo mismo, junto con mi colega Veriniano[29], siendo todos los demás amigos y familiares.

15.5.23. De hecho, cuando Ursicino se puso en marcha, le acompañamos durante el largo camino temiendo cada uno de nosotros tan sólo por nuestra propia vida.

Y aunque tendríamos que enfrentarnos a fieras terribles como si fuésemos gladiadores, considerábamos, sin embargo, que esta situación lamentable tenía un lado positivo. Y es que llegaría otra en su lugar, tal como expone de forma admirable un famoso pensamiento de Cicerón, salido del propio seno de la verdad y que dice: «Aunque lo más deseable es que la Fortuna permanezca siempre lo más floreciente posible, sin embargo, ese estado siempre equilibrado durante toda la vida no supone tanta satisfacción como cuando la fortuna mejora después de soportar miserias y calamidades»[30].

15.5.24. Por ello, nos apresuramos a marchas forzadas, ya que el general del ejército pretendía llegar a las zonas con-

---

[29] Cfr. 18,8,11.

[30] Aunque esta cita no aparece en la obra conservada de Cicerón, sí encontramos una similar en *ad Quir. post reditum* 1,2.

flictivas antes de que se extendiera por el territorio itálico cualquier rumor acerca de una usurpación. Pero, por mucho que nos apresurábamos, siempre llegaba antes el rumor, como si nos adelantara viajando por el aire, de manera que, cuando llegamos a Colonia, encontramos una situación cuya resolución desbordaba nuestras posibilidades.

15.5.25. Pues, habiéndose reunido una multitud extranjera procedente de todas partes para consolidar lo que había empezado con timidez, y estando ya dispuestas numerosas tropas, parecía que lo mejor en ese caso era que nuestro general[31] accediera con flexibilidad a las razones y a la voluntad de un emperador que, siendo algo inexperto, intentaba reafirmarse aumentando sus fuerzas con engañosos auspicios. De ese modo, ante estas muestras distintas de adulación, se suavizarían las medidas de seguridad y, al no temer ataque alguno, podría sorprendérsele.

15.5.26. El éxito de esta estratagema parecía complicado, ya que había que tomar muchas precauciones y contenerse hasta que llegara el momento oportuno, sin adelantos ni demoras. No en vano, si nuestro plan salía a la luz antes de tiempo, era evidente que todos nosotros, con una sola sentencia, seríamos condenados a muerte.

15.5.27. Sin embargo, nuestro general fue recibido amablemente y, puesto que nuestro objetivo nos hacía inclinar las cabezas, se vio forzado a adorar solemnemente al que se había revestido de púrpura y anhelaba aún más, siendo honrado como si se tratara de un amigo íntimo distinguido.

De hecho, a la hora de acceder a los honores de la mesa real, Ursicino fue antepuesto a los demás de tal modo que se le consultaba ya en privado acerca de asuntos vitales.

15.5.28. Y es que Silvano no podía soportar el que, mientras que personas indignas habían alcanzado el consulado y otras altas dignidades, él y Ursicino eran los únicos que, después

[31] Es decir, Ursicino.

de afrontar duros y numerosos esfuerzos por el estado, habían sido despreciados hasta tal punto que él mismo había sido perseguido cruelmente en un juicio vil con interrogatorios a sus amigos, y había sido acusado de un crimen de alta traición. Y en cuanto a Ursicino, arrancado de Oriente, fue entregado al odio de sus enemigos. Y de esto se quejaba una y otra vez tanto en privado como públicamente.

15.5.29. Sin embargo, mientras se producían estos hechos y otros similares, lo que nos aterraba a nosotros eran las protestas que se extendían por todas partes, protestas lanzadas por unos soldados que lamentaban su miseria y que deseaban vivamente franquear lo antes posible los estrechos de los Alpes Cottios[32].

15.5.30. Sumidos en este mar de dudas, nosotros buscábamos en secreto alguna salida y, finalmente, después de cambiar de opinión con frecuencia a causa del temor, decidimos seleccionar con cuidado a los colaboradores en nuestra empresa. Y así, en una conversación que se mantuvo en secreto mediante un juramento, intentamos buscar la ayuda de los Braquiatos y de los Cornutos[33], de lealtad siempre voluble, sobre todo cuando se les ofrecía una recompensa.

15.5.31. Una vez confirmado el plan por mediación de algunos soldados, que eran idóneos para ello por el simple hecho de pasar inadvertidos y porque estaban encendidos además por la esperanza de una recompensa, cuando el amanecer teñía ya de color el horizonte, un grupo de soldados armados irrumpió de repente y, como suele suceder cuando la situación es ambigua, con más coraje después de asesinar a los centinelas, penetraron en el palacio, sacaron a Silvano de una capilla en la que se había refugiado presa del pánico cuando se disponía a celebrar un rito cristiano, y le mataron clavándole repetidamente sus espadas.

---

[32] Es decir, los soldados de Silvano ardían en deseos de marchar a Italia para luchar contra el propio Constancio.
[33] Eran tropas bárbaras que formaban parte del ejército imperial.

15.5.32. Y así murió este general de méritos nada escasos que, por temor a las calumnias de sus enemigos, en las que se vio envuelto durante su ausencia, buscó todo tipo de recursos en su intento de salvar la vida.

15.5.33. Y es que a pesar de que tenía a Constancio comprometido con él por un vínculo de gratitud, después de aquella oportuna traición suya con sus soldados antes del combate de Mursa[34], sin embargo, dudaba de su lealtad y de su constancia, aunque podía presumir también de las valerosas acciones de su padre Bonito, un franco de nacimiento que, favoreciendo los intereses de Constantino en la guerra civil, había luchado con frecuencia valerosamente contra los Licinianos.

15.5.34. Sin embargo, antes de que se produjera algo así en la Galia, en Roma el vulgo, en el circo Máximo, no se sabe si agitado por alguna noticia o por un presagio, gritaba a grandes voces: «Silvano ha sido derrotado».

15.5.35. Así pues, una vez asesinado Silvano en Colonia, tal como hemos relatado, el príncipe sintió un enorme regocijo al conocer la noticia y, llevado por su insolencia y su orgullo, atribuía también este hecho a la prosperidad de su fortuna, pues siempre había odiado a los que realizaban hazañas valerosas, al igual que le ocurrió en otro tiempo a Domiciano, aunque Constancio deseaba superar todos los escollos sin importarle el medio.

15.5.36. Y tan lejos estuvo de alabar las valerosas acciones de Ursicino, que incluso escribió que había arrebatado a los Galos una parte del tesoro, aunque en realidad nadie lo había tocado. De hecho, había ordenado que se investigara este hecho interrogando duramente a Remigio, quien todavía entonces era encargado de revisar los ingresos del jefe de la infantería, y quien, mucho después, durante el mandato de Valentiniano, murió ahorcado por el asunto de la embajada de Trípoli[35].

---

[34] Silvano había ayudado a Constancio en su lucha contra Magnencio, quien, en el 350 asumió la dignidad de Augusto en el Oeste. Cfr. 14,1,1.

[35] Cfr. 28,6,7 y 30,2,9-12.

15.5.37. Una vez concluido este asunto, Constancio se veía ya tocando el cielo y como si estuviera destinado a gobernar el mundo, debido a los elogios de los aduladores, grupo que él mismo hacía crecer desdeñando y expulsando a los que eran poco hábiles en este arte, al igual que, según sabemos, Creso expulsó de su reino a Solón con el pretexto de que no sabía halagarle[36], y al igual que Dionisio amenazó de muerte al poeta Filoxeno, que era el único que, en medio de las alabanzas de todos, le escuchaba inmóvil cuando recitaba sus versos, unos versos absurdos y sin gracia[37].

15.5.38. Este hecho supone realmente una grave falta, pues debe agradarse a los poderosos con alabanzas siempre que se tenga también la posibilidad de criticar sus errores.

15.6. Asesinato de los amigos y aliados de Silvano

15.6.1. De este modo, una vez restablecida la calma, continuaron los procesos ya habituales, y muchos se vieron cargados de cadenas y ataduras como si fueran culpables.

Apareció entonces exultante de alegría Paulo, ese diabólico delator que estaba dispuesto a ejercer libremente sus artes envenenadas. Además, tras la investigación de los consejeros y de los oficiales militares –como se había ordenado–, fue llevado al potro un sirviente de Silvano, Próculo, hombre tan débil y enfermizo que todos temían que, con la dureza excesiva de la tortura, fatigado ya su débil cuerpo, pudiera nombrar al azar a muchos y acusarles de crímenes atroces.

Pero el resultado fue algo distinto a lo que se esperaba.

15.6.2. Pues, acordándose de un sueño en el que se le había prohibido, según decía, acusar a ningún inocente, a pesar de ser torturado casi hasta la muerte, no nombró ni delató a na-

36 Cfr. Heródoto 1,33.

37 Cfr. Diod. Sic. 15,6 que alude a Dionisio I, tirano de Alejandría, que finalmente perdonó la vida al poeta Filoxeno.

die. Todo lo contrario, constantemente aseguraba que el instigador había sido Silvano, demostrando con pruebas evidentes que éste había tramado su plan impulsado no por la ambición, sino por la necesidad.

15.6.3. Además, demostraba ante todos la existencia de una causa convincente y clara, tal como corroboraban numerosos testimonios. Y es que Silvano, cuatro días antes de recibir las ínfulas del imperio[38], mientras pagaba a los soldados en nombre de Constancio, les exhortó para que fueran valientes y fieles. Y era evidente que, si hubiera intentado usurpar las insignias de ese destino superior, hubiera entregado esa cantidad tan grande de dinero en su propio nombre.

15.6.4. Después de Próculo, le tocó ser condenado a Poemenio, arrastrado igualmente a la tortura y a la muerte. Nos referimos a quien, como narramos anteriormente, cuando los ciudadanos de Treves cerraron las puertas de su ciudad al César Decencio, fue elegido para defender a la plebe[39].

Además, fueron ejecutados entonces los condes Asclepiodoto, Zuto y Maudio, así como otros muchos, ya que las circunstancias favorecían que se investigaran minuciosamente hechos como estos y otros similares.

15.7. Las revueltas de los romanos son atajadas por el prefecto Leoncio. Es expulsado de su sede el obispo Liberio

15.7.1. Mientras seguía produciéndose un torbellino de ejecuciones colectivas, Leoncio, gobernador de la ciudad eterna, daba numerosas pruebas de ser un juez experimentado, pues

---

[38] Cfr. 15,5,16.

[39] Los libros donde Amiano relataba estos hechos se han perdido, aunque sabemos que la ciudad de Treves cerró sus puertas a Decencio, que había sido nombrado César por su hermano Magnencio, con lo cual estos ciudadanos demostraron su lealtad al emperador Constancio II.

era muy rápido en escuchar los casos, sumamente justo en sus decisiones y benévolo por naturaleza. Sin embargo, debido a su intento de conservar su autoridad, a algunos les parecía duro y demasiado propenso a las condenas.

15.7.2. Pues bien, el primer motivo que suscitó una revuelta en su contra fue algo vil e insignificante. Y es que, cuando se dio la orden de detener al auriga Filoromo, toda la plebe le siguió dispuesta a defenderle como si fuera algo propio. De hecho, atacaron con terrible ímpetu al gobernador pensando que era una persona débil, pero él, firme y resuelto, envió a sus soldados y, tras apoderarse y torturar a alguno de los amotinados, sin ningún tipo de protesta ni de resistencia, les castigó con el destierro en una isla.

15.7.3. Y pocos días después cuando esa misma plebe, enardecida como siempre y poniendo como pretexto la escasez de vino, se reunió en el Septemzodium –lugar célebre donde el emperador Marco Aurelio fundó un Ninfeo de estilo pretencioso–[40] el gobernador, con decisión, se apresuró a ir allí, aunque todos los ciudadanos y sus servidores le rogaban encarecidamente que no se arrojara a una multitud arrogante y amenazadora, enfurecida aún por la conmoción anterior.

Pero él, impasible, siguió en línea recta hasta que parte de los que le seguían le dejó, a sabiendas de que se metía de lleno en la boca del lobo.

15.7.4. Y así, instalado en el carruaje, con aparente confianza observaba con dura mirada los rostros de las bandas que se agolpaban por todas partes como serpientes. Y, tras soportar que se le dijesen numerosas infamias, reconociendo a alguien que sobresalía entre los demás por su enorme cuerpo y su cabello rojizo, le preguntó si no era Pedro, al que, según había oído, llamaban «Valuomeres».

Y cuando éste le respondió en tono de reproche que lo era, Constancio le reconoció como uno de los cabecillas de las re-

---

[40] El nombre de Septemzodium hace alusión a los siete planetas.

vueltas desde hacía mucho tiempo y, a pesar de las protestas de muchos, ordenó que le izaran con las manos atadas a la espalda.

14.7.5. Cuando le vieron suspendido y suplicando en vano la ayuda de sus compañeros, toda la plebe, que poco antes estaba apiñada, se dispersó por diversas partes de la ciudad y desapareció, de manera que el principal impulsor de esta revuelta, con los costados lacerados, como si se le hubiera torturado en secreto, fue expulsado a Piceno. Allí, tras intentar violar a una doncella noble, fue condenado a la pena capital por sentencia del gobernador Patruino.

14.7.6. Mientras Leoncio ejecutaba esta sentencia, Liberio, un sacerdote cristiano[41], recibió una orden de Constancio para que acudiera ante el Consejo, pues se le acusaba de haberse opuesto a las órdenes del emperador y de muchos de sus colegas en un asunto que resumiré brevemente:

15.7.7. Atanasio, obispo de Alejandría en aquella época, que se excedía en sus atribuciones e intentaba manejar también otros temas, según confirmaban rumores continuos, fue destituido del cargo que ocupaba por una asamblea de partidarios de su misma religión, un sínodo creo que lo llaman.

15.7.8. Y es que se decía que, como conocía perfectamente la interpretación de las suertes fatídicas, o lo que anunciaban las aves en los augurios, a veces había predicho lo que iba a ocurrir. Además, se le acusaba igualmente de otras prácticas que no eran propias de un cargo como el suyo.

15.7.9. Cuando el emperador ordenó a Liberio que suscribiera la expulsión de Atanasio de su sede sacerdotal, aunque realmente sentía lo mismo que los demás, se opuso con insistencia, exponiendo con gritos continuos que condenar a un hombre sin verle ni escucharle era el peor de los crímenes, enfrentándose así abierta y frontalmente a la orden del emperador.

---

[41] Fue obispo de Roma desde el 352 al 356.

15.7.10. Y así, aunque éste, que siempre había odiado a Atanasio, supo que se había cumplido su orden, sin embargo, deseaba ardientemente que ésta fuera ratificada también por la poderosa autoridad del obispo de la Ciudad Eterna. Y, como no lo consiguió, Liberio sólo pudo escapar tras grandes dificultades y en mitad de la noche, por temor al pueblo que estaba muy unido a su emperador.

15.8. Juliano, hermano de Galo, es nombrado César por su primo el Augusto Constancio, y puesto al frente de la Galia

15.8.1. Esto era lo que estaba sucediendo en Roma, como refleja el relato anterior.

Pero a Constancio le preocupaban las continuas noticias de mensajeros que le mostraban el estado deplorable de la Galia, sin que nadie pusiera freno a la desvastación general que estaban causando los bárbaros. Por ello, después de dudar durante mucho tiempo de qué forma atajaría este problema sin salir de Italia, como no deseaba y como consideraba peligroso adentrarse en una tierra tan alejada, encontró al fin una solución adecuada. Y así, planeó compartir el mando del imperio con su primo Juliano, que había regresado no hacía mucho de las regiones aqueas y que llevaba aún el palio[42].

15.8.2. Pero cuando, angustiado ya ante la enorme cantidad de problemas que se le venían encima, confesó su idea a los que le rodeaban, y les dijo claramente que, si gobernaba en solitario, sucumbiría ante tantas y tan continuas calamidades –cosa que nunca le había ocurrido antes–, entonces ellos, expertos en una adulación exagerada, intentaron confundirle, repitiéndole que no había nada tan duro que no pudieran superar, como siempre lo habían hecho, su enorme valor y su fortuna, realmente cercana a las estrellas.

---

[42] Era un manto común entre los griegos y que era portado, fundamentalmente, por estudiantes y filósofos, lo cual denota el carácter filosófico y letrado con el que Amiano reviste siempre en su obra a Juliano.

Incluso muchos, empujados por el remordimiento de sus crímenes, añadían además que, en adelante, debía evitarse el nombramiento de un César, recordándole lo sucedido con Galo.

15.8.3. Sólo la reina hacía frente a esta obstinada resistencia, ya fuera porque temía los peligros de un viaje a lugares alejados, o ya porque, por su prudencia innata, deseaba el bien general, y decía que los parientes debían anteponerse a todos los demás.

Después de muchos rodeos y deliberaciones vanas, Constancio tomó una decisión firme y, obviando disputas inútiles, decidió compartir el imperio con Juliano.

15.8.4. De este modo, se hizo venir a Juliano y cuando éste llegó, en el día fijado, convocaron a todos los soldados presentes y colocaron una plataforma a una altura bastante elevada, rodeada por las águilas y las insignias. Entonces el Augusto se puso de pie y, sujetando a Juliano con su mano derecha, pronunció con dulce tono estas palabras:

15.8.5. «Acudimos ante vosotros, valientes defensores del estado, para que defendamos entre todos la causa común como si fuéramos uno, de manera que voy a contaros brevemente, como si fuerais jueces honestos, de qué modo lo conseguiremos.

15.8.6. »Pues bien, tras la muerte de los rebeldes tiranos a los que la rabia y el furor les llevaron a intentar todo lo que planearon [43], los bárbaros, como si pretendieran hacer un sacrificio con nuestra sangre a sus manes impíos, están devastando la Galia y rompiendo la tranquilidad de las fronteras, animados con la esperanza de que a nosotros nos agobian duros problemas en tierras muy lejanas.

15.8.7. »Así pues, si a esa plaga, que está deslizándose ya a otros confines, le sale al paso el acuerdo de nuestra mutua deci-

[43] Se refiere a Magnencio, Decencio y Silvano.

sión –mientras el tiempo aún lo permite–, esas gentes bárbaras someterán su orgullo y las fronteras del imperio no se moverán.

Sólo resta que confirméis con vuestro apoyo las esperanzas que mantengo para el futuro.

15.8.8. »Está aquí Juliano, primo mío como sabéis, respetado con justicia por una modestia que le une tanto a mí como nuestro parentesco, joven de acciones ya brillantes, a quien deseo elevar a la categoría de César, siempre que vosotros ratifiquéis mi plan en caso de que os parezca útil».

15.8.9. Cuando intentaba añadir algo más, la asamblea le interrumpió suavemente y no le dejó continuar, proclamando, como si hubiera previsto el futuro, que esta decisión era propia de una divinidad superior y no de una mente humana.

15.8.10. El emperador permaneció en pie, inmóvil, hasta que se hizo silencio. Y, ya con más confianza, prosiguió:

«De este modo, puesto que vuestra aclamación demuestra que cuento con vuestro apoyo, que este adolescente de carácter vigoroso y tranquilo, cuya moderación debe ser imitada más que alabada, se levante para recibir el honor merecido[44]. Su naturaleza noble y educada en las buenas artes, creo habérosla demostrado simplemente por el hecho de haberlo elegido. Así pues, con el consentimiento de la divinidad del cielo, voy a cubrirle con la vestidura real».

15.8.11. Después de estas palabras, se dirigió hacia Juliano, le invistió con la púrpura ancestral y le nombró César entre la alegría del ejército. Posteriormente, mostrando cierta melancolía en su rostro contrito, le dijo a Juliano:

15.8.12. «Has recibido ya desde tu juventud la espléndida flor de tu origen, tú el hermano más querido para mí de entre todos los hombres. Y, en cuanto a mi gloria, lo confieso, se ha en-

---

[44] Frente a la lectura de Rolfe: *ad honorem prosperante deo delatum*, preferimos la de Galletier y Fontaine: *ad honorem prope speratum*.

grandecido más por hacer justicia y otorgar un poder semejante al mío a alguien de igual nobleza, que por su propio poder.

15.8.13. »Comparte, pues, conmigo esfuerzos y peligros. Asume la tarea de defender la Galia, dispuesto a aliviar con todo tipo de ayuda a estas tierras afligidas y, si fuera necesario, enfrentarse al enemigo. Mantente con paso firme entre los propios abanderados, aconseja audacia pero con prudencia y en los momentos oportunos, anima a los que luchan precediéndoles con suma cautela. Ayúdales con refuerzos cuando estén confundidos, increpa suavemente a los que estén abatidos, y muéstrate siempre dispuesto a ser el testigo más veraz tanto del valor como de la cobardía.

15.8.14. »Por tanto, puesto que la magnitud de la empresa nos apremia, apresúrate valiente guerrero, dispuesto a guiar a hombres igualmente valientes. Colaboraremos con una constancia fortalecida por el cariño que nos profesamos. Lucharemos juntos, dispuestos a regir unidos, con igual moderación y piedad, un mundo en paz –siempre que la divinidad comparta nuestros deseos–.

»Parecerá que estás conmigo en cualquier lado y yo, por mi parte, no voy a dejarte solo en tus acciones. Sube a lo más alto. Avanza apresurado con los deseos favorables de todos, dispuesto a defender con celo constante esta fortaleza, como si te la hubiese asignado el propio estado».

15.8.15. Nadie permaneció en silencio cuando dejó de hablar. Por el contrario, todos los soldados, golpeando los escudos sobre sus rodillas con terrible griterío –que es un indicio evidente de alegría, mientras que, cuando golpean los escudos con las lanzas es señal de ira y de dolor–, demostraban con qué desbordante alegría aprobaban la decisión del Augusto, y recibían con merecida admiración al César, deslumbrante por el brillo de la púrpura imperial.

15.8.16. Simplemente con observar una y otra vez los ojos de Juliano, terribles y atractivos a la vez, y su rostro extremada-

mente agradable, descubrían cómo iba a comportarse, tal como si examinaran un libro antiguo, cuya lectura descubre la interioridad de las almas por la apariencia del cuerpo.

Además, para guardar el respeto debido a una autoridad superior, no le alababan de forma excesiva pero tampoco menos de lo conveniente. Y por eso sus palabras parecían propias de censores y no de soldados.

15.8.17. Juliano, después de compartir el carruaje del emperador y ser recibido en el palacio, iba susurrando este verso del poema homérico: «Se apoderó de él la muerte purpúrea y el destino supremo»[45].

Esto sucedió ocho días antes de los idus de noviembre[46], el año que fueron cónsules Arbitión y Loliano.

15.8.18. Pocos días después, el César se casó con la joven Helena, hermana de Constancio. Y, una vez dispuesto todo lo que demandaba la urgencia del viaje, en las calendas de diciembre partió contando con un séquito reducido. Además, fue acompañado por el Augusto hasta un lugar señalado con dos columnas y situado entre Laumelo y Pavía, desde donde, por el camino más corto, llegó a Turín. Aquí se sintió conmovido ante una dura noticia que había llegado recientemente a la corte del Augusto, pero que se había mantenido en secreto a propósito, para que no se interrumpieran los preparativos.

15.8.19. Esta noticia informaba de que Colonia, famosa ciudad de la Germania Segunda, tras soportar un duro asedio de los bárbaros, había sido tomada y destruida por grandes fuerzas.

15.8.20. Abatido por esta desgracia, que parecía el primer auspicio de los males que se le avecinaban, se le escuchaba murmurar tristemente y decir una y otra vez que no iba a conseguir nada excepto morir más ocupado.

---

[45] Hom, *Iliad.* 5,83.

[46] Es decir, el seis de noviembre.

15.8.21. Cuando llegó a Viena, gentes de toda edad y condición se dispusieron a recibir honrosamente y con grandes esperanzas al que llegaba triunfante. Cuando lo vieron desde lejos, toda la plebe, animada por la accesibilidad de Juliano, le llamaba emperador clemente y afortunado, y marchaba alegre delante de él con alabanzas unánimes, contemplando con gran admiración la pomposidad que rodeaba a un príncipe legítimo.

Realmente, consideraban que esta llegada era el remedio para las desgracias generales, y pensaban que había aparecido un genio favorable en medio de su desesperada situación.

15.8.22. Fue entonces cuando una anciana ciega, al preguntar quién había llegado y saber que se trataba del César Juliano, exclamó que él sería el que repararía el templo de los dioses.

15.9. Acerca del origen de los galos. De dónde viene el nombre de «celtas» y «galos». Sobre sus maestros

15.9.1. Así pues, puesto que, como predijo el excelso poeta de Mantua: «Emprendo una obra de gran trascendencia y de gran trascendencia es la situación que nace ante mí» [47], pienso que es apropiado describir ahora la geografía y las características de las Galias, no sea que, al narrar hechos desconocidos para algunos, entre los ardientes combates y los distintos avatares de la guerra, me parezca a esos marineros ociosos que se ven obligados a reparar en medio del oleaje y de la tempestad las velas raídas y los cables que podían haber reparado en condiciones más seguras.

---

[47] Virgilio, *Aen.* 7,44 y ss. Aunque Amiano altera el orden, pues el texto de Virgilio decía: *maior rerum mihi nascitur ordo, maius opus moveo*, frente al de nuestro autor: *maius opus moveo maiorque mihi rerum nascitur ordo*. Esta cita de la *Eneida*, situada por Virgilio en el inicio de la conquista del Lacio por Eneas, es muy apropiada para encabezar, pues, las gestas de Juliano en la Galia. Vemos así que tanto la cita como toda la digresión constituyen un proemio que nos predispone ante una parte trascendental en las *Res gestae* de Amiano.

15.9.2. Los escritores antiguos, con sus dudas acerca del primer origen de los galos, nos dejaron noticias inexactas acerca de este tema. Pero después Timágenes, un griego de pro por su precisión y su lenguaje, a partir de numerosos libros, reunió datos desconocidos durante mucho tiempo[48].

Así pues, siguiendo sus conocimientos y evitando ya toda oscuridad, vamos a exponer este mismo tema con claridad y orden.

15.9.3. Algunos han afirmado que el primer pueblo que se vio jamás en estas regiones fueron unos aborígenes llamados celtas a partir del nombre de un rey entrañable, o gálatas por el nombre de la madre de éste –de hecho así es como los griegos llaman a los galos–. Pero otros autores afirman que fueron los dorios quienes poblaron estos lugares cercanos al océano cuando iban siguiendo al viejo Hércules.

15.9.4. Los drisidas[49] aseguran que una parte de este pueblo es en realidad indígena, pero que también llegaron gentes procedentes de islas lejanas y de tierras situadas al otro lado del Rin, gentes que habían sido expulsadas de su patria por la frecuencia de las guerras y por las inundaciones causadas por el mar.

15.9.5. Dicen otros que hubo unos pocos griegos que, en su huída tras la destrucción de Troya, se dispersaron por doquier y ocuparon estos lugares entonces deshabitados.

15.9.6. Por otra parte, son sobre todo los habitantes de estas regiones quienes dan crédito a una noticia que nosotros hemos leído grabada en sus monumentos: que Hércules, el hijo de Anfitrión, buscó afanosamente la destrucción de Gerión y Taurisco, crueles tiranos, de los cuales uno tenía oprimida

---

[48] Timagenes de Alejandría era griego pero fue conducido a Roma como prisionero por Pompeyo en el 55 a.C. Fue allí donde escribió una *Historia de las Galias*.

[49] O druidas, según la edición de Belles Lettres.

Hispania y el otro la Galia. Y que, una vez superados ambos, mantuvo relaciones con mujeres nobles y tuvo varios hijos, que dieron sus nombres a las tierras sobre las que gobernaban.

15.9.7. Pero la realidad es que un pueblo asiático, procedente de Focea, en su intento de evitar la crueldad de Harpalo, prefecto del rey Ciro[50], llegó a Italia por mar. Y así, unos fundaron Velia, en Lucania, y Marsella en la región de Viena. Después, en épocas posteriores, fundaron no pocas ciudades, haciendo que aumentara la población.

15.9.8. Una vez civilizadas paulatinamente las gentes de estas regiones, se desarrolló el estudio de las artes liberales, alentado por los bardos, euhages[51] y druidas.

Los bardos fueron cantando las hazañas de hombres ilustres en versos heroicos, acompañados por los dulces sones de la lira; en cambio los euhages, con pretensiones más altas, intentaban mostrar las leyes sublimes de la naturaleza. Por su parte los druidas, de inteligencia superior, unidos por comunidades fraternales, como determinó la autoridad de Pitágoras, intentaron alcanzar la respuesta a cuestiones ocultas y elevadas. Además, despreciando los asuntos humanos, proclamaron la inmortalidad de las almas.

15.10. Acerca de los Alpes galos y de los distintos caminos que los atraviesan

15.10.1. Esta región de las Galias, excepto la parte cercana a la costa, debido a las elevadas cumbres de sus montes, cubiertas siempre por una tremenda cantidad de nieve, era antes prácticamente desconocida para el resto de los habitantes del mundo.

Está cerrada por todas partes por defensas naturales, rodeada así por una naturaleza que sustituye a la mano del hombre.

---

[50] Amiano debe de referirse a Harpago.

[51] Es decir, vates.

15.10.2. Por el sur es bañada por el mar Tirreno y por el Galo. Por donde contempla el carro celeste[52], está separada de unos pueblos fieros por los brazos del Rin. En la región donde se pone el sol, tiene como límites el Océano y las cumbres pirenaicas. Y por donde se eleva para contemplar la salida del sol, deja paso a las cimas de los Alpes Cotios.

Fue aquí donde el rey Cotio, cuando ya los galos estaban sometidos, se ocultó él solo en sus estrechos confiando en lo abrupto y en lo escarpado del lugar. Pero finalmente, sofocado ya este levantamiento, tras ser aceptado como aliado por el emperador Octaviano, con grandes esfuerzos y a modo de regalo memorable, ordenó construir caminos accesibles para los viajeros, además de otras antiguas vías alpinas, acerca de las cuales referiremos posteriormente nuestros conocimientos.

15.10.3. En estos Alpes Cotios, que comienzan en la ciudad de Susa, se levanta una cima muy elevada, prácticamente inaccesible para todo el mundo.

15.10.4. En efecto, para el que viene de la Galia, aparece un declive de escasa pendiente, pero en cambio es terrible desde el otro lado debido al desprendimiento de piedras, sobre todo en primavera, ya que, al derretirse el hielo y desprenderse la nieve por el cálido soplo del viento, a través de estrechos quebrados por ambas partes y de lagunas que se ocultan bajo un cúmulo de hielo, en un descenso con pasos inseguros, caen hombres y animales junto con los carros.

Pues bien, el único remedio que se encontró para evitar esta pérdida fue atar varios vehículos con enormes cuerdas, sujetándolos desde atrás con duro esfuerzo de hombres y bueyes, que prácticamente deben arrastrarse para marchar con más seguridad.

Como hemos señalado, este hecho se produce en primavera.

15.10.5. En cambio durante el invierno, la tierra está encostrada por el frío, como pulida y, por tanto, resbaladiza, de manera que provoca numerosas caídas. Además los valles, que

---

[52] Es decir, por el norte.

se extienden por una superficie plana, traidores a causa del hielo, devoran en ocasiones a los viajeros.
Por eso, los que conocen bien estos lugares clavan en los puntos más seguros hitos de piedra que sobresalen, para que el viajero pueda guiarse por ellos y permanezca ileso. Pero si estas estacas quedan ocultas por la nieve, o si son arrancadas por los torrentes que bajan desde las cimas, es difícil atravesar los senderos incluso cuando te guían los nativos.

15.10.6. Desde las cimas de estas montañas, en la parte Itálica, se extiende hasta la base llamada «de Marte» una planicie de siete millas. Y a partir de aquí encontramos alturas más elevadas y difícilmente superables hasta la cumbre de la Matrona, que recibe este nombre debido a la caída de cierta mujer noble. Desde aquí parte un camino inclinado pero bastante sencillo de recorrer hasta la fortaleza de Briançon.

15.10.7. El sepulcro del príncipe que, como hemos señalado, mandó construir estos caminos[53] está en Susa, cercano a las murallas, y sus manes son venerados religiosamente por dos razones: porque había gobernado a los suyos con justicia y moderación, y porque, después de unirse a la causa romana, proporcionó una paz duradera a su pueblo.

15.10.8. Aunque el camino del que hemos hablado es el central, supone un atajo y es el más frecuentado, sin embargo, también mucho antes fueron construyéndose otros en diversas épocas.

15.10.9. El tebano Hércules construyó el primero, cercano a los Alpes marítimos, a los que dio el nombre de Griegos, cuando, como hemos narrado, marchaba por placer a destruir a Gerión y a Taurisco. Igualmente dedicó la fortaleza y el puerto de Mónaco al eterno recuerdo de su persona.

Posteriormente, tras muchos siglos, se les denominó Alpes Peninos por esta razón:

---

[53] Cotio.

15.10.10. Cuando Publio Cornelio Escipión, padre del Africano el Viejo, acudió en auxilio de los saguntinos, dignos de recuerdo por sus miserias y su lealtad, pues continuamente se veían asediados por los africanos [54], llevó a Hispania una flota repleta de fuertes soldados. Pero la ciudad había sido destruida por un ejército superior y no podía perseguir a Aníbal, que había atravesado el Ródano tres días antes, y se dirigía a tierras italianas. Por ello, realizando la travesía en rápida navegación, aguardó en Génova, ciudad de Liguria, hasta que Aníbal bajara de las montañas, pues de este modo, si la fortuna se lo permitía, podría luchar en terreno llano con un enemigo fatigado ya por la dureza del camino.

15.10.11. Sin embargo, atendiendo a la situación general, aconsejó a su hermano Gneo Escipión que acudiera a Hispania, para poder detener a Asdrúbal que iba a atacar igualmente desde allí. Enterado de esto Aníbal por unos tránsfugas, como era de mente despejada y astuta, guiado por unos habitantes de Taurino, atravesando Tricásino y el extremo de la costa de los vocontios, llegó a los bosques Tricorios. Luego, partió de allí e hizo otro camino antes intransitable. Incluso, consiguió arrancar una roca que se elevaba enormemente, y la disolvió quemándola con grandes llamas y derramando vinagre sobre ella. De este modo, cruzando el río Druencia, nada seguro debido a sus remolinos, ocupó las regiones etruscas.

Hasta aquí nuestro relato sobre los Alpes. Continuemos ahora con el resto de la narración.

15.11. Breve descripción de las partes de la Galia y del curso del río Ródano

15.11.1. En los primeros tiempos, cuando estas regiones eran desconocidas por su barbarie, se cree que existieron tres partes, divididas entre los celtas –es decir, galos–, los aquitanos y los belgas, que tenían diferentes lenguas, costumbres y leyes.

---

[54] Es decir, por los cartagineses.

15.11.2. Los galos, que son celtas, están separados de los aquitanos por el río Garona, que nace en las cumbres pirenaicas y que después, tras atravesar muchas ciudades, desemboca en el océano.

15.11.3. Este mismo pueblo está separado de los belgas por el río Marne y el Sena, de longitud similar, que surcan la región lionesa y que, tras rodear la fortaleza de París, situada en una isla y denominada Lutecia, se unen y desembocan posteriormente en el mar, junto a Castra Constancia.

15.11.4. En la antigüedad se creía que, de todos estos pueblos, los más valientes eran los belgas, porque como estaban muy alejados de la civilización y no se habían afeminado con la importación de ningún objeto lujoso, lucharon durante mucho tiempo con los germanos que vivían al otro lado del Rin.

15.11.5. En cambio, los aquitanos, en cuyo litoral, por ser cercano y tranquilo, pueden encontrarse mercancías extranjeras, con el carácter ya suavizado, cayeron fácilmente en poder de los romanos.

15.11.6. Ya desde que la Galia, oprimida tras una larga serie de combates[55], sucumbió ante el dictador Julio, quedó bajo nuestro poder dividida en cuatro partes. De ellas una sola, la Narbonense, comprendía los distritos Vienense y la Lionense; en la otra se incluía a todos los aquitanos; y las otras dos administraciones incluían en esta época a la Galia Superior e Inferior, así como a los belgas.

15.11.7. En cambio, en la actualidad, en el territorio completo de la Galia se encuentran las siguientes provincias: la Germania Segunda, que es la primera si partimos desde la parte occidental, defendida por Colonia y Tongres, ciudades amplias y ricas.

---

[55] La guerra de las Galias narrada por Julio César.

15.11.8. A continuación la Germania Primera, donde, además de otros municipios, encontramos Maguncia, Worms, Spire y Estrasburgo, conocida por una derrota de los bárbaros [56].

15.11.9. Después de ella, la Bélgica Primera ofrece Metz y Treves, residencia ilustre de emperadores.

15.11.10. Junto a ésta encontramos la Bélgica Segunda, en cuyo interior está Amiens, ciudad que destaca entre las demás, así como Chalons y Reims.

15.11.11. Entre los sequanos, podemos mencionar las ciudades de Besançon y Augst, de mayor importancia que las demás. En cuanto a Lion, es la ciudad que da renombre a la región Lionense Primera, así como Chalons-sur-Saone, Sens, Bourges y Autún, famosa por la antigua grandeza de sus murallas.

15.11.12. En la Lionense Segunda encontramos Rouen, Tours, Evreux y Troyes. Los Alpes Griegos y los Apeninos, además de otras ciudades menos conocidas, cuentan también con Avenche, ciudad actualmente desierta, pero nada despreciable en otro tiempo, como desmuestran los edificios semiderruidos que aún son visibles.

Éstas son las provincias y ciudades destacables en las Galias.

15.11.13. En Aquitania, que se extiende hasta los montes Pirineos y hacia la parte del océano correspondiente a Hispania, la primera provincia es la Aquitania, deslumbrante por la amplitud de sus ciudades entre las que, excluyendo otras muchas, destacan Burdeos, Clermont, Saintes y Poitiers.

15.11.14. La región de los nueve pueblos debe su fama esencialmente a Auch y a Bazas [57]. En la Narbonense destacan

---

[56] Cfr. 16,12.

[57] Es la zona comprendida entre los Pirineos y el río Garona, aunque no se conocen bien los nombres de estos «nueve pueblos».

Eauze, Narbonne y Toulouse. La región Vienense es famosa gracias a la belleza de numerosas ciudades, entre las que sobresalen la propia Viena, Arlés y Valence. A éstas se une Marsella, gracias a cuya alianza y a cuyo apoyo, según hemos leído, Roma se ha salvado a veces en alguna difícil situación.

15.11.15. Cercanas a éstas, encontramos Aix-en-Provence, Niza, Antibes y las islas Hyères.

15.11.16. Pues bien, como al hilo de nuestra narración hemos llegado a esta zona, sería incongruente y absurdo no mencionar el Ródano, siendo un río tan conocido.

El Ródano nace en los Alpes Peninos a partir de una gran cantidad de manantiales y, tras descender con impetuosa corriente hasta zonas más planas, gracias tan sólo a sus propias aguas marcha rebosante[58], precipitándose a un lago, llamado Lemán. Ahora bien, aunque lo atraviesa, nunca mezcla con él sus aguas, sino que se desliza hasta el otro lado sobre su tranquila superficie en busca de una salida, y consigue abrirse camino en rápido curso.

15.11.17. Desde aquí, sin disminuir su caudal, corre entre la Saboya y la región de los sequanos y, tras un largo recorrido, riega por la izquierda la región Vienense y, por la derecha, la Lionense. Así, después de avanzar con un curso sinuoso, recibe las aguas del Arar –también llamado Saona–, y le da su propio nombre. Este río fluye por la Germania Primera[59], lugar donde se establece el inicio de la Galia, y desde donde las distancias se miden no en millas, sino en leguas.

15.11.18. Posteriormente el Ródano, con más caudal tras recibir las aguas del Isera, es ya navegable para los barcos más grandes, que suelen ser zarandeados una y otra vez por la

[58] Es decir, sin recibir la contribución de ningún tipo de afluente.

[59] Divergen aquí las ediciones analizadas, ya que la de Rolfe incluye en su texto que el río corre entre la Germania Primera y los sequanos. Lo cierto es que, en este pasaje, parece haber un error geográfico de Amiano, que confunde el río Saona con el Doubs.

fuerza del viento. Y así, una vez recorrido el curso marcado para él por la naturaleza, desemboca lleno de espuma en el mar Gálico, en una amplia bahía a la que llaman Graus [60], separada de Arlés por unas dieciocho millas.

Pero terminemos ya con la descripción de este lugar y tratemos ahora el aspecto y las costumbres de estas gentes.

15.12. Sobre las costumbres de los galos

15.12.1. Casi todos los galos son de gran estatura, de piel blanca, cabello rojizo, con aspecto terrible por la dureza de su mirada, ávidos de pelea y de un orgullo extremo. Ni siquiera todo un grupo de extranjeros podría detener a uno de estos galos cuando lucha si se le une su mujer, mucho más fuerte que ellos, de ojos verdes. Y sobre todo cuando una gala, con el cuello hinchado, apretando los dientes y blandiendo sus enormes y níveos brazos, comienza a repartir patadas y puños a la vez, como si fueran proyectiles lanzados por la tensión de las cuerdas.

15.12.2. La voz de la mayor parte de ellos es terrible y amenazadora, ya estén aplacados o enardecidos. Por contra, todos cuidan su elegancia y aseo con gran esmero, y en ninguna de estas regiones, sobre todo entre los aquitanos, podrían un hombre o una mujer aparecer, por pobres que fueran, vestidos con trapos, tal como sucede en otros lugares.

15.12.3. Cualquier edad les parece apropiada para la lucha, y tanto el anciano como el adulto se preparan para el combate con similar vigor, con los miembros endurecidos por el hielo y por el trabajo continuo, dispuestos a despreciar todo lo que se les ponga delante, por temible que sea. De hecho, entre ellos, ninguno se ha cortando nunca el pulgar por temor a la guerra, como sí sucede en Italia, donde forman el grupo que denoniman allí «murcos» [61].

---

[60] Se trata del Golfo de Lyon, en latín «*Ad Gradus*».

[61] Es decir «mutilado», a partir de lo cual indica también «cobarde».

15.2.4. Es un pueblo ávido de vino, que toma múltiples bebidas semejantes a ese vino. Entre ellos, los humildes, con los sentidos abotargados por su continua ebriedad –estado que Catón definió como un tipo voluntario de locura–, se dejan llevar de acá para allá, con lo que parecen confirmar lo que dijo Cicerón en su defensa de Fonteyo: «Los galos, después de esto, van a beber el vino más diluido, que para ellos es como veneno»[62].

15.12.5. Estas regiones, especialmente las que lindan con el territorio itálico, sucumbieron poco a poco y sin grandes esfuerzos ante el poder de Roma, después de recibir, en primer lugar, una propuesta de Fulvio[63], después de ser luego atacadas en combates poco importantes por Sextio[64] y, finalmente, después de ser dominadas por Fabio Máximo, quien recibió un sobrenombre por haber completado esta empresa, una vez vencido el fiero pueblo de los alóbroges[65].

15.12.6. Y ya toda la Galia, con la excepción de unos terrenos impenetrables a causa de los pantanos, tal como como relata Salustio[66], fue sometida por César después de batallas de distinto resultado durante diez años, tras los cuales fueron anexionados a nuestra comunidad por un pacto de duración eterna.

Pero, como me he extendido demasiado ya, volveré finalmente al plan trazado.

15.13. Acerca de Musoniano, prefecto del pretorio en Oriente

15.13.1. Tras la cruel muerte de Domiciano[67], su sucesor, Musoniano, gobernaba en Oriente en calidad de prefecto del

---

[62] Amiano es el único autor que menciona esta cita de Cicerón, que no aparece en los fragmentos conservados del discurso.

[63] M. Fulvio Flaco, que fue cónsul en el 125 a.C. y conocido, esencialmente, por haber sido el primer romano que luchó contra los galos.

[64] C. Sextio Calvino fue cónsul en el 124 a.C.

[65] Recibió el sobrenombre de «*Allobrogicus*».

[66] Cfr. *Hist.* I,11.

[67] Cfr. 14,7,16.

pretorio, siendo reconocido por su dominio de ambas lenguas[68], hecho por el que destacó más de lo que se esperaba.

15.13.2. Y es que, mientras Constantino investigaba cuidadosamente algunas sectas religiosas, como la de los maniqueos y otras similares, al no encontrar un intérprete apropiado, le eligió a él, que había sido recomendado como persona eficiente.

Y como desempeñó esta función con habilidad, el emperador determinó que se le diera el nombre de Musoniano[69], aunque antes se llamaba Estrategio.

A partir de entonces, una vez escalados numerosos puestos, alcanzó la prefectura, mostrándose por lo demás prudente, tolerante con las provincias, comprensivo y amable. Pero en cualquier ocasión, y sobre todo en los juicios controvertidos –lo que es odioso–, cerraba sus oídos a todo debido a su avidez de ganancias.

Este hecho, al igual que en otros muchos temas, se hizo evidente en el agitado juicio acerca de la muerte de Teófilo, gobernador de Siria quien, por la traición del César Galo, fue despedazado en un ataque de una plebe enardecida[70]. Pues bien, lo cierto es que en este juicio, condenó a unos indigentes que se sabía con certeza que habían estado fuera cuando se cometió el crimen, mientras que los verdaderos autores de esta cruel acción, personas adineradas, quedaron en libertad y perdieron tan sólo su patrimonio.

15.13.3. No muy distinto a éste era Próspero quien, marchando al frente de los soldados, desempeñaba entonces el cargo de general de la caballería en las Galias.

Era de una inoperancia enervante y, como dice el cómico[71], aunque despreciaba el arte del hurto, robaba abiertamente.

---

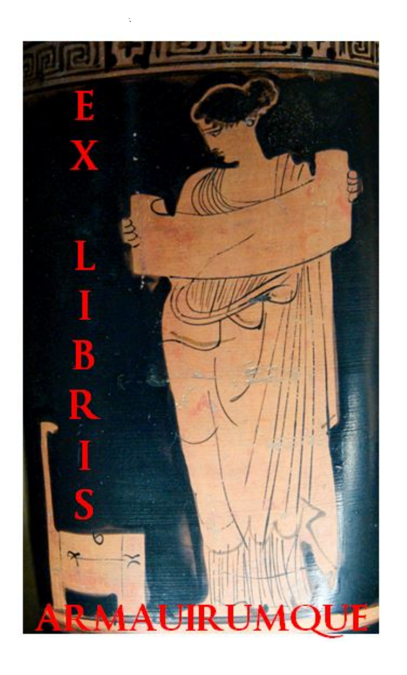
[68] Es decir, griego y latín. Musoniano será prefecto del pretorio de Oriente desde el 354 hasta el 358.

[69] Es decir, inspirado por las musas.

[70] Cfr. 14,7,5-6.

[71] Plauto, *Epid.* 12.

15.13.4. Mientras ambos, con un comportamiento similar, se enriquecían y se procuraban negocios entre sí, los generales persas cercanos a los ríos, aprovechando que su rey estaba ocupado en fronteras de su territorio muy lejanas, atacaban nuestras tierras mediante bandas de saqueadores y se adentraban muy confiados tanto en Armenia como, en ocasiones, en Mesopotamia, mientras que los generales romanos estaban ocupados en conseguir botines de sus súbditos.



LIBRO 16

16.1. Alabanza del César Juliano[1]

16.1.1. Mientras el cumplimiento del destino iba desencadenando estos hechos en el mundo romano, en Viena, el César fue admitido como colega de la labor consular por el Augusto, cónsul ya por octavo año consecutivo[2].

Pero Juliano, movido por su energía natural, soñaba con los rigores de los combates y con batallas contra los bárbaros, dispuesto a recomponer los fragmentos de la provincia si lograba contar con la fortuna y con su impulso, favorable por fin.

16.1.2. Así pues, puesto que el enmendar la grave situación de las Galias con valor y fortuna, es una hazaña superior a muchas y valerosas acciones de nuestros antepasados, voy a narrar to-

---

[1] Con su alabanza de Juliano, nuestro historiador va a incluirse claramente en la aristocracia senatorial del siglo IV, que intenta recuperar una serie de símbolos de la vieja Roma, entre los que destaca el ideal del *princeps* bueno, un *princeps* caracterizado por sus virtudes personales, por ser elegido por sus méritos y no recibir el título por herencia, por su cercanía a los súbditos y por sus empresas políticas y militares. *Vid.* a este respecto las referencias que aparecen en la *H.A.* a propósito de Augusto, Vespasiano, Adriano, Trajano, Antonino Pío o Marco Aurelio.

[2] Es decir, Juliano fue considerado cónsul por Constancio que, en este año 356 llevaba ya ocho como tal.

das y cada una de sus empresas, utilizando para ello todos los recursos de mi mediocre ingenio, si es que son suficientes.

16.1.3. Lo que se va a narrar no está adornado por mentiras ingeniosas, sino que es fruto de un conocimiento total de la situación, y está apoyado por pruebas tangibles, aunque dará lugar prácticamente a un panegírico.

16.1.4. Y es que parece que las normas de una vida superior acompañaron a este joven desde su noble cuna hasta su muerte. Y así, con progresos rapidísimos, comenzó a destacar tanto en el interior como en el exterior, hasta tal punto que, por su prudencia, se le consideraba como un segundo Tito, el hijo de Vespasiano; por su glorioso comportamiento en los combates se le identificaba con Trajano; era clemente como Antonino y, por su búsqueda de la justicia y de la perfección, era semejante a Marco Aurelio, en cuya imitación se esforzaba tanto en sus acciones como en sus costumbres.

16.1.5. Y puesto que, como indica una autoridad como Cicerón: «De todas las materias sublimes, al igual que de los árboles, nos agrada su parte más elevada, pero no tanto las raíces y el tronco» [3], así también los cimientos de un carácter noble como el suyo aparecían entonces ensombrecidos por muchos factores que los ocultaban y que, sin embargo, deberían anteponerse a las numerosas y admirables hazañas que realizó después.

Y es que, siendo tan sólo un adolescente que se había educado como Erecteo en el retiro de Minerva [4], fue arrastrado al fragor de las guerras, no desde un campamento militar, sino desde las tranquilas sombras de la Academia. Pero, tras someter la Germania y apaciguar la zona de los meandros del gélido Rin, en unos sitios, vertió la sangre de reyes ávidos tan sólo de crueldades y, en otros, los cargó de cadenas.

---

[3] Cfr. *Orator* 43,147.

[4] Erecteo fue uno de los primeros reyes de Atenas, a quien se atribuye el descubrimiento de numerosas artes, por lo cual se decía que había sido educado por Minerva (Cfr. *Iliad.* II,546 y ss.).

16.2. El César Juliano ataca a los alemanes, entre los que mata, apresa y pone en fuga a muchos

16.2.1. Mientras pasaba, pues, un invierno muy ajetreado en la ciudad antes señalada[5], en medio de los continuos rumores que le iban llegando, se enteró de que las murallas de la antigua ciudad de Autún[6], murallas de gran longitud pero frágiles debido al desgaste del tiempo, habían sido tomadas por los bárbaros en un ataque repentino, en el que se mostró por un lado la debilidad de los soldados que estaban en el interior y, por otro, la valerosa contribución de los veteranos, que acudieron durante la noche, en ese último y eterno esfuerzo por salvar la vida y conjurar los peores peligros.

16.2.2. Entonces, Juliano, sin olvidar nunca sus ocupaciones, desdeñando los halagos serviles con los que los cortesanos intentaban inclinarle hacia los placeres y el lujo, tras disponer todos los preparativos necesarios, llegó a Autún el veinticuatro de junio, semejante a un experto general de fortaleza y prudencia reconocidas, con la intención de combatir tan pronto como la fortuna le ofreciese una oportunidad a esos bárbaros que estaban extendiéndose por diversos lugares.

16.2.3. Así pues, en presencia de los que conocían esta zona, se estableció una deliberación acerca de qué camino sería el más seguro, vertiéndose muchas opiniones en diversos sentidos, ya que unos afirmaban que debían marchar por Arbor[7], otros que por Saulieu[8] y Cora[9].

16.2.4. Pero cuando algunos comentaron que, poco antes, Silvano, comandante de la infantería, había cruzado con gran

[5] Es decir, en Viena.

[6] Augustoduno, hoy Autún, era una ciudad de la Galia Lionesa.

[7] Existe una laguna en el texto que impide completar el nombre de este lugar.

[8] Según el itinerario de Antonino es la primera *mansio* después de Autún en el camino desde Lyon a Reims.

[9] Se trata de un pequeño emplazamiento cerca de Autún, del que aún quedan restos de una fortificación.

dificultad junto a ocho mil soldados de reserva por un camino más corto, aunque peligroso ya que atravesaba zonas de vegetación muy espesa, entonces el César, muy seguro de sí mismo, puso gran empeño en imitar la audacia de este valiente.

16.2.5. Y para que no se produjera demora alguna, acompañado tan sólo por soldados de caballería protegidos por una coraza y por ballesteros [10], que eran poco idóneos para proteger a un mando, llegó a Auxerre tras recorrer ese mismo camino.

16.2.6. Después de recobrar fuerzas durante un instante con sus soldados, según su costumbre, cuando se dirigía a Troyes, como temía que los bárbaros que le atacaban en grupos desde todas partes fueran muy numerosos, reforzó sus flancos y se mantuvo a la expectativa. De este modo, pudo atacarles con un breve descenso desde los lugares idóneos que había ocupado, se apoderó de algunos, que se entregaron a causa del temor, y en cuanto a los demás, que se llevaban todo lo que podían con la mayor celeridad, como no podía perseguirles debido al peso de las armas, permitió que se fueran sin recibir daño alguno.

16.2.7. Más firme, pues, y con más seguridad para oponerse a los que le atacaban, tras afrontar numerosos peligros, llegó a Troyes de una forma tan inesperada que, mientras él en persona casi derribaba la puerta a golpes, los del interior, llenos de pánico ante la multitud de bárbaros que les rodeaban, tan sólo le abrieron las entradas de la ciudad después de angustiosas dudas.

16.2.8. Allí se detuvo brevemente mientras descansaban sus soldados, tras lo cual, pensando que no debía demorarse, se di-

---

[10] Es decir, soldados provistos de *ballista*, que era un artilugio militar utilizado para lanzar piedras y otros proyectiles, que será descrito por Amiano en 23,4,1.

rigió a Rheims, donde había ordenado que se reuniera el ejército con alimentos para un mes, y que aguardaran su llegada.

Este ejército estaba a las órdenes de Marcelo, sucesor de Ursicino, e incluso el propio Ursicino había recibido la orden de aguardar en ese mismo lugar hasta el final de la campaña.

16.2.9. Después de escuchar numerosas y variadas opiniones, habiéndose decidido atacar al pueblo alemán a través de Diez Cantones [11] con tropas compactas, los soldados se dirigieron a aquel lugar con una furia mayor de la acostumbrada.

16.2.10. Y puesto que, debido a la humedad y a la niebla, el día no permitía ver con claridad ni siquiera lo más cercano, los enemigos, que conocían bien la zona, avanzaron por un atajo, atacaron a las dos legiones que cerraban la marcha a la zaga del César, y las habrían aniquilado si el griterío que se produjo de repente no hubiera atraído la ayuda de los aliados.

16.2.11. Desde ese momento Juliano, pensando que no podría cruzar ni camino ni río alguno sin recibir ataques, se mostraba precavido y prudente, cualidad esencial en los grandes generales, que suele proteger la vida y los recursos de los ejércitos.

16.2.12. Y así, como le dijeron que los bárbaros se habían apoderado de Estrasburgo, Brumath, Saverne, Seltz, Spire, Worms y Mayence, cuyos campos habitaban, pues rechazaban las ciudades por considerarlas como sepulcros rodeados por redes, ocupó primero Brumath. Pero cuando se disponía a proseguir su avance, le salió al paso una tropa de germanos en actitud amenazadora.

16.2.13. Entonces dispuso a su ejército en una formación semejante a una luna en cuarto creciente, y cuando la contienda comenzó a resolverse mediante una lucha cuerpo a cuer-

---

[11] La actual Dieuse.

po, como los enemigos se veían acosados por un doble peligro, después de ser algunos capturados y otros mutilados, los demás se marcharon protegidos por la rapidez de su fuga.

16.3. El César Juliano recupera Colonia, que había sido capturada por los francos y allí firma la paz con los reyes de esos pueblos francos

16.3.1. Después de esto, no encontrando resistencia alguna, determinó marchar para recuperar Colonia, destruida antes de la llegada del César a la Galia [12], y en cuyos territorios no había ninguna ciudad ni fortaleza digna de verse, a no ser por cierto lugar cercano a Coblenza –que debe su nombre a que allí se unen el Mosela y el Rin [13]– donde encontramos la ciudad de Remagen y una torre cercana a la citada Colonia.

16.3.2. Una vez en Colonia, no se marchó de allí hasta conseguir que los reyes francos, debido al miedo que sentían, suavizaran su cólera y firmaran una paz que, por el momento, era conveniente al estado, consiguiendo de este modo una ciudad completamente fortificada.

16.3.3. Feliz por estos primeros triunfos, atravesó la región de los tréveres dispuesto a pasar el invierno en Sens, ciudad apropiada entonces para ello.

Allí, soportando sobre sus hombros [14], según reza la expresión popular, la enorme carga de unas guerras que se multiplicaban, se veía arrastrado a solucionar problemas múltiples, como cuando los soldados que habían abandonado los puestos de defensa habituales fueron conducidos a lugares conflicti-

---

[12] Este hecho se narra en 15,8,19 donde Amiano relata cómo tras el asesinato de Silvano, los francos se apoderaron de Colonia, mientras Juliano se hallaba en Turín, lo cual le llenó de pesar.

[13] El nombre de Coblenza viene de *Confluentes*.

[14] Cfr. Val. Max, II,8,5.

vos, o cuando tuvo que dispersar a los grupos que habían conspirado contra los romanos, además de prever que no le faltaran víveres a un ejército que debía recorrer numerosos parajes.

16.4. El César Juliano es asediado por los alemanes en la ciudad de Sens

16.4.1. Mientras sopesaba cuidadosamente estas cuestiones, es atacado por una muchedumbre hostil, encendida por un deseo cada vez más vehemente de apoderarse de la ciudad, y muy confiada por el hecho de que, a través de unos traidores, sabían que el César no contaba ni con escuderos, ni con gentiles, pues éstos habían sido distribuidos por diversos municipios para que pudieran mejorar su aprovisionamiento.

16.4.2. Así pues, cerrada la ciudad y asegurada una parte de la muralla que parecía poco firme, podía verse al propio César en la muralla y entre las almenas tanto de día como de noche, ardiendo de ira y apretando los dientes cuando, en sus intentos de escapar, se veía retenido una y otra vez por la escasa tropa con la que contaba.

Finalmente, después de unos treinta días, los bárbaros se marcharon desanimados, murmurando que había sido inútil y estúpido planear el asedio de la ciudad.

16.4.3. Y para narrar algo que debe tomarse como un hecho indigno, mientras el César estaba en peligro, Marcelo, el jefe de la caballería, que se encontraba en los puestos de guardia cercanos, se demoraba en enviar ayuda a pesar de que, incluso si el ataque contra la ciudad se hubiera producido sin que estuviera allí el príncipe, hubiera debido ser liberada por una tropa numerosa del peligro que la asediaba.

16.4.4. El César, libre ya de este temor, con su gran eficacia y su constante celo, tomaba precauciones para que los soldados pudieran tener algún reposo en su esfuerzo continuo, pues ese reposo, por breve que fuera, sería suficiente para re-

cuperar las fuerzas, a pesar de que estas tierras, agostadas ya por una extrema escasez y asoladas con mucha frecuencia, apenas producían alimentos suficientes para las raciones.

16.4.5. Pero una vez que solucionó también este problema gracias a su esfuerzo tenaz, con mayores esperanzas en una mejora de la situación y con ánimo renovado, se dispuso a realizar más empresas.

16.5. Virtudes del César Juliano

16.5.1. Así pues, el primer objetivo que se impuso, algo realmente difícil de conseguir, fue la moderación. Y se atuvo a ella como si viviera de acuerdo con las leyes suntuarias que, introducidas en Roma a partir de los edictos de Licurgo, es decir, de tablillas de madera [15], tras ser obedecidas durante mucho tiempo ya desde la antigüedad, fueron renovadas por el dictador Sila quien, según la sentencia de Demócrito, consideraba que la fortuna dispone una mesa pretenciosa, mientras que el valor una mesa frugal [16].

16.5.2. Esta misma idea fue expresada con gran prudencia por Catón de Túsculo, el llamado «Censor» debido a la gran honestidad de su vida, quien dijo: «La preocupación excesiva por el alimento conlleva gran despreocupación por la virtud» [17].

16.5.3. Finalmente, a pesar de su constante lectura del librillo que Constancio había escrito personalmente cuando envió

---

[15] Las *rhetrae* (que hemos traducido como edictos) eran normas que Licurgo decía haber recibido directamente de Apolo en el oráculo de Delfos. En cuanto a *axes* (que hemos traducido como tablas de madera) Amiano debe referirse con ello a las leyes de Solón, que fueron escritas en tablas de madera en Atenas, por lo cual distintos editores creen que, en este pasaje, hay en realidad una laguna en la que se citaría a Solón.

[16] Cfr. Gell, II,24,11; I, 204 y ss.

[17] Cato, *Dicta* 78. Aparece en la p. 110,22 de la edición de los *Dicta Catonis* de Jordan, 1860.

a su hijastro a estudiar, un librillo en el que disponía con gran liberalidad qué alimentos debían dedicarse al banquete de un César, impidió que se trajeran y que se sirvieran faisán, vientre o ubre de cerda, contentándose con el pobre y casual alimento de un simple soldado raso.

16.5.4. Ésa era la razón por la que dedicaba toda la noche a tres ocupaciones: al descanso, a los asuntos del estado y a las musas, ocupaciones a las que, según hemos oído decir, se dedicaba también Alejandro Magno. Pero Juliano lo hacía con más intensidad, porque Alejandro colocaba junto a él un recipiente de bronce y, sacando el brazo del lecho, sostenía encima una bola de plata, de manera que, cuando el sopor relajaba sus músculos, el tintineo de la bola al caer interrumpía su sueño [18].

16.5.5. En cambio Juliano se despertaba cuando quería sin tener que recurrir a ningún artilugio y, levantándose siempre a media noche, no de plumas o de cobertores de seda brillantes y con matices variados, sino de un tapiz y de un sayón de los que el pueblo llama vulgarmente «sisurna», suplicaba en secreto a Mercurio, dios que, según las enseñanzas de los teólogos, es la inteligencia más rápida del universo y la que suscita el pensamiento de las mentes. Era así, en ese ambiente de privaciones, en el que, con sumo celo, cuidaba de todos los asuntos del estado.

16.5.6. Una vez que resolvía los temas que consideraba arduos y serios, intentaba enriquecer su espíritu, y es increíble el afán con el que recorría mediante prudentes pensamientos todos los campos de la filosofía, avanzando así en la búsqueda de la esencia de materias sublimes, como si necesitara alimento para su ánimo, en un intento de elevarse a más altas esferas.

---

[18] El no dormir y dedicar la noche al trabajo era un lugar común aplicado a Aristóleles (por Diógenes Laercio), a Licurgo (por Plutarco)... aunque es normal que Amiano se lo aplique a Alejandro Magno pues, como sabemos, en el siglo IV se extendieron muchos mitos sobre él.

16.5.7. Ahora bien, aunque dominaba este campo plena y satisfactoriamente, no despreciaba materias más humildes, dedicándose con moderación a la poética y a la retórica, tal como demuestra la elegancia sin tacha de sus discursos y cartas, no exentos de seriedad, así como su variada historia de temas romanos y extranjeros.

A estas cualidades se añadía un estilo también elegante cuando hablaba en latín.

16.5.8. Así pues, si es cierto lo que cuentan diferentes autores, en el sentido de que el rey Ciro, el lírico Simónides e Hippias de Elis, el más agudo de los sofistas, gozaban de una memoria prodigiosa gracias a que bebían ciertos brebajes [19], entonces habría que pensar que Juliano, apenas llegado entonces a la edad adulta, había apurado un barril entero de memoria, si es que pudiera concebirse algo así.

Y éstos son ejemplos de sus actividades nocturnas, siempre honestas y virtuosas.

16.5.9. En cuanto al día, sus palabras elegantes y amenas, sus acciones en los preparativos de la lucha o en la propia contienda, así como sus correcciones magnánimas y liberales en los asuntos civiles, se demostrarán pormenorizadamente en el lugar apropiado.

16.5.10. Cuando este filósofo, en calidad de príncipe, se vio forzado a prepararse para la disciplina militar, y a aprender el arte de marchar rítmicamente al son pírrico [20] mientras sonaban las flautas, citaba con frecuencia a Platón y pronunciaba aquel famoso proverbio: «Se le han puesto albardas a un buey, seguramente no es una carga nuestra» [21].

16.5.11. Cuando, por orden suya, cierto día de fiesta se introdujo en el consistorio a unos agentes imperiales junto a otras personas para entregarles oro, algunos de ellos no lo re-

---

[19] Cfr, Quint, *Inst.*11,2.
[20] Era una especie de danza o de pasos militares.
[21] Cfr. Cic, *ad Att.* 5,15,3.

cibían en un pliegue del manto como es usual, sino ahuecando ambas manos. Ante esto, el emperador dijo: «Robar saben estos agentes, pero no recibir».

16.5.12. Llamado por los padres de una doncella que había sido raptada, ordenó que se relegara al convicto que la había violado[22]. Y como los padres se quejaban porque consideraban indigno que no se le hubiera condenado a muerte, él simplemente les respondió: «Que censuren las leyes mi clemencia, pero conviene que la clemencia de un emperador esté por encima del resto de las leyes».

16.5.13. En una ocasión en que iba a partir para una campaña, al ser molestado por muchos que se sentían perjudicados, les recomendó que expusieran sus reclamaciones ante los gobernadores de las provincias. Y, a su vuelta, después de conocer qué había hecho cada uno, suavizó con su innata benevolencia las penas impuestas por los distintos delitos.

16.5.14. Por último, para no mencionar las victorias en las que derrotó a los bárbaros, que, con frecuencia, sucumbían sin perder ni un ápice de su orgullo, su gran apoyo a los galos, abatidos ya por una penuria extrema, resulta evidente por el hecho de que, cuando llegó por primera vez a estas regiones, se enteró de que, a modo de tributo, se les exigían veinticinco monedas de oro por cabeza. Pero, al marcharse de allí, simplemente con siete pagaban todos los impuestos.

Por eso los galos mostraban su enorme alegría con bailes y muestras de entusiasmo, porque era como si, después de soportar terribles tinieblas, hubiera brillado para ellos un sol radiante.

16.5.15. Y ya para finalizar, sabemos que hasta el final de su mandato y de su vida, observó provechosamente esta norma: no rebajar parte de los tributos mediante lo que llaman indulgencias.

---

[22] La relegación consiste en un destierro por un plazo de tiempo determinado, pero sin que se pierdan los derechos de ciudadanía.

Y es que sabía que, si hacía esto, iba a colaborar con los pudientes, cuando es evidente que los pobres, desde el mismo inicio de las colectas, se veían obligados a pagar sin que se les hiciera rebaja alguna.

16.5.16. Sin embargo, mientras daba estas muestras de gobierno y de moderación, que debían ser emuladas por todo buen emperador, la furia de los bárbaros se había desatado de nuevo aun con más violencia.

16.5.17. Y semejantes a bestias que, como están acostumbradas a vivir de lo que rapiñan cuando se descuidan sus guardianes, no dejan este hábito, por mucho que esos guardianes sean reemplazados por otros más poderosos, sino que enrabietadas por el hambre, sin temer por su vida, atacan al ganado o a los rebaños, así también los bárbaros, una vez agotaron todo lo que habían saqueado, apremiados por el hambre, a veces, conseguían alguna presa pero, a veces, sucumbían antes de obtener nada.

16.6. El consular Arbitión es acusado y resulta absuelto

16.6.1. Esto fue lo que sucedió en la Galia durante aquel año de pocas esperanzas, pero de resultado, sin embargo, feliz. Con todo, la envidia afilaba sus dientes en torno a Arbitión, acusándole porque, como si pretendiera conseguir en el futuro el más alto rango, tenía preparadas las insignias de la dignidad imperial. Además, un conde llamado Verísimo lanzaba terribles insultos contra él y le acusaba públicamente porque, habiendo ascendido ya al más alto grado de la milicia desde la condición de simple soldado raso, no contento tampoco con ello por considerarlo poca cosa, aspiraba a la cima del imperio.

16.6.2. Pero especialmente le criticaba un tal Doro, antiguo médico de los escuderos y quien, como hemos relatado,

cuando, bajo el mandato de Magnencio, ascendió en Roma a centurión encargado de los asuntos artísticos, acusó a Adelfio, prefecto de la ciudad, de haber tenido aspiraciones demasiado ambiciosas.

16.6.3. Pero una vez que se llegó a la investigación, cuando todo lo necesario estaba dispuesto ya para este asunto, y cuando se esperaba la demostración de las acusaciones, como por una confusión y contando súbitamente con la complicidad de los ayudas de cámara, según se rumoreaba con insistencia, se liberó a las personas detenidas como presuntos culpables.

Ante ello Doro desapareció y Verísimo permaneció ya en silencio, como si se hubiera bajado el telón de un teatro.

16.7. El César Juliano es defendido por su ayuda de cámara Euterio de las acusaciones de Marcelo ante el emperador. Alabanza de Euterio

16.7.1. En esos mismos días, cuando se extendió el rumor y se informó a Constancio de que Marcelo no había prestado ayuda al César cuando estaba asediado en Sens[23], el Augusto le liberó de su juramento y le ordenó que se fuera a su casa.

Éste, como si hubieran cometido una grave injusticia contra él, empezó a tramar un plan contra Juliano, confiando en los oídos del Augusto, siempre abiertos a todo tipo de acusaciones.

16.7.2. Y por eso, cuando Marcelo se puso en marcha, inmediatamente se envió tras él a Euterio, el ayuda de cámara, pues así podría refutarle si intentaba planear algo.

Marcelo, que no conocía este hecho, tan pronto como llegó a Milán, comenzó a lanzar acusaciones y provocó tumultos, mostrándose como lo que era, como un fanfarrón medio loco.

Una vez que entró en el consistorio, acusó a Juliano de ambicioso y de estar preparándose unas alas más fuertes para

---

[23] Cfr. 14,4,3.

poder volar muy alto. Y al lanzar estas acusaciones gesticulaba de forma grotesca con todo el cuerpo.

16.7.3. Mientras Marcelo representaba este papel sin respeto alguno, se hizo pasar a Euterio, como él mismo había solicitado. Y cuando se le pidió que dijera lo que quisiera, de forma respetuosa y con moderación señaló que la verdad estaba siendo falseada con mentiras.

Y es que, mientras el comandante de la caballería, según se creía, no había prestado ayuda con premeditación, el César sólo había conseguido expulsar a los bárbaros tras un enorme esfuerzo y después de un largo asedio en Sens. Y, además, poniendo su cabeza en juego, prometía que, mientras viviera, sería un fiel colaborador de su protector.

16.7.4. La narración me invita a añadir algunos datos acerca de Euterio, datos no creíbles quizá, porque si Numa Pompilio o Sócrates hubieran elogiado a un eunuco, y hubieran sellado sus palabras con la solemnidad de un juramento, se les habría acusado de falsear la verdad. Pero, si entre las zarzas nacen rosas, también, entre las fieras, algunas se amansan. Por ello, voy a narrar brevemente los hechos principales que me ha sido posible conocer de su vida.

16.7.5. Nació en Armenia en una familia libre, pero fue cautivado por unas tribus vecinas hostiles y, tras ser vendido a unos mercaderes romanos cuando aún era un niño, fue conducido al palacio de Constantino. Allí, cuando llegó a la adolescencia, daba ya muestras de un tipo de vida virtuosa y de un poderoso ingenio, siendo tan conocedor de las letras como podía serlo alguien de su condición, sobresaliente por su enorme agudeza para estudiar y resolver asuntos dudosos y difíciles, con una memoria enormemente desarrollada, deseoso de hacer el bien y lleno de justas intenciones, y quien si, en otro tiempo, al salir de la adolescencia y llegar a la madurez, hubiera sido escuchado por Constante cuando le daba consejos honestos y rectos, entonces el emperador no habría cometido ninguna falta o, al menos, tan sólo alguna digna de perdón.

16.7.6. Euterio, como ayuda de cámara, incluso corregía en ocasiones a Juliano, que se había educado entre las costumbres asiáticas y, por ello, era algo frívolo.

Finalmente, tras descansar durante un tiempo, fue reclamado de nuevo en palacio, donde, siempre sobrio y serio entre los primeros, cultivó tanto la lealtad, la moderación y otras nobles virtudes que nunca fue acusado de haber revelado algún secreto a no ser para salvar alguna vida, ni de haberse consumido por su ambición, hecho que sí le ocurría a otros.

16.7.7. Ésa es la causa por la que, una vez que se retiró a Roma y fijó allí su domicilio, envejeció teniendo siempre como compañera a su recta conciencia, honrado y amado por todos los órdenes, a pesar de que los hombres de este tipo suelen buscar lugares recónditos después de enriquecerse de mala manera, del mismo modo que los animales nocturnos evitan contemplar a la multitud que han herido.

16.7.8. A pesar de examinar cuidadosamente el pasado, no he podido descubrir a ningún eunuco en la antigüedad con quien pueda comparar a este hombre, ya que, entre los antiguos, aunque pocos –realmente muy pocos– sí los hubo leales y honrados, pero siempre están cubiertos por ciertos vicios.

Y así, junto a las importantes virtudes que poseía cada uno, ya por haberlas adquirido o por ser innatas, alguno era rapaz o despreciable por su ferocidad, o propenso a causar daño, o demasiado adulador hacia los gobernantes, o demasiado engreído por su posición, de manera que confieso que ni he leído ni he escuchado hablar de nadie tan preparado en todos los aspectos, a pesar de que he examinado el rico testimonio de nuestra época.

16.7.9. Y si, por casualidad, algún curioso conocedor de la historia antigua[24] defiende ante nosotros la figura de Menó-

---

[24] La expresión utilizada por Amiano en este capítulo: *scrupulosus lector antiquitatum* resume tal vez su ideal de cultura: conocer y conservar la cultura de antaño.

filo, el eunuco de Mitrídates, rey del Ponto, que recuerde solamente por nuestras palabras que, acerca de éste, no se ha dicho otra cosa sino que, en un momento de extremo peligro, se comportó de forma gloriosa[25].

16.7.10. Cuando este rey fue vencido en un terrible combate por los romanos y por Pompeyo, huyó al reino de los Colcos y dejó a su hija Dripetina, de edad ya adulta y aquejada de duras enfermedades, confiada a este Menófilo en la fortaleza de Sinhorio.

Éste, siguiendo las indicaciones del padre, después de curar y de mantener en perfecta salud a la doncella, gracias a su conocimiento de todo tipo de remedios, cuando la fortaleza en la que se ocultaba comenzó a ser asediada por Manlio Prisco, legado del emperador, y cuando se dio cuenta de que los defensores planeaban traicionarle, temiendo que la noble muchacha sobreviviera en cautividad y fuera violada, con la consiguiente deshonra para su padre, la mató y se clavó una espada en las entrañas.

Pero volvamos ya ahora a nuestra narración.

16.8. Acusaciones y calumnias en el campamento del Agusto Constancio, y sobre la rapacidad de los cortesanos

16.8.1. Después de descubrir a Marcelo, como he dicho, y de hacerle regresar a Serdica, donde había nacido, siguieron cometiéndose múltiples y terribles crímenes en el campamento de Augusto, con la excusa de que se defendía la majestad imperial.

16.8.2. Pues si alguien consultaba a un experto en estos temas acerca del chillido de un ratón, o del encuentro con una comadreja, o de una señal de este tipo; o bien si, para calmar un dolor, utilizaba uno de esos encantamientos de viejas que son también admitidos por la medicina, se le acusaba de un

[25] No se menciona en otros lugares el hecho al que se refiere Amiano en este pasaje.

crimen del que no podía opinar, era arrastrado a juicio y moría ejecutado.

16.8.3. Aproximadamente por esa misma época, cierto esclavo llamado Dano fue acusado de culpas leves por su esposa, que pretendía tan sólo asustarle.

Pero a esta mujer le tendió una trampa Rufino, que la conocía de algo. Este Rufino es quien, con su relato de lo que había dicho Gaudencio, agente imperial, hizo que asesinaran al consular de Panonia, que era entonces el Africano, y también a algunos invitados, tal como hemos narrado[26]. Además, gracias a su empeño, Rufino era también entonces jefe de los miembros de la prefectura pretoriana.

16.8.4. Éste, según contaba él mismo de modo jactancioso, condujo a esta voluble mujer a una trampa peligrosa, después de mantener relaciones ilícitas con ella, ya que la persuadió con mentiras engañosas para que acusara a su marido, que era inocente, de un crimen de alta traición, inventando para ello que Dano había robado un velo púrpura del sepulcro de Diocleciano, y que lo mantenía oculto gracias a la complicidad de algunos.

16.8.5. Una vez ideado este plan, que causaría la muerte de muchos, el propio Rufino voló al campamento del emperador, movido por la esperanza de conseguir grandes recompensas y dispuesto a lanzar sus calumnias habituales.

Pero al descubrirse la verdad, se ordenó a Mavorcio, entonces prefecto del pretorio y hombre de extraordinaria constancia, que investigara minuciosamente este delito. Además, para escuchar las declaraciones, se le une también Úrsulo, conde del tesoro, de seriedad igualmente sin tacha.

16.8.6. De este modo, aunque el asunto se magnificó según la costumbre propia de la época, como no se descubrió nada

---

[26] Cfr. 15,3,7.

a pesar de que torturaron a muchos, y los jueces no sabían qué hacer, finalmente, a pesar de los intentos de ocultarla, se descubrió la verdad.

Entonces, la mujer, con grandes remordimientos de conciencia, confesó que Rufino había sido el instigador de toda la trama, sin omitir ni siquiera la vergüenza de su adulterio.

Así pues, tras examinar los hechos sin más dilación, los jueces, rectos todos ellos y con un deseo similar de que se hiciera justicia, los condenaron a ambos a la pena capital.

16.8.7. Una vez conocido este hecho, Constancio, indignado y entristecido como si hubiera muerto su protector, envió rápidamente a varios jinetes y ordenó a Úrsulo en tono de amenaza que volviera a la corte.

Cuando éste llegó, aunque quiso acudir ante el príncipe, se encontró con la oposición de los cortesanos, que intentaban que no pudiera comparecer ni defender así la verdad. Pero Úrsulo rechazó a los que le impedían el paso, irrumpió sin temor y, entrando en el consistorio, habló de corazón y sin tapujos mientras explicaba lo sucedido.

Los aduladores quedaron en silencio ante esta muestra de valor, y Úrsulo consiguió librar al prefecto y a sí mismo de un serio peligro.

16.8.8. Entonces sucedió entre los aquitanos un hecho que la fama se encargó de difundir extensamente.

Cierto señor, un viejo zorro bastante veterano ya, fue invitado a un banquete elegante y refinado de los muchos que se celebran en estas regiones. Y habiendo observado que las bandas de púrpura de las colchas de lino eran tan amplias que se ensamblaban perfectamente entre sí gracias a la habilidad de los sirvientes, y que la mesa estaba cubierta con manteles semejantes, dobló hacia el interior la parte delantera de su clámide con ambas manos, componiéndola toda como si fuera un manto imperial, acción que arruinó un rico patrimonio[27].

---

[27] Al dar a entender que los adornos de un banquete podían utilizarse como manto imperial, se estaba burlando de esta dignidad.

16.8.9. Con similar malicia, un agente imperial invitado igualmente a una cena en Hispania, al escuchar que los esclavos que le traían las lámparas para la noche exclamaban según la costumbre «venzamos»[28], interpretó de forma muy rigurosa esta expresión ritual y destruyó así este noble hogar.

16.8.10. Estos hechos y otros similares iban aumentando cada día porque Constancio, timorato y muy preocupado por su vida, estaba siempre temiendo que le hirieran, semejante a aquel tirano de Sicilia, Dionisio, quien debido a este mismo defecto, enseñó a sus hijas a ser barberas, pues así no tendría que dejar que ningún extraño le afeitara el rostro. Y, además, rodeó el pequeño hogar donde solía dormir con una profunda fosa, y lo fortificó con un puente desmontable, de manera que cuando se iba a dormir se llevaba los tablones y ejes desmontados, y los ensamblaba de nuevo al amanecer[29].

16.8.11. Además, los poderosos de la corte hacían sonar los clarines de la guerra civil, para poder así apoderarse de los bienes que se les confiscaban a los condenados, y tener la posibilidad de extenderse ampliamente por los territorios cercanos.

16.8.12. Y es que, como han demostrado pruebas irrefutables, si fue Constantino el primer emperador que despertó el ansia de los que le rodeaban, fue Constancio el que los cebó con todos los bienes de las provincias[30].

16.8.13. En efecto, en su reinado, los cabecillas de los diferentes órdenes se consumían por su deseo insaciable de riqueza, sin distinguir lo justo o lo correcto. En este sentido, entre los jueces civiles, podemos destacar en primer lugar a

---

[28] Es decir, «venzamos a la oscuridad».

[29] Cfr. Cic, *Tusc.* 5,20,58-59 y Val.Max, 9,13,4.

[30] Utiliza aquí Amiano expresiones propias de animales: *aperire fauces* en el sentido de despertar el apetito o la ambición; y *saginare* con el sentido de cebar. Este tipo de metáforas implícitas son muy del gusto de Amiano, y principalmente aquellas en las que utilizan características o acciones propias de animales para criticar acciones humanas.

Rufino, el prefecto del pretorio; entre los soldados a Arbitión, jefe de la caballería; al ayuda de cámara; al cuestor Eusebio[31]; en Roma a los Anicios, cuyos descendientes aunque intentaron emularlos, nunca pudieron saciarse con posesiones mucho mayores[32].

16.9. Se trata con los persas acerca de la paz

16.9.1. En Oriente los persas, recurriendo a hurtos y robos y no tanto a su táctica anterior, basada en las escaramuzas, conseguían botines de hombres y de animales que, a veces, lograban con ataques repentinos, aunque a veces los perdían al ser superados en número por nuestros soldados. En oras ocasiones, no conseguían encontrar nada que robar.

16.9.2. Por su parte Musoniano, prefecto del pretorio, educado en numerosas artes liberales como antes apuntamos, pero venal y fácil de sobornar por dinero, mediante algunos espías conocedores del arte del engaño y de la acusación, intentaba averiguar los planes de los persas. Y, para ello, contaba también con la colaboración de Casiano, duque de Mesopotamia, endurecido ya en campañas y peligros múltiples[33].

16.9.3. Cuando ambos, gracias a las noticias veraces que les ofrecían los espías, supieron que Sapor se encontraba en las zonas de su reino más lejanas, y que, con grandes apuros y derramando una gran cantidad de sangre de los suyos, estaba intentando derrotar a pueblos hostiles, utilizaron a soldados desconocidos para contactar en secreto con Tamsapor, general cercano a nuestro territorio. De este modo, si se presentaba una posibilidad, podría persuadir por carta a su rey para

---

[31] Hay aquí una laguna, que nos impide completar este nombre, que aparece como *Eusebius ...anus*.

[32] Los Anicios se convirtieron en el siglo IV en una de las familias más poderosas de Roma, con numerosas posesiones.

[33] Cfr. 18,7,3; 19,9,6 y 25,8,7.

que firmara de una vez la paz con el emperador romano, pues cuando esto se llevara a cabo, podría dedicarse a atacar a sus enemigos de siempre sin temor a ningún ataque en toda la frontera occidental.

16.9.4. Tamsapor dio su aprobación y, confiado en los mensajeros, informa al rey de que Constancio, implicado en durísimas contiendas, suplicaba la paz. Pero, hasta que estas noticias llegaron a los chionitas y a los eusenos, en cuyo territorio invernaba Sapor, pasó un largo tiempo.

16.10. Llegada del Augusto Constancio a Roma como si fuera un triunfante general

16.10.1. Mientras van tomándose estas disposiciones tanto en la parte oriental del imperio como en la Galia según demanda la ocasión, Constancio, como si estuviera ya cerrado el templo de Jano y hubiese sometido a todos los enemigos, desde la muerte de Magnencio, deseaba ardientemente visitar Roma para celebrar allí un triunfo sobre sangre romana y sin ningún título[34].

16.10.2. Nunca venció por sí mismo a ningún pueblo enfrentado a nosotros en una guerra, ni conoció a pueblo alguno derrotado por el valor de sus generales, ni consiguió ningún territorio para el imperio, ni se le vio jamás el primero o entre los primeros en circunstancias extremas. Pero deseaba aparecer con una enorme comitiva, con insignias deslumbrantes por el oro y un cortejo elegante, ante un pueblo que vivía tranquilamente y que, ni esperaba, ni había deseado jamás ver este tipo de cosas ni nada similar.

---

[34] Amiano ironiza aquí sobre la entrada triunfal de Constancio en Roma para conmemorar su triunfo sobre Magnencio cinco años antes. Aunque, en su relato, Amiano aparece entre los romanos que están viendo la llegada de Constancio, no es seguro que Amiano estuviera allí, ni que estuviera aludiendo a la entrada de Teodosio en Roma en el año 389.

16.10.3. Tal vez porque Constancio ignoraba que algunos emperadores de la antigüedad se habían contentado con lictores en períodos de paz, pero que, por contra, cuando la dureza de la lucha no permitía ningún tipo de tregua, uno se montó sin temor en una barquichuela de pescadores, mientras soplaba la furia de los vientos[35]; otro, para ejemplo de los dacios, prometió entregar su vida para salvar a su pueblo[36]; otro reconoció por sí mismo el campamento enemigo acompañado tan sólo por soldados rasos[37] y, finalmente, otros brillaron en acciones heroicas, hasta tal punto que legaron sus hazañas al recuerdo glorioso de la posteridad.

16.10.4. Así pues, después de gastarse una gran fortuna en ese cortejo regio y de otorgar recompensas a todos por sus méritos, en la segunda prefectura de Orfito, Constancio, tras atravesar Ocrículo[38], rodeado por grandes honores y acompañado por tropas de aspecto temible, era conducido como por un ejército preparado para el combate, con los ojos de todos dirigidos fijamente hacia él.

16.10.5. Al acercarse a la ciudad, observando con rostro sereno los homenajes del senado y la apariencia venerable de la clase patricia, no creyó, como sí hizo Cineas, el famoso legado de Pirro, que se había reunido allí una multitud de reyes, sino que estaba ante un lugar sagrado para todo el mundo.

16.10.6. Después, cuando se volvió hacia la plebe, se quedó estupefacto ante la enorme concurrencia de hombres de todas las razas que podía verse en Roma. Y, como si fuera a aterrar al Éufrates o al Rin ante la demostración de sus armas, pre-

---

[35] Se refiere a Julio César en su paso del Adriático. Cfr. Lucan, 533 y ss; Plut. *Vita Caesaris* 38,2-3.

[36] Claudio II, en la guerra contra los godos, en el 269. Cfr. Aur. Vict, *Caes*. 34,3-4.

[37] Se trata de Galerio Maximiano, que reconoció personalmente las líneas de los persas. Cfr. Eutr, 9,25; Fest, 25.

[38] Era la última villa antes de entrar en el Lacio, lo cual muestra cómo Constancio va acercándose majestuosamente a Roma.

cedido por dos filas de insignias, marchaba sentado sobre un carruaje de oro, que brillaba con el fulgor de piedras distintas, con cuyo brillo parecía producirse una luz alternante.

16.10.7. Además del numeroso cortejo que le precedía, le rodeaban dragones tejidos con color púrpura[39], atados a la parte superior de las lanzas con oro y piedras preciosas, unos dragones que abrían una boca enorme al viento, de manera que emitían un sonido que daba a entender que estaban furiosos mientras sus colas se agitaban llevadas por viento.

16.10.8. A continuación, por ambos lados, le seguían dos filas de soldados armados, con escudo y con casco, que desprendían un brillo deslumbrante al ir revestidos de radiante coraza. Entre ellos aparecían jinetes protegidos por armadura, de esos que llaman «clibanarios»[40], que hacían un terrible sonido al avanzar, con la cabeza cubierta y con un cinturón de hierro que les ceñía el cuerpo, de manera que parecían estatuas pulidas por la mano de Praxíteles, en vez de hombres[41].

Estaban cubiertos por finas cotas de malla que se adaptaban a sus articulaciones, y que envolvían todo su cuerpo, de manera que podían realizar todos los movimientos que necesitaran gracias a una protección como ésta, que se adaptaba perfectamente mediante ensamblajes.

16.10.9. Y así Constancio, al ser aclamado como Augusto por voces favorables, no sentía pánico ante el estruendo que se extendía por montes y riberas, sino que mostraba la misma tranquilidad con la que aparecía en sus provincias.

---

[39] Son las enseñas de las cohortes imperiales.

[40] Esta denominación procede del griego *κλίβανον* «horno», y alude a la armadura completa que protegía a estos soldados.

[41] Como indica G. Sabbah, este capítulo 10 del libro 16 es un auténtico poema, rico en contenido histórico y descriptivo, pero con gran cantidad de elementos que poseerían un sentido simbólico: los dragones simbolizan la amenaza; los clibanarios la deshumanización; los elefantes el temor inspirado por la monstruosidad. Esto le hace concluir a G. Sabbah que la escritura de Amiano es muy virgiliana, por su riqueza en sugestiones simbólicas. *Ammien Marcellin*, pp. 544-545.

16.10.10. Para ello, aunque era muy bajo, doblaba su cuerpo al atravesar puertas muy altas y, además, como si no pudiera mover el cuello por llevar armadura, miraba en línea recta sin torcer su rostro ni a la derecha ni a la izquierda, semejante a una estatua. Y no bajaba jamás la cabeza por los movimientos de las ruedas, ni se le vio nunca escupir, ni secarse, ni frotarse la boca o la nariz, ni agitar una mano.

16.10.11. Aunque se trataba de una pose, esta demostración y otros datos de su vida privada eran pruebas de una capacidad de aguante nada mediocre, una capacidad que, según daba a entender, se le había concedido tan sólo a él.

16.10.12. En cuanto al hecho de que, durante todo su mandato no permitió que nadie compartiera con él su vehículo, y que no consintió que ningún particular le acompañara como colega en un cargo público –cosa que sí hicieron príncipes divinizados– y el que, después de llegar a lo más alto, observara muchas normas de este tipo como si fueran las leyes más justas, voy a omitirlo, porque recuerdo que lo he relatado ya en su momento.

16.10.13. Pues bien, cuando entró en Roma, sede del imperio y de todas las virtudes, al llegar a la Rostra, reconocidísimo foro de nuestro antiguo poder, se quedó perplejo y, mirara donde mirara, se asombraba ante el gran número de construcciones maravillosas.

Después de hablar a la nobleza en la curia, y al pueblo desde un estrado, fue recibido en el palacio entre grandes aclamaciones, con lo cual pudo disfrutar de un placer largamente deseado. Lo cierto es que, con frecuencia, cuando ofrecía juegos ecuestres, disfrutaba con la mordacidad de la plebe que, sin sobrepasarse, conservaba aún su tradicional frescura, mientras él mismo conservaba también respetuosamente la mesura debida.

16.10.14. Y es que no permitía que sucediera lo que vemos en otras ciudades: que los combates terminaran según su voluntad, sino que lo hacía depender de varias circunstancias, que es lo que normalmente ocurre.

Además, al contemplar los suburbios y los distintos barrios de la ciudad situados en el espacio comprendido entre las cimas de las siete colinas, a lo largo de sus pendientes y llanuras, siempre creía que aquello que estaba viendo en ese momento sobresalía sobre todo lo demás: el santuario de Júpiter Tarpeyo, que destaca como lo divino sobre lo humano; las termas, que ocupaban una superficie similar a una provincia; la gran mole del anfiteatro, perfectamente firme con su base de piedra del Tíber, y hasta cuya cima apenas puede alcanzar la vista del hombre; el Panteón, semejante a un barrio entero, redondeado y con bella cúpula; las altas columnas levantadas sobre pilares elevados, donde pueden verse estatuas de los antiguos emperadores; el templo de la ciudad; el Foro de la Paz; el teatro de Pompeyo; el Odeón; el Estadio y otras muchas construcciones, además de otras maravillas de la Ciudad Eterna.

16.10.15. Pero cuando llegó al Foro de Trajano, superficie única en todo el mundo y, en nuestra opinión, digna de ser admirada incluso por los propios dioses, se detuvo deslumbrado mientras iba recorriendo con su mirada las gigantescas construcciones, indescriptibles e imposibles de repetir para otros mortales.

Y así, sin ninguna esperanza de poder construir nada semejante, decía que tan sólo pretendía y que tan sólo se sentía capaz de imitar al caballo de Trajano, colocado en solitario allí en medio del atrio, llevando al emperador en persona.

16.10.16. De pie junto a Constancio, el príncipe Ormisda, cuya salida de Persia hemos relatado anteriormente[42], con una astucia propia de su raza, le respondió lo siguiente:

«Antes, emperador, ordena construir un establo como éste, si es que puedes; y que el caballo que planeas fabricar sea tan conocido como éste que estamos viendo».

Este mismo Ormisda, cuando le preguntaron qué pensaba sobre Roma, contestó que solamente le gustaba una cosa, y es que se había percatado de que también allí morían los hombres.

---

[42] En uno de los libros perdidos de la obra.

16.10.17. Y así, después de ver muchas cosas con una mezcla de estupor y veneración, el emperador comenzó a quejarse de la fama, considerándola impotente y malvada, porque, aunque siempre lo exageraba todo, resultaba insuficiente a la hora de explicar lo que había en Roma.

Finalmente, tras reflexionar durante bastante tiempo acerca de qué podía hacer allí, determinó contribuir con algo a la belleza de la ciudad erigiendo en el Circo Máximo un obelisco, acerca de cuyo origen y forma trataré en el lugar apropiado[43].

16.10.18. Mientras tanto, Helena, hermana de Constancio y esposa del César Juliano, fue conducida a Roma por una llamada aparentemente amistosa, según un plan tramado por la emperatriz Eusebia, estéril durante toda su vida, que la convenció para que bebiera un veneno preparado con mala fe de manera que, cuando quedara embarazada, perdería el hijo que esperara.

16.10.19. Ya anteriormente, en la Galia, después de llevar en su vientre a un varón, lo perdió también por una intriga, ya que la nodriza, a cambio de una recompensa, lo mató después de nacer, cortando el cordón umbilical más de lo conveniente.

A tanto llegaban y tan concienzudos eran los esfuerzos que se realizaban para que este hombre de tamaño valor no tuviera descendencia.

16.10.20. Por ello, aunque el emperador mostró su deseo de alargar su estancia en el más sagrado de todos los lugares, para disfrutar así mejor del ocio y de los placeres, sin embargo, se sentía sobrecogido ante la continua llegada de noticias veraces, que le anunciaban que los suebos estaban atacando Recia, los cuados Valeria[44], y que los sármatas, el pueblo más

---

43 Cfr. 17,4,6 y ss.

44 Se trata de una zona de la Panonia que debe su nombre a la hija de Diocleciano. Cfr. 19,11,4.

experto en el pillaje, estaban devastando la Moesia Superior y la Panonia Segunda.

Agitado ante estas nuevas, treinta días después de su llegada, es decir, el veintinueve de mayo, se apresuró a marchar hacia el Ilírico a través de Trento.

16.10.21. Desde allí, después de sustituir a Marcelo por Sereno, que era adecuado por su experiencia militar y su madurez, ordenó a Ursicino que acudiera ante él.

Ursicino recibió gratamente esta misiva y se dirigió a Sirmio acompañado por algunos amigos. Allí, tras una larga deliberación acerca de un tratado de paz con los persas, pues Musoniano lo consideraba posible, es enviado a Oriente en calidad de general en jefe. Entonces, seleccionaron a los de mayor edad de nuestro grupo para que estuvieran al frente del ejército y, en cuanto a los adolescentes, se nos ordenó seguirle, dispuestos como estábamos a realizar cuanto él creyera oportuno en favor del estado.

16.11. El César Juliano ataca a los alemanes en las islas del Rin, donde habían buscado refugio para sí mismos y para sus posesiones. Además, repara Tres Tabernas[45] para luchar contra ellos

16.11.1. Por su parte Juliano, después de pasar un invierno muy agitado en Sens, una vez que el Augusto fue reelegido cónsul por novena vez y él por segunda, viendo que las amenazas germanas se extendían por doquier, marchó presuroso hacia Reims contando con presagios favorables y con la confianza de que al mando del ejército estaba Severo, hombre que no solía oponerse a sus órdenes, ni ser arrogante. Todo lo contrario, Severo era conocido por su moderación durante sus largos años de experiencia militar, y había seguido a Juliano en su constante progresión como soldado obediente que sigue a su general.

---

[45] Saverne.

16.11.2. En otro lugar, Barbatión, que había obtenido el mando de la infantería tras la muerte de Silvano, marchó desde Italia hacia Augst con veinticinco mil soldados obedeciendo una orden del emperador.

16.11.3. El plan, que se había sopesado cuidadosamente, consistía en que, al estar los alemanes realizando sus incursiones en una zona desconocida para ellos y de gran extensión, cuando vieran nuestros dos contingentes alineados en forma de tenaza, se angustiarían y caerían en nuestras manos.

16.11.4. Sin embargo, mientras intentaban acelerarse todos los preparativos como convenía, los letos, pueblo bárbaro experto en saqueos nada complicados, pasaron en secreto entre los campamentos de los dos ejércitos, y se lanzaron contra Lyon sin encontrar resistencia alguna. Y, de hecho, la habrían arrasado quemándola completamente, si no se hubieran visto rechazados al encontrar las puertas cerradas, hecho que les llevó a devastar cuanto encontraron fuera de la ciudad.

16.11.5. Conocido este desastre, el César, con rápida respuesta, envió tres valerosos escuadrones de caballería ligera, pues así podría controlar los tres caminos por los que no dudaba que marcharían los asaltantes.

Y no fracasó en absoluto este intento de emboscada.

16.11.6. Porque todos los que escaparon por estos caminos fueron asesinados, y se recuperó intacto todo su botín, pudiendo sólo escapar ilesos los que consiguieron atravesar seguros la zona de Barbatión, a quienes se les permitió el paso porque el tribuno Bainobaudes y Valentiniano[46], que posteriormente sería emperador, después de recibir la orden de seguir el plan trazado junto a sus escuadrones de caballería, no pudieron controlar el camino por donde se les había dicho

---

[46] Flavio Valentiniano nació el 321 a.C. en Panonia, en una familia humilde, y realizó una distinguida carrera militar bajo Galieno y Joviano, a cuya muerte sería aclamado emperador por el ejército en Nicea, en el 364.

que saldrían los germanos debido a la oposición de Cela, tribuno de los escuderos, que se había unido a la expedición como aliado de Barbatión.

16.11.7. No contento con ello, el general en jefe de la infantería[47], un cobarde que siempre criticaba las hazañas de Juliano, a sabiendas de que su orden había perjudicado los intereses romanos –pues Cela confesó todo cuando se le acusó– envió un mensaje falso a Constancio diciendo que esos mismos tribunos, con el pretexto de servir al estado, habían venido para sobornar a los soldados a los que él dirigía y que, por esta causa, les había privado de su autoridad y de su condición militar y les había enviado de vuelta a sus hogares.

16.11.8. En esos mismos días, aterrados ante la llegada de nuestros ejércitos, los bárbaros que se habían establecido en nuestro lado del Rin, bloquearon astutamente los caminos, difíciles y escarpados ya de por sí, para lo cual talaron y amontonaron árboles enormes. Otros, después de ocupar las islas que en buen número se esparcen por el río Rin, lanzando gritos fieros y siniestros, insultaban a los romanos y al César.

Éste, muy alterado, con la intención de capturar a algunos bárbaros, había pedido a Barbatión siete naves de las que tenía preparadas, para simular que iba a construir puentes y cruzar así el río.

Pero Barbatión las quemó todas, para que no se consiguiera ningún éxito que pudiera atribuirse al César.

16.11.9. Finalmente, tras conocer por el relato de unos espías recién capturados que, gracias al sofocante calor del verano, el río podía atravesarse ya por un vado, animando a unos soldados de infantería ligera de las tropas auxiliares, les encomendó tanto a ellos como a Bainobaudes, tribuno de los cornutos, que realizaran una acción memorable si contaban con la ayuda de la fortuna.

---

47 Es decir, Barbatión.

Éstos, avanzando por lugares de poco fondo y utilizando en ocasiones sus escudos a modo de barcas, llegaron a nado hasta una isla cercana, donde mataron como animales a hombres y mujeres sin distinción alguna de sexo o de edad.

Después se apoderaron de unas barcas vacías y, viajando sobre ellas, a pesar de que se tambaleaban, irrumpieron en muchos lugares con una actitud similar, hasta que, una vez que se sació su sed de sangre, cargados con un enorme botín, parte del cual perdieron por la violencia del río, regresaron todos sin sufrir daño alguno.

16.11.10. Al conocer este hecho, los demás germanos abandonaron las islas por considerarlas poco seguras, y se llevaron hacia el interior a sus familias, sus cosechas y todas sus riquezas bárbaras.

16.11.11. Desde aquí regresó Juliano para reparar la fortaleza denominada Tres Tabernas, destruida no hacía mucho tiempo por la tenacidad de los enemigos. Y es que, con su reconstrucción, se conseguiría que los germanos no pudieran llegar al interior de la Galia como venían haciendo.

Además, Juliano realizó esta tarea con más rapidez de lo que él mismo esperaba y, pensando en los defensores que debían establecerse allí, almacenó alimentos para un año entero. Para ello, recogieron las cosechas bárbaras gracias a la gran colaboración de los soldados, a pesar de que sentían cierto temor ante el peligro que les rodeaba.

16.11.12. No contento con esto, dispuso también para sí mismo víveres suficientes para veinte días. Y, como los soldados utilizaban con más agrado aquello que habían preparado personalmente que lo que recibían de otros, se indignaron enormemente al conocer que, de los alimentos que les habían llevado poco antes, no podían aprovechar nada, porque Barbatión, con gran arrogancia, se había apropiado de una parte al cruzar junto a ellos.

Además, el resto lo había quemado después de almacenarlo, sin que aún en nuestros días sepamos si realizaba todas

estas acciones criminales movido por su vanidad y su locura, o bien llevado por la confianza de estar obedeciendo órdenes del príncipe.

16.11.13. Sin embargo, se rumoreaba con insistencia que Juliano había sido elegido no para calmar los disturbios de las Galias, sino para conseguir que muriera en estas terribles batallas, porque entonces aún se le consideraba inexperto e incapaz de soportar siquiera el sonido de las armas.

16.11.14. Mientras se realizaban con gran rapidez todas las tareas necesarias para preparar el campamento, y mientras unos soldados acampaban en puestos de guardia situados en campo abierto y otros recogían trigo con gran cautela debido a su temor a las emboscadas, un numeroso grupo de bárbaros, anticipándose con enorme rapidez a cualquier tipo de rumor, atacaron repentinamente a Barbatión y a su ejército que, como hemos indicado, se hallaba separado de las defensas galas.

Los bárbaros, mientras pudieron, persiguieron a los que huían hasta Augst e incluso más allá y, tras apoderarse de la mayor parte de los bagajes y de los animales junto con sus mozos, volvieron con los suyos.

16.11.15. Pero Barbatión, como si su campaña hubiese terminado con éxito, repartió a sus soldados entre los distintos campamentos de invierno y volvió a la corte del emperador, dispuesto a maquinar una acusación contra el César, tal como era su costumbre.

16.12. El César Juliano ataca a los siete reyes de los germanos que tenían sometida la Galia, y derrota a los bárbaros en la batalla de Estrasburgo

16.12.1. Una vez que, después de este hecho, cundió un pánico enorme, los reyes de los alemanes, Chonodomario y Vestralpio, así como Urio y Ursicino, además de Serapión,

Sumario y Hortario, reunieron a todas sus fuerzas y, dando orden para que retumbaran los sones de la guerra, llegaron hasta la ciudad de Estrasburgo, convencidos de que el César se habría retirado por temor a una situación de extremo peligro, cuando lo cierto es que Juliano seguía ocupado reforzando afanosamente las defensas.

16.12.2. Quien les había transmitido esa confianza y les había hecho levantar orgullosos la cabeza fue un escudero traidor que, por temor al castigo de un crimen que había cometido, se pasó al bando germano tras la marcha del general fugado, y les contó que solamente trece mil soldados permanecían junto a Juliano –que era ciertamente el número que le seguía–, con lo cual el espíritu fiero de los bárbaros hizo nacer por doquier el ansia de lucha.

16.12.3. Ante la insistencia de este desertor, que repetía siempre lo mismo, los bárbaros, confiados, se animaron a realizar mayores empresas y, a través de unos mensajeros, instaron con bastante dureza al César para que abandonara unas tierras que ellos habían dominado gracias a su valor y a sus victorias.

Pero el César, que de nada tenía miedo, sin verse alterado ni por la ira ni por el dolor –todo lo contrario, riéndose de la soberbia de los bárbaros–, entretuvo a los mensajeros, sin cambiar en ningún momento su decisión, hasta que se terminó de levantar el campamento.

16.12.4. Además, la confusión era aún mayor por culpa del rey Chonodomario, que iba jactándose sin mesura por todas partes, siendo el primero a la hora de encabezar empresas peligrosas, lleno de orgullo, como suele suceder cuando las circunstancias son favorables.

16.12.5. Realmente derrotó al César Decencio, después de enfrentarse a él en una lucha equilibrada. También devastó y arrasó numerosas y opulentas ciudades, y dominó orgulloso la Galia sin encontrar resistencia durante mucho tiempo.

Además, su confianza se veía igualmente reforzada por la reciente fuga del aún general[48], que concentraba a un ejército numeroso y fuerte.

16.12.6. En efecto, los alemanes, al ver las insignias de los escudos, les reconocieron como los soldados que habían cedido terreno ante una banda de ladrones de los suyos, y como aquellos que por temor, en ocasiones, se habían retirado y dispersado después de sufrir numerosas pérdidas.

Esto hacía que el César estuviera preocupado y lleno de angustia, porque, en medio de una situación extrema, habiéndole abandonado su único apoyo para estos peligros[49], pensaba que tendría que luchar con pocos soldados, aunque valientes, contra pueblos poderosos.

16.12.7. Así, cuando comenzaron a brillar ya los rayos de sol y se extendió el sonido de las trompetas de guerra, la infantería se puso en marcha con paso lento, uniéndose a uno de sus flancos las tropas de caballería, entre las que se encontraban jinetes protegidos con armadura y arqueros, grupo temible por la eficacia de sus armas.

16.12.8. Y puesto que, desde el lugar donde comenzó la marcha de las insignias romanas, había catorce leguas hasta llegar al campo bárbaro, es decir, veintiún mil pasos, el César pensó, como debía, en las necesidades y en la seguridad de todos, hizo detenerse a los soldados que se habían situado ya en la vanguardia y, tras dar la señal establecida para el descanso, habló a los soldados que le rodeaban en sus formaciones con esa dulzura innata que siempre tenían sus palabras:

16.12.9. «Es el empeño en salvar la vida de todos, por decirlo con brevedad, lo que empuja a un César de espíritu nada timorato a que se dirija a vosotros y a que os suplique, com-

---

[48] Es decir, Barbatión.

[49] Es decir, Barbatión.

pañeros míos, que, confiados en un valor ya probado y fortalecido, elijamos la vía más segura, ya para aguantar ya para rechazar los peligros que nos aguardan, y no la vía más rápida o más dudosa.

16.12.10. »Y es que si conviene que, en circunstancias difíciles, la juventud sea audaz y valerosa, igualmente, cuando así lo demanda la situación, debe mostrarse sumisa y prudente. Por ello, si logro contar con vuestra ayuda y se contiene vuestra razonable indignación, os explicaré mi plan en pocas palabras.

16.12.11. »Es casi medio día y, cuando estamos ya agotados por la fatiga de la marcha, nos aguardan aún senderos intrincados y oscuros, sin que podamos contar con la ayuda de la noche y de sus estrellas, pues la luna ofrece poca luz. Vamos a atravesar una zona sofocante y reseca, sin posibilidad alguna de conseguir agua. Por ello, aun en el caso de que se nos permitiera atravesar esta tierra sin oposición, ¿qué íbamos a hacer contra las ordas bárbaras que nos atacaran bien descansadas y repuestas después de comer y beber?, ¿con qué fuerzas íbamos a enfrentarnos a ellos, teniendo como tenemos el cuerpo debilitado por el hambre, la sed y el esfuerzo?

16.12.12. »Así pues, si, incluso en circunstancias extremas, con frecuencia, ha sido útil tomar una determinación adecuada y, a veces, la ayuda divina ha restablecido el orden en una situación inestable, después de que se aceptara un buen consejo, lo que yo os pido, ahora que estamos protegidos por una muralla y un foso, es que hagamos turnos y descansemos, para poder disfrutar así de un sueño y de un alimento necesarios en una situación como ésta. Pues de este modo –y ójala la divinidad reciba propicia este deseo– tan pronto como amanezca, haremos avanzar unas águilas y unos estandartes destinados a la victoria y al triunfo».

16.12.13. Los soldados, sin permitirle que terminara su discurso, hicieron rechinar con fuerza los dientes y mostraron su ansia de lucha golpeando los escudos con sus lanzas, supli-

cando que se les condujera ante el enemigo, pues confiaban en el favor de la divinidad, en sí mismos y en el valor de un general afortunado y experimentado.

Y, como se demostró al final, la presencia de una especie de espíritu propicio les incitaba a luchar, mientras pudo.

16.12.14. A este entusiasmo se añadió la aprobación unánime de los altos oficiales, y sobre todo del prefecto del pretorio, Florencio[50] quien, aunque lo consideraba realmente peligroso, pensaba que había que luchar en circunstancias favorables, mientras los bárbaros estaban reunidos. Y es que decía que, si se dispersaban, no podrían controlar los impulsos de los soldados, siempre proclives a la sedición, y quienes aceptarían muy mal, y no sin recurrir a todo, según creía, el que les arrebatara una victoria que creían suya.

16.12.15. Además, una doble consideración hacía aumentar la confianza de los nuestros. En primer lugar, recordaban que, en el último año, en el que los romanos habían podido moverse libremente por los territorios situados al otro lado del Rin, no encontraron a nadie que defendiera su propio hogar o que les hiciera frente. Por el contrario, los bárbaros se contentaron con talar árboles por todas partes para cortar así los caminos, tras lo cual vivieron en terrenos muy alejados y con grandes penalidades debido al sofocante calor del verano.

Y, en segundo lugar, porque cuando el emperador llegó a su territorio, los bárbaros ni intentaron ofrecer resistencia, ni aparecieron siquiera, y tan sólo consiguieron la paz después de continuas súplicas.

16.12.16. Pero nadie advertía que las circunstancias habían cambiado, y que, entonces, los bárbaros estaban rodeados por una triple amenaza.

Por el emperador, que les apremiaba a través de Recia; por el César, que se hallaba cerca y no permitiría que nadie

---

[50] Florencio fue nombrado prefecto del pretorio y cónsul en el 361 por Constancio, mostrándose siempre favorable al Augusto.

escapara por ningún resquicio; y por los vecinos, a los que las continuas disputas habían convertido en enemigos, y quienes les tenían acogotados y rodeados por todas partes.

Pero una vez firmada la paz, cuando el emperador se marchó y fue solucionada ya la causa de las disputas, los pueblos vecinos se pusieron de acuerdo, con lo cual la vergonzosísima retirada del general romano aumentó enormemente su ferocidad innata.

16.12.17. Además, la situación romana había empeorado también de otro modo debido a la siguiente circunstancia.

Dos hermanos de sangre real, unidos por el vínculo de la paz que habían obtenido de Constancio el año anterior, no se plantearon ni provocar una revuelta, ni rebelarse. Pero poco después, cuando uno de ellos, Gundomado, que era más poderoso y de mayor lealtad, murió asesinado insidiosamente, todo su pueblo conspiró con nuestros enemigos. Y, muy pronto, el pueblo de Vadomario, sin que él quisiera, según aseguraba, se unió a las tropas de los bárbaros que se disponían a la lucha.

16.12.18. Así pues, cuando todos los miembros del ejército, tanto generales como soldados rasos, pensaban que debían luchar en ese momento y no querían suavizar ni un ápice su empeño, de repente, un abanderado exclamó:

«Apresúrate Juliano, el más afortunado de todos los Césares, a llegar donde te conduce la prosperidad de tu fortuna. Por fin, gracias a ti, sentimos que luchamos junto al valor y a la determinación. Guíanos como afortunado y valiente general, y sabrás todo lo que puede conseguir un soldado cuando se crece al contemplar a un general valiente y atento a las acciones de cada uno, siempre que contemos con la ayuda de la divinidad suprema».

16.12.19. Tras escuchar estas palabras, el ejército, sin relajarse nunca, avanzó y llegó junto a una colina suave, cubierta por una cosecha ya madura, y no muy lejana de las riberas del Rin.

Pues bien, desde la cima de esta colina, partieron a caballo tres observadores de los enemigos para anunciar que el ejército romano estaba llegando ya. Y, como se esforzaban para llegar cuanto antes junto a los suyos, un soldado de infantería no pudo seguirles y, capturado gracias a la rapidez de los nuestros, reveló que los germanos habían atravesado el río durante tres días y tres noches.

16.12.20. Cuando nuestros generales los vieron ya cerca y apiñados en formación de cuña, fijaron sus posiciones, colocando a manera de muralla inexpugnable a los soldados de la primera línea, a los que portaban los estandartes y a los oficiales.

Con parecida precaución, los enemigos se mantuvieron en sus posiciones.

16.12.21. Y cuando, tal como había señalado el desertor mencionado anteriormente, vieron que toda nuestra caballería se les oponía por el flanco derecho, colocaron sus mejores tropas ecuestres en el izquierdo.

Aquí, por motivos de seguridad, aparecían mezclados soldados de a pie y de la infantería ligera.

16.12.22. Y es que sabían que uno de sus soldados a caballo, por hábil que fuera, cuando se enfrentara a uno de nuestros clibanarios[51], como tenía que sujetar las riendas y el escudo y, además, manejar su lanza con una sola mano, no podría herir a un soldado cubierto con armadura de hierro. Y, en cambio, un soldado a pie, en el fragor del combate, como tendemos a preocuparnos tan sólo de aquello que está ocurriendo, deslizándose por el suelo a escondidas, puede atravesar el vientre del caballo y hacer caer al jinete sin que éste pueda evitarlo, matándole así sin mayores problemas.

16.12.23. Una vez dispuesto todo de este modo, reforzaron su flanco derecho con trampas ocultas y secretas.

---

[51] Soldados de caballería que llevaban todo el cuerpo protegido por una cota de malla, Cfr. 16,8,10.

En esta ocasión, todos estos pueblos belicosos y sanguinarios eran conducidos por Chonodomario y Serapión, que gozaban de un poder superior al de los demás reyes.

16.12.24. El verdadero instigador de toda esta revuelta, Chonodomario, con una pluma rojiza sobre su cabeza, audaz y confiado en la gran fortaleza de sus músculos, marchaba al frente del flanco izquierdo y acudía allí donde se preveía que la lucha sería más dura. Enorme y sobresaliendo montado en su caballo cubierto de espuma, se elevaba portando una lanza de enorme tamaño y destacaba entre los demás por el brillo de sus armas, por su valentía como soldado y por sus éxitos insuperables como general.

16.12.25. En cuanto al flanco derecho, estaba encabezado por Serapión, que aún era un joven casi imberbe, pero cuya eficacia iba por delante de su edad. Era hijo de Mederico, el hermano de Chonodomario, el hombre más pérfido mientras duró su existencia.

Su nombre se debía a que su padre, que había sido retenido como rehén durante mucho tiempo en la Galia, y que había aprendido algunos misterios griegos, cambió el nombre de su hijo, que originariamente era Agenarico, por el de Serapión[52].

16.12.26. A éstos les seguían otros reyes de poder casi similar –concretamente cinco–, diez príncipes, una larga serie de nobles, y treinta y cinco mil soldados de nacionalidades diversas, que luchaban, algunos, a cambio de un sueldo y, otros, obligados por un pacto, ya que debían devolver algún favor.

16.12.27. Pero cuando las trompetas lanzaban ya su terrible sonido, Severo, el general romano encargado del flanco izquierdo, después de llegar junto a unas trincheras repletas de soldados, desde donde, según se había dispuesto, saldrían de

---

[52] Es un nombre, pues, relacionado con el del dios egipcio Sérapis, cuyo culto se difundió entre griegos y romanos, haciendo que el nombre de Serapión fuera muy usual entre ellos en época helenística.

repente y causarían una gran confusión, se quedó quieto, impávido y, como sospechaba la existencia de emboscadas, no intentó avanzar más.

16.12.28. Al ver esto el César, animoso para enfrentarse a los mayores esfuerzos, rodeado por doscientos soldados, tal como requería el ardor de la lucha, tanto con sus palabras, como con sus gestos, animaba a las tropas de infantería para que avanzaran con rapidez.

16.12.29. Y, puesto que ni la amplitud de la zona ni el enorme número de soldados allí reunidos le permitían dirigirse a todos a un tiempo –y, por otra parte, para evitar resentimientos, procuraba que no pareciera aspirar a algo que el Augusto consideraba únicamente suyo–, sin preocuparse por su propia seguridad, se movía esquivando las armas de los enemigos y, con estas palabras y otras similares, animaba a los soldados, conocidos o desconocidos, para que lucharan con denuedo:

16.12.30. «Compañeros, ha llegado ya el momento de luchar que tanto hemos deseado vosotros y yo, ese momento que reclamabais antes, cuando pedíais alterados las armas».

16.12.31. Igualmente, después de llegar junto a los demás, que estaban situados junto a las insignias, al final del campo de batalla, les dijo:

«Vamos, soldados, ya está aquí ese día tan deseado desde hace tanto tiempo, el día que nos obliga a todos a lavar culpas ya antiguas y a devolver a la majestad romana el honor que merece. Ante nosotros tenemos a bárbaros que, llevados por la rabia y la locura desesperada, han llegado a destruir su propia fortuna, y a los que debemos someter con nuestras fuerzas».

16.12.32. A otros, de enorme experiencia y probados ya en la guerra, los dispuso correctamente animándoles con exhortaciones como ésta: «Levantémonos, valientes, y rechacemos

con el valor que merecen las ofensas infligidas a nuestra causa, que son las que me han llevado a aceptar, a pesar de mis dudas, el título de César.»

16.12.33. A otros, a los que veía reclamando ya a la ligera la señal para luchar y moviéndose intranquilos dispuestos a quebrantar su orden, les dijo:

«Por favor, no perdáis la gloria de una victoria segura por perseguir con precipitación a unos enemigos, a los que debemos ahuyentar. Y que nadie sucumba antes del último esfuerzo, pues prometo que abandonaré a los que huyan pero, en cambio, mi ayuda será total para aquellos que abatan por la espalda a los enemigos, siempre que realicen esta empresa con cauta y precisa moderación».

16.12.34. Repitiendo hasta la saciedad explicaciones de este tipo, dispuso a la mayor parte de su ejército frente a la primera línea de los bárbaros. Entonces, de repente, procedentes de los soldados de infantería alemanes se escucharon gritos indignados, en los que, a voces, se reclamaba unánimemente que los príncipes desmontaran y se mezclaran con ellos, para evitar que, si se producía algún problema, abandonaran a la masa miserable y se marcharan con facilidad.

16.12.35. Al enterarse de esto Chonodomario, bajó en rápido salto de su caballo y los que le seguían hicieron lo mismo sin demora, ya que ninguno de ellos dudaba de que la victoria sería suya.

16.12.36. Así pues, cuando el sonido de las trompetas dio la señal de lucha según la costumbre de ambos bandos, comenzó con gran violencia la batalla.

Durante un tiempo lanzaron armas arrojadizas y, mientras los germanos se precipitaban con más rapidez de la debida y blandían sus armas con la mano derecha, volaban sobre nuestra caballería, haciendo rechinar sus dientes de forma temible, con más ira de la que muestran normalmente. Sus cabellos erizados flotaban al viento y la furia brillaba en sus ojos.

Frente a ellos nuestros soldados, con valor, se cubrían la cabeza con los escudos, y empuñando las espadas y blandiendo las armas, les aterraban con espantosas amenazas de muerte.

16.12.37. Y mientras, en los momentos decisivos del combate, la caballería mantenía su posición con gran valor, y la infantería protegía sus flancos con gran firmeza formando una muralla mediante la unión de sus escudos, se produjo una gran nube de polvo y comenzaron los movimientos, porque, a veces, los nuestros ofrecían una dura resistencia, pero también a veces cedían terreno.

Mientras tanto, algunos bárbaros de experiencia reconocida en la lucha intentaban rechazar al enemigo con la fuerza de sus rodillas. Pero tal era el encarnizamiento, que se llegó a la lucha cuerpo a cuerpo y los escudos chocaban ya entre sí, mientras el cielo resonaba con los gritos espantosos de los vencedores y de los que caían.

Nuestra ala izquierda, en avance muy compacto, había logrado rechazar con su fuerte empuje a las numerosas tropas de germanos que les atacaban, y se lanzaba ya bramando contra los bárbaros. Pero, en cambio, nuestra caballería, que marchaba por la derecha, se retiró en desorden a pesar de lo que se esperaba de ellos. Sin embargo, como los primeros dificultaban la marcha de los últimos, éstos, sintiéndose protegidos en el interior de las legiones, se detuvieron y comenzaron a luchar de nuevo.

16.12.38. La causa de esta confusión fue que, mientras se reagrupaban las líneas, la caballería protegida por armadura, al ver que su general estaba ligeramente herido y que uno de los suyos caía resbalando sobre la cabeza de su caballo, agobiados además por el peso de las armas, escapaban cada uno por donde podía y de este modo, pisoteando a la infantería, habrían causado una confusión total, si los soldados de a pie, firmes y apiñados, no hubieran permanecido inmóviles.

Por ello, cuando el César observó desde lejos que la caballería no encontraba otro recurso más que la fuga, espoleó a su caballo y se puso delante de ellos para contenerles como si se tratara de una barrera.

16.12.39. Entonces, al reconocerle por la insignia púrpura del dragón, que estaba ajustada a su enorme lanza y se desplegaba al viento como la piel seca de una serpiente, el tribuno de uno de los escuadrones se plantó y, agitado, pálido y temeroso, corrió presto a reanudar el combate.

16.12.40. Y, como suele suceder en los momentos críticos, el César se dirigió a ellos sin acritud y les dijo:

«¿Adónde vamos a huir, valientes? ¿Acaso ignoráis que la huida nunca supone la salvación e indica la estupidez de una empresa fracasada? Volvamos junto a los nuestros para ser al menos partícipes de la gloria, pues, sin respeto alguno hacia ellos, les hemos dejado luchando solos por la patria».

16.12.41. Gracias a estas afortunadas palabras, animó a todos a enfrentarse de nuevo al esfuerzo de la lucha, imitando así, pero con alguna diferencia, a aquel famoso Sila quien, en una ocasión, cuando ya estaban dispuestas las formaciones para entablar combate contra el general de Mitrídates, Arquelao, se vio acosado en plena contienda y abandonado por todos sus soldados. Entonces Sila corrió a la primera línea y, arrebatando un estandarte, lo lanzó contra los enemigos diciendo:

«Marchaos vosotros, a quienes elegí para acompañarme en el peligro, y cuando os pregunten dónde está vuestro general, respondedles sin mentir: Está luchando él solo en Beocia, derramando su sangre por todos nosotros.»

16.12.42. En cuanto a los alemanes, después de rechazar y dispersar a nuestra caballería, se lanzaron contra la primera línea de la infantería, con la intención de acabar con su resistencia y hacerles retroceder.

16.12.43. Cuando se encontraron, se produjo una lucha larga y equilibrada, pues los cornutos y los bracchiatos, confiados en su larga experiencia en los combates, comenzaron a asustarles con sus gestos y con su terrible grito de guerra. Este grito, en mitad del fragor de la lucha, comienza como un tenue susurro y, poco a poco, va cobrando fuerza, semejante a las olas que chocan contra los escollos.

Después, con el continuo lanzamiento de las jabalinas, que resonaban volando por doquier, se levantó en ambos bandos una nube de polvo que impedía la visión y que hacía que chocaran entre sí armas y cuerpos.

16.12.44. Pero los bárbaros, en desorden ya a causa de su violencia y de su furia, como llamas abrasadoras, golpeando una y otra vez, consiguieron abrir la compacta línea de escudos que protegía a los nuestros en formación de tortuga[53].

16.12.45. Al conocer este hecho, los bátavos, contando con la ayuda de los reyes, tropa temible[54], acudieron en veloz carrera a ayudar a sus compañeros, dispuestos a liberarles del asedio y del extremo peligro, si lograban contar con la ayuda de la fortuna.

Y así continuó la lucha con las fuerzas crecidas en medio del sonido terrible de las trompetas.

16.12.46. Y si los alemanes habían comenzado ya con dureza el combate, entonces se esforzaban todavía más, semejantes a un golpe de viento que fuera a destruir todo lo que encontrara a su paso.

Por ello, aunque continuamente volaban dardos y jabalinas y se lanzaban también flechas con puntas de metal, aunque en el combate cuerpo a cuerpo chocaban entre sí las espadas y sus puntas se clavaban en las corazas, sin embargo, incluso los heridos que no habían derramado todavía toda su sangre se levantaban en un último intento de luchar con mayor osadía aún.

16.12.47. Y es que, en cierto sentido, se enfrentaban combatientes similares: los alemanes, robustos y más altos; nuestros soldados, disciplinados y con gran experiencia; ellos, fieros y

---

[53] Era una formación en la que los soldados se apiñaban y colocaban delante sus escudos, a modo de caparazón, para protegerse. Cfr. Hom, *Iliad.* 13,130 y ss.; Liv, 10,29 y 44,9.

[54] Aunque podría pensarse que «los reyes» alude a los monarcas de los bátavos, parece tratarse más bien de un cuerpo de élite, pues los bátavos no tenían sistema monárquico en aquella época.

violentos, los nuestros tranquilos y precavidos; nosotros confiados en nuestro valor, ellos en la fortaleza de su cuerpo.

16.12.48. De este modo, a veces resurgían soldados romanos que habían sido expulsados de su posición por el empuje de las armas enemigas. Y, en cuanto a los bárbaros, aunque a algunos les flaqueaban las piernas, ya sin fuerzas, apoyados en su rodilla izquierda, llegaban a herir, incluso así, al enemigo, hecho que demuestra su obstinación extrema.

16.12.49. Pero súbitamente apareció un valiente grupo de nobles, entre los cuales luchaban incluso reyes, quienes, seguidos por los soldados, irrumpieron contra nuestras líneas pasando por delante de los demás.

Y así, abriéndose camino, llegaron hasta la legión de los primanos, situada en el centro –en una formación a la que se denomina campamento pretoriano–. En ella, al ser más numerosos y estar más apiñados en las líneas, nuestros soldados se mantuvieron firmes, semejantes a torres, y pudieron entablar combate con mayor vigor. Además, con cuidado para evitar las heridas, se cubrieron como mirmilones[55], hiriendo así con sus espadas a los enemigos en el costado, pues lo llevaban descubierto a causa de su ardiente ira.

16.12.50. Ellos, en su afán por conseguir la victoria, intentaban romper la formación de nuestros soldados aun a riesgo de perder su vida. Pero, como el número de víctimas seguía aumentando gracias a la confianza creciente de nuestros soldados, los bárbaros que aún se mantenían en pie tenían que ocupar el lugar de los muertos y, de tanto escuchar los continuos gemidos de los caídos, se detenían llenos de pavor.

16.12.51. Finalmente, agotados por tantas calamidades y buscando con su lucha ya tan sólo una posibilidad de huir, se dis-

---

[55] Los mirmilones eran uno de los tipos de gladiadores existentes en Roma. Esta denominación alude a un pez, que es el animal que estos luchadores llevaban dibujado en el escudo.

gregaron apresuradamente por diversos caminos, semejantes a esos timoneles y marineros que, en medio del violento oleaje del mar, se ven lanzados a donde les lleva el viento. Y cualquiera que hubiera visto aquella escena diría que este hecho se debió más al ansia que a una esperanza real.

16.12.52. Contando con la ayuda y la presencia propicia de la divinidad, nuestros soldados herían en la espalda a los que huían y cuando, en ocasiones, se les doblaban las espadas y no disponían de armas con que luchar, arrebataban sus armas a los propios bárbaros y se las clavaban en las partes descubiertas, sin que ninguno calmara su rabia con la sangre de los heridos, ni sintiera su mano cansada de tanto matar, ni dejara a un moribundo que le hubiera inspirado lástima.

16.12.53. Aparecían así sobre el suelo muchos bárbaros heridos de muerte que suplicaban un final rápido; otros medio muertos, agonizantes ya y con ojos moribundos, intentaban alargar su vida; algunos tenían las cabezas medio cortadas por golpes terribles, aunque éstas, semejantes a vigas, permanecían unidas al cuerpo tan sólo por la garganta; otros, resbalando por el suelo, cenagoso y resbaladizo a causa de la sangre derramada, sin estar heridos por alma alguna, perecían aplastados bajo el peso de los que les caían encima.

16.12.54. Cuando todo hubo terminado felizmente y nuestros soldados, sintiéndose vencedores, más les apremiaban con el filo de las espadas ya casi romo por los continuos golpes, y hacían rodar una y otra vez brillantes cascos y escudos, finalmente los bárbaros, empujados por un último aliento, al ver que tenían el camino cortado por enormes montones de cadáveres, corrieron a buscar el único recurso que les restaba ya, el río, cuyas aguas casi les llegaban a la espalda.

16.12.55. Y como, a pesar del peso de las armas, nuestros soldados corrían y perseguían infatigables a los que huían, algunos, creyendo que podrían librarse de la muerte si atravesaban el río a nado, perdieron la vida en el agua.

Por ello, con rápida intuición y previendo lo que iba a ocurrir, el César, los tribunos y los generales intentaban impedir con sus gritos de reproche el que alguno de los nuestros, por perseguir con demasiado ímpetu a los enemigos, se lanzara a unas aguas tan peligrosas.

16.12.56. Por ello, se decidió que se colocaran en las márgenes del río para herir a los germanos con todo tipo de armas y, si alguno conseguía librarse de la muerte por su velocidad, los soldados se tiraban al agua y los mandaban a las profundidades del río con su peso.

16.12.57. Y como si se tratara de un espectáculo teatral, en el que, al levantarse el telón, aparecen infinidad de escenas admirables, podía contemplarse, ya sin temor, cómo algunos que no sabían nadar se aferraban a los nadadores expertos; o cómo otros flotaban como maderos cuando eran abandonados por los más expeditos; o bien cómo eran devorados otros por la terrible violencia del río y engullidos por sus olas; o cómo algunos, colocados sobre sus escudos y esquivando una y otra vez los torbellinos de agua que caían sobre ellos, llegaron a la otra orilla después de soportar infinidad de peligros.

Lo cierto es que, al final, el río, lleno de espuma por la sangre bárbara derramada, recibía atónito y mudando su color un caudal nada usual.

16.12.58. Mientras esto sucede, el rey Chonodomario, hallando una oportunidad para escapar, se deslizó entre los montones de cadáveres acompañado por unos pocos colaboradores y, con gran rapidez, marchó apresuradamente al campamento que había levantado con gran valor junto a Tribuncos y Concordia, puestos de defensa romanos. Su intención era montarse en unas barcas, preparadas hacía tiempo para situaciones de peligro, y poder retirarse así a un lugar secreto.

16.12.59. Y, como no podía alcanzar su territorio si no cruzaba el Rin, se retiró lentamente con el rostro cubierto para no ser reconocido. Pero, al acercarse a la orilla, rodeando una

laguna llena de aguas pantanosas para poder así cruzar, al pisar una superficie blanda y resbaladiza, cayó del caballo y, rápidamente, a pesar de verse perjudicado por la obesidad de su cuerpo, buscó refugio en una colina cercana.

Sin embargo, fue reconocido sin que pudiera ocultar su identidad –pues le delataba la fama adquirida en su afortunada vida anterior– ante lo cual, comenzó a perseguirle enseguida una cohorte guiada por su tribuno que, tomando grandes precauciones, rodeó esta boscosa elevación con todas las tropas, pues temía irrumpir en ella y caer en alguna trampa oculta en medio de la oscuridad y de la espesura de las ramas.

16.12.60. Chonodomario, al ver esto, habiendo llegado ya al límite del temor, salió y se entregó él solo, mientras que sus compañeros, unos doscientos, además de tres amigos íntimos, estimando que era vergonzoso sobrevivir a su rey, o no morir por él si así lo determinaba el destino, se entregaron voluntariamente al cautiverio.

16.12.61. Y como los bárbaros, por naturaleza, son humildes en la adversidad y desmedidos en las circunstancias favorables, el rey, siervo ya de la voluntad ajena, se dejaba llevar pálido y confuso, sin que la conciencia de sus crímenes le permitiera hablar, con una actitud totalmente opuesta a aquella con la que, entre las cenizas de la Galia, después de fieros y terribles ataques, lanzaba orgulloso múltiples y crueles amenazas.

16.12.62. Solucionada así esta situación gracias a la ayuda de una divinidad superior, concluido ya el día, los soldados, tras ser convocados por el sonido de las trompetas, volvieron muy a su pesar, acamparon junto a las orillas del Rin y, protegidos por varias filas de escudos, disfrutaron de la comida y del descanso.

16.12.63. En total cayeron en esta batalla doscientos cuarenta y tres oficiales: Bainobaudes, tribuno de los cornutos, y también Laipso e Inocencio, que mandaba a la caballería protegida por armadura, además de un tribuno sin cargo concreto, cuyo nombre no conozco.

Pero, entre los alemanes, aparecían seis mil muertos que quedaron tendidos en el campo de batalla, además de una cifra inestimable de desaparecidos, que fueron arrastrados por las aguas del río.

16.12.64. Entonces Juliano, como era un hombre de fortuna ya reconocida y con más influencia por sus propios méritos que por la autoridad de su cargo, al ser aclamado como Augusto por todo el ejército, criticó a sus soldados por comportarse a la ligera, jurando que no era esto ni lo que esperaba, ni lo que deseaba conseguir.

16.12.65. Además, para que aumentara el regocijo por el éxito alcanzado, se convocó una asamblea ante la expectación de todos y ordenó que se trajera a Chonodomario. Éste se inclinó, cayó al suelo suplicante y, cuando comenzó a pedir perdón en su lengua materna, se le ordenó mantener la calma.

16.12.66. Pocos días después fue enviado a la corte del emperador y, de allí a Roma, donde murió extenuado en los campos de extranjeros situados en el monte Celio.

16.12.67. Tras la feliz culminación de esta y de otras hazañas, en el palacio de Constancio algunos culpaban a Juliano para agradar al propio príncipe, y burlándose de él le denominaban Victorino[56], porque, a pesar de que era humilde, cuando estaba al frente del ejército, no hacía más que escribir informes donde se decía que había derrotado a los germanos.

16.12.68. Y, con falsas y exageradas lisonjas, además de la demostración de lo que era evidente para todos, según su costumbre, conseguían que el emperador se volviera aún más engreído, aunque era ya orgulloso por su propio carácter, pues atribuían todo cuanto sucedía en la tierra a sus felices auspicios.

---

[56] Se trataba de una alusión cruel, pues Victorino había sido uno de los cuatro usurpadores que se hicieron con el poder en el siglo III: Póstumo, Mario, Victorino y Tétrico.

16.12.69. Por ello Constancio, envanecido ante la grandilocuencia de esos aduladores, en los edictos que publicó entonces y después, mintió en numerosas ocasiones con gran arrogancia, escribiendo, por ejemplo, que había combatido él solo, vencido y sustituido a reyes suplicantes de los enemigos, aunque en realidad nunca hubiese participado en esas acciones. Y si, por una casualidad, mientras él estaba en Italia, algún general realizaba una acción valerosa contra los persas, sin que se hiciera mención alguna a ese general a lo largo de todo el texto, enviaba cartas triunfales para mayor escarnio de las provincias, indicando con odiosa arrogancia que él había combatido entre la vanguardia.

16.12.70. Y, ya para finalizar, se han conservado declaraciones de este emperador en los archivos públicos del reino, donde se demuestra claramente su ambición y su deseo de ser elevado al cielo.

Por ejemplo, en la batalla de Estrasburgo, mientras que él estaba a una distancia de cuarenta jornadas de marcha, sin embargo, se describía que había sido él el que había ordenado el inicio del combate y que se había mantenido entre los abanderados, poniendo en fuga a los bárbaros e indicando con falsedad que Chonodomario se había rendido ante él –¡Es posible mayor indignidad!–, sin mencionar para nada las gloriosas hazañas de Juliano, que hubieran quedado en el más completo olvido si no fuera porque la fama es incapaz de callar las grandes acciones, por mucho que se esfuercen por encubrirlas.

LIBRO 17

17.1. El César Juliano, tras abandonar el Rin, saquea e incendia aldeas de los alemanes. Restaura la fortificación de Trajano y concede a los bárbaros una tregua de diez meses

17.1.1. Concluidos así los distintos asuntos que hemos narrado, el joven discípulo de Marte [1], tranquilo ya, pues las zonas atravesadas por el Rin estaban pacificadas después de la batalla de Estrasburgo, se ocupó él mismo de que los pájaros carroñeros no devoraran los cuerpos de los muertos, ordenando que todos los cadáveres, sin excepción, fueran inhumados.

Después despidió a los mensajeros que, como hemos indicado anteriormente, le habían traído un insolente mensaje antes del combate [2], y volvió a Saverne.

17.1.2. A continuación, ordenó que condujeran el botín a Metz, junto con todos los cautivos, y que lo conservaran allí hasta su vuelta. Su intención era partir también él hacia Metz, atravesar después el río por un puente y buscar a los bárbaros en su propio territorio, puesto que no había dejado a ninguno

---

[1] Es decir, Juliano, de quien Amiano destaca ahora su actuación como militar.

[2] Cfr. 16,12,3.

en el nuestro. Sin embargo, los soldados se oponían a ello[3], aunque él logró convencerles y se los ganó con su locuacidad y sus buenas palabras.

Y es que el cariño que sentían por él, más fuerte aún tras verle en acción, les empujó a seguir de buena gana a Juliano, soldado que compartía con ellos las fatigas, y un general destacado por su autoridad y acostumbrado a someterse a esfuerzos mayores que los de sus hombres, tal como había demostrado.

Así pues, llegaron al lugar mencionado y, atravesando el río por los puentes que tendieron, ocuparon las tierras de los enemigos.

17.1.3. Por su parte los bárbaros, sobrecogidos por la dureza de la situación, pues habían creído que podrían disfrutar ya de una vida tranquila y no esperaban que se les inquietara entonces lo más mínimo, viendo lo que les había ocurrido a los demás, consideraron con gran preocupación la amenaza que se cernía sobre sus fortunas y por ello, simulando una petición de paz para evitar la violencia del primer ataque, enviaron legados que fingieran y que declararan la firmeza del pacto establecido. Pero, sin que se sepa por qué, alteraron este plan y cambiaron su estrategia, ya que ordenaron a otros mensajeros que acudieran velozmente ante nosotros y que amenazaran a los nuestros con una guerra terrible si no abandonaban su territorio.

17.1.4. Cuando el César conoció este hecho por una fuente veraz, durante el primer sueño de la noche, embarcó a ochocientos soldados en pequeñas y veloces barcas para que, tras ascender por el río una distancia de veinte millas[4], destruyeran con sus armas y devastaran con fuego todo cuanto encontraran en su camino.

---

[3] La causa de esta negativa era que, como llegaba el invierno, los soldados deseaban instalarse en Saverne.

[4] Difieren en este pasaje las ediciones consultadas, pues la de Rolfe se decanta por una distancia de veinte estadios. Nosotros hemos preferido la edición de Belles Lettres, realizada en el caso de este libro por Guy Sabbah, pues, como indica en nota: «La unidad no puede ser el estadio, porque una distancia de 3.600 metros es incompatible con la importancia de las maniobras descritas».

17.1.5. Con esta disposición, al amanecer, pudo ya verse a los bárbaros en las cumbres de las montañas, ante lo cual también los soldados fueron conducidos con gran ardor a lugares más elevados. Pero no encontraron a nadie (pues ellos previendo lo que ocurriría, se habían marchado apresuradamente). Lo que sí podía verse a lo lejos eran grandes columnas de humo, que indicaban que los nuestros estaban saqueando y devastando las tierras de los enemigos.

17.1.6. Este hecho desconcertó a los bárbaros que, abandonando las emboscadas que habían preparado para los nuestros en lugares estrechos y oscuros, volaron al otro lado de un río llamado Meno[5] para ayudar a sus gentes.

17.1.7. Y, como suele suceder en circunstancias agitadas, aterrados ante el ataque de nuestra caballería y ante la repentina aparición de los soldados de infantería, que habían llegado en barcas, gracias a su conocimiento de la zona hallaron una posibilidad para evadirse rápidamente.

Ante esta deserción, nuestros soldados podían avanzar con libertad y saquear villas repletas de ganado y de grano, sin respetar ninguna. Y así, obteniendo de allí cautivos, incendiaban todos los hogares, construidos con sumo cuidado a la manera romana[6].

17.1.8. Una vez recorridas diez millas, habiendo llegado junto a un bosque que causaba terror por su espesura y oscuridad, el general se detuvo dudando durante bastante tiempo, pues, gracias a la delación de un desertor, sabía que había muchos enemigos escondidos en cuevas subterráneas y en pasadizos secretos, y que estaban dispuestos a lanzar un ataque cuando tuvieran alguna posibilidad.

---

[5] Actualmente Main.

[6] Esta zona, que había sido abandonada por los romanos en el 276, había sido profundamente romanizada, como demuestran los restos hallados en ella y la indicación de Amiano «*ritu Romano*».

17.1.9. Aunque todos quisieron avanzar llenos de confianza, encontraron los senderos repletos de encinas y de fresnos talados, así como de una gran cantidad de abetos.

Por ello, retrocedieron con gran cautela y eran conscientes de que tan sólo podían avanzar por unos desfiladeros largos y escarpados, aunque apenas podían contener su indignación.

17.1.10. Y, como la dureza del clima les hacía sufrir y esforzarse en vano en medio de una situación muy complicada –ya que una vez concluido el equinoccio de otoño, las nieves caídas en aquella región cubrían tanto los montes como las llanuras– se lanzaron a una empresa memorable.

17.1.11. Como nadie les salía al paso, restauraron afanosamente una fortaleza fundada por Trajano en suelo alemán que llevaba su nombre, y que había recibido violentos ataques durante mucho tiempo.

Allí se acuartelaron temporalmente algunos defensores, que obtuvieron provisiones del seno de esta tierra bárbara.

17.1.12. Cuando los enemigos vieron todos los preparativos que se estaban realizando apresuradamente para atacarles, se reunieron sin tardanza temiendo que se completara la obra y enviaron mensajeros para que, con súplicas y humildad extrema, pidieran la paz.

Esta paz les fue concedida por el César valedera por un plazo de diez meses, confirmándola con todo tipo de razones y ofreciendo también muchas justificaciones similares. Además, Juliano pensó astutamente que debían fortificar con armamento en las murallas, además de con poderosa maquinaria, la fortaleza que habían ocupado sin obstáculos y con más facilidad de la esperada.

17.1.13. Confiados en esta tregua, vinieron tres reyes de crueldad extrema aunque algo temerosos, por ser algunos de los que habían enviado ayuda a los bárbaros derrotados en Estrasburgo. En esta ocasión, jurando solemnemente en su lengua materna que no querían causar ningún disturbio, sino

mantener el pacto hasta el día fijado sin atacar la fortaleza –porque así lo habían determinado los nuestros–, añadían incluso que estaban dispuestos a traer víveres sobre sus propios hombros si los defensores así lo querían.

Finalmente cumplieron estas promesas, porque el temor era superior a su perfidia.

17.1.14. En esta guerra memorable, digna de ser comparada con las Púnicas y Teutónicas, pero culminada con escasísimas pérdidas para el bando romano, el César se mostraba entusiasmado por su fortuna y sus éxitos.

Tal vez, sus detractores hubieran podido creer que se había comportado con tanto valor porque prefería morir gloriosamente en la lucha antes que por una condena, tal como se esperaba y como le había ocurrido a su propio hermano Galo, si no fuera porque también después de la muerte de Constancio habría de destacar en hazañas admirables con una resolución similar.

17.2. El César Juliano asedia a seiscientos francos que estaban devastando la Galia Segunda y, tras un período de hambre, les hace entregarse

17.2.1. Culminada con firmeza esta acción, como es usual en situaciones de este tipo, a su regreso a los cuarteles de invierno, encontró Juliano un nuevo problema que añadir a los ya solucionados. Y es que Severo, general de la caballería, en su camino a Reims a través de Colonia y de Juliers, tropezó con unas tropas de francos bastante sólidas y compuestas por un número cercano a seiscientos vélites, según se supo después, que estaban devastando una zona desprovista de guarniciones de defensa.

Además, los francos ponían gran empeño en esta acción, pensando que el César estaba ocupado en zonas de los alemanes retiradas, con lo cual creían que obtendrían un abundante botín sin encontrar ningún tipo de resistencia.

Pero, temerosos ante el ejército que estaba ya de vuelta, ocuparon dos guarniciones que habían sido saqueadas anteriormente y allí se defendieron como pudieron.

17.2.2. Agitado Juliano al enterarse de esta noticia y darse cuenta de lo que ocurriría si proseguía su camino sin atacarles, hizo que se detuviera su ejército y dispuso que se rodeara la fortificación, en torno a la cual fluía el río Mosa.

Pero, durante cincuenta y cuatro días, concretamente durante los meses de diciembre y enero, se demoraron los preparativos del asedio, ya que los bárbaros les acosaban con una determinación y una contundencia increíbles.

17.2.3. Además, el César, temiendo con gran astucia que los bárbaros aprovecharan una noche sin luna para atravesar el río, que se hallaba helado, ordenó que todos los días, desde la puesta de sol hasta el amanecer, algunos soldados recorrieran el río en barcas hacia arriba y hacia abajo, pues de este modo romperían la capa de hielo y nadie encontraría fácilmente una oportunidad para escapar.

Una vez descubierto su plan, los bárbaros, agotados a causa del hambre, de la falta de reposo y de la desesperación extrema, se entregaron voluntariamente y fueron enviados con rapidez a la corte del Augusto.

17.2.4. Para salvarles de este peligro, se había puesto ya en marcha una multitud de francos, pero, al descubrir que habían sido cautivados y conducidos a otro lugar, no realizaron ningún intento más y volvieron a sus ocupaciones.

Por ello, solucionado este problema, el César volvió a París para pasar allí el invierno.

17.3. El César Juliano intenta aliviar la carga tributaria de los galos

17.3.1. Así pues, como se preveía que muchos pueblos iban a rebelarse con una violencia aún mayor, el César, considerando como prudente general que las guerras tienen un final incierto, se sentía atormentado por una enorme cantidad de preocupaciones.

Además, pensaba que, durante la tregua, por breve y problemática que fuese, podría solucionar las cuantiosas pérdi-

das ocasionadas a los posesores de tierras y mejorar el sistema tributario.

17.3.2. Por eso, cuando Florencio, prefecto del pretorio, después de considerarlo todo –según decía él– afirmó que iba a suplir con una recaudación especial todo lo que faltaba en la capitación[7], Juliano, que sabía lo que supondría una medida de este tipo, señaló que prefería morir antes que permitir que esto sucediera.

17.3.3. Y es que Juliano era consciente de que el daño irreversible de este tipo de recaudaciones –o mejor, para ser sinceros, «destrucciones»–, con frecuencia ha conducido a las provincias a la ruina total, hecho que, por ejemplo, tal como mostraremos después, destruyó por completo el Ilírico[8].

17.3.4. Por ello, aunque el prefecto del pretorio se quejaba diciendo que no podía soportar el que, de repente, ya no se confiara en él, cuando el Augusto le había encomendado la administración general del estado, entonces Juliano, tranquilizándole y suavizando la tensión mediante cálculos escrupulosos y reales, le mostró que lo recaudado no sólo bastaba sino que, incluso, sobraba para poder disponer de las provisiones necesarias.

17.3.5. Además, cuando, mucho tiempo después, Florencio le propuso un aumento de impuestos, Juliano no quiso admitirlo, ni leerlo, ni suscribirlo, y lo echó por tierra. Incluso, después de recibir una carta del Augusto que, tras el relato realizado por el prefecto, le advertía que no se comportara de una forma tan ambigua, pues parecía que no se confiaba en Florencio, Juliano le respondió que sería un motivo de felicidad si los habitantes de las provincias, saqueadas ya una y

---

[7] En la Galia y en algunas otras regiones, la unidad territorial era el *caput*, de superficie variable según la calidad del suelo. Por ello la contribución territorial se llamaba entonces *capitatio*.

[8] Cfr. 19,11,2 y ss.

otra vez, pagaban sólo los impuestos oficiales y no unos incrementos que, con ningún tipo de tortura, podrían arrancarse a unos hombres que no tenían nada.

Y así se consiguió que, tanto en esa ocasión como en las posteriores, gracias a la firmeza de este solo hombre, nadie intentara imponer ninguna carga suplementaria a los galos.

17.3.6. Con este comportamiento, nada usual en la época, el César se dirigió al prefecto y obtuvo que se le encomendara la administración de la Bélgica Segunda, oprimida ya por todo tipo de desgracias. Además, consiguió también que se incluyera la cláusula de que ningún agente del prefecto ni del gobernador pudiera apremiar a nadie para que pagara.

Aliviados por este consuelo, aquellos que habían quedado bajo su protección, sin que hubiera necesidad siquiera de exigírselo, entregaron la cantidad fijada antes de la fecha establecida.

17.4. Por orden del Augusto Constancio se determina la colocación de un obelisco en Roma, en el circo Máximo. Cuestiones acerca de los obeliscos y de los jeroglíficos

17.4.1. Mientras la Galia comenzaba a recuperarse, en el período en el que Orfito desempeñaba aún su segunda prefectura[9], se levantó un obelisco en el Circo Máximo de Roma, de manera que voy a ofrecer unas breves noticias acerca de los obelicos, ya que el momento parece oportuno.

17.4.2. Pues bien, la ciudad de Tebas fue fundada en la antigüedad y cobró celebridad en otro tiempo por la disposición de las murallas que la rodeaban y por sus cien entradas, hecho que determinó que sus fundadores la denominaran «hecatompylos»[10] y, a partir de este nombre de Tebas, en la actualidad, se conoce a toda la provincia como «Tebaida».

---

[9] Orfito fue prefecto en Roma por primera vez entre el 353 y el 356 y, por segunda, entre el 357 y 359.

[10] Literalmente en griego «la de cien puertas». Cfr. Hom, *Il.* 9,383 y ss.

17.4.3. En los inicios de la gran expansión de Cartago, los generales cartagineses devastaron Tebas en un rápido ataque y posteriormente, una vez se recuperó, el célebre rey de los Persas, Cambises, que, mientras vivió se mostró siempre como una persona cruel y ávida de lo ajeno, se abrió paso por Egipto y atacó Tebas para saquearla y para conseguir así riquezas envidiables, no respetando ni siquiera las ofrendas dedicadas a los dioses.

17.4.4. Pero mientras el rey estaba metido de lleno en el turbulento ataque de sus soldados, al descolocársele la ropa, no pudo moverse bien y cayó al suelo.

Entonces, por la repentina caída, se le soltó el puñal que llevaba sujeto a su pierna derecha, y le causó una herida mortal.

17.4.5. Mucho tiempo después, Cornelio Galo, procurador de Egipto mientras Octaviano tuvo el poder en Roma, destruyó la ciudad de Tebas, obteniendo un abundante botín. Y cuando, al volver, fue acusado de hurto y de haber devastado esa provincia, temiendo la terrible indignación de los nobles, a quienes el emperador había encargado la investigación del caso, sacó su espada y se arrojó sobre ella.

Si no estoy equivocado, este Galo es el poeta por quien Virgilio llora de algún modo en la última parte de las *Bucólicas* y a quien canta con su dulce verso [11].

17.4.6. En esta ciudad, junto a magníficos baños [12] y construcciones diversas que muestran imágenes de dioses egipcios, vimos numerosos obeliscos, algunos de ellos en pie y otros caídos y fragmentados.

Se trata de grandes moles de piedra que los reyes de la antigüedad, bien después de derrotar a algún pueblo, bien para demostrar su orgullo por la prosperidad de su mandato, arran-

---

[11] En su égloga 10.

[12] Divergen en este término las ediciones consultadas, pues la de Rolfe se decanta por *delubra* «templos», y la de Belles Letres por *labra* «baños».

caron de las entrañas de los montes, incluso en regiones muy alejadas. Luego las cortaron y erigieron esos obeliscos, dedicándolos a los dioses superiores de sus religiones.

17.4.7. Es, pues, el obelisco una piedra de gran dureza, que se eleva gradualmente en forma de columna cónica hasta una gran altura y, como si fuera un rayo, va perdiendo grosor de forma paulatina, con una superficie cuadrada que va alargándose y haciéndose más estrecha junto a la cima, y pulido todo ello por manos artesanas.

17.4.8. En cuanto a los numerosos símbolos y marcas que vemos grabados en cualquier parte del obelisco, los llamados «jeroglíficos», fueron ya explicados por una autoridad reconocida de la ciencia antigua[13].

17.4.9. Esculpiendo numerosos tipos de pájaros y de fieras, incluso de otro mundo, pretendían demostrar cómo llegaban y cómo se divulgaban también a través de diversas generaciones los votos prometidos o realizados por los reyes.

17.4.10. Pero no seguían la práctica actual, en la que una serie determinada y sencilla de letras expresa todo lo que pueda concebir la mente humana. Al contrario, en la escritura de los egipcios, cada carácter representaba un nombre o una palabra e incluso, a veces, representaban frases completas.

17.4.11. Para mostrar ahora esta práctica bastarán estos dos ejemplos: con un buitre representan el término «naturaleza», porque, como desmuestran los estudios de ciencias naturales, no aparecen machos entre estas aves. O, por ejemplo, con la imagen de una abeja fabricando miel, designaban al rey, pues con este símbolo reflejaban que, en un líder, junto con el encanto, debemos encontrar también un aguijón. Y así otros muchos signos de este tipo.

---

[13] Amiano sigue en este caso la opinión de Diodoro Sículo (3,4,1-3) y de Plutarco (Isis y Osiris 354 E-F).

17.4.12. Y, puesto que los aduladores de Constancio, según su costumbre, avivaban su orgullo y le repetían sin mesura que, mientras que Octaviano Augusto trajo dos obeliscos desde la ciudad egipcia de Heliópolis –de los cuales uno fue situado en el Circo Máximo y el otro en el Campo de Marte–, el que habían transportado recientemente, ante el temor que provocaba la dificultad de su traslado, Constancio no había osado ni moverlo ni tocarlo siquiera.

Sepan, pues, los que lo ignoren que, aunque trajo algunos obeliscos, el emperador antiguo citado no quiso tocar éste, porque estaba dedicado como ofrenda al dios Sol y situado dentro de un ambicioso templo, que no podía ser profanado, donde sobresalía como la cumbre de todo [14].

17.4.13. Pero Constantino, sin preocuparse por esto, se trajo esta enorme piedra de aquel lugar, pensando correctamente que no perjudicaba en nada a la divinidad si arrebataba de un templo esta obra admirable y se la consagraba a Roma, verdadero templo de todo el mundo.

Por ello, el obelisco permaneció tendido durante mucho tiempo, mientras se preparaba todo lo necesario para el traslado.

Pero, una vez transportado por el cauce del río Nilo y llevado a Alejandría, se fabricó una nave de tamaño desconocido hasta entonces, que necesitaba trescientos remeros para avanzar.

17.4.14. Una vez realizados estos preparativos, tras la muerte del emperador citado [15], disminuyó la urgencia de la empresa y, finalmente, después de mucho tiempo el obelisco fue colocado sobre una nave y traído a través de los mares y del curso del Tíber, que parecía asustado por el temor de aquello que le había enviado el casi desconocido Nilo [16]. Y no se atre-

[14] Se trata de un obelisco que pertenecía a un templo de Ramsés II.

[15] Es decir, Constantino.

[16] Ésta es una de las personificaciones utilizadas por Amiano, quien, con este recurso, hace que la naturaleza colabore o no con los planes de los hombres.

vía a llevarlo por las sinuosidades de su curso hasta las murallas de sus descendientes.

Con todo, el obelisco fue trasladado al barrio de Alejandro, situado a tres millas de la ciudad.

Desde allí, tras ser colocado sobre una plataforma y llevado con cuidado a través de la puerta de Ostia y de la Piscina Pública, fue trasladado hasta el Circo Máximo.

17.4.15. Después de esto, sólo faltaba erigirlo, algo que se suponía muy complicado y casi imposible. Pero lo consiguieron del siguiente modo: acumularon, elevaron y colocaron en vertical altos palos [17] (de manera que parecía que estabas viendo un auténtico bosque de maquinaria). Ataron fuertes y largas cuerdas, semejantes a múltiples cintas, que, dada su densidad, llegaban a ocultar el cielo. A estos palos se ató esa auténtica montaña con caracteres escritos grabados sobre ella, mientras iba siendo elevada en el aire hasta las alturas. Después de quedar colgando durante bastante tiempo, se necesitó a muchos miles de hombres para hacer girar ruedas que parecían de molino, y así quedó colocado en mitad del circo. Sobre él se colocó una esfera de bronce, brillante, con láminas de oro, pero, al ser alcanzada por la fuerza del fuego divino [18], fue reemplazada por una imagen de bronce de una antorcha, que tenía igualmente incrustaciones de oro y parecía despedir brillantes llamaradas.

17.4.16. En épocas posteriores se trajeron otros obeliscos, uno de los cuales fue colocado en el Vaticano, otros en los jardines de Salustio y dos en el mausoleo de Augusto.

17.4.17. El significado de los signos grabados en el antiguo obelisco que vimos en el Circo, vamos a ofrecerlo en letras griegas siguiendo la interpretación del libro de Hermapión [19].

---

[17] La edición de Belles Lettres plantea la existencia de una laguna en este punto.

[18] Es decir, por un rayo.

[19] Parece tratarse de una persona que, en época de Augusto, interpretó el texto que Ramsés II mandó grabar en el obelisco.

El comienzo de la primera línea desde el lado sur dice lo siguiente:

17.4.18. «Helios al rey Ramestes[20]: He recibido como un don el que reines felizmente sobre toda la tierra, tú a quien ama el sol». Y: «Poderoso Apolo, amante de la verdad, hijo de Herón[21], de linaje divino, creador del mundo, elegido por el sol, valiente hijo de Marte. Rey Ramestes, a quien toda la tierra está sometida por tu fuerza y tu valor. Rey Ramestes, eterno hijo del sol».

Segunda línea

17.4.19. «Poderoso Apolo, que se asienta sobre la verdad, Señor de la diadema, que honra a Egipto como su posesión, quien embelleció Heliópolis, creó el resto del mundo y colmó de honores a los dioses cuyas estatuas aparecen en Heliópolis, a quien ama el sol».

Tercera línea

17.4.20. «Poderoso Apolo, hijo del sol que lo ilumina todo, a quien eligió Helios y premió el valiente Hares. Cuyos bienes permanecerán siempre, a quien valora Amón[22], por haber llenado su templo con los buenos frutos de la palmera. A quien los dioses otorgaron una larga vida».

«Poderoso Apolo, hijo de Herón, rey de la tierra, Ramestes, que protegió Egipto venciendo a otros pueblos, al que ama Helios, a quien los dioses concedieron una larga vida. Señor de la tierra, eterno Ramestes».

---

[20] Ramestes es Ramsés II, el tercer rey de la novena dinastía (1300-1233 a.C.).

[21] Herón es un dios tracio que, ante la influencia de la religión griega, fue asimilado a dioses helenos, especialmente a Apolo. Su culto se extendió también por Egipto, lo cual explica esta alusión en el obelisco.

[22] Amón es uno de los principales dioses de la religión egipcia, y fue asimilado a Júpiter por los romanos.

Segunda línea, lado oeste

17.4.21. «Dios Helios, señor del cielo. Me siento afortunado de haberte ofrecido una vida inigualable. Poderoso Apolo, señor incomparable de la diadema, quien colocó estatuas de los dioses en este reino, señor de Egipto, que embelleció Heliópolis como el propio Helios, señor del cielo. Y realizó un buen trabajo, hijo de Helios, rey eterno».

Tercera línea

17.4.22. «El dios Helios, señor del Cielo al rey Ramestes: Me siento afortunado porque tengas el poder y el dominio sobre todo, tú a quien Apolo, amante de la verdad, señor de las estaciones, y Hefesto, padre de los dioses, eligió a través de Hares. Rey poseedor de todas las gracias, hijo de Helios y amado por Helios».

Lado este. Primera línea

17.4.23. «Gran dios de Heliópolis, celestial, poderoso Apolo, hijo de Herón, a quien amó el Sol, a quien honraron los dioses, que reina sobre toda la tierra, a quien eligió Helios, poderoso rey, a través de Hares, a quien ama Amón. Quien lo ilumina todo con su esplendor, excluyendo al rey eterno».

Y así sucesivamente.

17.5. El Augusto Constancio y Sapor, rey de los persas, intentan en vano conseguir la paz mediante escritos y mensajeros

17.5.1. En el consulado de Daciano y Cereal[23], mientras en la Galia se iban realizando con sumo cuidado todos los pre-

[23] Es decir, en el 358.

parativos y mientras el temor por lo ocurrido contenía los ataques de los bárbaros, el rey de los persas, que se hallaba aún en las proximidades de los pueblos vecinos, después de establecer una alianza con los chionitas y los gelanos[24], que eran los guerreros más aguerridos de todos, cuando se planteaba ya volver a sus territorios, recibió una carta de Tampsapor anunciándole que el emperador romano pedía suplicante la paz[25].

17.5.2. Entonces Sapor, creyendo que si no estuviese debilitado el poderío del imperio[26], Constancio no haría tal intento, con más altivez aún, fingió ofrecer una paz, para la que propuso unas duras condiciones y, enviando con regalos a cierto mensajero denominado Narseo, sin perder ni un ápice de orgullo, escribió a Constancio una carta en los siguientes términos:

17.5.3. «Sapor, rey de reyes, compañero de las estrellas, hermano del sol y de la luna, con mis mejores saludos para el César Constancio, mi hermano:

»Me alegro y me complace que, finalmente, hayas vuelto al buen camino y que hayas escuchado la voz incorruptible de la justicia, pues por experiencia propia conoces qué calamidades ha originado en ocasiones el deseo obsesivo de poseer lo ajeno.

17.5.4. »Así pues, como la consideración de la verdad debe ser libre e independiente, y como conviene que las grandes fortunas digan y sientan lo mismo, resumiré mi propósito en pocas palabras, recordando que he expuesto ya una y otra vez lo que voy a decir.

---

[24] Los chionitas eran un pueblo iraní y, en cuanto a los gelanos, son también un pueblo ubicado en la frontera norte del imperio persa.

[25] Tampsapor es un sátrapa que intervendrá en numerosas ocasiones a lo largo de los libros siguientes. Cfr. 18,5,3; 18,6,16; 18,8,3.

[26] Optamos por la lectura admitida por Rolfe en su edición (*infirmato*), frente al *firmato* que aparece en la edición de Belles Lettres.

17.5.5. »Sé que también vuestras propias historias del pasado ponen de manifiesto que el imperio de mis antepasados se extendía hasta el río Estrimón y hasta los territorios de Macedonia.

Esto es lo que debería reclamar yo –y espero que no sea arrogante lo que afirmo–, que aventajo a los reyes de la antigüedad por el esplendor y el número de insignes virtudes. Ahora bien, puesto que para mí es deseable la justicia[27], en la que he sido educado desde los albores de mi vida, nunca he realizado nada de lo que tuviera que arrepentirme alguna vez.

17.5.6. »Por ello, debo recuperar Armenia, así como Mesopotamia, arrebatada a mi abuelo por un engaño.

Y es que nunca aceptaremos lo que vosotros aseguráis con orgullo: que deben alabarse todos los triunfos obtenidos en la guerra, sin distinguir si se han conseguido gracias al valor o al engaño.

17.5.7. »Por último, si tú quisieras aceptar mis buenos consejos, renuncia a esa parte exigua, que no ha de producir sino continuas calamidades y muerte, pues de ese modo podrás seguir rigiendo el resto. Además considera con prudencia que también los médicos expertos, en ocasiones, queman, cortan y amputan algunas partes de un cuerpo para poder utilizar las que están sanas. Esto mismo es lo que hacen las bestias que, cuando se dan cuenta de que deben realizar este enorme sacrificio, lo hacen de buen grado para poder así vivir después sin ningún temor.

17.5.8. »En definitiva, te comunico que, si esta embajada mía vuelve sin conseguir ningún resultado, una vez pasado el descanso obligado del invierno, recurriré a todas mis fuerzas, y como la fortuna y la justicia aumentan mi esperanza de conseguir un resultado favorable, marcharé raudo hasta donde me permita la razón».

---

[27] Son varias las conjeturas que ofrecen las ediciones en este término: *recta ratio, moderatio, ratio* o *recordatio*. Hemos traducido como «justicia», que nos parece que recoge bastante bien el sentido de estos términos.

17.5.9. Después de considerar durante bastante tiempo el contenido de esta carta, con buenas intenciones, según la expresión usual, se le respondió seriamente de este modo:

17.5.10. «Yo, Constancio, vencedor por tierra y por mar, Augusto sempiterno, ofrezco mis mejores saludos a mi hermano, el rey Sapor:

»Me alegra por ti la idea de ser amigos, si lo deseas. Pero desapruebo completamente esa continua ambición tuya, inquebrantable y siempre ávida de poseer más.

17.5.11. »Reclamas como tuya Mesopotamia, además de Armenia, e intentas quitar algunos miembros a un cuerpo sano, para que su salud tenga luego una base firme. Pero esa actitud me parece más digna de sospecha que de tratado alguno.

»Atiende, pues, a esta verdad, no enredada por maña alguna, sino clara y sin sospecha de que se trate de ninguna vana amenaza.

17.5.12. »Mi prefecto del pretorio, creyendo que asumía una empresa beneficiosa para todos, ha entablado conversaciones de paz con un general tuyo, con la participación de algunos mediadores desconocidos y sin contar conmigo. Estas conversaciones, ni las rechazamos, ni nos oponemos a ellas, siempre que se produzcan con nobleza y rectitud, sin dañar en nada nuestra honra o nuestra majestad.

17.5.13. »Lo cierto es que sería estúpido y necio que ahora, cuando el éxito nos ha sonreído en tantas ocasiones (que se cierren los oídos de los envidiosos), que ahora, una vez derrocados los tiranos, entregásemos todo aquello que hemos conservado intacto durante mucho tiempo, cuando estábamos inmersos aún en los problemas de Oriente[28].

---

[28] Es decir, cuando Constancio tenía el mando tan sólo sobre la mitad oriental del imperio, ya que, cuando éste se dividió entre los hijos de Constantino, a Constancio le correspondió la parte oriental y a sus hermanos la occidental.

17.5.14. Así pues, te pido que cesen las amenazas lanzadas contra nosotros, pues es innegable que, no por indolencia, sino por modestia, hemos aceptado a veces un combate en vez de lanzarnos a él, y cuando hemos sufrido alguna derrota, nos hemos defendido con la fuerza enorme que dan los buenos sentimientos. Además, sabemos por experiencia propia y porque lo hemos leído, que en los escasos combates en los que en alguna ocasión ha vacilado la causa romana, en el cómputo general de una guerra, nunca hemos sido derrotados».

17.5.15. Como esta embajada volvió sin obtener resultado alguno –y no podía dársele otra respuesta a la ambición desenfrenada del rey– a los pocos días le siguió otra, formada por el Conde Próspero[29], el tribuno Espectato, también notario[30], y el filósofo Eustacio, siguiendo el consejo de Musoniano, que era experto en el arte de la persuasión. Llevaban escritos y presentes del emperador, en un intento de detener momentáneamente y fuera como fuera los preparativos de Sapor, para que las provincias del norte[31] se fortificaran frente a cualquier tipo de ataque.

17.6. Los jutungos, pueblo alemán, son asesinados y puestos en fuga por los romanos, porque estaban devastando Recia

17.6.1. Mientras se desarrollaba esta difícil situación, los jutungos, pueblo alemán limítrofe con la tierra itálica, olvidando el tratado de paz que habían obtenido tras muchas súplicas, devastaban y causaban una enorme confusión en Recia, hasta tal punto que, frente a su costumbre, llegaron a asediar ciudades.

17.6.2. Para rechazarlos, junto con una sólida tropa, se envió a Barbatión, que había sustituido como jefe de la infantería a

---

[29] Cfr. 14,11,5; 15,3,3.

[30] El notario de mayor rango tenía también la dignidad de tribuno.

[31] Es decir, el Ilírico, pues sólo si esta zona estaba tranquila, Constancio podría dedicar todas sus fuerzas a la lucha contra los persas.

Silvano. Era cobarde pero elocuente, de manera que, con su vehemencia, logró enardecer a sus soldados, y derrotó con gran crueldad a muchos enemigos. Tan sólo un pequeño grupo, que huyó por temor al peligro, pudo disgregarse con dificultad y volvió a su hogar, no sin lágrimas y lamentos.

17.6.3. En esta lucha, según se asegura, estuvo presente y combatió con gran valentía Nevita, que encabezaba una tropa ecuestre y quien llegaría a ser cónsul tiempo después[32].

17.7. Nicomedia es destruida por un terremoto. Noticias sobre las distintas formas en que se agita la tierra

17.7.1. En esos mismos días, terribles terremotos agitaron una y otra vez numerosas ciudades y montes en Macedonia, Asia y en el Ponto.

Ahora bien, entre esas calamidades de todo tipo, destacó la destrucción de Nicomedia, metrópolis de Bitinia, desgracia que narraré con veracidad y sin extenderme demasiado[33].

17.7.2. Pues bien, el veinticuatro de agosto, al amanecer, espesas y negras masas de nubes oscurecieron un cielo que, poco antes estaba radiante, de manera que, al ocultarse la luz del sol, no se veían ni siquiera los objetos más cercanos. De este modo, se redujo el campo de visión y se extendió una terrible y densa niebla.

17.7.3. Después, como si una divinidad superior estuviera lanzando rayos fatales y haciendo salir vientos desde los cuatro puntos cardinales, se produjeron enormes y furiosas tempestades, tempestades ante cuyo empuje se escuchó gemir a los montes. Tembló también el mar, y se produjeron tifones y remolinos, así como un temible movimiento de tierras que agitó toda la ciudad y sus suburbios.

---

[32] Concretamente fue cónsul en el 362, teniendo como colega a Mamertino.

[33] Nicomedia fue devastada por incendios y terremotos en varias ocasiones.

17.7.4. Y como casi todas las casas estaban siendo arrastradas por las colinas, unas caían sobre otras y todo resonaba terriblemente con esa funesta destrucción.

Entre tanto, en las partes más alejadas de la ciudad, se escuchaban gritos de personas que buscaban a su cónyuge, a sus hijos, o a todo lo que sentían unido a ellos por un lazo estrecho.

17.7.5. Finalmente, después de la hora segunda pero bastante antes de la tercera, el aire, ya nítido y claro, descubrió las tristes desgracias ocultas antes en la penumbra.

Algunos, aprisionados por la masa terrible de los escombros que les cayeron encima, habían perecido por su propio peso. Otros quedaron enterrados hasta el cuello en esos montones de escombros y, aunque hubieran podido sobrevivir si alguien les hubiera ayudado, murieron por la escasez de socorro. Otros quedaron colgados y enganchados en las puntas afiladas de maderos que sobresalían.

17.7.6. Así, de un solo golpe, sucumbieron muchos, y los que poco antes eran hombres aparecían ahora como montones informes de cadáveres.

Algunos, ilesos, permanecían sobre las techumbres de sus hogares inclinadas hacia el interior, casi ya desfallecidos por la angustia y el hambre.

Entre éstos podemos citar a Aristéneto que, en calidad de ayudante, se ocupaba de la diócesis recientemente creada, una diócesis a la que Constancio, en memoria de su esposa Eusebia había denominado «Piedad». Pero Aristéneto murió en esta catástrofe después de un largo sufrimiento.

17.7.7. Otros, sepultados por la magnitud de este desastre repentino, permanecen aún cubiertos por las mismas ruinas.

Algunos, con golpes en la cabeza y con los brazos o las piernas seccionados, a medio camino entre la vida y la muerte, imploraban la ayuda de otros, que tenían heridas similares, pero quedaron abandonados a pesar de sus continuas súplicas.

17.7.8. Aun así, gran parte de los templos y de las casas particulares, así como muchas personas, habrían podido salvarse si, durante cinco días y cinco noches no hubiera caído por todas partes una súbita lluvia de llamas que abrasó todo cuanto podía ser consumido.

17.7.9. Creo que ha llegado el momento de narrar alguna de las interpretaciones que se ofrecieron en la antigüedad acerca de los movimientos de tierra.

Y es que hasta su causa última y verdadera no han llegado ni la incultura del vulgo de nuestra época, ni siquiera las eternas disputas de los físicos con sus largas elucubraciones no concluidas aún [34].

17.7.10. De hecho, tanto en los libros del ritual como en los pontificales, en un clima de misterio, nos encontramos con un silencio total acerca del autor de los movimientos de tierra, no fuera que, al citar a un dios en vez de a otro, el que agita la tierra se vengara por no ser nombrado.

17.7.11. Así pues, según manifiestan algunas opiniones que no convencen a Aristóteles y que le enojan [35], los terremotos se producen, bien en esas pequeñas cavidades de la tierra que en griego denominamos «syringas» [36] debido al continuo empuje de las aguas corrientes; bien, como afirma Anaxágoras, por la fuerza de los vientos que penetran en las profundidades de la tierra y que, cuando chocan con obstáculos compactos y sólidos, como no encuentran una salida, hacen que se agiten las tierras que están encima.

Por eso, muchas veces se observa que, cuando tiembla la tierra, no sentimos entre nosotros viento alguno, ya que están en las profundidades de la tierra.

---

[34] Amiano va a aludir a Aristóteles, Anaxágoras, Anaximandro o Plinio el Viejo.

[35] Cfr. Arist, *Meteor.* II,8.

[36] Algo así como «túneles subterráneos».

17.7.12. Anaximandro afirma que en la tierra, cuando está reseca por el calor sofocante del verano, o bien empapada tras las lluvias, se abren enormes grietas por donde penetra el viento con excesiva violencia, de manera que, al ser agitada la tierra por ese fuerte viento, se conmueve desde sus más profundas entrañas.

No en vano las calamidades de este tipo se producen en épocas de excesivo calor, o bien cuando cae del cielo una cantidad enorme de agua.

Y por eso a Neptuno, dios del elemento líquido, los antiguos poetas y teólogos lo llamaron «Ennosigeo» [37] y «Sisichi-thón» [38].

17.7.13. Pues bien, los temblores de tierra se producen de cuatro modos:

Pueden ser «brasmatiae» [39] que, levantando el suelo como por un impulso producido en el interior, elevan enormes masas de tierra. Así es como emergió Delos en Asia, o Hiera, Anaphe y Rodas, llamadas en la antigüedad Ophiusa y Pelagia, regadas en otro tiempo por una lluvia de oro; y Eleusis en Beocia, y Vulcano en el mar Tirreno, así como otras muchas islas.

O bien terremotos «climatiae» [40], que recorren territorios en línea recta y oblicua, arrasando ciudades, edificios y montes.

O «chasmatiae» [41] que, con un fortísimo temblor, hacen que se abran súbitamente las profundidades de la tierra y absorben algunas zonas, tal como sucedió en el océano Atlántico con una isla de mayor superficie que toda Europa; o en el golfo Criseo con Hélice y Bura; o en Ciminia, en Italia, con la ciudad de Saccumo que, tras hundirse hasta las profundidades del Erebo, permanecen eternamente sepultadas en las tinieblas [42].

---

[37] «Que agita la tierra». Cfr. Juv. 10,82.

[38] «Que quiebra la tierra». Cfr. Gell. 2,28,1.

[39] En griego «brátsein» significa «hervir, cocer».

[40] Equivaldría a «agitadores».

[41] Que absorben.

[42] La base esencial en este pasaje es Plinio (*Nat.* 2,201-206). Ciertamente, Plinio y Aristóteles proporcionan a Amiano el contenido de carácter

17.7.14. Junto a estos tres tipos de terremotos, los «micematiae»[43] producen un sonido terrible, tanto cuando las partes saltan libremente al quebrarse la estructura de la tierra, como cuando vuelven a su sitio y se asientan.

De este modo, necesariamente, los fragores y sonidos de la tierra parecen mugidos de un toro.

Pero volvamos ya a nuestro relato.

17.8. El César Juliano acepta la rendición de los salios, pueblo franco. En cuanto a los chamanes, a algunos los mata, a otros los captura y concede la paz al resto

17.8.1. Por su parte, el César, que estaba pasando el invierno en París, pretendía anticiparse a los alemanes con enorme afán, ya que éstos aún no se habían reunido, pero sí estaban dando muestras de audacia y de crueldad tras la batalla de Estrasburgo.

Por ello, mientras aguardaba la llegada del mes de julio, que es cuando comenzaba la campaña en la Galia, estaba siempre preocupado.

Y es que no podía ponerse en marcha hasta que, con las temperaturas suaves del verano, una vez terminados los fríos y las nieves, pudiera traérsele el abastecimiento desde Aquitania.

17.8.2. Pero como la inteligencia y la prudencia superan casi siempre cualquier tipo de dificultades, tras considerar muchas y variadas posibilidades, decidió finalmente que, sin aguardar la llegada del verano, atacaría de improviso a los bárbaros. Por ello, completamente decidido, colocó sobre el hombro de sus soldados, que se mostraban de acuerdo con su

---

más científico en este pasaje, aunque nuestro autor utiliza también elementos poéticos como la mención a la lluvia de oro (*Il.* 2,670). Lo que sí demuestra en este caso Amiano es su gran erudición.

[43] Que rugen.

plan, grano suficiente para veinte días obteniéndolo del que había en el campamento para el consumo cotidiano y preparándolo para que se mantuviera durante bastante tiempo, en lo que se llama vulgarmente «bucellatum»[44].

Confiado, pues, en este plan, se puso en marcha con auspicios favorables, al igual que antes, pensando que en cinco o seis meses podría terminar dos expediciones urgentes y necesarias.

17.8.3. Realizados estos preparativos, se dirigió primero hacia los francos, en concreto hacia los que suele denominarse «salios», quienes en una ocasión, de forma licenciosa, osaron situar su sede en suelo romano, concretamente en Toxiandría.

Ante la llegada del César a Tongres, le salió al encuentro una embajada de este pueblo, aunque creían que nuestro general se encontraba aún en los cuarteles de invierno. Ofrecían mantener la paz con la condición de que nadie les dañara, ni les perjudicara si permanecían tranquilos en ese territorio que consideraban como suyo.

Después de tratar en profundidad esta cuestión, el César les ofreció a cambio complejas condiciones, como si tuviera la intención de permanecer en la misma zona hasta que le contestaran. Después, despidió a los mensajeros, no sin antes cargarles de regalos.

17.8.4. Pero antes de terminar estas palabras, envió a su general Severo para que les siguiera por la orilla del río. Éste les salió al paso de repente y los atacó como un rayo, ante lo cual ellos, más que resistirse, recurrieron ya a las súplicas.

Finalmente, el resultado de la victoria fue una clemencia muy oportuna, pues el César los acogió cuando se entregaron con sus bienes y sus hijos.

17.8.5. También atacó a los chamavos, que se habían aventurado de forma similar a los anteriores. Y, con la misma rapidez, acabó con algunos de ellos y a otros, que se resistían duramente, los capturó vivos y los encadenó. En cuanto a los

---

[44] Es una especie de bizcocho o galleta.

que volvían a sus hogares en precipitada fuga, les permitió irse indemnes por el momento, pues no quería fatigar a sus soldados con largas distancias.

Poco después, éstos le enviaron mensajeros para que, en tono suplicante, le consultaran acerca de su situación. Ellos se postraron ante el César y éste les concedió la paz, prometiendo no hacerles daño si volvían a sus hogares sin causar problemas.

17.9. Junto al Mosa, el César Juliano restaura tres fortalezas que habían sido destruidas por los bárbaros, pero es insultado y amenazado por los soldados, que estaban pasándolo mal a causa del hambre

17.9.1. Así pues, mientras todo iba desarrollándose según sus deseos y mientras, con gran tenacidad, Juliano intentaba mantener lo obtenido en las provincias, aprovechando el momento, planeó restaurar tres fortalezas colocadas en línea recta junto a las orillas del río Mosa, porque habían sido destruidas tiempo atrás por los continuos ataques bárbaros.

Además, como fueron restauradas con gran rapidez, los preparativos de la guerra se demoraron muy poco.

17.9.2. Y, para que la rapidez permitiera que su prudente plan fuera un éxito, de las provisiones para diecisiete días que los soldados llevaban sobre sus espaldas en esa rápida expedición, tomó una parte y la dejó en el campamento, con la esperanza de que podría obtener de las cosechas de los chamavos lo que habían dejado allí.

17.9.3. Sin embargo, el resultado fue muy distinto al que esperaba porque, como el grano no estaba aún maduro, los soldados no encontraban en ninguna parte alimento que añadir al que llevaban. Por ello, con las mayores amenazas, insultaban e injuriaban a Juliano, llamándole Asiático, Grieguillo, mentiroso y estúpido con apariencia de sabio.

Y como entre los soldados suelen encontrarse algunos que destacan por la volubilidad de sus palabras, le increpaban con estas palabras y otras parecidas:

17.9.4. «¿Adónde nos vemos arrastrados sin esperanza de poder conseguir algo mejor, cuando ya hemos soportado los más duros y crueles sufrimientos en medio de las nieves y de las calamidades de tempestades terribles?

»Y encima ahora ¡menuda indignidad! cuando amenazamos a los enemigos con su final, nos vemos detenidos por el hambre, que es la muerte más vergonzosa.

17.9.5. »Y que nadie nos considere agitadores. Pues juramos que hacemos esto en defensa de nuestras vidas, y no por el ansia de obtener oro ni plata, aunque desde hace tiempo no hemos podido ni tocar, ni ver siquiera estas riquezas, que nos son negadas como si se nos acusara de haber asumido tantos esfuerzos y peligros contra el estado».

17.9.6. Lo cierto es que estas protestas eran justas, porque ante los diversos avatares de su peligrosa situación y ante los momentos difíciles por los que atravesaba su vida, los soldados, exhaustos ya después de tantos esfuerzos en la Galia, no habían obtenido ninguna recompensa, ni su soldada, desde que Juliano fue enviado allí. Y lo cierto es que éste ni siquiera tenía algo que ofrecerse a sí mismo, ni tampoco Constancio permitía que se les ofreciera, a pesar de que ésta era la costumbre usual.

17.9.7. Como se demostró posteriormente, este hecho se debía más a la malicia de Constancio que a su avaricia, porque cuando un soldado raso le pidió dinero al César para afeitarse, según la costumbre, y éste le entregó una moneda de escaso valor, fue criticado con duros insultos por Gaudencio, que era notario en aquella época y que se hallaba en la Galia para investigar las acciones de Juliano (aunque, como se narrará en su momento, posteriormente Juliano ordenará su ejecución)[45].

---

[45] Cfr. 22,11,1.

17.10. Suomario y Hortario, reyes de los alemanes, devuelven al César Juliano sus prisioneros y así obtienen la paz

17.10.1. Finalmente, una vez calmado el tumulto gracias a sus grandes dotes de persuasión, tras atravesar el río Rin a través de un puente de barcos, llegaron a las tierras de los alemanes, donde Severo, el general de la caballería, que se había mostrado belicoso y activo con anterioridad[46], de repente perdió toda esa fuerza.

17.10.2. Y así, aquel que con frecuencia animaba a todos y cada uno de ellos a actuar con valor, entonces les disuadía para que no lucharan y aparecía como despreciable y tímido.

Quizás su actitud se debía al temor a una muerte cercana, de forma similar a lo que leemos en los libros de Tages[47] o de Vegoe[48], que cuentan que aquellos que iban a ser alcanzados pronto por un rayo, quedaban embotados hasta tal punto que no podían escuchar ni el trueno, ni ningún otro estruendo incluso mayor.

Lo cierto es que Severo había recorrido el camino con tanta lentitud, frente a su costumbre, que incluso asustó a los generales que guiaban la marcha con rápido paso, amenazándoles con la muerte si no se ponían todos de acuerdo y si no afirmaban que desconocían completamente aquellos lugares.

Ante esta prohibición, ellos, que respetaban su autoridad, no osaron continuar con su avance.

17.10.3. Sin embargo, mientras se producía este retraso, el rey de los alemanes, Suomario, por iniciativa propia, se pre-

---

[46] Cfr. 16,11,1; 17,2,1 o 17,8,4.

[47] Si nos atenemos a lo que expone Censorino, *De Die Nat.* 4,13, Tages era un niño que maravilló a todos por sus conocimientos proféticos. Cfr. Cic, *De div.* 2,23,50; Ovid, *Met.* 15,552-9; *Ser. ad Aen.* 8,398.

[48] Aparecen citados en la *Eneida* (6,72). Vegoe era una ninfa que expuso entre los etruscos sus conocimientos sobre los fenómenos sobrenaturales.

sentó de repente con su ejército, feroz ya de antemano y furioso ante los daños causados por los romanos[49].

Sin embargo, consideró que podría obtener un beneficio inesperado si conseguía conservar sus propiedades. Y, puesto que su rostro y su manera de andar indicaban una actitud suplicante, fue recibido y se le ordenó tener ánimo y estar tranquilo, ante lo cual, no pidiendo nada para sí, se arrodilló y pidió sumiso la paz.

17.10.4. Se decidió entonces otorgarle esa paz, con la condición de que olvidara el pasado, que nos devolviera a nuestros prisioneros y proporcionara a nuestros soldados alimentos cuando lo necesitaran.

A cambio de lo ofrecido recibiría una prueba, como si fuera un vil recaudador, de manera que, si no cumplía el tratado a tiempo, debía saber que se le castigaría duramente[50].

17.10.5. Una vez pactado este trato y cumplimentado sin ningún tipo de obstáculo, la siguiente misión era atacar el territorio de otro rey, llamado Hortario[51]. Y, puesto que no parecía necesitarse nada excepto guías, el César ordenó a Nestica, tribuno de los escuderos, y a Charietón, un hombre de extraordinario valor, que buscaran con gran empeño a uno y que, después de capturarlo, se lo trajeran como prisionero.

Ellos apresaron rápidamente a un adolescente alemán que, a cambio de conservar su vida, prometió mostrarles el camino.

---

[49] Este resentimiento era normal, porque, como sabemos, Suomario había sido derrotado por los romanos en Estrasburgo (cfr. 16,12,1).

[50] Cada vez que Suomario cumpliera alguna de las cláusulas citadas, se le entregaría una nota o recibo que lo probara. Era el procedimiento que seguían en su actuación los «susceptores» o recaudadores a la hora de recoger los impuestos establecidos.

[51] Al igual que Suomario, era uno de los reyes alemanes derrotados en Estrasburgo (16,12,1), pero seguía mostrando su hostilidad contra los romanos.

17.10.6. En este avance, el guía fue seguido por el ejército pero, ante la tala de altos árboles, que habían sido colocados como obstáculo en el camino, no pudo continuar su marcha.

Sin embargo, cuando finalmente, a través de largos y sinuosos rodeos, alcanzó su objetivo, todos los soldados, llenos de ira, quemaron los campos y se apoderaron del ganado y de las personas, matando sin miramiento alguno a los que se resistían.

17.10.7. Cuando el rey, compungido ante estas desgracias, vio las numerosas legiones y los restos quemados de sus pueblos, dándose cuenta de que había llegado el final de su fortuna, pidió también perdón él mismo y prometió con un juramento que haría lo que se le ordenase.

Pero cuando se le ordenó devolver todos los prisioneros, que era lo que deseaban vivamente, no mantuvo su palabra, pues retuvo a la mayoría y entregó sólo a unos pocos.

17.10.8. Al conocer este hecho, Juliano se indignó justamente y por eso, cuando el rey se presentó para recibir su recompensa según lo convenido, retuvo a los cuatro compañeros en cuya ayuda y fidelidad más confiaba el rey hasta que volvieran todos los prisioneros.

17.10.9. Finalmente, Hortario fue convocado a una entrevista por el César, a quien adoraba con ojos temblorosos. Y en ella, vencido de antemano al contemplar al vencedor, se vio obligado a aceptar esta difícil condición: que, puesto que era razonable que, después de sucesos tan favorables, se repararan las ciudades destruidas por la violencia de los bárbaros, él debía proporcionar carros y madera de sus propias tierras y de las de los suyos.

Ante esto, el rey suplicó y prometió que si cometía alguna deslealtad, lo pagaría con su sangre, por lo que se le permitió volver a sus posesiones.

En cuanto a proporcionar provisiones, aunque se había comprometido, no pudo forzársele porque, como esta región

había sido devastada hasta la extenuación, no pudo encontrar nada que ofrecer.

17.10.10. Así, aquellos reyes que anteriormente se habían mostrado llenos de orgullo y de crueldad, y que se habían enriquecido saqueando a los nuestros, sometieron su cuello, ya domado al poder romano y, como si hubieran nacido y se hubieran criado en pueblos tributarios, obedecieron nuestras órdenes sin causarnos problemas.

Concluida esta campaña, los soldados se dispersaron por sus cuarteles habituales y el César volvió a su cuartel de invierno.

17.11. El César Juliano, después de sus hazañas en la Galia, es objeto de burla en la corte del Augusto Constancio por parte de unos envidiosos, y es llamado indolente y medroso

17.11.1. Tan pronto como estos hechos fueron conocidos en la corte de Constancio –pues el César, como colaborador, debía informar al Augusto de todas sus acciones–, los más poderosos de palacio, expertos en el arte de la adulación, convertían en hechos ridículos las decisiones correctas y los éxitos de Juliano, criticándole de forma insulsa y sin medida de este modo: «Ahí llega odioso con sus victorias una cabrilla, que no un hombre». Y, mofándose de Juliano por ser velludo, le llamaban «topo locuaz», «mona cubierta de púrpura», «griego pedante» y muchas cosas similares.

Además, resonando como cascabeles ante un príncipe que deseaba ardientemente escuchar informaciones de este tipo, intentaban ocultar las virtudes de Juliano con palabras injuriosas, y le criticaban como si fuera indolente, medroso, oscuro, así como por adornar sus acciones con elegantes palabras. Y lo cierto es que este hecho no se producía entonces por primera vez.

17.11.2. No en vano, como las glorias más notables suelen estar siempre sujetas a la envidia, hemos leído también que

contra antiguos generales ilustres se lanzaron insultos y acusaciones que, incluso, si no eran reales, eran inventadas por algunos que se sentían ofendidos ante las memorables hazañas de éstos.

17.11.3. Por ejemplo, a Cimón, el hijo de Miltiades, se le acusó de incesto más de una vez, aunque antes junto al río Eurimedonte, en Pamfilia, había derrotado a un enorme ejército de persas y obligó a este pueblo, siempre orgulloso, a pedir suplicante la paz.

Igualmente, a Escipión Emiliano sus rivales, por maldad, le tachaban de perezoso, a pesar de que, gracias a su atenta vigilancia, fueron destruidas dos ciudades poderosísimas, empeñadas en perjudicar a Roma.

17.11.4. E incluso, algunos malvados detractores de Pompeyo, como después de investigar duramente, no encontraban ninguna prueba para atacarle, lanzaron estas dos acusaciones ridículas y vanas: que se rascaba la cabeza de un modo peculiar con un solo dedo y que, durante algún tiempo, llevó una banda blanca atada en su pierna para ocultar una fea herida, cosas que, según decían, realizaba la primera por ser disoluto, y la segunda porque deseaba una revolución, criticándole con argumentos inconsistentes y diciendo que no importaba nada qué parte de su cuerpo cubría con el emblema de majestad imperial[52], cuando todos sabemos que, como demuestran pruebas evidentes, no hubo nunca nadie en la patria más valiente y más prudente que él.

17.11.5. Mientras sucede esto, Artemio, que desempeñaba el cargo de viceprefecto en Roma, y que actuaba también supliendo a Baso, pues éste recientemente había sido ascendido al cargo de prefecto de la ciudad, falleció de muerte natural, después de soportar terribles revueltas durante su mandato y sin realizar ningún hecho digno de mención.

---

[52] La banda blanca, como expone Suetonio, era símbolo del emperador. Cfr. Suet, *Jul.* 79,1.

17.12. Los sármatas, pueblo dominador en otro tiempo pero ahora desterrado, y los cuados, que estaban devastando Panonia y Moesia, son obligados por Constancio a entregar sus rehenes y a devolver sus prisioneros. Además, el Augusto nombró un rey para los sármatas desterrados, una vez que alcanzaron de nuevo la libertad y que llegaron a la tierra de sus antepasados

17.12.1. Mientras el Augusto pasaba tranquilamente el invierno en Sirmio, le llegaban noticias indicándole que los sármatas y los cuados se habían unido y habían llegado a un acuerdo por la cercanía y la semejanza de sus costumbres y de sus armas, y que estaban atacando Panonia y la Moesia Segunda mediante grupos dispersos[53].

17.2.2. Estos pueblos, más hábiles en el pillaje que en combate abierto, disponían de lanzas bastante largas, y de escudos hechos con cuernos pulidos y alisados, sujetos a sus ropas de hilo como si fueran plumas. La mayor parte de sus caballos suelen estar castrados para evitar que se escapen agitados al ver a alguna hembra, o para que no se revuelvan cuando están escondidos y evitar así que descubran a los jinetes con sus fuertes relinchos.

17.12.3. Recorren distancias enormes, ya cuando persiguen a otros o cuando regresan, montando a caballos veloces y dóciles, y llevando cada uno un caballo y, a veces, incluso dos, de manera que, al ir cambiando de montura, pueden recuperar las fuerzas y el vigor con descansos alternativos.

17.12.4. Pues bien, una vez pasado el equinoccio primaveral, el emperador, acompañado de un poderoso contingente de soldados, se puso en marcha siguiendo un próspero desti-

[53] Los sármatas eran un pueblo asiático que se había establecido junto al Danubio, lanzándose con frecuencia contra la frontera del imperio. Y, en cuanto a los cuados, son un pueblo germano que causará también frecuentes problemas a los emperadores romanos (Cfr. 26,4,5; 29,6,1 y ss., etc.).

no y, después de llegar a un lugar muy favorable, atravesó el río Íster, que tenía entonces un caudal muy abundante tras el deshielo. Para ello construyó un puente sobre los fosos de las naves, y se dispuso a devastar las tierras bárbaras.

Éstos se vieron adelantados por la rapidez de la marcha de Juliano y, al observar que tenían ya sobre ellos a las tropas enemigas, aunque les parecía imposible que hubieran podido reunirse a esas alturas del año, no se atrevieron casi ni a tranquilizarse, ni a tomarse un respiro, sino que, para evitar un ataque inesperado, se lanzaron todos a una precipitada fuga.

17.12.5. Y, como cayeron muchos que no podían avanzar a causa del miedo, los que se habían librado de la muerte gracias a la rapidez de su marcha, ocultos en oscuras cavidades de los montes, veían cómo era devastada por las armas su patria, una patria que hubieran vengado si hubieran mantenido el vigor con el que se pusieron en marcha.

17.12.6. Esto sucedía en la parte de Sarmacia que se extiende hasta la Panonia Segunda. Pero, con igual valor, nuestro ejército arrasaba también la zona bárbara que rodeaba Valeria, devastando todo lo que encontraba en su camino.

17.12.7. Conmovidos ante la inmensidad del desastre, los sármatas abandonaron esa táctica de esconderse y, simulando que iban a pedir la paz, formaron en tres líneas y planearon atacar a los nuestros de la forma más segura posible, para que no pudieran ni preparar sus armas, ni evitar las heridas, ni huir, que es el último recurso en las circunstancias críticas.

17.12.8. Además, llegaron enseguida los cuados, que habían compartido numerosas situaciones de peligro con los sármatas, a quienes, con frecuencia habían estado inseparablemente unidos en sus correrías. Pero ni siquiera este rápido auxilio les sirvió cuando se dispusieron al combate en campo abierto.

17.12.9. Y así, aunque muchos murieron, los que pudieron sobrevivir escaparon por caminos conocidos mientras nuestro ejército, recuperando ánimo y vigor con este hecho, en formaciones muy compactas, se apresuró a la tierra de los cuados. Éstos, que imaginaban lo que se les venía encima por lo que había ocurrido ya, dispuestos a pedir suplicantes la paz, acudieron con confianza ante el príncipe, normalmente bien dispuesto hacia actitudes de este tipo. Y, fijado un día para establecer las condiciones, Zizais, que era príncipe en aquella época, joven y altivo, aunque dispuesto a la súplica, colocó en formación de combate, según la costumbre, las tropas de los sármatas.

Pero, al ver al emperador, arrojó las armas y se tumbó boca abajo, como sin vida. Además, como perdió la voz por el miedo, precisamente cuando debía exponer sus súplicas, suscitó una misericordia incluso mayor. Al fin, después de intentarlo varias veces, consiguió explicar sus peticiones, si bien se lo impedían un poco sus sollozos.

17.12.10. Cuando finalmente recobró sus fuerzas, se le ordenó que se levantara y, de rodillas, recuperada ya la voz, pidió que se le concediera indulgencia y perdón para sus delitos. Con él había venido también una multitud para suplicar el perdón, aunque les tenía mudos el temor al ver el peligro que amenazaba aún a su líder. Éste, al pedírsele que se levantara del suelo, hizo una señal a los que lo estaban esperando hacía ya mucho tiempo, y ellos, arrojando todos sus escudos y armas, ofrecieron sus manos en señal de súplica, imaginando aún muchas más formas de convencer al príncipe con la humildad de sus peticiones.

17.12.11. Su superior, además de a los sármatas, había traído consigo a Rumón, a Zináfer y a Fragiledo, príncipes, así como a numerosos nobles, dispuestos todos ellos a expresar una petición similar con esperanza de éxito.

Éstos, aunque felices por la alegre noticia del perdón, prometían que iban a compensar con esas duras condiciones sus acciones hostiles y se hubieran ofrecido de buen grado a la potencia romana junto con sus posesiones, sus hijos, sus esposas y todas sus tierras.

Sin embargo, prevaleció la generosidad, unida a la justicia, de manera que, tras recibir impávidos la orden de conservar sus tierras, devolvieron a nuestros prisioneros.

Se llevaron a los rehenes solicitados y prometieron cumplir lo estipulado con la mayor rapidez posible desde ese momento.

17.12.12. Animados por esta muestra de clemencia, los príncipes se marcharon volando junto con todos los suyos. Es lo que hicieron Arahario y Usáfer, un noble destacado, generales de los ejércitos de sus pueblos y, de los cuales, el primero encabezaba al grupo de los transyugitanos y de los cuados y, el segundo a algunos sármatas, grupos muy unidos por la cercanía de sus tierras y por la fiereza de su carácter.

El emperador, por temor a los pueblos de estos generales, no fuera que simularan aceptar el trato y se levantaran luego en armas, disolvió de repente la reunión y ordenó que se marcharan lentamente los que estaban suplicando por los sármatas, al menos mientras aguardaban la resolución del tema de Arahario y de los cuados.

17.12.13. Éstos, presentándose como si fueran reos, de pie con el cuerpo inclinado, sin poder librarse de sus crueles acciones, temían ya un castigo definitivo para su fortuna, ante lo cual entregaron a los rehenes que se les había indicado, aunque nunca antes se habían visto obligados a entregar algo como fianza en un tratado.

17.12.14. Dispuesto el pacto como era justo y conveniente, se admitió que Usafer expusiera sus peticiones, aunque Arahario protestaba vivamente y afirmaba que la paz que se le había otorgado a él debía concedérsele también a Usafer, pues era su compañero, aunque inferior y acostumbrado a obedecer sus órdenes.

17.12.15. Pero, después de discutir la cuestión, se decidió liberar a los sármatas del dominio extranjero, puesto que siempre habían sido clientes de los romanos, y por ello entregaron rehenes como prueba de su voluntad de mantener la paz y fueron recibidos de buen grado.

17.12.16. Después de esto, se produjo además la llegada de un enorme número de gentes, tanto pueblo llano como reyes, que después de enterarse de que Arahario se había marchado impune, suplicaron que se les pusieran espadas en las gargantas. Y así también ellos, de forma similar, consiguieron la paz que solicitaban, entregando antes de lo que se esperaba a los hijos de sus líderes, trayéndolos en calidad de rehenes desde el interior de sus regiones. E igualmente entregaron a nuestros prisioneros, tal como se había estipulado, de los que se separaron con tantas muestras de dolor como si se hubieran separado de los suyos.

17.12.17. Una vez solucionadas estas cuestiones, había que ocuparse de los sármatas, más dignos de lástima que de cólera, pero a quienes un hecho que se produjo entonces les concedió un grado de prosperidad increíble, de manera que parece cierto lo que opinan algunos: que el destino es superado, o bien ejecutado, por el poder del príncipe.

17.12.18. Y es que, en otro tiempo, los indígenas de este reino eran poderosos y nobles, pero una conjuración clandestina empujó a los esclavos a una rebelión armada.

Y, como entre los bárbaros, la legalidad suele estar en manos del que tiene la fuerza, estos esclavos vencieron a los señores, pues siendo similares en ferocidad, les sobrepasaban en número [54].

17.12.19. Estos señores, como el temor confunde las decisiones, huyeron hacia los victohales, que habitaban en una zona bastante alejada, pues creían que, dada su situación, era mejor obedecer a alguien que les protegiera que servir a unos esclavos [55].

Pero, como deploraban esta situación, consiguieron ser perdonados y fueron recibidos de nuevo bajo la protección romana, ante lo cual suplicaron que se garantizara su libertad.

---

[54] Esta rebelión de los siervos de los sármatas contra sus señores se había producido en el 334.

[55] Se trataba de un pueblo que habitaba en la región de Bohemia.

Entonces el emperador, conmovido ante la injusticia que estaba contemplando, y rodeado por todo el ejército, les habló amablemente, mientras todos permanecían allí reunidos y les ordenó que no obedecieran a nadie sino a él mismo y a los generales romanos.

17.12.20. Y, para que esta recuperación de la libertad conllevara también un incremento de dignidad, nombró como su rey a Zizais, un hombre realmente apropiado en aquella época para recibir los honores que conlleva una fortuna elevada y, como se demostró posteriormente, un hombre también fiel.

Pues bien, después de este notable logro, Zizais no permitió que nadie abandonara aquel lugar antes de que volvieran nuestros prisioneros, tal como se había pactado.

17.12.21. Después de estas acciones en territorio bárbaro, se trasladó el campamento a Bregetio, para que también allí o bien las lágrimas o bien la sangre terminaran con lo que quedaba de la guerra de los cuados, que estaban causando problemas en aquellas regiones.

Entonces su príncipe Vitrodoro, hijo del rey Viduario, y su vasallo Agilimundo, así como otros nobles y oficiales, que encabezaban a varios pueblos, al ver a nuestro ejército en el corazón de su reino y del suelo patrio, se echaron a los pies de nuestros soldados y, tras alcanzar el perdón, cumplieron lo que se les ordenó, esto es, entregaron a sus hijos como garantía de que estaban dispuestos a cumplir las condiciones impuestas, tras lo cual, sacaron las espadas que ellos veneran como divinas y juraron que iban a ser leales.

17.13. El Augusto Constancio, después de realizar una terrible matanza entre los limigantes, esclavos de los sármatas, les obliga a abandonar estas regiones, y habla con sus soldados

17.13.1. Una vez culminadas felizmente estas empresas, tal como hemos narrado, el bien general reclamaba que los es-

tandartes fueran conducidos con urgencia al territorio de los limigantes, esclavos de los sármatas, porque era intolerable que éstos hubieran cometido numerosos crímenes sin castigo alguno.

Pues, como si olvidaran el pasado, cuando se rebelaron los sármatas libres, ellos también aprovecharon un momento oportuno e irrumpieron en la frontera romana, coincidiendo tan sólo con sus señores y enemigos en esta falta.

17.13.2. Sin embargo, también en este caso se decidió un castigo menos severo que el que exigía la magnitud de sus crímenes, limitándose la pena simplemente a que los limigantes fueran conducidos a lugares lejanos, con lo cual perderían la oportunidad de dañar a nuestros intereses, ya que la experiencia de los crímenes que habían cometido durante mucho tiempo hacía temer un futuro peligroso.

17.13.3. Ellos, por su parte, pensando que la losa de la guerra caería sobre ellos, preparaban engaños, armas y súplicas.

Pero, agitados al ver a nuestro ejército, como si hubieran sido fulminados por un rayo, pensando que se acercaba su final, suplicaron que se les perdonara la vida y prometieron un tributo anual, consistente en una selección de sus jóvenes más fuertes y de esclavos, dispuestos para aceptar que se les ordenase emigrar a otras regiones, como reflejaban sus gestos y expresiones, aunque confiaban en la protección de los lugares donde colocaron seguros sus lares después de haberse librado de sus señores.

17.13.4. Es en esta región donde el Partisco, que fluye con curso serpeante, se mezcla con el Íster[56], pero mientras fluye solo y sin ningún obstáculo, recorre un espacio amplio y sensiblemente llano. Sin embargo, junto a su desembocadura, esta zona se estrecha enormemente, con lo cual el río defiende a los habitantes del ataque de los romanos gracias al cur-

---

[56] Es el Danubio.

so del Danubio y, por otra parte, se constituye él mismo en un obstáculo, defendiéndoles del ataque de los bárbaros, pues en esta zona la mayor parte del suelo es muy húmeda y está empapada normalmente por el desbordamiento de los ríos, de manera que es pantanosa y llena de sauces y, por ello, es intransitable para todo aquel que no la conoce perfectamente. Además, hay una isla que casi alcanza la desembocadura del Partisco, rodeada por el mayor de los ríos, que separa así este territorio de la tierra firme.

17.13.5. De este modo, ante el consejo de su príncipe y guiados siempre por su arrogancia innata, llegaron hasta la orilla del río más cercana, no para cumplir lo pactado, como se demostró posteriormente, sino para que no pareciera que temían la presencia de los soldados, Y permanecieron así inconmovibles, demostrando que habían llegado allí para oponerse a lo que se les mandaba.

17.13.6. Como el emperador preveía lo que podía ocurrir, tras distribuir a escondidas a su ejército en numerosos grupos, con la rapidez de un ave encerró dentro de nuestras líneas a los bárbaros, que se mostraron lentos[55]. Además él, permaneciendo en pie sobre una altura considerable, con unos pocos hombres y protegido por la defensa de sus guardias, les aconsejaba con amables palabras que no se dejaran llevar por la furia.

17.13.7. Pero los bárbaros, inmersos en un mar de dudas, se dejaban arrastrar sin saber qué hacer y, empujados ya por su astucia, ya por su furia, intentaban luchar y suplicar a la vez. Además, mientras preparaban un ataque contra aquellos de los nuestros a los que veían más cercanos, de forma preme-

[57] Difieren las ediciones consultadas en el participio que concierta con los enemigos, pues la de Rolfe se decanta por *morantes*, mientras que la de G. Sabbah lo hace por *migrantes*. En cualquier caso, nuestra traducción («que se mostraron lentos») intenta reflejar cómo el ejército romano consiguió encerrar a los limigantes, que no pudieron escapar.

ditada, tiraron sus escudos a bastante distancia, pues así, al ir a recuperarlos, ganarían espacio sin que percibiéramos el engaño.

17.13.8. Y cuando ya se acercaba el atardecer y la debilidad de la luz aconsejaba una tregua, los soldados levantaron los estandartes y se lanzaron contra ellos con terrible ímpetu.

Los bárbaros, apiñados y en una formación aún más cerrada, dirigieron la furia de su ataque contra el propio príncipe, que permanecía en pie en lo alto, como hemos indicado, amenazándole con sus miradas y con gritos terribles.

17.13.9. La ira de nuestro ejército no pudo soportar este ataque enloquecido y por eso, cuando los bárbaros proferían violentas amenazas contra el emperador, como se ha indicado, nuestros soldados, con una formación que se iba estrechando hacia adelante y que, entre ellos, con su sencillez, se denomina «cabeza de puerco», les hicieron dispersarse con violencia[58].

Por la derecha, nuestros soldados de infantería causaron una gran matanza entre su infantería y, por la izquierda, nuestra caballería se lanzó contra los ágiles escuadrones de la suya.

17.13.10. La cohorte pretoriana, situada delante del Augusto, le protegía con suma cautela, cayendo primero sobre los pechos de los que venían a atacarle y, después, sobre la espalda de los que huían. Por su parte los bárbaros, cuando caían con tenacidad increíble, mostraban con sus horribles quejidos que lo que les dolía no era tanto la muerte como la alegría de los nuestros.

Junto a los muertos, muchos yacían con las piernas cortadas sin tener así posibilidad de huir; otros tenían las manos seccionadas; otros, aunque no habían recibido ninguna heri-

---

[58] Es una especie de formación en <, con el vértice dirigido hacia el enemigo.

da, aprisionados por el peso de los que les habían caído encima, soportaban su sufrimiento con profundo silencio.

17.13.11. Pero, en medio de tantos tormentos, ninguno de ellos pidió perdón, ni depuso sus armas, o suplicó una rápida muerte, sino que conservaron siempre sus armas y, aunque afligidos, consideraban menos terrible ser derrotados por fuerzas ajenas que por darse por vencidos. E incluso, a veces, se les escuchaba murmurar que lo que sucedió se debía a la fortuna y no al mérito de nadie.

Lo cierto es que, en tan sólo media hora, se decidió el combate, pues cayeron en un momento tantos bárbaros que únicamente la victoria demostró que había existido un combate.

17.13.12. Cuando apenas acababan de ser derrotados los pueblos enemigos, las familias de los muertos eran ya conducidas en grupos, sacadas de sus humildes cabañas, sin distinción de edad o de sexo y sin esa arrogancia del pasado. Se veían, pues, obligados a la vileza de la obediencia servil ya que, tras un breve espacio de tiempo, pudieron ver montones de cadáveres y batallones de prisioneros.

17.13.13. Nuestros soldados, incitados por el fragor del combate y por la recompensa de la victoria, se lanzaron tanto contra los que habían desertado como contra los que se mantenían ocultos en las cabañas.

De este modo, cuando llegaron allí, ávidos como estaban de sangre bárbara, los mataron destruyendo los ligeros techos de paja. Tal fue la matanza que no hubo nadie a quien la protección de su hogar pudiera salvarle la vida, por mucho que estuviera construido con las vigas más resistentes.

17.13.14. Finalmente, cuando todo estaba en llamas y nadie podía ya esconderse, como no les quedaba ninguna posibilidad de conservar sus vidas, o bien perecían abrasados en su obstinación o, al evitar el incendio y escapar de este peligro, caían ante las armas enemigas.

17.13.15. Con todo, los pocos que lograron escapar de las armas y del enorme número de incendios, se arrojaron a las aguas de un río cercano, esperando poder alcanzar el otro lado gracias a su experiencia en la natación.

Pero, de ellos, muchos murieron ahogados, otros muchos perecieron atravesados por las armas... y se derramó tanta sangre que el curso de este río tan caudaloso rebosó de espuma. Fueron, pues, estas dos cosas, la ira y el valor de los vencedores las que aniquilaron a los sármatas.

17.13.16. Dada esta situación, se decidió arrebatar a todos cualquier esperanza o medio para salvar la vida. Y así, después de incendiar sus hogares y de apresar a sus familias, pensaron reunir barcos para buscar a los que habían conseguido escapar de los nuestros ganando la otra orilla.

17.13.17. Además, rápidamente, para evitar que se apagara el ardor de los combatientes, soldados de infantería ligera fueron embarcados y conducidos por lugares ocultos para alcanzar los refugios de los sármatas, quienes se dejaron engañar por la apariencia de las barcas y de los remeros, que eran como los suyos.

17.13.18. Cuando, ya desde lejos, el brillo de las armas les hizo darse cuenta de que se estaba acercando lo que temían, intentaron alcanzar una zona pantanosa. Pero nuestros soldados les siguieron con gran hostilidad y, después de matar a un gran número de ellos, alcanzaron la victoria en un lugar donde parecía imposible mantenerse en pie, o intentar alguna acción.

17.13.19. Después de aniquilar casi completamente y de dispersar a los amicenses [59], se dirigieron sin demora contra los pincenses, que reciben este nombre a partir de las regiones limítrofes, y quienes contaban con mayor protección después de los desastres de los aliados, difundidos por muchísimos rumores.

---

[59] Es un pueblo sármata.

Para someterlos se recurrió a los taifalos, así como a los sármatas libres, pues era difícil seguirles, toda vez que se habían dispersado y que nuestro desconocimiento de los caminos nos retrasaba.

17.13.20. Entonces, como las características del lugar sugirieron dividir las tropas auxiliares, los soldados eligieron las zonas cercanas a Moesia, mientras que los taifalos [60] se quedaron con las más cercanas a sus hogares, y los sármatas libres se ocuparon de las tierras que estaban justamente frente a ellos.

17.13.21. Los limigantes, después de tantos sufrimientos, aterrados al considerar la suerte de los que habían sido vencidos y sometidos en un instante, dudaron durante mucho tiempo, pues no sabían si preferían morir o suplicar, teniendo en cuenta que contaban con ejemplos palpables de ambas posibilidades.

Sin embargo, al final, se impuso la decisión de entregarse, tal como resolvió una asamblea de ancianos que se reunió con urgencia.

De este modo, a nuestro ya amplio ramillete de victorias, se unió también la súplica de aquellos que habían puesto en peligro la libertad con sus armas, y los supervivientes inclinaron suplicantes la cabeza ante aquellos a los que antes habían despreciado como señores vencidos y débiles, y quienes ahora les parecían ya muy poderosos.

17.13.22. Por ello, después de que les dieran garantías, abandonaron sus refugios de las montañas y la mayor parte voló a los campamentos romanos, dispersándose por las amplias llanuras, con sus padres, hijos, esposas y con las pocas posesiones que les permitió tomar la premura de su huida.

17.13.23. En cuanto a aquellos que consideraban que su desenfreno era libertad, y creían que era mejor morir antes que

---

[60] Eran una tribu de godos, asentada en el curso del Danubio.

verse obligados a abandonar sus hogares, ahora, sin embargo, estaban de acuerdo en obedecer órdenes y en marchar a otras tierras, tranquilas y leales, donde no pudieran ser atacados ni molestados por revuelta alguna.

Pero cuando acogimos a estas mismas gentes según su propio deseo, como creíamos entonces, aunque durante algún tiempo permanecieron tranquilos, rápidamente volvieron a sus acciones criminales, impulsados por su fiereza innata, tal como narraremos en su momento[61].

17.13.24. Como los sucesos iban desarrollándose de forma propicia, la defensa del Ilírico se reforzó doblemente. Además, esta empresa de doble envergadura le fue encargada al emperador, y éste la cumplió en los dos casos. Pues, tras derrotar y someter a los pueblos desleales, finalmente devolvió sus sedes ancestrales a unos pueblos desterrados, de movilidad similar pero que, sin embargo, iban a comportarse de un modo un poco más leal.

Y, para completar estos éxitos, les impuso como rey no a un tipo insignificante, sino al que ellos mismos habían elegido para que fuera su príncipe, alguien destacado física y espiritualmente[62].

17.13.25. Ante esta serie encadenada de éxitos, Constancio, por encima ya de cualquier tipo de temor, con la aprobación del ejército, fue nombrado por segunda vez «Sarmático», a partir del nombre del pueblo vencido[63]. Y, cuando se disponía ya a marcharse, después de convocar a todas las cohortes, centurias y manípulos, subió a una tribuna rodeada por los estandartes y las águilas y, ante un aluvión de oficiales de todo tipo, habló así a un ejército que, como siempre, le escuchaba de buen grado:

---

[61] Cfr. 19,11, ya que los limigantes se lanzarán contra Valeria.

[62] Es decir Zizais. Cfr. 17,12,9.

[63] Ya en el 335, tras su victoria en el Danubio, había sido nombrado «Sarmaticus Maximus».

17.13.26. «El recuerdo de las gloriosas hazañas, que para unos valientes es más grato que cualquier otra recompensa, me incita a mencionar con sumo respeto los desmanes que hemos solucionado tanto antes de los combates como en el propio fragor de la lucha, una vez que la divinidad decidió concedernos la victoria a nosotros, los más fieles defensores de la causa romana.

»Pues ¿qué hay más hermoso y que merezca más grabarse en la memoria de los tiempos que el que un soldado disfrute con sus valerosas acciones, y un general con sus decisiones prudentes?

17.13.27. »Se extendía por el Ilírico el ansia de rebelión, pues en nuestra ausencia nos despreciaban y se jactaban en vano, mientras protegíamos a los itálicos y a los galos, y devastaban con diversas correrías las fronteras más alejadas, cruzando los ríos con barcas hechas por ellos mismos, también a veces a pie, y no confiando en un combate, ni en sus armas, ni en sus fuerzas, sino con esos robos y engaños tan suyos, así como con esa gran variedad de astutas tretas, temidas incluso por nuestros antepasados ya desde la antigüedad.

»Nosotros, en una zona tan alejada, hemos soportado estas contrariedades todo el tiempo que hemos podido, con la esperanza de que, gracias a la eficacia de los generales, podrían evitarse pérdidas mayores.

17.13.28. »Pero, como su libertinaje iba a más, y sus ataques funestos y frecuentes alcanzaron a las provincias, una vez aseguradas las vías a Retia [64], y basando nuestra defensa en la protección constante de la Galia, sin dejar ningún motivo de recelo a nuestras espaldas, nos dirigimos a Panonia dispuestos a asegurar esta situación tan peligrosa, si así nos lo permitía la divinidad eterna.

»Entonces, realizados todos los preparativos, como habéis visto, partimos comenzada ya la primavera, y nos lanzamos a las mayores empresas:

---

[64] Son los valles a través de los cuales se podía llegar a Italia desde el territorio germano.

»Primero, construimos un puente ensamblando su estructura para que no nos cayera encima una lluvia de flechas. De este modo, tras realizar esta tarea insignificante, una vez vista y hollada la tierra enemiga, sin grandes pérdidas entre los nuestros, sometimos a los sármatas, que intentaban enfrentarse a nosotros sin importarles la muerte. Asimismo, sometimos a los cuados, quienes, para ayudar a los sármatas, se lanzaron con una imprudencia semejante contra los escuadrones de nuestras nobles legiones.

»Éstos, después de sufrir pérdidas terribles, cuando ya habían aprendido en combates y amenazadores intentos de resistencia cómo es nuestro valor, rechazaron el uso de las armas, y nos ofrecieron sus manos para que se las atáramos a la espalda, unas manos dispuestas antes siempre para la lucha.

»Y, como se dieron cuenta de que la única salvación que les restaba eran las súplicas, se postraron a los pies del magnánimo Augusto, cuyos combates sabían por experiencia propia que, con frecuencia, terminaban en triunfos.

17.13.29. »Después de esta acción, superamos también con igual valor a los limigantes y, después de matar a un gran número de ellos, a aquellos que intentaban evitar la muerte la huida les llevó a buscar refugio en unas tierras oscuras y pantanosas.

17.13.30. »Resuelta esta campaña con final feliz, era el momento propicio para el reposo... así pues, forzamos a los limigantes a marchar a lugares bastante alejados, para evitar que intentaran atacar de nuevo a los nuestros, perdonamos a muchos y, al frente de los sármatas libres, pusimos a Zizais, en la idea de que iba a favorecer con lealtad nuestros intereses y de que era preferible concederles un rey antes que quitárselo. Además, la solemnidad del acto se veía aumentada por el hecho de que este líder que nosotros les atribuimos, había sido anteriormente elegido y aceptado por ellos mismos.

17.13.31. »Así pues, esta única campaña supuso para nosotros y para el estado un éxito rotundo por cuatro motivos. En primer lugar, porque habíamos castigado a unos rebeldes pe-

ligrosos. Después, porque conseguimos de los enemigos un abundante botín para vosotros, pues son los valientes quienes deben disfrutar de lo que ganaron con esfuerzo y fuerte brazo.

17.13.32. »Personalmente, hemos obtenido una enorme cantidad de riquezas y grandes tesoros, a cambio de que, gracias a nuestro esfuerzo y a nuestro valor, se haya salvado el patrimonio de todos (que es exactamente lo que debe hacer un buen príncipe, y es lo que conviene a sus éxitos).

17.13.33. »Por último, yo mismo llevo un nombre tomado del enemigo, pues he sido llamado «Sarmático» por segunda vez, tal como todos vosotros de común acuerdo me atribuisteis por mis méritos, y lo digo sin arrogancia»[65].

Después de escuchar estas palabras, la asamblea entera, con más júbilo del usual y con grandes esperanzas de conseguir riquezas y ganancias, se disolvió entre gritos favorables y alabanzas al emperador y, poniendo a los dioses por testigo, según se hacía normalmente, de que Constancio era invencible, volvieron satisfechos a sus tiendas.

El emperador se retiró a su palacio, donde estuvo recuperándose durante dos días de descanso, tras los cuales regresó a Sirmio en procesión triunfal, mientras que todas las compañías de soldados volvieron a las sedes que se les había asignado.

17.14. Los romanos enviados para tratar acerca de la paz regresan de Persia sin éxito, porque Sapor pretendía obtener Armenia y Mesopotamia

17.14.1. En esos mismos días, Próspero, Espectato y Eustacio, que habían sido enviados como mensajeros a los persas, tal como narramos anteriormente[66], acudieron ante el rey,

---

[65] El párrafo siguiente aparece separado en la edición de la Loeb, formando parte ya del 17,13,34, mientras que en la edición de Belles Lettres sigue siendo considerado como integrante del 17,13,33.

[66] Cfr. 17,5,15.

que había regresado a Ctesifón[67] portando cartas y regalos del emperador. Su misión era pedir la paz, sin alterar en nada la situación y, de acuerdo con las instrucciones del príncipe, nunca actuaban en desacuerdo con los intereses de Roma y de su majestad, insistiendo por ello en que debía firmarse un tratado de amistad con la siguiente premisa: que no hubiera revuelta alguna que turbara la tranquilidad de Armenia o de Mesopotamia.

17.14.2. Pero, tras permanecer allí durante bastante tiempo, volvieron sin conseguir resultado alguno, después de comprobar que el rey estaba empeñado en no conceder la paz, si no se le adjudicaba a él el dominio de esas regiones.

17.14.3. Posteriormente, se envió al conde Luciliano[68] y a Procopio, entonces notario, con la intención de que consiguieran ese mismo objetivo con las mismas condiciones. Pero este último, con el tiempo, como si se hubiera visto arrastrado por una violenta necesidad, se lanzó a una revolución[69].

---

[67] Era una ciudad de Asiria, situada junto al Tigris y capital del reino persa.

[68] Luciliano había sido *dux Mesopotamiae* en el 350, luego comandante de la guardia personal (cfr. 14,11,14). Posteriormente, lo veremos al frente de la infantería del Ilírico (21,9,5-8), como comandante de la caballería y de la infantería (25,8,9), y finalmente morirá en la Galia (25,10,6-7).

[69] Cfr. 26,5-6.

LIBRO 18

18.1. El César Juliano intenta mejorar la situación de la Galia y procura que la ley sea respetada por todos en el imperio

18.1.1. Esto fue lo que sucedió en las distintas partes del mundo en ese año[1].

Pero en la Galia, mientras las circunstancias habían mejorado y los hermanos Eusebio e Hipacio habían obtenido la dignidad de cónsules[2], Juliano pasaba el invierno en París[3] entre grandes reconocimientos debido a su serie de éxitos consecutivos. Además, como se habían solucionado temporalmente los problemas bélicos, ponía un cuidado similar en la administración de las provincias, esforzándose para que no aumentara la carga de los tributos, para que ningún noble se quedara con propiedades ajenas, para que nadie intentara medrar con los desastres de los demás, o para que ningún oficial cometiera una injusticia con impunidad.

---

[1] Como vemos, la amplitud del imperio hace que, aunque Amiano centra su obra en Roma, deba narrar hechos acaecidos en las «distintas partes del mundo».

[2] Estos dos hermanos serán cónsules en el 359, vivirán en Antioquía y, como iremos viendo a lo largo de la narración, serán acusados de alta traición en el 372 (29,2,9).

[3] La edición de Belles Lettres excluye esta mención a la ciudad de París, señalando simplemente que Juliano estaba en los cuarteles de invierno.

18.1.2. Fue una labor sencilla, porque él mismo dirimía las contiendas cuando así lo requería la importancia del tema o de las personas, manteniéndose inflexible en la distinción de lo justo y de lo injusto.

18.1.3. Por ello, aunque son muchas las acciones loables de Juliano que podríamos mencionar al narrar los sucesos de esta época, bastará mencionar tan sólo una, como muestra de todo lo que dijo o hizo:

18.1.4. Numerio, gobernador poco antes en la Galia Narbonense, había sido acusado de robo, y estaba siendo escuchado por Juliano en el tribunal con un rigor nada frecuente y en presencia de todo el que quisiera asistir.

Pues bien, cuando Numerio intentaba defenderse de las acusaciones negándolo todo, sin que se le pudiera refutar en nada, Delfidio, un orador durísimo, le atacó con gran vehemencia y fuera de sí ante la falta de pruebas, exclamó:

«¿Juliano, el más glorioso de los Césares, a quién vamos a poder condenar alguna vez si basta con negar la acusación?». Entonces Juliano, movido por la prudencia en esta ocasión, le dijo: «¿Y quién podrá ser absuelto, si basta acusarle?».

Esta es una de las muchas acciones de este tipo que realizó en la vida civil.

18.2. El César Juliano restaura las murallas de las fortalezas que había recuperado junto al Rin; atraviesa este río y, devastando la parte de Alemania que se mantenía hostil, obligó a cinco de sus reyes a que pidieran la paz y entregaran sus prisioneros

18.2.1. Cuando iba ya a ponerse en marcha, ante la urgencia de la campaña, al darse cuenta de que algunos pueblos alemanes se mantenían hostiles y que podrían planear algún ataque si no eran derribados para ejemplo de los demás, se preguntaba ansiosamente con qué fuerza y por qué rápido atajo,

tan pronto como tuviera una buena oportunidad, podría adelantarse a las noticias de su llegada e invadir así repentinamente sus tierras.

18.2.2. Al final, después de plantearse numerosas y distintas posibilidades, se decidió por una que, en definitiva, resultó un éxito:

Concretamente, sin que nadie conociera su plan, eligió a Hariobaudes, un tribuno sin ocupación fija en aquel momento, y una persona de lealtad y de valor reconocidos, y lo envió como mensajero ante Hortario, rey ya aliado, para que, desde allí, pudiera marchar fácilmente a los territorios limítrofes, donde sabía que tendría que luchar en poco tiempo. De este modo podría enterarse de todo lo que se estaba preparando, ya que Hariobaudes conocía perfectamente la lengua bárbara.

18.2.3. Después de que el tribuno, confiado, partiera para cumplir su misión, Juliano, aprovechando que la estación del año era propicia, convocó a soldados de todas partes para una expedición y, tras ponerse en marcha, pensó que, entre otras prioridades, debía intentar esto: antes de que estallara el combate, penetrar en ciudades que llevaban mucho tiempo destruidas y abandonadas, tomarlas, fortificarlas y construir incluso graneros que sustituyeran a los quemados, donde podría almacenarse el grano que llegaba normalmente de Bretaña.

18.2.4. Ambas tareas se realizaron con una rapidez mayor de la esperada, pues construyeron en breve los graneros, almacenaron en ellos suficiente cantidad de alimentos y, por otra parte, fueron ocupadas siete ciudades: Castra Herculis[4], Quadriburgium[5], Tricensima[6], Novesium[7], Bonna[8], Antennacum[9] y

---

[4] Era una fortaleza no muy importante, situada junto al Rin.
[5] La actual Schenkenschanz.
[6] Es la *Colonia Traiani*, actual Kellen.
[7] Actual Nuys.
[8] Bonn.

Vingo[10], donde felizmente apareció, también de forma repentina, el prefecto Florencio, que conducía a una parte de los soldados y transportaba víveres abundantes y suficientes para mucho tiempo.

18.2.5. Una vez conseguido esto, teniendo en cuenta lo apremiante de las circunstancias, restaba reparar las murallas de las ciudades tomadas, pues todavía no le inquietaba nadie.

Lo cierto es que, con estos claros ejemplos, resulta evidente que en aquella época los bárbaros servían a los intereses públicos por temor, los romanos por amor a su líder.

18.2.6. Los reyes, según el tratado del año anterior, enviaron en sus carros abundante material útil para las construcciones, y en cuanto a los soldados auxiliares, que siempre rechazan las tareas de este tipo, decidieron obedecer con diligencia, movidos por las dulces palabras de Juliano. Por ello, transportaron sin problema sobre sus hombros maderas de cincuenta pies e incluso más largas, afanándose con todo su empeño en las labores de construcción.

18.2.7. Mientras se realiza esta tarea con diligencia y premura, volvió Hariobaudes después de explorarlo todo, y contó lo que había visto. Tras su llegada, todos se dirigieron con fuerzas renovadas a Magence, donde Florencio y Lupicino, el sucesor de Severo, insistían tenazmente en que debían atravesar el río por un puente construido allí. Pero se topaban con la fortísima oposición del César, quien aseguraba que no debían hollarse tierras ya apaciguadas, no fuera que, como sucede con frecuencia, se quebraran de forma abrupta unos pactos por la violencia de los soldados, acostumbrados a devastar todo cuanto encontraran a su paso.

18.2.8. Sin embargo, todos los alemanes contra los que se dirigía nuestro ejército, considerando que el peligro estaba a

---

[9] Actual Andernach.

[10] Bingen.

sus puertas, empujaron con amenazas al rey Suomario, aliado nuestro según un pacto anterior, para que impidiera el paso a los romanos, pues sus territorios lindaban con la otra orilla del Rin.

Cuando éste declaró que no podía resistir solo, se reunió una multitud bárbara que acudió junto a Magence para impedir con sus grandes fuerzas que el ejército atravesara el río.

18.2.9. Y así, lo que César había decidido pareció útil por dos motivos: para evitar que se corrompieran tierras ya apaciguadas, y para que no se construyera el puente, construcción que supondría grave peligro para muchos de nosotros debido a la oposición de una plebe muy luchadora, sino que se optara por otro lugar más apropiado para ello.

18.2.10. Cuando los enemigos, astutos, se percataron de esto, avanzaron lentamente por la otra orilla, y observaron desde lejos que los nuestros estaban levantando las tiendas, ante lo cual pasaron también ellos noches en vela vigilando con constante afán para que no intentáramos cruzar.

18.2.11. Cuando los nuestros llegaron al lugar previsto, descansaron protegidos por una empalizada y una fosa, y después de consultar con Lupicino, el César ordenó a unos tribunos seleccionados que dotaran de estacas a trescientos soldados armados a la ligera, porque ignoraban completamente qué había que hacer o dónde se debía ir.

18.2.12. Una vez reunidos cuando ya estaba avanzada la noche, embarcados todos los que cabían en cuarenta barcas de paseo, que eran las que estaban disponibles entonces, reciben la orden de bajar por el río con tanto silencio que, incluso, los remos debían ir elevados para que el sonido del agua no alertara a los bárbaros.

Y así, con gran rapidez tanto física como mental, mientras los enemigos estaban vigilando nuestras hogueras, los soldados podrían irrumpir en la otra orilla.

18.2.13. Mientras se apresura el cumplimiento de esta acción, Hortario, rey aliado nuestro con anterioridad, que no planeaba una rebelión pero que sí mostraba lealtad hacia los pueblos vecinos, invitó a un banquete a todos los reyes, príncipes y reyezuelos, y los retuvo con sus agasajos hasta la tercera vigilia según la costumbre de su pueblo.

Pero he aquí que, cuando ya se marchaban de allí, los nuestros irrumpieron de improviso, aunque no pudieron matarlos ni apresarlos de ningún modo, porque, con la ayuda de la oscuridad y de sus caballos, escaparon a donde les arrastró su precipitada huida.

No obstante, sí mataron a los cantineros y a los esclavos que les seguían a pie, con la excepción de algunos que pudieron escapar aprovechando la oscuridad de la noche.

18.2.14. Finalmente, cuando se supo que habían cruzado el río los romanos, de quienes se creía que también entonces, como en las anteriores expediciones, iban a descansar de sus esfuerzos en el lugar en el que encontraran al enemigo, los reyes y los pueblos bárbaros, agitados porque estaban vigilando con gran afán para que no se construyera un puente, aterrados, huyeron y se dispersaron a pie.

Sin embargo, una vez calmado su pánico, intentaron con premura llevarse lo más lejos posible a sus familias y enseres, y así, eliminadas ya todas las dificultades, se vio cómo nuestros soldados, ya en territorio bárbaro, atravesaban los reinos de Hortario sin causar daño.

18.2.15. Pero cuando llegaron a territorios de reyes todavía hostiles, incendiando y saqueando por doquier, atravesaron sin temor alguno estas zonas rebeldes.

Después de incendiar los cercados de sus frágiles moradas y de matar a un gran número de ellos, viendo caer a unos y a otros yacer suplicantes, cuando se llegó a la región que llaman Capillacii o Palas, donde se encuentra marcado el límite entre las tierras de los alemanes y la de los burgundios, se instaló un campamento con la intención de capturar sin levantar sospechas a los reyes Macriano y Hariobaudo, que

eran hermanos, y quienes, al advertir la calamidad que se les venía encima, vinieron angustiados a suplicar la paz.

18.2.16. Inmediatamente detrás de ellos, llegó también el rey Vadomario, cuya sede estaba frente al territorio de los ráuracos y quien presentó al emperador Constancio un escrito en el que se le mencionaba elogiosamente, ante lo cual fue bien recibido, como correspondía a alguien aceptado por el Augusto en el imperio romano.

18.2.17. Tanto Macriano como su hermano, atónitos entre las águilas y las insignias por el aspecto de las armas y de los soldados, a quienes veían por primera vez, suplicaron por los suyos.

En cuanto a Vadomario, que se había criado entre los nuestros, pues vivía junto a nuestra frontera, admiraba realmente los preparativos de esta ambiciosa expedición, pero recordaba que, con frecuencia, había visto dispositivos similares desde su más tierna infancia.

18.2.18. Finalmente, después de deliberar durante bastante tiempo, con el acuerdo general, se concedió la paz a Macriano y a Hariobaudo. Pero a Vadomario, que intentaba salvar su propia vida y había venido para expresar súplicas en condición de mensajero, ya que intentaba conseguir igualmente la paz para los reyes Urio, Ursicino y Vestralpo, se le dijo que no podía respondérsele aún, no fuera que, como la lealtad de los bárbaros es efímera, se recuperaran después de la marcha de los nuestros y obtuvieran un respiro gracias a lo conseguido por otros.

18.2.19. Pero una vez que ellos mismos, después de que les fueran incendiadas sus cosechas y sus hogares, cautivados y asesinados en gran número, suplicaron como si hubieran cometido algún delito contra nuestros intereses, obtuvieron la paz con condiciones similares a las citadas.

Mientras esto sucedía, la mayor preocupación era que devolvieran todos los prisioneros que habían cautivado en sus frecuentes incursiones.

18.3. Por qué se decapitó por orden del Augusto Constancio a Barbatión, general de la infantería y a su esposa

18.3.1. Mientras que, en la Galia, la protección de los dioses iba solucionando estos problemas, en la corte del Augusto se produjo un torbellino de revueltas, que comenzaron como una minucia y llegaron a producir dolor y lamentos.

En el hogar de Barbatión, que entonces estaba al mando de las tropas de infantería, las abejas formaron un enjambre bien visible. Y cuando consultó angustiado a los expertos en los prodigios acerca de ese hecho, se le respondió que indicaba un gran peligro, simplemente por la creencia en que estos animales, después de que han construido sus hogares y acumulado sus riquezas, son expulsados con humo o con el sonido estruendoso de los címbalos.

18.3.2. Barbatión tenía una esposa llamada Asiria, nada discreta ni prudente, quien, cuando su marido marchó a una expedición, terriblemente angustiada por el temor y el recuerdo de lo que se le había anunciado, llevada por la vanidad femenina, llamó a una esclava que conocía perfectamente los símbolos y a quien había recibido del patrimonio de Silvano. Posteriormente escribió a Barbatión de forma totalmente inapropiada, suplicándole con quejas lastimeras que, tras la muerte ya cercana de Constancio, cuando fuera elevado a la dignidad imperial, según esperaba, que no la rechazara para casarse con Eusebia, ahora reina y mujer que sobresalía entre las demás por la belleza de su cuerpo.

18.3.3. Cuando estuvieron de vuelta todos los que habían marchado en la expedición, una vez enviada la carta con todo el secreto posible, la esclava que la había escrito según las indicaciones de su señora escapó durante el primer sueño de la noche, llevándole una copia a Arbitión y, después de ser recibida con gran expectación, entregó la nota.

18.3.4. Como Arbitión era muy dado a las acusaciones, confiado en esta prueba, se la entregó al príncipe, ante lo cual,

según la costumbre, se investigó sin demora ni reposo. Y cuando Barbatión confesó que había recibido la carta, tanto él como su mujer, que fue acusada de haberla escrito a raíz de una prueba evidente, murieron degollados.

18.3.5. Tras este castigo, se produjeron numerosas investigaciones y se castigó a muchos, ya fueran culpables o totalmente inocentes. Entre ellos, también Valentino, tribuno y antiguo capitán de la escolta, además de otros muchos, fue torturado en varias ocasiones como si fuera culpable, aunque sobrevivió y se quedó sin saber qué había sucedido. Por eso, para compensar la injuria y el peligro padecidos, recibió el cargo de general en el Ilírico.

18.3.6. El citado Barbatión era algo rudo, de intenciones arrogantes y odiado por muchos porque, ya mientras mandaba a la escolta personal en tiempos del César Galo, había sido traidor y desleal. Y, después de la muerte del César, envanecido por la nobleza de su rango militar, tramó también intrigas similares contra el César Juliano. Además, ante el continuo desprecio de las gentes honradas, susurraba a los oídos del Augusto, siempre atentos para ello, numerosas acusaciones crueles.

18.3.7. Seguramente ignoraba el sabio consejo que dio en la antigüedad Aristóteles quien, al enviar a su discípulo y amigo Calístenes ante el rey Alejandro, le encomendó una y otra vez que hablara lo menos posible y de la forma más agradable con un hombre que tenía en su lengua el poder de decretar su vida o su muerte.

18.3.8. No nos sorprendamos por el hecho de que los hombres, cuyas mentes creemos que son semejantes a la divinidad, a veces distinguen lo que les va a beneficiar de lo perjudicial, pues también los animales, que carecen de razón, en ocasiones suelen proteger su vida en profundo silencio, como demuestra este ejemplo tan conocido:

18.3.9. Los gansos que abandonan Oriente a causa del calor, y se dirigen a Occidente, cuando alcanzan el monte Tauro,

donde abundan las águilas, por temor a estas fortísimas aves, cierran sus picos con piedrecillas, para que ni siquiera una necesidad extrema les haga chillar. Y una vez atravesadas estas alturas con ágil vuelo, arrojan las piedrecillas y, de este modo, prosiguen con más seguridad.

18.4. El rey de los Persas, Sapor, se dispone a atacar a los romanos con todas sus fuerzas

18.4.1. Mientras en Sirmio se realizaban estas investigaciones con enorme afán, la fortuna de Oriente hacía resonar los terribles sonidos de los peligros. Y es que el rey de Persia, armado gracias a la colaboración de los fieros pueblos a los que había sometido, y deseando de una forma sobrehumana aumentar su reino, preparaba armas, hombres y víveres mezclando sus intenciones con los dioses infernales y consultando todas las supersticiones acerca del futuro.

Lo cierto es que, una vez realizados bastantes preparativos, planeaba ya invadirlo todo al inicio de la primavera.

18.4.2. Cuando estas noticias se extendieron, primero por rumores y después por anuncios ciertos, de manera que el temor produjo una gran confusión ante las calamidades que se avecinaban, la forja del herrero martilleando con lo mismo de día y de noche, según reza el dicho popular, y por indicación de los eunucos, le hablaba de Ursicino al emperador, suspicaz y temeroso, como si nuestro general fuera el rostro cruel de una Górgona, indicándole una y otra vez cosas como éstas: que una vez muerto Silvano, como si no hubiera ya hombres mejores, se le había enviado de nuevo en defensa de la región oriental, donde tenía mayores aspiraciones.

18.4.3. Además, en este cúmulo repugnante de falsos aduladores, muchos intentaban comprar el favor de Eusebio, entonces ayuda de cámara, de quien, si debemos decir la verdad, dependía en gran medida Constancio, y quien se oponía con gran dureza a la salvación del general de caballería cita-

do por dos razones: porque él era el único, entre todos, que no hacía aumentar sus riquezas, como sí hacían los demás, y porque no le cedería su hogar de Antioquía, que él ansiaba de la forma más inoportuna.

18.4.4. Eusebio, semejante a una serpiente llena de veneno, que incita al ataque a su numerosa prole, que todavía se desliza con dificultad, envió a sus sirvientes ya adultos para que, mientras realizaban sus tareas más secretas, mediante la dulzura de su voz, siempre pueril y tierna, atacaran con toda la fuerza de su enorme envidia la reputación de este valiente, susurrando acusaciones a los oídos del emperador, demasiados crédulos.

Éstos cumplieron sus órdenes en breve.

18.4.5. Cansado ya de estas cosas y de otras similares, quiero elogiar a aquel Domiciano de la antigüedad quien, aunque distinto a su padre y a su hermano, mancilló la gloria de su familia con un odio imborrable, si bien es cierto que se le reconoció por una ley suya muy bien aceptada, una ley por la que prohibió terminantemente que el derecho romano permaneciera impasible cuando alguien castrara a un niño, hecho difícil de soportar y que, incluso cuando se produce en escaso número, es difícilmente tolerable[11].

18.4.6. Sin embargo, se actuó con gran cautela para que, tal como se imaginaba, no se llamara de nuevo a Ursicino y para que éste no causara un gran revuelo por el temor que inspiraba, sino que, cuando la fortuna ofreciera una oportunidad, fuera ejecutado.

18.4.7. Mientras algunos estaban ocupados en este plan y se mostraban divididos por sus dudas, nosotros nos detuvimos un poco en Samósata, ilustrísima sede en otro tiempo del reino de Comagena, donde de repente comenzaron a llegar rumores ciertos y cada vez más frecuentes de unas nuevas revueltas, que serán expuestas en el siguiente pasaje.

---

[11] Cfr. Suet, *Domit*. VII. Domiciano fue emperador del 81 al 96 d.C.

18.5. Antonino, un escolta, se pasa con todos los suyos al bando de Sapor, y le impulsa a una guerra contra los romanos, una guerra que él mismo ya había comenzado

18.5.1. Un tal Antonino, anteriormente rico comerciante, después contable al servicio del gobernador de Mesopotamia, y entonces escolta experimentado y prudente, muy conocido en todas aquellas tierras, se vio inmerso en una situación terrible por la avidez de algunos. Y es que, mientras él se veía a sí mismo cada vez más quebrantado por la injusticia, debido a sus críticas contra los poderosos, los encargados del caso se inclinaban más a obtener el favor de esos poderosos, de manera que para no aparecer como recalcitrante contra los que ocupaban los puestos más elevados, se dedicó también a los halagos fingidos y confesó una deuda traspasada por un engaño a las cuentas del fisco. Y cuando se disponía ya a realizar mayores empresas, al intentar indagar con profundidad en todos los miembros del imperio, como conocía ambas lenguas, se vio inmerso en cálculos acerca de quiénes, o qué soldados estaban actuando en los distintos lugares, o describiendo qué campañas iban a producirse a cada instante. O, igualmente, investigó sin descanso si la cantidad de armas o de víveres y de otros enseres necesarios para la guerra serían suficientes.

18.5.2. Y una vez hubo conocido los asuntos internos de todo el Oriente, distribuyendo la mayor parte de hombres y de dinero por el Ilírico, donde se encontraba retenido el emperador por serios asuntos, como iba a llegar ya el día fijado para pagar la cantidad de dinero que debía, según se vio obligado a confesar por escrito llevado por el miedo, cuando se dio cuenta de que iba a verse acosado por todas partes y por todo tipo de peligros, como el conde del tesoro le urgía de forma amenazadora para ganarse el favor del otro, se esforzó con todo empeño en pasarse al bando persa, llevándose a su esposa, a sus hijos y a todos sus seres queridos.

18.5.3. Entonces, para pasar desapercibido a los soldados de guardia, compró por un precio no muy elevado un terreno en Jaspis, lugar bañado por el río Tigris.

Gracias a esta treta, como nadie se atrevía a preguntar a nadie que poseía ya una tierra y numerosas posesiones la causa de su venida a estas partes extremas del imperio romano, utilizó a conocidos, leales y buenos nadadores, para tener frecuentes entrevistas ocultas con Tamsapor, que entonces estaba al frente de todos los territorios al otro lado del río en calidad de gobernador, y a quien conocía hacía tiempo. A continuación, tras recibir un envío de valientes soldados procedentes del bando persa, subió a una barca de pescadores y a través de toda su dulce región, se dejó llevar en medio de la oscuridad de la noche, similar a aquel Zopiro, el traidor de Babilonia, pero con distinta intención [12].

18.5.4. Llegada la situación de Mesopotamia a este extremo, cuando la cohorte del palacio entonaba ya una palinodia ante nuestra derrota, encontró al fin una buena oportunidad de perjudicar al más valiente de los hombres, gracias a la ayuda y al empuje de un grupo de eunucos quienes, como siempre, duros, crueles y carentes de otro tipo de afectos, se agarran solamente a las riquezas como si fueran sus hijas más amadas.

18.5.5. Y es que como Sabiniano era una persona culta, anciana y adinerada, pero débil, perezoso y muy lejos, por su vulgaridad, de conseguir la dignidad imperial, se decidió enviarle como gobernador a las regiones orientales, y, por otra parte, que volviera a la corte Ursicino para ocuparse de la infantería, sucediendo así a Barbatión, pues ante la llegada de Ursicino, ese ávido promotor de rebeliones, como todos le consideraban, se vería atacado por duros y temibles enemigos.

---

[12] Zopiro había desertado traicionando a Babilonia y entregándosela a Ciro.

18.5.6 Mientras esto sucede en el campamento de Constancio haciéndolo semejante a una guarida de fieras o a una escena teatral, y mientras los compradores van obteniendo por los hogares de los poderosos un buen precio a cambio de un poder adquirido de repente, Antonino fue conducido al cuartel de invierno del rey, y recibido con grandes muestras de alegría, otorgándosele el honor y la autoridad conferida por un turbante, un honor que se dispensa a los que participan en las mesas reales y con el que se permite que los que han hecho méritos entre los persas puedan intervenir en las asambleas para convencer o expresar su intención. Y no con pértigas y con cuerdas, según reza el dicho, es decir, no con expresiones complicadas y oscuras, sino a toda vela se lanzaba contra el estado y, además, incitaba al propio rey, increpándole como en otro tiempo Maharbal había criticado a Aníbal por su lentitud, repitiéndole una y otra vez que podría vencer pero no sabía aprovechar la victoria [13].

18.5.7. Siendo un hombre con una educación propia de la clase media, conocedor de todo tipo de temas, como hablaba ante unos oyentes siempre atentos y ávidos de lisonjas, no de los que van lanzando alabanzas, sino de los que admiran en silencio, semejantes a los feacios homéricos [14], les contó la historia de los últimos cuarenta años, en los que, después de sufrir continuas desgracias en la guerra y sobre todo en Hileya y Singara –donde se produjo aquel terrible combate durante la noche, en el que los nuestros se vieron afligidos por una dura calamidad como si un sacerdote fecial hubiera decidido su final [15]–, los persas, a pesar de su victoria, aún no habían alcanzado Edesa, ni los puentes del Éufrates, aunque, gracias a la confianza en su poder militar y a sus magníficas victorias, debían haber extendido sus reinos hasta apoderarse de toda Asia, sobre todo en un momento en el que, tras las

[13] Cfr. Liv. 22,51; Floro 1,22,19.

[14] Eran un pueblo dedicado a la fiesta, la música y la danza.

[15] Los feciales eran sacerdotes de carácter sagrado que intervenían en el inicio y en el final de las guerras.

continuas revueltas de las guerras civiles, la sangre de los romanos se había derramado en ambos bandos.

18.5.8. Con este discurso y otros similares en los banquetes, este traidor siempre precavido, cuando se decidía acerca de los preparativos para la guerra y de otros asuntos serios para ellos, a la manera de los griegos de la antigüedad, encendía aún más a un rey ya pasional para que, apenas pasado el invierno, moviera las armas confiado en la grandeza de su fortuna, mientras él mismo le prometía su apoyo y lealtad en numerosas situaciones de peligro.

18.6. Ursicino, general del ejército, es hecho venir desde Oriente y, después de llegar a Tracia, es enviado de nuevo a Mesopotamia. A su regreso, intenta informarse de la llegada de Sapor mediante Marcelino

18.6.1. Casi durante esos mismos días, Sabiniano, envanecido por el repentino poder conseguido, al llegar a la región de Cilicia, entregó a su predecesor una carta del príncipe, en la que le encomendaba que acudiera con prontitud a la corte para ser investido con una dignidad superior. Además, tal como estaba la situación, incluso si Ursicino se hubiera demorado en Tula, la importancia del asunto probablemente le hubiera hecho venir, por su experiencia en la disciplina tradicional y en las artimañas persas tras largos años de lucha.

18.6.2. Una vez este rumor inquietó a las provincias, los senados de las distintas ciudades y la plebe, con decretos y aclamaciones generales, le retenían afanosamente, considerándole el defensor del pueblo y acordándose de que, aunque le habían dejado allí para protegerles con soldados débiles y vulgares, no había sufrido ninguna pérdida en diez años. Y, al mismo tiempo, temían por sus propias vidas, porque Ursicino había sido depuesto en una circunstancia difícil y se habían encontrado con que le sustituyó un hombre muy débil.

18.6.3. Pensamos, y no hay duda de ello, que el rumor vuela raudo por canales etéreos, de manera que, gracias a sus indicios, se extendieron estos hechos, y los persas tomaron una decisión acerca de esta situación crítica. Y así, después de muchas deliberaciones en ambos bandos, por consejo de Antonino se decidió que, alejado Ursicino y no teniendo confianza en un general novatillo, abandonaran esos asedios perjudiciales de las ciudades, atravesaran el Éufrates y avanzaran hasta estar en disposición de ocupar la provincia, adelantándose al rumor por su rapidez y alcanzando una provincia que no había soportado antes guerra alguna, excepto en la época de Galieno [16], y enriquecida así por un larguísimo período de paz. Además, Antonino les prometía que, con la ayuda de dios, iban a contar con el general más apropiado.

18.6.4. Alabada y aceptada esta decisión con la aprobación general, todos comenzaron a ocuparse de aquello que debían preparar con prontitud: víveres, soldados, armas y los demás utensilios que requería una campaña como la que se avecinaba. Y estos preparativos ocuparon todo el invierno.

18.6.5. Entre tanto, nosotros nos detuvimos durante algún tiempo a este lado del Tauro, apresurándonos según lo ordenado hacia las regiones Itálicas. Llegamos junto al río Hebro, que tiene su nacimiento en las montañas de Odrisa y, allí, recibimos un escrito del príncipe donde se nos ordenaba que, sin ningún tipo de excusa, volviéramos a Mesopotamia y que, sin servidores, nos ocupáramos de esta peligrosa expedición, pues todo el poder había sido transferido a otro.

18.6.6. Esto había sido planeado por unos malvados consejeros del emperador de manera que, si los persas no alcanzaban su objetivo y volvían a su territorio, aumentarían con una gran hazaña la fama del valor del nuevo general, pero si la

---

[16] Emperador del 253 al 268, época en la que los persas invadieron Mesopotamia.

fortuna continuaba siendo favorable, Ursicino sería acusado de traicionar al estado.

18.6.7. Así pues, después de sopesar todas las razones, después de cavilar una y otra vez, volvimos y nos encontramos con Sabiniano, un hombre muy melindroso, de mediana estatura y de espíritu pobre y débil, quien apenas podía soportar los ligeros ruidos que se producen en un banquete sin gran temor y, por lo tanto, menos aún el estrépito de un combate.

18.6.8. Sin embargo, puesto que los espías afirmaban que entre los enemigos había un hervidero de preparativos, y esto también era asegurado por todos los traidores, mientras el hombrecillo se dedicaba a bostezar, llegamos apresuradamente a Nisibis, dispuestos a preparar todo lo necesario, no fuera que, por no prestar atención al asedio, los persas cayeran sobre una ciudad indefensa.

18.6.9. Y en tanto que en el interior de la ciudad era apremiante la preparación de todo lo necesario, podían verse brillar continuamente humos y llameantes hogueras desde el Tigris, pasando por el campamento de Moros, Sisara y todos los lugares colindantes, hasta llegar a la ciudad, hecho que demostraba que, una vez superado el río, seguían avanzando tropas de enemigos dispuestas al ataque.

18.6.10. Por ello, para que los caminos no fueran cortados, avanzamos con gran celeridad. Una vez llegamos a la segunda milla, vimos a un muchacho de noble aspecto, con un collar. Tendría unos ocho años, según creíamos, estaba lamentándose en mitad de una colina y, de acuerdo con sus palabras, era de familia noble pero su madre en su huida, ante el pánico que sentía por la amenaza de los enemigos, le había dejado solo porque, por su temor, constituía un gran obstáculo.

Mientras que por orden del general, que se había apiadado de él, vuelvo a la ciudad llevando delante de mí al niño montado sobre un caballo, los atacantes iban extendiéndose cada vez más, después de rodear toda la muralla.

18.6.11. Y como a mí me aterraban las penalidades de un asedio, colocando al niño en una puerta medio abierta, busqué muerto de miedo y con gran rapidez a nuestro ejército y no faltó mucho para que fuera capturado.

18.6.12. Cuando la caballería enemiga iba persiguiendo a cierto tribuno llamado Abdigildo, que huía con sus sirvientes, cayó en la huida el señor y le preguntaron a un siervo que cautivaron acerca de quién había sido nombrado juez, justo mientras yo atravesaba con rápido galope. Y cuando escucharon que Ursicino había entrado poco antes en la ciudad, se dirigieron al monte Izala, mataron al informador y, todos a una, nos buscaron incansables.

18.6.13. Cuando conseguí aventajarles gracias a la rapidez de mi montura, en Amudis, una fortaleza endeble, encontré a los nuestros tumbados, sintiéndose muy seguros mientras los caballos estaban dispersos por los pastos.

Entonces, extendiendo mi brazo, me quité el capote y lo agité en lo alto, mostrando con la señal acostumbrada que se acercaban enemigos y uniéndome a ellos, me dejé llevar en un ataque general, aunque mi caballo estaba agotado.

18.6.14. Nos aterraba realmente el que esa noche había luna llena, por lo que la ligera inclinación del terreno no podría proporcionarnos un escondrijo en caso de que nos apremiara un ataque. Y, además, no se veían ni árboles, ni frutales ni nada más, excepto hierbas bajas.

18.6.15. Así pues, planeamos que, colocando una luz brillante atada sobre un animal para que no se cayese, lo dejaríamos ir hacia la izquierda sin jinete, mientras nosotros buscábamos las montañas situadas a la derecha, de manera que los persas, creyendo que la antorcha de sebo brillaba delante del general que avanzaba lentamente, elegirían esta dirección frente a las demás.

Y lo cierto es que, de no haber sido por este plan, tras ser rodeados y cautivados, hubiésemos caído en manos del enemigo.

18.6.16. Una vez salvados de este peligro, cuando llegamos a cierto lugar boscoso, plantado con viñas y arbolillos frutales, un lugar denominado «Meiacarire» por unas fuentes frías, dispersados todos sus habitantes, encontramos tan sólo a un soldado escondido en un refugio alejado, quien se presentó ante el general y ofreció distintas contestaciones a causa de su temor, lo cual aumentó las sospechas. Pero, ante el temor de lo que se le venía encima, contó la verdad de la situación y dijo que nació en París, en la Galia, que servía en la caballería y que, como tenía miedo de ser castigado por una falta cometida en el pasado, huyó y se pasó a los persas. Y entonces, como se demostró su honradez, tras casarse y tener hijos, fue enviado como espía a nuestro territorio y, con frecuencia, les llevó noticias ciertas. Además dijo que, en esta ocasión, había sido enviado por los nobles Tampsapor y Nohodare, que mandaban unas bandas de ladrones, y que se disponía a volver junto a ellos notificándoles lo que sabía.

Después de esto, añadió alguna información acerca de lo que ocurría en el otro bando y fue ejecutado.

18.6.17. Así pues, sabida ya la gravedad de nuestros problemas, nos dirigimos con tanta rapidez como era posible hacia Amida, ciudad conocida después por las matanzas que se produjeron en ella.

Al volver allí nuestros exploradores, encontramos en el interior de la vaina de una espada un pergamino escrito con símbolos, que había sido entregado a nosotros por orden de Procopio, quien, como señalé anteriormente, era mensajero del conde Luciliano ante los persas. En ese pergamino, con premeditada oscuridad para que no se produjera una calamidad terrible si se cautivaba a los mozos y se descifraba el sentido de las letras, se decía:

18.6.18. «Una vez alejados los mensajeros de los griegos y destinados tal vez a la muerte, aquel anciano rey, no contento con el Helesponto, uniendo también los puentes de Granico y del Rindaco, avanzará dispuesto a invadir Asia con muchos

pueblos [17]. Es irritable por propia naturaleza y muy cruel. Además cuenta como instigador e incitador al sucesor del antiguo príncipe romano Adriano [18]. Esto ya no tiene solución a no ser que Grecia tome precauciones».

18.6.19. Este texto significaba que el rey de los persas, después de cruzar los ríos Anzaba y Tigris, animado por Antonino, intentaba apoderarse de todo Oriente. Después de leer el escrito con enorme dificultad debido a sus complicaciones, se toma una prudente decisión.

18.6.20. En aquella época, en Corduena, que estaba bajo el poder de los persas, el sátrapa era un joven llamado Joviniano en nuestra lengua, un adolescente que, en secreto, sentía simpatía por nosotros porque, por azar, tras ser detenido durante un asedio en Siria, fue cautivado por la dulzura de los estudios liberales y sentía un enorme deseo de volver a nuestro país.

18.6.21. Tras ser yo enviado a éste con cierto centurión de probada lealtad, para conocer con certeza lo que estaba sucediendo, me dirigí allí por montes impracticables y por desfiladeros escarpados.

Una vez que me vio y me reconoció, me recibió con cariño y, tras confesarle sólo a él el motivo de mi presencia, me encomendó un sirviente callado y conocedor de aquellos lugares, después de lo cual soy enviado a unas cumbres escarpadas y muy alejadas de allí, desde donde, a no ser que te fallara la vista, podías ver cualquier cosa, por minúscula que fuera, hasta una distancia de cincuenta millas.

18.6.22. Allí nos detuvimos durante dos días completos y, al amanecer del tercero, pudimos contemplar toda la extensión

---

[17] El Granico y el Rindaco son dos famosos ríos situados al noroeste de Asia Menor.

[18] La alusión se refiere al traidor Antonino, jugando así con el nombre del emperador Antonino, sucesor de Adriano.

de tierra que se extendía a nuestros pies, en lo que nosotros llamamos horizonte, repleta de un ejército innumerable precedido por el rey, rutilante por el brillo de sus ropas.

Junto a él, a su izquierda, marchaba Grumbates, rey de los chonitas, un hombre de fuerza moderada y cuerpo arrugado, pero con pensamientos realmente elevados y noble por las muchas victorias conseguidas. A su derecha el rey de los albanos, de igual importancia, nobleza y honor. Después aparecían varios generales, destacados por su influencia y su rango, seguidos por una multitud de todos los órdenes seleccionada entre los más fuertes de los pueblos vecinos, y preparada ya, tras largas calamidades, para soportar situaciones difíciles.

18.6.23. ¿Hasta cuándo Grecia llena de fábulas nos hablarás de Dorisco, ciudad de Tracia, y de los ejércitos formados y numerados dentro de recintos? Mientras que nosotros, cautos o, por decir algo más correcto, temerosos, no vamos a contar nada que no esté avalado por testimonios veraces y ciertos.

18.7. Sapor entra en Mesopotamia con los reyes de los chionitas y de los albanos. Los romanos incendian sus propios campos, empujan a los campesinos a la ciudad y refuerzan la orilla del Éufrates con fortalezas y defensas

18.7.1. Después de que los reyes, una vez atravesada Nínive, la enorme ciudad de Adiabena, y una vez realizado un sacrificio en mitad del puente de Anzaba, al encontrar las entrañas favorables, cruzaron llenos de alegría, nosotros, pensando que todo el resto de la plebe apenas podría entrar en tres días, desde allí, con gran rapidez, regresamos junto al sátrapa, descansamos y nos recuperamos con las atenciones propias de la hospitalidad.

18.7.2. A continuación, por lugares igualmente desiertos y solitarios, empujados por la apremiante necesidad, volvimos

con más rapidez de la que se esperaba y dimos firmeza a los espíritus de los que vacilaban ya, porque se habían enterado de que los reyes, sin ningún rodeo, habían atravesado simplemente por un puente hecho con barcos.

18.7.3. Así pues, con gran rapidez, se envían jinetes veloces hacia Casiano, general de Mesopotamia y hacia el gobernador de la provincia en aquella época, Eufronio, para obligar a los campesinos a marchar a lugares más seguros con sus familias y todos sus animales. Y también para obligarles a que abandonaran Carras, ciudad rodeada por débiles murallas y, además, para que incendiaran todos los campos, de manera que éstos no ofrecieran el sustento de sus pastos.

18.7.4. Una vez realizados todos estos mandatos sin demora, y prendido el fuego, la enorme fuerza de este furioso elemento destruyó toda la cosecha, cuando ésta ya florecía con amarillentas espigas y con hierbas lozanas, hasta tal punto que, desde las mismas márgenes del Tigris hasta el Éufrates, no se veía nada verde.

Murieron entonces abrasadas muchas fieras, y sobre todo leones, que se habían mostrado muy salvajes por aquellos lugares, y que solían ser consumidos o cegados poco a poco de este modo:

18.7.5. Entre los cañizales y los frutales de los ríos de Mesopotamia, vagan innumerables leones, siempre inofensivos durante el invierno, que allí es sumamente suave. Pero cuando llega la estación en la que el calor del sol es sofocante, estas regiones se ven abrasadas por el calor, y los animales se agitan por ello y por la abundancia de mosquitos, que llenan estas tierras en grandes bandadas.

Y como estos insectos buscan los ojos, por ser partes del cuerpo húmedas y brillantes, le dan mordiscos en los párpados. Entonces los leones, molestos ya una y otra vez, o bien se hunden en los ríos adonde acuden en busca de alivio, o bien, perdiendo los ojos, porque se los arañan continuamente con las uñas, se enfurecen y se vuelven muy salvajes.

Y lo cierto es que, si esto no sucediera, todo Oriente estaría repleto de fieras de este tipo.

18.7.6. Mientras se quemaban los campos, como hemos narrado, se envió a tribunos con escoltas, que reforzaron la orilla más cercana del Éufrates con fortalezas, palos muy afilados y todo tipo de instrumentos de defensa, situando las máquinas de guerra en lugares oportunos por donde el río era poco peligroso.

18.7.7. Mientras se acelera la realización de esta labor, Sabiniano, que en los momentos de peligro general y en la destructiva guerra era el mejor de los líderes [19], a través de los sepulcros de Edessa, sin ningún temor, como si hubiera firmado una paz con muertos y, dejándose llevar como si en su vida no hubiera peligro alguno, mientras en una danza pírrica resonaban melodías unidas a gestos histriónicos, se deleitaba en una indolencia total, algo realmente execrable por su naturaleza y por la situación, cuando sabemos que estas actitudes y otras adversidades similares que anuncian calamidades venideras deben ser evitadas por los grandes hombres sea la época que sea.

18.7.8. Entre tanto, los reyes, pasando por Nisibis como si fuera un vulgar lugar de paso, mientras los incendios se extendían cada vez más a causa de la gran variedad de matorrales secos, avanzaban por las faldas de los montes a través de verdes valles para evitar la escasez de pastos.

18.7.9. Y, una vez llegaron a la villa de Bebase, desde donde todo está terrible y continuamente seco hasta la ciudad de Constantina, que está a cien millas, con la excepción de una pequeña cantidad de agua que se encuentra en los pozos, después de continuas dudas acerca de lo que debían hacer, decididos ya a cruzar, porque ante la información de un espía veraz confiaban en su resistencia, se enteran de que el Éufrates,

---

[19] Mención sin duda irónica.

desbordado a causa de las nieves derretidas, se había salido de su curso y, por esto, no podía atravesarse de ningún modo por los vados.

18.7.10. Así pues, vuelven a encomendarse a lo que el destino pudiera ofrecerles, ya que, frente a lo que esperaban, se vieron privados de las esperanzas que habían concebido. Entonces, tomando una rápida decisión, tal como demandaban las circunstancias, se ordena a Antonino decir sus pensamientos. Este comienza a persuadirles para que se dirijan hacia la derecha, pues, con este largo rodeo, atravesarían regiones ricas en todo tipo de recursos y, creyendo que el enemigo avanzaría rápidamente en línea recta, esas regiones estarían intactas. De este modo, bajo su dirección, se dirigirían a los dos campamentos fortificados de Barzalo y Claudias, donde el río, aún poco caudaloso y estrecho junto a su nacimiento, y sin haber recibido aún el caudal de ningún afluente, podría atravesarse fácilmente por sus numerosos vados.

18.7.11. Escuchada esta opinión y alabado su autor, se le encomendó que les guiara por los caminos que conocía y así todo el ejército, cambiando la dirección establecida, le siguió en su marcha.

18.8. Setecientos jinetes ilíricos son sorprendidos y puestos en fuga por los persas. Ursicino y Marcelino escapan cada uno por su lado

18.8.1. Conocido este hecho gracias a la certera información de los exploradores, nos pusimos apresuradamente en marcha hacia Samósata, de manera que, una vez superado el río desde allí y cortados los puentes de Zeugma y Capersana, podríamos rechazar los ataques enemigos, siempre que contáramos con alguna fortuna.

18.8.2. Pero se produjo una desgracia atroz y que merece el mayor de los silencios. Pues, en torno a setecientos jinetes de

dos escuadrones, que habían sido enviados recientemente desde el Ilírico para ayudar en Mesopotamia, sin vigor y llenos de miedo, realizaban la guardia en estas regiones. Pero, por temor a que se produjera algún ataque por sorpresa durante la noche, al atardecer se separaban mucho de los senderos públicos.

18.8.3. Al observar este hecho, mientras ellos estaban sumergidos en el vino y en el sueño, casi veinte mil persas, bajo la dirección de Tampsapor y Nohodare, avanzaron sin ser vistos y se ocultaron armados tras unas altas colinas cercanas a Amida.

18.8.4. Y así, cuando, como hemos indicado, nos disponíamos a partir hacia Samósata de forma apresurada, siendo aún escasa la luz, desde una alta atalaya observamos sobrecogidos el brillo de sus armas. Entonces, gritando con gran excitación que se acercaba el enemigo, dimos la señal que suele anunciar el combate y nos dispusimos en formación cerrada, creyendo que, a pesar del temor a una muerte casi segura, no era prudente ni intentar la huida, puesto que teníamos ya a la vista a nuestros perseguidores, ni enfrentarnos con un enemigo que nos superaba por su caballería y por su número.

18.8.5. Finalmente, cuando la única salida que nos restaba era trabar combate y dudábamos qué convenía hacer, algunos de los nuestros son asesinados por avanzar a la ligera y, mientras ambos bandos se estrechan, Antonino, que marchaba demasiado pretencioso delante de su ejército, fue reconocido por Ursicino e insultado duramente a voces como traidor y malvado. Él, quitándose la tiara que llevaba en lo alto de su cabeza a modo de insigne honor, saltó del caballo, inclinó su cuerpo hasta llegar casi a tocar el suelo con su rostro, saludó a Ursicino llamándole patrono y señor, y colocó sus manos unidas a la espalda en un gesto que, entre los asirios, significa súplica.

18.8.6. A continuación dijo: «Perdóname tú, el conde más ilustre, pues llevado por la necesidad y no por mi propia vo-

luntad, he caído en una conducta que yo mismo considero criminal. Gentes malvadas que me apremiaban, me empujaron a ello, como sabes, gentes de cuya avaricia ni siquiera aquella excelsa fortuna tuya pudo salvarme, a pesar de que intentaba librarme de mis miserias».

Mientras decía esto, desapareció de nuestra vista sin darse la vuelta ya que, en su marcha, retrocedía de espaldas en señal de respeto y nos mostraba su pecho.

18.8.7. Pasada la media hora en la que se produjeron estos hechos, nuestros soldados de retaguardia, que ocupaban la zona más alta de la colina, gritan que otra multitud de soldados de caballería dotados de armadura pesada habían aparecido a la espalda, y que avanzaban con la mayor velocidad.

18.8.8. Y, como suele suceder en las circunstancias difíciles, en la duda de ante quién debíamos, o podíamos resistir, y arrastrados por la enorme masa de la plebe, nos dispersamos cada uno hacia donde veíamos una salida más próxima. De este modo, mientras cada uno intenta salvarse a sí mismo de este gran peligro, nos separamos y nos mezclamos con el enemigo que nos atacaba.

18.8.9. Lo cierto es que, perdidas ya todas las esperanzas de vivir, luchamos con gran valor y nos vimos empujados a las orillas del Tigris, que eran escarpadas y profundas. Desde aquí se lanzaron algunos pero, al enrollárseles las armas, quedaron atrapados en los lugares donde el río puede atravesarse por un vado; otros se ahogaron después de hundirse en los remolinos y otros, después de encontrarse con el enemigo, luchaban con distinto resultado. Algunos, aterrados por la densidad de las formaciones, buscaban las vías de escape más cercanas en el monte Tauro.

18.8.10. Entre ellos, el propio general, siendo reconocido y rodeado por un número enorme de combatientes, escapó con el tribuno Ayadaltes y con un soldado, gracias a la rapidez de su caballo.

18.8.11. En cuanto a mí, cuando, sin seguir a los que me acompañaban, intento encontrar una salida, se me presenta Verenniano, un escolta imperial que llevaba el muslo atravesado por una flecha que yo intenté sustraer ante la súplica de este colega. Pero, al verme rodeado por todas partes por los persas, que nos sobrepasaban en número, intenté llegar a la ciudad en una marcha agotadora, ya que partiendo desde el lugar en el que habíamos sido atacados estaba muy elevada y sólo se podía acceder a ella por una subida muy angosta, una subida que se estrechaba más aún por la existencia de unos molinos construidos horadando las colinas con la intención de preparar senderos.

18.8.12. Aquí, mezclados con los persas, que corrían con el mismo ímpetu que nosotros a los lugares más elevados, permanecimos sin movernos hasta el amanecer del siguiente día, tan apiñados que los cadáveres de los muertos, formando un montón, no podían encontrar siquiera espacio para caer, e incluso un soldado delante de mí, con la cabeza seccionada en dos partes iguales por el fortísimo golpe de una espada se quedó en pie a la manera de una estaca, porque le apretujaban por todas partes.

18.8.13. Y aunque desde las defensas volaban infinidad de armas lanzadas por todo tipo de mecanismos, a nosotros, sin embargo, nos libraba de este peligro la cercanía de los muros. Finalmente, cuando entramos en la ciudad por una puerta trasera, la encontré repleta, pues desde los territorios vecinos, había llegado una gran multitud de hombres y mujeres.

Y es que, casualmente, en aquellos mismos días, los extranjeros solían celebrar en los alrededores un mercado anual, al que acudían también numerosos habitantes del lugar.

18.8.14. Entre tanto, en medio de sonidos variados, se observa una confusión total ya que, por una parte, se oyen gemidos de muertos, de otros heridos de muerte y de muchos que invocaban a gentes distintas queridas para ellos, a las que no podían ver a causa de la multitud.

18.9. Descripción de Amida y del número de legiones y escuadrones que estaban allí para su defensa

18.9.1. Aunque esta ciudad fue muy pequeña en otro tiempo, Constancio, cuando aún era César, pretendió que sus habitantes tuvieran un resguardo lo más seguro posible, de manera que, en la misma época en la que construyó la ciudad denominada Antoninópolis, la rodeó con torres y amplías murallas y, colocando allí una base de máquinas de guerra, la hizo temible para los enemigos y quiso darle su nombre.

18.9.2. Por su lado sur, Amida es bañada por el curso sinuoso del Tigris, que emerge allí cerca. Por donde se opone al soplo del Euro, sobresale sobre los llanos de Mesopotamia. Por donde se opone al Aquilón, está cercana al río de las Ninfas y queda en la umbría de las cimas del Tauro que separan de Armenia los pueblos del otro lado del Tigris. Por el lado con el que se enfrenta al soplo del Céfiro es vecina de Gumatena, una región fértil de por sí y rica también en cultivos, en la cual hay un pueblo llamado Abarne, célebre por unos baños de agua caliente beneficiosos para la salud.

Además, en el propio centro de Amida, bajo la fortaleza, fluye un caudaloso manantial, realmente potable, pero a veces fétido a causa de los ardientes vapores.

18.9.3. Para la defensa de esta ciudad estaba allí destinada de forma estable la quinta legión pártica, además de un escuadrón de indígenas nada despreciable. Pero en aquella época defendían también sus firmísimas murallas seis legiones que, gracias a su enorme rapidez, habían adelantado a la gran multitud de persas. Eran las legiones de Magnencio y Decencio a quienes, una vez finalizadas las campañas de las guerras civiles, por ser falaces y revolucionarios, el emperador les obligó a venir a Oriente, donde no existía más temor que el de guerras con pueblos extranjeros. Y también los soldados de la tercera, de la décima, llamados asimismo «Fortenses», los

superventores y praeventores[20], junto con Aeliano, que ya era conde. De ellos hemos oído que, siendo aún unos soldados jovencillos, animados por el citado Aeliano que aún era escolta, atacaron desde Singara y mataron a muchos persas mientras estaban dormidos.

18.9.4. Había llegado también la mayor parte de los *comites sagittarii*, es decir, de un escuadrón de caballería así llamado, del que forman parte todos los bárbaros de familia libre que sobresalen entre los demás por el empuje de sus armas y de sus cuerpos.

18.10. Sapor acepta la rendición de dos fortalezas romanas

18.10.1. Mientras el torbellino de este primer ataque agita la situación con estas arremetidas inesperadas, el rey, seguido por su pueblo y otras gentes, atravesando Horre, Meiaciarire y Charcha en su marcha hacia Amida, llegó junto a unas fortalezas romanas denominadas una Rema y la otra Busa donde, por las palabras de unos traidores, se enteró de que en ellas se guardaban muchas riquezas que habían sido trasladadas allí, por considerar que eran unas fortalezas muy elevadas y seguras. Y a esto se añadía también el que allí, junto a un magnífico ajuar, se encontraba una bella mujer con su hija pequeña, la esposa de un tal Craugasio de Nisibis, respetado entre la sociedad de su ciudad por su linaje, fama y poder.

18.10.2. Entonces el rey aceleró aún más su marcha por el ansia de apoderarse de estos bienes y atacó las fortalezas confiado, mientras que los defensores, consternados y sin poder moverse bien a causa de sus armas, se entregaron todos, incluso aquellos que se habían refugiado en las fortalezas. De hecho, cuando se les ordenó salir, entregaron rápidamente las llaves de las puertas, de manera que el camino

[20] Eran soldados de caballería ligera.

quedó libre y los persas se llevaron todo lo que estaba almacenado allí.

Las mujeres llenas de pánico marchaban delante y a ellas se abrazaban sus hijos, conocedores ya de graves calamidades desde su más tierna edad.

18.10.3. Y cuando el rey, preguntando quién era la esposa de cada cual, descubrió a la de Craugasio, que estaba muy asustada temiendo recibir un trato violento, le rogó que se acercara tranquila. Ella, más confiada ya y cubierta con un velo negro hasta los propios labios, fue tratada con benevolencia, hecho que aumentó sus esperanzas de volver con su marido y no ver mancillado su honor. Y es que, como de oídas sabía que su marido la amaba ardientemente, pensaba que con este favor podría comprar la entrega de Nísibis.

18.10.4. Por otra parte, Sapor encontró también otras doncellas que se habían consagrado a la vida religiosa según el rito cristiano y que se mantenían vírgenes, a las cuales les permitió, sin que nadie se lo impidiera, que sirvieran a su religión de acuerdo con su costumbre. Con esto dio sensación de benevolencia, como le convenía en aquella ocasión, con la finalidad de que todos a los que antes había aterrado con su terrible crueldad, acudieran a él espontáneamente sin ningún temor por su comportamiento reciente, en la creencia de que la grandeza de su fortuna le había suavizado y dotado de una humanidad y unas costumbres ya plácidas.

LIBRO 19

19.1. Mientras Sapor incita a los amidenses a que se entreguen, es atacado con flechas y dardos desde la guarnición. El rey Grumbates realiza este mismo intento, pero su hijo es asesinado

19.1.1. El rey, contento ante el éxito que suponía haber capturado a los nuestros, y con la esperanza de otros triunfos similares, se puso en marcha y, avanzando con tranquilidad, llegó a Amida en tres días.

19.1.2. Y así, tan pronto como amaneció, todo lo que abarcaba la vista resplandecía por el brillo de las armas, mientras los ejércitos, con sus armaduras, cubrían llanos y colinas.

19.1.3. Destacado por encima de los demás, al frente de todas las tropas, marchaba el propio rey montado en su caballo, llevando como diadema la imagen de un carnero de oro y piedras preciosas.

Este cortejo contaba también con numerosas personalidades y pueblos diversos.

Sapor era consciente de que tan sólo podría dialogar con los defensores de la fortaleza, aunque su deseo era muy distinto por consideración hacia Antonino.

19.1.4. Pero, como la divinidad celestial había decidido aunar todas las calamidades del imperio romano en una sola región, hizo que el rey hubiera llegado a un grado enorme de soberbia, y a la creencia de que todos los que estaban asediados se sentirían aterrorizados tan pronto como le vieran, y le rogarían suplicantes.

19.1.5. Cabalgó así hasta las puertas acompañado por su escolta real. Pero como su confianza le hizo acercarse demasiado, hasta el punto de que incluso podía reconocerse muy bien su rostro, comenzó a ser atacado con flechas y otras armas arrojadizas, siendo como era un objetivo fácil debido al brillo de sus insignias.

Y, de hecho, hubiera caído si el polvo no le hubiera ocultado de los que disparaban. Sin embargo, después de que el golpe de una lanza le arrancara una parte de su manto, escapó para causar luego innumerables muertes.

19.1.6. Enfurecido entonces, como si se hubiera cometido un sacrilegio por violar un templo, y proclamando que se había deshonrado al señor de numerosos reyes y pueblos, puso todo su empeño en que se apresuraran los preparativos para destruir la ciudad. Pero, ante la súplica de los generales más influyentes, para que no se dejara llevar por la ira, y para que no abandonara sus planes gloriosos, se calmó y, llevado por la moderación y las súplicas de estas personalidades, decidió que, al día siguiente, aconsejaría a los defensores que se entregaran.

19.1.7. Por eso, tan pronto como amaneció, Grumbates, el rey de los chionitas, dispuesto a prestar lealmente sus servicios a su señor, se dirigió a las murallas con un grupo de soldados muy preparados. Pero cuando un observador muy precavido se dio cuenta de que ya casi estaba entrando en la zona de alcance de sus armas, descargó una ballesta. Este disparo, atravesándole el tórax y el pecho, hirió a su hijo, que aún era muy joven y que marchaba junto a su padre destacando entre sus amigos por su altura y por la gallardía de su cuerpo.

19.1.8. Ante esta muerte, todos sus compatriotas se dieron a la fuga, aunque luego regresaron, como era su deber, para que nadie se llevara el cuerpo. Entonces, con terribles gritos, convocaron a numerosos pueblos a la lucha, una lucha en la que, dados los combatientes, se produjo un combate atroz, en el que parecía que, realmente, llovían proyectiles disparados desde todas partes.

19.1.9. Después de esta carnicería, que se prolongó hasta el final del día, ya en el inicio de la noche y gracias a la oscuridad reinante, atravesaron montones de cadáveres y regueros de sangre, y así consiguieron llevarse el cuerpo con gran dificultad, al igual que, en otro tiempo, en Troya, los compañeros del líder de Tesalia se lanzaron a una guerra terrible por su amigo muerto[1].

19.1.10. Todo el palacio se llenó de tristeza por esta muerte, y los nobles se sintieron tan abatidos por este súbito golpe como sus propios padres. Además, siguiendo la costumbre de este pueblo, se cerraron los tribunales por el luto ante la muerte de un joven destacado por su nobleza y muy querido.

En cuanto al cadáver, armado tal como solía ir, se le elevó y se le colocó sobre una tarima amplia y elevada y, en torno a él, se dispusieron diez lechos con imágenes de hombres muertos, realizadas con tanto esmero que eran idénticas a cuerpos ya sepultados.

A continuación, durante siete días, todos los hombres, agrupados en cuadrillas, disfrutaron de banquetes en los que saltaron y cantaron ciertas canciones tristes semejantes a nenias, en las que expresaban su dolor por la muerte de su joven príncipe.

19.1.11. Por su parte, las mujeres, con doloroso llanto, se lamentaban con las lágrimas acostumbradas de que se les hubiese arrebatado la esperanza de su pueblo en plena juventud. De

[1] Se trata de Patroclo, el amigo de Aquiles. Cfr. Hom, *Iliad.* 1,7.

ese mismo modo es como, con frecuencia, vemos llorar a las sacerdotisas de Venus en las fiestas solemnes de Adonis, en unos ritos que parecen simbolizar la madurez de las cosechas.

19.2. Amida es asediada y atacada por los persas dos veces en un plazo de dos días

19.2.1. Después de incinerar su cuerpo y de recoger sus cenizas en una urna de plata, que había sido llevada allí por orden de su padre, pues quería que las cenizas descansaran en la tierra de su pueblo, debatieron la mejor solución y se decidió apaciguar los manes del joven muerto mediante el incendio y la destrucción de la ciudad.

Lo cierto es que Grumbates no les permitía avanzar hasta que no vengaran la sombra de su único hijo.

19.2.2. Tras dos días de descanso, durante los que enviaron a numerosos hombres para que devastaran unos campos y unos cultivos pingües pero desprotegidos, como si estuviéramos en tiempos de paz, la ciudad es rodeada por cinco líneas compactas de escuderos y, ya en el amanecer del tercer día, los escuadrones de caballería ocuparon todo lo que la vista podía abarcar hacia cualquier dirección. Después, echando a suerte las posiciones, éstas fueron ocupadas por batallones que marchaban con paso más tranquilo.

19.2.3. Los persas controlaban todas las entradas de las murallas. A los chionitas les tocó la parte este, en la que para nuestra desgracia había caído el joven cuyos manes debían ser apaciguados con la destrucción de la ciudad. A los cusenos[2] les tocó la parte sur. Los albanos se encargaron de la parte norte y, delante de la puerta occidental, se colocaron los segestanos, que eran los luchadores más valientes de todos. Junto a ellos aparecía la temible visión de manadas de ele-

---

[2] La edición de Belles Lettres incluye la lectura *Cuseni*, frente a la de Rolfe, que se decanta por *Gelani*.

fantes enormes, con cuerpos rugosos, que marchaban lentamente cargados de hombres armados y que eran más temidos que cualquier tipo de espectáculo por dantesco que fuera, tal como hemos narrado en más de una ocasión [3].

19.2.4. Al ver a unos pueblos tan numerosos, a quienes se había reunido después de mucho tiempo con la única intención de incendiar el mundo romano y de destruirnos, cundió en todos la desesperanza, esforzándonos ya tan sólo por morir de la forma más gloriosa posible, pues éste era nuestro único deseo.

19.2.5. Desde el amanecer hasta el final del día, las formaciones permanecieron inmóviles, como si estuvieran clavadas sin poder mover los pies y, sin que se oyera ningún sonido, ni siquiera el relincho de los caballos. Marchaban en la misma formación en la que habían llegado, reanimados por la comida y el descanso. De este modo, cuando quedaba ya poca noche, guiados por el sonido de las trompetas, rodearon con terrible cerco una ciudad que previsiblemente caería en poco tiempo.

19.2.6. Tan pronto como Grumbates arrojó su lanza llena de sangre (según la costumbre de su pueblo y también de nuestro fecial), el ejército, blandiendo sus armas, voló sobre las murallas y el torbellino lamentable de la guerra se hizo cada vez más violento, debido al avance rápido de la caballería, que marchaba a la lucha con toda su furia, mientras que, enfrente, los nuestros resistían con gran empeño.

19.2.7. En el combate, muchos perdieron sus cabezas cuando les aplastaron enormes masas de piedras lanzadas por los escorpiones [4]. Algunos cayeron heridos por flechas. Otros, atravesados por los dardos, cubrieron todo el suelo con sus

---

[3] Cfr. 19,7,6.
[4] Para la descripción de esta máquina de guerra, *vid.* 23,4.

cuerpos, mientras que otros, a pesar de estar heridos, buscaban a sus compañeros en precipitada fuga.

19.2.8. Y no hubo menos dolor ni muerte en la ciudad, donde una nube enorme de flechas oscurecía el aire por su gran número, y los dispositivos de las máquinas de guerra que poseían los persas desde el saqueo de Singara estaban causando muchas heridas.

19.2.9. En cuanto a los defensores, una vez que recuperaban sus fuerzas, volvían a la lucha que habían abandonado anteriormente, pero entonces eran heridos por su enorme celo en la defensa, y caían tristemente. O bien, si sólo estaban heridos, al caer hacían caer a su vez a los que estaban junto a ellos. Se observó también cómo, mientras seguían con vida, llamaban a gritos a los certeros atacantes que habían disparado las armas clavadas en sus cuerpos.

19.2.10. Y así se llegó al final del día sumando una muerte tras otra, sin que ni siquiera la oscuridad del atardecer fuera un obstáculo. Tal era la contundencia con la que se luchaba en ambos bandos.

19.2.11. De este modo, los guardias continuaron durante toda la noche sin desprenderse de las armas, mientras las colinas resonaban con los gritos procedentes de los dos bandos, ya que, mientras los nuestros alababan las virtudes de Constancio, llamándole «señor de todo» y «del mundo», los persas llamaban a Sapor «Saansaan» y «Pirosen», que significa «rey por encima de todos los reyes» y «vencedor en las guerras».

19.2.12. Antes de que terminara el quinto día, las trompetas dieron la señal y, por todas partes, una innumerable cantidad de hombres, semejantes a bandadas de pájaros, se lanzaron al combate con ardor similar, de manera que allí donde dirigieras la mirada, los llanos y valles no dejaban ver sino el brillo de las armas de estos fieros pueblos.

19.2.13. Una vez dada la señal, todos se lanzaron en tropel, tras lo cual una espesa lluvia de armas voló desde las murallas y, como puede suponerse, la densidad de luchadores era tal que ninguna se disparaba en vano.

Rodeados por tantas calamidades, luchábamos con gran ardor, no para salvar nuestra vida, como he indicado, sino para morir valerosamente.

Desde el inicio del día hasta la oscuridad de la noche, el combate no se inclinó hacia ningún bando, mientras se luchaba más por rabia que por una razón.

Los gritos de los que intentaban aterrar a los enemigos eran espantosos[5], y tal era el ardor que apenas nadie podía permanecer en pie sin ser herido.

19.2.14. Pero, finalmente, la noche puso fin a la matanza y la saciedad de muertes concedió un largo reposo a los dos bandos.

Ahora bien, incluso cuando se nos dio la oportunidad de descansar, el esfuerzo continuo y el insomnio habían agotado las escasas fuerzas que nos quedaban. Además, nos aterraba el rostro ensangrentado y terriblemente pálido de los moribundos, a los que la escasez de espacio no permitía ni siquiera que se les concediera el último consuelo de una fosa. Y es que, dentro de la ciudad, que no era demasiado grande, estaban encerradas siete legiones, además de una muchedumbre en la que se mezclaban extranjeros y ciudadanos de ambos sexos. Y asimismo más soldados, hasta un total de veinte mil personas[6].

---

[5] Frente a la lectura de Belles Lettres, que es la que nosotros hemos traducido, la de Rolfe recoge: *exsurgebant enim terrentium paventiumque clamores*, con lo cual los gritos serían tanto de los que aterraban a los demás, como de los que huían asustados.

[6] La cifra varía dependiendo de la edición consultada, pues si traducimos la de Belles Lettres, tendríamos veinte mil, y si traducimos la de Rolfe, ciento veintemil. Nos hemos decantado por la primera, teniendo en cuenta el número de soldados que formaban parte de cada legión en la época de Amiano (no más de mil).

19.2.15. Así pues, cada uno se preocupaba de sus propias heridas en función de sus posibilidades o de la ayuda de los que le socorrían, ante lo cual algunos, heridos de gravedad, murieron a causa de la pérdida de sangre. Otros, que habían sido atravesados por las espadas, yacían a la vista de todos abandonados tras su muerte. A otros, que tenían los miembros heridos por todas partes, los médicos no querían que se les curara, para que sus espíritus ya afligidos no tuvieran que soportar más sufrimientos inútiles. También algunos, al sacárseles las flechas con un resultado dudoso, soportaban dolores peores incluso que la propia muerte.

19.3. Ursicino planea atacar a los asaltantes durante la noche, pero su intento es vano porque es rechazado por Sabiniano, el comandante de infantería

19.3.1. Mientras en Amida ambos bandos luchan con esta intensidad, Ursicino, apenado porque su suerte dependía de la voluntad de otro, que tenía entonces más autoridad que él en el ejército, advertía una y otra vez a Sabiniano, que se había quedado como clavado en los sepulcros[7], para que, una vez dispuestos todos los vélites[8], se apresuraran por caminos ocultos a través de las faldas de los montes.

De este modo, con la ayuda de la infantería ligera, si contaban con la fortuna, matarían a los guardias y atacarían durante la noche a los centinelas enemigos, que rodeaban las murallas en larga formación. O bien, con frecuentes ataques, entretendrían a los que no cejaban en el asedio.

19.3.2. Pero Sabiniano era contrario a esta opinión, por considerarla peligrosa, y mostraba a todos una carta del emperador en la que se ordenaba con claridad que todo lo que tuvieran que hacer se realizara, en la medida de lo posible, sin

---

[7] Cfr. 18,7,7.

[8] Soldados de infantería ligera.

bajas entre los soldados. Sin embargo, Sabiniano se guardaba en lo más profundo de su corazón lo que con frecuencia se le había encomendado en la corte: que privara a su predecesor de cualquier medio con el que pudiera conseguir reconocimientos, incluso aunque fuera a beneficiar al estado, pues decían que tenía ardientes deseos de gloria.

19.3.3. Y hasta tal punto se esforzaba Sabiniano en el cumplimiento de esta misión –aunque eso pudiera producir la destrucción de las provincias– que Ursicino, un destacado militar, no era mencionado como autor de ninguna hazaña, ni siquiera como colaborador.

Y por ello, compungido ante esta adversidad, nos enviaba con frecuencia exploradores y, aun a sabiendas de que ninguno podría entrar con facilidad en la fortaleza a causa de la estrecha vigilancia, tomaba muchas decisiones acertadas. Sin embargo, nada parecía salir bien, como cuando un león, temible por el tamaño de su cuerpo y por su ferocidad, no se atreve a salvar del peligro a sus cachorros encerrados en una red, porque le han quitado las garras y los dientes.

19.4. Surge en Amida una peste que se apacigua a los diez días gracias a una llovizna. Notas acerca de las causas y de los tipos de peste

19.4.1. En la ciudad, como los esfuerzos por enterrar al enorme número de cadáveres esparcidos por los caminos no eran suficientes, además de la enorme cantidad de desgracias ya padecidas, se produjo una peste debido a la putrefacción de los cuerpos, al calor asfixiante y a la debilidad de la gente, una debilidad motivada por varias causas.

Voy a explicar, pues, brevemente los motivos de las enfermedades de este tipo.

19.4.2. Según filósofos y médicos ilustres, las epidemias se debían a un exceso de frío, de calor, de humedad o a la sequía, por lo que los que habitan en zonas pantanosas y húme-

das soportan toses, molestias oculares y padecimientos de este tipo y, en cambio, los que viven en zonas calurosas están resecos por el ardor de las fiebres.

Pues si el fuego es un elemento más eficaz que los demás, la sequía es el que produce la muerte con mayor rapidez.

19.4.3. No en vano, cuando Grecia soportó los sufrimientos de una guerra que duraba ya diez años, sólo para que un extranjero fuera castigado por separar un matrimonio real, se extendió una epidemia de este tipo, en la que muchos sucumbieron por los dardos de Apolo, que es honrado como el sol[9].

19.4.4. Y como relata Tucídides, aquella peste que atormentó con terribles sufrimientos a los atenienses en el inicio de la guerra del Peloponeso se había ido extendiendo poco a poco desde la ardiente tierra etíope hasta llegar al Ática[10].

19.4.5. Unos piensan que es normal que el aire o las aguas infectadas por la putrefacción de los cadáveres, o por algo similar, pierdan la mayor parte de sus propiedades. O bien que un cambio súbito de aire produce padecimientos ligeros.

19.4.6. Otros afirman también que, cuando el aire se hace más denso a causa de las emanaciones espesas de la tierra, ese aire supone un obstáculo para la transpiración corporal, con lo cual mata a algunos. Precisamente, este es el motivo por el cual, como sabemos por Homero[11] y por otros muchos experimentos posteriores, todos los animales mueren antes que el hombre, ya que van siempre inclinados hacia abajo.

19.4.7. Pues bien, el primer tipo de peste es el «pandémico», que hace que los que viven en lugares muy secos se vean afectados con frecuencia por la fiebre. El segundo tipo es

---

[9] Cfr. Hom, *Iliad.* 1,9 y ss. Alude Amiano a la guerra entre troyanos y helenos provocada por el rapto de Helena.

[10] Cfr. Thuc. 2,4,7.

[11] Hom, *Iliad.* 1,50.

«epidémico», que ataca en determinadas estaciones debilitando la vista y que produce unas secreciones peligrosas. El tercero es «loemodes»[12]. que es también periódico, y que produce la muerte casi en un instante.

19.4.8. Quebrantados por esta peste letal, muertos también unos pocos a causa del excesivo calor y agobiados por el excesivo número de gente, finalmente, en la noche que siguió al décimo día, al disiparse con una llovizna esas emanaciones espesas y densas, muchos pudieron recuperar la salud.

19.5. Amida es atacada tanto por las tropas que rodeaban sus murallas, como por soldados introducidos por un traidor a través de pasos subterráneos

19.5.1. Mientras esto sucedía, los persas, con su actividad constante, habían conseguido rodear la ciudad con galerías y manteletes, y estaban comenzando ya a levantar empalizadas. Construyeron torres elevadas con el frente protegido por metal y, en la parte más elevada de cada una de ellas, dispusieron ballestas para rechazar a los defensores de la fortaleza, sin que esto impidiera en absoluto que los honderos y los arqueros abandonaran el combate ni un segundo.

19.5.2. Se nos habían unido las dos legiones de Magnencio, traídas recientemente de la Galia, como hemos indicado[13] y compuestas por hombres valerosos y activos, aptos para el combate a campo abierto. Pero para el tipo de lucha al que debíamos someternos, no sólo eran poco hábiles, sino incluso resultaban un obstáculo, puesto que no ayudaban en las empalizadas, ni en la construcción de las fortificaciones y, en cambio, en ocasiones, salían y daban lugar a escaramuzas estúpidas, de las que, después de luchar con excesiva confian-

[12] Es decir, «infeccioso».
[13] Cfr. 18,9,3.

za, volvían diezmados. No en vano, como se dice vulgarmente, sus salidas eran como si en un incendio pavoroso llevara agua un solo hombre.

19.5.3. Finalmente, cuando se cerraron las puertas gracias a la gran cautela de sus oficiales, como no podían salir, se agitaron como bestias.

Sin embargo, en los días siguientes, tal como narraremos, demostraron una gran eficacia.

19.5.4. En una zona alejada, en la parte sur de la muralla que daba al río Tigris, había una torre que se levantaba en una pequeña elevación, bajo la cual colgaban dos rocas recortadas desde las que no podía mirarse hacia abajo sin sentir un horrible pánico y, desde las cuales, se habían excavado pasos subterráneos, de manera que bajo el monte había unos escalones tallados con esmero que conducían hasta la ciudad.

Su finalidad era el que se pudiera acarrear agua desde el río sin ser vistos, tal como hemos visto que se realiza en todas las fortalezas cercanas al río en estas regiones.

19.5.5. Pues bien, a través de estos oscuros pasadizos, que no contaban con protección debido a lo escarpado del terreno, conducidos por un traidor que había vivido en la ciudad en otra época, pero que se había pasado al otro bando, setenta arqueros persas destacados entre las tropas reales por su destreza y valor, protegidos por el silencio de este lugar solitario, rápidamente y de uno en uno, ascendieron en mitad de la noche hasta la tercera altura de la torre.

Ocultos allí, por la mañana, sacaron un capote de color púrpura como señal para que comenzara la lucha y, una vez que advirtieron que la ciudad estaba rodeada por todas partes, en medio de gritos y alaridos, dispararon sus armas por doquier con suma destreza, ante lo cual todas las tropas en masa comenzaron a atacar la ciudad con mucha más animosidad que antes.

19.5.6. Nosotros, que dudábamos y no sabíamos bien a quién enfrentarnos, si a los que nos atacaban desde arriba, o

a la multitud que, subiendo por las escalas, estaba asiéndose ya a las propias murallas, repartimos la tarea: se trasladan y se colocan frente a la torre cinco ballestas ligeras que comienzan a disparar con gran rapidez proyectiles de madera que, a veces, atravesaban incluso a soldados de dos en dos. De éstos, unos caían heridos gravemente y otros, dejándose llevar enloquecidos por el temor de las máquinas chirriantes, perecían con los cuerpos despedazados.

19.5.7. Realizada esta empresa con gran rapidez, y colocados ya los artefactos en sus lugares usuales, las murallas fueron defendidas por todos con algo más de seguridad.

19.5.8. Y, después de que la acción criminal de ese traidor encendiera aún más la ira de los soldados, éstos, como si estuvieran compitiendo en una carrera, blandiendo distintas armas, lucharon con fuertes brazos hasta tal punto que, cuando se acercaba ya el mediodía, el enemigo se dispersó ante la dura resistencia, lamentando las muertes de muchos de ellos, y volvieron a sus tiendas ante el temor de ser heridos.

19.6. Destructivo ataque de las legiones gálicas contra los persas

19.6.1. La fortuna hizo así que soplara cierto aire de salvación, pues transcurrió un día sin daño alguno para nosotros, y con un desastre entre los enemigos. Por eso, dedicamos el tiempo restante al descanso, para recuperar las fuerzas. Pero el día siguiente, al amanecer, vemos desde la fortaleza cómo una muchedumbre era conducida al campamento enemigo tras ser capturada la fortaleza de Ziata, un lugar en el que, por ser muy amplio y estar fortificado –ya que se extendía unos diez estadios– se había refugiado una multitud de orígenes variados.

19.6.2. También otras fortificaciones fueron asaltadas e incendiadas en esos mismos días, y de ellas fueron sacados varios miles de hombres, que fueron conducidos a la esclavitud.

Entre éstos, muchos hombres que estaban debilitados por la vejez y mujeres de avanzada edad, agotados por diversas razones y descorazonados tras la larga marcha, sin ningún deseo ya de vivir, eran abandonados con las piernas seccionadas por el muslo o la pantorrilla.

19.6.3. Cuando los soldados galos vieron a esta muchedumbre, con un impulso realmente razonable pero inoportuno, solicitaban que se les permitiera luchar con los enemigos, y amenazaban con la muerte a los tribunos y oficiales de más alto grado en caso de se opusieran.

19.6.4. Y al igual que las bestias de afilados dientes cuando están encerradas en jaulas, con una furia mayor debido al repugnante olor se lanzan contra los cerrojos móviles con la esperanza de escapar, así los galos golpeaban con sus espadas las puertas, que como hemos indicado anteriormente estaban cerradas. Y lo hacían con enorme encono, de manera que si la ciudad llegara a ser destruida, ellos no caerían sin realizar alguna acción memorable. Y si la ciudad se salvaba de este peligro, no podría decirse que no habían hecho nada destacable y digno de la grandeza de ánimo de los galos, aunque ya antes habían realizado también frecuentes salidas y habían intentado obstaculizar la labor de los que estaban levantando las empalizadas, a pesar de tener que soportar sufrimientos similares.

19.6.5. Nosotros, indecisos y no sabiendo bien cómo enfrentarnos a la ira de estos soldados, aunque a ellos les costó mucho aceptarlo, decidimos al fin que, puesto que no podíamos adelantarnos más, debían aguardar un poco y así luego podrían atacar los puestos de guardia enemigos que estaban al alcance de nuestras armas. De este modo, si conseguían franquearlos, podrían avanzar en línea recta.

Y realmente parecía que, si lo lograban, causarían un gran estrago.

19.6.6. Mientras se realizan los preparativos, los muros eran defendidos con diversos tipos de combates, con gran esfuer-

zo, con turnos de guardia y máquinas colocadas por todas partes para disparar piedras y armas en todas direcciones.

Sin embargo, mientras tanto, una tropa de infantería persa estaba construyendo dos altas empalizadas, y preparaban lentamente la toma de la ciudad. Frente a esto, también con enorme celo se apresuraba la preparación de unas moles elevadísimas, de altura semejante a las máquinas de los enemigos, y cuya finalidad era aguantar incluso el enorme peso de los atacantes.

19.6.7. Entre tanto, los galos, sin poder esperar, armados con hachas y espadas, salieron por una puerta trasera que estaba abierta y, al observar que la noche era oscura y sin luna, suplicaron la ayuda celestial, para que se mostrara propicia y favorable.

Entonces, reprimiendo su propia respiración mientras se acercaban, en un ataque ordenado y tenaz, después de matar a algunos que se encontraban en los puestos de guardia, terminan también con los vigilantes que estaban alrededor del campamento y que se habían dormido porque no temían ningún ataque como ese.

Incluso llegaron a plantearse en secreto que, si todo resultaba bien, llegarían hasta el rey.

16.6.8. Pero al escucharse el ruido que producían al avanzar[14], aunque era ligero, así como el gemido de los que morían, muchos se despertaron y gritaron que tomaran sus armas. Nuestros soldados se detuvieron sin atreverse a avanzar más, pues no parecía razonable lanzarse a un peligro evidente una vez despiertos aquellos a los que dirigían sus ataques, tanto más cuando las tropas de los persas, furiosas, se lanzaban ya encendidas al combate.

19.6.9. Frente a ellos, los galos, con gran fortaleza y con una audacia firme mientras pudieron, atravesaban a los oponentes

---

[14] En la edición de Rolfe se especifica *reptantium*, con lo cual el avance se habría hecho reptando.

con sus espadas, aunque algunos de ellos caían también, o eran heridos por la lluvia de flechas que volaban por doquier. Por eso, cuando advirtieron que toda la furia del combate se había concentrado en este lugar, y que se arremolinaban allí las tropas enemigas, intentaron escapar sin que ninguno diera la espalda. Retrocedían como con ritmo, pero al ser expulsados claramente fuera de las defensas, y no poder mantener el empuje de unas tropas que les atacaban en formación cerrada, asustados ante el sonido de las trompetas militares, huyeron.

19.6.10. Resonaron entonces numerosos clarines en la ciudad, y se abrieron las puertas para poder acoger a los nuestros si es que podían llegar hasta allí. Las máquinas de guerra chirriaban aún sin disparar arma alguna, de manera que los enemigos encargados de la vigilancia, como no sabían lo que había ocurrido detrás con la muerte de sus compañeros, abandonaron las murallas, por lo que los soldados valerosos entraron por la puerta sin sufrir daño alguno [15].

19.6.11. Con esta artimaña, los galos entraron por la puerta al amanecer, aunque diezmados. Unos estaban heridos de gravedad, otros levemente, y murieron unos cuatrocientos esa noche. Lo cierto es que, si no se hubiera producido esa circunstancia adversa, hubieran matado no a Reso, ni a los tracios que dormían ante las murallas de Ilión [16], sino al propio rey de los persas rodeado por cien mil soldados.

19.6.12. Tras la destrucción de la ciudad, el emperador ordenó que se colocaran en Edesa, en una zona muy frecuentada, unas estatuas representando a sus oficiales con armadura –aún hoy se conservan intactas–, pues quería honrarles, porque los consideraba auténticos líderes a la hora de realizar acciones valerosas.

---

[15] Existe alguna pequeña variación en este pasaje entre las ediciones consultadas, aunque no altera demasiado el sentido del texto.

[16] Cfr. Hom, *Iliad.* 9,465-525; Verg, *Aen.* 1,469 y ss. Parece que Amiano compara el asedio de Amida con el asedio de Troya.

19.6.13. Cuando, al día siguiente, se descubrió a los muertos y se supo que había nobles y sátrapas entre los montones de cadáveres, gritos terribles unidos al llanto reflejaron la desgracia por todas partes, mientras se escuchaban los lamentos indignados de los reyes, que pensaban que los romanos habían conseguido atacar a través de los puestos de guardia situados frente a los muros.

Ante esto, se acordó unánimemente establecer una tregua de tres días, de manera que también nosotros conseguimos un respiro.

19.7. Se colocan frente a las murallas de la ciudad torres y otras construcciones, pero son incendiadas por los romanos

19.7.1. Los enemigos, sorprendidos y enfurecidos por lo inesperado de la situación, sin ningún tipo de duda, después de comprobar que la lucha no daba resultado, se plantearon decidir la contienda con sus construcciones. Por ello, reunieron sus últimas fuerzas y se lanzaron todos, o bien a una muerte gloriosa, o bien a realizar una ofrenda a los espíritus de sus muertos si conseguían destruir la ciudad.

19.7.2. Una vez completados los preparativos gracias al esfuerzo de todos, al amanecer, se trasladaron distintos tipos de construcciones junto con torres recubiertas de hierro, encima de las cuales se colocaron ballestas que disparaban sobre los defensores que se encontraban más abajo.

19.7.3. Cuando comenzó a clarear, las armaduras cubrían todo el cielo, y las tropas compactas avanzaban, no ya desordenadamente como antes, sino conducidas por el sonido ligero de las trompetas, sin que nadie intentara adelantarse, protegidas por la maquinaria y llevando delante mimbres trenzados.

19.7.4. Y cuando, en su avance, estuvieron ya al alcance de las armas enemigas, aunque los soldados de infantería persa

colocaron delante sus escudos, en un intento de evitar las flechas disparadas por la maquinaria instalada en la muralla, tuvieron que romper la formación, pues casi ningún tipo de arma era disparada en vano.

Además, el hecho de que los soldados protegidos con armadura se vieran también mermados en número y abandonaran aumentó el ánimo de los nuestros.

19.7.5. Sin embargo, como las ballestas enemigas estaban colocadas sobre torres cubiertas de metal, desde ese lugar superior dominaban todo lo que ocurría debajo, pues cuando la posición es distinta, el resultado no puede ser equilibrado, y convertían nuestras tropas en un mar de sangre.

Por ello, al acercarse ya el atardecer, cuando ambos bandos se retiraron para descansar, pasaron la mayor parte de la noche pensando cómo podían contener el elevado número de muertes.

19.7.6. Finalmente, después de muchas deliberaciones, los nuestros decidieron un plan que sería seguro si se realizaba con rapidez, y que consistía en colocar cuatro escorpiones frente a sus ballestas.

Pero mientras eran trasladados desde su posición y colocados con cuidado, como es una tarea complicada, llegó lo que para nosotros fue un amanecer horroroso, un amanecer que nos permitió ver las temibles tropas de los persas con sus manadas de elefantes que, por el sonido que producen y por su enorme tamaño, son lo más horrible que puede ver un hombre.

19.7.7. Cuando nos veíamos apremiados desde todas partes por un número enorme de armas, de construcciones y de animales, los brazos de hierro de los escorpiones dispararon sin cesar desde las murallas piedras redondas, hasta que consiguieron quebrar la firmeza de las torres e hicieron caer las ballestas y, con ellas, a los que disparaban, en un amasijo tal que unos murieron sin heridas, y otros aplastados por la mole enorme de las piedras. Además, los elefantes, al ser conducidos con una violencia excesiva, como se veían rodeados por fuego por

todas partes, cuando eran alcanzados, retrocedían sin que sus conductores pudieran gobernarlos. De este modo, a pesar de quemar las construcciones, no hubo reposo en la contienda.

19.7.8. Incluso el propio rey de los persas, que nunca se ve forzado a tomar parte en la lucha, conmovido ante este auténtico torbellino de calamidades, de un modo inusitado y nunca visto hasta entonces, se lanzó al fragor del combate como si fuera un soldado más. Pero, debido al enorme número de escoltas que le acompañaban, era visible incluso para los que acechaban desde lejos, con lo cual era el objetivo de un gran número de armas. Por ello, después de ver caer a muchos de los que le rodeaban, se retiró y, reconfortando en su labor a sus dóciles tropas, al final del día, sin que le aterrara ni la terrible visión de los muertos, ni la de las heridas, consiguió al fin unos instantes para descansar.

19.8. Amida es atacada e invadida por los persas a través de unas altas empalizadas colocadas junto a la muralla. Marcelino, después de que la ciudad fuera capturada, escapa durante la noche y, en su fuga, se dirige hacia Antioquía

19.8.1. Pero aunque la noche interrumpió el combate, tras un breve sueño y unos momentos de reposo, al amanecer, el rey, lleno de ira y de dolor, sin respetar en absoluto lo establecido, empujó a su ejército contra nosotros con la intención de conseguir lo que deseaba.

Y como, según hemos narrado, una vez quemadas las construcciones, la lucha se estaba resolviendo mediante altas empalizadas cercanas a los muros, desde unos montones que los nuestros levantaron en el interior hasta donde pudieron conseguir con gran esfuerzo, resistimos esta difícil situación con vigor constante.

19.8.2. Este combate cruel duró mucho tiempo, sin que nadie, de ningún bando, viera disminuida su ansia de lucha por

temor a la muerte. Pero, al alargarse tanto la contienda, porque ambas partes eran dominadas por un destino inevitable, la construcción elaborada con tanto esfuerzo por los nuestros cayó como zarandeada por un terremoto y, al igual que por una calzada o por un puente colocado encima, se allanó un espacio que se abrió entre la muralla y las alturas levantadas fuera, espacio que posibilitó el paso a los enemigos, sin que encontraran ya ningún obstáculo. Ante esto, la mayor parte de nuestros soldados cayeron fuera, y dejaron de luchar angustiados o ya sin fuerzas.

19.8.3. Sin embargo, muchos se lanzaron a conjurar este peligro tan inminente que les acuciaba por todas partes. Pero como la precipitación hacía que se estorbaran unos a otros, la audacia de los enemigos iba creciendo, alentada por su propio éxito.

19.8.4. Así pues, cuando todos los contendientes fueron convocados por orden del rey, y comenzó la lucha cara a cara y espada contra espada, se derramó mucha sangre y se produjeron terribles matanzas en ambos bandos, las trincheras se llenaron de cadáveres y, así, se abrió un camino más fácil, de manera que la ciudad se llenó debido a la afluencia apasionada de las tropas.

Y, cuando no quedaba ya ninguna oportunidad ni de defenderse ni de escapar, sin distinción alguna de sexo, iban cayendo degollados como animales tanto los que estaban armados como los que ni siquiera tenían aún la edad apropiada.

19.8.5. Y cuando la oscuridad del atardecer se hizo mayor, mientras la mayor parte de los nuestros se esforzaba en el fragor de la lucha, aunque la fortuna se nos mostraba todavía esquiva, escondiéndome con otros dos en una parte recóndita de la ciudad, protegido por la oscuridad de la noche, escapamos por una puerta trasera que no era vigilada por nadie y, gracias a mi conocimiento de estos abruptos lugares y a la ayuda de mis ágiles compañeros, recorrí finalmente una distancia de diez millas.

19.8.6. Después de reponernos un tanto en un puesto de guardia, cuando intentábamos avanzar más, y yo me sentía agotado ante esta marcha tan larga, a la que, como persona noble no estaba acostumbrado, me topé con una visión realmente cruel, pero que a mí, con lo agotado que estaba por el duro esfuerzo, me ofreció un descanso muy oportuno.

19.8.7. Cierto mozo que iba montado sobre un rápido caballo, sin montura y sin bridas, para no caerse, había seguido la costumbre de atar con fuerza a su mano izquierda la rienda con la que guiaba a la montura. Pero cayó y, como no fue capaz de romper el nudo de la rienda, quedó despedazado debido a lo escarpado del terreno y de los bosques, ya que el caballo sólo pudo detenerse cuando se agotó de tanto correr arrastrando el peso del cadáver.

Esto me permitió aprovechar temporalmente esta montura. Y así, con dificultad, llegué junto a mis dos compañeros a unas fuentes de agua sulfurosa, calientes de por sí.

19.8.8. Arrastrándonos medio muertos de sed a causa del calor sofocante, después de buscar agua durante bastante tiempo, vimos un pozo de gran profundidad, pero no podíamos descender hasta él debido a las dificultades del terreno. Entonces, llevados por la necesidad extrema, cortamos en largas tiras el ropaje de lino con el que nos cubríamos, y de este modo, formando una larga cuerda, atamos a un extremo un trozo de tela [17] que llevaba uno de los nuestros bajo el casco, de manera que, arrojándolo atado a la cuerda, pudimos recoger agua como con una esponja, con lo cual calmamos fácilmente la sed que nos atormentaba.

19.8.9. Después nos dirigimos con rapidez al río Éufrates, con la intención de cruzar a la otra orilla mediante una barca que estaba allí varada, porque se utilizaba diariamente para transportar animales y hombres.

---

[17] La palabra latina es *cento*. Se trata de una especie de gorro de tela que llevaban los soldados bajo el casco.

19.8.10. Pero, de repente, vimos a lo lejos a un escuadrón romano que huía desordenadamente con estandartes de caballería, y que eran perseguidos por una multitud persa, sin que supiéramos cómo habían aparecido de un modo tan repentino a nuestras espaldas.

19.8.11. Al ver esto, creímos que esos famosos hijos de la tierra no habían nacido del seno de ésta, sino que aparecieron realmente con enorme rapidez y, por eso, como surgían en lugares diversos sin que se les esperara, se creía que esos llamados «sparti» habían salido del suelo, debido a la leyenda que se creó en la antigüedad, una época muy dada a esto [18].

19.8.12. Alarmados por esta nueva calamidad, como nuestra salvación dependía de la rapidez, atravesando malezas y bosques, nos dirigimos a unos montes muy elevados. Desde allí, llegamos a la ciudad de Melitena, en la Armenia Menor, donde nos encontramos con nuestro general y le acompañamos en su marcha [19], con lo cual volvimos inesperadamente a Antioquía.

19.9. En Amida algunos generales romanos son ejecutados y otros apresados. Craugasio, el de Nísibis, se pasa al bando persa porque echaba de menos a su esposa, que estaba cautiva

19.9.1. Por su parte los persas, como no podían adentrarse más en el territorio, ya que terminaba el otoño y aparecía ya la hostil constelación de las cabrillas, planeaban volver a su tierra con los prisioneros y el botín conseguidos.

---

[18] Amiano está intentando ofrecer una explicación racional al mito de Cadmo (Cfr. Ovid, *Met.* 3,104-123).

[19] El texto de Amiano indica que encontraron a un *dux*, sin especificar de quién se trataba, aunque Guy Sabbah cree que se trata de Ursicino, al que también Amiano menciona de este modo en otros pasajes. Cfr. 15,5,25 y 27; 18,6,10 y 16.

19.9.2. Sin embargo, mientras se producían estas calamidades y se saqueaba la ciudad ya casi destruida, el conde Aeliano y los tribunos, gracias a cuya eficacia se habían defendido durante tanto tiempo las murallas y se habían multiplicado las bajas entre los persas, fueron conducidos lastimosamente al patíbulo. Jacobo y Cesio, miembros de la administración financiera al servicio del comandante de caballería, y otros miembros de la guardia imperial eran conducidos con las manos atadas a la espalda, mientras que los que se hallaban al otro lado del Tigris eran perseguidos con enorme afán y, sin que se hiciera ninguna distinción entre los nobles y la plebe, fueron ejecutados todos ellos como si se tratara de un solo hombre.

19.9.3. Pero la esposa de Craugasio, que mantenía su honra intacta, era considerada como una dama, y se lamentaba porque iba a irse a otro mundo sin su marido, aunque por lo que parecía, le esperaba un futuro muy halagüeño.

19.9.4. Y así, pensando tan sólo en ella misma, y previendo lo que podría ocurrir en adelante, se angustiaba con una preocupación que presentaba dos caras, ya que detestaba tanto la viudedad, como un nuevo matrimonio.

Por ello, envió en secreto a un conocido suyo, de lealtad probada, para que fuera a Nisibis atravesando el monta Izala, cruzando entre las dos fortalezas defensivas de Maride y de Lorne, y le entregó recados y pruebas muy íntimas, pidiéndole que, con ellas, suplicara a su marido, con la intención de que éste, al escuchar lo que sucedía, viniera y viviera felizmente con ella.

19.9.5. Una vez tramado este plan, el mensajero se puso en marcha sin encontrar grandes impedimentos en su rápida marcha hacia Nísibis. Allí, fingiendo como si no hubiera visto a esa señora por ninguna parte, dijo que posiblemente estaba muerta, ante lo cual le permitieron escapar y abandonar el campamento enemigo, ya que, por su vulgaridad, no se le tenía en cuenta. De este modo, pudo contar a Craugasio lo sucedido.

Éste le prometió que, si conseguía hacerlo con seguridad, seguiría a su esposa de buen grado. El mensajero partió llevando esta respuesta anhelada a la esposa y ella, al escucharla, suplicó al rey por mediación del general Tampsapor que, si había alguna oportunidad antes de que abandonaran el territorio romano, ordenara favorablemente que le fuera devuelto su marido.

19.9.6. De este modo, como el extranjero había partido de repente y de forma inesperada, había vuelto luego gracias al derecho de regreso a la patria[20], y se había desvanecido sin que nadie lo advirtiera, el general Casiano comenzó a sospechar, al igual que otros nobles de Nísibis, que acosaron a Craugasio con terribles amenazas, gritándole que nadie antes había llegado o se había marchado de allí sin que ellos lo permitieran.

19.9.7. Este, temiendo entonces que le acusaran de traidor, y sumamente preocupado por el hecho de que, con la llegada del desertor, se supiera que su esposa estaba viva, y que estaba siendo tratada con gran respeto, para disimular, preparó un matrimonio con una doncella de magnífico linaje.

Y así, como si fuera a disponer todo lo necesario para el banquete nupcial, marchó a una villa que distaba ocho millas de la ciudad y condujo a su caballo hacia un grupo de bandidos persas, que sabía que se acercaban.

Éstos le recibieron muy bien, pues le reconocieron por sus palabras, le entregaron a Tampsapor a los cinco días y, por mediación de éste, Craugasio fue conducido ante el rey.

De este modo, al recuperar sus posesiones y todo lo querido para él, junto con su esposa, a la que había perdido unos pocos meses atrás, ocupaba ya el segundo lugar tras Antonino, aunque, como dice un ilustre poeta: «le seguía a gran distancia»[21].

---

[20] Existía el derecho de *postliminium*, que permitía a los individuos volver a la patria y recuperar la antigua condición. Los nobles de Nísibis permiten, pues, que vuelva el esclavo de Craugasio, aunque esto despertó sus sospechas.

[21] Cfr. Verg, *Aen*. 5,320.

19.9.8. Y es que Antonino, seguro gracias a su ingenio y a su larga experiencia en todo tipo de asuntos, tenía determinación suficiente para realizar lo que planeara. Frente a él, Craugasio, de carácter más vulgar, era, sin embargo, igualmente reconocido.

Y lo cierto es que esto se puso en evidencia no mucho después.

19.9.9. En cuanto al rey, aunque intentaba reflejar tranquilidad en su rostro y, en apariencia, se mostraba exultante ante la destrucción de la ciudad, sin embargo, en su interior, estaba consternado al considerar que, en las labores de los asedios, con frecuencia había soportado pérdidas terribles, y que había perdido muchos más hombres que los que había conseguido recuperar vivos, o que los que había conseguido matar en diversas batallas, tal como sucedió en ocasiones en Nisibis o en Singara.

De igual modo, después de haber asediado Amida durante setenta y tres días con un numeroso ejército, perdió treinta mil soldados, según calculó poco después el tribuno y secretario Díscenes en una tarea sencilla porque los cadáveres de los nuestros, poco después de caer, se descomponen y se corrompen hasta el punto de que, a los cuatro días, ninguno de sus rostros puede ser reconocido. En cambio los cuerpos de los persas se resecan como palos, de manera que no sueltan líquidos, ni cuando tienen los miembros aún frescos, ni cuando se produce la putrefacción, hecho debido a la frugalidad de su vida y al calor seco de su tierra de origen.

19.10. La plebe romana, temiendo una época de hambre, se subleva

19.10.1. Mientras estos hechos se suceden como un torbellino en la parte de Oriente más lejana, la Ciudad Eterna temía ya las dificultades del período de escasez de grano que se les venía encima. Por eso Tértulo, que en aquella época era prefecto, se veía injuriado continuamente con violencia por la

plebe, que le dirigía durísimas amenazas, porque temía el hambre como el peor de todos los males.

Además, esta persecución era irracional pues él no tenía ninguna culpa de que no llegaran a tiempo los barcos cargados con el alimento, ya que las dificultades del mar, más duras de lo usual, y la fuerza de los vientos, que soplaban con la fuerza de una tempestad, los habían llevado a puertos más cercanos, y sentían pánico de entrar en el puerto de Augusto ante la gran cantidad de peligros[22].

19.10.2. Entonces el prefecto, asustado ante la frecuencia de las revueltas, y ante la furia y la ira de la plebe, encendida por el temor a un final inminente, habiendo perdido ya toda esperanza de salvar la vida según creía él, ofreció sus hijos pequeños al pueblo, que se hallaba muy agitado, pero que suele considerar estas situaciones con prudencia. Y entonces, llorando, dijo:

19.10.3. «Ahí tenéis a vuestros ciudadanos –¡ay! Ójala que los dioses eviten esta calamidad!– que están dispuestos a soportar lo mismo que vosotros si no mejora nuestra fortuna. Y si creéis que matándolos no puede suceder ya nada triste, ahí están. Vuestros son».

Ante estas tristes palabras, la muchedumbre, de carácter proclive a la clemencia, enmudeció ya más calmada, aguardando con serenidad la suerte que se avecinaba.

19.10.4. Y lo que ocurrió después fue que, por esa voluntad divina que ha favorecido a Roma desde su fundación y le prometió una duración eterna, mientras Tértulo realizaba un sacrificio en Ostia, en el templo de Cástor y Pólux, se calmó el mar y el viento se transformó en una suave brisa del sur, de manera que las naves llegaron al puerto a toda vela e hicieron rebosar de trigo los graneros.

---

[22] El puerto de Augusto era una especie de puerto artificial construido en Ostia.

19.11. Los limigantes de Sarmacia engañan al emperador simulando una petición de paz y le atacan, pero son rechazados sufriendo un número enorme de bajas

19.11.1. Mientras se mantenía esta situación tan incierta, Constancio, que aún disfrutaba de su reposo invernal en Sirmio, se sintió agitado ante la llegada de noticias temibles y graves, que le anunciaban algo ante lo que él sentía enorme pavor. Y es que los limigantes sármatas, a los que, como hemos indicado anteriormente, había expulsado de sus territorios ancestrales, abandonaron poco a poco los lugares que, por interés general, se les habían asignado el año anterior.

Constancio, conociendo su carácter voluble, temía que intentaran algo contra él, pues habían ocupado las regiones cercanas a sus fronteras y andaban errantes libremente según su costumbre, de manera que podrían revolucionarlo todo si no eran expulsados a tiempo.

19.11.2. El emperador, creyendo que estas soberbias provocaciones irían a más y se extenderían rápidamente por todas partes, si se desatendía esta cuestión, reunió a un enorme número de soldados dispuestos a luchar, para que estuvieran listos antes de que llegara el esplendor de la primavera. Y lo hizo con mucha prisa por dos consideraciones:

Porque los soldados estaban entonces satisfechos ante la riqueza del botín obtenido el pasado verano, y cobrarían más ánimos por la esperanza y la confianza de obtener un éxito similar. Y, en segundo lugar, porque como Anatolio estaba aún encargado de la prefectura del Ilírico, disponían de todo lo necesario sin problemas de ningún tipo, incluso antes de que lo solicitaran[23].

---

[23] Anatolio era un sirio (había nacido en Beirut), que había obtenido cargos importantes en la administración oriental, como senador de Constantinopla, consular en Siria... hasta llegar a la prefectura del Ilírico, cargo que desempeñó desde el 357 al 360.

19.11.3. Y es que todo el mundo está de acuerdo en que, hasta el momento, nunca, bajo ningún otro prefecto, las provincias del norte habían disfrutado de tal abundancia de dones. Corrigió benévola y hábilmente la situación de los que estaban agobiados por los enormes gastos del servicio de correos, gastos que habían motivado la caída de innumerables hogares. Además, gracias a él, se veían aliviados y esperanzados ante sus promesas acerca de los impuestos.

De este modo, los habitantes de estas zonas hubieran podido vivir tranquilos y felices, sin ningún motivo de queja, de no ser porque los impuestos más detestables de todos los conocidos, exagerados aún más de forma criminal tanto por los que los pagaban como por los recaudadores –ya que unos intentaban defender su poder, y otros esperaban alguna seguridad para cuando vieran menguados sus recursos–, llevaron a muchos desgraciados a la depresión y al suicidio[24].

19.11.4. Así pues, queriendo solucionar este peligro tan acuciante, el emperador se puso en marcha con un magnífico bagaje y, como hemos dicho, llegó a Valeria, perteneciente en otro tiempo a Panonia, pero que fue fundada y recibió su nombre definitivo para honrar a Valeria, la hija de Diocleciano. Allí, después de acampar con su ejército en las riberas del río Íster[25], observaba cómo los bárbaros, antes de su llegada, simulando amistad, tenían la intención de devastar furtivamente Panonia y planeaban esta invasión para lo más duro del invierno, pues entonces las nieves aún no se habrían derretido por los calores de la primavera y posibilitarían que el río se atravesase por muchas partes, mientras que los nuestros, a causa del frío, apenas podían soportar las largas estancias a cielo abierto en medio del hielo.

19.11.5. Ante esto, envió rápidamente a los limigantes dos tribunos –acompañado cada uno por un intérprete– en un in-

---

[24] Cfr. 30,5,4-6.

[25] El Danubio.

tento de averiguar mediante preguntas disimuladas por qué habían abandonado sus hogares después de la paz y del tratado que se les había concedido ante sus súplicas, y por qué habían invadido esa amplia extensión y estaban amenazando las fronteras frente a lo ordenado.

19.11.6. Ellos, poniendo excusas vanas y frívolas, ya que se veían forzados a mentir por el temor, suplicaban perdón al príncipe y le rogaban que olvidara su enfado y que les permitiera acudir ante él cruzando el río, para informarle acerca de las dificultades que tenían que soportar, y de que estaban dispuestos a habitar tierras muy alejadas, si era esta su decisión, siempre que fuera dentro del imperio romano, pues de este modo gozarían de una larga paz y honrarían a la Tranquilidad como diosa favorable, aceptando las cargas y la condición de tributarios.

19.11.7. Una vez conocido esto a la vuelta de los tribunos, el emperador, exultante porque había culminado sin mancharse siquiera de polvo una tarea que creía irrealizable, los recibió a todos, encendido por la ambición de poseer más, una ambición alentada por los que le susurraban sin cesar que, una vez calmados los problemas externos y extendida la paz por doquier, obtendría numerosos súbditos, y podría conseguir un ejército muy poderoso. No en vano, los habitantes del imperio entregarían gustosamente oro con tal de salvar sus vidas, hecho que causó con frecuencia dificultades al imperio romano[26].

19.11.8. Así pues, situando una empalizada junto a Aciminco y levantando una superficie elevada a modo de tribuna, se ordenó a unas naves que transportaban a soldados armados a la ligera que vigilaran el curso del río junto a las orillas. Para ello, contarían con cierto agrimensor llamado Inocencio, pro-

---

[26] Preferían pagar un impuesto suplementario, con tal de no servir en el ejército.

motor de este plan, con la finalidad de que, si advertían que los bárbaros se revolvían, les atacaran de repente por la espalda cuando estuvieran atentos a otra zona.

19.11.9. Aunque los limigantes eran conscientes de estos preparativos, se limitaban a mostrar una actitud de súplica y permanecían inclinados. Pero, en lo más hondo de su pecho escondían sentimientos muy distintos a los que reflejaban en su gesto y en sus palabras.

19.11.10. Entonces al ver al emperador en lo alto de la tribuna dispuesto ya a pronunciar unas palabras muy moderadas, pues creía que iba a hablar ante un auditorio benévolo, uno de ellos, agitado por una extraña locura, le agarró del zapato cuando estaba en lo alto y exclamó: «Marha, marha» –que entre ellos es un grito bélico–. Rápidamente le siguió una muchedumbre de gentes que levantaron de repente sus estandartes bárbaros y, lanzando fieros alaridos, se lanzaron contra el propio emperador.

19.11.11. Cuando éste al mirar desde lo alto, lo vio todo lleno de una multitud que corría con armas arrojadizas, tuvo miedo de morir, porque advirtió que las espadas y las jabalinas estaban desenvainadas. Y entonces, mezclado entre los enemigos y sus propios hombres, sin que se supiera si era un general o un soldado, como no había tiempo de vacilaciones ni de dudas, escapó a galope tendido montado sobre un veloz caballo.

19.11.12. Mientras tanto unos pocos de sus ayudantes que intentaban salvarle rodeándole como el fuego, bien perecieron por sus heridas, o bien simplemente aplastados por el peso de los que caían. E incluso desapareció sin oposición alguna la silla real junto con su cojín de oro.

19.11.13. Al escucharse que el emperador había llegado a una situación extrema y que estaba aún en peligro, el ejército, creyendo que su primera obligación era ayudarle, si es que aún

no estaba a salvo, con gran confianza, a pesar de que no iban bien equipados debido a la rapidez del ataque, amenazadores y con sus gritos de guerra, se lanzaron contra las bandas de obstinados enemigos dispuestos a morir si era necesario.

19.11.14. Y como nuestros soldados luchaban enardecidos con un valor que borraba su cobardía anterior y daban rienda suelta a su cólera contra los pérfidos enemigos, mataban todo lo que se encontraban en su camino, pisando sin distinción a vivos, heridos y muertos. Y antes de que nuestra tropa se saciara de la sangre enemiga, los muertos se apilaban ya en montones.

19.11.15. Los rebeldes se sentían ya derrotados, pues unos estaban muertos, otros se habían dispersado por miedo, y el resto intentaba en vano salvar su vida mediante súplicas, pero eran asesinados después de recibir repetidos golpes.

Sólo después de que todos murieran, las trompetas dieron la señal de retirada. En cuanto a los nuestros, también aparecían entre los muertos unos pocos a los que había aplastado el feroz ataque, o bien que habían muerto arrastrados por un destino fatal cuando resistían al furor de los enemigos, por dejar al descubierto su costado.

19.11.16. Entre todas estas muertes destacó la de Cela, un tribuno de los escuderos que, en el inicio de la lucha, fue el primero en lanzarse contra las tropas sármatas.

19.11.17. Después de un final tan sangriento, hecho lo que demandaba una situación tan apremiante para mantener la seguridad de las fronteras, Constancio volvió a Sirmio, después de vengarse de la traición de los enemigos.

Desde allí, una vez tomó igualmente las medidas exigidas por la situación, se dirigió a Constantinopla, pues de este modo, estando ya cercano a Oriente, remediaría el desastre de Amida y fortalecería al ejército con refuerzos. Sólo así podrían oponerse al ataque del rey persa, contando con un contingente similar, pues era ya evidente que si la providencia

divina y el esfuerzo conjunto de una multitud no le detenían, éste dejaría Mesopotamia a su espalda y llevaría sus estandartes por un espacio de extensión aun mayor.

19.12. Muchos son acusados y condenados por un crimen de alta traición

19.12.1. Sin embargo, en medio de estas preocupaciones, como si hubiera sido establecido por cierta norma ya ancestral, en lugar de resonar por las guerras civiles, las trompetas resonaban por ciertos crímenes falsos de alta traición.

Para investigarlos y para encargarse de ellos fue enviado Paulo, ese notario a quien nos vemos obligados a mencionar con frecuencia[27], experto en todo tipo de artes cruentas y quien, si el maestro de gladiadores obtiene lucro y beneficios del comercio de funerales y juegos, él lo buscaba del tormento y de las ejecuciones.

19.12.2. Y como su maldad era obstinada y tenaz, no se detuvo ante nada, castigando con penas de muerte a inocentes, con tal de seguir aprovechando esas ganancias tan criminales.

19.12.3. Además, una ocasión insignificante y mínima le ofreció la oportunidad de extender sus acusaciones:

Existe una ciudad llamada Abidos, situada en el extremo de la Tebaida. Pues bien, en ella, el oráculo de un dios conocido en la zona como Besa[28], mostraba en otro tiempo el futuro y, por ello, en la antigüedad, solía ser honrado en ceremonias por las gentes de las regiones cercanas.

---

[27] La edición de Rolfe introduce una conjetura de Clark, que aplica el calificativo de *Tartareus* a este notario. Lo que sí es evidente es que Amiano sí le atribuye los calificativos *Catena* (14,5,8; 15,3,4) y el propio *Tartareus* en 15,6,1.

[28] Se trata de un antiguo dios egipcio, con carácter bondadoso y alegre.

19.12.4. Y como algunos, ya fuera en persona o bien mediante intermediarios, mandaban por escrito la lista de sus deseos, expresando abiertamente sus súplicas, intentaban conocer la voluntad de los númenes. Ahora bien, los papelillos o los pergaminos que contenían sus peticiones a veces permanecían en el templo incluso después de ser atendidos.

19.12.5. De éstos, algunos fueron enviados con maldad al emperador, quien, como era de mente estrecha y permanecía sordo para otros asuntos mucho más serios, mientras que se mostraba más accesible para esto que el propio lóbulo de la oreja, según dice la expresión coloquial, siendo suspicaz y quisquilloso, ardió en cólera y, rápidamente, ordenó a Paulo que acudiera con premura a Oriente, para lo cual le otorgó potestad de dirigir los procesos a su arbitrio, como si su experiencia fuera la de un ilustre general.

19.12.6. Se le encargó también una misión a Modesto, que era conde entonces en Oriente y apropiado para este tipo de asuntos. Por contra, Hermógenes del Ponto, prefecto del pretorio en aquella época, fue rechazado por tener un carácter más débil.

19.12.7. Se apresuró Paulo, tal como se le había ordenado, lleno de funesta indignación y de rabia. Y, como se dio rienda suelta a la calumnia, fueron acusados tanto nobles como plebeyos de todo el mundo, de los cuales, algunos sucumbieron por el peso de las cadenas y otros por el tormento de las prisiones.

19.12.8. Como escenario de los suplicios y de los tormentos, fue elegida una ciudad de Palestina, Scythópolis, que pareció más indicada que las demás por dos razones: por estar más oculta, y por estar situada a medio camino entre Antioquía y Alejandría, de donde procedían muchos de los acusados.

19.12.9. Entre los primeros que tuvieron que soportar una acusación entonces, encontramos a Simplicio, hijo de Filipo, el antiguo prefecto y cónsul, acusado porque se decía que ha-

bía tanteado la posibilidad de conseguir el imperio, y a quien se ordenó que se le torturara por indicación del emperador. No en vano, en este tipo de casos, nunca se había apiadado de una falta ni de un error, pero con cierta ayuda del destino, Simplicio fue condenado al destierro en un sitio fijo pero, al menos, con el cuerpo ileso.

19.12.10. Después Parnasio, antiguo prefecto de Egipto, un hombre de costumbres sencillas, fue perseguido de tal modo que fue condenado a muerte, aunque finalmente la pena se redujo al exilio. Con frecuencia, mucho antes de esto, se le había escuchado decir que, cuando abandonó Patras, la ciudad aquea de donde procedía su familia, para alcanzar alguna dignidad, había visto en sueños que le acompañaban muchas figuras con vestidura trágica.

19.12.11. Además de éstos, Andronico, conocido por sus estudios liberales y por la belleza de sus poemas, tras ser llevado al tribunal, no fue puesto en evidencia por ninguna de las acusaciones, pues demostró tener la conciencia tranquila de manera que consiguió la libertad defendiéndose con gran tesón.

19.12.12. Por su parte, Demetrio, filósofo conocido como «Cythras», ya anciano pero con gran resistencia tanto física como espiritual, fue acusado por haber realizado sacrificios en varias ocasiones, y no pudo negarlo, aunque aseguró que lo había hecho en plena juventud y sólo para conseguir el favor de la divinidad, no para conocer datos que sobrepasaban las aspiraciones de sus consultas. Además, decía que no conocía a nadie que hubiera pretendido eso. Así, aunque fue colocado una y otra vez en el potro, se mantuvo firme gracias a su gran confianza y, sin vacilar, mantuvo sus palabras sin variaciones, por lo que se le permitió marchar ileso a Alejandría, donde había nacido.

19.12.13. Tanto a estos hombres como a unos pocos más, fue un justo destino unido a la verdad lo que les libró de un enorme peligro. Pero, como las acusaciones se extendían cada vez más por caminos intrincados y sin límites, murieron personas

con los cuerpos torturados, otros fueron condenados a castigos por encima de la pura confiscación de sus bienes, siendo Paulo el que propiciaba estas fábulas crueles y el que inventaba numerosos tipos de trampas y formas de maldad. Parecía como si los sacara de una tienda, de modo que casi podría decirse que la vida de todos los seres que caminan sobre el suelo dependía de él[29].

19.12.14. Pues si alguien llevaba colgado del cuello algún amuleto contra la cuartana o cualquier otro tipo de enfermedad, o bien si alguien era acusado por alguna persona malvada de haber pasado junto a una tumba al anochecer, como si fuera uno de esos hechiceros que van recogiendo horrores de las tumbas o las ilusiones vanas de las almas que vagan por allí, era condenado a muerte y ejecutado.

19.12.15. De este modo se realizaron procesos como si muchos hombres se hubieran dirigido a Claros[30], a los árboles de Dodona[31] o a los oráculos de Delfos, tan famosos en otro tiempo, con la intención de provocar la muerte del emperador.

19.12.16. Mientras tanto la cohorte palaciega, exponiendo de forma astuta una oscura serie de halagos, le aseguraba al emperador que se libraría de los males comunes, proclamando a gritos que su fortuna vigorosa había brillado siempre en su actuación frente a los que maquinaban algo contra él.

19.12.17. Y lo cierto es que nadie sensato rechazará el que se realizaran procesos muy estrictos en estos casos. Personalmen-

---

[29] Varía la lectura ofrecida por las ediciones consultadas, porque la de Rolfe se decanta por *incedentium*, que sería la que nosotros hemos traducido (*incedo* significa «avanzar, caminar»), frente a la lectura de G. Sabbah, que se decide por *incidentium* (*incido* es «ser acusado»), lectura según la cual las vidas que dependían de Paulo serían sólo las de los acusados.

[30] Claros es una ciudad de Jonia donde había un famoso oráculo de Apolo.

[31] Dodona es una ciudad del Épiro donde había un oráculo de Zeus y un famoso roble relacionado con él.

te, no criticamos que la vida del príncipe legítimo, colaborador y defensor de las gentes de bien, que propicia la salvación de todos, debe defenderse con la colaboración general y unánime. Y de hecho, para protegerle con gran seguridad cuando su majestad esté amenazada, las leyes Cornelias no han permitido que ningún tipo de fortuna se libre de procesos incluso cruentos.

19.12.18. Pero no es apropiado que la alegría se desborde ante una situación tan triste, pues entonces parecerá que los súbditos son regidos por la arbitrariedad y no por la autoridad.

Por ello, debemos imitar a Cicerón quien, cuando podía perdonar o castigar, como él mismo afirma, buscaba razones para ser indulgente y no motivos para manifestar su cólera, dato que retrata a un carácter tranquilo y prudente[32].

19.12.19. En aquella época, en Dafne, un barrio agradable y lujoso de Antioquía, nació un ser monstruoso y horrible, a quien costaba tanto ver como describir: era un niño con dos cabezas, dos líneas de dientes, barba, cuatro ojos y dos orejas pequeñísimas. Una criatura tan retorcida sólo podía significar que el estado estaba cayendo también en una situación deforme.

19.12.20. Lo cierto es que, con frecuencia, nacen seres anómalos como éste, que indican el distinto desarrollo de los sucesos, pero como no se produce una expiación pública, como sí sucedía en la antigüedad, pasan por alto sin que se los escuche y sin que se los conozca siquiera.

19.13. El conde Lauricio contiene las rapiñas de los isáuricos

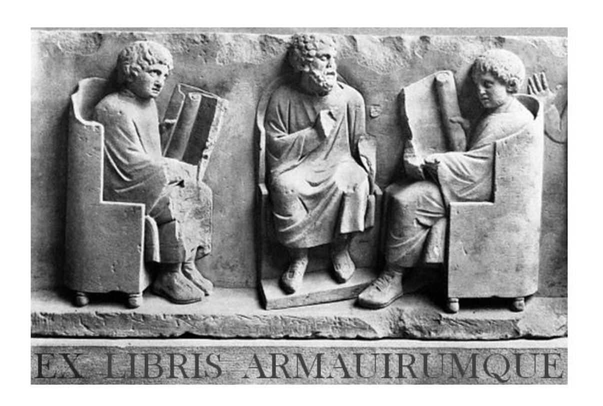
19.13.1. En esa época, los isáuricos, que habían permanecido tranquilos durante bastante tiempo, después de los sucesos

---

[32] Esta cita de Cicerón sólo la conocemos por esta mención de Amiano, aunque Rolfe apunta que puede tratarse de un fragmento procedente de Cic, *ad Att.* 1,13,5.

descritos anteriormente[33] y del intento de asedio de la ciudad de Seleucia, se agitaron poco a poco, semejantes a las serpientes, que suelen salir con los calores primaverales abandonando los bosques rocosos e intrincados. Así, apiñados en grupos compactos, atacaron los lugares vecinos mediante hurtos y rapiñas, escapando de los puestos de guardia de nuestros soldados porque, al proceder de las montañas, estaban habituados a moverse fácilmente a través de rocas y de maleza.

19.13.2. Para calmar a este pueblo, ya mediante la fuerza o el diálogo, fue enviado Lauricio, que era gobernador y que contaba también con la dignidad de conde. Este hombre corrigió muchos desmanes más con amenazas que con dureza, hasta tal punto que, durante el largo período de tiempo en que dirigió la provincia, no ocurrió nada porque nada se consideró digno de castigo.



[33] Cfr. 14,2,1 y ss.

LIBRO 20[1]

20.1. Lupicino, comandante de la infantería, es enviado con su ejército a Bretaña para terminar con las incursiones de los escoceses y de los pictos

20.1.1. Éstos fueron los hechos que acaecieron en el Ilírico y en Oriente. Pero en Bretaña, en el décimo consulado de Constancio y en el tercero de Juliano[2], los ataques salvajes de algunas bandas de escoceses y de pictos, rompiendo el tratado de paz, estaban devastando los lugares cercanos a sus territorios de manera que el temor se apoderó de estas provincias, agotadas ya por la gran cantidad de calamidades sufridas. Al enterarse de ello el César[3], que pasaba el invierno en París atento a diversas preocupaciones, temía ir en ayuda de estos

---

[1] La división del imperio en dos partes obligó a Amiano a fragmentar su narración y a seguir a los emperadores y césares allí donde estuvieran. Pues bien, como indican E. Galletier y A. Fontainte (en su edic. p. 22) uno de los libros más típicos en este sentido es el 20, ya que comienza en Occidente con el tercer consulado de Juliano en el 360. Sigue en Oriente con el relato del asedio de Amida. Los capítulos 4 y 5 nos llevan a Occidente ya que Juliano es nombrado Augusto en París. En los capítulos 6 y 7, en Oriente de nuevo, Sapor ataca Nísibis y Fenicia, mientras que Juliano se plantea su relación con Constancio...

[2] Es decir, en el 360.

[3] Es decir, Juliano.

pueblos situados al otro lado del mar –algo que, como hemos narrado anteriormente, sí hizo Constante[4]–, pues no quería dejar las Galias sin una cabeza visible, cuando los alemanes estaban dispuestos a demostrar su crueldad en la guerra.

20.1.2. Ante esto decidió que quien debía ponerse en marcha para solucionar esta cuestión, ya fuera por la razón o por la fuerza, era Lupicino, general de infantería en aquella época, militar de pro y experto en el arte de la guerra, pero que levantaba sus cejas como cuernos[5] y parecía actuar con el trágico coturno[6], como suele decirse, y acerca del cual no sabemos si era más avaro o cruel.

20.1.3. Así pues, contando con la ayuda de los soldados armados a la ligera, además de la de los érulos, los bátavos y dos tropas de moesiacos, cuando el invierno estaba ya avanzado, el general mencionado anteriormente se dirigió a Bolonia y, después de procurarse navíos y de embarcar a todos los soldados, observando que contaba con viento favorable, avanza hasta Rutupia[7], situada enfrente, y se dirige hacia Londres, con la intención de lanzarse desde allí a la campaña, una vez tomadas las decisiones apropiadas de acuerdo con la situación.

20.2. Ursicino, comandante de infantería en la corte, es calumniado y pierde su poder

20.2.1. En medio de esta situación, tras el asedio de Amida, Ursicino volvió a la corte del emperador como comandante de infantería, pues ya hemos dicho que había sucedido a Bar-

[4] Esto sucedió en el 343, de manera que Amiano lo narraría en uno de los libros perdidos de la obra.

[5] Es decir, tenía mal carácter.

[6] Este símil será utilizado de nuevo en 27,11,2 acerca de Probo.

[7] La actual Richborough.

batión[8], pero fue recibido por detractores que, en principio, se limitaron a difundir rumores contrarios a él y, después, le acusaron abiertamente de falsos crímenes.

20.2.2. El emperador les escuchó y, formando su opinión a partir de esos rumores, ya que estaba siempre disponible para los que tramaban insidias, eligió a Arbitión y a Florencio, maestro de oficios, como jueces para que investigaran por qué razón había sido arrasada Amida.

20.2.3. Ellos rechazaron pruebas evidentes y estimables y, temiendo que Eusebio, el ayuda de cámara, se ofendiera si llegaban a la conclusión de que lo que había sucedido era debido a la continua dejadez de Sabiniano, cada vez más lejos de la verdad, se dedicaban a investigar pruebas vanas y sin relación alguna con la realidad[9].

20.2.4. El acusado, conmovido ante esta injusticia, dijo:

«Aunque el emperador me desprecia, sin embargo, la importancia de este asunto es tal que tan sólo puede ser investigada y juzgada por el príncipe. Pero que sepa, como si se le anunciara por un presagio, que mientras se preocupa por lo que le cuentan fuentes poco fiables acerca de lo que sucedió en Amida y se deja llevar por la voluntad de unos eunucos, ni él mismo, ni la flor y nata de su ejército podrán acudir la próxima primavera en ayuda de una Mesopotamia que se está desmembrando».

20.2.5. Cuando se le repitieron a Constancio estas palabras, y algunas más que se les unieron con mala intención, sumamente enojado, sin reflexionar sobre el tema y sin permitir que se descubriera aquello que él desconocía, atento sólo a las calumnias, ordenó al acusado que abandonara el mando y

---

[8] Cfr. 18,5,5.

[9] Eusebio ha sido criticado ya por Amiano quien, de hecho, le compara con una serpiente (cfr. 18,4,3). Una consideración similar la merece Sabiniano en 19,3,1 y ss.

el ejército, eligiendo para sustituirle a Agilón, que ascendía así súbitamente desde su puesto de tribuno de los gentiles y de los escuderos [10].

20.3. Eclipse de sol. Sobre los dos soles y sobre la causa de los eclipses de sol y de luna. Y de las varias fases y formas de la luna [11]

20.3.1. En esos momentos, en el Este, el cielo aparecía cubierto por unas oscuras tinieblas de manera que, desde el amanecer hasta el mediodía, podía reconocerse claramente el brillo de las estrellas.

A este motivo de temor se añadía también el que, cuando desapareció el astro del cielo y no podía contemplársele de ningún modo, las mentes humanas, temerosas, creían que el sol no aparecería de nuevo. Pero, sin embargo, primero apareció de forma tenue y semejante a una luna creciente, después ya mayor, como media luna, y por último con su apariencia completa.

20.3.2. Este hecho no puede verse con tanta claridad como cuando, tras sus diversas formas, la luna vuelve a su primera fase después de recorrer su camino mensual, con un movimiento siempre regular. Es decir, cuando la luna llena está en el mismo signo zodiacal, en línea recta bajo el sol y se detiene allí sobre estos minutos [12], dando lugar a una posición que los estudiosos de la geometría denominan «partes de las partes» [13].

20.3.3. Y aunque los giros y los movimientos de estos cuerpos celestes –como habrán advertido los investigadores de estos fenómenos de la naturaleza–, una vez completado el

---

[10] Cfr. 14,7,9.

[11] Amiano introduce aquí esta digresión sobre fenómenos meteorológicos, con lo cual consigue suavizar la tensión provocada por la injusticia del emperador contra Ursicino.

[12] Son subdivisiones de las partes mencionadas a continuación.

[13] Cfr. Plin, *Nat.* 2,48; 2,75.

curso lunar, hacen que después de llegar una y otra vez al mismo lugar, estén siempre a la misma distancia, sin embargo, no siempre se oculta el sol en esos días, sino sólo cuando la luna, desde su posición –como mediante una plomada de fuego– se encuentra a medio camino entre el sol y nosotros.

20.3.4. En suma, el sol se oculta cuando desaparecen su luz y él mismo, junto con la superficie de la luna, el más pequeño de todos los cuerpos celestes, que le acompaña aunque con su propia órbita y cuando, manteniendo la altura que los separa, colocados en conjunción, como sabia y elegantemente expone Ptolomeo, alcanzan el punto que, en griego, denominamos «anabibádsontas katabibádsontas ekleiptikoùs syndésmous» [14], es decir, conjunciones de eclipses.

Y si simplemente se tocan en los espacios cercanos a las órbitas, el eclipse será parcial.

20.3.5. Pero si se fijan en sus propios puntos de articulación, que mantienen fijos los ascensos y los descensos, el cielo se cubre con una oscuridad mayor, hasta tal punto que, a causa de la densidad del aire, no podemos ver ni siquiera lo que tenemos delante.

20.3.6. Y así, a veces, parece que se ven dos soles, en aquellas ocasiones en que una nube más alta de lo usual, centelleante debido a la proximidad de los fuegos cercanos, forma la imagen brillante de otro círculo solar, como si el sol se reflejara en un espejo pulido.

20.3.7. Pero ahora vayamos a la luna. Pues bien, la luna experimenta un eclipse manifiesto y evidente cuando, redondeada, con todo su brillo y situada frente al sol, se separa de la esfera de éste a ciento ochenta grados, es decir, cuando está en el signo séptimo. Y, aunque esto sucede en todas las fases de plenilunio, sin embargo, no siempre se produce el eclipse.

---

[14] Órbitas elípticas ascendentes y descendentes.

20.3.8. Pero cuando la luna está cerca de la órbita terrestre, y es la que más se aleja del cielo de todos los cuerpos de belleza celestial, a veces se coloca bajo el ardiente disco, en una situación de oscuridad debido a la sombra alargada de la tierra, que tiene forma de cono afilado.

Es entonces cuando aparece envuelta en masas oscuras, porque el sol, como tapado por la curvatura de la esfera inferior, al estar la tierra en medio, no puede iluminarla con sus rayos, y ella, como han demostrado diversos autores, no tiene luz propia.

20.3.9. Y cuando se encuentra con el sol en el mismo signo y en línea recta se ve oscurecida, como hemos dicho, y el reflejo queda completamente difuminado en lo que en griego se denomina «sínodos» [15].

20.3.10. Se cree que se produce luna nueva cuando ésta tiene el sol encima pero con una pequeña desviación de la línea recta. Sin embargo, a los hombres les parece que su nacimiento, de forma aún muy tenue, se produce cuando se separa del sol y llega al segundo signo.

En cuanto al momento en el que, siguiendo esta progresión y ya muy brillante, parece tener cuernos, se denomina «menoeidés» [16].

Pero cuando empieza a estar bastante alejada del sol y llega al cuarto signo, al recibir los rayos del sol, refleja más luz y se produce lo que en griego se denomina «dijómenis», que tiene forma de semicírculo [17].

20.3.11. A partir de ahí, cuando está muy alejada y ha alcanzado el quinto signo, aparece con la figura denominada «amphicyrtos» [18], con salientes en los dos lados.

---

[15] Es decir, «conjunción».
[16] Es decir, con forma creciente.
[17] Concretamente, «que divide el mes». Es decir, «media luna».
[18] Concretamente, «con cuernos salientes».

Pero una vez alcanza claramente la posición situada frente al sol, brillará con toda su luz, manteniéndose en el séptimo signo. Mientras permanece allí, aunque vaya avanzando algo, se hace más pequeña, en una fase que denominamos «aprókousis». Cuando envejece, repite estas mismas figuras pero, según la opinión general, tan sólo cuando está a medio camino entre dos meses [19], puede verse un eclipse.

20.3.12. En cuanto a lo que hemos indicado acerca de que el sol, en alguna ocasiones, está en el cielo y otras en el mundo inferior, hay que saber que los cuerpos celestes, en lo que al universo se refiere, no pueden nacer ni morir, aunque es esto lo que aparece ante nuestros ojos, situados como están en la tierra, que se mantiene suspendida como por el impulso de cierto hálito interior y que, en relación con el universo, es como un minúsculo punto. En cambio, las estrellas brillan como fijadas en el cielo por un orden eterno, aunque a veces, por la debilidad de la vista humana, pensamos que abandonan su posición.

Pero volvamos ya a nuestra narración.

20.4. El César Juliano, cuando pasaba el invierno en París, contra su voluntad, es nombrado Augusto por los soldados galos a los que Constancio había ordenado que le abandonaran y vinieran a Oriente para luchar contra los persas

20.4.1. Cuando Constancio se disponía a marchar con gran rapidez a Oriente, pues según la indicación de algunos traidores –que coincidían en esto con nuestros exploradores– se preveían ataques persas, se enrabietó ante las alabanzas dirigidas hacia Juliano, alabanzas que una fama cada vez mayor iba extendiendo entre distintos pueblos, unidas a grandes

[19] Es decir, cuando está llena.

halagos a sus heroicas gestas y hazañas, pues había sometido algunos reinos de Alemania y había recobrado ciudades galas que antes habían sido saqueadas y destruidas por los bárbaros, a los que convirtió en tributarios sumisos.

20.4.2. Agitado por estas noticias y otras similares, y temiendo que la situación empeorara aún más, empujado además por el prefecto Florencio[20], según se decía, envió a Decencio[21], tribuno y notario, para que arrebatara a Juliano sus soldados auxiliares, concretamente los érulos, los bátavos y los celtas, así como los petulantes, además de otros trescientos elegidos de las restantes formaciones, a los que se les ordenaba cumplir rápidamente esta orden, con la excusa de que, de este modo, podrían colaborar cuando hubiera que atacar a los partos en el inicio de la primavera.

20.4.3. Para hacer que las tropas auxiliares y la formación de trescientos hombres marcharan con rapidez, se mandó llamar a Lupicino, pues aún no se sabía que había marchado hacia Bretaña. Pero la misión de elegir a los más dispuestos de los escuderos y de los gentiles, se le encomienda a Síntula, que entonces era el tribuno de las cuadras de Juliano.

20.4.4. Juliano no replicó. Y hubiera accedido a esto, sometiéndose en todo a la voluntad del más poderoso, de no haber existido algo que no pudo ni obviar ni omitir: que tuvieran algún tipo de molestias aquellos que, habiendo abandonado su hogar al otro lado del Rin, habían acudido a él con la condición de que nunca tendrían que cruzar los Alpes.

Y es que Juliano afirmaba que sería temible si los soldados bárbaros voluntarios, que acostumbraban a colaborar con nosotros bajo tratados de este tipo, se enteraban de ese hecho y volvían con los suyos.

Pero sus palabras fueron en vano.

---

[20] Era prefecto del pretorio en la Galia. Cfr. 16,12,14; 17,3,2.

[21] Cfr. 20,4,11 y 20,8,4.

20.4.5. Porque el tribuno Decencio, concediendo poco valor a las peticiones del César, obedecía tan sólo las órdenes del Augusto. Por ello, eligió a los soldados más dispuestos y vigorosos, y se puso en marcha con ellos, movido por la esperanza de conseguir un destino más provechoso.

20.4.6. Y como el César, preocupado porque debía cumplir lo que se le ordenaba en cuanto al envío de las tropas que le restaban, reconsideró todas estas cuestiones, pensaba que debía ser muy cauto. No en vano, por una parte, le apremiaba la ferocidad de los bárbaros. Por otra, la autoridad que le daba estas órdenes y, sobre todo, aumentaba sus dudas la ausencia de su comandante de caballería[22], motivo por el que pidió a Florencio que volviera, ya que éste había marchado a Viena con la excusa de conseguir impuestos, aunque la realidad era que quería librarse de las tareas militares.

20.4.7. A pesar de todo, Juliano seguía creyendo que, por el informe, que creía haber enviado tiempo atrás, tropas valientes y temidas ya por los bárbaros iban a ser alejadas de la defensa de la Galia.

20.4.8. Por eso, cuando el prefecto recibió la carta del César, en la que se le aconsejaba y se le rogaba que acudiera presto y que tomara determinaciones beneficiosas para el estado, se negó con gran obstinación, sin tener las ideas claras a causa del pánico, ya que la carta indicaba claramente que el prefecto nunca debía separarse de su general en un momento en el que las circunstancias eran tan terribles.

Además, Juliano añadía que, si Florencio no intentaba cumplir lo ordenado, él mismo renunciaría de buen grado al poder imperial, pues creía que era más glorioso morir cuando te lo ordenaban, que el que te atribuyeran la destrucción de las provincias.

---

[22] Es decir, Lupicino.

Sin embargo, prevaleció la tenaz decisión del prefecto, que se negaba obcecado a obedecer tan razonables peticiones.

20.4.9. Ante la prolongada ausencia de Lupicino y del prefecto, que temía las tareas militares, Juliano, privado del consejo de sus asesores y sin saber bien qué resolución debía tomar, finalmente decidió que lo mejor era disponer que todos los soldados salieran como solían hacerlo de los puestos de guardia en los que estaban pasando el invierno.

20.4.10. Cuando esto se supo, alguien arrojó al suelo en secreto junto a los emblemas de los petulantes un libelo difamatorio que, entre otras muchas cosas, decía lo siguiente: «Nosotros somos expulsados y condenados a vivir en el extremo del mundo como si fuéramos culpables, mientras que las gentes que queremos, esas gentes a las que liberamos de su primera cautividad después de afrontar luchas terribles, tendrán que servir a los alemanes».

20.4.11. Cuando este texto fue llevado y leído ante el César, Juliano, al observar estas quejas justificadas, ordenó que se marcharan a Oriente con sus familias, dándoles la posibilidad de utilizar transporte urgente[23]. Y, como no sabían por qué camino ir, por sugerencia del notario Decencio, se decidió que debían atravesar por París, donde se encontraba el César, que no se había marchado aún.

Y así se hizo.

20.4.12. Cuando éstos llegaron, el príncipe se los encontró en los suburbios y, según su costumbre, alabando a los que conocía y recordando a cada uno de ellos sus hazañas, les animaba con dulces palabras para que acudieran con viveza ante el Augusto, cuyo poder era grande y excelso, pues de este modo conseguirían la recompensa que merecían por sus esfuerzos.

---

[23] Había una especie de vagones, que se utilizaban para transportar con urgencia a los soldados que lo precisaran.

20.4.13. Además, para agasajar con grandes honores a aquellos que iban a marcharse lejos, invitó a los más respetables a un banquete y les dijo que pidieran todo lo que se les ocurriera.

Ellos, al ser recibidos de un modo tan amable, se marcharon vacilantes y tristes por un doble motivo: porque una fortuna cruel les privaba, por una parte, de un líder moderado y, por otra, de su tierra natal. Por ello, dominados por esta tristeza, permanecieron en sus cuarteles.

20.4.14. Pero al comenzar la noche, se pusieron en movimiento y, con el ánimo enardecido según el grado en que este hecho inesperado afectaba a cada uno, se lanzaron a la lucha y a la acción. Así, con enormes alaridos, se fueron todos hacia el palacio y, después de rodearlo para evitar que pudiera escapar alguien, con grandes voces aclamaron a Juliano como Augusto, y reclamaron que acudiera decidido ante ellos.

A pesar de que tuvieron que aguardar hasta la llegada del día, finalmente, consiguieron que se presentara ante ellos y entonces, al verle, redoblando sus gritos, le nombraron Augusto por unanimidad.

20.4.15. Él, resuelto, se enfrentaba a todos y cada uno, ya mostrando indignación, ya tendiendo sus manos, rogando y suplicando que, después de haber conseguido tantos triunfos y victorias, no cometieran ninguna acción inapropiada, no fuera que esa temeridad inoportuna y ese error provocara una guerra.

Además, después de calmarlos y de conseguir que se tranquilizaran al fin, añadió:

20.4.16. «Que cese vuestra ira un momento, por favor. Lo que pedís puede lograrse fácilmente sin disputas ni revueltas.

»Puesto que os retiene la dulzura de vuestra patria y teméis lugares lejanos y extraños, volved ya a vuestros hogares y no crucéis los Alpes, si eso os desagrada. Yo justificaré plenamente este hecho ante el Augusto, que es persona razonable y de gran prudencia».

20.4.17. Después de estas palabras, los gritos no se calmaron en absoluto. Todo lo contrario, continuaron con el mismo empeño, de manera que, ante los grandes y terribles insultos, el César tuvo que acceder. Entonces, colocado sobre el escudo de un soldado de a pie, y elevado, sin que nadie pudiera mantenerse en silencio, fue nombrado Augusto y se vio forzado a ponerse la diadema. Pero, cuando afirmó que nunca había tenido una, pidieron a su mujer una joya que pudiera ponerse en el cuello o en la cabeza[24].

20.4.18. Sin embargo, al afirmar él que no era apropiado, como primeros auspicios, ponerse una joya de mujer, buscaron el adorno de un caballo para que coronado así, aun de esa forma vulgar, mostrara una autoridad superior.

Pero cuando él insistió en que también eso era vergonzoso, un tal Mauro –que después fue conde y fracasó en el paso de Succo, pero que entonces era lancero de los petulantes–, se quitó un collar que portaba como insignia y lo puso con confianza sobre la cabeza de Juliano. Entonces éste, forzado hasta esta situación extrema, siendo consciente de que no podría evitar un peligro ya inminente si continuaba negándose, prometió a cada uno cinco piezas de oro y una libra de plata.

20.4.19. Una vez hecho esto, no menos preocupado que antes, y previendo con rápida intuición lo que iba a ocurrir, no se puso diadema alguna, ni se atrevió a aparecer en ningún lado, ni a atender seriamente aquello que le urgía.

20.4.20. Pero cuando, aterrado por los distintos hechos ocurridos, se retiró a un lugar oculto, un decurión del palacio, que es un cargo de dignidad[25], apresurándose hacia las tro-

---

[24] Los emperadores Galieno y Aureliano llevaban a veces una diadema blanca que fue sustituida, bajo Constantino, por otra más sofisticada, decorada con piedras preciosas e hileras de perlas, que pronto llevó el nombre de «corona».

[25] Había tres decuriones encargados de mantener la tranquilidad en torno al emperador. Cada uno de ellos estaba al mando de diez *silentiarii*, o funcionarios que velaban para que el palacio estuviera en orden.

pas de los petulantes y de los celtas, en un arrebato grita que se había cometido un crimen indigno, pues el que había sido aclamado Augusto el día anterior ante sus aclamaciones había sido asesinado de forma furtiva.

20.4.21. Al saber esto los soldados, que se mueven igual ante un hecho, ya esté probado o no, unos tomaron sus armas, otros amenazadores, con las espadas desenvainadas, se dispersaron al azar, como suele suceder cuando ocurre algo imprevisto, y ocuparon el palacio en un momento. Los guardias, agitados por el enorme griterío, los tribunos y el conde encargado de las tropas de palacio, que se llamaba Excubitor, temiendo la perfidia y la volubilidad de los soldados, desaparecieron aterrados ante la posibilidad de una muerte repentina.

20.4.22. Sin embargo, los soldados armados, al percibir una tranquilidad total, ya calmados, se detuvieron un instante y, al preguntárseles cuál era la causa de ese revuelo tan repentino, callaron durante un buen rato, mostrando sus dudas acerca de la seguridad del nuevo príncipe. Y no se retiraron hasta que, una vez recibidos en el consistorio, le vieron deslumbrante con la vestimenta imperial.

20.5. El Augusto Juliano convoca una asamblea ante los soldados

20.5.1. Cuando esto se supo, también aquellos que, como hemos indicado, se habían adelantado bajo la dirección de Síntula, volvieron ya seguros con él hacia París.

Entonces todos fueron citados para que, el día siguiente, se reunieran en el llano. El príncipe, avanzando de una forma más ostentosa de lo normal, subió al estrado, rodeado por insignias, águilas y estandartes, y, para mayor seguridad, se hizo rodear también por tropas armadas.

20.5.2. Después de un breve silencio, mientras contempla desde su posición elevada el rostro de los presentes, que pa-

recían todos felices y contentos, utilizando palabras simples para poder ser entendido, los encendió como si lo que hubieran sonado fueran las trompetas que anuncian la guerra:

20.5.3. «Valientes y leales defensores de mi vida y del estado, que, con gran frecuencia, habéis arriesgado vuestra vida junto a mí para salvar las provincias. La dificultad de la situación reclama y exige, puesto que habéis elevado a vuestro César con firmeza a la cima del poder, que os ofrezca algunas ideas para aplicar remedios justos y prudentes en esta situación tan agitada.

20.5.4. »Apenas llegado a la adolescencia, me vi revestido de púrpura, como sabéis, y fui entregado a vuestra tutela por la voluntad celeste. Desde entonces, no me he apartado nunca de mi intención de vivir con justicia, y os he acompañado en todos los peligros cuando el orgullo de diversos pueblos, después de acabar con ciudades y de matar a muchos miles de hombres, acechaba con una terrible destrucción a las pocas partes que aún restaban medio a salvo.

»Y creo que no es necesario mencionar cuántas veces, en la crudeza del invierno y de los rigores del cielo, en la época en que las tierras y los mares se olvidan de las calamidades de Marte, quebrantamos y rechazamos a los alemanes, antes indómitos.

20.5.5. »No es justo omitir ni obviar que, cuando brilló en Argentorato aquel felicísimo día que supuso en cierto modo la libertad perpetua para la Galia, mientras yo corría entre una lluvia de armas, vosotros, confiados en vuestro vigor y en vuestra gran experiencia, atacando con gran violencia a los enemigos, como si fuerais impetuosos torrentes, los atravesasteis con vuestras espadas, o hicisteis que se ahogaran en las profundidades del río, perdiendo tan sólo a unos pocos de nosotros, cuyos cadáveres honramos más con grandes alabanzas que con dolor[26].

[26] Juliano recuerda la batalla de Estrasburgo. Cfr. 16,12.

20.5.6. »Por eso pienso que, después de tantas y tan grandes hazañas, la posteridad reconocerá vuestros méritos hacia el estado, que ya son conocidos perfectamente por todas las gentes, si en el caso de que suceda algo adverso, defendéis con valor y firmeza a aquel a quien revestisteis con el poder imperial.

20.5.7. »Y, para que se mantenga este orden de cosas y para que permanezcan invariables las recompensas fijadas para los hombres valerosos, para que la ambición clandestina no usurpe los honores, esto es lo que declaro en presencia de vuestra venerable asamblea: que ningún magistrado civil, que ningún oficial militar, gracias a la ayuda de otro que le apoye por encima de sus méritos, alcanzará el poder. Y que nadie mantendrá su honor intacto si intenta intrigar en favor de otro».

20.5.8. Animados por la confianza en estos logros, los soldados de graduación inferior, privados ya desde hace tiempo de dignidades y premios, comenzaron a golpear los escudos con sus lanzas y, levantándose con enorme griterío, aclamaron todos a una las palabras y las decisiones del emperador.

20.5.9. Y rápidamente, para que no tuvieran ni siquiera un breve instante que permitiera alterar esta decisión general, los petulantes y los celtas solicitaron que unos funcionarios fueran enviados a gobernar las provincias seleccionadas[27]. Y aunque no lo consiguieron, se marcharon sin sentirse ni tristes, ni ofendidos.

20.5.10. Sin embargo, la noche que había precedido al día de su proclamación como Augusto, el emperador había confesado a sus amigos más íntimos que, durante el sueño, había visto esa forma mediante la que suele mostrarse el Genio protector del estado, que le manifestaba los siguientes reproches:

---

[27] El texto de Amiano menciona a unos *actuarii*, que eran unos funcionarios civiles encargados del aprovisionamiento del ejército.

«Ya hace tiempo, Juliano, que observo en secreto el vestíbulo de tu hogar, y que intento mejorar tu situación. Sin embargo, en ocasiones, me he marchado como rechazado. Por eso, si no soy recibido ni siquiera ahora que cuentas con el apoyo de todos, me iré humillado y triste.

»Con todo, guarda esto en lo profundo de tu corazón: que no permaneceré contigo mucho tiempo».

20.6. Singara es atacada y capturada por Sapor. Son conducidos a Persia los ciudadanos, así como las tropas auxiliares de caballería y dos legiones de la guarnición. La ciudad es destruida

20.6.1. Mientras en la Galia se van sucediendo los hechos citados, como Antonino se enrabietó aún más ante la llegada de Craugasio[28], el cruel rey de los persas, ardiendo en deseos de apoderarse de Mesopotamia mientras Constancio se hallaba lejos con su ejército, multiplicó sus armas y sus hombres y, atravesando solemnemente el Tigris, se dirige a Singara, con la intención de atacarla, aunque en opinión de los que estaban al frente de estas regiones, era una ciudad que contaba tanto con soldados como con todo lo necesario para defenderse.

20.6.2. Los defensores, al ver a los enemigos a una gran distancia, cerraron rápidamente las puertas y empezaron a recorrer las torres y fortalezas con enorme afán, mientras preparaban los proyectiles y las máquinas de guerra. Y una vez estuvo todo preparado, permanecieron allí todos armados, dispuestos a rechazar a esa multitud si intentaban escalar las murallas.

20.6.3. Como, a pesar de que el rey envió a sus nobles (a los que se les permitió la entrada), no logró convencer a los de-

[28] Cfr. 18,10,1. Antonino, como sabemos, había desertado de la guardia imperial romana y se había unido a Sapor como asesor (18,5).

fensores mediante un diálogo pacífico, se concedió un día entero de descanso. Al inicio del siguiente día, se dio la señal levantando un estandarte rojizo, ante lo cual la ciudad fue rodeada por soldados que portaban escalas, mientras otros preparaban máquinas de asalto, protegidos en su mayor parte por manteletes y parapetos, intentando con ello encontrar el modo de derribar la estructura de las murallas.

20.6.4. Ante esto, los ciudadanos permanecieron inmóviles en lo alto de las fortificaciones, mientras, con piedras y todo tipo de armas, mantenían alejados a los que se esforzaban con todo empeño en encontrar una entrada.

20.6.5. La lucha se mantuvo equilibrada durante varios días, con numerosas muertes y heridos en ambos bandos. Por último, cuando mayor era el fragor del combate, al acercarse la noche, entre la gran cantidad de máquinas de guerra, se dispuso un enorme ariete que, con repetido empuje, iba golpeando una torre circular desde la cual, como hemos dicho anteriormente, se había entrado en la ciudad en un asedio anterior[29].

20.6.6. Toda la gente se dirigió hacia ese punto, ante lo cual se produjo allí una dura lucha, en la que volaron por todas partes antorchas llameantes y dardos incendiarios, que pretendían quemar una amenaza tan peligrosa, sin que cesara por la otra parte el ataque de las flechas ni de las hondas.

Sin embargo, la agudeza del ariete superó todo intento de detenerle, penetrando en las junturas de las piedras, que estaban recién colocadas y que, como estaban aún húmedas, no tenían gran firmeza.

20.6.7. Mientras se luchaba aún con espadas y fuego, cayó la torre, dejando un camino abierto hacia la ciudad. Los defensores quedaron sin resguardo y se dispersaron ante la inmi-

---

[29] Se trata de un asedio ocurrido en el 340 y que, por lo tanto, habría sido narrado por Amiano en uno de los libros perdidos de la obra.

nencia del peligro, mientras que las tropas persas, lanzando gritos terribles por todas partes, iban ocupando todas las calles de la ciudad sin encontrar ninguna oposición. Unos pocos murieron en el alboroto y todos los demás fueron capturados vivos por orden de Sapor, y conducidos hasta los extremos de Persia.

20.6.8. Esta ciudad estaba protegida por dos legiones, la primera Flavia y la primera Pártica, además de por numerosos nativos, que contaban con la ayuda de unos soldados de caballería que se habían resguardado allí para librarse del repentino peligro. Pues bien, como he apuntado, todos ellos fueron conducidos con las manos atadas, sin que ninguno de los nuestros pudiera ayudarles.

20.6.9. Y es que la mayor parte del ejército estaba acampada custodiando Nisibis, a una enorme distancia de allí. Por otra parte, nunca, cuando Singara había estado en peligro, ni siquiera en la antigüedad, se la había podido auxiliar, ya que toda la zona que la rodeaba era muy árida a causa de la sequedad del clima. Y aunque tiempo atrás se había construido esta fortificación en el lugar apropiado para vigilar los ataques repentinos de los enemigos, sin embargo, esto supuso una desgracia para Roma, pues en numerosas ocasiones fue tomada, con numerosas muertes entre los defensores.

20.7. La ciudad de Bezabde, defendida por tres legiones, sufre el ataque de Sapor, quien, después, la preparó para la defensa y la abasteció. Éste mismo ataca sin éxito la fortaleza de Virta

20.7.1. Una vez destruida la ciudad, el rey evitó Nisibis en una prudente decisión, pues acordándose muy bien de todo lo que había sufrido allí[30], a través de un rodeo, se desvió hacia

---

[30] Nísibis ya había sido asediada por los persas en varias ocasiones.

la derecha en dirección a Bezabde –a la que en la antigüedad sus fundadores denominaban también Phaenicha–, dispuesto a forzar la entrada a pesar de la oposición de los defensores, ya fuera mediante la violencia o bien mediante dulces promesas.

Era ésta una fortaleza muy bien protegida, situada en una colina medianamente elevada, que va descendiendo hasta la ribera del Tigris. En esa zona, donde el terreno es más llano y peligroso, está rodeada por una doble muralla. Para defenderla se destinaron tres legiones, la segunda Flavia, la segunda Armenia, así como la segunda Pártica con numerosos arqueros zabdicenos, en cuyo suelo, que entonces estaba sometido a nosotros, estaba situada esta ciudad.

20.7.2. Así pues, en el primer ataque, con un batallón de soldados de refulgente armadura, el propio rey, sobresaliendo entre el resto, rodeó la fortaleza y llegó con gran audacia ante el mismo inicio de las trincheras. Allí, aunque fue acosado por los lanzamientos continuos de las ballestas y de flechas, cubierto por la compacta protección de escudos que formaban una especie de tortuga, consiguió marcharse ileso.

20.7.3. Entonces, calmada su ira por el momento, envió mensajeros según la costumbre y, con palabras tranquilizadoras, animó a los que estaban encerrados para que, pensando en su vida y en su futuro, terminaran con el asedio, se rindieran como les convenía, abrieran las puertas, salieran y se entregaran suplicantes al vencedor de todos los pueblos.

20.7.4. Cuando los mensajeros osaron acercarse demasiado, los defensores no les atacaron, porque vieron que habían traído con ellos a algunos ciudadanos conocidos a los que habían apresado en Singara. Así, por consideración a ellos, nadie disparó, pero tampoco se respondió a la cuestión de la paz.

20.7.5. Y, después de una tregua que duró todo el día y toda la noche, antes del amanecer del día siguiente, el ejército persa en pleno se dirigió con gran audacia a la empalizada lan-

zando terribles amenazas. Y cuando, con gran insolencia, llegaron ante las propias murallas, comenzaron a luchar contra los defensores, que resistían con gran empeño.

20.7.6. Eso motivó que numerosos partos[31] resultaran heridos porque, mientras unos portaban escalas, otros se protegían con trenzados de mimbre, de manera que todos se precipitaban a ciegas, sin causar daño a los nuestros. Y así la espesa lluvia de flechas que surcaban el aire a gran velocidad atravesaba a los que se defendían en compacta formación.

Una vez que ambos bandos se marcharon con pérdidas similares después del ocaso, cuando empezó a clarear el siguiente amanecer, lucharon con mucho más ardor que antes, animados por el resonar de los clarines, y así las pérdidas se repartieron, porque todos luchaban con el mayor encono.

20.7.7. Pero, al día siguiente, que se dedicó al descanso por acuerdo unánime debido a las numerosas bajas –tanto más cuando el terror había cundido tanto entre los del interior como entre los del exterior–, el líder de la religión cristiana[32] dejó entrever en sus gestos y en sus movimientos que deseaba salir y, una vez obtuvo la promesa de que podría volver incólume, llegó hasta la tienda del rey.

20.7.8. Cuando obtuvo el permiso para expresar sus sentimientos, intentó persuadir con sus dulces palabras a los persas para que volvieran a sus territorios, afirmando que, después de las pérdidas sufridas en ambos bandos, había que temer que llegaran otras incluso mayores.

Pero su insistencia en exponer estos planteamientos y otros similares fue inútil, porque se encontró con la terca oposición del rey, que juraba que no se marcharían hasta no destruir la fortaleza.

[31] Amiano va alternando la designación persas / partos.
[32] Es decir, el obispo de Bezabde.

20.7.9. Sin embargo, se extendió la sospecha, vana según creo yo, aunque fue divulgada por una multitud, de que el obispo había informado en secreto a Sapor acerca de qué partes de las murallas podría atacar por ser frágiles y accesibles desde el exterior.

Y lo cierto es que la sospecha pareció fundada porque, después, los lugares poco seguros y que comenzaban a desmoronarse fueron golpeados con premeditación y con una furia atroz por las máquinas de guerra enemigas, como si sus líderes conocieran los accesos.

20.7.10. Y aunque la llegada hasta las murallas se veía dificultada en gran medida por la estrechez de los senderos, y era complicado hacer avanzar los arietes que se habían preparado, pues les contenía el temor a las piedras lanzadas a mano y a las flechas, sin embargo, ni las ballestas ni los escorpiones se detuvieron, aquéllas lanzando flechas y éstos una lluvia de piedras, que ardían una vez untadas con pez y brea.

Pero tal era la densidad de los disparos que estas máquinas, mientras avanzaban, se quedaban paradas, como detenidas por profundas raíces, por lo cual ardían a causa de los dardos y teas que les lanzaban precisamente con esa finalidad.

20.7.11. En esta situación, cuando estaban produciéndose muchas bajas en ambos bandos, los atacantes intentaban cada vez con más ardor destruir antes del invierno esta ciudad, fortificada por su posición y por la mano del hombre[33], creyendo además que la cólera de su rey no se calmaría hasta que lo lograran.

Por ello, ni las grandes cantidades de sangre derramadas ni los numerosos heridos de muerte hacían disminuir su audacia.

20.7.12. Sin embargo, tras una lucha larga y cruenta, se lanzaron finalmente a un peligro terrible. Y aunque los atacantes

---

[33] Cfr. 20,7,1.

balanceaban los arietes en medio de una densa lluvia de piedras enormes, no pudieron avanzar, debido a los distintos artilugios incendiarios.

20.7.13. Con todo, había un ariete que sobresalía entre los demás. Estaba cubierto con pieles de toro empapadas y, por ello, menos expuesto a los fuegos o a las armas, por lo que, adelantándose al resto, se abrió camino hasta el muro con gran esfuerzo. Entonces, penetrando en las junturas de las piedras con su enorme punta, abatió la torre, que estaba ya resentida. Ésta, cayendo con tremendo estrépito, hizo que sucumbieran también de forma repentina las torres que la rodeaban, que quedaron desmoronadas y hundidas, ante lo cual, muertos muchos de los nuestros por diversas heridas tras este desastre inesperado, un gran número de enemigos irrumpió en la fortaleza a través de este acceso seguro.

20.7.14. Una vez que los alaridos de los persas se extendieron por doquier resonando en los oídos aterrorizados de los que se sentían ya derrotados en el interior, el combate se decidió cada vez más dentro de las murallas en una lucha cuerpo a cuerpo, mientras se blandían las espadas sin sentir piedad por ninguno de los que corrían.

20.7.15. Finalmente, tras este desastre, los asediados, que habían resistido durante bastante tiempo una destrucción inminente, se dispersaron empujados por la multitud. Al verlo, las sangrientas espadas de los enemigos cayeron sobre todo lo que podían encontrar, siendo asesinados niños arrancados del regazo de sus madres, junto a estas mismas madres, sin que nadie reflexionara sobre lo que estaba haciendo.

Y así, los hombres de ese pueblo tan funesto, cada vez más deseosos de rapiña, volvieron exultantes a su campamento, cargados con todo tipo de despojos, y con un enorme número de prisioneros.

20.7.16. Sin embargo, el rey, enardecido y orgulloso por su victoria, porque hacía mucho tiempo que deseaba ardiente-

mente apoderarse de Phaenicha, ciudad estratégica, no se marchó de allí hasta que no reparó perfectamente la parte de la muralla que había caído y hasta que, aprovisionando la fortaleza con gran cantidad de víveres, dejó allí estacionado a un batallón de soldados, todos ellos de noble origen y famosos ya por su destreza en la guerra.

Y es que temía lo que realmente sucedió: que los romanos no podrían permitir sin más la pérdida de esta importante fortaleza y que se esforzarían con todo empeño por recobrarla [34].

20.7.17. Así pues, con una jactancia enorme, a la que se añadía además la esperanza de conseguir cuanto se propusiera, después de apoderarse de algunas fortalezas menos importantes, se propuso llegar a Virta, lugar fortificado de gran antigüedad y que, según se cree, fue construido por el macedonio Alejandro. Se encuentra situado en el extremo de Mesopotamia pero, al estar rodeado por unos muros con recovecos y con forma de cuernos, resulta inaccesible para numerosas formaciones de ataque [35].

20.7.18. Y así, tras intentar el ataque con todo tipo de recursos, ya fuera haciendo promesas a los defensores, o ya lanzándoles terribles amenazas, e incluso a veces preparando empalizadas y colocando máquinas de asedio junto a las murallas, lo cierto es que, tras recibir muchas más bajas de las que causaba, se marchó y desistió finalmente de este empeño inútil.

---

[34] Cfr. 20,11,6 y ss.

[35] Como indica J. Fontaine en su edición (*ad loc.*), la ambición del rey persa era reconquistar todos los territorios romanos de Asia que, en alguna ocasión, habían pertenecido a su pueblo. En cuanto a la mención *murus sinuosus et cornutus*, que hemos traducido como «muros con recovecos y con forma de cuernos», según L. Borhy, esto puede aplicarse a los establecimientos miiltares romanos de Poena Novata (Visegrad-Sibrik domb) y Aquincum (Budapest) en Panonia, Cfr. «¿Qué era el *murus sinuosus et cornutus* (Am. M. 20,7,17)», *Gerion* 1996,14, pp. 223-231.

20.8. El Augusto Juliano informa por carta al Augusto Constancio acerca de lo sucedido en París

20.8.1. Esto es lo que sucedió ese año en la zona comprendida entre el Tigris y el Éufrates. Pues bien, cuando numerosos mensajeros llevaron estas noticias a Constancio, que estaba pasando el invierno en Constantinopla, entonces él, temiendo un ataque de los partos, puso todo su empeño en equipar la frontera este con todo tipo de material para la guerra, para lo cual condujo allí armas y soldados, y además reforzó las legiones con jóvenes valerosos que habían destacado con frecuencia en las campañas de Oriente.

Por otra parte, solicitó tropas auxiliares a los escitas, ya fuera a cambio de una recompensa o como favor, con la intención de salir de Tracia ya avanzada la primavera y de ocupar rápidamente los lugares más peligrosos.

20.8.2. Mientras esto sucedía, Juliano, que tenía sus cuarteles de invierno en París, se angustiaba pensando cómo podría escapar después de lo sucedido, pues cuanto más pensaba en ello, más se convencía de que Constancio nunca consentiría esta situación, ya que le despreciaba como a alguien ínfimo y vulgar.

20.8.3. Por ello, al considerar los peligros de una rebelión, decidió enviar a Constancio mensajeros que le contaran lo sucedido, y les entregó cartas en este sentido, advirtiéndole y mostrándole claramente los hechos ya ocurridos y lo que convenía hacer en el futuro.

20.8.4. No obstante, Juliano creía que Constancio ya conocería estos hechos por el relato de Decencio, que había vuelto tiempo atrás, y por los encargados de su servicio personal, quienes se habían adelantado en un reciente viaje desde la Galia para llevar al César parte de la recaudación de impuestos.

Aunque Juliano le contó las novedades, sin embargo, no escribió nada en mal tono, ni con palabras arrogantes, para que no pareciera que se había dejado llevar súbitamente por su orgullo. En concreto, el contenido de la carta era el siguiente:

20.8.5. «Personalmente, me he mantenido fiel a mis propósitos tanto en mis costumbres como en la observancia de los pactos. Y he pensado siempre lo mismo, en lo que me ha sido posible, tal como se ha podido observar en mis múltiples acciones.

20.8.6. »Por ello, ya desde el momento en que, tras nombrarme César, hiciste que me enfrentara a los horribles fragores de las luchas, contento con el poder que me encomendaste, llené tus oídos como un fiel servidor de numerosas noticias de prósperos sucesos, no atribuyendo nunca nada a mis propios peligros y, como puede comprobarse en numerosos documentos, cuando los germanos se habían dispersado y extendido por todas partes, siempre he sido el primero de todos en las circunstancias difíciles, y el último a la hora del reposo.

20.8.7. »Pero, si me lo permites, voy a contarte algún hecho que tú consideras como una novedad. Pues bien, en medio de numerosas y cruentas guerras, los soldados, después de fatigarse sin resultado alguno, enardecidos, deliberaron durante mucho tiempo, no pudiendo aguantar más el tener un jefe de segundo nivel, ya que pensaban que, a pesar de sus frecuentes victorias y de derramar mucho sudor, no podrían conseguir ninguna recompensa de un César.

20.8.8. »Para excitar más su cólera, no se les concedió ni un ascenso de rango, ni se les dio la paga anual y, además, sin que se lo esperaran, estos hombres, acostumbrados a terrenos helados, recibieron la orden de acudir hasta las partes extremas del mundo oriental, y de hecho, tras separarse de sus hijos y de sus esposas, fueron conducidos allí desnudos y necesitados.

»Por ello, con más furia de la usual, tras reunirse una noche, asediaron el palacio y con grandes y frecuentes gritos comenzaron a repetir "Augusto Juliano".

20.8.9. »Sentí pánico, lo confieso, y me oculté. Y así, recluyéndome mientras pude, intenté salvar mi vida en un escondite.

»Pero como no se me daba ningún respiro, protegido por la coraza de una conciencia tranquila, por así decirlo, salí, y me presenté ante todos, creyendo que el tumulto podría calmarse gracias a mi autoridad o a mis palabras persuasivas.

20.8.10. »Pero estaban tan encendidos y llegaron hasta tal punto que, cuando yo intentaba vencer su obstinación con súplicas, saltaron ante mí y me amenazaron con la muerte.

»Ante esto, vencido finalmente, como era consciente de que, si yo sucumbía, otro sería declarado príncipe tal vez de buen grado, consentí, creyendo que así podría tranquilizar la violencia de los soldados.

20.8.11. »Éste es el relato de los hechos que te pido que aceptes. No pienses que sucedió nada diferente, ni escuches a los que murmuren con maldad otras cosas, pues se trata de personas que suelen provocar discordias entre los príncipes para su propio provecho. Por el contrario, rechazando la adulación, que engendra vicios, observa la mejor de todas las virtudes, la justicia, y admite de buena fe la igualdad de condiciones que te propongo, considerando que esta situación es buena para el estado romano y para nosotros mismos, unidos como estamos por lazos de sangre y por un destino superior.

20.8.12. »Perdón de todos modos, pues mi deseo no es tanto el que se produzca lo que me han solicitado con razón, como el que tú apruebes esta situación y la consideres útil y correcta. Eso sí, estoy completamente dispuesto a cumplir tus órdenes de ahora en adelante.

20.8.13. »Voy a resumir brevemente lo que debe hacerse: te proporcionaré caballos hispanos para tus carros y, para que los unas a los gentiles y escuderos, te cederé a algunos jóvenes letos, pueblo bárbaro que habita a este lado del Rin, o bien a alguno de los que se han rendido y pasado voluntariamente a nuestro bando.

»Y te prometo que voy a cumplir estas condiciones hasta mi muerte no sólo por agradecimiento, sino porque este es mi deseo.

20.8.14. »Tu clemencia elegirá como prefectos del pretorio a personas destacadas por su honestidad y sus méritos. Y, en cuanto a los restantes oficiales civiles y militares, así como a mis escoltas, creo que lo correcto es que los elija yo, pues sería estúpido, sobre todo cuando puede evitarse, que fueran asignados a un emperador personas que ignoran sus costumbres y deseos.

20.8.15. »Esto te lo digo sin duda alguna: que los galos, dañados ya por continuas revueltas y desgracias terribles, no podrán, ni voluntariamente, ni a la fuerza, enviar un contingente a lugares extranjeros y lejanos, pues temen que, si pierden a más jóvenes por recordar el pasado, como lo hacen, perecerán simplemente por el pánico de lo que se les viene encima.

20.8.16. »Tampoco será conveniente hacer que tropas auxiliares de aquí se enfrenten a los partos, pues aún no están sofocados completamente los ataques de los bárbaros y, si me permites decir la verdad, estas provincias, golpeadas ya por desgracias continuas, necesitan que vengan de fuera refuerzos valerosos.

20.8.17. »Te he narrado estos hechos suplicándote que los admitas de buen grado, porque, en mi opinión, son provechosos. Y es que yo sé, sé y no quiero hablar con más arrogancia de la que corresponde a mi persona, que situaciones complicadas, ya aceptadas y dadas como perdidas, en ocasiones han mejorado gracias a la colaboración entre dos príncipes que cedían uno ante el otro. No en vano, por el ejemplo de nuestros antepasados, es evidente que líderes que se comportaron de este modo o de otro similar encontraron la fórmula para vivir con éxito y felizmente, y entregaron a todas las generaciones posteriores una imagen positiva de sí mismos».

20.8.18. Junto con esta carta, envió otra de carácter más privado, para que se le entregara en secreto a Constancio. Era más dura y mordaz. Personalmente, no he podido conocer su contenido y, aunque hubiera podido hacerlo, no sería prudente mostrarla al público.

20.8.19. Para realizar este encargo, se eligió a dos hombres de peso: Pentadio, maestro de oficios, y Euterio, encargado entonces del servicio personal del emperador, quienes, después de entregar las cartas, debían contar, sin omitir nada, todo lo que vieran y así podrían actuar con seguridad en el futuro.

20.8.20. Sin embargo, los recelos ante esta situación aumentaron a causa de la fuga del prefecto Florencio, quien, como presagiando el revuelo que causaría la sublevación de los soldados (pues éste era el único tema de los murmullos), se había marchado intencionadamente a Viena, utilizando la escasez de alimentos como excusa para alejarse del César. Lo cierto es que le temía, ya que, con frecuencia, le había tratado con gran dureza.

20.8.21. Posteriormente, cuando se enteró de que había ascendido a la dignidad de Augusto, su escasa y casi nula esperanza de conservar la vida, se transformó en miedo, ante lo cual intentó librarse de los males que temía poniendo una gran distancia por medio. Así, abandonando a toda su familia, se puso en marcha y se dirigió lentamente hacia Constancio, con la intención de mostrarle que no era culpable de falta alguna, mientras acusaba a Juliano de traidor con numerosos cargos.

20.8.22. Después de su marcha, Juliano reflexionando de forma cuerda y prudente, y deseando que se supiera que se habría comportado bien con Florencio aunque éste hubiera estado presente, sin molestar ni a sus seres queridos ni a su patrimonio, le permitió utilizar el transporte público y ordenó que se le llevara hasta Oriente sin que sufriera daño alguno.

20.9. El Augusto Constancio ordena que Juliano se contente con el título de César, pero se encuentra con la oposición unánime y tenaz de las legiones gálicas

20.9.1. Los mensajeros se pusieron en marcha con similar diligencia, llevando consigo las noticias que hemos apuntado.

Tras varias jornadas, cuando llegaron ante oficiales de mayor graduación, fueron retenidos con excusas y, después de afrontar continuas y serias demoras en su camino por Italia y el Ilírico, consiguieron finalmente atravesar el Bósforo. Después de una lenta marcha desde allí, encontraron a Constancio en Capadocia, concretamente en Cesarea, que en la antigüedad se denominaba Mazaca, ciudad célebre, situada en un lugar muy propicio, a los pies del monte Argeo.

20.9.2. Cuando fueron recibidos, entregaron el escrito al Augusto. Éste, al leerlo, se indignó de un modo superior al usual y, mirándoles de tal modo que les hizo temer la muerte, les ordenó que se retiraran sin realizar ninguna pregunta más, ni permitir que le explicaran nada.

20.9.3. Sin embargo, Constancio, a pesar de estar tan encendido, se mostraba dubitativo, pues no sabía si mandar su fiel ejército contra los persas o contra Juliano. Finalmente, después de mantener sus dudas, tras una larga reflexión, se dejó convencer por ciertos consejos provechosos, y determinó dirigir la marcha hacia Oriente.

20.9.4. A pesar de eso, despidió enseguida a los mensajeros y dispuso que su cuestor, Leonas, acudiera presuroso a la Galia con una carta para Juliano, una carta en la que le advertía que no aceptaba ninguna de las novedades y le aconsejaba que, si le preocupaba su propia vida y la de sus allegados, depusiera su altivo orgullo y se contentara con la dignidad de César.

20.9.5. Además, para que el temor que causaban sus amenazas alcanzara los resultados deseados, como si tuviera confianza en sus grandes fuerzas, sustituyó a Florencio por el entonces cuestor del propio César, Nebridio, a quien nombró prefecto del pretorio, nombró maestro de oficios al secretario Félix, e hizo algunos nombramientos más. En cuanto a Gomoario, el sucesor de Lupicino, lo cierto es que lo ascendió

al cargo de comandante del ejército antes de que se tuviera ninguna noticia de esta situación.

20.9.6. Y así, cuando Leonas llegó a París, fue recibido como persona honorable y prudente y, al día siguiente, Juliano se presentó en el campo acompañado por una multitud tanto de soldados como de plebeyos, a la que había convocado a propósito. Entonces, subido a lo alto del estrado para sobresalir más aún, ordenó a Leonas leer la carta.

Una vez desenrollado el edicto recibido, comenzó a leerlo desde el inicio y, cuando llegó al punto que se refería a cómo Constancio desaprobaba lo sucedido y determinaba que Juliano debía permanecer como César, comenzaron a oírse por todas partes terribles gritos que repetían:

20.9.7. «Augusto Juliano», pues era ésta la decisión que habían adoptado los responsables de la provincia, los soldados y la autoridad del estado, un estado realmente fortalecido, pero que aún temía que resurgieran los ataques de los bárbaros.

20.9.8. Una vez escuchados estos gritos, Leonas volvió ileso portando una carta de Juliano en este sentido y tan sólo se permitió que asumiera el cargo de prefecto Nebridio, ya que también el César, en su escrito, había señalado que estaba de acuerdo con ello.

En cuanto al cargo de maestro de oficios, ya había elegido con anterioridad a Anatolio, que previamente había contestado a las peticiones, así como a otros que le parecieron propicios y fieles.

20.9.9. Como la situación iba desarrollándose de este modo, había temores acerca de Lupicino pues, aunque entonces estaba ausente y se encontraba en Britania, era un hombre soberbio y altanero, por lo cual se sospechaba que, si se enteraba de estas noticias al otro lado del mar, encontraría motivos para una revuelta.

Por eso, se envió a un secretario a Bolonia, para que cuidara atentamente de que nadie pudiera atravesar el mar.

Una vez evitado esto, Lupicino volvió sin conocer ninguno de estos asuntos, con lo cual no pudo promover rebelión alguna.

20.10. El Augusto Juliano, después de atacar por sorpresa a los francos conocidos como «attuarios», que habitaban al otro lado del Rin, capturó a muchos, mató a otros y concedió la paz a aquellos que se lo pidieron

20.10.1. Sin embargo, Juliano, con un destino ya más feliz, y muy confiado por el apoyo de sus soldados, para que se mantuviera esta situación y que nadie le tildara de remiso e indolente, envió mensajeros a Constancio, se puso en marcha hacia la frontera de la Germania Segunda y, equipado con el material que exigía su rápida marcha, se acercó a la ciudad de Tricénsima.

20.10.2. Desde allí cruzó el Rin e invadió súbitamente la región de los francos, a los que llaman «attuarios», pueblo inquieto que, incluso entonces, se paseaban orgullosos por las fronteras de las Galias.

Al atacarles de improviso, cuando no esperaban ningún tipo de hostilidad y cuando se sentían completamente seguros porque, debido a la enorme dureza del camino, no recordaban que ningún príncipe se hubiese adentrado en su territorio, consiguió derrotarles con poco esfuerzo.

Después de capturar y de matar a muchos, ante las súplicas de los supervivientes, les concedió la paz, creyendo que esto beneficiaría a los que habitaban en las tierras vecinas.

20.10.3. Desde aquí regresó con la misma celeridad a través del río y, examinando y corrigiendo con cuidado los puestos de defensa de la frontera, se dirigió hasta Augst. Allí, una vez recuperado este lugar, que desde hacía tiempo estaba dominado por los bárbaros como si fuera de su propiedad, tras reforzarlo con una guarnición más segura, pasando por Besançon, se marchó a Viena con la intención de permanecer allí durante el invierno.

20.11. El Augusto Constancio ataca Bezabde con todas sus tropas, pero se marcha sin conseguir su propósito. Y acerca del arco iris

20.11.1. Éstos fueron los hechos acaecidos en la Galia en una época en la que, mientras los sucesos se desarrollan allí con tanto éxito y cautela, Constancio hizo llamar a Arsaces, rey de Armenia, y le acogió amistosamente, tras lo cual le aconsejó y le animó para que continuara siendo un amigo leal para nosotros.

20.11.2. Y es que le habían llegado noticias de que había sido tentado varias veces por el rey de los persas con intrigas, con amenazas y mentiras para que olvidara el pacto con los romanos y se uniera a su causa.

20.11.3. Arsaces, después de jurar una y otra vez que prefería perder la vida antes que faltar a su palabra, volvió a su reino cargado de regalos y con el cortejo que había traído, sin que nunca después se atreviera a faltar a ninguna de sus promesas, ya que se sentía obligado a Constancio por el lazo de múltiples favores. Entre ellos destacaba sobre todo el que el emperador le había concedido como esposa a Olimpias, hija de Ablabio, prefecto del pretorio en otra época, prometida de su hermano Constante.

20.11.4. Tras despedirle, Constancio se puso en marcha desde Capadocia, atravesando Melitena, ciudad de Armenia Menor, Lacotena, Samósata y, tras atravesar el Éufrates, llegó a Edesa donde, mientras aguardaba a que se reunieran tropas de soldados de diferente procedencia, así como una enorme cantidad de provisiones, se demoró durante bastante tiempo. Pero, después del equinoccio de otoño, se dirigió hacia Amida.

20.11.5. Cuando estuvo cerca y pudo contemplar las murallas cubiertas de cenizas, lloró y se lamentó pensando en las calamidades que habría soportado esa desgraciada ciudad. Entonces Úrsulo, el encargado del tesoro, que se encontraba

allí por casualidad, exclamó roto por el dolor: «!Ay! Estamos viendo con qué coraje defienden los soldados las ciudades, reventando así los recursos del imperio para que se les pueda pagar una abundante soldada».

Por eso cuando, tiempo después, los soldados recordaron en Calcedonia estas palabras tan duras, se lanzaron a por él[36].

20.11.6. Desde allí, avanzando en formación cerrada, cuando llegaron a Bezabde, plantaron las tiendas, y las rodearon con una empalizada y con fosas profundas. Entonces, mientras Constancio cabalgaba recorriendo la amplia extensión que rodeaba el campamento, recibió noticias de muchos en el sentido de que esos lugares que antes se habían echado a perder, descuidados por el paso del tiempo, ahora estaban firmemente protegidos.

20.11.7. Luego, para no pasar por alto nada que hubiera que disponer necesariamente antes de que estallara el combate, enviando a unos mensajeros prudentes, ofreció a los defensores de las murallas dos salidas:

O que volvieran a sus tierras y abandonaran sin derramar sangre las posesiones de las que se habían apropiado, o bien que se entregaran a los romanos, a cambio de lo cual recibirían dignidades y recompensas.

Pero como ellos se negaron con su tenacidad innata, ya que eran hombres de ilustre cuna, que se habían endurecido en infinidad de peligros y esfuerzos, se dispuso todo lo necesario para el asedio.

20.11.8. Así, en formación cerrada e incitados por las trompetas, los soldados atacaron con gran presteza todos los flancos de la ciudad, y, avanzando un tanto protegidos con las legiones apiñadas en diversas formaciones de tortuga, intentaron abatir las murallas. Pero, como una lluvia de todo tipo de proyectiles

---

[36] Cfr. 22,3,7-8.

caía sobre los atacantes, tuvieron que romper las formaciones y dispersarse mientras resonaba el toque de retirada.

20.11.9. Después, tras descansar un solo día, al tercero, los soldados se cubrieron con más cuidado, comenzaron a gritar por doquier e intentaron escalar la muralla por numerosos enclaves. Y aunque los defensores, dentro, se escondían protegidos por telas para no ser vistos por los enemigos, sin embargo, cuantas veces era necesario, sacaban valerosamente sus brazos y lanzaban piedras y armas arrojadizas a los atacantes.

20.11.10. Cuando los manteletes de mimbre avanzaron confiados y estuvieron ya junto a las murallas, comenzaron a caer desde arriba tinajas, grandes piedras y trozos de columnas, con cuyo enorme peso fueron aplastados los atacantes que, con las máquinas quebradas por la violencia de los golpes, tuvieron que escapar en medio de este peligro extremo.

20.11.11. De este modo, en el décimo día desde el inicio de la lucha, cuando la esperanza ya casi nula de los nuestros estaba dando pie a una retirada general, se decidió utilizar un ariete enorme que, en otro tiempo, los persas, después de destruir con él Antioquía, trajeron y dejaron en Carras.

Súbitamente, al verlo, y al ver la gran destreza con la que lo manejaban, se vinieron abajo los ánimos de los del interior, de tal modo que hubieran llegado casi a entregarse, si no se hubieran dispuesto con fuerzas renovadas a oponerse a la amenaza de esta máquina.

20.11.12. Después de esto, no decayó ni la temeridad ni la prudencia, pues mientras se preparaban para transportar con facilidad el ariete, ya viejo y desvencijado, utilizando todo tipo de mañas y un esfuerzo enorme, y mientras los atacantes lo protegían afanosamente con un mantelete, las máquinas de guerra y la densa lluvia de piedras y de proyectiles lanzadas desde ambos bandos seguían causando un gran número de bajas. Además, como la mole de la empalizada se iba elevan-

do rápidamente, el asedio se hacía más duro día a día, y muchos de los nuestros caían porque, al luchar a la vista del emperador, con la esperanza de recibir una recompensa y de poder ser reconocidos con facilidad, se quitaban el casco y caían heridos ante la pericia de los arqueros enemigos.

20.11.13. Así pues, la sucesión de tantos días y noches violentos y sin dormir hicieron que los supervivientes de ambos bandos fueran más cautos.

En cuanto a los persas, cuando la altura de la empalizada se hizo ya enorme, horrorizados al ver el tamaño de la máquina, a la que seguían además otras menores, se dispusieron con todo empeño a quemarlas. Pero, aunque arrojaron sin cesar antorchas y teas llameantes, su esfuerzo era vano, porque la mayor parte de la madera estaba recubierta por pieles y telas húmedas, y en otras partes habían sido untadas cuidadosamente con alumbre, de manera que el fuego caía sobre ellas sin producir efecto alguno.

20.11.14. Los romanos seguían transportando estas máquinas con gran valor y, a pesar de que era difícil defenderlas, movidos por el deseo de apoderarse de la ciudad, despreciaban hasta los peligros más evidentes.

20.11.15. Por contra, los defensores, cuando el enorme ariete se acercaba ya y estaba a punto de golpear la torre que se erigía ante él, lo retuvieron con unas cuerdas muy largas, enlazando con mucho cuidado la punta de hierro del ariete, que tenía realmente forma de carnero. De este modo, no podría retroceder para golpear con más fuerza, ni abatir los muros con sus continuos golpes. Además, al mismo tiempo, derramaron también pez ardiendo, con lo que las máquinas que había costado tanto esfuerzo mover permanecieron allí paradas, expuestas a las piedras y a los lanzamientos de armas procedentes de las murallas.

20.11.16. Cuando los montones alcanzaron ya una gran altura, los defensores pensaron que iban a morir si no luchaban

con enorme empeño, ante lo cual tomaron una decisión audaz: de forma repentina, salieron corriendo por las puertas, atacaron a los primeros de los nuestros que se encontraron y, con todas sus fuerzas, lanzaron antorchas y artilugios de hierro cargados de fuego contra los arietes.

20.11.17. Pero, después de numerosos encuentros con distinto resultado, la gran mayoría de ellos volvió al interior de las murallas sin resultado alguno. Además, cuando esos mismos persas fueron a apostarse en sus defensas, fueron atacados con flechas, hondas y teas ardientes, que aunque atravesaban las murallas caían muchas veces sin causar daño alguno, pues había hombres preparados para apagarlas.

20.11.18. Cuando los luchadores estaban ya diezmados en ambos bandos, y los persas iban a sucumbir si no encontraban una estratagema mejor, desde su campamento prepararon con gran cuidado un ataque en el que formaron rápidamente una piña y salieron con muchos hombres que portaban fuego y que iban protegidos en medio de soldados. Después de eso, lanzaron contra las máquinas recipientes de hierro llenos de fuego, así como sarmientos y todo tipo de materias capaces de producir un incendio con facilidad.

20.11.19. Y como había nubes de un humo muy negro que impedían la visión, cuando sonaron los clarines llamando a la lucha, las legiones acudieron en rápida formación. Su arrojo iba creciendo paulatinamente y cuando llegó ya la lucha cuerpo a cuerpo, todas las máquinas comenzaron a arder de repente a causa del fuego lanzado, con excepción de la mayor, ya que una vez rotas las cuerdas que la habían sujetado desde el muro, pudo ser rescatada gracias al enorme esfuerzo de algunos valientes, si bien estaba ya medio quemada.

20.11.20. Después, a pesar de que la oscuridad de la noche puso fin al combate, no se concedió un largo descanso a los soldados, porque, tras recuperarse con un pequeño refrigerio y un breve sueño, fueron despertados por la llamada de

sus generales, y alejaron las máquinas del muro, con la intención de luchar mejor gracias a las altas empalizadas que, una vez terminadas, amenazaban las murallas desde su elevada posición.

Además, para rechazar con facilidad a los defensores de las murallas, en lo alto de esas empalizadas se colocaron dos ballestas, pues creían que, ante el miedo que provocaban, ningún enemigo osaría ni siquiera sacar la cabeza.

20.11.21. Realizados estos preparativos, ya casi al atardecer, se dispuso una formación de los nuestros en tres líneas, que se aprestaron a atacar la muralla con los penachos de sus cascos moviéndose de forma amenazadora y portando muchos de ellos escalas. Y ya resonaban las armas y las trompetas y, en el duro combate, se luchaba con idéntico ardor en ambos bandos cuando, al extenderse más las tropas romanas, vieron que los persas se ocultaban aterrados ante las empalizadas dispuestas para el ataque, ante lo cual golpearon la torre con el ariete y, utilizando azadones, herramientas y palancas, fueron acercando las escalas, mientras volaba por todas partes una densa lluvia de armas.

20.11.22. Sin embargo, a los persas les afectaban mucho más los distintos tipos de proyectiles arrojados con las ballestas, proyectiles que venían volando como por una cuerda desde las elevaciones artificiales del terreno. Por ello, creyendo que sus vidas llegaban ya a su fin, se precipitaban a una muerte segura y, distribuyendo las labores de defensa de acuerdo con las dificultades del momento, dejaron a algunos para que defendieran las murallas, y abrieron en secreto una pequeña puerta trasera, por donde salió una poderosa tropa que empuñaba sus espadas y que era seguida por otros soldados que portaban fuego en secreto.

20.11.23. Y mientras los romanos, o bien perseguían a los que se retiraban, o bien intentaban rechazar a los que les atacaban, los que llevaban el fuego, de repente, agachados, metieron brasas en la estructura de un muro construido con ra-

mas de distintos árboles, con juncos y manojos de cañas. Pues bien, toda esta estructura reseca, tan pronto como se le acercó fuego, ardió, mientras nuestros soldados salían de allí en medio del peligro con sus máquinas de guerra intactas.

20.11.24. Pero cuando el atardecer puso fin a la lucha, y los dos bandos se dispusieron a descansar brevemente, el emperador, que tomaba y retomaba decisiones en distinto sentido, ya que la razón y la necesidad le aconsejaban continuar con el ataque de Phaenicha (que como fortaleza cerrada e indestructible se oponía a los ataques enemigos), pero lo avanzado de la época le disuadía de ello.

Finalmente, decidió permanecer allí para entablar escaramuzas, en la idea de que tal vez los persas cederían ante la falta de alimentos.

Sin embargo, la realidad fue muy distinta a lo que él creía.

20.11.25. Mientras se llevaban a cabo estas escaramuzas, aparecieron en el húmedo cielo unas nubes negras que amenazaban lluvia. Y tal fue la cantidad de agua que cayó que el suelo se empapó y la blandura del barro, muy pegajoso al tratarse de regiones de espesísima hierba, alteró toda la situación. Además, los continuos truenos y relámpagos aterraban a los hombres de mente asustadiza.

20.11.26. Como, con frecuencia, podía verse también en el cielo la aparición de un arco iris, voy a exponer brevemente cómo suele producirse este fenómeno.

El aire muy caliente que procede de la tierra y los vapores húmedos se condensan en nubes y, después, se esparcen, dando lugar a pequeñas gotas. Éstas brillan al ser alcanzadas por los rayos del sol, se elevan con fluidez frente al ardiente disco solar y forman el arco iris, dando lugar a una superficie curvada que se extiende sobre nuestro mundo, un mundo que, según los estudios de los físicos, descansa sobre media esfera.

20.11.27. En esta figura, tal como la observa nuestra vista, aparece primero el color rojo anaranjado, luego un tono do-

rado o amarillento, tercero el rojo, cuarto el púrpura y, por último, azul y verde.

20.11.28. Su belleza es especial, porque los colores se mezclan y, según piensan algunos, siguen esta norma: la primera parte aparece algo anaranjada de acuerdo con el aire que la rodea, la siguiente amarillenta, es decir, de un color un poco más fuerte que la anterior. La tercera roja, porque está frente a los rayos del sol, de manera que, por oposición, su color es justamente el contrario. La cuarta es púrpura porque, al brillar entre ella y el sol la densidad de las gotas de las que surge, el brillo de los rayos del sol produce un color más cercano al rojo. Pero que, cuanto más se difunde, va tendiendo más al azul y al verde.

20.11.29. Algunos piensan que el arco iris se hace visible a los hombres cuando los rayos del sol atraviesan una nube densa, que se halla bastante alta, y la llenan de una luz clara. Entonces esa luz, al no encontrar una salida, brilla encerrada por el roce continuo, y toma colores más cercanos al del sol, que está situado encima. Pero los verdes se deben a la semejanza de la nube situada justo encima, tal como suele suceder en el mar, donde las olas que llegan a la costa son blancas, pero las del interior, sin mezcla alguna, son azules.

20.11.30. Y, puesto que, como hemos señalado, se trata de un indicio de cambio de tiempo, ya que supone pasar de un cielo despejado a uno lleno de nubes o, por el contrario, transforma el cielo encapotado en uno tranquilo y placentero, con frecuencia hemos leído en los poetas que el arco iris es enviado desde el cielo cuando es necesario un cambio en la situación.

Se vierten además otras muchas opiniones distintas, que considero inútil enumerar ahora, porque me urge retomar la narración allí donde la dejé.

20.11.31. Con una situación como ésta, el emperador se debatía entre la esperanza y el miedo, pues el rigor del invierno

se agravaba y en esta región tan abrupta se temían revueltas, así como el posible tumulto de los soldados, que estaban ya agotados.

Además de esto, su mente se angustiaba ante la posibilidad de que tuvieran que abandonar su propósito, cuando ya estaba abierta, por así decirlo, la puerta de este rico hogar.

20.11.32. Por todo ello, Constancio abandonó esta empresa inútil y volvió a Siria para pasar el invierno en Antioquía, después de soportar duras calamidades, porque no eran leves los daños que le habían infligido los persas, sino atroces y recordados con dolor durante mucho tiempo. Y es que, como si una constelación fatal rigiera los diversos acontecimientos, de tal modo que, cuando Constancio luchaba con los persas siempre le seguía una fortuna adversa, éste empezó a desear vencer al menos mediante sus generales, algo que, como hemos señalado, ocurrió alguna vez.

LIBRO 21[1]

21.1. El Augusto Juliano celebra juegos quinquenales en Viena. Cómo supo con antelación que el Augusto Constancio iba a morir en breve. Acerca de las distintas formas de prever el futuro

21.1.1. Mientras Constancio se veía retenido por el mal resultado de las guerras al otro lado del río Éufrates, Juliano pasaba días y noches realizando planes para el futuro, y se sentía cada vez más orgulloso de sí mismo, en la medida en que así se lo permitían las circunstancias. Sin embargo, mantenía su eterna duda sobre si debía intentar conseguir por cualquier medio la amistad del Augusto, o atacarle él primero para infundirle temor.

21.1.2. Cuanto más consideraba con preocupación estas posibilidades, más temía a Constancio por un doble motivo: porque era un amigo cruel y frecuente vencedor en contiendas civiles. Pero, sobre todo, lo que más le asustaba era el ejemplo de su hermano Galo, al que habían hecho sucumbir su desidia, y los engaños y mentiras de algunos.

---

[1] Este libro es clave en opinión de M. Martínez Pastor, ya que comienza con la actuación de Juliano en la Galia en noviembre del 360 y termina con la muerte de Constancio en Cilicia, justamente un año después. Cfr. «Amiano Marcelino...», p. 109.

21.1.3. Con todo, en ocasiones cobraba ánimos para afrontar múltiples y apremiantes asuntos. Y creía que lo más seguro era mostrarse claramente como enemigo ante alguien cuyos movimientos presagiaba después de haber visto su comportamiento en el pasado, pues de ese modo no caería en la trampa de una amistad fingida.

21.1.4. Así pues, sin tomar en cuenta lo que Constancio le había escrito y le había enviado por mediación de Leonas, y sin aceptar ningún consejo de ninguno de los que éste había ascendido, excepto de Nebridio[2], ya como Augusto, ofreció unos juegos quinquenales en los que portaba una magnífica diadema, deslumbrante por el brillo de las piedras preciosas, cuando, como sabemos, en el inicio de su principado, había aceptado y se había puesto una corona vulgar, semejante a un director de gimnasio revestido de púrpura[3].

21.1.5. Mientras se desarrollaban los juegos, envió a Roma los restos de su difunta esposa Helena[4] para que fueran enterrados en una villa de la vía Nomentana, donde también estaba sepultada Constantina, su hermana y mujer en otro tiempo de Galo[5].

21.1.6. Además, una vez pacificada la Galia, su deseo de atacar él el primero a Constancio se veía agudizado y avivado porque, a través de muchos presagios y de sueños proféticos en los que estaba versado, sabía que Constancio iba a morir en breve.

21.1.7. Y puesto que, a este príncipe erudito y aficionado a todo tipo de saberes, ciertas personas malvadas le achacan la

---

[2] Cfr. 20,9,8.

[3] Juliano había sido nombrado César el seis de noviembre del 355, de manera que, ahora, el seis de noviembre del 360, ofrece unos juegos quinquenales ya como Augusto, con lo cual le plantea ya abiertamente el enfrentamiento a Constancio.

[4] Cfr. 15,8,18.

[5] Cfr. 14,11,6.

utilización de artes malignas para prever el futuro, debemos apuntar con brevedad cómo este tipo de conocimiento, nada inútil, puede interesar también a un hombre prudente.

21.1.8. El espíritu de todos los elementos, al tratarse de cuerpos eternos, disfruta siempre y en todo lugar de la facultad de la adivinación, y nos hace partícipes a nosotros de la posibilidad de presagiar el futuro a partir de aquello que aprendemos en distintas disciplinas.

Además, los poderes elementales, aplacados por diversos ritos, proporcionan a los mortales vaticinios que parecen proceder de regueros de fuentes eternas, vaticinios que, según se dice, están presididos por la diosa Themis, que recibe este nombre porque da a conocer lo que las leyes del destino tienen determinado para el futuro (que es lo que los griegos denominan «tezeiména»)[6]. Pues bien, esta diosa, con ese nombre, fue colocada por los antiguos teólogos junto a Júpiter, poder vivificador, en su lecho y en su trono.

21.1.9. Los augurios y los auspicios no dependen de la voluntad de las aves –afirmación que no se atrevería a realizar ni siquiera un necio– pues éstas desconocen el futuro. Por el contrario, es un dios el que dirige el vuelo de las aves, de manera que mediante el resonar de su pico, o con el movimiento de sus alas en un vuelo agitado o tranquilo, predice el futuro. Y es que la magnanimidad del dios, ya sea porque los hombres lo merecen, o porque se ve empujada a ello por su perfección, le lleva a mostrarles también de este modo lo que les espera.

21.1.10. Igualmente, quienes observan las entrañas proféticas del ganado, que suelen adoptar innumerables formas, pueden conocer el futuro. El que difundió esta disciplina fue un tal Tages a quien, según cuentan, se le vio salir repentinamente de la tierra de Etruria[7].

---

[6] Es decir, «lo establecido, lo fijado».
[7] Cfr. 17,10,2.

21.1.11. También los corazones de los hombres predicen el futuro cuando están agitados, pero hablan por boca de los dioses. Y es que el sol, mente del universo, según exponen los físicos, esparciendo nuestras mentes como chispas procedentes de él, las hace conocedoras del futuro cuando las enciende con vehemencia. Por eso, con frecuencia, las Sibilas dicen que están ardiendo, como si las abrasara la fuerza terrible de unas llamas.

Además de esto, podemos obtener también numerosas predicciones de los sonidos de nuestras voces, de fenómenos perceptibles como los truenos, relámpagos e, igualmente, del brillo de una estela en el firmamento.

21.1.12. La creencia en los sueños sería también fiable y certera si sus intérpretes no se equivocaran a veces en sus conjeturas. Y es que, según afirma Aristóteles, los sueños son fiables y seguros cuando las personas duermen profundamente y la pupila no se inclina hacia ningún lado sino que mira en línea recta.

21.1.13. Y como a veces la plebe baja, en su insensatez, objeta y murmura con inconsciencia que, si existiera una ciencia profética, cómo iba a ignorar alguien que iba a morir en la guerra, o que iba a tener que soportar una cosa u otra, bastará decir que, también a veces, un gramático comete incorrecciones al hablar, o un músico canta mal, o un médico ignora un remedio, pero no por eso dejan de existir ni la gramática, ni la música, ni la medicina.

21.1.14. Por eso, Cicerón, entre otras muchas sentencias ilustres, dice que «Los dioses nos revelan señales del futuro y, si al descifrarlas, alguien se equivoca, no habrá errado la divinidad, sino la conjetura humana» [8].

Pero para no perder el hilo, como dice la expresión popular, y para no cansar a mis lectores, volvamos ya a narrar lo que vi.

---

[8] Cic, *Nat.* 2,12; De *div.* 1,52,118.

21.2. El Augusto Juliano se hace pasar por cristiano en Viena para ganarse a una multitud y, un día festivo, suplica a su dios en una iglesia cristiana

21.2.1. Cuando en París el aún César Juliano blandía su escudo en ejercicios diversos en el campo, y agitaba en vano las correas que lo mantenían sujeto, quedaron fijas sólo las que él retenía y sujetaba con su fuerte mano.

21.2.2. Ante esto, todos los presentes quedaron aterrados como si se tratara de un presagio cruel. Pero él les dijo: «Que nadie tema. Mantengo sujeto con fuerza lo mismo que antes».

Igualmente, cuando tiempo después descansaba tranquilo en Viena, entre los horrores de la media noche, se le apareció cierta imagen brillante que, cuando casi estaba despierto, le repitió con claridad unos versos épicos. Y como se los repitió una y otra vez, confiado en ellos, creyó que no le aguardaba ninguna calamidad, porque los versos decían lo siguiente: «Cuando Zeus llegue a la extensa zona del ilustre Acuario, y Cronos alcance el grado veinticinco de Virgo, entonces Constancio, emperador de Asia, encontrará el odioso y triste final de su agradable vida».

21.2.3. Por ello, actuaba sin intentar cambiar en absoluto la situación vigente, y realizaba su labor con ánimo sereno y tranquilo, cada vez con más confianza en sí mismo. De este modo, con su nueva dignidad, aumentaron igualmente sus fuerzas.

21.2.4. Y para ganarse a todos sin contar con ningún obstáculo, simulaba haberse hecho partidario de la religión cristiana, de la que se había alejado en secreto tiempo atrás. Y mientras muy pocos conocían esta actitud suya, se dedicó al arte de la adivinación, de los augurios y de todas las prácticas que siempre han realizado los que adoraban a los dioses.

21.2.5. Además, para mantener aún más oculto su secreto, en un día festivo que los cristianos denominan «Epifanía» y

celebran en enero, acudió a una de sus iglesias, marchándose de allí después de haber rezado solemnemente a su dios.

21.3. Vadomario, rey de los alemanes, tras romper el pacto, asola la frontera mediante sus emisarios y mata al conde Libino y a algunos otros

21.3.1. En esta situación, cuando ya se acercaba la primavera, Juliano se vio alterado por una noticia repentina que le entristeció y le llenó de dolor. Y es que supo que los alemanes habían salido del territorio de Vadomario, de quien no esperaba ya ningún tipo de hostilidad una vez firmado el pacto[9], y habían devastado los territorios cercanos a Recia, sin dejar nada intacto, desplazándose en todas direcciones como vulgares bandas de ladrones.

21.3.2. Entonces, Juliano, para no dar pábulo a nuevas guerras si pasaba esto por alto, envió a cierto conde llamado Libino junto con los celtas y los petulantes, que estaban pasando el invierno junto a él, para conseguir que volviera la calma, tal como demandaba la razón.

21.3.3. Pero cuando Libino, con gran rapidez, llegó junto a la ciudad de Sanctio, fue visto desde lejos por los bárbaros quienes, como ya estaban dispuestos a la lucha, se habían escondido en los valles.

Entonces el conde animó a sus soldados que, aunque inferiores en número, sin embargo, sentían enormes deseos de luchar, y de atacar, sin pensarlo dos veces, a los germanos. Al inicio de la lucha, cayó él mismo el primero de todos, hecho que aumentó la confianza de los bárbaros, mientras que los romanos se empeñaron en vengar a su general. De este modo, se combatió con gran fortaleza pero, ante lo apremiante del peligro, los nuestros se dispersaron después de perder a unos pocos y de caer otros heridos.

---

[9] Cfr. 18,2,19.

21.3.4. Fue con este Vadomario y con su hermano Gundomado, también rey, con quien, como hemos narrado, había firmado Constancio la paz. Lo cierto es que, pensando que, una vez muerto Gundomado [10], Vadomario iba a mantener su lealtad, Constancio le encomendó misiones como si se tratara de una persona eficaz y fiel ejecutora de sus planes secretos. Y, si debemos atender sólo al rumor, le ordenó por escrito que atacara en alguna ocasión los territorios vecinos, con la excusa de que se había roto el tratado de paz, pues así Juliano, con este temor, no abandonaría nunca la protección de las Galias.

21.3.5. Obediente Vadomario a estas órdenes, si creemos ese rumor, realizaba esos ataques y otros similares, siendo como era desde su más tierna infancia un gran experto en asedios y engaños de todo tipo, tal como demostró posteriormente, cuando gobernó Fenicia [11].

21.3.6. [12] Pero, cuando se descubrió la verdad, cejó en sus ataques. Y es que cuando los soldados del puesto de guardia capturaron a un secretario que Vadomario había enviado a Constancio, examinaron lo que llevaba y descubrieron una carta en la que, además de otras muchas cosas, le decía también lo siguiente: «Tu César no tiene disciplina». Pero una y otra vez, en su carta, denominaba a Juliano «Señor», «Augusto» y «Dios».

21.4. El Augusto Juliano, después de interceptar una carta de Vadomario al Augusto Constancio, detuvo a Vadomario en un combate. Posteriormente, mató a algunos alemanes, aceptó la entrega de otros y a los demás les concedió la paz

21.4.1. En una situación tan peligrosa y ambigua, Juliano, considerando que todo estaba ya llegando a su fin, se con-

---

[10] Cfr. 16,12,17.
[11] Cfr. 26,8,2.
[12] Este pasaje aparece unido al anterior en la edición de Rolfe.

centró en un solo empeño: apresar a Vadomario por la fuerza cuando estuviera desprevenido, pues así aseguraría su propia vida y la de las provincias.

Para ello adoptó el siguiente plan:

21.4.2. Envió a su secretario Filagrio, después conde de Oriente, a estas regiones, pues confiaba en su prudencia, demostrada ya en el pasado. Y entre otras muchas acciones que debía realizar según exigiera la situación, le entregó también una carta con su firma y le ordenó que no la abriera, ni leyera su contenido, a no ser que viera a Vadomario a este lado del Rin.

21.4.3. Filagrio se apresuró, como se le había ordenado, y cuando alcanzó su destino y estaba ocupado en diversos asuntos, Vadomario cruzó el río como si no temiera nada y estuviera en un período de paz completa. Simulaba no saber que se hubiera producido ningún hecho en contra de esa paz y, al ver al comandante de los soldados allí estacionados, dijo unas pocas palabras según la costumbre y, para no levantar ninguna sospecha cuando se marchara, le dio su palabra de acudir a un banquete al que también estaba invitado Filagrio.

21.4.4. Éste, tan pronto como llegó y vio al rey, recordó las palabras del emperador de manera que, poniendo como excusa un asunto serio y urgente, volvió a su cuartel, donde leyó la carta que le indicaba lo que convenía hacer, tras lo cual regresó enseguida y se acomodó a la mesa junto a los demás.

21.4.5. Una vez concluido el banquete, con gran pesar, apresó a Vadomario, se lo entregó al comandante de los soldados para que lo custodiara celosamente en el campamento y, después de leer el contenido de las órdenes, pidió al séquito del rey que se retirara, pues no se le había dado ninguna recomendación acerca de ellos.

21.4.6. Aunque el mencionado rey fue presentado en el campamento del príncipe y perdió toda esperanza de perdón, pues supo que su secretario había sido interceptado, y que se co-

nocía ya lo que había escrito a Constancio, sin embargo, fue enviado a Hispania sin recibir el más mínimo reproche.

Y es que todo esfuerzo era poco para evitar que, cuando Juliano marchara de las Galias, este hombre tan cruel turbara impunemente la tranquilidad de las provincias, algo que había costado mucho conseguir.

21.4.7. Aunque Juliano se confió más con este éxito, pensando que había capturado antes de lo que esperaba a un rey al que temía, precisamente ahora cuando se disponía a marcharse a lugares lejanos, en absoluto se despreocupó de sus cuitas. Por el contrario, planeó atacar a los bárbaros que, como hemos narrado [13], habían matado en una escaramuza al conde Libino y a algunos de sus soldados.

21.4.8. Y para evitar que el rumor de su llegada les hiciera marcharse a zonas más alejadas, tras superar el Rin en el profundo silencio de la noche, acompañado por las tropas auxiliares más ligeras, les rodeó cuando no sospechaban ningún ataque. Entonces, mientras ellos se asustaban ante el fragor de las armas enemigas, y ante la visión de las espadas y de las armas arrojadizas, voló rápidamente sobre ellos, mató a algunos, tomó como cautivos a otros que suplicaban y le ofrecían un botín y a los demás, que permanecieron allí, les concedió la paz después de que se lo suplicaran y le prometieran mantenerse pacíficos.

21.5. El Augusto Juliano habla a sus soldados y se los gana a todos con sus palabras, dispuesto ya a luchar contra el Augusto Constancio

21.5.1. Mientras se llevan a cabo estas acciones con gran resolución, Juliano, después de considerar cuántas desgracias habían supuesto las luchas intestinas, y previendo con sagacidad que nada era tan conveniente para un ataque por sor-

[13] Cfr. 21,3,3.

presa como la rapidez –aunque sabía que estaría más seguro si declaraba abiertamente la lucha–, como no confiaba plenamente en la lealtad de sus tropas, con un rito secreto, apaciguó a Belona[14] y convocó con el clarín a sus soldados para celebrar una asamblea. Después, se colocó sobre un estrado de piedra, con más confianza ya, según daba a entender, y con voz más sonora de la usual, les habló así:

21.5.2. «Ya hace tiempo que en mi interior, nobles soldados, me planteo que vosotros, enardecidos por la grandeza de vuestras hazañas, aguardáis a que se os diga cómo pueden sopesarse y prepararse los hechos que nos aguardan. Y es que conviene que un soldado, reconocido ya por hazañas gloriosas, escuche más que hable, mientras que un líder de justicia probada no debe dejarse guiar por nada más que por aquello digno de alabanza y de aprobación. Así pues, como os voy a exponer sin rodeos mis intenciones, os suplico que escuchéis con benevolencia las breves explicaciones que os voy a ofrecer.

21.5.3. »Por voluntad de la divinidad celestial, unido a vosotros desde los albores de mi juventud, me he opuesto continuamente a los ataques de los alemanes y de los francos, así como a su deseo innato de destrucción. Además, con la ayuda de todos he cruzado el Rin con las tropas romanas cuantas veces ha sido necesario, permaneciendo siempre firme frente a los rumores malévolos y a los violentos ataques de pueblos muy poderosos, gracias a mi gran confianza en vuestro valor.

21.5.4. »Las Galias, que han contemplado los esfuerzos que hemos realizado, y que ahora ya se han recuperado después de soportar muchas calamidades y graves y continuos quebrantos, conseguirán que os mencione el recuerdo de toda la posteridad.

21.5.5. »Pero ahora, cuando, con la autoridad de vuestra decisión y forzado por la necesidad de la situación actual, he

[14] Diosa de la guerra.

sido elevado a la dignidad imperial, si cuento con vuestro favor y con el de la divinidad, y si la fortuna favorece nuestra empresa, pretendo aún más. Quiero hacer valer a mi favor que, ante este ejército cuya justicia y valor en la guerra ha destacado siempre, yo he aparecido como moderado y tranquilo en la paz, y en cambio, en numerosas batallas contra tropas formadas por pueblos diversos, he aparecido también como razonable y prudente.

21.5.6. »Así pues, para que superemos las adversidades gracias a nuestra estrecha unión, seguid el camino que he marcado como propicio, según lo considero yo, pues nuestra intención y nuestra voluntad se corresponden con el bien y, puesto que las regiones del Ilírico no tienen fuertes defensas, avanzaremos sin encontrar obstáculos en el camino, y ocuparemos rápidamente las regiones extremas de Dacia. Una vez estemos allí, los triunfos nos irán diciendo qué conviene hacer.

21.5.7. »Por ello, a la manera de los generales reconocidos, os pido que me prometáis con un juramento que mantendréis vuestra lealtad y fidelidad. Por mi parte, yo me esforzaré con diligencia y solicitud para que nada nos sorprenda por indolencia y, si alguien me lo exige, estaré dispuesto a mostrar mi conciencia limpia, pues no intento ni pretendo nada que no conduzca al bien común.

21.5.8. »Por ello, os suplico y os pido esto: velad para que nunca el desfallecimiento de vuestra fortaleza suponga un mal para los demás, y pensad que nuestras innumerables victorias sobre los enemigos no nos han engrandecido tanto como la seguridad y la estabilidad de las provincias, conseguidas gracias a numerosas muestras de valor».

21.5.9. Aceptado este discurso del emperador como si se tratara de un oráculo, la asamblea se conmovió profundamente y, ardiendo ya en deseos de luchar con unánime afán, se mezclaban gritos terribles con el estruendo enorme de los escudos, y

le aclamaban como general grande, noble y, como sabían por experiencia propia, afortunado vencedor de pueblos y reyes.

21.5.10. Puesto que todos tuvieron que realizar el juramento, acercaron las espadas a sus gargantas con gran solemnidad y, según el ritual, juraron en duros términos que estaban todos dispuestos a perder su vida por él si fuera necesario. Estas palabras fueron repetidas por los generales y por todos los seguidores del príncipe, que juraron con un rito similar.

21.5.11. El único que se resistió con firmeza, aunque con audacia, fue Nebridio, pues afirmó que de ningún modo podía unirse a una alianza contra Constancio, a quien se sentía unido por numerosos y continuos favores.

21.5.12. Al escuchar esto, los soldados que estaban más cerca, enardecidos, se dirigieron hacia él con la intención de matarle, pero cayó ante el emperador, que le protegió con su manto. Cuando Juliano volvió desde allí a su palacio y lo vio ante él suplicando tendido en el suelo, para que no temiera, le tendió su mano y dijo: «¿Qué privilegio puedo concederles a mis amigos, si tú tocas mi mano? Pero márchate tranquilo a donde quieras». Nebridio, al escucharlo, regresó ileso a su hogar en Etruria.

21.5.13. Realizados todos los preparativos que demandaba la magnitud de la empresa, Juliano, sabiendo cuánto valía adelantarse y anticiparse en unas circunstancias dudosas, dio por escrito la orden de marchar a Panonia, e hizo que se adelantara el campamento y los estandartes, con lo que se confió a ciegas a una fortuna dudosa.

21.6. El Augusto Constancio se casa con Faustina, refuerza su ejército y, con sus dones, se gana a los reyes de Armenia e Hiberia

21.6.1. Es conveniente volver ahora al pasado y narrar brevemente las acciones de Constancio tanto en la corte como en

la lucha cuando pasaba el invierno en Antioquía, mientras en la Galia sucedía lo que apuntábamos antes.

21.6.2. Pues bien, entre otros muchos ciudadanos ilustres, se eligió también a algunos insignes tribunos para que cumplimentaran al emperador cuando llegó del extranjero. Así pues, cuando Constancio regresó de Mesopotamia, fue recibido con el siguiente ceremonial: Anfiloquio, un antiguo tribuno nacido en Paflagonia quien, según comentaban rumores bastante cercanos a la verdad, cuando tiempo atrás sirvió junto a Constante, sembró la discordia entre los hermanos mayores del príncipe, osó adelantarse con cierta arrogancia para ser admitido él también en esta ceremonia. Pero fue reconocido y se rechazó su petición.

Entonces, cuando muchos gritaban que no debía permitírsele que siguiera con vida, pues era un traidor obstinado, Constancio, con más dulzura de la usual en él, dijo: «No acoséis a un hombre que a mí realmente me parece culpable pero a quien no se ha condenado, y acordaos de que, si ha cometido algo como lo que decís, mientras yo esté con vida, será castigado por su propia conciencia, de la que no podrá ocultarse».

Y así se terminó este asunto.

21.6.3. Al día siguiente, en los juegos del circo, cuando el citado Anfiloquio contemplaba el espectáculo desde su posición habitual frente al emperador, de repente se produjo un griterío cuando empezó el esperado espectáculo y se rompieron las balaustradas, en las que estaba sentado al igual que otros muchos espectadores. Cayeron todos al vacío, resultando ligeramente heridos unos pocos, pero él fue el único que murió debido a unas heridas internas, por lo que Constancio se mostraba exultante, como si fuera también adivino de acontecimientos futuros.

21.6.4. Al mismo tiempo, eligió como esposa a Faustina, pues ya hacía tiempo que había perdido a Eusebia, hermana de los consulares Eusebio e Hipatio, una mujer sobresaliente por su belleza y sus costumbres, muy humana a pesar de su

elevadísima posición y, gracias a cuyos enormes favores, como hemos narrado, fue librado Juliano de una situación peligrosa, y declarado César[15].

21.6.5. Durante estos mismos días, hubo que ocuparse de Florencio, que había abandonado la Galia por temor a una revolución, y que fue enviado a sustituir a Anatolio, el prefecto del pretorio en el Ilírico, que había muerto recientemente. Fue así como Florencio, al igual que Tauro, también prefecto del pretorio en Italia, recibió el honor de la más elevada magistratura[16].

21.6.6. Entre tanto, los preparativos para las guerras internas y externas no se detuvieron en absoluto, ya que aumentaba el contingente de tropas de caballería y, con igual empeño, se inscribieron refuerzos para las legiones y se realizaron levas en las provincias. Todos los órdenes y profesiones tuvieron que sacrificarse, aportando ropa, armas ligeras y máquinas de guerra, así como oro, plata, gran cantidad de diversas clases de alimentos, y todo tipo de animales de carga.

21.6.7. Y como existía el temor a un ataque más violento del rey de los persas una vez que se suavizara el clima, pues se sabía que había regresado a su territorio debido a las dificultades del tiempo, se envió a legados con grandes regalos para los reyes y los sátrapas de los territorios situados al otro lado del Tigris, con la finalidad de que les aconsejaran y les animaran a colaborar con nosotros y a no intentar ningún tipo de engaño.

21.6.8. Ahora bien, más que a los demás, se intentó comprar a Arsaces y a Meribanes, reyes de Armenia y de Hiberia, mediante trajes magníficos y múltiples regalos, pues se temía que perjudicaran a los intereses romanos si, mientras las circunstancias estaban aún dudosas, se pasaban al bando persa.

---

[15] Cfr. 15,28.

[16] Se trata del consulado. Florencio y Tauro fueron cónsules en el 361.

21.6.9. En unas circunstancias tan angustiosas, al morir Hermógenes[17], se asciende a la prefectura a Helpidio, un hombre nacido en Paflagonia, con apariencia y conversación vulgares, pero de carácter bastante simple, nada cruel, y bondadoso hasta tal punto que, cuando Constancio le ordenó en una ocasión que torturara en su presencia a un inocente, le pidió tranquilamente que le relevara de su dignidad y que permitiera que este tipo de órdenes del príncipe fueran cumplidas por otros más apropiados para ello.

21.7. El Augusto Constancio, que se encontraba entonces en Antioquía, consigue mantener África en su poder gracias al secretario Gaudencio. Además, tras atravesar el Éufrates, se dirige con su ejército a Edesa

21.7.1. Constancio, dubitativo ante la magnitud de la empresa que se le venía encima, no sabía qué hacer y, durante mucho tiempo, se angustió sin saber si acudir a territorios muy distantes buscando a Juliano, o si rechazar a los partos, quienes, según amenazaban, iban a cruzar el Éufrates.

Finalmente, después de muchas dudas y de deliberar con frecuencia con sus generales, decidió que, una vez terminada la guerra o al menos calmada, sin dejar a la espalda a nadie a quien temer, recorrería Iliria e Italia. Y, según pensaba, capturaría a Juliano cuando éste se dispusiera a iniciar su campaña, como si fuera la presa de un cazador. De este modo pensaba que, en adelante, se mitigaría el temor de los suyos.

21.7.2. Sin embargo, para que no se entibiaran los ánimos, y para que no pareciera que había descuidado otro aspecto de la guerra, hizo que se extendiera por doquier el miedo hacia él y, como temía que en su ausencia fuera invadida África, que siempre había sido apetecible para los príncipes[18], simu-

---

[17] Cfr. 19,12,6.

[18] Por la abundancia de sus cosechas de grano.

ló que iba a dejar las tierras de Oriente y envió por mar al notario Gaudencio quien, como hemos apuntado, ya en otra ocasión había sido enviado a la Galia para investigar las acciones de Juliano[19].

21.7.3. Y es que esperaba que Gaudencio, por obediencia, podría ejecutarlo todo rápidamente debido a dos razones: porque temía al otro bando, a quien había ofendido, y porque, una vez conseguida esta oportunidad, Gaudencio tendría prisa en que Constancio estimara su valor, pues creía que él sería sin duda alguna el vencedor. Y lo cierto es que nadie tenía entonces una opinión distinta.

21.7.4. Así Gaudencio, al llegar, recordando las órdenes del príncipe, advirtió por carta al conde Cretión y a los otros generales lo que había que hacer y, eligiendo a los mejores soldados de todo el territorio, hizo venir también desde las provincias de Mauritania a los soldados armados a la ligera, con lo cual protegió de forma muy estrecha las costas situadas frente a Aquitania e Italia.

21.7.5. Y lo cierto es que Constancio no se equivocó al tomar esta determinación porque, mientras Gaudencio vivió, ningún rival alcanzó aquellas tierras, aunque la costa de Sicilia, que se extendía desde Lilibeo hasta Pachino, era vigilada por una multitud armada dispuesta a atravesar el mar tan pronto como tuviesen una oportunidad.

21.7.6. Cuando estos asuntos y otras menudencias de escasa importancia fueron dispuestos del modo que Constancio consideraba más beneficioso, se le informó mediante mensajeros y cartas enviadas por sus generales de que tropas Persas se habían aliado y que, siguiendo a un rey orgulloso, se hallaban ya junto a las orillas del Tigris, sin que se supiera el lugar que planeaban atacar.

---

[19] Cfr. 17,9,7.

21.7.7. Alterado por estas noticias, con la intención de estar más cerca y poder así adelantarse a los movimientos futuros, abandonó cuanto antes sus cuarteles de invierno, hizo venir a toda la caballería, así como a la flor y nata de la infantería, en la que tenía depositada su confianza. Y después de esto, atravesando el Éufrates por Capersana[20] sobre un puente de barcos, se dirigió a Edesa, ciudad rica y abastecida con todo tipo de provisiones. Allí aguardó hasta que sus exploradores, o algunos desertores, le fueron indicando algún movimiento en el campamento enemigo.

21.8. El Augusto Juliano, después de calmar la situación en las Galias, se dirige a la orilla del Danubio y envía parte de su infantería a través de Italia y de Retia

21.8.1. Mientras tanto, Juliano abandonó Augst y, una vez realizado todo lo que narramos anteriormente, envió de nuevo a la Galia a Salustio, elevado a la dignidad de prefecto. También ordenó a Germaniano que sustituyera a Nebridio[21] y, asimismo, puso a Nevita al frente de la caballería[22], ya que recelaba de Gomorario, quien ya había dado muestras en otra época de ser un traidor, porque, según había escuchado, mientras dirigía a los escuderos, había entregado en secreto a su príncipe Veteranión[23].

A Jovio, de quien hemos hablado al narrar las acciones de Magnencio[24], le encomendó la cuestura; a Mamertino, que se encargara del tesoro; a Dagalaifo le puso al frente de su guardia personal y, por decisión personal, puso al frente

---

[20] Cfr. 18,8,1.

[21] Cfr. 18,1,1. Nebridio había sido cónsul en el 363.

[22] Utiliza aquí Amiano una expresión algo inusual para referirse a este cargo ya que, en latín, encontramos *magister armorum*, cuando esperaríamos *magister equitum*, que es la dignidad de Nevita, según aparece en 21,8,3.

[23] Cfr. 20,9,5.

[24] Estas acciones aparecerían en uno de los libros perdidos de la obra.

de soldados a otros muchos de los que conocía sus méritos y su lealtad[25].

21.8.2. Y así, dispuesto a atravesar los bosques Marcianos y los caminos cercanos a la orilla del río Danubio, no sabía bien qué hacer debido a la precipitación de los acontecimientos, porque temía ser despreciado por su escaso cortejo y enfrentarse así a una fuerte oposición.

21.8.3. Para que esto no sucediera, tomó una decisión astuta, por la que, distribuyendo sus hombres, envió a través de algunas rutas conocidas de Italia a sus tropas, para que marcharan con rapidez junto a Jovino y Jovio. A otros se los encomendó al general de la caballería Nevita para que atravesaran Recia, porque de este modo, extendiéndose por diferentes regiones, parecerían una enorme multitud y harían que cundiera el temor. Esto mismo lo hicieron Alejandro Magno y otros muchos generales expertos después de él, cuando la situación así lo requería.

21.8.4. Con todo, les encomendó que marcharan con grandes precauciones, como si pudieran ser atacados por el enemigo y que, durante la noche, vigilaran para no ser sorprendidos de forma repentina por los enemigos.

21.9. Tauro y Florencio, cónsules y prefectos del pretorio, cuando se enteran de la llegada del Augusto Juliano, huyen, el primero por Italia y el segundo por el Ilírico. Luciliano, comandante de la caballería, que se disponía a enfrentarse a Juliano, es derrotado

21.9.1. Así pues, dispuesto todo de una forma que parecía correcta, confiado en sus éxitos sucesivos, Juliano intentó

[25] Como vemos, Juliano elige a hombres de confianza para ponerles al frente de los puestos de importancia, ya sean civiles o militares.

avanzar más, tal como había hecho con frecuencia al asolar los territorios bárbaros.

21.9.2. Y cuando alcanzó el lugar desde donde sabía que el río era navegable, subió a unas barcas que, afortunadamente, encontró en buen número y así, mientras pudo, se dejó conducir en secreto por el río. De este modo, con su gran resistencia y su valor, sin reclamar comidas refinadas, sino contentándose con un alimento escaso y vulgar, atravesaba ciudades y campamentos sin necesidad de entrar, al igual que se cuenta del famoso Ciro de la antigüedad quien cuando, cierta vez, al presentarse ante su anfitrión, se le preguntó qué comida quería que le prepararan, respondió que sólo pan, pues dijo que esperaba poder cenar junto al río.

21.9.3. Pero el rumor, que, según cuentan, exagera la realidad con sus mil lenguas[26], extendiéndose por toda la zona ilírica, difundió que Juliano, después de derrotar a un gran número de reyes en las Galias y a un numeroso ejército de pueblos distintos, se acercaba enardecido por sus múltiples triunfos.

21.9.4. Alterado por este rumor, Tauro, el prefecto del pretorio, como si intentara escapar de un enemigo extranjero, se marchó apresurado y, viajando con gran rapidez gracias al relevo de los animales del transporte público, tras atravesar los Alpes Julianos, se llevó con él a Florencio, que también era prefecto.

21.9.5. A pesar de basarse tan sólo en simples indicios, que le informaban de los movimientos de Juliano, todo esto consiguió alterar al conde Luciliano quien, en aquella región, se ocupaba de los asuntos militares durante aquella época. Pues bien, Luciliano se hallaba en Sirmio reclutando unos soldados que, por la proximidad de sus cuarteles, podían llegar rápidamente y con los cuales pensaba enfrentarse a Juliano cuando éste se acercara.

---

[26] Cfr. Verg, *Aen.* 4,173. y ss.

21.9.6. Pero Juliano, semejante a un meteorito o a una ardiente antorcha, marchó raudo a su destino y, al llegar a Bononea, que distaba diecinueve millas de Sirmio, cuando ya la luna estaba menguante y, por ello, apenas podía verse durante la mayor parte de la noche, saltó de la nave y rápidamente envió a Dagalaifo con unos soldados de armadura ligera para que avisaran a Luciliano y le trajeran a la fuerza si intentaba resistirse.

21.9.7. Éste se hallaba aún descansando y cuando fue despertado por el estrépito, al verse rodeado por un círculo confuso de hombres desconocidos, comprendió la situación y se asustó al escuchar el nombre del emperador.

Obedeció entonces su mandato a la fuerza y, tal como le ordenaban, este comandante de caballería, antes soberbio y feroz, montado sobre un animal que le buscaron rápidamente, fue conducido ante el príncipe como un vulgar cautivo, sin que apenas pudiera reflexionar debido al terror que sentía.

21.9.8. Pero, tan pronto como vio a Juliano, siendo consciente de que se le ofrecía una oportunidad para adorar la púrpura, se sintió reconfortado finalmente y, seguro ya de sí mismo, dijo: «Emperador, te has dirigido a tierras extranjeras con unos pocos extraños, de forma nada cauta y al azar».

Juliano le sonrió con amargura y le replicó: «Guárdate esos prudentes consejos para Constancio, pues te he ofrecido este símbolo insigne de majestad, no como a un consejero, sino para que no sientas más temor».

21.10. El Augusto Juliano acepta la rendición de Sirmio, capital del Ilírico occidental, así como su fortaleza. Ocupa Succo y manda por escrito al senado críticas contra Constancio

21.10.1. Juliano, después de librarse de Luciliano, pensó que no debía demorar su empresa, siendo como era audaz y confiado en las circunstancias difíciles. Se dirigió, pues, a la ciudad creyendo que se rendiría, de modo que avanzó con rapi-

dez y, cuando ya se acercaba a los suburbios, que eran muy amplios y demasiado extensos, una multitud compuesta por militares y personas de toda condición, entre un sinfín de antorchas, flores y buenos deseos, le condujo a la ciudad aclamándole como Augusto y como Señor.

21.10.2. Allí, feliz por esta circunstancia y por los buenos augurios, confiado en el porvenir, pues creía que, ante el ejemplo de esta capital populosa y célebre, también en las restantes ciudades sería recibido como un astro propicio, al día siguiente, ofreció unas carreras de carros para deleite de la plebe. Pero, al final del tercer día, no pudiendo detenerse durante más tiempo, recorrió las calzadas públicas, dispuso unos puestos de defensa en Succo, sin que nadie intentara oponer resistencia y, dada su fidelidad, eligió a Nevita para que los defendiera.

Acerca de este emplazamiento, creo que es conveniente introducir ahora una breve digresión.

21.10.3. Las cumbres entrelazadas de las elevadas montañas del Hemo y del Ródope, de las que una se levanta desde las propias orillas del Danubio y la otra desde la orilla más cercana del río Axio, van descendiendo formando colinas sinuosas que originan estrechos y separan el Ilírico y Tracia.

Por un lado, están cercanas a las tierras del interior de Dacia y a Sérdica. Por otro, dominan Tracia y Filipópolis, ciudades amplias y famosas. Y es que, como si la naturaleza hubiera sabido de antemano que todas las naciones circundantes caerían bajo el poder romano, dispuso a propósito en el pasado que se llegara a ellas por zonas oscuras con estrechos picos. Pero posteriormente, cuando Roma alcanzó la gloria y el esplendor, se hicieron accesibles incluso para los carros, aunque en ocasiones sus entradas cerradas impedían los ataques de grandes generales y pueblos.

21.10.4. En cuanto a la parte que se extiende hacia el Ilírico, se eleva con más suavidad, de manera que puede ser superada fácilmente y sin grandes quebrantos. En cambio, el lado situado frente a Tracia, con un abrupto descenso, ofrece difi-

cultades para la ascensión, pues por todas partes encontramos caminos rocosos, difíciles de recorrer incluso cuando no se encuentra oposición alguna.

Bajo estos elevados senderos, se extienden a ambos lados amplias llanuras, de las cuales la superior alcanza los Alpes Julios, y la inferior es tan llana y expedita que no aparece en ella ningún obstáculo para la supervivencia hasta llegar al mar[27] y a la Propóntide.

21.10.5. Realizados los preparativos que exigía una empresa de tal envergadura y tan urgente, el emperador dejó allí al comandante de la caballería y volvió a Neso, ciudad bien abastecida, desde la cual podría organizar sin problema todo lo que le interesara en el futuro.

21.10.6. Entonces ordenó a Víctor[28], el historiador al que había visto en Sirmio, que viniera. Le nombró consular de la segunda Panonia y le honró con una estatua de bronce, considerando que era un hombre de sobriedad admirable, y quien mucho después fue prefecto de Roma.

21.10.7. Así pues, cada vez con más confianza en sí mismo, y creyendo que no podría nunca convencer a Constancio para llegar a una solución pacífica, mandó al senado un escrito duro e injurioso, en el que criticaba determinados vicios y faltas de Constancio.

Cuando, aún en la prefectura de Tértulo, se leyó este escrito en la Curia, se puso de manifiesto la magnanimidad de los nobles, así como su evidente favoritismo, pues todos a una exclamaron de común acuerdo: «Te pedimos respeto para tu mentor».

21.10.8. Después criticó también la memoria de Constantino, tildándole de revolucionario y destructor de las leyes an-

---

[27] El Bósforo.

[28] Se trata de Aurelio Víctor, que será prefecto de Roma en el 388-389.

tiguas y de las costumbres tradicionales. Además, le acusó abiertamente porque fue el primero en elevar a los bárbaros a las fasces y mantos consulares, siendo esta críticas necias y vanas porque, lógicamente, hubiera debido evitar aquello que criticaba con tanta dureza y, sin embargo, poco después, como compañero en el consulado de Mamertino, eligió a Nevita, un hombre nada comparable ni en esplendor ni en utilidad ni en gloria a aquellos a los que Constantino había encomendado la más alta de las magistraturas. Todo lo contrario, era rudo, agreste y, lo que era menos tolerable, cruel en el desempeño de su alta magistratura[29].

21.11. Dos legiones de Constancio que, en Sirmio, se habían pasado al bando del Augusto Juliano, son enviadas por éste a la Galia y ocupan Aquileya, donde no encuentran ninguna oposición de sus ciudadanos. Pero, después, cierran las puertas al ejército de Juliano

21.11.1. Mientras consideraba estos hechos, muy preocupado ante esta situación tan trascendental, le llegó de forma inesperada un mensaje temible, un mensaje que le anunciaba que las crueles acciones de algunos enemigos, impedirían su afanoso avance a no ser que, con gran precaución, los atajara antes de que avanzaran.

Vamos, pues, a exponer brevemente estos hechos.

21.11.2. A dos legiones de Constancio, unidas a una cohorte de arqueros, que había encontrado en Sirmio, aunque no habían demostrado aún su fidelidad, las envió a la Galia con la excusa de una necesidad urgente.

Éstas se pusieron en marcha con gran lentitud, porque temían tanto la enorme distancia como a los germanos, enemigos crueles y persistentes, de manera que intentaban preparar

[29] Critica aquí Amiano la actitud inconsecuente de Juliano, lo cual demuestra la «objetividad» de nuestro historiador, que si bien muestra como héroe a Juliano, critica algunas actitudes suyas.

una revuelta incitados por Nigrino, tribuno de la caballería nacido en Mesopotamia. Una vez planeado en secreto este motín y confirmado en el profundo silencio, al llegar a Aquileya, ciudad opulenta gracias a su emplazamiento y a sus recursos, rodeada por fuertes muros, la cerraron de repente con hostilidad, ayudados en esta revuelta por la población nativa, que estaba aterrada y que se sentía unida aún al nombre de Constancio, al que consideraban «invencible».

21.11.3. Así, una vez cerradas las entradas y armadas las torres y puestos de defensa, prepararon todo lo necesario para la lucha que se avecinaba y, aun libres y tranquilos, con esta acción tan audaz, empujaron a los itálicos para que apoyaran al bando de Constancio, al que creían aún vivo.

21.12. Es atacada Aquileya, ciudad que apoyaba a Constancio. Pero una vez se descubrió su muerte, la ciudad se entrega a Juliano

21.12.1. Al enterarse de estas noticias Juliano, que se encontraba entonces en Neso sin temer ninguna adversidad a sus espaldas, cuando supo por sus lecturas y conversaciones que esta ciudad había sido asediada en ocasiones, pero que nunca había sido destruida ni se había rendido, se esforzó con gran empeño en unirla a su bando, ya fuera mediante una trampa o mediante distintos tipos de halagos, pues así evitaría que se produjera una calamidad mayor.

21.12.2. Por ello, cuando Jovino, comandante de caballería, que se encontraba atravesando los Alpes, llegó a Nórico, le ordenó que volviera con premura para terminar fuera como fuera con el levantamiento que había estallado. Y para que no faltara nada, ordenó que cuando pasaran por esta misma ciudad, se detuvieran allí todos los soldados que seguían al cortejo o a las insignias, porque así podrían prestar ayuda en la medida de sus posibilidades.

21.12.3. Una vez tomada esta determinación, no mucho después de conocer la muerte de Constancio, se dirigió él mismo a Constantinopla atravesando la Tracia. Y como, con frecuencia, se le advirtió que este asedio iba a ser más largo que duro, destinó allí a Imón, así como a otros oficiales. Después, ordenó a Jovino que acudiera también para atender otras necesidades más apremiantes.

21.12.4. De este modo, una vez rodeada Aquileya por una doble línea de escuderos, con el acuerdo de los generales, le pareció conveniente convencer a los defensores para que se entregaran, sirviéndose para ello tanto de palabras amenazadoras como amistosas. Pero después de muchas conversaciones en distinto sentido, la obstinación iba aumentando cada vez más, ante lo cual se abandonó el diálogo sin resultado alguno.

21.12.5. Y, puesto que no se veía ya más salida que la lucha, cuando los hombres de ambos bandos se recuperaron con alimento y descanso, al amanecer, en medio del sonido de las trompetas, unos y otros, con grandes gritos, se dispusieron para la matanza, dejándose llevar más por la cólera que por la razón.

21.12.6. Así pues, los atacantes, llevando ante sí manteletes y densos cañizos, avanzaban lentamente e intentaban socavar con cautela los bajos de las murallas mediante multitud de útiles. Muchos de ellos portaban también escalas apropiadas para la altura de las murallas, pero cuando ya casi tocaban las paredes, algunos rodaron al suelo debido a las piedras que caían, y otros fueron heridos por dardos silbantes, de manera que, en su retirada, hicieron retirarse también a todos los demás, que temían un final similar.

21.12.7. Tras este primer choque, los sitiados cobraron valor y, confiados en la victoria, apenas valoraron todo lo demás. Dispusieron entonces con gran serenidad las máquinas de guerra en los lugares apropiados y, con esfuerzo infatigable, atendieron los puestos de guardia y los demás medios de defensa.

21.12.8. Por contra, los atacantes, a pesar de que estaban aterrados por el resultado de la lucha, sin embargo, no parecían indolentes ni inactivos. Además, puesto que la lucha no les era propicia, después de probar el combate a campo abierto, recurrieron a distintas artimañas para el asedio. Pero como no encontraban ningún emplazamiento apropiado ni para acercar sus arietes, ni para utilizar sus maquinaria, o para poder excavar túneles –ya que el curso del río Natesio estaba muy cercano a la ciudad–, idearon un plan que hubiera sido admirado incluso por los expertos de la antigüedad.

21.12.9. Construyeron velozmente torres de madera más altas que las defensas enemigas, y las colocaron sobre tres naves unidas con gran fuerza entre sí. En ellas había hombres armados que, cobrando fuerza al ver al que estaba al lado, se esforzaban con igual coraje para derrotar a los defensores.

Además, desde abajo, soldados provistos de armadura ligera, saliendo de la parte inferior de las torres, tendieron unos puentecillos que ellos mismos habían construido antes, e intentaron cruzarlos porque, con este esfuerzo conjunto, mientras los que luchan arriba se atacaban con todo tipo de armas arrojadizas y piedras, los que cruzaran los puentes, sin encontrar obstáculo alguno, conseguirían derribar parte de la muralla y abrir así una entrada en la ciudad.

21.12.10. Pero, en conjunto, este prudente plan no obtuvo el resultado pretendido, pues cuando iban acercándose las torres, les arrojaron antorchas empapadas en pez, así como flechas, sarmientos y todo tipo de material inflamable.

Entonces estas torres, debido al trepidante fuego y al peso de los soldados que iban en ellas, se inclinaron y cayeron al río, con lo cual algunos soldados murieron incluso en lo alto de ellas al ser atravesados desde lejos por las flechas de los enemigos.

21.12.11. Mientras tanto, los soldados de infantería, que habían quedado solos, después de la muerte de los compañeros que se habían aventurado en las barcas, fueron atacados con

piedras enormes y murieron todos excepto unos pocos, que se libraron de la muerte gracias a la agilidad de sus pies, escapando por ocultos pasadizos.

Finalmente, cuando el combate iba ya alcanzando el atardecer, se dio la señal de retirada según la costumbre y los dos enemigos se separaron y pasaron el resto del día con distinto ánimo.

21.12.12. Y es que los lamentos de los atacantes que lloraban la muerte de sus compañeros hacían que los defensores cobraran ánimo, aunque también éstos gemían por los pocos que habían perdido. Ahora bien, no por ello se detuvieron y, tan pronto como recobraron sus fuerzas con descanso y con los alimentos necesarios durante la noche, al amanecer reanudaron el combate empujados por el sonido de las trompetas.

21.12.13. Algunos llevaban sus escudos sobre la cabeza, para poder luchar con menos impedimentos y otros portaban sobre los hombros escalas, como antes, de manera que, al correr con gran ímpetu, exponían sus pechos a todo tipo de armas.

Otros intentaban acercarse y romper las barras de hierro de las puertas, pero también eran atacados con fuego, o bien morían aplastados por las piedras lanzadas desde las murallas.

Otros morían cuando intentaban cruzar el foso con gran osadía, pues eran atacados de repente en ese incauto ataque por defensores, que salían a escondidas por puertas traseras. Y si no morían, tenían que retirarse después de ser heridos.

Y es que la vuelta de los asediados al interior era más segura y una empalizada junto al muro, que estaba cubierta por pajas, les protegía de todo daño.

21.12.14. Aunque estos defensores, a quienes no les quedaba más salvación que la muralla, resistían con coraje y todo tipo de artes de guerra, sin embargo, nuestros soldados, que habían sido seleccionados entre los mejores, no pudiendo soportar más demoras, rodeaban todo el lugar buscando afanosamente con qué ataque o con qué máquinas podrían abrir las murallas e irrumpir en la ciudad.

21.12.15. Pero como no podían conseguirlo debido a la magnitud de las dificultades, empezaron a relajarse en el asedio y, dejando sólo a los centinelas y soldados de guardia, los soldados comenzaron a devastar los campos cercanos, apoderándose de todo tipo de recursos, de los que compartieron una gran cantidad con sus compañeros. Pero como estaban ahítos con tal abundancia de bebida y de comida, perdieron vigor.

21.12.16. Al enterarse Juliano de estos hechos por el relato de Imón y de sus compañeros, mientras se hallaba aún pasando el invierno en Constantinopla, planeó una astuta solución para estas circunstancias tan complicadas: envió a Agilón, comandante de infantería muy conocido en aquella época, convencido de que, al ver a este hombre tan ilustre y conocer por él la muerte de Constancio, terminaría el asedio.

21.12.17. Mientras tanto, para que el ataque de Aquileya no terminara en un fracaso, como los demás planes no habían dado resultado, se decidió obligar a los que resistían a que se entregaran empujados por la falta de agua. De este modo, una vez cortados los acueductos, como su empeño no decaía en absoluto, decidieron variar el curso del río con gran esfuerzo.

Pero este plan fracasó igualmente porque, cuando disminuyeron los principales suministros de agua, los que permanecían encerrados se contentaron con vivir frugalmente bebiendo agua de los pozos.

21.12.18. Mientras esto sucedía con los resultados antes mencionados, llegó Agilón, tal como se le había ordenado y, protegido por una piña de escuderos, se acercó con gran confianza. Pero, aunque les contó numerosos sucesos, todos ciertos, en los que se les informaba acerca de la muerte de Constancio y de que el imperio de Juliano se había fortalecido, sin embargo, fue acusado e insultado una y otra vez como si fuera un mentiroso.

Y nadie creyó su relato hasta que, después de prometerle que conservaría su vida, entró él solo en el recinto amurallado y, con un juramento solemne, repitió lo que les había dicho antes.

21.12.19. Al escuchar esto, abrieron las puertas y, después del largo esfuerzo, salieron todos y recibieron alegres al general que les llevaba la paz. A continuación, se disculparon y acusaron como promotor de toda esta locura a Nigrino y a otros cuantos, pidiendo que fueran ellos los que pagaran con su muerte el crimen de lesa majestad y las desgracias sufridas por la ciudad.

21.12.20. Finalmente, después de algunos días, una vez que el asunto se investigó en profundidad por parte de Mamertino, prefecto del pretorio, Nigrino fue quemado vivo, acusado de ser el principal instigador de la guerra. Además de Nigrino, murieron ejecutados con espada los curiales Rómulo y Salustio[30], acusados de haber promovido las contiendas sin tener en cuenta el peligro. Todos los demás, que se habían visto empujados a la locura del combate más a la fuerza que por voluntad propia, quedaron en libertad sin condena. Ésta fue la justa decisión del emperador, que se mantuvo tranquilo y clemente.

21.12.21. Esto sucedió después, pero mientras Juliano se hallaba aún en Neso, se sentía angustiado por enormes preocupaciones, porque temía muchos peligros procedentes de ambos bandos. No en vano, tenía miedo de que, por un ataque repentino de los soldados encerrados en Aquileya, quedaran cortados los estrechos pasos de los Alpes Julios, con lo cual perdería estas provincias así como la ayuda que esperaba que le llegara de allí en unos días.

21.12.22. Igualmente, sentía grandes recelos ante las noticias de Oriente, pues había escuchado que los soldados dispersos por Tracia se habían agrupado con gran rapidez para combatir enseguida y, guiados por el conde Marciano, habían llegado ya a las cercanías de Succo.

---

[30] Frente a la forma «*Sabostius*», que aparece en la edición de Rolfe, nos decantamos por la conjetura de Clark, aceptada por J. Fontaine: «*Salustius*».

Pero, a pesar de esto, actuando él también de forma apropiada y con gran eficacia a pesar del enorme número de preocupaciones que le agobiaban, reunió al ejército ilírico, experimentado ya en las fatigas de la guerra, y siempre dispuesto a unirse con un líder valiente para luchar en los combates.

21.12.23. Y no desatendió en este momento tan conflictivo los intereses de los particulares, sino que se dedicó también a escuchar los litigios y las disputas sobre todo de los nobles provinciales, hacia quienes era muy favorable, hecho que le llevó a encomendar injustamente cargos públicos a muchos de ellos.

21.12.24. Por ejemplo, en cuanto a Símmaco[31] y a Máximo, ilustres senadores enviados como mensajeros a Constancio por los nobles, Juliano los recibió con grandes honores cuando volvieron de allí. Pero postergó al más importante de ellos y puso a Máximo al frente de la ciudad eterna para sustituir a Tértulo, con la intención de agradar a Rufino Vulcacio, pues sabía que Máximo era hijo de la hermana de éste[32].

Durante su administración, hubo abundancia de alimentos y cesaron las protestas de la plebe, que suelen ser muy frecuentes.

21.12.25. Asimismo, con la intención de aumentar la seguridad en unas circunstancias tan confusas, y para que sus partidarios cobraran más confianza, nombró cónsul a Mamertino, prefecto del pretorio en el Ilírico, así como a Nevita, aunque no hacía mucho había criticado de forma desmesurada a Constantino como si hubiera sido él el instigador en esta promoción de los bárbaros a cargos elevados[33].

---

[31] Se trata del padre de Símmaco que, como indicamos en la introducción, conoció a Amiano y compartió su deseo de restauración de la Roma pagana tradicional.

[32] Cfr. 27,7,2.

[33] Cfr. 21,10,8.

21.13. Sapor hace regresar a casa a sus tropas, pues los auspicios son contrarios a la guerra. El Augusto Constancio, dispuesto a luchar contra Juliano, arenga a sus soldados en Hierápolis

21.13.1. Mientras Juliano, en sus acciones, se movía entre la esperanza y el temor, Constancio se mostraba angustiado en Edesa ante las noticias contradictorias de sus exploradores, y dudaba entre dos opciones: bien preparar a sus soldados para una lucha abierta, o bien, si se le presentaba alguna oportunidad, disponerse ya para atacar Bezabde con un segundo ataque, pero sólo después de tomar medidas para no dejar desprotegido el flanco de Mesopotamia cuando marchara a las tierras del Norte.

21.13.2. Pero su indecisión se veía acrecentada por numerosas demoras, ya que el rey estaba retenido al otro lado del Tigris, hasta que las señales divinas permitieran sus movimientos. Y es que, si hubieran cruzado el río y no hubieran encontrado a nadie que se le opusiera, habrían penetrado hasta el Éufrates sin dificultad.

Por otra parte, como quería reservar a sus soldados para la guerra civil, temía exponerlos a los peligros que les acechaban al otro lado de las murallas, pues conocía la firmeza de estas murallas y la fortaleza de los defensores.

21.13.3. Sin embargo, para no permanecer inactivo y para que no se le acusara de desidia, ordenó a Arbitión y a Agilón, comandantes de la caballería y de la infantería, que vinieran presurosos con la mayor parte de las tropas, no con la intención de provocar a los persas al combate, sino para que, con sus hombres, formaran una línea de puestos de observación a lo largo de nuestra orilla del Tigris y pudieran así averiguar adónde dirigiría su ataque el violento rey persa.

Además, en numerosas advertencias y escritos, les añadía que, si las numerosas tropas enemigas comenzaban a cruzar, debían volver con gran rapidez.

21.13.4. Mientras los generales custodian las fronteras encomendadas y espían los movimientos de la nación más falaz,

él mismo, con la parte más poderosa de su ejército, atendía a otros asuntos más urgentes, como si fuera a producirse ya la lucha y, con sus salidas, cuidaba de las ciudades. Pero los espías y desertores que llegaban de vez en cuando traían noticias contradictorias y, por ello, no sabían qué iba a ocurrir, porque entre los persas nadie conoce los planes excepto los nobles, que son callados y leales, debido a que honran como una divinidad al Silencio.

21.13.5. Entre tanto, los generales mencionados llamaban una y otra vez al emperador y le suplicaban que les prestara ayuda, afirmando que, si no unían todas sus fuerzas, no podrían afrontar el ataque de un rey tan beligerante.

21.13.6. Mientras se producen estas acciones en medio de tan gran inquietud, con enorme frecuencia iban presentándose mensajeros por quienes se supo con certeza que Juliano, después de atravesar Italia y el Ilírico rápidamente, había ocupado ya el paso de Succo y estaba aguardando la llegada de tropas procedentes de todas partes para invadir Tracia rodeado por un poderoso ejército.

21.13.7. Al saber esto, Constancio, lleno de dolor, contaba con un único consuelo, que siempre había resultado vencedor en las luchas civiles. Por ello, aunque en esa situación era muy complicado tomar una decisión, al fin se inclinó por enviar paulatinamente a sus soldados por delante mediante transporte público, para enfrentarse lo antes posible a la atrocidad del peligro, ya inminente.

21.13.8. Aprobada por todos esta decisión, se apresuraron equipados con armadura ligera, tal como se les había ordenado. Mientras realizaban los preparativos, al día siguiente, se le anunció que el rey había vuelto a sus tierras con toda la tropa que había reunido, pues los auspicios eran desfavorables. Entonces Constancio, ya sin temor, tras hacer regresar a todos, excepto a los que formaban parte de la defensa normal de Mesopotamia, volvió a marchas forzadas a la ciudad de Nicópolis.

21.13.9. De este modo, dudando aún acerca de cómo terminaría su principal empresa, reunió al ejército, convocó con el sonido de las trompetas a todas las centurias, manípulos y cohortes en una asamblea y, una vez lleno el campo por la multitud, para convencerles de que cumplieran con prontitud las órdenes, subió a un alto estrado y, rodeado por un grupo mayor del usual, simulando serenidad y confianza en su rostro, habló de este modo:

21.13.10. «Atento siempre a no realizar ninguna acción, ni a pronunciar ninguna palabra, por ligera que fuese, si entendiera que puede mancillar mi honradez y, como cauto piloto que maneja el timón en función de lo agitado de las olas, me presento ahora ante vosotros, amadísimos soldados, para confesaros mis errores o, mejor, si me dejáis ser sincero, para mostrar una actitud que, según pensé yo, os ayudaría a todos en vuestras necesidades. Por tanto, para que podáis conocer mejor cuál es el motivo que me ha llevado a convocar esta asamblea, os pido que me escuchéis con justa y propicia disposición.

21.13.11. »En la época en que Magnencio se esforzaba con la mayor tenacidad por confundir la situación, y fue derrotado gracias a vuestro valor, yo encomendé a mi primo Galo, elevado a la dignidad de César, la defensa de Oriente. Pero cuando éste se desvió de la justicia, y cometió numerosas acciones indignas de ser vistas o narradas, fue castigado por el peso de la ley[34].

21.13.12. »Y ojalá se hubiera contentado con esto la Envidia, terrible incitadora de revueltas, pues ahora nos angustiaría solamente el recuerdo de las calamidades pasadas. En cambio, ahora nos encontramos con otro hecho, que me atrevería a considerar peor que los pasados. Pero, si contamos con el favor celeste y con la colaboración de vuestro valor, lograremos sobreponernos a él.

---

[34] Cfr. libro 14.

21.13.13. »Juliano, al que encomendamos la defensa de las Galias, mientras vosotros combatíais a los pueblos extranjeros que se habían sublevado en torno al Ilírico, después de unos combates ligeros contra unos germanos armados a medias, se ha confiado y exaltado hasta la locura, haciéndose acompañar en una soberbia alianza por unos pocos auxiliares movidos por su ferocidad y por sus últimas esperanzas de llegar hasta la peor de las audacias. Y por ello, ha conspirado contra el estado, pisoteando la justicia, madre y nodriza del mundo romano, quien según creo, tanto por mi propia experiencia como por las enseñanzas de la antigüedad, se vengará de esos espíritus orgullosos soplándoles como cenizas, semejante a una vengadora enviada por el cielo[35].

21.13.14. »Así pues, ¿qué nos resta sino enfrentarnos a esos nubarrones que se han formado, dispuestos como estamos a oprimir con rápido remedio esa semilla de naciente guerra antes de que cobre más fuerza?

»No hay duda de que, con el favor de la divinidad superior, gracias a cuya eterna ayuda son condenados los ingratos, la espada que han levantado de forma impía se volverá contra ellos, pues se han rebelado y han puesto en peligro a muchos inocentes sin que nadie les perjudicara. Todo lo contrario, ya que siempre han sido beneficiados por el favor público.

21.13.15. »Y así, de acuerdo con el augurio de mi intuición y con la promesa de la justicia, que siempre favorece a las determinaciones correctas, os prometo que, si se acercan más, quedarán tan aterrados que no podrán soportar ni el brillo centelleante de vuestros ojos ni los primeros sonidos de la batalla».

21.13.16. Después de estas palabras, todos quedaron convencidos y, blandiendo airados sus lanzas, dieron una res-

[35] En este último párrafo hemos unificado las variantes que hemos encontrado en las ediciones consultadas porque, aunque varíen ligeramente en la forma, son similares por el sentido.

puesta favorable a Constancio y le suplicaron que les guiara cuanto antes contra el rebelde. Ante esto, el emperador pasó del temor a la alegría, disolvió la asamblea y, llevado por su conocimiento de las campañas anteriores, ordenó a Arbitión, que había estado más afortunado que los demás a la hora de calmar las guerras civiles, que se adelantara con los lanceros, los mattiarios[36] y compañías de soldados de armadura ligera, e igualmente a Gomoario con los letos que se opusieran a quienes intentaran pasar por los estrechos de Succo. Además, eligió a Arbitión frente a otros, porque sabía que éste odiaba a Juliano después de haber sido despreciado en la Galia.

21.14. Presagios de la muerte del Augusto Constancio

21.14.1. En medio de este cúmulo de adversidades, su fortuna, ya vacilante pero resistente aún, le mostraba con claridad y mediante signos casi evidentes que se acercaba un trance fatal en su vida. No en vano, se veía aterrado por apariciones nocturnas. Y en una ocasión, cuando aún no se había sumido en un sueño profundo, vio la sombra de su padre que le traía a un bello niño y que, al cogerle y sentarle en su regazo, éste arrojaba muy lejos una pelota que Constancio portaba en su mano derecha[37]. Esto indicaba un cambio total en las circunstancias, aunque los que lo interpretaron le dijeron que era un presagio favorable.

21.14.2. Después de esto, confesó a sus más íntimos que, con gran desolación, había dejado de ver una imagen secreta que, según creía, se le había presentado en ocasiones, aunque de forma borrosa. Constancio pensaba que era cierto genio protector de su vida, que le había dejado porque estaba destinado que abandonara muy pronto el mundo.

---

[36] El *mattium* que da nombre a estos soldados era un tipo de arma del que no tenemos ninguna noticia.

[37] La pelota que portaba Constancio era un símbolo de poder. Cfr. un presagio similar a propósito de la muerte de Juliano en 25,6,2.

21.14.3. Y lo cierto es que los teólogos afirman que a todos los humanos, cuando vemos la luz, sin que se puedan quebrantar los preceptos del destino, se nos designa un ser divino de este tipo para que intente regir nuestros actos. Sin embargo, muy pocos consiguen verlos, y son normalmente personas ennoblecidas por numerosas virtudes.

21.14.4. Esto ha sido expuesto tanto por oráculos como por ilustres autores, entre los cuales se encuentra también el comediógrafo Menandro, en cuya obra leemos estos dos senarios:

Un ser divino es asignado a todo hombre en su nacimiento, para que le acompañe durante su vida[38].

21.4.5. Asimismo, en los versos eternos de Homero[39], podemos observar cómo no son los dioses del cielo los que tratan con los héroes, ni los que les ayudan o protegen en la lucha, sino estos genios personales relacionados con ellos, y gracias a cuyo apoyo se dice que sobresalieron Pitágoras, Sócrates, Numa Pompilio, el mayor de los Escipiones[40] y, según algunos plantean, también Mario y Octaviano, que fue el primero a quien se le otorgó el título de Augusto. E igualmente Hermes Trismegisto[41], Apolonio de Tiana[42] y Plotino[43], que se atrevió a exponer sus planteamientos acerca de este tema y a demostrar completamente mediante qué elementos están unidos estos genios a las almas de los mortales, las protegen como si las llevaran en su regazo –si se me permite decirlo así–, y les enseñan las verdades esenciales si mantienen sus almas puras y alejadas de los pecados por una unión inmaculada con el cuerpo.

---

38 Fragm. 534 A en la edición de J. M. Edmonds, *The fragments of Attic Comedy*, 3 B Leiden, 1931.

39 *Iliad*, 1,503 y ss.

40 Es decir, el Africano.

41 Es una de las advocaciones de Hermes en Egipto.

42 Famoso mago del s. I a.C.

43 Más conocido para Amiano por ser de una época más cercana, concretamente del siglo III. Se trata del filósofo creador del neoplatonismo, que nos ha legado algunos de sus escritos.

21.15. Muere el Augusto Constancio en Mobsucrena, en Cilicia

21.15.1. Habiendo llegado Constancio a Antioquía a marchas forzadas, para atajar con viveza los conflictos civiles, como era su costumbre, una vez realizados todos los preparativos, intentaba ponerse en marcha de cualquier modo y, aunque muchos expresaban en secreto su oposición, sin embargo, nadie osaba disuadirle o impedírselo abiertamente.

21.15.2. Ya estaba avanzado el otoño cuando se puso en marcha y, al llegar a unos suburbios que distaban tres millas y que se llamaban Hipocéfalo, a plena luz del día, vio un cadáver que yacía a la derecha. Tenía la cabeza cortada y estaba tendido hacia el oeste.

Aterrado por este presagio, ya que el destino estaba disponiendo su muerte, apresuró aún más su marcha y llegó a Tarso, donde padeció una ligera fiebre. Creyendo que con el movimiento del viaje podría alejar el peligro de la enfermedad, se dirigió por un difícil camino hacia Mobsucrena, la última estación de Cilia cuando se viaja desde aquí, situada a los pies del monte Tauro. Pero aunque intentó continuar su marcha, al día siguiente tuvo que detenerse ante una recaída en su enfermedad.

Poco a poco, una terrible fiebre abrasó sus venas hasta tal punto que ni siquiera podía tocarse su cuerpo, pues ardía como un hornillo. Y como las medicinas no producían resultado alguno, suspiró y se sintió morir con tristeza. Y se dice que, mientras estaba aún consciente, nombró como sucesor en el imperio a Juliano.

21.15.3. Después, tras un jadeo mortal, quedó en silencio y, durante bastante tiempo, luchó por vivir, aunque su espíritu ya le abandonaba. Finalmente murió el cinco de octubre, en el año trigésimo octavo de su reinado, a los cuarenta y cuatro años y unos pocos meses de edad[44].

---

[44] Es decir, murió el cinco de octubre del 361.

21.15.4. Después de esto, le llamaron por última vez y dieron rienda suelta a los lamentos y al dolor. Los que estaban a la cabeza de la corte real deliberaban sobre qué debían hacer o qué decisión tomar. Entonces, después de sondear en secreto a algunas personas acerca de la elección del emperador, se dice que, incitados por Eusebio, al que empujaba el remordimiento de sus crímenes, y como la presencia cercana de Juliano hacía imposible un viento de revuelta, enviaron ante él a Teolaifo y a Aligildo, entonces condes[45], para comunicarle la muerte de su amigo, y para que le pidieran que se dirigiera sin demora alguna a Oriente, una tierra que estaría dispuesta a obedecerle.

21.15.5. Sin embargo, se extendieron una noticia y un rumor incierto en el sentido de que Constancio había expuesto por escrito su última voluntad, una voluntad en la que, como señalamos anteriormente, elegía a Juliano como heredero y entregaba fideicomisos y legados a aquellos a los que amaba.

21.15.6. Cuando murió, su mujer estaba embarazada y, posteriormente, dio a luz a una hija a la que se llamó con su nombre[46] y quien, cuando creció, se unió en matrimonio a Graciano.

21.16. Virtudes y defectos del Augusto Constancio[47]

21.16.1. Puesto que se observaban en él tanto virtudes como defectos, convendrá exponer en primer lugar sus principales virtudes:

---

[45] Cfr. 22,2,1.

[46] Es decir, Constancia.

[47] J. Matthews destaca el dominio de la técnica literaria que Amiano demuestra en este pasaje, ya que en la descripción de Constancio tras su muerte, Amiano lo presenta de tal modo que sus méritos parecen insignificantes ante su carácter receloso y cruel, y ante el clima de guerra civil que ensombreció su reino. Cfr. *The Roman empire...*, p. 21.

Mantenía siempre la dignidad propia de su autoridad imperial. Despreciaba la popularidad con orgullo y desdén. Era excesivamente parco a la hora de atribuir las dignidades más elevadas, sin permitir nunca cambios en cuanto a ascensos en los cargos, excepto en unos pocos casos, y sin animar jamás los instintos bélicos.

21.16.2. Bajo su mandato, ningún general fue elevado al rango de «*clarissimus*». Pues eran todos, según yo recuerdo, «*perfectissimi*»[48]. Ningún gobernador de provincia podía chocar en sus atribuciones con un general de caballería, y a éstos no se les permitía tomar parte en los asuntos civiles. Pero todos los cargos, militares o civiles, siguiendo la antigua tradición, consideraban siempre el cargo de prefecto del pretorio como el culmen de todos los honores.

21.16.3. Era excesivamente cuidadoso en cuanto a la protección de sus soldados y a veces parecía muy puntilloso a la hora de examinar sus méritos. Atribuía los cargos de la corte como con plomada, y con él nadie que hiciera alguna hazaña podía llegar a la corte en poco tiempo o siendo un desconocido. Por el contrario, tan sólo se reconocía a aquellos que llevaban diez años como encargado judicial, o del tesoro, o desempeñando una función similar.

Era sumamente raro que un militar alcanzara la administración civil y, por contra, a no ser que se estuviera experimentado en las fatigas de la guerra, nadie podía estar al frente de un cuerpo militar.

21.16.4. Pretendía sentir gran afición por la cultura, pero si cuando se alejó de la retórica por tener un espíritu torpe, se dedicó a componer versos, tampoco escribió nada memorable.

21.16.5. Como su vida fue parca y sobria, moderada en la comida y en la bebida, gozó de tal salud que contrajo escasas

---

[48] Y es que el rango de *clarissimus* sólo era atribuido a los senadores o a sus descendientes.

enfermedades, aunque las que tuvo no fueron nada leves. Y es que esto es lo que suele ocurrir a las personas que se abstienen de una vida lasciva y lujosa, tal como han demostrado tanto ejemplos numerosos a lo largo del tiempo como las declaraciones de los médicos.

21.16.6. Se contentaba con dormir poco cuando así aconsejaban las circunstancias o la prudencia y, durante su larguísima vida, fue muy casto. Hasta tal punto que ni el peor de sus sirvientes particulares pudo nunca hablar mal de él, ni siquiera basándose en una sospecha, aunque sabemos que este tipo de faltas, si no son reales, suelen ser inventadas por maldad, porque se supone que en la cumbre del poder se es más desenfrenado.

21.16.7. Tenía gran habilidad para montar a caballo, lanzar jabalinas, disparar flechas con precisión, y para todas las actividades propias de la infantería. Voy a omitir, porque lo he mencionado ya en numerosas ocasiones, el que nunca se le vio tocarse la boca ni la nariz en público, ni escupir, ni volver su cabeza en distintas direcciones, o que, mientras vivió, no probó la fruta.

21.16.8. Una vez enumeradas brevemente las virtudes que hemos podido conocer, dispongámonos a exponer sus defectos:

Siendo comparable en su actuación judicial a emperadores mediocres, si tenía alguna sospecha, por ligera o falsa que fuese, de que se pretendía llegar a la dignidad imperial, lo investigaba sin tregua, y le daba igual si era justo o injusto, llegando a superar fácilmente en crueldad a Calígula, a Domiciano y a Cómodo. No en vano, para imitar el comportamiento sanguinario de éstos, en los inicios de su imperio, mandó asesinar a todos los que estaban unidos a él por lazos de sangre o de parentesco.

21.16.9. A estas calamidades de los desgraciados, que eran acusados por haber criticado o injuriado a su dignidad imperial, se les añadían la crueldad, la ira y las sospechas de Constancio, que alcanzaban un grado extremo.

Y si se producía algún hecho de este tipo, se dedicaba a investigarlo con más acritud que justicia. Por ello, seleccionaba investigadores crueles para los procesos y, si la naturaleza se lo hubiera permitido, habría intentado encontrar para algunos un castigo peor que la muerte, siendo en este tipo de cuestiones incluso más sanguinario que Galieno.

21.16.10. Y es que Galieno sí fue traicionado realmente, y no en una sino en numerosas ocasiones, por malvados como Aureolo, Póstumo, Ingenuo o Valente –el llamado Tesalónico–, así como por otros muchos[49], pero normalmente castigaba con benevolencia unos planes que podían haberle costado la vida. En cambio, Constancio intentaba que incluso las acusaciones falsas o dudosas parecieran totalmente ciertas por la excesiva dureza del castigo.

21.16.11. Y lo cierto es que en tales asuntos odiaba la justicia, aunque hacía cualquier cosa por parecer justo y clemente. Y, al igual que las chispas que vuelan de la madera seca con el más mínimo soplo de viento y en un instante llegan a poner en peligro a pueblos enteros, así también Constancio, por una nadería, ocasionaba multitud de desgracias, sin parecerse en nada al respetado emperador Marco Aurelio quien, cuando Casio alcanzó la dignidad imperial en Siria, al apoderarse de un paquete de cartas enviadas por éste a sus cómplices después de capturar al que las llevaba, ordenó que las quemaran sin abrirlas, pues como el emperador se hallaba aún en Iliria y no conocía a los traidores, no podría enfrentarse a nadie[50].

21.16.12. Y tal como algunos pensaban con gran cordura, habría sido una muestra mayor de valor el que Constancio hubiera abandonado el imperio sin derramar sangre, que el que lo hubiera defendido con tanta dureza.

---

[49] Son militares que intentaron usurpar el poder en el mandato de Galieno, a mediados del siglo III.

[50] Cfr. Dio. 62,26,38.

21.16.13. No en vano, como dice Cicerón en una carta a Nepote en la que critica la crueldad de César: «El triunfo no es otra cosa –dice él– que el éxito de las acciones honestas. O, para definirlo de otro modo: El triunfo es el resultado de la colaboración entre la fortuna y la prudencia, de la que, si no nos servimos, no podríamos ser felices de ningún modo. Así pues, con las determinaciones fatales y crueles que tomó, César no pudo alcanzar la felicidad. Y a mi juicio, en el pasado, a pesar de sufrir el destierro, fue más feliz Camilo que Manlio aunque éste hubiera podido llegar a reinar tal como deseaba»[51].

21.16.14. Esto lo advierte también Heráclito de Éfeso[52], asegurando que, en ocasiones, por la volubilidad de la fortuna, hombres valiosos han sido superados por otros débiles y perezosos. Pero la principal de las virtudes es cuando el poder más elevado somete, como bajo un yugo, todo impulso dañino, cólera o furia, y consigue así un glorioso triunfo en la fortaleza de un espíritu vencedor.

21.16.15. Pues bien, este emperador resultó siempre maltrecho y derrotado en las guerras externas, pero se hinchó enormemente por sus triunfos en las guerras civiles y se cubrió con la sangre maldita derramada por las heridas internas de la nación. Y por ello, basándose más en la crueldad que en la razón, levantó arcos triunfales de gran suntuosidad en la Galia y en Panonia para celebrar la destrucción de las provincias, y colocó sobre ellos el relato de sus hazañas para que, mientras estos monumentos permanecieran en pie, éstas pudieran conocerse.

21.16.16. Dependía completamente de sus esposas[53], o de las palabras seductoras de sus eunucos y de algunos persona-

[51] Es un pasaje de Cicerón que no nos ha llegado por otros testimonios.
[52] Filósofo del s. VI a.C.
[53] Se había casado tres veces.

jes de la corte, que aplaudían cada una de sus decisiones y estaban aguardando a que dijera «sí» o «no» para mostrarse de acuerdo.

21.16.17. Además, la amargura de esta época se veía aumentada por la insaciable rapacidad de los cobradores de impuestos, que le granjearon a Constancio más odio que dinero. Y a muchos les parecía intolerable el que nunca se preocupó por investigar esta situación, ni cuidó del bienestar de las provincias, aunque estuvieran atormentadas por múltiples tributos e impuestos. Y además quitaba con facilidad lo que había otorgado.

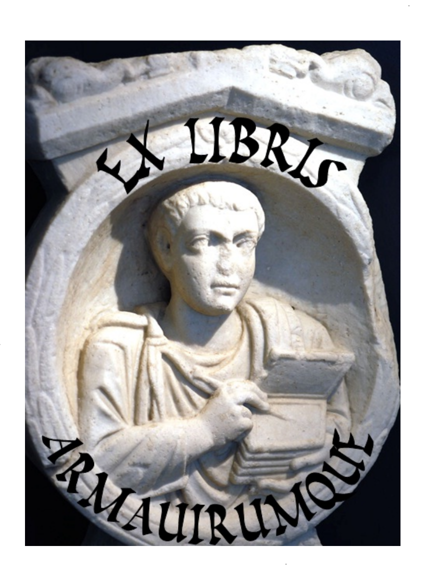
21.16.18. Confundiendo la religión cristiana, que es completa y simple, con una superstición de viejas, dio lugar a muchos enfados por investigarlo todo de forma excesiva en vez de reformarlo, y alentó incluso esos enfados con disputas verbales. Además, como había un número enorme de obispos que iban de acá para allá en el servicio de transporte para acudir a lo que ellos llaman sínodos, mientras intentaba organizar todas las costumbres religiosas, cortó las alas a este servicio.

21.16.19. En cuanto a su aspecto y a la apariencia de su cuerpo, era muy moreno, con ojos brillantes y mirada aguda, cabello fino, se afeitaba con frecuencia y lucía un mentón suave. Su cuerpo era bastante largo desde el cuello hasta las caderas, pero sus piernas eran muy cortas y curvadas, por lo cual tenía aptitudes para saltar y correr.

21.16.20. Una vez el cadáver del emperador fue amortajado y colocado en un nicho, Joviano, que entonces era todavía oficial de la guardia personal, recibió la orden de marchar hasta Constantinopla acompañado de toda la corte, para que Constancio fuera enterrado de forma adecuada.

21.16.21. Cuando Joviano ascendió al vehículo que portaba los restos, como suele suceder tratándose de un emperador, se

le ofrecieron porciones de las raciones de los soldados («*probae*» según las denominan ellos mismos) y le mostraron los animales del transporte público. Además, siguiendo la costumbre, la afluencia de gentes fue creciendo, hechos que parecían otorgar el poder al citado Joviano, aunque se trataba de un poder vano e inútil, pues en realidad era simplemente el encargado del entierro.



LIBRO 22

22.1. El Augusto Juliano se detiene en Dacia por temor al Augusto Constancio y, en secreto, consulta con augures y adivinos

22.1.1. Mientras la volubilidad de la Fortuna va disponiendo estos hechos en otra parte del mundo, Juliano, entre las muchas actividades que realizaba en el Ilírico, escudriñaba las entrañas una y otra vez, e intentaba conocer el resultado final de los sucesos, observando las aves. Pero, ante las respuestas ambiguas y oscuras que obtenía, dudaba sin saber bien qué hacer.

22.1.2. Finalmente, un experto en la adivinación, el orador galo Aprúnculo, que con posterioridad fue elevado al cargo de gobernador de la Narbonense, le anunció el futuro después de examinar un hígado que, según decía, estaba cubierto por una doble cobertura.

Además, aunque Juliano temía engañarse debido a sus propios deseos y seguía angustiado por ello, él mismo observó un presagio mucho más evidente, que le auguraba con claridad la muerte de Constancio. Y es que, en el mismo momento en que Constancio moría en Cilicia, un soldado que levantaba a Juliano con la mano derecha para que montara en el caballo, resbaló y cayó al suelo. Entonces el emperador, ro-

deado por muchos que le escucharon claramente, gritó que había caído aquel que le había elevado a la cima.

22.1.3. Pero, aunque sabía que éstas eran señales favorables, como si tuviera una idea fija, permanecía en la Dacia, temiendo incluso allí numerosos peligros, pues consideraba que no era prudente confiar en unas conjeturas que, tal vez, podrían cambiar de sentido.

22.2. Una vez conocida la muerte de Constancio, Juliano atraviesa Tracia y entra en una Constantinopla en calma, asumiendo así el mando de todo el imperio romano sin batalla alguna

22.2.1. Mientras se debatía en esa situación tan tensa, súbitamente llegaron ante él los mensajeros que le habían sido enviados, Teolaifo y Aligildo[1], quienes le anunciaron la muerte de Constancio y añadieron que éste, al morir, le había nombrado como su sucesor.

22.2.2. Al conocer esta noticia, una vez vio ya superados los peligros, así como la enorme cantidad de preocupaciones de la guerra, cobró grandes ánimos y, confiado en los vaticinios, como sabía que, en ocasiones, la rapidez le había beneficiado en sus empresas, partió hacia Tracia y, muy pronto, una vez iniciada la marcha, después de superar el declive de Succo, se dirigió hacia Filipópolis, llamada antiguamente Eumolpiada, mientras le seguían gozosos todos los que le acompañaban.

22.2.3. Y es que se dieron cuenta de que ese poder por el que iban a luchar enfrentándose a los mayores peligros, frente a lo que esperaban, les iba a ser concedido legalmente. Y, como el rumor suele magnificar las noticias, desde entonces continuó su marcha con mayor grandiosidad, como si fuera en el

[1] Cfr. 21,15,4.

carro de Triptólemo, al que en las fábulas de la antigüedad, a causa de sus rápidas vueltas, representan como llevado por alados dragones voladores[2]. Y así, temido por tierras y mares, sin que le hiciera demorarse obstáculo alguno, llegó a Heraclea Perinto[3].

22.2.4. Cuando esto se supo posteriormente en Constantinopla, salieron a la calle gentes de todo sexo y edad como si fueran a ver a un ser procedente del cielo. Así pues, Juliano fue recibido el once de diciembre con el homenaje respetuoso del Senado y con el aplauso unánime de todos, rodeado por un gran número de soldados y de ciudadanos, y conducido como si su ejército estuviera listo para la lucha, mientras los ojos estaban clavados en él, no sólo con curiosidad, sino también con gran admiración.

22.2.5. Y es que parecía casi un sueño que este hombre aún joven, de poca estatura, famoso ya por sus hazañas, después de aniquilar en cruentas batallas a reyes y pueblos, había avanzado de ciudad en ciudad con una rapidez insospechada y, por donde pasó, había aumentado sus recursos y sus fuerzas, y se había apoderado de todo con tanta rapidez como las noticias lo habían narrado. Y, finalmente, la voluntad divina le había concedido el principado, obteniéndolo sin perjuicio alguno para el estado[4].

22.3. De los partidarios de Constancio, unos son condenados justamente y otros por falsedades

22.3.1. Poco después, Salutio Segundo fue elevado al cargo de prefecto del pretorio y, como era considerado persona leal,

---

[2] Cfr. Ovid, *Metam.* 5,641 y ss.

[3] Esta ciudad había recibido su nombre de Perinto uno de los compañeros de Hércules en sus aventuras.

[4] Amiano plantea que el que Constancio hubiera muerto era una ayuda divina, porque había evitado una guerra civil.

fue el encargado de supervisar la generalidad de las acusaciones. A éste se le unieron Mamertino[5], Arbitión[6], Agilón[7] y Nevita[8], así como Jovino[9], que recientemente había ascendido al cargo de comandante de la caballería en el Ilírico.

22.3.2. Todos ellos cruzaron Calcedonia y, en presencia de los generales y tribunos de los jovianos y de los herculianos, llevaron a cabo las investigaciones con una dureza que excedía realmente la equidad y la justicia, excepto en unos pocos casos en los que la verdad había puesto en evidencia a auténticos culpables.

22.3.3. Así, en primer lugar condenaron a muerte en Britania a Paladio, antiguo maestro de oficios[10], una persona que había llegado a esta situación tan sólo por la sospecha de que, junto a Constancio, había tramado algo contra Galo, en la época en la que éste era César.

22.3.4. Después condenaron al exilio en Vercelo a Tauro, antiguo prefecto del pretorio, por una acción que, de haber sido examinada por jueces que distinguieran lo justo y lo injusto, hubiera podido ser perdonada[11]. Pues ¿qué falta pudo cometer si, por temor a una revuelta que se estaba fraguando, buscó la protección de su príncipe? Además, la lectura pública del proceso que se llevó contra él causó un gran horror, porque el pliego público comenzaba así: «En el consulado de Tauro y de Florencio, cuando Tauro fue citado a juicio por los pregoneros»[12].

---

[5] Cfr. 21,10,8.
[6] Cfr. 16,6,1; 20,2,2.
[7] Cfr. 20,2,5.
[8] Cfr. 21,10,8.
[9] Cfr. 21,8,3; 21,12,2.
[10] Cfr.15,5,12.
[11] Cfr. 21,6,5.
[12] Y es que un magistrado no podía ser juzgado si no había sido relegado de su cargo. Además, lo único que Tauro había hecho era cumplir las órdenes de Constancio cuando éste se disponia a detener el avance de Juliano.

22.3.5. A un final similar fue condenado también Pentadio, a quien se le acusaba porque, cuando fue enviado por Constancio, anotó lo que Galo le había respondido a numerosas cuestiones, mientras se acercaba ya su final. Pero como se defendió bien, al final quedó en libertad sin condena alguna.

22.3.6. Por una injusticia similar el hijo de Nigriniano, Florencio, entonces maestro de oficios, fue recluido en la isla dálmata de Boas. Y otro Florencio, antiguo prefecto del pretorio y entonces cónsul, aterrado por el súbito cambio de la situación, tras salvarse del peligro junto a su esposa, permaneció oculto durante mucho tiempo, sin que pudiera regresar hasta la muerte de Juliano, pues durante su ausencia había sido condenado a muerte.

22.3.7. Con parecida suerte, Evagrio, conde del tesoro privado del emperador, y Saturnio, que fue encargado del palacio, así como Cirino, antiguo notario, fueron condenados al exilio. Pero, en cuanto a la muerte del conde del tesoro, Úrsulo, a mí me parece que fue llorada hasta por la propia Justicia, que acusó así al emperador de ingrato. Y es que cuando fue enviado como César a las tierras de Occidente, para que se viera agobiado por la penuria y para que no tuviera ninguna posibilidad de conceder nada a los soldados –con lo cual estaría expuesto a revueltas más serias dentro del ejército–, este mismo Úrsulo entregó una carta al que custodiaba el tesoro de la Galia y le ordenó que, sin ningún tipo de reserva, entregara todo lo que pudiera al César.

22.3.8. Ante la muerte de Úrsulo, como Juliano se vio expuesto a los insultos y a las injurias de la multitud, pensando que podría librarse de un crimen injustificable, afirmaba que este hombre había sido ejecutado sin su consentimiento, y alegaba que le había matado la ira de los soldados, ya que éstos recordaban las palabras que Úrsulo pronunció al ver la destrucción de Amida, tal como narramos anteriormente[13].

---

[13] Cfr. 20,11,5.

22.3.9. Y por eso parecía temeroso, o que no sabía bien lo que convenía, ya que puso al frente de estas investigaciones a Arbitión, siempre ambiguo y muy orgulloso, mientras que otros, como los oficiales de las legiones, estaban presentes sólo para salvar las apariencias. Y además Arbitión, como él sabía, era el primer obstáculo para salvar su propia vida, como correspondía a una persona valerosa que había alcanzado numerosas victorias en luchas civiles.

22.3.10. Y a pesar de que lo que hemos narrado no agradaba ni siquiera a los seguidores del César, sin embargo, incluso los que le apoyaban fueron juzgados con toda severidad.

22.3.11. No en vano Apodemio, antiguo miembro de su guardia personal, quien, como hemos narrado [14], se dejó llevar por las ganas de ver muertos a Silvano y a Galo, e igualmente el notario Paulo, conocido por «Cadenas» [15] –a quien no podemos nombrar sin escuchar los gemidos de muchos–, fueron quemados vivos, encontrando así el final que podía esperarse.

22.3.12. Además de éstos, Eusebio, que había sido encargado del servicio personal de Constancio, y que tenía altas y crueles aspiraciones, fue condenado a muerte por los jueces. Este hombre, ascendiendo desde la más baja condición, había llegado a dar órdenes casi como un emperador y, por ello, era intolerable. Ésta fue la razón por la que Adrastia, que examina a los humanos [16], le dio un tirón de orejas, como dice la expresión popular, y le aconsejó que viviera con más moderación. Pero, ante su negativa, le abatió como arrojándole desde un alto acantilado.

---

[14] Cfr. 14,11,19 y ss.; 15,5,8 y ss.

[15] Cfr. 14,5,8.

[16] Cfr. 14,11,25.

22.4. El Augusto Juliano expulsó del palacio a todos los eunucos, barberos y cocineros. Acerca de los vicios de estos eunucos de palacio, y sobre la corrupción de los soldados

22.4.1. Después de esto, el emperador dirigió su atención a los miembros del palacio y, prácticamente, expulsó a todos los que lo eran o podían serlo, pero no a la manera de un filósofo que pretende conocer la verdad.

22.4.2. Y es que hubiera podido ser alabado si, al menos, se hubiera quedado con algunos, por pocos que fuesen, a los que hubiera considerado honrados –aunque hay que decir que la mayor parte de ellos encerraba un auténtico semillero de vicios de todo tipo, hasta tal punto que podrían corromper al estado con sus malvados deseos, y más por su ejemplo que por la permisividad en las faltas, podrían perjudicar a muchos–.

22.4.3. No en vano algunos de ellos, enriqueciéndose con los despojos de los templos y buscando su propio beneficio en todas las ocasiones, como habían pasado de la pobreza extrema a la posesión de grandes riquezas, no tenían medida a la hora de robar ni de apoderarse de algo, pues tenían la costumbre de tomar siempre lo ajeno.

22.4.4. A partir de aquí, se extendieron el ejemplo de esta vida disoluta, los perjurios, y la falta de respeto por la buena fama, en tanto que su soberbia enloquecida mancillaba su propio honor con lujos vergonzosos.

22.4.5. En este ambiente, fueron aumentando la glotonería y un torbellino interminable de banquetes; las celebraciones triunfales fueron sustituidas por festejos en la mesa; se desarrolló la utilización de la seda y de las artes textiles, así como la preocupación excesiva por la cocina. Se buscaban superficies extensísimas para hogares lujosos con unas dimensiones tales que, si el cónsul Quinctio las hubiera pose-

ído para sus campos, hubiera perdido su fama de pobre incluso después de su dictadura [17].

22.4.6. A estos vicios tan vergonzosos se les añadieron escándalos en la disciplina militar, pues los soldados sustituyeron las canciones triunfales por cantinelas afeminadas y el lecho de los soldados no era ya de piedra, como antes, sino de blandos colchones de plumas. Buscaban copas más pesadas que sus espadas, porque les daba ya vergüenza beber de la jarra, y ansiaban tener casas de mármol, a pesar de que se nos ha transmitido que, en la antigüedad, un soldado espartano fue castigado duramente porque se atrevió a buscar cobijo bajo techo en plena campaña.

22.4.7. Además, en esta época, los soldados eran feroces y rapaces contra los suyos, y en cambio cobardes y débiles contra los enemigos, de manera que, como conseguían riquezas gracias a su ambición y a su desidia en la lucha, eran expertos en distinguir variedades de oro y piedras preciosas, actitud contraria a lo que nos ha mostrado la historia reciente.

22.4.8. Y es que, por ejemplo, durante el mandato del César Maximiano[18], cuando estaba siendo saqueado el campamento del rey persa, un soldado raso encontró un saco persa lleno de perlas y, por desconocimiento, tiró el contenido y tan sólo se quedó como recompensa con la piel del saco.

22.4.9. En esa misma época, se hizo venir a un barbero para cortar el pelo al emperador, y cuando Juliano le vio entrar con vestidos muy lujosos, se extrañó y dijo: «Yo no he hecho venir a un recaudador, sino a un barbero». Sin embargo, aquel,

[17] Cfr. Liv, 3,2,6,8; Val. Max. 4,4,7.

[18] Maximiano fue emperador del 286 al 305 d.C., teniendo como colega a Diocleciano, pero nunca se enfrentó a los persas, por lo cual Amiano debe referirse a C. Galerio Valerio Maximiano, César desde el 293 hasta el 305.

al ser preguntado acerca de qué obtenía de su trabajo, respondió que veinte anonas de pan al día, la misma cantidad de forraje para sus animales –lo que se dice popularmente «capita»[19]– así como un abundante salario anual, además de numerosos y ricos encargos.

22.4.10. Ante esta situación, Juliano despidió a todos los personajes de este tipo, como cocineros y otros similares, que solían ganar casi lo mismo, pues creía que no eran necesarios para él, por lo que les permitió que se fueran a donde quisieran.

22.5. El Augusto Juliano confiesa pública y abiertamente su creencia en los dioses, antes oculta, y hace que se enfrenten entre sí los obispos cristianos

22.5.1. Y aunque Juliano, desde su más tierna infancia, estuvo inclinado al culto de los dioses, y poco a poco, cuando fue creciendo, aumentaron sus deseos de practicarlo, sin embargo, por temor, realizaba los ritos pertinentes de la forma más secreta posible.

22.5.2. Pero cuando terminaron sus temores y se dio cuenta de que había llegado el momento de hacer libremente lo que deseaba[20], declaró sus verdaderos sentimientos y, con decretos sencillos y claros, ordenó que se abrieran los templos, que se llevaran víctimas a los altares y que se restituyera el culto a los dioses[21].

22.5.3. Para que la efectividad de esta disposición fuera mayor, permitió la entrada en el palacio de algunos obispos cristianos que tenían opiniones encontradas, así como de nume-

---

[19] Es decir, medida por cabeza.
[20] Es decir, una vez muerto Constancio.
[21] Y es que, por ejemplo, el sacrificio a los dioses había sido prohibido ya por Constantino, prohibición que se mantuvo hasta Constancio.

rosos fieles que estaban también en desacuerdo y les aconsejó que olvidaran sus diferencias y que no había problema alguno para que cada cual, sin ningún temor, tuviera sus propias creencias.

22.5.4. El objetivo final de esta disposición era que, al aumentar las discrepancias gracias a la permisividad, no tendría que temer luego a un grupo único, pues sabía por experiencia que ninguna fiera es tan peligrosa para los hombres como los propios cristianos entre sí. Y con frecuencia solía decir: «Escuchadme a mí, a quien escucharon los alemanes y los francos», pensando que así imitaba las palabras del emperador Marco Aurelio, aunque sin advertir que estaba en una situación totalmente diferente.

22.5.5. Porque se dice que aquél, al atravesar Palestina en su marcha hacia Egipto, con frecuencia, harto ya de revueltas y de gentes repugnantes, exclamó lleno de dolor: «¡Oh marcomanos!, ¡Oh cuados!, ¡Oh sármatas, al fin he encontrado a pueblos más turbulentos que vosotros!».

22.6. De qué modo obligó a que volvieran a su tierra varios litigantes egipcios que le importunaban y molestaban

22.6.1. Durante esa misma época, asustados ante diversos rumores, vinieron varios egipcios[22], pueblo controvertido y siempre dispuestísimo a litigar ya por costumbre, y especialmente ávido a la hora de pedir una indemnización si habían entregado algo a la fuerza, ya sea para librarse de una deuda o bien para que, al menos, la demora les permitiera entregar con más facilidad lo que se les pedía, o bien muy hábiles para obligar a los ricos a entregar dinero en su intento de evitar una acusación.

[22] Cfr. 22,16,23.

22.6.2. Todos éstos, apiñados, molestaban ruidosamente al propio emperador y a los prefectos del pretorio, murmurando como grajos y, remontándose hasta al menos setenta años atrás, reclamaban lo que, según ellos, habían entregado a distintas personas, ya fuera legalmente o de otro modo.

22.6.3. Y como no le dejaban hacer otra cosa, promulgó un edicto en el que se ordenaba que marcharan todos a Calcedonia, prometiéndoles que él mismo iría también muy pronto para solucionar todas sus cuestiones.

22.6.4. Una vez que se hubieron marchado, Juliano encomendó a los capitanes de los barcos que hacían la travesía en ambos sentidos que no osaran llevar a ningún egipcio. Y como esta orden se cumplió de forma muy estricta, desapareció el afán de calumnias y, viendo todos frustradas sus esperanzas, se quedaron en su tierra.

22.6.5. Ante ello se promulgó una ley que parecía dictada por la propia Justicia, una ley por la cual se prohibía molestar a cualquier recaudador a causa de un dinero que afirmara haber obtenido legalmente.

22.7. Con frecuencia Juliano administra justicia en el Senado de Constantinopla y, mientras soluciona allí los asuntos de Tracia, recibe a varias delegaciones de pueblos extranjeros

22.7.1. Llegado así el día uno de junio, cuando los nombres de Mamertino y de Nevita figuraron en los libros consulares, el príncipe apareció más accesible porque, mientras desempeñaba sus funciones, marchó a pie junto con otros nobles, en una acción que algunos alabaron, pero que otros criticaron como fingida y vulgar.

22.7.2. Posteriormente, cuando Mamertino ofreció unos juegos en el circo, mientras los esclavos que iban a ser manumi-

tidos según la costumbre eran conducidos por el maestro de oficios, el propio emperador pronunció la fórmula para que se realizara esta acción con gran rapidez, como solía y, al momento, cuando se le advirtió que la jurisdicción pertenecía a otro durante este día, se multó a sí mismo con diez libras de oro por haberse equivocado.

22.7.3. En esta época frecuentaba la curia realizando las tareas diversas que conllevaba la administración del estado. Y cierto día que se hallaba allí actuando como juez, cuando se anunció que había llegado de Asia un filósofo llamado Máximo, se levantó de forma nada apropiada y, olvidando quién era, tras recorrer a la carrera la larga distancia que le separaba de él, le recibió respetuosamente, le besó y le condujo a su lado en medio de agasajos inoportunos, pues daba la sensación de buscar con ansia una gloria vana. Sin duda, olvidaba las palabras de Cicerón, en las que, criticando este comportamiento, decía:

22.7.4. «Los propios filósofos ponen su nombre en los libros que escriben para despreciar la gloria, de manera que quieren que se hable de ellos y se les cite, a la vez que dicen despreciar la fama y el honor»[23].

22.7.5. No mucho después, dos miembros de la guardia personal que formaban parte de los que habían sido despreciados, acudieron a él llenos de confianza, y le prometieron que le mostrarían el escondrijo de Florencio si se les restituía a su cargo militar. Pero Juliano, criticándoles y llamándoles delatores, les dijo que no era propio de un emperador intentar apresar mediante pruebas indirectas a un hombre que se había escondido por temor a la muerte y quien, tal vez, no podría permanecer escondido más tiempo si no tenía esperanzas de alcanzar el perdón.

---

[23] Cic, *Arch.* 11,26.

22.7.6. Se había unido a esta escena Pretextato, senador de ilustre familia y de dignidad a la antigua, que se hallaba en Constantinopla por casualidad debido a un asunto privado y a quien había puesto al frente de Acaya en calidad de procónsul.

22.7.7. A pesar de poner tanto empeño en solucionar cuestiones civiles, no descuidó lo militar. En este sentido, puso al frente de los soldados a hombres de larga experiencia, restauró además todas las ciudades de Tracia, así como las fortalezas fronterizas, y se preocupó mucho para que no les faltaran ni armas, ni ropas, ni dinero, ni alimentos a los soldados que se hallaban dispersos junto al Danubio, ya que éstos, según había escuchado, se estaban enfrentando con cautela y valor a los ataques de los bárbaros.

22.7.8. Después de actuar así en todos los campos sin permitir ningún tipo de desidia, ante el consejo de sus amigos para que atacara a los pueblos godos vecinos, que con frecuencia se habían mostrado como desleales y pérfidos, dijo que prefería buscarse mejores enemigos, porque a esos les bastaban los comerciantes gálatas, por quienes serían vendidos en cualquier lugar sin ningún tipo de condición.

22.7.9. Mientras se ocupaba de estos asuntos y de otros similares, su fama se extendía por los demás pueblos, alabándose su valor, sobriedad, experiencia militar, y colmándosele de todas las virtudes. De este modo, llegó a ser conocido en todo el mundo.

22.7.10. Así pues, tanto por pueblos cercanos como muy distantes, se extendió el temor a su llegada y, por todas partes, corrían mensajeros con más velocidad de la usual: por una parte los pueblos situados al otro lado del Tigris y los armenios le suplicaban la paz. Por otra, pueblos índicos desde los divos y los serendivos competían entre sí enviándole a nobles con regalos antes de tiempo. Desde el sur, los moros se ofrecieron para servir al pueblo romano. Desde el norte y las regiones desiertas por las que el Fasis desemboca en el mar, los

bosporanos y otros pueblos antes desconocidos enviaron mensajeros que suplicaban que, a cambio de cumplir sus pagos anuales, se les permitiera vivir tranquilamente en sus propias tierras.

22.8. Descripción de la Tracia y del golfo Póntico, así como de las regiones y pueblos cercanos al Ponto

22.8.1. Ya que el príncipe nos ha llevado a esta zona, creo que es un buen momento para describir detalles de las tierras más lejanas de Tracia y de la región del golfo Póntico [24], utilizando para ello la información que me ofrecen mis viajes o mis lecturas.

22.8.2. El Atos, monte altísimo de Macedonia que, en otro tiempo, fue atravesado por las naves persas [25], y el Cefereo, rocosa elevación de Eubea, donde Nauplio, padre de Palamedes destruyó la flota argiva, aunque muy distantes entre sí, separan el Egeo del mar de Tesalia.

En cuanto al Egeo, va extendiéndose paulatinamente y, por la derecha, donde su superficie es mayor, aparece lleno de islas como las Espóradas y las Cícladas, llamadas así porque forman un círculo en torno a Delos, célebre por ser cuna de dioses[26]. Por la izquierda, el Egeo baña Imbros, Ténedos, Lemnos y Tasos, y cuando sopla un fuerte viento, se lanza con gran violencia sobre Lesbos.

22.8.3. A partir de aquí, a contracorriente, el Egeo rodea el templo de Apolo Esmintio [27], la Tróade, e Ilión, ilustre por hazañas heroicas. Además, forma la bahía de Melas, opuesta al soplo del Céfiro. En la entrada de esta bahía se contempla

---

[24] Amiano llama *sinus Ponticus* (golfo Póntico) al Mar Negro, aunque en otras ocasiones lo denomina *Euxinus*.

[25] Cfr. Herod. 7,122.

[26] De Apolo y de Diana.

[27] Epíteto de Apolo, al que relaciona con un roedor (*smínthos*) que destruye las cosechas.

Abdera –el hogar de Protágoras y de Demócrito, sangrienta tierra del tracio Diómedes–, y los valles por los que el Hebro [28] se une con el mar, así como Maronea y Eno, cuya construcción fue iniciada con malos augurios por Eneas y luego abandonada, porque el héroe, guidado por los dioses, se apresuró a la antigua Ausonia [29].

22.8.4. Desde aquí, alargándose poco a poco, como por cierta atracción natural, desemboca en el Ponto y se une con éste formando una especie de letra griega «phi» [30]. A continuación, tras separar el Helesponto de Ródopa, baña Cinosema –donde se cree que está sepultada Hécuba– [31] y también Coela, Sestos y Calípolis. Por el otro lado, extendiéndose junto a los sepulcros de Aquiles y de Áyax, alcanza también Dárdanos y Abidos, desde donde, gracias a un puente, Jerjes atravesó a pie el mar. Después baña Lampsaco, entregada como regalo a Temístocles por el rey persa [32], así como Parión, fundada por Paris, el hijo de Jasión.

22.8.5. Desde aquí se desdobla hacia dos direcciones formando una especie de semicírculo de modo que se abre por un extenso espacio [33] y con sus aguas, que bañan la Propóntide, riega por la izquierda Cyzico, Díndimo (templo sagrado de la Gran Madre) [34], Apamia y Cío, donde a Hilas (...) [35] y Astaco, que posteriormente fue denominada Nicomedia a partir del nombre del rey. Por donde se extiende hacia el oeste, alcanza Queroneso y Egospótamo, el lugar en el que Anaxágoras predijo que caerían piedras del cielo [36], también Lisi-

---

[28] Es el actual Maritza.

[29] Cfr. Verg, *Aen*. 3,13 y ss.

[30] Amiano se refiere a la Propóntide.

[31] El nombre de Cinosema (monumento del perro) sería así muy expresivo, porque, según Ovidio (*Met*. 13,399 y ss.), después de la derrota de Troya, Hécuba se transformó en perro.

[32] Cfr. Nep, *Them*. 10,3; Thuc, 1,138,5; Plut, *Them*. 29,11.

[33] El mar de Mármara.

[34] Templo consagrado, pues, a Cibeles.

[35] Aparece aquí una laguna.

[36] Cfr. Plin, *Nat*. 2,149; Strabo 7,55.

maquia y la ciudad que fue fundada por Hércules y dedicada a la memoria de su camarada Perinto.

22.8.6. Y para que aparezca plena y perfectamente la forma de la letra «phi», justo en el medio de la circunferencia encontramos la isla alargada de Proconeso y Besbico[37].

22.8.7. Después de alcanzar este extremo, el mar se estrecha de nuevo y, semejante a un brazo, corre entre Europa y Bitinia, bañando Calcedonia, Crisópolis y otros puntos poco conocidos.

22.8.8. Su ribera izquierda se extiende sobre el puerto de Athyras, Selimbria y Constantinopla, la antigua Bizancio, colonia de los atenienses, así como sobre el promontorio Ceras que, gracias a una torre iluminada y construida en lo alto guía a las naves. Sopla desde allí un viento muy frío denominado Ceratas.

22.8.9. Tras fragmentarse de este modo y terminar con la participación de los dos mares, su curso se hace más calmado y se abre hasta formar una extensión de agua tan lata y extensa como puede abarcar la vista[38].

22.8.10. Todo el recorrido de su curso, como si se tratara de la vuelta a una isla, mide veintitrés mil estadios, según afirman Eratóstenes, Hecateo, Ptolomeo y otros expertos en estos temas. Y, según la opinión unánime de todos los geógrafos, tiene la forma de un arco escita con la cuerda tensa[39].

22.8.11. Por donde el sol se levanta desde el océano oriental, termina en los pantanos de la Meótide. Por donde se pone, alcanza hasta las provincias romanas. Desde donde se extiende

---

[37] En esta digresión hay bastantes incorrecciones, como el empeño de Amiano de relacionar la forma de la Propóntide con la letra «phi», aunque en el centro de este mar sí se encuentran estas dos islas mencionadas por nuestro autor.

[38] En el mar Negro propiamente dicho.

[39] Cfr. Strabo 2,5,22; Mela 1,102; Plin, *Nat.* 4,76.

hacia la constelación del norte, nutre tierras habitadas por hombres de lenguas y costumbres diversas. Y, en su lado sur, se deja llevar formando una suave curvatura.

22.8.12. En esta amplísima extensión, encontramos distintas ciudades griegas, fundadas todas ellas, con la excepción de unas pocas, por milesios de épocas distintas, colonos de los atenienses, y quienes, entre otros jonios fueron llevados mucho antes a Asia por Nileo, el hijo de aquel famoso Codro que, según se dice, ofreció la vida por su patria en la guerra dórica[40].

22.8.13. Los dos Bósforos, el Tracio y el Cimerio, situados uno frente a otro, conforman los dos extremos del arco y se llaman Bósforos porque, según dicen los poetas, en otro tiempo la hija de Inaco cruzó a través de ellos hasta el mar Jonio transformada en vaca[41].

22.8.14. Así pues, por la derecha, la zona curvada del Bósforo Tracio termina en la costa de Bitinia, llamada en la antigüedad Migdonia. En ella encontramos las regiones de Tinia, Mariandena y los bebrices –salvados de la crueldad de Amico por el valor de Pólux– así como un puesto de guardia alejado, en el que el adivino Fineo se sintió atemorizado ante el vuelo amenazador de las Harpías[42]. Es por esta costa, que forma curvadas bahías, por donde desembocan en el mar los ríos Sangario, Filis, Lico y Rebas. Frente a ellos encontramos las negras Simplégades, dos escollos que dan lugar a picos cortados en toda esa zona, unos picos que solían en la antigüedad chocar entre sí con horroroso estruendo y, volviendo hacia atrás con fuerte impulso, se colocaban de nuevo en el lugar inicial.

Al atravesar estos picos rocosos que se abren y se mueven, ni siquiera un pájaro que volara con toda la velocidad de sus alas podría librarse de ser aprisionado y morir.

---

[40] Cfr. Hdt. 5,76; Val. Max. 2,6,1.

[41] *Bósforos* en griego significa «paso de la vaca». Acerca de esta metamorfosis, *vid*. Ovid. *Met*.1,583 y ss; Val. Flac. 4,334 y ss.

[42] Cfr. Strabo 2,5,22; Mela 1,102; Plin, *Nat*.4,76.

22.8.15. Cuando la primera de todas las naves, la nave Argo, marchaba presurosa hacia la Cólquide a través de estos escollos en su intento de arrebatar el vellocino de oro, no recibió daño alguno, porque permanecieron inmóviles y unidos sin su rotación habitual, de tal modo que ninguna persona que los vea ahora creería que alguna vez estuvieron separados, de no ser porque todos los relatos heroicos de la antigüedad coinciden en esto [43].

22.8.16. Después de esta zona de Bitinia, aparecen las provincias del Ponto y de Paflagonia, en las que se encuentran ciudades importantes como Heraclea, Sinope, Polemonion, Amisos, así como Tíos y Amastris, fundadas todas en sus inicios por los griegos. También Céraso, desde donde Lúculo trajo los frutos de este nombre [44], y dos islas que contienen las ciudades nada despreciables de Trapezunte y Pitiunte.

22.8.17. Más allá está la cueva Acherusia, a la que los nativos llaman «Mychopóntion», el puerto de Acone, los ríos Acheronte (llamado también Arcabis) [45], el Iris, el Tybris [46] y, muy cerca, el Partenio, todos los cuales se precipitan al mar con rápido curso. El siguiente río es el Termodón, que nace en el monte Armonio, y que atraviesa los bosques de Temiscira, a donde, en otro tiempo, se vieron obligadas a huir las amazonas por la siguiente razón:

22.8.18. Las antiguas amazonas, una vez debilitados los pueblos vecinos con sus frecuentes ataques, ya que los devastaban con incursiones sangrientas, tenían otras aspiracio-

---

[43] Cfr. Apolonio de Rodas 2,328 y ss.

[43] Cerezas. Cfr. Plin, *Nat.* 15,102.

[45] La edición de J. Fontaine, siguiendo la descripción geográfica de la zona se decanta por el río *Archabis*, mientras que Rolfe piensa que Amiano menciona el Arcadio.

[46] Nueva divergencia en esta descripción entre las ediciones consultadas, porque Fontainte habla del Tembris, mientras que Rolfe se decanta por otro río de la zona, el Tibris.

nes y, al considerar que sus fuerzas eran mejores que las de los pueblos que las rodeaban, se dejaron llevar por su ambición. Entonces, después de acabar con numerosos pueblos, se dispusieron a atacar a los atenienses, pero éstos en el fragor de la lucha, rompieron su formación y las dispersaron, de manera que ellas, al quedar sin protección los flancos de su caballería, sucumbieron[47].

22.8.19. Conocida su muerte, las que se habían quedado en casa por ser débiles para la lucha, llevadas por una necesidad extrema, consiguieron rechazar los violentos ataques de los pueblos vecinos, que les devolvían simplemente lo que ellas les habían hecho, y marcharon a un lugar más tranquilo, en Termodón, donde su linaje fue propagándose y, gracias a su numerosa descendencia, volvieron a su tierra con un poderosísimo ejército, constituyendo un motivo de temor en épocas siguientes para pueblos de distinto origen.

22.8.20. No lejos de allí se levanta Carambis, que se eleva suavemente frente al Gran Oso del Norte y, a una distancia de dos mil quinientos estadios, aparece Crioumetopon, un promontorio del Táurico. Desde este punto, todo el litoral –que comienza en el río Halis–[48] como si se hubiera trazado en línea recta, tiene la forma de la cuerda de un arco, atada a los dos extremos.

22.8.21. Próximas a estas regiones, están los dahes, los guerreros más fieros de todos, y los cálibes, que extrajeron y forjaron por primera vez el hierro. Más allá encontramos unas tierras llanas, habitadas por los bizares, los sapires, tibarenos, mosinecos, los macrones y los fílires, pueblos con los que no hemos tenido contacto alguno.

22.8.22. Desde aquí, a una breve distancia, encontramos monumentos sepulcrales de hombres ilustres, en los que están

[47] Este enfrentamiento, según la leyenda, se habría producido en tiempos de Teseo.

[48] Es el actual Kizil Iroud, el río más importante de esta zona.

enterrados Estenelo, Idmón y Tifis, de los cuales, el primero fue amigo de Hércules y fue herido de muerte en la guerra contra las amazonas[49]; el segundo fue un adivino que formaba parte de la expedición de los Argonautas[50] y el tercero fue el prudente piloto de la nave Argo[51].

22.8.23. Una vez recorridas las zonas citadas, aparece la cueva de Aulión, y el río de Calícoro, llamado así porque Baco, después de superar a los pueblos del Indo tras tres años de lucha, volvió a estas regiones y, en torno a las verdes y frescas orillas de este río, volvió a celebrar sus antiguas orgías y sus bailes. Algunos piensan que los sacrificios de este tipo se denominan por ello «trietérica»[52].

22.8.24. Más allá, está la poblada región de los camaritas, y el Fasis, que con su agitado curso, llega hasta la Cólquide, pueblo de antiguo linaje egipcio donde, entre otras ciudades, encontramos Fasis –que recibe su nombre del río–, y Dioscurias, conocida hasta la actualidad, cuyos fundadores se dice que fueron los espartanos Anfito y Cercio, aurigas de Cástor y Pólux, y fundadores también de la nación de los Heniocos[53].

22.8.25. A corta distancia, encontramos a los aqueos, quienes, una vez terminada una guerra en Troya (pero no aquella en la que se luchó por Helena, como afirmaron algunos autores, sino otra anterior), empujados por el viento hasta el Ponto contra su voluntad, tan sólo encontraron allí a pueblos hostiles y, como no pudieron encontrar en ningún lugar un cobijo seguro, se retiraron a las cumbres de las montañas, siempre cubiertas de nieve. Así, forzados por la dureza del clima, tuvieron que vivir mediante el robo en medio de grandes peli-

---

[49] Cfr. Val. Flac. 89 y ss.
[50] Cfr. Val. Flac. 2 y ss.
[51] Cfr. Val. Flac. 15 y ss.
[52] Es decir, que se celebra cada tres años.
[53] Este término significa «aurigas, cocheros».

gros y, por ello, rebasaron todos los límites de la barbarie. Acerca de los cercetas, que habitan junto a ellos, no tenemos nada digno que contar.

22.8.26. A sus espaldas, encontramos a los inquietos pueblos que habitan el Bósforo Cimérico, donde hay ciudades milesias como Panticapeo, la capital[54], rodeada por el río Hispanis, caudaloso por contar tanto con aguas propias como de otros afluentes.

22.8.27. Desde aquí, tras un extenso camino, encontramos a las amazonas, cuyo territorio se extiende hasta el mar Caspio. Habitan en torno al Tanais[55], que nace entre los picos del Cáucaso y fluye con sinuoso curso separando Asia de Europa hasta desaparecer en la zona pantanosa de Meotis.

22.8.28. Allí cerca se encuentra el río Ra[56], en cuya orillas nace la raíz de una planta que se utiliza para múltiples remedios medicinales.

22.8.29. Al otro lado del Tanais, los saurómatas disfrutan de un amplio territorio, por el que corren ríos que nunca se secan, como el Maraco, el Rombites, el Teófanes o el Totordanes. Ahora bien, hay otro pueblo de los saurómatas que habitan muy lejos de allí, cercanos a la costa regada por el río Córax, que luego desemboca en el mar Euxino.

22.8.30. Cerca de allí, está la zona pantanosa de Maeotis[57], de enorme diámetro, de cuyos fertilísimos regueros, atravesando los estrechos de Panticapes, fluye una gran cantidad de agua hasta el Ponto, y en cuyo lado derecho se encuentran las islas Phanagoro y Hermonassa, fundadas por manos griegas.

---

[54] La actual Kertch.
[55] El actual Don.
[56] Es el Volga.
[57] Es el mar de Azov que, al estar rodeado por una zona pantanosa, es denominado *palus* (pantano).

22.8.31. Alrededor de estas zonas tan aisladas y alejadas habitan numerosos pueblos de lenguas y costumbres diferentes, como los ixomatas, maeotas, yaziges, roxolanos, alanos, melanclenos y, junto a los gelones, los agatirsos, en cuyo territorio hay gran abundancia de diamantes. Además de otras gentes menos conocidas, porque son ya las más alejadas de todos.

22.8.32. En el lado izquierdo de la Meótide, allí cerca, encontramos Queronesos, llena de colonias griegas, donde habitan hombres tranquilos y serenos, que se esfuerzan en trabajar con el arado y viven de lo que recolectan.

22.8.33. A escasa distancia de ellos, encontramos a los tauros, divididos en varios reinos, entre los que se encuentran pueblos terribles y de enorme crueldad como los aricos, sincos y napeos, cuya ferocidad había aumentado debido a su excesivo libertinaje, hasta tal punto que llamaron al mar «Inhóspito», aunque, por el contrario, es denominado irónicamente Ponto Euxino [58], al igual que los griegos llamamos a un tonto «euethés» [59], a la noche «eufróne» y a las furias «euménides» [60].

22.8.34. Y es que ellos ofrecen a los dioses sacrificios con víctimas humanas, e inmolan extranjeros en honor a Diana, a la que ellos llaman «Orsiloche», tras lo cual clavan las cabezas de los cadáveres en las paredes de sus templos como recuerdo eterno de sus hazañas gloriosas.

22.8.35. En esta región Táurica está la isla de Leuce, completamente deshabitada y dedicada a Aquiles. Y si, por casualidad, llega alguien allí, después de ver las reliquias del pasado, el templo y las ofrendas consagradas a este héroe, vuelven a sus naves al atardecer, porque dicen que nadie puede dormir allí sin poner en peligro su vida. También hay

---

[58] *Euxinos*, en griego, significa «hospitalario».
[59] Algo así como «hombre de buenas maneras».
[60] «De buen ánimo».

agua, y nacen blancas aves, semejantes a los alciones, acerca de cuyo origen trataremos a propósito de las guerras del Helesponto[61].

22.8.36. Hay también algunas ciudades en la Táurica, entre las que destacan Eupatoria, Dandace, Teodosia y otras ciudades menores que no han sido mancilladas con sacrificios humanos.

22.8.37. Se plantea que el extremo del arco se extiende hasta aquí. Pero sigamos ahora con el resto del arco, que se dobla suavemente, advirtiendo para ello que, mientras que los arcos de todos los pueblos se extienden con las puntas curvadas, los escitas son los únicos, junto con los partos, que tienen los extremos grandes y separados, doblados hacia el interior, formando así la figura de luna en cuarto menguante, con una línea recta y circular dividiéndolo por la mitad.

22.8.38. De este modo, en el propio inicio de esta zona, donde se suavizan ya los montes Rifeos, habitan los aremfeos, pueblo conocido por su justicia y amabilidad[62], en torno al cual corren los ríos Cronio y Visula. Junto a ellos encontramos a los masagetas, alanos, sargetas y otros muchos pueblos desconocidos, de los que no nos han llegado ni sus nombres ni sus costumbres.

22.8.39. A continuación, a una distancia nada despreciable, se abre el golfo Carcinita, así como un río del mismo nombre y un bosque sagrado dedicado a Trivia, a quien se venera en estas regiones[63].

22.8.40. A continuación el Borístenes[64], que nace en los montes Nervios. Es un río caudaloso desde su nacimiento y

---

[61] Esta alusión no aparece en ninguno de los libros conservados.
[62] Cfr. Plin. *Nat.* 6,19.
[63] Trivia es uno de los apelativos de Diana.
[64] Es el Dnieper en la actualidad.

que, además, durante su curso recibe las aguas de numerosos afluentes, tras lo cual se mezcla con las violentas y encrespadas olas del mar. En sus orillas se encuentra la ciudad de Borístenes, Cefaloneso y unos altares consagrados a Alejandro Magno y al César Augusto.

22.8.41. A gran distancia de allí, hay una península habitada por los serviles sindos, quienes, después del desastre de sus señores en Asia, se apoderaron de las esposas y de las posesiones de sus dueños[65]. Cerca de ellos se encuentra una agradable costa llamada por sus habitantes «Campo de carreras de Aquiles», memorable en otro tiempo por los ejercicios que realizó allí el general de Tesalia.

Cerca está la ciudad de Tiros, colonia de los fenicios, rodeada por el río Tiras[66].

22.8.42. En la mitad del arco que, como hemos indicado, tiene una amplia superficie circular (lo que para un viajero dispuesto supone quince días de viaje), están los alanos europeos y los costobocas, además de innumerables tribus escíticas, que se extienden hasta unas tierras sin final conocido.

De estos pueblos, una pequeña parte vive de los cultivos y todas las demás vagan por inmensos desiertos, que nunca han experimentado ni la simiente, ni la esteva, ya que son áridos y están cubiertos de escarcha, por lo cual estas gentes se alimentan como fieras abominables. Tienen sus objetos queridos, sus moradas y sus viles utensilios en carros cubiertos con corcho, de manera que, cuando así lo quieren, emigran sin obstáculo alguno llevando sus carros adonde les place.

22.8.43. Cuando llegamos a la zona que constituye el extremo del arco, donde abundan los puertos, destaca la isla de Peuce en torno a la cual habitan los trogoditas, los peucos y otros pueblos de menor importancia. Además encontramos

---

[65] Cfr. Herod. 4,1; Justin, 2,5,1-8.
[66] Es el Dniester en la actualidad.

aquí Histros, ciudad poderosísima en otra época, Tomis, Apolonia, Anchíalos, Odesa y otras muchas ciudades que se extienden por la costa de Tracia.

22.8.44. En cuanto al río Danubio, que nace junto a Ráuracos [67] y a los montes cercanos a la frontera de Recia, fluye por una superficie muy extensa, recibe sesenta afluentes casi todos navegables, después de lo cual desemboca en el mar por esta costa Escítica a través de siete bocas.

22.8.45. La primera de éstas es la isla de Peuce, tal como se interpreta su nombre en la lengua griega. La segunda es Naracustoma, la tercera Calonstoma, la cuarta Pseudostoma, pues Borionstoma y la siguiente, Estenostoma [68], son mucho más pequeñas que las demás. La séptima es una especie de pantano negro y cenagoso.

22.8.46. En general todo el Ponto, con su superficie circular, es nebuloso, menos salado que los demás mares y con abundantes vados. Esto se debe a que el aire se espesa en ocasiones, se condensa con la evaporación de la humedad y se suaviza ante la magnitud de las aguas que se precipitan sobre él, formando una zona pantanosa ante la arena y el sedimento aportados por el gran número de ríos que desembocan en él.

22.8.47. Es un hecho que, desde todos los confines del Mediterráneo, vienen hasta este tranquilo retiro oleadas de peces para tener aquí sus crías, porque, debido a la tranquilidad de las aguas, los crían en muy buenas condiciones en unas cavidades que son muy numerosas allí, y en las que están a salvo de otros peces más voraces. No en vano, en el Ponto, no se han visto nunca más especies que pequeños e inofensivos delfines.

---

[67] La actual Augst.

[68] *Stoma* en griego significa «boca» y, en estas denominaciones, aparece calificada por un adjetivo: «bonita», «falsa», «norte», «estrecha».

22.8.48. En cuanto a la parte de este mismo mar Póntico que es golpeada por el aquilón[69] y por los fríos, está tan helada que parece impensable que algún río pueda fluir por debajo y sobre su superficie traicionera y deslizante no podría caminar seguro ningún hombre ni animal, algo que no ocurre nunca en un mar verdadero, sino en uno donde se mezclan aguas de río.

Pero, como nos hemos extendido más de lo que esperábamos, volvamos ya a nuestra narración.

22.8.49[70]. A este cúmulo de alegrías, se había añadido otra, largamente deseada, pero que se había hecho esperar por múltiples dilaciones. Y es que se anunció a través de Agilón y de Jovio, que posteriormente fue cuestor, que los defensores de Aquileya[71], agotados por el largo asedio, al conocer la muerte de Constancio, abrieron las puertas, salieron y entregaron a los cabecillas de la revuelta. Éstos fueron quemados vivos, como hemos narrado anteriormente[72], y todos los demás obtuvieron indulgencia y perdón por sus acciones.

22.9. El Augusto Juliano, después de engrandecer y engalanar Constantinopla, se dirige hacia Antioquía y, en el camino, entrega dinero al pueblo de Nicomedia para restaurar las ruinas de la ciudad. E, incluso, tiene tiempo para administrar justicia en Ancira.

22.9.1. Pero Juliano, animado por sus éxitos, tenía ya aspiraciones superiores a las de los mortales, porque después de haber sido probado en innumerables peligros mientras rigió el mundo romano, ahora tranquilo, como si la Fortuna hubiera manejado propicia el cuerno de la abundancia de los asuntos humanos, había obtenido resultados gloriosos y favorables en todas sus acciones.

[69] Viento norte.

[70] Tras su larga y descriptiva digresión, Amiano retoma el hilo de su relato contando los éxitos de Juliano.

[71] Cfr. 21,11,2.

[72] Cfr. 21,12,20.

Además, a los éxitos obtenidos anteriormente, se añadía el que, durante el período en el que dirigió él solo el imperio, éste no se vio agitado por ninguna revuelta interna, y ningún pueblo bárbaro invadió sus fronteras, ya que todos estos pueblos, que siempre habían solido rebelarse en busca de riquezas y mostrarse peligrosos y dañinos, se unieron con extraordinario afán al coro de alabanzas en honor a Juliano.

22.9.2. Así pues, después de largas deliberaciones, una vez dispuestas las soluciones que reclamaban diversos asuntos y circunstancias, con el ejército animado gracias a numerosas arengas y a recompensas adecuadas para afrontar lo que sucediera, Juliano, enardecido por el apoyo general con el que contaba y dispuesto a marchar hacia Antioquía, abandonó Constantinopla después de prestar una gran ayuda. No en vano, como había nacido allí, la honraba y la amaba como a su hogar natal.

22.9.3. En su marcha, cruzó el mar y, dejando ya atrás Calcedonia y Libisa, donde está sepultado el cartaginés Aníbal, llegó a Nicomedia, ciudad famosa en el pasado y tan enriquecida con las cuantiosas inversiones de los emperadores de la antigüedad que, teniendo en cuenta su gran abundancia de edificios privados y públicos, una persona formada podría considerar que era un barrio de la Ciudad Eterna[73].

22.9.4. Cuando vio las murallas de esta ciudad convertidas en miserables cenizas[74], expresando su angustia con un llanto silencioso, se apresuró al senado con pasos lentos. Pero, lo que más le dolió de esta destrucción fue ver ante él en estado lamentable tanto a los senadores como al pueblo, cuando poco antes habían destacado tanto.

---

[73] Nicomedia (actualmente Izmit) recibió donaciones importantes de emperadores como Diocleciano y Constantino.

[74] Porque había experimentado un terremoto.

Además, reconocía a algunos, pues había sido educado allí mismo por el obispo Eusebio, que era pariente lejano suyo[75].

22.9.5. También aquí, según su costumbre, dispuso con abundancia todo lo necesario para reconstruir lo que había destruido el temblor, tras lo cual se marchó a través de Nicea hasta las fronteras de Galogrecia. Desde allí, desviándose hacia la derecha, se dirigió a Pesinunte para visitar el antiquísimo templo de la Gran Madre. Es desde esta ciudad desde donde, en la segunda guerra Púnica, Escipión Nasica trasladó esta imagen a Roma guiado por una profecía de Cumas[76].

22.9.6. Acerca de su llegada a Italia, al igual que de otros asuntos relacionados con este tema, ya hemos tratado brevemente en una digresión al narrar las acciones del emperador Cómodo[77]. Ahora bien, en cuanto a la razón por la que esta ciudad recibió este nombre, no existe acuerdo entre los historiadores.

22.9.7. Algunos aseguran que, como la imagen de la diosa cayó desde el cielo, la ciudad recibió su nombre del verbo *«peseîn»*, que para nosotros significa «caer». Otros afirman que Ilo, hijo de Tros, rey de Dardania, denominó así al lugar debido a una guerra «donde cayeron muchos hombres»[78]. Pero en cambio Teopompo[79] asegura que el nombre no se lo dio Ilo, sino Midas, antiguo y poderosísimo rey de Frigia.

22.9.8. Así pues, Juliano, tras venerar a esta divinidad y ofrecerle víctimas y ofrendas, volvió a Ancira[80]. Pero cuando inten-

---

[75] Juliano había nacido en Constantinopla en el 331 y, a la muerte de su padre, en el 337 su educación le fue encomendada a Eusebio, aunque éste murió también cuatro años después.

[76] Cfr. Liv, 29,20,11.

[77] En uno de los libros perdidos.

[78] Esta indicación es añadida por J. Fontaine, porque el texto es fragmentario.

[79] Historiador griego del que no conservamos su obra, aunque sabemos que era discípulo de Isócrates.

[80] Es la actual Ankara.

taba seguir avanzando desde aquí, se vio agobiado por una multitud, en la cual unos reclamaban que les devolviera lo que les habían quitado violentamente, otros se quejaban de que habían sido incluidos entre los curiales de forma injusta[81], y otros, sin temer por su propia vida, buscaban afanosamente y con rabia que se acusara a sus adversarios de un crimen de alta traición.

22.9.9. Pero Juliano, más severo en sus juicios que los Casio o los Licurgo[82], considerando siempre lo más apropiado de acuerdo con la justicia, atribuía a cada uno lo que se merecía, sin separarse nunca de la verdad y castigando duramente a los calumniadores, a los que odiaba, pues con frecuencia, mientras él era aún una persona humilde y sin dignidades, había sufrido –casi hasta poner en peligro su vida– la locura desvergonzada de muchos personajes de este tipo.

22.9.10. Como muestra de su paciencia en esta situación, bastará mencionar el siguiente ejemplo, aunque hay otros muchos:

Cierto hombre acusaba con gran vehemencia a un enemigo suyo, con el que tenía notables diferencias, de haber cometido alta traición. Pero como el emperador le ignoraba, después de reiterar la misma acusación durante muchos días, finalmente, al ser preguntado acerca de quién era al que acusaba, respondió que un rico ciudadano. El príncipe, al oír esta contestación, sonrió y dijo: «¿Con qué pruebas has llegado a esa conclusión?» Y el hombre replicó: «Se está preparando una vestimenta púrpura con un manto de seda».

22.9.11. Y cuando, después de esto, se le ordenó que se marchara en silencio sin castigo, pues se trataba de alguien vil

[81] Los curiales formaban una especie de senado municipal y debían soportar cargas fiscales y financieras.

[82] Se trata de personajes temidos por la severidad de sus juicios. Así, acerca de Casio, prefecto de Roma en el 111 a.C., *vid.* Cic, *Brut.* 25, 97; Val. Máx. 3,7,9. Y, en cuanto a Licurgo, es un orador ateniense de la época de Demóstenes (Plut.*Vibex*. Orat. 541 F; Plautus, *Bacch.* 111; Diod. Sicul.16,88,1). Amiano los mencionará de nuevo como prototipos de severidad en los juicios en 26,10,10 y 30,8,13.

acusando a una persona vil de un grave crimen, no cejó en sus acusaciones. Entonces Juliano, agotado ya por este comportamiento, al ver junto a él al conde del tesoro, dijo: «Ordena que se le den a ese peligroso charlatán unos zapatos de color púrpura, para que se los lleve a su adversario, porque, según creo entender, dice que se ha hecho un manto de ese color. De este modo, se dará cuenta de para qué sirve una simple prenda de vestir cuando no se tiene gran poder».

22.9.12. Ahora bien, si esta conducta es plausible y merece ser imitada por los buenos gobernantes, sin embargo, hubo un hecho destacado y censurable: y es que, bajo su mandato, cualquiera que fuera reclamado por los curiales, aunque contara con privilegios, con numerosos servicios en el ejército o con un origen inadecuado para ello, difícilmente obtenía justicia por mucho que la reclamara debidamente, hasta tal punto que muchos, aterrados, se libraban de esa fastidiosa obligación pagando en secreto grandes cifras.

22.9.13. Cuando, siguiendo su camino llegó a las Puertas [83], lugar que separa Capadocia de Cilicia, recibió con un beso al gobernador de esa provincia, llamado Celso, a quien conocía ya desde que estudió en Atenas. Y, tras invitarle a que se sentara en su carruaje, lo llevó con él a Tarso.

22.9.14. Desde aquí marchó rápidamente hacia Antioquía, la perla de Oriente, a donde llegó por las rutas usuales y, al acercarse a la ciudad, fue recibido por el pueblo como si se tratara de una divinidad. Ante esto Juliano se mostró admirado por las aclamaciones de la muchedumbre, que gritaba que un astro había brillado propicio para esa región oriental.

22.9.15. Además, en esos mismos días, una vez cumplido el ciclo anual, según la antigua costumbre, se estaba celebrando el festival de Adonis, que fue amado por Venus según cuenta la mitología, y que murió por las heridas causadas por un ja-

---

[83] Son las Puertas de Cilicia, un paso que permitía la entrada en esta zona.

balí (hecho que se utiliza como símbolo para la recolección de los frutos ya maduros).

Pero pareció un augurio amargo el que, al entrar el emperador por vez primera en esa ciudad enorme, residencia de emperadores, se escucharon por doquier llantos lastimeros y voces lúgubres [84].

22.9.16. Aquí dio Juliano un ejemplo insignificante pero realmente admirable de su paciencia y de su amabilidad. Y es que a un tal Talasio, antiguo encargado de la correspondencia, a quien odiaba por haber sido enemigo de su hermano Galo, se le había prohibido adorar y agasajar al emperador con los demás nobles, los rivales suyos con los que litigaba por el foro. Entonces éstos, formando al día siguiente una muchedumbre enorme, se acercaron al emperador y gritaron: «Talasio, el enemigo de tu majestad, nos ha robado violentamente nuestras posesiones».

22.9.17. Ante esto Juliano, aunque era consciente de que podía castigar a Talasio por ese motivo, replicó: «Sé que quien decís me ha ofendido realmente, pero creo que por ahora debéis mantener silencio hasta que responda ante mí, que soy su contrincante de mayor rango». Y entonces ordenó al prefecto encargado de impartir justicia que no atendiera la acusación de éstos, hasta que él mismo se reconciliara con Talasio, hecho que se produjo en breve.

22.10. Mientras pasaba el invierno en Antioquía, Juliano imparte justicia sin castigar a nadie por sus creencias religiosas

22.10.1. Mientras pasaba allí el invierno según su deseo, no se dejó llevar por ninguna de las tentaciones y placeres que

[84] En las fiestas en honor a Adonis, las mujeres solían llorar lamentando su muerte.

abundan en toda Siria, sino que, para entretenerse, se dedicó a diferentes asuntos judiciales, así como a otras importantes cuestiones militares, distrayéndose con estas múltiples ocupaciones. Y así, una vez que escuchaba atentamente, reflexionaba para hallar la forma en que atribuiría a cada uno lo suyo. De este modo, con sentencias siempre justas, los culpables eran castigados con penas moderadas y los inocentes conseguían mantener a salvo sus bienes.

22.10.2. Y aunque, en ocasiones, era algo inoportuno en sus actuaciones, pues preguntaba en momentos inadecuados cuál era la religión de los litigantes, sin embargo, ninguna de sus decisiones se apartó jamás de la verdad, y nunca pudo achacársele el que, por motivos religiosos o por cualquier otra causa, se había desviado del recto camino de la justicia.

22.10.3. Realmente, al juicio correcto se llega cuando, tras el examen de las distintas posiciones, se distinguen lo justo y lo injusto. Y Juliano intentaba evitar un fin distinto a éste como si escapara de abruptos escollos.

Eso pudo conseguirlo plenamente porque, conociendo la inconstancia y la emotividad de su carácter, permitía a los prefectos y a sus amigos que, sin temor, le frenaran con consejos oportunos y guiaran sus impulsos cuando hiciera algo inconveniente.

Además, en ocasiones, demostró que lamentaba sus errores y se alegró cuando le corrigieron.

22.10.4. Y cuando los defensores de los juicios le alababan con grandes aplausos por su gran dominio de la justicia, se dice que, conmovido, afirmó: «Me alegraría plenamente y mostraría mi dicha si fuera alabado por personas capaces de acusarme en caso de que cometa o diga algo incorrecto».

22.10.5. De las muchas ocasiones en que mostró su clemencia a la hora de juzgar, bastará poner un ejemplo nada absurdo ni fuera de lugar: y es que una mujer acudió a un juicio y, cuando vio que su acusador era uno de los miembros de la

corte que se habían librado de las acusaciones, y que, además, llevaba su cinturón[85], perdió todas sus esperanzas y, agitada, se quejó con insolencia.

Entonces el emperador dijo: «Continúa, mujer, si piensas que se te ha perjudicado. En cuanto a él, se presenta así, con su cinturón, para poder moverse mejor, pero esto no supone graves peligros para tus intereses».

22.10.6. Con estas actuaciones y otras similares, podría creerse, como él mismo afirmaba una y otra vez, que aquella antigua justicia que, mancillada por la maldad de los hombres, fue llevada al cielo por Árato, había vuelto a la tierra durante el mandato de Juliano[86]. Pero había un problema y es que, en ocasiones, se dejó guiar por su voluntad y no por las leyes y, como se equivocó alguna vez, ensombreció los grandes méritos de su mandato.

22.10.7. Ciertamente, además de otras muchas cuestiones, mejoró algunas leyes, eliminando ciertas ambigüedades y consiguiendo que se supiera claramente qué debía o no debía hacerse.

Sin embargo, hizo algo injusto y que merecía ocultarse en el más profundo de los silencios: no permitir que los maestros de retórica y de literatura pudieran impartir sus enseñanzas si eran seguidores de la fe cristiana.

22.11. Georgio, obispo de Alejandría, y otros dos cristianos son arrastrados por unos paganos en las calles de Alejandría, descuartizados y quemados sin que se penara a nadie

22.11.1. En esos mismos días, aquel notario Gaudencio que, como dijimos anteriormente[87], fue enviado por Constancio

[85] Esto era señal de que el acusador tenía un cargo en la corte.
[86] Arato, *Phain.* 133 y ss.
[87] Cfr. 15,3,8; 21,7,2 y ss.

para que se enfrentara a Juliano en África, así como un tal Juliano, antiguo vicario y defensor de ese mismo grupo, fueron apresados y murieron tras ser condenados a la pena capital.

22.11.2. Igualmente Artemio, que antes había sido general en Egipto, ante las graves acusaciones lanzadas contra él por los alejandrinos, fue condenado a muerte[88]. Después de él fue ejecutado públicamente, como si hubiera aspirado al trono, el hijo de Marcelo, antiguo comandante tanto de caballería como de infantería[89]. Incluso Romano y Vicencio, tribunos de la primera y de la segunda escuela de los escuderos, fueron condenados al exilio después de que se les acusara de haber tomado decisiones que sobrepasaban a sus atribuciones.

22.11.3. Poco tiempo después, los alejandrinos descubrieron la muerte de Artemio, de quien temían que volviera con gran poder y que, tal como les había amenazado, perjudicara a muchos por sentirse dañado. Entonces lanzaron su ira contra el obispo Georgio quien, por así decirlo, les había acusado en numerosas ocasiones con su venenosa y viperina lengua.

22.11.4. Georgio, según se decía, había nacido en el taller de un batanero de Epifanía, ciudad de Cilicia, donde, tras progresar para desgracia de muchos, contra su propio provecho y contra el bien común, fue ordenado obispo de Alejandría[90]. Esta ciudad, por su propio carácter y sin motivo alguno, se ve agitada por frecuentes y turbulentas revueltas, tal como demuestran también las respuestas de los oráculos.

22.11.5. Para los alejandrinos, enardecidos ya de por sí, Georgio supuso un nuevo y grave incentivo, pues ante los oídos siempre dispuestos de Constancio, acusaba a muchos de haberse opuesto a su poder y, olvidándose de su vocación, que

[88] Cfr. 27,11,5.
[89] Cfr. 26,2,7 y ss.
[90] En el 356, Georgio había educado a Juliano en la fe cristiana.

no aconsejaba otra cosa que la justicia y la bondad, recurría a las prácticas viles de los delatores.

22.11.6. Además, se decía que, entre otras informaciones, le comunicó también con maldad a Constancio que todos los edificios que se hallaban sobre el suelo de la mencionada ciudad habían sido levantados por su fundador, Alejandro, con recursos públicos y que, por tanto, debían aportar beneficios a los fondos del estado.

22.11.7. A estos males se había añadido también otro por el que, poco después, le llegó la ruina. Y es que, al volver Georgio de la corte del emperador, cuando atravesaba el magnífico templo del Genio, rodeado por una multitud según la costumbre, dirigió sus ojos al templo y dijo: «¿Durante cuánto tiempo permanecerá en pie este sepulcro?». Entonces el gentío, al escucharlo, como golpeados por un rayo, temieron que también intentara destruirlo y lanzaron contra él todas las acusaciones que pudieron.

22.11.8. Y he aquí que entonces, de repente, cuando llegó la feliz noticia de la muerte de Artemio, todos los ciudadanos se dejaron llevar por una alegría inesperada, hicieron rechinar sus dientes y, con gritos terribles, se dirigieron en busca de Georgio, lo apresaron y, tras golpearle y maltratarle con diversos tipos de vejaciones, le rompieron las piernas y le mataron.

22.11.9. Junto a éste, Draconcio, encargado del tesoro, y un tal Diodoro, que tenía el cargo honorífico de conde, murieron ambos con las piernas atadas por cuerdas. El primero porque mandó quitar un altar recién colocado en el templo del que era el encargado. El segundo porque, mientras estaba al frente de la construcción de una iglesia, cortó arbitrariamente los rizos de unos niños, creyendo que esta costumbre era propia también de las creencias paganas.

22.11.10. Pero, no contenta con esto, la bárbara multitud despedazó los cadáveres y los llevó a la playa, donde, tras

quemarlos, lanzaron sus cenizas al mar ya que, según decían a gritos, si los cristianos encontraban sus restos, levantarían un templo para ellos, tal como se hizo para otros que fueron forzados a abandonar su religión, sufrieron un temible castigo y llegaron incluso a morir por no abandonar sus creencias, alcanzando así la gloria, y siendo ahora considerados mártires.

Lo cierto es que estos desgraciados cristianos que sufrieron un cruel suplicio hubieran podido ser defendidos por la colaboración de los cristianos, si no se hubiesen sentido todos igualmente inflamados por el odio contra Georgio.

22.11.11. Al conocer esto, el emperador se dispuso a castigar este horrible crimen pero, cuando ya iba a determinar la pena de muerte para los culpables, se moderó ante los consejos de los que le rodeaban, y decidió promulgar un edicto en el que, con duras palabras, decía que abominaba el crimen cometido y les amenazaba con la muerte si, en adelante, se cometía alguna acción contraria a la justicia o a las leyes.

22.12. Juliano prepara una campaña contra los persas y consulta los oráculos para conocer el resultado de la guerra. Por ello, inmola innumerables víctimas y se deja guiar por artes adivinatorias y augurios

22.12.1. Mientras tanto, Juliano preparaba una campaña contra los persas, campaña que había concebido ya hace tiempo con gran fortaleza de ánimo, dejándose llevar por un deseo vehemente de vengar hechos pasados, ya que sabía y había oído contar que este pueblo terrible durante casi sesenta años había dejado en Oriente los más crueles ejemplos de asesinatos y saqueos, y que, con frecuencia, habían llegado a aniquilar a nuestros ejércitos.

22.12.2. Además, deseaba ardientemente esta campaña por dos razones: en primer lugar porque no podía soportar la tranquilidad y soñaba con el sonido de los clarines de guerra

y con los combates. En segundo lugar porque, en la flor de la juventud, cuando se había enfrentado ya a pueblos crueles, sus oídos ardían aún recordando las súplicas de reyes y de príncipes que, en principio, habían dado la impresión de que sería más fácil aniquilarles que forzarles a tender sus manos suplicantes. Por ello, ardía en deseos de ser llamado «Pártico» gracias a sus ilustres hazañas.

22.12.3. Pero, al observar cómo iban disponiéndose apresuradamente todos estos preparativos, sus detractores, desidiosos y malvados, afirmaban que era indigno y peligroso que simplemente por el cambio de una persona se prepararan planes inoportunos, por lo cual ponían todo su empeño en retrasar esta campaña.

Y andaban diciendo en presencia de quienes ellos creían que podrían contárselo al emperador que, si éste no se comportaba con más moderación en esos momentos de prosperidad y fortuna, al igual que los frutos que maduran demasiado pronto, moriría llevado por su propio ímpetu.

22.12.4. Pero aunque lanzaron continuas y numerosas críticas contra él, era como si ladraran en vano frente a un Juliano que permanecía inconmovible ante estas intrigas secretas, semejante a Hércules ante los pigmeos o ante el rudo lindio Thiodamas [91].

22.12.5. A pesar de ello, Juliano, como hombre de carácter más fuerte que los demás, no olvidaba la magnitud de su campaña y se esforzaba con gran empeño para realizar los preparativos adecuados.

22.12.6. Sin embargo, con demasiada frecuencia, regaba los altares con la sangre de numerosas víctimas, inmolando en

---

[91] Cfr. Phil. *Imag*. 2,22 que cuenta cómo Hércules astutamente derrotó a los pigmeos y los envolvió con la piel de un león. O Apoll. (2,5,11) narra la pelea entre Hércules y Tiodamas, cuando el primero se comió el ganado del pastor.

ocasiones hasta cien toros, así como ricas manadas de animales diversos y pájaros blancos cazados por tierra y por mar, hasta tal punto que por las calles, casi a diario, los transeúntes tenían que llevar a hombros a los soldados hasta sus hogares, pues se hallaban indispuestos ante la desmesurada cantidad de carne que ingerían y ante el continuo consumo de bebida en templos públicos, donde participaban en banquetes que más debieran haber sido prohibidos que alentados –y nos referimos sobre todo a los soldados petulantes y a los celtas, cuya osadía se había extralimitado en aquella época–.

22.12.7. Además, aumentaron también sin medida las ceremonias, lo que conllevaba gastos enormes y nunca vistos en el pasado. Y, sin impedimento alguno, se permitía que todos los que practicaban el arte de la adivinación, ya fueran inexpertos o realmente conocedores de él, consultaran la respuesta de los oráculos y las entrañas que, en ocasiones, revelan el futuro. Además, intentaba buscarse una respuesta en el canto de las aves, en sus vuelos y en los prodigios, si es que es posible hallarla mediante procedimientos como éste.

22.12.8. Mientras se llevaban a cabo estas acciones como si fuera una época de paz, Juliano, atento a múltiples preocupaciones, intentó un nuevo tipo de consulta, pues planeó abrir de nuevo los regueros proféticos de la fuente de Castalia que, según se dice, fueron cortados por el César Adriano con una enorme barrera de piedras. La causa era su temor de que, como él había descubierto que se haría cargo del estado gracias al vaticinio de estas aguas, también otros podrían realizar un descubrimiento similar.

Pero Juliano, tras invocar a los dioses, ordenó que se trasladaran todos los cuerpos que habían sido enterrados allí, del mismo modo que los atenienses purificaron la isla de Delos [92].

---

[92] Cfr. Hdt. 1,64; Thuc. 3,104,1.

22.13. El Augusto Juliano acusa injustamente a los cristianos del incendio del templo de Apolo en Dafne, y ordena que se cierre una importante iglesia de Antioquía

22.13.1. En esa misma época, el veintidós de octubre, ardió de repente el magnífico templo de Apolo en Dafne, construido por aquel terrible y cruel rey Antioco Epífanes, así como una estatua que había en él, imitación del Júpiter de Olimpia, y de tamaño parecido.

22.13.2. Ante este desastre tan repentino, el emperador se dejó llevar por la ira hasta tal punto que ordenó que se iniciara una investigación más severa que las usuales y que se cerrara una importante iglesia de Antioquía. Y es que sospechaba que los culpables habían sido los cristianos, llevados por su envidia y su frustración al ver el templo rodeado por un magnífico peristilo.

22.13.3. De hecho se decía, aunque tan sólo por vanos rumores, que la causa del incendio del templo había sido que el filósofo Asclepio, del que hemos hablado a propósito de Magnencio[93], cuando acudió allí desde el extranjero para visitar a Juliano, colocó ante los elevados pies de la estatua una pequeña imagen de plata de la divina diosa, imagen que solía llevar allí donde iba[94]. Y que, después de encender algunas velas según la costumbre, se marchó.

Y fue desde aquí desde donde, a media noche, cuando nadie podía llegar para prestar ayuda, cayeron unas chispas sobre la madera, ya muy antigua. Y así el fuego, con este combustible tan seco, quemó todo aquello que pudo alcanzar, a pesar de la gran altura.

22.13.4. Ese año, cuando ya se acercaba el invierno, se produjo una terrible sequía, por la que se secaron algunos ríos, y

---

[93] En uno de los libros perdidos.

[94] Esta *Diosa Caelestis* o *Venus Caelestis* suele ser designada en el imperio como *Dea Siria* y es una representación de la Astarté de los fenicios.

algunas fuentes que antes brotaban con abundante caudal, pero después todo volvió a la normalidad.

22.13.5. Además, el dos de diciembre, al atardecer, lo que quedaba de Nicomedia fue destruido por un terremoto [95], al igual que una buena parte de Nicea.

22.14. El Augusto Juliano ofrece un sacrificio a Júpiter en el monte Casio. Por qué escribió Juliano el Misopogon, llevado por su enfado con los habitantes de Antioquía

22.14.1. A pesar de que estos hechos aumentaban la tristeza y las preocupaciones del príncipe, sin embargo, no olvidaba otros hechos urgentes, que debían atenderse antes de que llegara el momento ya deseado de la lucha.

Ahora bien, entre todas estas obligaciones graves y serias, parecía superfluo el que, sin ninguna razón evidente, sino tan sólo por su deseo de popularidad, se esforzaba por rebajar el precio de los objetos de lujo, circunstancia que, si se produce en un momento inadecuado, suele originar pobreza y hambre.

22.14.2. Y aunque el senado de Antioquía le mostró claramente que no podía tomarse esa medida tal como él quería, no cejó en su propósito, con una tozudez semejante a la de su hermano Galo, aunque sin la crueldad de éste. Por eso después, enojado contra ellos ante sus críticas y su oposición, escribió una invectiva a la que llamó «Antioquense» o «Misopogon» [96], en la que, con mala intención, enumeraba las faltas de esta ciudad, excediéndose en el relato.

---

[95] No olvidemos que había sufrido ya un terremoto similar.

[96] Literalmente «Contra las barbas», porque los ciudadanos de Antioquía se burlaban de la barba de Juliano.

Después de esto, al enterarse de que se contaban muchos chistes contra él, se vio obligado a disimular por un tiempo aunque, en su interior, se sentía inflamado por la ira.

22.14.3. Y es que se mofaban de él como si se tratara de un *cercops*[97], que son bajos, de hombros estrechos, barba de chivo y dan grandes pasos como si fueran el hermano de Oto y de Efialtés[98], cuya altura causa la admiración de Homero. Además, se decía que era más un victimario que un sacerdote, y muchos se burlaban de su afición a los sacrificios. Y lo cierto es que esta crítica era oportuna pues, tan sólo por ostentación, llevaba arbitrariamente los signos propios de los sacerdotes y disfrutaba cuando iba rodeado por mujerzuelas.

Pero, aunque se indignaba por estos hechos y otros similares, sin embargo, callaba y ocultaba sus pensamientos, mientras seguía celebrando los ritos solemnes.

22.14.4. Finalmente, un día fijado para una fiesta, ascendió al monte Casio, boscoso y de cumbre redondeada, que es desde donde, en primer lugar, puede contemplarse la salida del sol en el segundo canto del gallo.

Y mientras hacía un sacrificio en honor a Júpiter, de repente, vio a un hombre tumbado en el suelo que, con tono suplicante, rogaba y pedía perdón para poder conservar su vida. Cuando Juliano le preguntó quién era, le respondió que era Teodoto, ex gobernador de Hierápolis, quien cuando acompañaba a Constancio junto con otros nobles en un viaje desde su ciudad, le aduló de forma vergonzosa creyendo, sin ningún tipo de dudas, que Constancio sería el vencedor, y le suplicó con lágrimas y gemidos fingidos que les enviara la cabeza de Juliano, ese ingrato traidor, al igual que, según le recordó, les había llegado la cabeza de Magnencio.

---

[97] Los *cercopes* eran unos monos de aspecto grotesco de quienes siempre se critica su fealdad (Manil. 4,664).

[98] Son dos gigantes mencionados por Homero en la *Odisea* (11,305 y ss.).

22.14.5. Al escuchar esto, Juliano le dijo: «Ya había oído eso hace tiempo, porque me lo contaron numerosas personas, pero márchate tranquilo a tu casa sin ningún temor, gracias a la clemencia de un emperador que, como dijo un prudente personaje [99], intenta libremente y de buen grado que disminuya el número de sus enemigos y que aumente el de sus amigos».

22.14.6. Cuando se marchaba de allí, una vez realizados los ritos sagrados, le llegó una carta del gobernador de Egipto, en la que afirmaba que, tras buscar afanosamente un toro Apis, al final, había podido hallarlo después de largo tiempo. Según piensan los habitantes de aquellas regiones, esto era un presagio favorable que auguraba buena cosecha y prosperidad.

22.14.7. Pero será conveniente hablar un poco acerca de este hecho.

Pues bien, entre los animales destinados al culto desde la antigüedad, destacan Mnevis y Apis.

Mnevis está consagrado al sol, y no podemos narrar nada reseñable acerca de él.

Apis está consagrado a la luna, y es un toro reconocible por diversas marcas de distinto tipo, aunque, la principal, es una especie de luna creciente en su lado derecho. Pues bien, una vez transcurrido el tiempo determinado para su vida, tras ser sumergido en una fuente sagrada, muere (pues no puede vivir una vez que ha pasado ese plazo marcado por la decisión secreta de los libros místicos). Entonces matan a una vaca con un ceremonial semejante y, si se descubre que tiene ciertas señales, se le ofrece. Una vez muerto Apis, se busca otro entre los lamentos del pueblo y, si se encontrara uno que reuniera absolutamente todos los signos, le llevan a Menfis, ciudad famosa por las frecuentes visitas del dios Esculapio.

22.14.8. Y cuando ha sido introducido en la cámara ritual, precedido por cien sacerdotes, y comienza a ser sagrado, se

[99] Sócrates, según Them, *Or.* 7,95 y Stobeo, *Serm.* 213.

dice que presagia el futuro ostensiblemente. E incluso parece que, cuando algunos se acercan, los rechaza alejándose de ellos. No en vano, según hemos leído[100], cuando el César Germánico quiso ofrecerle comida, se alejó, demostrando lo que iba a suceder después.

22.15. Descripción de Egipto, del Nilo, de los cocodrilos, del ibis y de las pirámides

22.15.1. Puesto que parece que la ocasión así lo exige, vamos a tratar con brevedad acerca de Egipto, país del que ya hemos hablado extensamente al narrar los hechos relacionados con los emperadores Adriano y Severo, exponiendo sobre todo lo que yo mismo he podido contemplar[101].

22.15.2. Egipto, el pueblo más antiguo de todos con la excepción de los escitas, con los que compiten en antigüedad, limita al sur con las Sirtes mayores, con el promontorio Phico, Borión, y con otros pueblos como los garamantes. Por donde ve elevarse el sol, se extiende hasta Elefantina y Meroe, ciudades etíopes, así como hacia las Cataratas, el Mar Rojo y los árabes escenitas, a los que ahora llamamos Sarracenos. Hacia el norte, se une a un inmenso trozo de tierras, donde comienzan Asia y las provincias sirias. Por el oeste, limita con el mar Isiaco, al que algunos denominan Partenio.

22.15.3. Así pues, será conveniente ofrecer ahora unas breves notas acerca del río más beneficioso que existe, el Nilo, al que Homero denomina Egipto[102], para mostrar luego otros aspectos admirables de estas regiones.

22.15.4. En mi opinión, los orígenes de las aguas del Nilo serán ignorados también por las generaciones venideras, tal

---

100 Cfr. Plin, *Nat*. 8,185.
101 Lamentablemente, no se han conservado estos libros.
102 Cfr. *Odyss*. 4,477.

como ha sucedido hasta ahora. Pero, como los escritores de fábulas y distintos geógrafos no se ponen de acuerdo en este tema tan oscuro, ofreceré en breves palabras las opiniones que, según pienso yo, están más cercanas a la verdad.

22.15.5. Algunos naturalistas afirman que, en las regiones del norte, cuando el frío invierno lo congela todo, se forman grandes masas de nieve que, después, al derretirse con el calor sofocante del verano, originan nubes espesas cargadas de agua y son éstas la que, en su opinión, al ser empujadas hacia el sur por los vientos Etesios, descargan una abundante lluvia por el excesivo calor y originan la caudalosa corriente del Nilo.

22.15.6. Otros aseguran que, debido a las lluvias etíopes que, según ellos, caen con abundancia en aquellas regiones durante la estación del calor tórrido, se eleva el caudal en determinadas épocas del año. Pero ambas explicaciones parecen alejadas de la realidad, porque dicen que, entre los etíopes, las lluvias o no caen nunca, o lo hacen con largos intervalos de tiempo.

22.15.7. Hay otra opinión más conocida que afirma que, mientras soplan los Prodromoi y después, durante cuarenta y cinco días, el soplo continuo del Etesio contiene el curso del río, con lo cual éste se vuelve más lento, y su caudal crece porque no corren sus aguas.

Y cuando el viento sopla de frente, el caudal aumenta aún más ya que, por una parte, lo contiene la fuerza de los vientos y, por la otra, le hace avanzar el empuje de sus afluentes continuos, de manera que, desbordándose, lo anega todo y la tierra firme desaparece, de manera que los campos parecen un mar.

22.15.8. Pero el rey Iuba, a partir de los libros Púnicos, defiende que el Nilo nace en Mauritania, en un monte desde el que se contempla el mar y, como pruebas, argumenta que en esas regiones se encuentran peces, hierbas y animales semejantes a los del Nilo.

22.15.9. Por otra parte, el Nilo, en su camino por Etiopía, recibe una gran variedad de nombres atribuidos a su curso por diversas naciones. Lo cierto es que, tras correr con sus beneficiosas inundanciones, llega hasta unas cataratas o abruptos escollos desde las que cae y, más que fluir, se precipita. Es por esta causa por la que los atos de la antigüedad, al ver perjudicado su oído por el continuo fragor del río, tuvieron que marcharse a una región más tranquila.

22.15.10. Desde allí, el Nilo fluye con más suavidad, atraviesa las siete bocas, que tienen cada una de ellas apariencia de un río propiamente dicho, y desemboca sin recibir las aguas de ningún afluente mientras corre por Egipto. Además de los numerosos brazos que surgen de la corriente principal y que se funden con otros casi semejantes, hay siete navegables y caudalosos a los que, en la antigüedad, se les otorgaron los siguientes nombres: Heracleótico, Sebenítico, Bolbítico, Pathmítico, Mendesio, Tanítico y Pelusiaco.

22.15.11. Después de su nacimiento, como hemos expuesto, fluye desde las zonas pantanosas hasta las cataratas y forma numerosas islas, de las que algunas tienen tanta extensión que el río apenas si puede recorrerlas en tres días.

22.15.12. Entre estas islas hay dos famosas: Meroe y Delta, denominada así esta última por tener forma de letra triangular. Pero, cuando el carro del sol comienza a llegar al signo de Cáncer, el río aumenta su caudal hasta que el sol llega a Libra [103]. Y así, después de contar con mucha agua durante cien días, disminuye y, ya con menos caudal, ofrece a los jinetes campos surcados antes por naves.

22.15.13. Ahora bien, cuando lleva tanta agua es tan nocivo como infructuoso cuando marcha tranquilo, porque si durante mucho tiempo empapa las tierras con excesivo caudal,

[103] Es decir, desde el verano hasta el otoño.

hace que se demoren las cosechas. Y en cambio, si lleva poca agua, amenaza con una mala cosecha.

Por eso, ningún terrateniente ha deseado jamás que su nivel suba por encima de los dieciséis codos. Pero si la subida es muy moderada, a veces, las semillas sembradas en un suelo donde la hierba es muy abundante, tienen una producción casi de setenta por una. Por otra parte, es el único río que no da lugar a ningún tipo de brisa.

22.15.14. Egipto es rico igualmente en una gran variedad de animales, tanto terrestres como acuáticos, así como en otro tipo que vive en ambos medios y que, por ello, recibe el nombre de «anfibios». Pues bien, en los terrenos más secos, viven corzos, antílopes y *spinturnicia*, animales que resultan ridículos porque son totalmente deformes [104]. Y hay además otras criaturas curiosas que no merece la pena mencionar.

22.15.15. Entre los animales acuáticos, en todas estas regiones hay gran cantidad de cocodrilos, cuadrúpedo funesto y fiero, acostumbrado a ambos elementos. No tiene lengua y mueve sólo la mandíbula superior. Tiene los dientes colocados como un peine y ataca feroz con fieras dentelladas a todo lo que se acerca. Pone unos huevos similares a los de los gansos, de donde nacen sus crías.

22.15.16. Además, como cuenta con uñas, si tuviera también dedos, tendría suficiente fuerza como para destruir naves. Y es que a veces, en longitud, alcanza los dieciocho codos. Por la noche descansa en el agua y, durante el día, se seca en tierra firme confiado en su piel, porque es tan dura que su lomo, como cubierto por una armadura, apenas puede ser traspasado por los disparos de las máquinas de guerra.

22.15.17. Son fieras siempre salvajes, pero como por una tregua militar, durante los siete días festivos en los que los sa-

---

[104] Parece que se trata de unos pájaros de forma curiosa.

cerdotes celebran el nacimiento del Nilo, se moderan y desaparecen todos sus ataques.

22.15.18. Aparte de los que mueren de forma accidental, otros son despedazados por las dentelladas ocasionadas en sus vientres por unos animales semejantes a delfines, que viven en el mismo río y que tienen una especie de penachos en el lomo.

Pero otros mueren de la siguiente forma:

22.15.19. El troquilo es una pequeña avecilla que, cuando busca migajas para comer, revolotea alegremente en torno al cocodrilo mientras éste descansa tumbado, y le molesta insistentemente junto a la boca, llegando hasta la propia garganta. Cuando este hecho es observado por el enhidro, una especie de rata, penetra en la boca del cocodrilo, tal como ha visto hacer al ave citada y, después de herirle en el estómago, le desgarra las entrañas y vuelve a salir[105].

22.15.20. Por otra parte, si el cocodrilo es una bestia temeraria contra los animales que huyen, cuando encuentra a un animal valeroso, se muestra cobarde. En tierra firme, tiene una vista muy aguda y durante los cuatro meses de invierno, se dice que no toma alimento alguno.

22.15.21. También los hipopótamos viven en estas regiones. Son los animales más sagaces que existen entre los que carecen de razón. Tienen la pezuñas divididas en dos partes, como los caballos, con pequeñas colas. En esta ocasión, vamos a mostrar simplemente dos ejemplos de la astucia de estos animales.

22.15.22. Una vez establecida su guarida entre juncos altos e inaccesibles debido a su excesiva espesura, este animal ob-

[105] Amiano se equivoca aquí, tal vez porque está relatando una leyenda. El roedor del que habla tan sólo se come los huevos que pone el cocodrilo.

serva atentamente aguardando un momento de tranquilidad y, cuando se le ofrece una ocasión, sale para alimentarse de las cosechas. Cuando se dispone a regresar, una vez saciado, forma muchos caminos con huellas engañosas, evitando así que sus perseguidores lo encuentren y lo apresen con facilidad si siguen la línea recta.

22.15.23. Igualmente, cuando engorda y se le hincha el estómago por su excesiva avidez, envuelve sus muslos y sus patas con cañas recién cortadas, porque de este modo, si se hiere las pezuñas, la sangre se derrama y disminuye la tensión. Además, cubre con lodo las partes heridas hasta que cicatricen.

22.15.24. Estas fieras, de extrema rareza en la antigüedad, fueron vistas por primera vez por el pueblo romano en la época en la que era edil Escauro [106], el padre de aquel famoso Escauro en defensa del cual habló Cicerón, que ordenó a los sardos que se unieran al sentir del mundo entero para juzgar a esa noble familia.

Y desde entonces, durante muchas generaciones, se han traído con frecuencia hipopótamos a Roma, aunque ahora es imposible encontrarlos, ya que, según piensan los habitantes de esas regiones, los hipopótamos tuvieron que emigrar a Blemia debido al elevado número de cazadores que los perseguían.

22.15.25. Entre las aves egipcias, cuya variedad es incalculable, es sagrado el ibis, digno de admiración y beneficioso porque lleva huevos de serpiente a sus nidos como alimento, con lo cual consigue que disminuya y se atenúe esta mortífera plaga.

22.15.26. Estas mismas aves se enfrentan a unas bandadas de serpientes aladas que salen de los pantanos de Arabia y que son venenosas. Pues bien, antes de que estas serpientes

---

[106] En el 58 a.C.

se extiendan, las vencen en el aire y las devoran. Además, hemos oído que estas aves ponen sus huevos por el pico.

22.15.27. Pero Egipto es cuna también de innumerables serpientes que no tienen rival a la hora de causar daño: basiliscos, anfisbaenas, scitalas, acontias, dipsades, víboras, así como otras muchas que se ven todas superadas claramente en tamaño y belleza por el áspid, una serpiente que nunca abandona por propia voluntad el curso del Nilo [107].

22.15.28. En estas regiones merece la pena ver numerosos y grandes monumentos, de los cuales es conveniente mencionar unos pocos: templos de enorme tamaño erigidos por doquier, pirámides incluidas entre las siete maravillas del mundo, acerca de las cuales nos relata Heródoto su larga y difícil realización. Estas pirámides superan en altura a todas las construcciones realizadas por la mano del hombre. Consisten en unas torres que cuentan con una base muy ancha y que van estrechándose hasta alcanzar una cima muy puntiaguda [108].

22.15.29. Esta figura, entre los geómetras, recibe el nombre de pirámide porque forma una especie de cono semejante al fuego –que entre nosotros los griegos se llama «*pir*»– [109].

Como alcanzan una enorme altura y se van haciendo cada vez más finas, no producen sombras, de acuerdo con los principios de la mecánica.

22.15.30. Hay también algunos túneles subterráneos y unos pasadizos a los que llaman «siringes» y que, según dicen, fueron construidos en diversos lugares y con gran esfuerzo por los conocedores de sus antiguos ritos, ya que preveían

---

[107] Sin embargo, en la edición de J. Fontaine, aparece *ingreditur*, por lo cual la traducción es contraria (que nunca se sumerge por propia voluntad en el curso del Nilo).

[108] Hdt .2,124.

[109] Se trata de una etimología errónea, que había aparecido ya en Platón (*Tim*. 56 b) y que llegará hasta Isidoro de Sevilla (*Etym*. 15,114).

que se produciría un diluvio y temían que se perdieran sus secretos, por lo cual grabaron y esculpieron en esas paredes muchos tipos de aves y de animales, formando lo que ellos denominan «jeroglíficos».

22.15.31. Podemos citar también Syene [110], donde en el solsticio, hacia donde el sol dirige su camino en verano, los rayos caen a plomo sobre todas las cosas que se elevan sobre el cielo, sin dejar que ninguna de éstas produzca una sombra.

En esta época, si alguien clava un palo recto, o ve a un hombre o a un árbol de pie, observará que las sombras se pierden en los extremos de las figuras. Esto mismo se dice que sucede en Meroe, una parte de Etiopía cercana al círculo equinoccial, donde, durante noventa días, las sombras se producen en sentido contrario a las nuestras, por lo cual los habitantes de esas zonas son llamados «antiscios» [111].

22.15.32. Pero, puesto que hay muchas maravillas que exceden el propósito de nuestra obra, dejémoslas para ingenios preclaros y ofrezcamos algunas noticias breves acerca de las provincias.

22.16. Sobre las cinco provincias de Egipto y sus famosas ciudades

22.16.1. Se dice que, en la antigüedad, Egipto contaba con tres provincias: Egipto propiamente dicha, Tebaida y Libia. A ellas se añadieron posteriormente otras dos: la Augustámnica, que se desgajó de Egipto; y Pentápolis, de una zona bastante seca de Libia.

22.16.2. Pues bien, entre las ciudades más conocidas de la Tebaida, podemos citar Hermópolis, Coptos y Antinou, fun-

---

[110] Es la actual Assouan.

[111] De *anti* (contra) y *skia* (sombra).

dada por Adriano en honor a su efebo Antinoo. En cuanto a Tebas, la de las cien puertas [112], nadie la desconoce.

22.16.3. En Augustámnica está la famosa ciudad de Pelusio, que según se dice fue fundada por Peleo, el padre de Aquiles, después de recibir una orden de los dioses para que se purificase en el lago que baña las murallas de esa misma ciudad. Este hecho se produjo cuando, una vez muerto su hermano Foco, Peleo fue arrastrado por las imágenes horrorosas de las Furias.

También están allí Casio, donde se encuentra el sepulcro de Pompeyo el Grande, así como Ostracine y Rinocorura.

22.16.4. En Libia Pentápolis está situada Cirene, una ciudad antigua pero desierta, fundada por el espartano Bato. Y además Ptolemaide, Arsinoe –llamada también Teuchira–, Darnis y Berenice, llamadas Hespéridas.

22.16.5. En la parte más reseca de Libia, entre otros escasos y pequeños municipios, encontramos Paraetonio, Chaerecla y Nápoles.

22.16.6. En cuanto a Egipto propiamente dicha, que desde que se unió al imperio romano es gobernada por prefectos en lugar de reyes, se enorgullece por contar con las grandes ciudades de Atribis, Oxirrinco, Tumis y Menfis, además de otras muchas menores.

22.16.7. Pero es Alejandría la perla de todas las ciudades, embellecida por numerosas y magníficas construcciones gracias a su nobilísimo fundador y a los conocimientos del arquitecto Dinócrates. Éste, al construir sus grandes y bellas murallas, ante la escasez de cal, ya que se encontró poca en aquel momento, roció todo el contorno con harina, lo cual indicó por azar que, después de esto, la ciudad tendría gran abundancia de alimentos.

---

[112] Hay aquí una laguna.

22.16.8. Sopla allí una brisa muy sana y el aire es tranquilo y agradable. Además, tal como han demostrado las peligrosas circunstancias vividas a través de generaciones, casi ningún día los habitantes de esta ciudad se ven privados de un cielo despejado.

22.16.9. Como esta costa, en la antigüedad, debido a su acceso lleno de trampas y peligros, afligía a los marineros con numerosos peligros, Cleopatra planeó levantar en su puerto una alta torre, llamada «faro» por el lugar donde estaba colocada, y que proporcionaría ayuda a los barcos con su luz. Por el contrario, antes, los que venían desde el mar Partenio o desde el Líbico, atravesaban una superficie extensa y tranquila y, al no ver señal alguna de montañas o de colinas, embarrancaban en las arenas suaves y pegajosas, y se resquebrajaban.

22.16.10. Esta misma reina mandó construir el «heptastadio» (destacable tanto por la increíble rapidez con la que fue construido como por su enorme tamaño). Su construcción se debió a una razón conocida y suficiente: y es que la isla de Faros, en donde Homero [113] cuenta con orgullo que Proteo vivió entre focas, está separada del litoral de la ciudad por mil pasos, y estaba obligada a pagar impuestos a los rodios [114].

22.16.11. Y así, cuando éstos vinieron un día dispuestos a reclamar una cantidad excesiva, esta mujer siempre astuta en el engaño, con el pretexto de unas fiestas religiosas, condujo a los recaudadores a los suburbios y ordenó que la obra se realizara sin descanso alguno. De este modo, durante siete días, se arrojaron materiales en la parte del mar más cercana a tierra, ganando así siete estadios de suelo firme. Entonces, pasando por allí en una carroza tirada por caballos, la reina se burló de los rodios, que podían exigir impuestos a una isla pero no a una zona continental.

---

[113] *Odyss*. 4,400 y ss.

[114] El heptastadio es una especie de dique que unía la isla de Faros con la tierra firme.

22.16.12. Se añaden además templos pretenciosos con altos techos, entre los que destaca el Serapeon que, a pesar de que se ve empequeñecido cuando se describe sólo con palabras, es ciertamente magnífico, con salas llenas de columnas, con estatuas que parecen vivas, y tan engalanado por el resto de obras de arte que, después del Capitolio, que eleva a la venerable Roma a la gloria, no hay nada más maravilloso en la tierra.

22.16.13. Hubo en esta ciudad dos bibliotecas de valor incalculable, y según los testimonios verídicos de antiguos datos, unos setecientos mil volúmenes que habían sido depositados allí gracias al enorme esfuerzo de los reyes Ptolemaicos ardieron en la guerra Alejandrina, cuando la ciudad fue saqueada en tiempos de la dictadura de César[115].

22.16.14. A una distancia de doce millas desde allí encontramos Canopo, ciudad que, según reflejan antiguos relatos, recibe su nombre del timonel de Menelao, que está enterrado en ese lugar. Este sitio es tan agradable, cuenta con unos refugios tan buenos y un clima tan saludable que cualquiera de nosotros creería que allí está viviendo fuera de este mundo y, cuando uno se encuentra en esa zona, con frecuencia, se escuchan vientos que dan la bienvenida con suaves brisas.

22.16.15. En cuanto a la ciudad de Alejandría propiamente dicha, esta ciudad alcanzó una enorme extensión no paulatinamente, como las demás ciudades, sino desde sus inicios. Pero, tras las fatigas de continuas revueltas internas, finalmente, después de muchos años, ya en tiempos del emperador Aureliano, cuando los conflictos entre los ciudadanos se convirtieron en verdaderos y destructivos combates, sus murallas quedaron destruidas[116] y perdió la mayor parte de la zona conocida como Bruchio, residencia de hombres ilustres desde hace mucho tiempo.

---

[115] J. Fontaine incluye el numeral *duo* en su edición, aunque Rolfe lo omite.

[116] En el 272 a.C.

22.16.16. Entre ellos podemos citar a Aristarco, destacable por sus soluciones a cuestiones arduas de la gramática [117]; a Herodiano, un agudísimo científico [118]; a Saccas Amonio [119], maestro de Plotino, y a otros muchos escritores en los distintos ámbitos de las letras, como Dídimo Chalcentero, famoso por la gran variedad de sus conocimientos, aunque en esos seis libros en los que, en ocasiones, critica injustamente a Cicerón imitando a los silógrafos (escritores injuriosos), a juicio de personas doctas parece un cachorrillo asustado ladrando desde lejos a un león que lanza terribles rugidos.

22.16.17. A pesar de que destacaron en la antigüedad muchas más personas ilustres de las que he mencionado, lo cierto es que aún hoy en esta misma ciudad no están dormidas las distintas doctrinas. No en vano, en cierta medida, seguimos encontrando maestros de artes; allí el radio geométrico encuentra cuanto estaba escondido; entre ellos no se ha marchitado completamente la música, ni ha desaparecido la armonía. Todavía entre algunos, aunque pocos, arde el deseo de estudiar los movimientos del universo y las estrellas. Otros son expertos en números y, además, unos pocos son expertos en la ciencia que revela el curso del destino.

22.16.18. En cuanto a la medicina, cuya ayuda necesitamos en esta vida nuestra, que no es en absoluto parca ni sobria, su estudio ha alcanzado tanto auge en el día de hoy que, aunque su propia práctica es la mejor prueba, sin embargo, para elogiar la habilidad de un médico en este arte, en lugar de cualquier otra prueba bastará afirmar que ha nacido en Alejandría.

22.16.19. Ya hemos hablado bastante sobre este tema. Pero si alguien quisiera investigar en profundidad acerca de las

---

[117] Notable gramático del s.II a.C., al que se cita como uno de los pioneros de la filología por sus comentarios de Homero.

[118] Es igualmente gramático del s.II a.C.

[119] Creador del neoplatonismo.

múltiples manifestaciones de la investigación de lo divino, y sobre el origen de la adivinación, descubrirá que este tipo de conocimiento se ha extendido por todo el mundo partiendo desde Egipto.

22.16.20. Fue allí donde, por primera vez y mucho antes que en los demás sitios, los hombres descubrieron por así decirlo el origen de las religiones, y aún hoy los inicios de los ritos sagrados se mantienen allí ocultos en escritos mistéricos.

22.16.21. También Pitágoras, una vez que adquirió estos conocimientos, adoró en secreto a los dioses y consiguió que se considerara como autoridad cuanto dijo o deseó. Por ello, con frecuencia, mostraba su muslo de oro en Olimpia [120] y continuamente se le veía hablando con un águila.

22.16.22. Fue aquí donde Anaxágoras tocó barro de un pozo y predijo que se produciría una lluvia de piedras y un terremoto. Igualmente Solón, ayudado por las opiniones de los sacerdotes egipcios, demostró una gran justicia y moderación al escribir las leyes [121], estableciendo de este modo una base muy firme para el derecho romano [122]. También Platón, después de visitar Egipto, partió desde estas fuentes y ascendió a lugares sublimes, donde rivalizó con Júpiter por lo elevado de sus palabras y militó en la gloriosa sabiduría.

22.16.23. La mayor parte de los egipcios son morenos y de piel bastante negra, de aspecto algo triste, delgados, secos, ardientes en cada uno de sus movimientos, controvertidos y muy insistentes a la hora de las reclamaciones. Cualquiera de ellos se sonrojaría si no mostrara múltiples moratones en su cuerpo por negarse a pagar impuestos. Y no se ha inventado aún ningún instrumento de tortura que haya podido conseguir que un tenaz ladrón de estas regiones confesara su nombre.

---

[120] Así se asemejaba a Apolo.

[121] Sin embargo, Heródoto (1,30) piensa que Solón viajó a Egipto después de escribir estas leyes.

[122] Cic, *Leg*. 2,25; Isid, *Orig*. 5,1.

22.16.24. Es sabido, como muestran los antiguos anales, que en la antigüedad todo Egipto era una monarquía aliada de Roma. Pero, una vez derrotados Antonio y Cleopatra en la batalla naval de Accio, se convirtió en una provincia en manos de Octaviano Augusto.

La parte más reseca de Libia la conseguimos por voluntad del rey Apión; y Cirene, así como las demás ciudades de la Libia Pentápolis las logramos gracias a la generosidad de Ptolomeo.

Pero, como me he extendido demasiado en esta digresión, volveré al relato de los hechos que me había planteado narrar.

LIBRO 23

23.1. El Augusto Juliano intenta en vano restaurar un templo de Jerusalén destruido tiempo atrás

23.1.1. En resumen y para omitir minucias de menor importancia, esto fue lo que sucedió durante ese año. Pero Juliano, que había sido ya cónsul durante tres años, contando como colega en el consulado con Salustio [1], prefecto de la Galia, alcanzó por cuarta vez la más alta magistratura.

De este modo, parecía que un ciudadano particular se había unido al Augusto, hecho que nadie recordaba que se hubiera producido desde el nombramiento de Diocleciano y Aristóbulo [2].

23.1.2. Y aunque, con gran inquietud, intentaba prever los distintos sucesos y apremiaba a todos para que se realizaran los múltiples preparativos necesarios para su campaña, sin embargo, a pesar de tener que ocuparse de todo tipo de asuntos, pretendía que su imperio fuera recordado por la magnitud de sus obras. En este sentido, planeaba restaurar sin mirar en gastos un templo de Jerusalén, templo magnífico en otro tiempo y que, tristemente fue destruido después de muchos y mortales combates, con el asedio de Vespasiano y, posteriormente, de Tito.

---

[1] En el 363.
[2] En el 285.

Juliano encargó esta ingente empresa al antioquense Alipio, quien, en otro tiempo, había desempeñado el cargo de viceprefecto en Bretaña.

23.1.3. Pero, aunque Alipio se apresuró con gran valor a realizar la tarea encomendada, y contó para ello con la ayuda del gobernador de la provincia, sin embargo, unas pavorosas bolas de fuego comenzaron a llover junto a las ruinas del templo e hicieron inaccesible el lugar, llegando incluso a quemarse algunos trabajadores.

De este modo, como el destino parecía adverso, se olvidó esta empresa.

23.1.4. En estos mismos días, el emperador otorgó diversos honores a unos legados que habían llegado desde la Ciudad Eterna, que contaban con un noble origen y con méritos ya reconocidos durante una vida digna de ejemplo.

Por ejemplo, nombró a Aproniano prefecto de Roma, a Octaviano procónsul en África. Encomendó a Venusto el cargo de vicegobernador en Hispania y a Rufino Aradio el de conde de Oriente, en sustitución de su tío Juliano, que había fallecido poco tiempo atrás.

23.1.5. Tomadas estas disposiciones según convenía, sentía temor ante cierto presagio que finalmente se reveló como cierto. Y es que cuando, sin que nadie lo esperara, murió Félix, el conde del tesoro, debido a una hemorragia, y a éste le siguió el conde Juliano, el pueblo, al leer las inscripciones, decía: Félix, Juliano y Augusto[3].

23.1.6. Ya antes se había producido otro hecho funesto, pues en las propias calendas de enero[4], cuando Juliano subía las escaleras del templo del Genio, uno de los sacerdotes, concretamente el más anciano, sin ser empujado por nadie, cayó

[3] Concretamente la inscripción decía: *D(ominus) N(oster) Claudius Iulianus P(rius) F(elix) Augustus.*

[4] El día uno.

de repente y murió por este accidente fortuito. Ante eso, los presentes, no se sabe si por ignorancia o por su deseo de adulación, decían que el presagio apuntaba hacia el cónsul de edad más avanzada, es decir, hacia Salustio. Pero, como se demostró, realmente indicaba que estaba próxima la muerte, no del mayor en edad, sino en importancia[5].

23.1.7. Además de éstos, había también otros presagios, no menos importantes, que indicaban igualmente lo que iba a suceder: por ejemplo, al iniciarse los preparativos de la campaña persa, se anunció que Constantinopla había sufrido un terremoto, hecho que los expertos en estos temas consideraban que no era demasiado favorable para un líder que planeaba invadir otro país.

Por ello, le persuadían para que desistiera de un proyecto inoportuno, afirmando que estos hechos y otros similares sólo debían obviarse, en caso de ser atacado por un ejército extranjero, porque entonces la única regla a seguir es defender la vida de cualquier modo, sin rechazar esfuerzo alguno.

En esos mismos días, se le anunció por carta que, al ser consultados los libros Sibilinos en Roma acerca de este tema, tal como él mismo había ordenado, habían mostrado abiertamente que el emperador no debía cruzar las fronteras ese año.

23.2. Juliano ordena a Arsaces, rey de Armenia, que se prepare para la guerra contra los persas. A continuación, atraviesa el Éufrates con su ejército y con las tropas auxiliares de los escitas

23.2.1. Sin embargo, mientras esto sucedía, muchas embajadas de pueblos que ofrecían su ayuda fueron recibidas cordialmente, pero despedidas, porque el emperador, lleno de orgullo, les contestaba que no convenía que Roma defendie-

---

[5] Es decir, de Juliano.

ra sus propios asuntos mediante ayuda extranjera, cuando lo apropiado era que la propia Roma ayudara a sus amigos y aliados con sus recursos, si es que éstos se veían obligados a solicitar esa ayuda.

23.2.2. Al único que pidió algo fue a Arsaces[6], rey de Armenia, a quien encomendó que reclutara un ejército poderoso, y que aguardara sus órdenes, unas órdenes en las que se le mostraría en breve a dónde dirigirse y cuál era la misión más urgente que debía realizar.

Así pues, tan pronto como estas medidas previas le ofrecieron una oportunidad, precedido por el rumor, se apresuró a ocupar las tierras extranjeras. Y cuando aún no había comenzado plenamente la primavera, dio a su ejército la señal de marcha y ordenó que cruzaran todos el Éufrates.

23.2.3. Una vez conocido esto, se ponen todos en movimiento volando desde sus cuarteles de invierno y, tras cruzar el río, tal como les había indicado la orden escrita, se dispersaron por los diversos puestos y aguardaron la llegada del príncipe.

Él mismo, cuando iba a partir de Antioquía, nombró gobernador de Siria a un tal Alejandro de Heliópolis, una persona sediciosa y cruel. Juliano era consciente de que Alejandro no había merecido este ascenso, pero pensaba que los antioquenses, avaros e injuriosos, sí merecían a un juez de este tipo. Además les aseguró que no volvería a verles más.

23.2.4. Además, como en su salida le acompañó una abigarrada multitud que le deseaba una ida feliz y un regreso glorioso, y que le pedía que, en el futuro, fuera más amable y tranquilo, no habiéndose aplacado aún el enojo que le habían causado los insultos y ataques, les habló con gran aspereza asegurando que no volvería a verlos más.

---

[6] Cfr. 21,6,8.

23.2.5. Pues Juliano decía que lo tenía todo dispuesto para que, una vez terminara la campaña, pudiera volver a Tarso, en Cilicia, por un *camino más* corto, con la intención de pasar allí el invierno. Y por ello había escrito a Memorio, su gobernador, para que preparara todo lo necesario para su estancia en la ciudad.

Y esto se produjo no mucho después, porque su cuerpo fue conducido allí y, tras unas exequias sencillas, fue enterrado en un barrio de las afueras, como él mismo había ordenado[7].

23.2.6. Cuando el tiempo era ya soleado, el cinco de marzo, se puso en marcha hacia Hierápolis por la ruta acostumbrada. Pero cuando atravesaba las puertas de esta gran ciudad, de repente, un pórtico cayó a su izquierda y, con el enorme peso de sus vigas y de la techumbre, aplastó a cincuenta soldados que quedaron sepultados, además de causar heridas a otros muchos.

23.2.7. Reunió entonces a todas sus tropas, y se puso en marcha hacia Mesopotamia con tanta rapidez que la noticia de su llegada no logró precederle. No en vano, había puesto gran empeño en ocupar Asiria de forma inesperada. Finalmente, acompañado por el ejército y por las tropas auxiliares de los escitas, tras cruzar el Éufrates sobre un puente de barcos, llegó a Batnae, ciudad de Osdrena, donde se produjo un prodigio nada favorable.

23.2.8. Pues una gran cantidad de jóvenes se habían reunido junto a uno de esos enormes montones de paja que suelen acumularse en aquellas regiones, e intentaban conseguir el sustento según la costumbre. Pero, como había muchos que querían coger la paja al mismo tiempo, se empujaron, e hicieron inclinarse el montón. Entonces éste cayó y aplastó a cincuenta hombres, que murieron todos asfixiados por la enorme mole.

---

[7] Cfr. 25,9,12.

23.3. Cuando el Augusto Juliano atravesaba Mesopotamia, los príncipes de los pueblos sarracenos le ofrecen una corona de oro y tropas auxiliares. Una flota romana de mil cien naves llega al Éufrates y forma un puente sobre él

23.3.1. Después de marcharse abatido de allí, llegó rápidamente a Carras, antigua ciudad, conocida por el desastre de los Craso y del ejército romano[8]. Desde allí, parten dos vías reales que conducen a Persia, la de la izquierda a través de Adiabena y del Tigris, la de la derecha por Asiria y el Éufrates.

23.3.2. Juliano se detuvo allí durante algunos días mientras realizaba los preparativos precisos, y ofrecía un sacrificio a la luna, siguiendo la costumbre de aquella región, ya que la Luna es venerada entre ellos. Y se dice que, ante el altar, sin contar con ningún testigo, le entregó un manto de púrpura a su amigo Procopio y le ordenó que asumiera con confianza el poder si se enteraba de que él había muerto entre los partos.

23.3.3. Mientras descansaba aquí, Juliano se sentía turbado por diversos sueños que le presagiaban que iba a suceder algo triste. Por ello, tanto él como los intérpretes de los sueños, al analizar lo que estaba sucediendo, afirmaban que había que tener cuidado el día siguiente, que era el diecinueve de marzo. Pero, como se supo después, esa misma noche el templo de Apolo Palatino ardió en la Ciudad Eterna, bajo la prefectura de Aproniano. E incluso, de no haber contado con todo tipo de recursos, la magnitud de las llamas hubiera consumido los libros de Cumas.

23.3.4. Tras estos sucesos, cuando el emperador se hallaba preparando tropas y bagajes de todo tipo, la llegada de unos soldados sin aliento le indicó que ciertas tropas de enemigos habían irrumpido a caballo por alguna zona cercana de la

[8] Marco Craso y su hijo fueron derrotados allí a mediados del s.I. a.C.

frontera y que se habían llevado inesperadamente un cuantioso botín.

23.3.5. Conmovido por este nuevo desastre, en poco tiempo, tal como había planeado, seleccionó y envió treinta mil soldados al citado Procopio, encomendándole también como colega con poderes similares a Sebastiano, antiguo general en Egipto.

Juliano quería que lo vigilaran todo con cautela, para que no se produjera ninguna sorpresa en algún flanco, pues era consciente de que, con frecuencia, se habían producido muchas. Por eso les ordenó que lo mejor que podían hacer era asociarse al rey Arsaces y marchar con él por Corduena y Moxoena, de manera que, tras devastar Chiliocomo, una fértil región de Media, así como otros lugares que se hallaban en su ruta, se encontraran con él mientras se hallaba aún en Asiria, y le ayudaran en caso de necesidad.

23.3.6. Dadas estas órdenes, el propio Juliano simuló que se marchaba a través del Tigris –para lo cual incluso había ordenado con premeditación que prepararan víveres para el camino–. Pero se desvió hacia la derecha y, después de una noche de descanso, reclamó el animal sobre el que solía viajar. Cuando le trajeron al caballo, llamado Babilonio, éste resultó herido por el disparo de la artillería y, mientras se revolvía sin poder soportar los dolores, manchó todos sus ornamentos, que llevaban oro y piedras preciosas engarzadas.

Muy feliz ante este hecho, entre los aplausos de los que le rodeaban, exclamó: «Babilonia ha caído al suelo y ha perdido todos sus ornamentos».

23.3.7. Se detuvo entonces un poco para confirmar este presagio inmolando algunas víctimas, y llegó a Davana, campamento fortificado donde nace el río Belias, que corre luego hasta el Éufrates.

Una vez recuperadas las fuerzas gracias al alimento y al descanso, al día siguiente llegaron a Calínico, fortaleza poderosa y reconocida por la riqueza de su comercio. Pues bien,

aquí el veintisiete de marzo, el día en el que se celebran fiestas anuales en honor a la Madre de los Dioses, y en el que la carroza que transporta su imagen es sumergida en las aguas del Almo, celebró los ritos según la costumbre ancestral, después de lo cual durmió tranquilo, exultante y feliz.

23.3.8. Pero, al día siguiente, se marchó de allí atravesando las cimas que bordeaban el río, ya que las aguas se erizaban con las corrientes que venían por todas partes y, tras avanzar con sus tropas armadas, plantó el campamento en cierto puesto de guardia, donde los príncipes de los pueblos sarracenos se abrazaron suplicantes a sus rodillas, le ofrecieron una corona de oro y le adoraron como «Señor del mundo y de sus pueblos». Lógicamente fueron muy bien recibidos, porque eran apropiados para las emboscadas en las guerras.

23.3.9. Mientras Juliano les dirigía unas palabras, semejante a aquel poderosísimo rey Jerjes, llegó su flota conducida por el tribuno Constantino y el conde Luciliano. Y tal era su magnitud que apenas cabía en el anchísimo río Éufrates, pues formaban parte de ella mil naves de carga de diferente construcción, que almacenaban víveres en abundancia, armas e incluso máquinas de asedio. Había además otras cincuenta naves de guerra, así como un número similar de naves, necesarias para formar puentes.

23.4. Descripciones de las máquinas utilizadas para abatir murallas: ballesta, escorpión u onagro, ariete, helépolis y dardos incendiarios

23.4.1. El propio relato me lleva, en la medida en que me lo permiten mis mediocres condiciones, a describir brevemente estos artilugios de guerra para aquellos que los desconozcan. Para ello, comenzaré con la ballesta.

23.4.2. Entre dos barras se sujeta un hierro grande y fuerte, que se extiende como una regla larga. Pues bien, desde su su-

perficie curvada, que tiene en medio una parte pulida, se extiende hasta una distancia considerable una estaca cuadrada que tiene a todo lo largo una ranura estrecha y que está atada por un gran número de cuerdas retorcidas. Aquí se adaptan fijamente dos rodillos de madera, junto a cada uno de los cuales se sitúa el soldado que va a disparar con destreza. Éste, con sumo cuidado, coloca en el hueco de la estaca una flecha de madera, que cuenta con una gran punta de hierro, tras lo cual algunos soldados dotados de gran fuerza mueven la manivela a un lado y a otro.

23.4.3. Cuando el extremo de la flecha alcanza el grado máximo de tensión de las cuerdas, este proyectil, impulsado desde el interior de la ballesta, escapa a la vista echando chispas a veces debido al excesivo calor y, con mucha frecuencia, incluso antes de que se vea la flecha, el dolor demuestra que se ha producido una herida mortal.

23.4.4. En cuanto al escorpión, al que ahora llaman onagro, tiene esta forma: se labran dos palos de madera de encina o de acebo, se curvan ligeramente hasta que parezca que forman jorobas y se les une como si formaran una sierra, perforándolos abiertamente en ambos lados. Luego, a través de los agujeros, se pasan unas cuerdas fuertes que mantengan la máquina sujeta e impidan que se desmonte.

23.4.5. Desde la mitad de este artefacto, se levanta oblicuamente un palo de madera, que se eleva como el timón de una carroza y se ata con gran fuerza con las cuerdas, de manera que pueda subirse y bajarse. En su parte más elevada se unen dos ganchos de hierro de los que cuelga una honda de estopa o también de hierro.

Delante de esta madera se extiende un banco enorme, con tela, relleno de pajas pequeñas, que se anuda con fuertes ataduras, y está colocado sobre montones de hierba o de ladrillos, y así, cuando una máquina enorme de este tipo golpea un muro de piedra, lo destroza debido a la violencia del choque y no tanto por el peso.

23.4.6. Así pues, cuando estalla el combate, se coloca una piedra redonda sobre la honda, cuatro jóvenes a cada lado de la máquina tienden hacia atrás la barra a la que se le han atado las cuerdas y la extienden tanto hacia atrás que casi llega a tocar el suelo. Entonces, un encargado que permanece subido encima, de un fuerte golpe, abre violentamente el cerrojo que mantenía tensas las cuerdas de la máquina, de manera que la barra queda libre por esta violenta sacudida, golpea sobre la superficie mullida de la tela y lanza la piedra, que abatirá todo lo que se encuentre a su paso.

23.4.7. Esta máquina se llama «tormentum», porque su mecanismo se desencadena a partir de la tensión (*torqueo*), y «escorpión» porque tiene una especie de aguijón levantado, e incluso actualmente se la denomina también «onagro», porque cuando estos animales salvajes son perseguidos por los cazadores, dan coces y lanzan tan lejos hacia atrás las piedras, que llegan a atravesar el pecho de los que les siguen, o bien les rompen los huesos y les hacen reventar la cabeza.

23.4.8. Vayamos ahora al ariete.

Se elige un abeto o un olmo grande y, en su parte más alta, se coloca una pieza larga, de duro hierro, que tiene forma de cabeza de carnero dispuesta a embestir y que, por ello, da nombre a la máquina[9].

Y así, cuando se la suspende por unas asas de hierro que tiene a los lados, como si estuviera en una balanza, su movimiento se produce en un espacio determinado, ya que un grupo de soldados –tantos como permite la longitud de la madera– tiran de ella hacia atrás y la empujan otra vez hacia delante hasta romper lo que se encuentre a su paso con fortísimos golpes, tal como si fuera un carnero que se mueve adelante y atrás. De este modo, ante la frecuencia y la repetición de los golpes, los edificios se resquebrajan como si hubieran

[9] *Aries* en latín significa «carnero».

sido golpeados repetidamente por un rayo, y caen una vez desmoronadas las paredes.

23.4.9. Si se abre brecha en un muro manejando con todas las fuerzas una máquina de este tipo, los defensores se retiran y entonces, rotas ya las líneas, se puede entrar en las ciudades mejor fortificadas.

23.4.10. En lugar de utilizar estos arietes, que no son bien vistos en la actualidad debido a su abundancia, se ha inventado otra máquina, bien conocida por los historiadores, a la que los griegos denominamos «*helépolis*» [10].

Fue por la continua utilización de esta máquina, por lo que Demetrio, el hijo de Antígona, después de atacar Rodas y otras ciudades, fue llamado «Poliorcetes» [11].

23.4.11. Pues bien, esta máquina se construye del siguiente modo.

Se forma una enorme tortuga, que se refuerza con tablas muy largas, y que se fija con clavos de hierro. Se cubre con pieles de bueyes y con un entramado de ramas recién cortadas, después de lo cual se cubre la parte superior con barro, para que pueda rechazar el lanzamiento de los dardos incendiarios.

23.4.12. En su parte delantera, se colocan tridentes muy afilados y de gran peso gracias a su estructura de hierro, de manera que, tal como reflejan los pintores y escultores, con estas puntas agudas, destroza todo lo que golpea.

23.4.13. Esta máquina tan pesada es conducida mediante ruedas y cuerdas por un numeroso grupo de soldados que, desde su interior, la empujan con todas sus fuerzas contra la parte más débil de una muralla. Y entonces, si no aguantan las fuerzas de los soldados defensores que la protegen, al ser golpeadas, se abren brechas enormes en las estructuras de las murallas.

---

[10] Es decir, «que toma ciudades».

[11] Concretamente, «el que toma o asedia ciudades».

23.4.14. En cuanto a los dardos incendiarios, un tipo de proyectil, consisten en lo siguiente:

Una flecha de caña se refuerza con pequeños trozos de metal en muchos puntos desde el inicio a la punta. Tienen la forma del huso de una rueca con la que tejen las mujeres. En esta caña, por debajo, se abre cuidadosamente una cavidad con muchas aberturas, y en esta concavidad se prende fuego con alguna materia inflamable.

23.4.15. Entonces, si se dispara con menos fuerza porque el arco no está tenso, en caso de que el impulso se haya cortado demasiado pronto, se clava en algún lugar y lo quema completamente. Además, si se utiliza agua para apagarlo, se producen llamas más intensas, que no se extinguen de ningún modo a no ser que se cubran con polvo.

Esto es lo que hemos narrado acerca de las máquinas de asedio, de las que hemos descrito unas pocas. Pero ahora volvamos ya a nuestra narración.

23.5. El Augusto Juliano, en Cercusio, cruza el río Abora con todas sus tropas mediante un puente de barcas y habla a sus soldados

23.5.1. Una vez recibidas las tropas auxiliares de los sarracenos, que le habían sido entregadas de muy buen grado, el emperador se dirigió rápidamente a Cercusio, una fortaleza muy segura y muy bien construida, cuyas murallas están rodeadas por los ríos Abora y Éufrates, que forman una especie de isla.

Pues bien, aquí llegó Juliano en los primeros días del mes de abril.

23.5.2. Como esta ciudad antes era pequeña y estaba expuesta a muchos peligros, Diocleciano la dotó de murallas y de altas torres porque se había asustado recientemente al asegurar las fronteras internas en el propio territorio de los bárbaros. De este modo, los persas no podrían andar libremente

por Siria provocando grandes daños en las provincias, tal como había sucedido pocos años antes.

23.5.3. De hecho, en Antioquía, cuando, en medio de un profundo silencio, un actor de mimo estaba actuando con su esposa en los juegos escénicos y representaba ciertas escenas de la vida cotidiana, ante un público embebido por la representación, la esposa dijo: «O es un sueño, o estoy viendo a los persas». Entonces, todos los asistentes volvieron la cabeza y se dispersaron intentando evitar las flechas que les lanzaban desde la ciudadela.

En esta ocasión, Antioquía fue incendiada y murieron muchos que paseaban de acá para allá como en tiempos de paz.

Después de quemar y de saquear los lugares cercanos, los enemigos volvieron tranquilamente a sus hogares con un rico botín, habiendo llegado a quemar vivo a Mareades, que inconscientemente les había conducido allí para calamidad de sus convecinos.

Estos hechos remontan a la época de Galieno [12].

23.5.4. Pero, mientras Juliano estaba en Cercusio intentando que su ejército y que toda la comitiva atravesara el Abora por un puente hecho con barcas, recibió una triste misiva enviada por Salustio, prefecto de la Galia. Éste le rogaba que detuviera la expedición contra los partos y le pedía, pues aún estaba a tiempo, que evitara un desastre seguro, ya que no había logrado aún la protección de los dioses.

23.5.5. A pesar de ello, Juliano no prestó atención a este sabio consejo, y continuó su marcha muy confiado, porque no existe ninguna fuerza, ni cualidad humana alguna que pueda conseguir que no suceda lo que está escrito en el destino.

Incluso, tan pronto como atravesó el puente, ordenó que fuera destruido, para que ningún soldado de su ejército albergara esperanzas de regresar.

---

[12] En el s. III d.C., concretamente entre el 260 y el 268.

23.5.6. De acuerdo con esa misma fatalidad, Juliano encontró aquí un nuevo presagio desfavorable: el cadáver de un sirviente que había sido ejecutado a manos del verdugo, porque Salutio [13], prefecto residente en la corte, le había condenado a muerte. El motivo era que, después de prometer que traería una cantidad suplementaria de alimentos un día determinado, no pudo conseguirlo debido a un accidente.

Sin embargo, después de ejecutar a ese desgraciado, tal como él mismo había prometido, al día siguiente llegó una nueva flota repleta de alimentos.

23.5.7. Una vez nos marchamos de aquí, llegamos a un lugar llamado Zaitha, que significa «olivo». Aquí vimos la tumba, visible a gran distancia, del emperador Gordiano, de quien hemos descrito en los lugares apropiados las hazañas que realizó desde la niñez, así como sus exitosas campañas militares [14].

23.5.8. Allí, como era propio de su piedad innata, después de hacer un sacrificio a este emperador ya deificado, se puso en marcha rápidamente hacia Dura, ciudad desierta donde, al ver desde lejos a una tropa de soldados, se detuvo sin saber bien qué traían. Éstos le presentaron el cuerpo de un enorme león al que habían cazado disparándole numerosas flechas cuando atacaba a su formación.

Con este presagio aumentaron sus esperanzas de alcanzar una mejor fortuna, ante lo cual prosiguió su avance exultante. Sin embargo, como el soplo de la fortuna es variable, el resultado fue muy distinto al que esperaba, ya que el presagio indicaba la muerte de un rey, aunque no se sabía de cuál.

23.5.9. No en vano, sabemos que hay oráculos ambiguos que no se descifran con certeza hasta el final, tal como observamos en la respuesta del veraz oráculo de Delfos, que predijo que Creso, después de cruzar el río Halis, destruiría el mayor de los reinos [15]; o bien otro que, de forma indirecta, señaló el

[13] Cfr. 14,1,10.
[14] En un pasaje perdido.
[15] Cfr. Hdt, 1,53; Cic, *Div.* 2,56,115.

mar como el lugar donde los atenienses lucharían contra los persas [16]. Y una respuesta posterior a éstas, totalmente cierta y no menos ambigua es la siguiente: «Afirmo, hijo de Eaco, que los romanos pueden ver una victoria» [17].

23.5.10. Sin embargo, los adivinos etruscos que acompañaban a los expertos en prodigios, como no se les hacía caso cuando una y otra vez intentaban detener esta campaña, mostraron sus libros relativos a los combates y afirmaron que se trataba de un presagio negativo y contrario a un príncipe que intentaba invadir un país ajeno, por mucho que se tratara de una invasión justa.

23.5.11. Pero se encontraban con la oposición y con el rechazo de los filósofos, que tenían aún mucho poder a pesar de que, en ocasiones, se equivocaban y se empeñaban en mantener su opinión en asuntos que no conocían bien.

Incluso estos filósofos, como prueba clara de la verdad de sus afirmaciones, aseguraban que cuando, en el pasado, el César Maximiano iba a entablar ya combate con Narseo, el rey persa, se le había presentado igualmente el cuerpo de un león y de un enorme jabalí. Y lo cierto es que, después de vencer a este pueblo, regresó sin sufrir daños. Pero no advertían que el presagio significaba la muerte del invasor, pues Narseo se había lanzado a ocupar Armenia, que estaba bajo la jurisdicción romana.

23.5.12. De forma similar, el día siguiente, que era siete de abril, cuando se acercaba el anochecer, a partir de una pequeña nubecilla el cielo se oscureció de repente y desapareció la luz, hasta tal punto que, después de frecuentes y amenazadores truenos y relámpagos, un soldado llamado Joviano fue alcanzado por un rayo y cayó con dos caballos cuando volvía de darles agua en el río.

---

[16] Cfr. Cic, *Div.* 2,26,56.

[17] Cfr. Enn, *Ann.* 174. Como vemos, la respuesta del oráculo deja ambiguo si los romanos serían vencedores o vencidos.

23.5.13. Al verlo, se hizo venir a los intérpretes de estos hechos, quienes, al ser interrogados, afirmaron con seguridad que se trataba de una advertencia contra la campaña, pues el rayo era una «señal admonitoria» –que es el nombre que reciben los presagios que disuaden o que recomiendan hacer algo–.

Por otra parte, había que hacer caso a esta señal, porque había muerto un soldado ilustre junto con unos caballos de guerra, y porque los lugares indicados de este modo [18], según los libros relativos a los fenómenos luminosos, no deben ser vistos ni hollados.

23.5.14. Sin embargo, los filósofos, al ver aparecer de repente el brillo de este fuego sagrado, decían que no tenía significado alguno y que era el movimiento de una gran masa de aire que, desde el cielo, había sido impulsada hacia la tierra por alguna fuerza. Añadían además que, en caso de que quisieran hallar algún significado, el prodigio indicaba claramente el incremento de la gloria de un emperador que se disponía a una empresa histórica, pues es evidente que, por su propia naturaleza, las llamas se elevan cada vez más cuando no encuentran obstáculo alguno.

23.5.15. Ante esto, una vez destruido el puente después de que todos lo hubieran cruzado, tal como hemos señalado, el emperador creyó que lo más urgente era hablar a los soldados, que marchaban intrépidos y confiados en sí mismos y en su líder.

Así pues, dada una señal mediante las trompetas, habiéndose reunido ya todas las centurias, cohortes y manípulos, Juliano se colocó sobre un montón de tierra, rodeado por los hombres de más alto rango y, con voz serena, contando con la simpatía general habló de este modo:

23.5.16. «Al observar vuestras enormes fuerzas y vuestro ánimo, mis muy valientes soldados, he decidido reuniros para

[18] Es decir, con truenos y relámpagos.

mostraros con múltiples argumentos que ésta no es la primera vez, a pesar de lo que dicen algunos malintencionados, que los romanos invaden Persia. Pues, para no mencionar a Lúculo o a Pompeyo (quienes, a través de los albanos y de los masagetas, a los que ahora denominamos alanos, penetraron también en esta nación y llegaron a los lagos Caspios) sabemos que Ventidio, el legado de Antonio, causó calamidades sin número en estas tierras [19].

23.5.17. »Pero, para no aludir a tiempos remotos, me referiré a lo que nos ha transmitido la historia reciente: Trajano, Vero y Severo regresaron de aquí victoriosos y cargados de trofeos. Y el joven Gordiano, cuyo monumento vemos ahora con respeto, hubiera regresado con igual esplendor si en Resaina, después de vencer y poner en fuga al rey de los persas, no hubiera caído por una impía herida causada por la facción de Filipo, prefecto del pretorio, que contó con la ayuda criminal de unos pocos, muriendo Gordiano en el mismo lugar donde está sepultado. Sin embargo, sus manes no anduvieron errantes y sin venganza durante mucho tiempo, porque, como si la justicia hubiera calibrado los hechos, todos los que conspiraron contra él y planearon su muerte, murieron después de una terrible agonía [20].

23.5.18. »A aquellos emperadores, ávidos de empresas elevadas, fue su voluntad la que les impulsó a realizar hazañas memorables. Pero a nosotros nos impulsan la terrible calamidad de las ciudades capturadas recientemente, las sombras sin venganza de ejércitos enteros asesinados, la magnitud de los daños y la pérdida de campamentos. Así pues, en nuestro intento de restablecer el pasado, contamos con los deseos comunes de todos, por lo cual, una vez fortalecida la seguridad del estado en esta zona, realizaremos hazañas por las que la posteridad podrá encomiarnos.

---

[19] Cfr. Plut, *Ant.* 33,4; 34,1; Val. Max. 6,9,9.

[20] Gordiano fue emperador en el s. III, concretamente desde el 238 hasta el 244. Cfr. Capit, *Gordian.* 33.

23.5.19. »Con la ayuda de la divinidad eterna, yo estaré siempre con vosotros, como emperador, líder y camarada, contando como espero, con auspicios favorables.

»Pero, en el caso de que la inconstancia de la fortuna me batiera en alguna contienda, para mí será suficiente el haberme sacrificado por el mundo romano, al igual que hicieron los antiguos Curcios[21], los Mucios[22] y el noble linaje de los Decios[23].

»Debemos acabar con el más enojoso de los pueblos, en cuyas espadas quedan restos aún de la sangre de nuestros amigos.

23.5.20. »Nuestros antepasados necesitaron muchas generaciones para erradicar completamente lo que les perjudicaba. Cartago sólo fue derrotada después de una complicada y larga guerra, pero nuestro insigne líder temió que ésta pudiera sobrevivir a su derrota. También Escipión destruyó completamente Numancia después de arrostrar las múltiples dificultades que conlleva un asedio.

»Roma destruyó Fidenas para que no surgieran ciudades émulas de su imperio, y ésta fue también la razón por la que oprimió a los faliscos y a los de Veyes, de manera que ni siquiera el recuerdo del pasado puede convencernos fácilmente de que estas ciudades fueron poderosas algún día.

23.5.21. »Os he expuesto estos hechos como conocedor del pasado. Sólo resta que, olvidando la codicia, que con frecuencia ha tentado a los soldados romanos, avancéis todos en formación y que, cuando llegue el momento de la lucha, cada uno siga a sus propias insignias y sepa que, si se echa atrás, será abandonado con las piernas cortadas.

»De los enemigos, que son muy astutos, no temo nada más que sus engaños y trampas.

---

[21] Cfr. Liv. 7,6,1 y ss.
[22] Liv. 2,12.
[23] Verg. 16,10,3.

23.5.22. »En suma, os prometo a todos y a cada uno de vosotros que, una vez logremos el triunfo y se calme esta situación, rechazando todas las prerrogativas de esos príncipes que piensan que, en función de su autoridad, todo lo que dicen o plantean es justo, daré cuentas a quien me lo exija de mis decisiones, ya sean correctas o erróneas.

23.5.23. »Por ello, ya desde ahora, levantad –os lo pido–, levantad vuestros ánimos a la espera de muchas y grandes hazañas, sabiendo que afrontaréis cualquier dificultad que se nos presente compartiendo mi destino. Y pensad que la victoria suele acompañar siempre a la justicia».

23.5.24. Una vez concluido este discurso tan optimista, los soldados, exultantes con la gloria de su general y con grandes esperanzas en un futuro próspero, levantaron sus escudos, y gritaron que no temían ningún peligro ni dificultad alguna, si contaban con un emperador que se imponía a sí mismo más dureza que a sus soldados.

23.5.25. De entre todos, los que demostraban una mayor alegría en sus gritos eran los galos, pues recordaban las ocasiones en que, dirigidos por este emperador, habían visto cómo caían algunos pueblos y cómo otros pedían perdón suplicantes, mientras Juliano iba de compañía en compañía durante el combate.

23.6. Descripción de las dieciocho provincias principales del reino persa, con sus recursos y sus costumbres

23.6.1. Llegados a este punto, el tema nos lleva a tratar las tierras persas, aunque sea en una rápida digresión, para lo cual ofreceré con cautela las descripciones de unos pueblos sobre los que muy pocos han dicho la verdad.

Y aunque mi narración se vuelva algo extensa, eso ayudará a la comprensión plena de los hechos. Pues, cuando se busca brevedad al exponer sucesos desconocidos, no hay que

poner tanto interés en contar con claridad lo que se menciona, como en escoger bien lo que se va a omitir.

23.6.2. Este reino, insignificante en otra época por diferentes causas que hemos expuesto en numerosas ocasiones, cuando Alejandro murió en Babilonia, tomó su nombre del parto Arsaces[24], un hombre de humilde origen, que lideró a unos bandidos en su niñez, y que, paulatinamente, mejoró de condición y se encumbró gracias a una serie de nobles acciones.

23.6.3. Éste, después de numerosas y valerosas hazañas, una vez derrotado Seleuco Nicátor, el sucesor del propio Alejandro (al que se denomina *Nicátor* por el gran número de victorias que logró)[25], expulsó a las tropas macedonias y, rigiendo un reino muy tranquilo, fue moderador y juez complaciente de sus leales súbditos.

23.6.4. Finalmente, una vez que sometió todas las tierras, ya fuera por la fuerza, por decisión de la justicia o por el temor, consiguió que Persia estuviera plagada de campamentos y de fortalezas y, cuando ésta ya se había acostumbrado a ser temida por todos los pueblos a los que antes temía, murió plácidamente Arsaces cuando había alcanzado ya la madurez.

Y cuando, después de grandes confrontaciones, llegaron a un acuerdo los nobles y el vulgo, según el rito de su pueblo, fue el primero de todos en ser elevado a las estrellas.

23.6.5. Desde entonces hasta ahora, los reyes de este pueblo, llenos de orgullo, permiten que se les considere hermanos del sol y de la luna. Y, al igual que entre nuestros emperadores el título de Augusto es grato y deseado, así los reyes partos, antes despreciables y desconocidos, alcanzaron las mayores dignidades gracias a los auspicios favorables de Arsaces.

---

[24] Es decir, fueron llamados Partos.

[25] *Niké* en griego significa «victoria», y *nicátor* «victorioso».

23.6.6. Por ello le veneran y le respetan como si fuera un dios, y sus honores se han extendido tanto que hasta nuestra época, a la hora de asumir el poder, nadie se antepone a los demás si no se trata de un arsácida. Y, en cualquier confrontación entre ciudadanos, que es algo frecuente para ellos, todos evitan levantar su mano contra un arsácida, ya esté armado o sea un ciudadano particular, porque lo consideran un sacrilegio.

23.6.7. Es bien sabido que los partos, después de superar a numerosas naciones en la guerra, extendieron su territorio hasta la Propóntide y Tracia. Pero debido a la soberbia de generales con altas aspiraciones, que asolaban a su arbitrio tierras muy alejadas, su reino se vino abajo después de soportar enormes derrotas. La primera fue la de Ciro, que atravesó el Bósforo con un ejército magnífico, pero fue derrotado y aniquilado por Tomiris, reina de los escitas, cruel vengadora de sus hijos[26].

23.6.8. Después, cuando Darío y posteriormente Jerjes cambiaron de elemento y atacaron Grecia, casi todas sus tropas desaparecieron en combates por tierra y por mar, hasta tal punto que apenas ellos mismos pudieron regresar a casa por un camino seguro. Y eso sin mencionar las guerras de Alejandro y el que, por su testamento, toda la nación pasó al poder de un único sucesor.

23.6.9. Después de estos hechos, transcurrido un largo período, durante el que nuestro estado fue regido por cónsules y luego por Césares, estas gentes lucharon contra nosotros en combates a veces igualados, en los que, en unas ocasiones, fueron superadas y, en otras, resultaron vencedoras.

23.6.10. Voy a describir ahora breve y ordenadamente estos lugares, en la medida en que lo permita el plan establecido. Pues bien, estas regiones, que se extienden por amplias y ex-

[6] Cfr. Hdt. 1,214; Just. 1,8,9 y ss.

tensas llanuras, rodean el golfo Pérsico, célebre y con numerosas islas por todas partes. Este golfo cuenta con una entrada tan estrecha que desde Harmoz, un promontorio de Carmania, se puede ver sin obstáculo alguno otro promontorio situado enfrente, al que los habitantes de la zona denominan «Maces».

23.6.11. Una vez superado ese estrecho, cuando el mar se abre en toda su amplitud, la navegación es fácil hasta la ciudad de Teredón donde, después de numerosas pérdidas de agua, el Éufrates se mezcla con el mar. El golfo entero, con su forma redondeada, tiene una extensión en su costa de veinte mil estadios. Sus orillas están plagadas de ciudades y pueblos, y goza de una abundante navegación.

23.6.12. Una vez atraviesas el estrecho antes mencionado, se llega hasta el golfo de Carmania, que se extiende hacia el este. Desde allí, a larga distancia, hacia el sur, encontramos una bahía llamada «Cantico», y no lejos de ella hay otra a la que llaman «Chalites», que se extiende hacia occidente.

A continuación, tras sortear numerosas islas, de las que hay pocas conocidas, se llega al océano Índico, que es el primero en recibir la luz del sol cuando sale, y que tiene aguas muy calientes.

23.6.13. Según los trazos de los geógrafos, todo el circuito mencionado tiene estos límites: por el norte hasta las puertas Caspias, limita con los cadusios, con muchos pueblos escitas y con los arimaspos, hombres feroces y con un solo ojo.

Por el oeste, limita con los armenios, con Nifates[27], los albanos de Asia, con el mar Rojo, y con los árabes esceníticos (a los que en los últimos tiempos se ha conocido como sarracenos).

Por el sur se extiende hacia Mesopotamia. La frontera oriental se extiende frente al río Ganges, que atraviesa las tierras de los Indos y desemboca en el mar del Sur.

---

[27] Es una montaña de Armenia.

23.6.14. Ahora bien, hay en toda Persia enormes regiones defendidas por «vitaxae», que son comandantes de caballería, así como por reyes y sátrapas.

Entre éstas, además de otras muchas regiones insignificantes que es inútil y difícil mencionar, cuenta con Asiria, Susiana, Media, Persis, Partia, Carmania Mayor, Hircania, Margiana, Bactriani, Sogdiani, Sacae, la Escitia situada a los pies del Imao[28] y, al otro lado de este monte, Sérica, Aria, Paropanisadae, Drangiana, Aracosia y Gedrosia.

23.6.15. La que se encuentra más cercana a nosotros es Asiria, sumamente rica por su numerosa población, su tamaño y sus variados y abundantes recursos. Esta provincia estaba formada por amplios pueblos y aldeas, muy habitados en otro tiempo, aunque poco a poco se unieron con un solo nombre y, ahora, se denomina Asiria. En ella, además de una gran abundancia de bayas y de plantas vulgares, se encuentra betún junto a un lago llamado Sosingites, lago donde desaparece el Tigris aunque, tras avanzar por debajo de su superficie, emerge a una gran distancia.

23.6.16. Aquí se produce también nafta, una especie de masa pegajosa como el pez, parecida al betún. Pues bien, si se posa en ella una pequeña avecilla, no puede ya volar y desaparece hundiéndose completamente.

Y cuando un fluido de este tipo comienza a arder, la mente humana no encuentra otra solución para apagarlo que no sea el polvo.

23.6.17. Hay igualmente en estas regiones una falla en el terreno, de donde sale una exhalación letal, que mata con su fuerte olor a todo animal que se halle cerca. Si esta peste que surge de cierta sima profunda abandonara esas profundidades, antes de que se elevara a las alturas, por su fetidez, convertiría todas las tierras cercanas en un desierto.

---

[28] El Himalaya.

23.6.18. Según afirman algunos, antes podía verse una cavidad similar en Hierápolis, en Frigia. De ella emanaba una exhalación también nociva que corrompía con su fétido olor todo lo que se hallara cerca, excepto a los eunucos, aunque yo dejo ya a los físicos el explicar la causa por la que esto se produce[29].

23.6.19. De forma similar, en el templo de Júpiter Asbameo, en Capadocia, donde se dice que nació aquel insigne filósofo Apolonio[30], junto a la ciudad de Tiana, puede verse una fuente que sale de un pantano y que, gracias a la abundancia de agua que recibe, se va rellenando sin salirse de sus márgenes.

23.6.20. En esta zona está Adiabena, llamada antiguamente «Asiria», pero que cambió su denominación por otra que se utilizaba más, ya que, al estar entre el Ona y el Tigris, dos ríos navegables, no puede accederse a ella por un vado –y los griegos para la noción de «atravesar» utilizamos el verbo «*diabaínein*»–. Esto es al menos lo que piensan los ancianos[31].

23.6.21. Pero nosotros pensamos que, en estas tierras, hay dos ríos que fluyen sin cesar y que yo he atravesado personalmente, el Diabas y Adiabas, que pueden cruzarse con puentes formados por barcas. Y creo que esa es la razón por la que se llamó Adiabena, del mismo modo que, según cuenta Homero, tomaron también su nombre a partir de algunos ríos importantes Egipto[32], India y la región Eufratense, que antes era conocida como Commagena. Igualmente, Hiberia recibe este nombre del río Híbero, aunque ahora se llama Hispania y, a partir del conocido río Betis[33], tenemos una provincia llamada Bética.

---

[29] Cfr. Dio, 68,27,3, Plin, *Nat.* 2,208.
[30] Del s.I a.C.
[31] Adiabena sería así «la que no puede atravesarse».
[32] De hecho Homero en *Odyss.* 4,477 llama al Nilo «Egipto».
[33] El Guadalquivir.

23.6.22. En esta región de Adiabena está la ciudad de Ninos, que en otro tiempo era la que dominaba en Persia, y que recibió su nombre del poderosísimo rey Nino, marido de Semíramis. Encontramos aquí también Ecbatana, Arbela y Gaugamela, donde Alejandro, después de combates de diverso resultado, derrotó a Darío en una dura guerra.

23.6.23. En toda Asiria hay muchas ciudades, entre las que sobresale Apamia, llamada antes Mesene, además de Teredón, Apolonia, Vologesia y otras muchas similares a éstas.

Pero las más conocidas y famosas de todas son tres: Babilonia, cuyas murallas fueron construidas con betún por Semíramis –pues el antiquísimo rey Belo levantó la ciudadela–; Ctesifón, fundada por Vardanes en la antigüedad, y que después fue enriquecida por el rey Pacoro, tanto en número de habitantes como en murallas, quien además le dio un nombre griego y la convirtió en la perla de Persia.

Y después de ella, encontramos Seleucia, ambiciosa obra del rey Seleuco Nicátor.

23.6.24. Cuando ésta fue expoliada por los generales del César Vero, como antes narramos, robaron allí una imagen del Apolo de Cumas y la llevaron a Roma, donde los sacerdotes de los dioses la colocaron en el templo de Apolo Palatino.

Se dice que, después de que esta imagen fuera robada, y de que se incendiara la ciudad, los soldados fueron a rapiñar en el templo y encontraron un estrecho agujero. Y al abrirlo con la esperanza de encontrar un objeto precioso, de cierto abismo oculto por los secretos de los caldeos, surgió una peste que, provocando una enfermedad incurable, en la época del citado Vero y de Marco Antonino, llenó de enfermedad y de muerte todo el territorio situado entre la tierra de los persas, el Rin y las Galias.

23.6.25. Cerca se encuentra la región de los caldeos, cuna de la filosofía en la antigüedad, según relatan ellos mismos, y donde apareció el conocimiento verdadero de los vaticinios. Riegan estas tierras ríos incluso más importantes que los que hemos citado anteriormente, por ejemplo, el Marses, el río

Real y, por encima de todos, el Éufrates. Éste se divide en tres ramas que son todas navegables y forma así unas islas. Además, como riega los campos gracias al esfuerzo de los agricultores, los hace aptos para el arado y el cultivo de plantas.

23.6.26. Cercanos a esta región están los susianos, que no disponen de muchas ciudades, aunque entre ellas sí destaca Susa, que con frecuencia ha sido residencia real. Y también Arsiana, Sele y Aracha. Las demás son pequeñas e insignificantes. Sin embargo, corren muchos ríos por estos lugares, algunos importantes como el Oroates, el Harax y el Moseo que, por unos estrechos arenosos que separan el mar Caspio del Rojo, anegan una gran superficie.

23.6.27. Por la izquierda se extiende Media, cercana al mar Hircano. De ella hemos leído que, antes del reinado de Ciro el antiguo y del desarrollo de Persia, era la reina de toda Asia, pues logró someter Asiria, de muchos de cuyos pueblos, con su nombre cambiado por el de Agropatena, se apoderó en la guerra.

23.6.28. Es una nación belicosa y la más temible después de los partos, que fueron los únicos que la derrotaron. Esta región tiene forma de rectángulo y todos sus habitantes ocupan una gran extensión, que yace a los pies de las cumbres enormes de los montes que ellos denominan Zagro, Orontes y Jasonio.

23.6.29. Los que habitan en la parte occidental del altísimo monte Corono cuentan con una gran abundancia de huertas y viñedos. Son muy ricos por la gran fecundidad de la tierra y disfrutan con los ríos y con los claros regueros de sus fuentes.

23.6.30. Sus verdes prados alimentan a una raza de nobles caballos llamados «neseos», sobre los cuales, según cuentan algunos escritores de la antigüedad, y según nosotros hemos visto, suelen ir montados sus líderes cuando inician el combate[34].

---

[34] Cfr. Hdt. 7,40; Strabo 11,13,7; 14,9.

23.6.31. Así pues, la Media tiene numerosas ciudades ricas y pueblos que parecen ciudades por el número de habitantes. Para decirlo con claridad, es una magnífica residencia real.

23.6.32. En esta zona están los fértiles campos de los Magos, acerca de cuya secta y estudios convendrá exponer unas breves explicaciones, ya que hemos llegado aquí. Dice Platón, el más ilustre de todos los creadores de insignes teorías, que la magia –o «hagistia» en términos místicos–, es el culto más puro de los dioses [35]. A esta ciencia contribuyó mucho el bactriano Zoroastro hace ya muchos siglos y, después, el sabio rey Histaspes, padre de Darío.

23.6.33. Cuando Zoroastro penetró confiado en zonas desconocidas de la India Superior, llegó a cierto lugar desierto, boscoso y dotado de tranquilos silencios controlados por los ingenios elevados de los Brahmanes. Gracias a la enseñanza de éstos, llegó a conocer en lo que le fue posible las causas del movimiento del mundo y de las estrellas, así como los sencillos ritos de este pueblo. Posteriormente, de lo que aprendió transmitió algo a los magos que, generación tras generación, lo entregaron a sus descendientes, junto con el arte de presagiar el futuro.

23.6.34. Desde entonces, y durante muchos siglos hasta la actualidad, numerosos individuos de determinadas familias se han dedicado al culto de los dioses. Y dicen, si es que debemos creerlo, que ellos custodiarán eternamente un fuego que cayó del cielo, y que una pequeña parte de él antecedía en otro tiempo como presagio favorable a los reyes asiáticos.

23.6.35. El número de magos de este origen era insignificante en la antigüedad, y los líderes persas utilizaron sus servicios en los ritos solemnes de su religión. Era sacrílego acudir ante los altares o tocar una víctima antes de que un mago expusiera las peticiones y utilizara los aceites sagrados.

---

[35] Ax. 371,D; Isoc. 2,28,227 A.

Pero su número aumentó paulatinamente y se convirtieron en un grupo sólido, con nombre propio. Habitaban en villas que no necesitaban la firme protección de muros, tenían sus propias leyes y se les honraba por el respeto a la religión.

23.6.36. De este semillero de magos, tras la muerte de Cambises, hubo siete que alcanzaron el trono en Persia, según cuentan los libros antiguos, que relatan también cómo éstos fueron oprimidos por los partidarios de Darío, y cómo éste obtuvo el poder ganándolo a suertes por el relincho de un caballo[36].

23.6.37. En esta región se elabora el aceite médico, con el que, si se unta una flecha y se dispara despacio con el arco poco tenso (porque si se dispara con el arco muy tenso se apaga) allí donde se detenga lo quema todo completamente. Y, si alguien echa agua encima, provoca llamas aún mayores, que no se calman con otra cosa que no sea polvo.

23.6.38. Este aceite se prepara del modo siguiente: los expertos en estos temas mezclan aceite de uso común con cierta hierba, la conservan durante largo tiempo, hasta que se hace más espesa y se vuelve venenosa. También hay otro tipo, que parece más graso y que se produce en Persia y es a éste, como hemos dicho, al que en griego llamaron «nafta».

23.6.39. Hay muchas ciudades dispersas por estos lugares, entre las que destacan Zombis, Patigran y Gazaca. Entre ellas, gracias a su riqueza y al tamaño de sus murallas, destacan Heraclia, Arsacia, Europos, Cirópolis y Ecbatana, situadas todas al pie del monte Jasonio, en la tierra de los siromedos.

23.6.40. Estas regiones están regadas por muchos ríos entre los que, por su tamaño, sobresalen el Coaspes, el Gindes, Amardo, Carinda, Cambises y Ciro. A este último, grande y hermoso, le

---

[36] Darío era uno de esos Magos entre los que se acordó que aquel cuyo caballo relinchara primero se haría con el poder.

quitó su antiguo nombre y le dio éste aquel anciano Ciro, rey venerable, cuando se disponía a luchar por el poder escítico, porque vio que su curso era tan vigoroso como se decía que también era él, y porque el río se abría camino como un rey a costa de grandes esfuerzos, tras lo cual desembocaba en el mar Caspio.

23.6.41. Después de estas regiones, por la zona sur, ya cercana al mar, se extiende la antigua Persia, rica en pequeños frutos y en palmeras, y sumamente agradable por la abundancia de agua. Y es que son numerosos los ríos que la atraviesan y forman la bahía antes citada, ríos entre los que destacan el Batradites, Rogomanio, Brisoana y Bagrada.

23.6.42. Pero las ciudades del interior son más grandes –y lo cierto es que no se sabe por qué razón no fundaron nada importante en la costa–. Entre ellas es famosa Persépolis, así como Ardea, Habroatis y Tragonice. En cuanto a las islas, sólo son dignas de verse Tabiana, Fara y Alejandría.

23.6.43. Allí cerca, hacia el norte, habitan los partos, en una tierra donde abunda la nieve y el hielo.

Estas regiones son atravesadas por el río Choatres, más caudaloso que los demás y, entre sus ciudades, destacan: Oenunia, Moesia, Charax, Apamia, Artacana y Hecatómpilos, desde cuyo límite, si se atraviesa el mar Caspio hasta los estrechos de sus puertas, hay mil cuatrocientos estadios.

23.6.44. Los habitantes de todas esas zonas son fieros y belicosos, y las guerras y contiendas les agradan de tal modo que, entre ellos, se considera el más feliz de todos aquel que muere en combate, mientras que los que mueren por causas naturales son criticados como débiles y cobardes.

23.6.45. En la zona suroriental son limítrofes con los felices árabes[37], llamados así porque tienen gran abundancia de fru-

[37] El actual Yemen.

tos, ganados, dátiles y una gran variedad de perfumes. Además, la mayor parte de ellos limitan por la derecha con el mar Rojo y, por la izquierda, con el mar Pérsico, sabiendo aprovechar las ventajas de ambos elementos.

23.6.46. Hay aquí también numerosos lugares y puertos tranquilos, así como importantes ciudades comerciales, magníficas residencias reales de espléndido lujo, fuentes muy beneficiosas para la salud por sus aguas calientes, un gran número de ríos y arroyos, y un clima agradable, de manera que ningún hombre razonable echará nada en falta allí para alcanzar la felicidad suprema.

23.6.47. Y aunque son abundantes tanto las ciudades de interior como las costeras, así como los campos y valles fértiles, sin embargo, las ciudades más destacables son Geápolis, Nascos, Baraba, e igualmente Nagara, Mephe, Taphra y Dioscúrida.

Tiene también islas cercanas a la costa en ambos mares, aunque no merece la pena enumerarlas. De ellas, la más destacable de todas es Turgana[38], en la que se dice que hay un templo enorme en honor a Serapis.

23.6.48. Una vez se supera la frontera de este pueblo, se levanta la Carmania Mayor con sus altas cumbres, región que se extiende hasta el mar Índico, muy rica en árboles frutales, pero mucho más insignificante y menor que las tierras árabes. Sin embargo, no tiene menos ríos y tiene unos campos igualmente fértiles.

23.6.49. Entre esos ríos, los más conocidos son el Sagareo, el Saganis y el Hidriaco. Aunque escasas, hay también ciudades, y son muy ricas en recursos y cultivos, como Carmana, que es la capital, Portospana, Alejandría y Hermúpolis.

---

[38] Es la actual Ormuz.

23.6.50. Cuando se avanza hacia el interior, encontramos a los hircanios a los que baña el mar del mismo nombre. Entre ellos, como la pobreza del suelo no deja progresar las semillas, el cultivo del campo tiene menos importancia, y en cambio se alimentan de caza, de la que hay una enorme variedad. Hay también allí millares de tigres y numerosas fieras, acerca de las que recuerdo que he mencionado en alguna ocasión de qué forma se cazan[39].

23.6.51. Por todo ello ignoran la esteva, pero cubren con semillas aquellas zonas en las que el suelo es más fértil. No falta el cultivo de árboles en los lugares aptos para plantarlos y muchos viven del comercio de productos marinos.

23.6.52. Hay aquí dos ríos de nombre muy conocido, el Oxus y el Maxera, que a veces son atravesados a nado por algunos tigres movidos por un hambre que les lleva a devastar inesperadamente las tierras cercanas.

Además de otros enclaves de menor importancia, tienen también ciudades destacables, dos marítimas (Socanda y Saramanna), y otras de interior (Asmurna, Sale e Hircana, la más conocida).

23.6.53. Frente a este pueblo, hacia el norte, se dice que habitan los abios, pueblo muy religioso, acostumbrado a pisotear todas las cosas materiales y a los que, según canta Homero en sus mitos, contempló Júpiter desde el monte Ida[40].

23.6.54. Son los margianos los que habitan en las regiones situadas a continuación de los hircanos. Viven casi completamente rodeados por altas montañas y, por lo tanto, separados del mar. Y, aunque la mayor parte del suelo es allí un desierto debido a la falta de agua, sin embargo, tienen algunas ciudades, entre las cuales las más conocidas son Jasonio, Antioquía y Nigea.

---

[39] En un libro perdido.
[40] Cfr. Hom, *Iliad*. 13,6.

23.6.55. Los terrenos cercanos a éstos están en manos de los bactrianos, un pueblo antes belicoso y muy poderoso, enemigo siempre de los persas, antes de someter bajo su poder a todos los pueblos que les rodeaban y darles su propio nombre. En la antigüedad fueron gobernados por reyes temibles incluso para el mismo Arsaces.

23.6.56. La mayor parte de estas tierras, como Margiana, están muy alejadas del mar, pero son fértiles en productos agrícolas y el ganado que pace allí, tanto en los valles como en las montañas, es robusto, con miembros grandes y fuertes, como demuestran los camellos traídos de allí por Mitrídates, que fueron contemplados por primera vez por los romanos en el asedio de Cyzico.

23.6.57. Hay muchos pueblos sometidos a estos bactrianos, entre los que destacan los tocarios. Al igual que Italia, es una zona regada por numerosos ríos, de los cuales el Artamis y el Zariaspes se unen entre sí, como el Oco y el Orgomanes, y una vez reunida esta gran cantidad de agua, acrecientan la enorme corriente del Oxo.

23.6.58. Hay aquí también ciudades rodeadas por distintos ríos, aunque los más importantes son: Chatracharta, Alicodra, Astacia, Menapila y la propia Bactra, de donde tomaron su nombre el reino y la nación.

23.6.59. A continuación encontramos a los sogdianos, que habitan a los pies de montañas a las que llaman Sogdios, entre las cuales corren dos ríos perfectamente navegables: el Araxates y el Dimas, que tras precipitarse por montañas y valles, fluyen hasta una llanura y forman un lago llamado Oxia, de gran longitud y anchura.

Aquí, entre otras ciudades, son importantes Alejandría, Cireschata y Drepsa, la metrópolis.

23.6.60. Cercanos a éstos aparecen los sacas, un pueblo fiero, que habita lugares desolados, aptos tan sólo para el gana-

do y, por tanto, sin ciudades. En esta región sobresalen el monte Ascanimia y el Comedo, junto a cuya falda y junto al pueblo que llaman Litinos Pirgos, se inicia un camino larguísimo, recorrido por comerciantes que viajan con frecuencia a la tierra de los seras.

23.6.61. En torno a los declives y al pie de los montes que llaman Imavos y Apurios, se encuentran diversos poblados escitas, dentro ya de los territorios persas, cercanos a los sármatas asiáticos y tocando el extremo del territorio de los alanos. Estos escitas, como si vivieran alejados del mundo, felices con su aislamiento, se dispersan por una gran extensión acostumbrados a un alimento pobre y humilde.

23.6.62. Hay también otros pueblos que habitan estas tierras, pero no creo necesario mencionarlos ahora, porque debo tratar otros temas. Sin embargo, merece la pena saber que, entre estas gentes, casi aisladas por la excesiva dureza del terreno, hay algunas de carácter amable y piadoso, como los iaxartas y los galactófagos[41], a los que cita el poeta Homero en este verso: «Galactófagos y abios, los más justos de los hombres»[42].

23.6.63. Entre los numerosos ríos que la naturaleza hace fluir por estas tierras ya sea para que se unan a otros mayores o para que, por sí mismos, desemboquen en el mar, son célebres el Rimmo, el Iaxartes y el Daico. En cambio se sabe que tienen tan sólo tres ciudades: Aspabota, Chauriana y Saga.

23.6.64. Más allá de estas zonas de ambas Escitias, hacia el este y formando una especie de círculo, aparecen unas altas cumbres que rodean a los seras, conocidos por la riqueza y la extensión de sus tierras. Por el oeste, limitan con los escitas y, por el norte y el sur, limitan con un desierto nevado.

---

[41] Concretamente, «que se alimentan de leche».
[42] *Iliad.* 13,6.

En cuanto a la zona sur, se extienden hasta la India y el Ganges. Los montes que se alzan en esta zona se llaman Anniba, Nazavicio, Asmira, Emodon y Opurocorra.

23.6.65. Pues bien, esta llanura de extensión enorme y cortada por todas partes por fuertes alturas, es regada por dos ríos de nombre muy conocido: el Oechartis y el Bautis, que la recorren de forma lenta y sinuosa.

El carácter de las distintas zonas es diverso: por un lado bastante llano y, por otro ligeramente ondulado, por lo cual son riquísimas tanto en frutos como en ganado y árboles.

23.6.66. Estas tierras tan fértiles son habitadas por distintos pueblos, entre los cuales los antropófagos, los anibos, los siziges y los cardos están expuestos al aquilón[43] y a los hielos. Por donde sale el sol, encontramos a los rabannes, a los asmires y a los essedones, que son los más conocidos de todos. Junto a ellos, en el oeste, habitan los atágoras y los aspacaras. En cuanto a los betas, al sur, viven en las cimas de las montañas y, aunque no cuentan con muchas ciudades, sin embargo, sí tienen algunas reconocidas por su tamaño y su riqueza. Por ejemplo, entre ellas son ilustres y reconocidas las grandes ciudades de Asmira, Essedón, Asparata y Sera.

23.6.67. En cuanto a los seras propiamente dichos, viven con gran tranquilidad, sin tentar nunca las armas ni los combates. Y es que, como a los hombres tranquilos y apacibles les agrada el reposo, no molestan a ninguno de sus vecinos. En su tierra, el clima es apacible y sano, el cielo es claro, el soplo de su brisa es muy agradable, tienen abundancia de bosques...

De sus árboles obtienen un producto que mojan bastante y que, después, trabajan como si se tratara de un tejido. Luego peinan esta mezcla mojada de extrema suavidad, la hilan y fabrican así la seda, utilizada antes sólo por los nobles, pero ahora disponible también para gentes humildes y sin distinción.

---

[43] Es decir, al norte.

23.6.68. Este pueblo sobresale entre los demás por su frugalidad. Llevan una vida muy tranquila y evitan el trato con el resto de los mortales. De hecho, cuando llega algún extranjero que cruza el río para comprar tejidos u otros productos, sin mediar palabra, con una simple mirada, plantean el precio de la mercancia y son tan reservados que, cuando venden sus propios productos, no adquieren a cambio nada de fuera.

23.6.69. Más allá de los seras viven los arianos, expuestos al soplo del Boreas, en una tierra surcada por un río navegable llamado Arias, que forma un lago enorme de nombre igual al del río. Además, esta región de Aria tiene abundancia de ciudades, entre las cuales son célebres: Vitaxa Sarmatina, Sotira, Nisibis y Alejandría, desde donde hay mil quinientos estadios cuando se navega hacia el mar Caspio.

23.6.70. Próximos a esta zona habitan los paropanisadas, que tienen por el este a los indos y, por el oeste, al Cáucaso. Su región es también montañosa y por ella fluyen ríos entre los cuales el mayor es el Gordomaris, que nace en Bactria.

Cuentan también con algunas ciudades, de las que las más conocidas son: Agazaca, Naulibus y Ortospana, desde donde, cuando se navega por la costa hasta las fronteras de Media, junto a las puertas Caspias, hay una distancia de dos mil doscientos estadios.

23.6.71. Junto a ellos habitan los drangianos, unidos a los anteriores por colinas. Su territorio es regado por un río que recibe el nombre de Arabio porque nace en ese lugar, y cuenta con dos ciudades que destacan sobre las demás por su riqueza y su fama: Prophthasia y Ariaspe.

23.6.72. A continuación, frente a ellos encontramos Arachosia, que se inclina hacia la derecha, residencia de los indos. A esta región la riega con gran abundancia de agua un río que fluye a partir del Indo, que es el mayor de todos y que da nombre a estas regiones. El río menor forma un lago, al que llaman Aracotoscrena.

Entre otras ciudades insignificantes encontramos aquí algunas como Alejandría, Arbaca y Coaspa.

23.6.73. En cuanto a la parte más alejada dentro de Persia, allí está Gedrosia, que limita por la derecha con la frontera de los indos. Es una zona muy fértil gracias al río Artabio, además de otros menores. Aquí terminan los montes Arbitanos y, desde sus pies, surgen otros ríos que se mezclan con el Indo y pierden así su nombre debido a la importancia de éste.

En esta zona, además de islas famosas, encontramos también ciudades, entre las que las mejor consideradas son Ratira y Ginaecon limen[44].

23.6.74. Para no alejarnos demasiado de nuestro propósito al describir minuciosamente los espacios de la costa situada en los extremos de Persia, bastará decir que el mar que, por el norte, se extiende desde los montes Caspios hasta los estrechos antes mencionados, cuenta con nueve mil estadios. Pero el del sur, que se extiende desde las bocas del río Nilo hasta el inicio de Carmania, cuenta con catorce mil estadios.

23.6.75. En estos pueblos diferentes y de diferente lengua, hay tantas diversidades de hombres como de lugares. Con todo, para dar una descripción general de su constitución y de sus costumbres, casi todos son delgados, morenos o bien pálidos de color lívido, de mirada fiera, con los ojos caprinos, las cejas curvadas y unidas en una especie de semicírculo, con barbas nada descuidadas, velludos, con el pelo largo y todos ellos, sin excepción, llevan las espadas ceñidas incluso en los banquetes o en días festivos –costumbre antigua de los griegos que, según el reconocidísimo testimonio de Tucídides, fue eliminada en primer lugar por los atenienses[45].

23.6.76. La mayor parte se entrega libremente al amor y apenas se contentan con un montón de concubinas. Sin embargo,

[44] Que en griego significa «Puerto de las mujeres».

[45] Cfr. 1,6,1 y ss.

no tienen relaciones con niños y todos, en función de sus medios, se casan unas pocas o varias veces. Por eso, como entre ellos el afecto se dispersa entre distintos placeres, no es demasiado intenso, y evitan como si fuera una peste el refinamiento y el lujo de los banquetes y, sobre todo, la ebriedad.

23.6.77. Entre ellos, fuera de las mesas reales, no hay una hora fija para comer, de manera que el estómago de cada uno es como su reloj y, cuando éste da la señal, comen lo que pueden. Eso sí, nadie come por gula una vez está saciado.

23.6.78. Son increíblemente reservados y cautos y, aunque en ocasiones atraviesan los jardines y los viñedos de sus enemigos, ni desean ni tocan nada por temor a los venenos y a las artes secretas.

23.6.79. Además de esto, no es fácil ver que un persa se detiene para orinar o que se retira debido a una necesidad corporal, tal es el cuidado que ponen en ocultarse para acciones reservadas de este tipo.

23.6.80. Por otra parte, son tan ligeros y de miembros tan ágiles que, cuando se mueven, como caminan con paso descuidado, parecen afeminados por mucho que sean valerosísimos luchadores. Más que fuerza, tienen astucia, y son temibles en la lucha a distancia. Su palabra es fácil y vana. Hablan a lo loco y, a veces, de forma feroz. Son fanfarrones, duros y crueles, amenazadores tanto en la adversidad como en circunstancias propicias, astutos, soberbios y feroces, con poder sobre la vida y la muerte de esclavos y de gentes humildes. Despellejan vivos a los hombres, ya sea parte a parte o todo el cuerpo a la vez, y ningún siervo que les ayude o que les sirva en la mesa puede abrir la boca, ni para hablar ni para escupir, tal es la forma en que les sellan los labios, después de sujetárselos con pieles.

23.6.81. Entre ellos, las leyes son muy temidas y, por ejemplo, destaca por su crueldad la que castiga a los ingratos y a

los desertores. Además me parecen abominables las que, para castigar a un individuo, ejecutan a toda su familia.

23.6.82. Para actuar como jueces, eligen a hombres de probada experiencia, íntegros, que no precisen mucho los consejos ajenos. Por ello se burlan de nuestra costumbre que, en ocasiones, coloca a personas locuaces y muy experimentadas en el derecho público por detrás de otros sin conocimientos.

En cuanto a que, cuando un juez fue castigado por una injusticia, el nuevo se sentó sobre la piel del anterior, eso, o se inventó en el pasado o era una costumbre antigua que ya ha desaparecido[46].

23.6.83. Gracias al entrenamiento militar, a la disciplina y a los ejercicios continuos de prácticas bélicas y del ejercicio castrense que hemos descrito con frecuencia, eran temibles incluso para los mayores ejércitos. Confiaban en el valor de su caballería, en la que combatían afanosamente toda su nobleza y las gentes de valor. Los soldados de infantería, cubiertos como mirmilones[47], cumplían órdenes como simples soldados rasos. Además, les sigue siempre toda una masa, que parece obligada por una servidumbre eterna, a la que no recompensan nunca ni con soldadas ni con recompensa alguna.

Con esto, además de algunos pueblos completamente sometidos, otros muchos hubieran sido conducidos a la servidumbre por esta nación tan audaz y tan experta en las fatigas de Marte, si no se hubiesen visto acosados continuamente por guerras internas y externas.

23.6.84. La mayor parte de ellos se cubren hasta tal punto con ropas que brillan con diversos colores que, aunque las dejan abiertas por el pecho y los costados y permiten que se agiten con el viento, sin embargo, desde los pies hasta la cabeza, no queda ninguna parte de su cuerpo a la vista.

---

[46] Cfr. Hdt., 5,25; Val. Max, 6,3; Diod. Sic, 15,10.

[47] Eran gladiadores armados de daga y escudo, que llevaban en el casco la imagen de un pez.

Después de la victoria sobre Lidia y sobre Creso[48] se han acostumbrado a utilizar brazaletes y collares de oro, así como piedras preciosas, sobre todo perlas, que son muy abundantes en su tierra.

23.6.85. Resta tan sólo que expliquemos brevemente algunas curiosidades acerca de la formación de estas piedras. Entre los indos y los persas se encuentran perlas en conchas marinas duras y blancas. Las perlas se forman por la mezcla con el rocío en una época determinada del año.

Pues cuando desean una especie de cópula, abriéndose una y otra vez, absorben la humedad producida por el rocío nocturno. Y luego, al quedar embarazadas, producen cada una dos o tres pequeñas perlas o «uniones», llamadas así porque cuando se abren estas conchitas, a veces producen sólo una perla. Pero en ese caso son de mayor tamaño.

23.6.86. A modo de prueba de que tienen un origen celeste y de que no surgen, ni se nutren de ninguna sustancia del mar, diremos que, cuando se forman sobre ellas gotas del rocío matutino, hacen que las piedrecillas se vuelvan brillantes y lisas pero, en cambio, con el rocío vespertino se hacen rugosas, rojizas y con manchas.

El que se formen perlas pequeñas o grandes depende de la calidad de su alimentación y de diversas circunstancias. Con mucha frecuencia, al cerrarse por temor a los relámpagos, no se alimentan y, entonces, producen perlas pequeñas o puede que, por algún problema, no produzcan perla alguna.

23.6.87. Su captura es difícil y peligrosa, y lo elevado de su precio se debe a que, tal como algunos piensan, evitan las costas frecuentadas por temor a las trampas de los pescadores, y se esconden entre abruptos escollos y las guaridas de las focas.

---

[48] En el 546 a.C.

23.6.88. No ignoramos que este tipo de piedras se produce también y se recoge en zonas tranquilas del mar Británico, aunque son de distinta calidad.

LIBRO 24

24.1. Juliano penetra con su ejército en Asiria, acepta la rendición de la fortaleza de Anathas, en el Éufrates, y la incendia

24.1.1. Después de sondear el entusiasmo de los soldados que, con unánime ardor, y poniendo por testigo a los dioses juraban con los gritos usuales que un príncipe tan victorioso no podía ser derrotado, Juliano pensó que había que finalizar cuanto antes esta ardua empresa. Así pues, redujo su descanso a una noche, ordenó que las trompetas dieran la señal de marcha y, una vez dispuestas todas las tareas exigidas por las terribles dificultades de la guerra, cuando ya brillaba la luz del sol, penetró en territorio asirio. Cabalgó entonces ante las distintas líneas con más ánimo que los demás y, con su ejemplo, encendía a todos para que se comportaran con valor.

24.1.2. Además, siendo un general de experiencia y de conocimientos probados, que temía ser apresado por trampas ocultas si desconocía algún lugar, comenzó su avance con el ejército en orden de batalla. Dispuso, pues, que marcharan un poco adelantados en avanzadilla mil quinientos hombres, para que avanzaran y vigilaran cautelosamente, porque de este modo no se produciría ningún ataque por sorpresa desde ninguno de los flancos, ni desde el frente.

Él en persona, en el centro, conducía a la infantería, que era la base de toda su fortaleza. A Nevita le ordenó que guiara por la derecha algunas legiones, y que bordeara las riberas del río Éufrates. En cuanto al ala izquierda, se la encomendó a Arinteo [1] y a Ormisda [2] junto con las tropas de caballería, para que las condujeran en formación cerrada a través de terrenos llanos y sin obstáculos. Las últimas líneas eran conducidas por Dagalaifo y Víctor. Y el que marchaba detrás era el general Secundino, de Osdruena.

24.1.3. A continuación, por si los enemigos atacaban o espiaban desde lejos, desplegó las formaciones, con objeto de infundirles temor haciéndoles creer que se enfrentaban a un ejército muy numeroso. Además, colocó espaciados a los animales y a los hombres, de manera que los últimos estaban casi a diez millas de los primeros portaestandartes, estrategia que, según se dice, realizaba de forma admirable aquel famoso Pirro, rey del Epiro, muy hábil para colocar los campamentos en los lugares más propicios, o para hacer parecer mayor o menor un ejército, según convenía que creyeran que eran muchos o pocos [3].

24.1.4. En cuanto a los bagajes, a los mozos y a los sirvientes más indefensos, así como todo el instrumental, los colocó entre los dos flancos que avanzaban, para que no se vieran sorprendidos sin protección, como sucede con frecuencia.

Y aunque la flota iba avanzando por un río tortuoso con recodos continuos, Juliano no permitía que se detuvieran ni que se adelantaran.

24.1.5. De este modo, después de una marcha de dos días, llegamos junto a Dura, una ciudad desierta construida junto a la orilla del río. En este lugar encontramos muchos rebaños de ciervos, de los cuales, unos fueron atravesados por fle-

---

[1] Cfr. 25,5,2; 25,7,7; 27,5,4.

[2] Cfr. 26,10,26.

[3] Cfr. Liv. 35,14,9; Frontino, *Strat.* 4,1,14; Plut, *Pyrrhus* 8,2.

chas, otros golpeados con los pesados remos, de manera que todo el mundo quedó saciado. Pero, como los ciervos sabían nadar perfectamente y con rapidez, la mayor parte se metió en el río y lograron escapar a sus solitarias guaridas sin ser capturados.

24.1.6. Desde allí, tras una agradable marcha de cuatro días, al atardecer, el conde Luciliano fue enviado a Anathas junto con mil soldados armados a la ligera, embarcados en naves por orden del príncipe, con objeto de que capturaran esta fortaleza, una fortaleza que, como otras muchas, está bañada por las aguas del Éufrates.

Y, dispersadas las naves por lugares oportunos, como se les había ordenado, asediaron la isla mientras la niebla de la noche ocultaba el ataque clandestino.

24.1.7. Pero cuando comenzó a clarear, de repente un hombre que salió para buscar agua, al ver a los enemigos, lanzó un terrible grito y, con sus alarmantes voces, consiguió que se armaran los defensores.

Entonces el emperador que, desde una altísima atalaya, había buscado un lugar apto para el campamento, cruzó el río con toda la rapidez posible contando con la protección de dos naves, y siendo seguido por otras muchas a su espalda en las que se transportaban las máquinas para el asedio.

24.1.8. Cuando llegó junto a los muros, como pensó que la lucha iba a suponer grandes peligros, con palabras suaves, pero duras y amenazadoras al mismo tiempo, aconsejó a los defensores que se entregaran.

Éstos pidieron hablar con Ormisda y, con las promesas y los juramentos de éste, se convencieron de que podían esperar muchos beneficios de la generosidad romana.

24.1.9. Finalmente, llevando ante ellos un buey coronado, que entre ese pueblo es una prueba de aceptación de la paz, descendieron suplicantes. Al momento, toda la fortaleza resultó incendiada y su gobernador Puseo, después general en

Egipto, alcanzó el rango de tribuno. En cuanto al resto, fueron tratados de forma muy humana y fueron conducidos con sus familias y sus pertenencias a la ciudad Siria de Calcis.

24.1.10. Entre ellos se encontraba cierto soldado que, tiempo atrás, había sido abandonado enfermo en estos lugares cuando Maximiano atacó los territorios persas. Era entonces un joven al que le salía por primera vez la barba y quien, según decía, tuvo numerosas mujeres, de acuerdo con la costumbre de su pueblo, así como una numerosa descendencia. Pero entonces era ya un anciano encorvado, que era conducido exultante a nuestro campamento por haber aconsejado la entrega, y que afirmaba ante testigos que, desde hacía tiempo, había sabido y había predicho que, cuando estuviera ya cercano a la centena, sería enterrado en suelo romano. Después de esto, unos sarracenos entregaron al príncipe, que los recibió muy feliz, a defensores del bando enemigo, acción por la que fueron obsequiados y enviados a realizar otras empresas similares.

24.1.11. Al día siguiente sucedió otro hecho, pero en esta ocasión se trataba de algo terrible. Y es que se produjo un torbellino que suscitó fuertes vientos y que lo revolvió todo hasta tal punto que muchas tiendas cayeron y numerosos soldados, cuando la fuerza del viento les quitó su estabilidad, quedaron tendidos en el suelo boca arriba o boca abajo.

Además, ese mismo día se produjo otro hecho no menos peligroso pues, al desbordarse un río fuera de su cauce, se hundieron algunas naves de carga, ya que se desmoronaron los diques de piedra que dejaban salir o contenían las aguas destinadas al riego. Y no pudo saberse si este hecho se debió a un ataque o al aumento del caudal.

24.1.12. Después de abrirse paso y de incendiar esta ciudad, que era la primera de todas, y después de trasladar a los prisioneros, todos los soldados, con mayores esperanzas y muy confiados, daban gritos en favor del príncipe, en la idea de que en adelante iban a contar también con la protección de la divinidad.

24.1.13. Cualquiera que atraviese regiones desconocidas debe tomar grandes precauciones ante peligros ocultos, pues teme la astucia de sus gentes y sus distintas trampas. Por eso, el emperador ya marchaba a la cabeza o forzaba la marcha de la retaguardia y, acompañado por vélites armados a la ligera, examinaba los campos frutales y los valles para que no se les pasara por alto ningún peligro. Además, tanto con su afabilidad innata como con amenazas, contenía a los soldados cuando se despistaban por zonas alejadas.

24.1.14. Aunque dio permiso para que quemaran los campos enemigos, ricos en todo tipo de frutos, así como las cosechas y las cabañas, lo hizo sólo después de que cada uno recogiera alimentos en abundancia para sí mismo, pues de este modo minaban las posibilidades de los enemigos, sin que se dieran cuenta.

24.1.15. Además, los soldados aprovechaban con gran agrado aquello que habían conquistado gracias a su propio esfuerzo, creyendo que era su valor el que les había permitido encontrar nuevos aprovisionamientos. Y se sentían felices porque, después de utilizar recursos en abundancia, aún conservaban los alimentos que eran transportados en las naves.

24.1.16. Pero entonces un soldado temerario y embriagado a causa del vino cruzó a la otra orilla sin que nadie se lo ordenara, tras lo cual fue capturado por los enemigos y asesinado ante nuestros ojos.

24.2. El emperador, después de atacar otras fortalezas y ciudades, quema las que estaban abandonadas, se apodera de Pirisabora tras su rendición y la quema también

24.2.1. Culminadas estas acciones con el resultado mencionado, llegamos a un campamento llamado Thiluta, situado en el centro del río, en un lugar que se eleva hasta una enorme altura, y fortificado por la naturaleza como si lo hubiera hecho la mano del hombre. Como lo abrupto del lugar superaba al

poder de las armas, sus habitantes fueron tentados con amables palabras para que se rindieran, como convenía, pero ellos afirmaban que la rendición no era oportuna entonces, y tan sólo respondieron que, una vez que los romanos, en su avance, hubieran ocupado el interior, ellos acompañarían a los vencedores como simples testigos de sus conquistas.

24.2.2. Después de esto, mientras nuestras naves bordeaban las murallas, ellos las contemplaban inmóviles con un silencio respetuoso.

Una vez atravesada esta zona, habiendo llegado a otra fortaleza llamada Achaiachala, protegida también por el curso del río y de difícil acceso, nos marchamos con una respuesta negativa similar.

Al día siguiente, quemamos y abandonamos un campamento que estaba desierto debido a la debilidad de sus muros.

24.2.3. Durante los dos días siguientes, recorrimos doscientos estadios y llegamos a un lugar llamado Baraxmalcha. Desde allí, tras cruzar el río, invadimos la ciudad de Diacira, situada a siete millas, deshabitada, pero rica en grano y en brillante sal. En ella vimos un templo colocado sobre una alta ciudadela. Una vez incendiada la ciudad y asesinadas unas pocas mujeres que encontramos, atravesamos un reguero de donde manaba betún y ocupamos la ciudad de Ozogardana, que había sido abandonada por sus habitantes ante el temor del ejército que se acercaba. En ella encontramos un tribunal del emperador Trajano.

24.2.4. Después de quemarla también y de conceder dos días para el reposo, hacia el final de la noche que siguió al segundo día, el surena (que entre los persas es el segundo en dignidad después del rey), y el maleco, llamado Podosaces, filarco de los sarracenos asanitas[4], ladrón famoso que había demostrado toda su crueldad en nuestro territorio, prepararon una trampa contra

[4] Los sarracenos estaban divididos en doce tribus o «filas», gobernadas cada una de ellas por un filarco.

Ormizda, pues aunque no sé a través de quién, lo cierto es que se habían enterado de que éste iba a partir a nuestro encuentro.

Pero fracasaron en su intento porque, como el curso del río allí es estrecho y muy profundo, no pudieron atravesarlo por ningún vado.

24.2.5. Tan pronto como amaneció, como los enemigos estaban ya a la vista, contemplamos por primera vez el resplandor de sus cascos y el aspecto temible de sus poderosas armaduras. Nuestros soldados entonces se colocaron en formación para un rápido ataque y volaron con gran valor contra ellos.

Y aunque, en la lucha, los arcos se curvaban con todas las fuerzas y resplandecía el brillo del hierro, lo que aumentaba el temor de los romanos, sin embargo, la propia ira de nuestros hombres agudizó su valor, de manera que, protegidos por una nube de escudos, acosaron a los enemigos hasta tal punto que les impidieron disparar.

24.2.6. Animados con estos inicios victoriosos, los soldados llegaron al pueblo de Macepracta, en el que podían verse restos semiderruidos de unas murallas que, en la antigüedad, tenían gran longitud y que, según se decía, protegían Asiria de los ataques extranjeros[5].

24.2.7. Desde aquí se escinde una parte del río que, mediante largos canales, llega hasta el interior de Babilonia y es útil para el riego de los campos y para las ciudades cercanas. El otro ramal, llamado Naarmalcha, que significa «rey de los ríos», bordea Ctesifón, al inicio de la cual se levanta una torre muy elevada semejante a un faro. Fue por aquí por donde cruzó toda la infantería después de colocar con cuidado unos puentes.

24.2.8. En cuanto a los soldados de caballería, armados y con sus animales, atravesaron el río por donde el curso era

---

[5] Cfr. Jenoph, *Anab*. 1,7,15 y ss.

tranquilo. Otros perecieron ahogados, o bien al recibir una súbita lluvia de armas enemigas. Pero las tropas auxiliares, muy ligeras y con gran facilidad para moverse, les salieron al paso atacándoles por la espalda y los abatieron después de lacerarles como aves rapaces.

24.2.9. Terminada esta empresa con resultado igualmente feliz, se llegó a la ciudad de Pirisábora, amplia y de muchos habitantes, rodeada por agua como si se tratara de una isla. El emperador, tras rodear a caballo las murallas y el emplazamiento de la ciudad, preparó el asedio con toda cautela, como si pretendiera inspirar temor y quitar a los ciudadanos las ganas de defenderse. Pero, después de intentar recurrir una y otra vez al diálogo, viendo que no se plegaban ni a sus promesas ni a sus amenazas, comenzó un sitio en el que rodearon las murallas con tres líneas de soldados armados y en el que, desde la aurora hasta el anochecer, se luchó con armas arrojadizas.

24.2.10. Los defensores, llenos de ánimo y con fuerzas aún, desplegaron por toda la superficie de las murallas unas telas de piel de cabra para que detuvieran las flechas. Estaban protegidos con escudos de mimbre muy firme y bien trenzado. Además, se cubrían con gruesas pieles de lomos sin curtir, de manera que resistían con todas sus fuerzas como si fueran de hierro, porque llevaban planchas de metal adaptadas perfectamente a cada miembro y, con esta segura protección, cubrían todo su cuerpo.

24.2.11. Varias veces y con insistencia, pidieron hablar con Ormisda, como paisano y persona de sangre real. Pero cuando éste se acercó, le atacaron con insultos e injurias llamándole desleal y traidor. Con estas estratagemas, pasó la mayor parte del día y, en el primer silencio de la noche, trajeron maquinaria muy variada y comenzaron a rellenar los fosos para allanar el terreno.

24.2.12. Al observar esto los defensores, que observaban con gran atención a pesar de la escasa luz, como además el

fuerte golpe de un ariete horadó una torre de esquina, abandonaron las dobles murallas de la ciudad, y ocuparon la ciudadela contigua, colocada sobre un llano rodeado de precipicios en lo alto de un monte abrupto. Su parte central era muy elevada y tenía la apariencia de un escudo argólico por su superficie redondeada en todas partes, excepto en el norte, donde se quebraba su circularidad, pues estaba rodeada por unas rocas que sobresalían y que se extendían hasta la corriente del Éufrates. Era aquí donde se levantaban las amenazas de los muros, fabricados con betún y barro cocido, constituyendo una construcción sin igual en cuanto a seguridad.

24.2.13. Entonces los soldados, con más furia, atravesaron la ciudad al verla vacía, y lucharon con gran valor contra los habitantes, que les lanzaban armas de todo tipo desde la ciudadela. Y, aunque esos mismos defensores se veían apremiados por las catapultas y las ballestas de los nuestros, también ellos, desde su posición elevada, levantaban con gran valor sus arcos trenzados, cuyos extremos, curvados uno frente a otro, se combaban tanto que, al soltar los dedos violentamente, la cuerda lanzaba flechas de hierro que se clavaban en los cuerpos que encontraban a su paso y los herían de muerte.

24.2.14. Ambos bandos luchaban además lanzándose una lluvia de piedras con las manos y, como el combate no se inclinaba hacia ningún lado, se produjo una lucha cruel y de gran tensión que duró desde el amanecer hasta el inicio de la noche.

Al día siguiente, viendo que se luchaba con gran dureza y que las bajas eran muy numerosas en los dos bandos, ya que las fuerzas estaban equilibradas, el emperador, en un intento apresurado de probar todos los recursos de la fortuna en este desastre mutuo, rodeado por soldados en formación cerrada y protegido de las flechas por un entramado de escudos, con una cohorte dispuesta a un veloz ataque, llegó ante la puerta enemiga, que estaba recubierta con hierro macizo.

24.2.15. Y aunque él y los que compartían su aventura fueron atacados con piedras y proyectiles lanzados con honda y con otras armas, animaba con gritos continuos a los que arremetían contra las puertas para que las abrieran. Y no se marchó de allí hasta que se vio casi cubierto ya por la lluvia de proyectiles que habían lanzado contra él.

24.2.16. Con todo, consiguió escapar junto a todos sus hombres, resultando él ileso y siendo heridos tan sólo unos pocos. Sin embargo, se sentía ruborizado por la vergüenza, pues había leído que Escipión Emiliano, acompañado por el historiador Polibio de Megalópolis, ciudad de Arcadia, y por treinta soldados, consiguieron abatir la puerta de Cartago con un ataque similar. Pero la credibilidad de los autores de la antigüedad apoya la hazaña de Juliano.

24.2.17. Y es que Emiliano había llegado junto a una puerta protegida por una cubierta de piedra, bajo la cual pudo esconderse seguro y, así, mientras los enemigos le lanzaban grandes cantidades de piedras, él irrumpió en una ciudad ya vacía.

En cambio, Juliano avanzó a campo abierto y tuvo que retroceder al ser rechazado después de grandes esfuerzos, y lo hizo cuando la visión del cielo se perdió debido a los lanzamientos de terrones y otros proyectiles.

24.2.18. Una vez terminaron estas acciones precipitadas y confusas, como se veía que la utilización de manteletes y de empalizadas era demasiado difícil debido a las otras amenazas, ordenó que se fabricara con toda la rapidez posible una máquina denominada «helépolis» que, como hemos relatado anteriormente, permitió a Demetrio tomar muchas ciudades y ser conocido como «Poliorcetes»[6].

24.2.19. Los defensores, tras dirigir obsesivamente su mirada a esta enorme mole, que podría superar la protección de las al-

---

[6] Cfr. 23,4,10 y ss.

tas torres, reconocieron la tenacidad de los atacantes, se dispusieron súbitamente a la súplica y, dispersándose entre las torres y las altas murallas, reclamaron con las manos extendidas la lealtad romana y rogaron que se les perdonara la vida.

24.2.20. Entonces, al ver que habían cesado las obras y que los defensores no realizaban ningún intento más –indicio cierto de paz–, pidieron que se les permitiera dialogar con Ormizda.

24.2.21. Una vez conseguido esto, Mamersides, que estaba al frente de la fortaleza, fue bajado por una cuerda y conducido ante el emperador, como había rogado. Se le permitió, pues, regresar después de que pactara con seguridad que conservarían su vida y su impunidad tanto él como sus compañeros.

Después de anunciar lo conseguido, toda la plebe de ambos sexos, al enterarse de que habían sido aceptadas sus condiciones, una vez firmada la paz según los ritos sagrados de su pueblo, abrieron las puertas y salieron gritando que, con el César, había brillado para ellos una divinidad propicia, grande y benévola.

24.2.22. Con todo, se habían rendido sólo dos mil quinientas personas, pues el resto, sospechando la posibilidad del asedio, se había marchado cruzando el río en pequeñas barcas. En esta fortaleza apareció una enorme cantidad de armas y de alimentos, pero, tras tomar lo necesario, los vencedores quemaron el resto, así como el propio lugar.

24.3. El Augusto Juliano promete a cada uno de sus hombres cien denarios por sus buenos servicios. Y, cuando ellos critican lo exiguo de la recompensa, les hace recuperar la razón con palabras moderadas

24.3.1. Al día siguiente, cuando el emperador estaba comiendo tranquilo, recibió una grave noticia: que el general

persa considerado surena había atacado por sorpresa a tres escuadrones de nuestros soldados de vanguardia y había matado a unos pocos, entre los cuales se hallaba un tribuno. Y que, además, se había llevado un estandarte.

24.3.2. Al momento, Juliano, llevado por una ira incontenible, se lanzó apresurado junto a unas tropas armadas en una empresa segura gracias a la rapidez de la acción. En ella, después de rechazar a los atacantes, en medio de una terrible confusión, privó de su dignidad a los otros dos tribunos por poco hábiles e incompetentes y, siguiendo las leyes antiguas, tras desautorizar a diez de los soldados que habían huido, les condenó a muerte.

24.3.3. Finalmente incendió la ciudad, como hemos narrado, subió a un estrado construido para ello, dio las gracias al ejército allí reunido, y animó a todos a seguir comportándose así en el futuro. Además, les prometió a cada uno cien monedas de plata y, cuando advirtió que los soldados se agitaban por lo exiguo de su promesa, se indignó y se revistió de total seriedad.

24.3.4. A continuación les dijo: «Ahí tenéis a los persas, que poseen una gran abundancia de todo tipo de recursos. Pues bien, la riqueza de esta gente podría pasar a vuestras manos si todos actuáramos unidos y con valor. Y, además, creedme, el estado romano ha pasado de tener inmensas riquezas a ser sumamente pobre, debido a aquellos que, para aumentar su propio patrimonio, enseñaron a los príncipes a comprar la paz a los bárbaros a cambio de oro.

24.3.5. »Han saqueado el tesoro público, las ciudades están devastadas, las provincias deshabitadas. No cuento ni con recursos ni con la ayuda de una familia, aunque he nacido noble. No tengo nada excepto un pecho libre de todo miedo. Y a un emperador que pone todos sus deseos en el cuidado de su espíritu, no le avergonzará confesar una pobreza honesta. No en vano los Fabricios, con escasos recursos familiares, llevaron a cabo guerras durísimas y se cubrieron de gloria.

24.3.6. »Todo esto lo podréis tener en abundancia si, impertérritos, contando con la ayuda de la divinidad y con la mía propia, en lo que lo permita mi naturaleza humana, actuáis con moderación. Pero, si os resistís y volvéis al deshonor de las antiguas revueltas, hacedlo ya.

24.3.7. »Como conviene a un emperador, yo moriré de pie y solo, después de haber soportado grandes esfuerzos y sin importarme perder una vida que podría arrebatarme alguna fiebre ligera. Y si no, me iré, pues no he vivido como para no poder ser un ciudadano particular. Me enorgullezco y me alegro de contar con generales reconocidos y expertos en todo tipo de artes bélicas».

24.3.8. Con este discurso del emperador, moderado y a medio camino entre el elogio y el reproche, los soldados se tranquilizaron por un tiempo y, con más esperanzas para el futuro, en medio del acuerdo general, prometieron que iban a ser obedientes y dóciles. Alababan como divina la autoridad de Juliano y lo elevado de su espíritu, afirmación que, cuando es sincera y sentida, suele demostrarse golpeando suavemente las armas.

24.3.9. Después de esto, volvieron a las tiendas y, favorecidos por las circunstancias, se repusieron con alimento y descanso durante la noche. Era el propio Juliano quien animaba al ejército, pues continuamente lanzaba juramentos no por sus seres queridos, sino por el éxito de sus empresas: «Que sometamos a los persas y así salvemos al mundo romano de su abatimiento». También se dice que, cuando Trajano juraba, en ocasiones solía utilizar estas palabras: «Que vea Dacia convertida en una provincia, y que yo supere el Íster y el Éufrates con puentes». Y otros muchos juramentos de este tipo.

24.3.10. Después de esto, recorridas catorce millas, se llegó a un lugar muy fértil y rico en agua por un camino por el que, al enterarse los persas de que nosotros los atacaríamos, rompieron los diques y dejaron así que el agua se desbordara por todas partes.

24.3.11. De este modo, como una amplia superficie de terreno se convirtió en una zona pantanosa, el emperador concedió otro día de descanso a los soldados y se adelantó. Así pues, tras sortear numerosos peligros y construir tantos puentes como pudo con pequeños barcos, además de naves a partir de los troncos de las palmeras, hizo cruzar a su ejército no sin dificultad.

24.3.12. En estas regiones hay muchos campos plantados con viñas y distintos tipos de árboles frutales, donde suelen abundar palmeras, que se extienden por una amplia superficie hasta Mesena y el gran mar[7], formando un enorme bosque. Y por cualquier sitio por donde se vaya, se ven continuamente ramas de palmeras con y sin frutos, con los cuales se fabrica una gran abundancia de miel y de vino. Se dice que éstas se injertan y que puede distinguirse fácilmente su sexo.

24.3.13. Se dice también que las palmeras hembras procrean cuando se han introducido en ellas las semillas de los machos. Y, según afirman, disfrutan de su mutuo amor, como demuestra el hecho de que se inclinan tanto una contra otro que no pueden ser separados ni por los mayores golpes de viento.

Y si una palmera hembra no fuera inseminada normalmente por las semillas del macho aborta y produce frutos inmaduros. Por otra parte, si no se sabe de qué árbol se ha enamorado una palmera hembra, se le unta el tronco con su propio perfume y el otro árbol naturalmente es atraído por la dulzura de este olor. Éstos son los indicios que hacen pensar que se produce una especie de cópula.

24.3.14. Saciado por la abundancia de este alimento, el ejército bordeó numerosas islas y, precisamente, allí donde más se temía la escasez, llegó a temerse la cantidad excesiva de comida.

---

[7] El Caspio.

Finalmente, tras ser atacados con emboscadas por los arqueros enemigos, se llegó a un lugar donde la rama principal del Éufrates se divide en muchos y pequeños brazos.

24.4. La ciudad de Maiozamalcha es atacada y devastada por los romanos

24.4.1. En esta zona, había una ciudad abandonada por sus habitantes judíos a causa de la debilidad de sus murallas, que fue incendiada por nuestros soldados, enfurecidos entonces. Una vez realizado esto, el emperador continuó su avance más seguro de sí mismo gracias al favor de la divinidad con el que creía contar.

24.4.2. Y, habiendo llegado a Maiozamalcha, ciudad grande y rodeada por fuertes murallas, una vez levantado el campamento, puso todo su esfuerzo en evitar que éste fuera atacado de repente por los persas, cuyo ardor en campo abierto es muy temido por todos los pueblos.

24.4.3. Una vez realizados estos preparativos, rodeado por unos pocos soldados armados a la ligera, salió él mismo a pie para examinar cuidadosamente el emplazamiento de la ciudad. Pero cayó en una trampa peligrosa de la que consiguió salir finalmente aun con riesgo de perder su propia vida.

24.4.4. Y es que, por una puerta oculta de la ciudad, salieron diez persas armados que, tras cruzar el pie de las colinas marchando a gatas, atacaron a los nuestros por sorpresa. Dos de ellos, con sus espadas en alto atacaron al emperador, al que se distinguía por sus ropas. Pero éste hizo frente a sus golpes protegiéndose y cubriéndose con el escudo y, con gran confianza, atravesó a uno el costado y a otro lo mataron sus escoltas con repetidos golpes.

Los demás, de los que algunos resultaron heridos, se dieron a la fuga. Entonces Juliano y los soldados despojaron a los dos muertos de sus armas y volvieron al campamento sa-

nos y salvos llevando los trofeos obtenidos, por lo cual fueron recibidos por todos con gran alegría.

24.4.5. Torcuato, en una ocasión, quitó un collar de oro del cadáver de un enemigo[8]. Valerio, a quien después de denominó Corvino, abatió a un galo demasiado confiado con la velocidad de un pájaro y fue por estas hazañas por las que sus nombres llegaron a la posteridad.

No los envidiamos: que se añada también esta gran hazaña a las ya reconocidas por el paso del tiempo.

24.4.6. Al día siguiente, una vez tendidos los puentes y habiendo atravesado el ejército, colocaron el campamento en un lugar más apropiado, rodeado por una doble muralla porque, como hemos apuntado, temían los desiertos llanos. Así comenzó el asedio de la ciudad, creyendo que iba a ser peligroso avanzar si dejaba a su espalda a enemigos peligrosos.

24.4.7. Mientras se realizan estos preparativos con gran esfuerzo, el surena, el general enemigo, atacó a los animales de carga que pacían entre las palmeras del bosque. Pero fue descubierto por nuestras tropas de escolta, por lo cual perdió a unos pocos hombres y se retiró sin conseguir su objetivo.

24.4.8. Los habitantes de dos ciudades a las que convierten en islas los ríos que las rodean, asustados y con poca confianza en sí mismos, se dirigieron hacia las murallas de Ctesifón. Algunos escaparon por la espesura del bosque, y otros por pantanos cercanos, dejándose llevar por troncos horadados a modo de barcas. Su intención era llegar a la única salvación que les restaba después de un larguísimo camino, unas tierras muy alejadas.

24.4.9. De ellos, algunos se resistieron y fueron asesinados por nuestros soldados, que se movían también por estos lu-

[8] T. Manlio Torcuato. Cfr. Gell. 9,13.

gares en canoas y barcas. Y otros fueron hechos prisioneros y conducidos a otro lugar.

Y es que, tras sopesarlo juiciosamente, se había dispuesto que, mientras las tropas de infantería atacaban las murallas, las tropas de caballería se dividieran en grupos e intentaran obtener algún botín. Con esta previsión, sin que ninguno de los provinciales resultara herido, los soldados devoraron las entrañas de los enemigos.

24.4.10. E incluso el emperador atacaba con todas sus fuerzas a esta ciudad rodeada por dos murallas, asediándola con tres líneas de escuderos, ya que se dejaba llevar por la esperanza de cumplir su propósito. Pero si el ataque era necesario, así también su culminación resultaba muy complicada, pues los accesos, rodeados completamente por cortados de gran altura, y los caminos tan sinuosos dificultaban la posibilidad de llegada debido a la inminencia del peligro. Sobre todo las torres, temibles por su número y su altura, parecían como un monte de piedra elevado por la propia naturaleza, y esto unido a la llanura por donde corría el río, la fortificaban a manera de murallas.

24.4.11. A estas dificultades se añadía otra nada menor. Y es que la tropa selecta y numerosa que sufría el asedio no se dejaba convencer para entregarse por ningún tipo de treta. Todo lo contrario, resistía como si fuera a subsistir o a sacrificarse entre las cenizas de su patria.

Pero era muy difícil contener a los soldados, que se paseaban agitados [...] [9] frente a las murallas, reclamando un combate justo, aunque fuera en campo abierto. Por eso, cuando se dio la señal de retirada, se abrasaban por las ganas de atacar una y otra vez al enemigo.

24.4.12. Sin embargo, los razonamientos de los nuestros terminaron con la resistencia de sus fuerzas y, una vez divididas las tareas, cada cual se dedicó con toda rapidez a lo que le co-

[9] Hay aquí una laguna.

rrespondía. Y así, unos levantaron altas empalizadas, otros rellenaron los profundos fosos y otros, en zonas ocultas, prepararon largos túneles, mientras que los artilleros colocaban las máquinas de asalto dispuestas a provocar sus funestos sonidos.

24.4.13. Nevita y Dagalaifo se encargaban de los manteletes y de las viñas. Y el emperador era el encargado de abrir el combate y de preparar la defensa de las máquinas frente a un incendio o un ataque.

Cuando todos los preparativos para destruir la ciudad fueron realizados con grandes esfuerzos y se reclamaba ya el combate, un general llamado Víctor regresó a Ctesifón, anunciando que había explorado el camino y no había encontrado ningún obstáculo.

24.4.14. Enardecidos ante esta buena noticia, todos los soldados se dejaron llevar por la confianza y aguardaron armados la señal de luchar.

24.4.15. Pero mientras las tubas hacían resonar ya los sones de guerra y los soldados de ambos bandos gritaban, fueron los romanos los primeros que atacaron con envites continuos y con amenazadores murmullos a los enemigos, que estaban cubiertos por todas partes por una coraza de hierro como si fuera un ligero plumaje, muy confiados porque los proyectiles resbalaban al chocar contra el duro metal. Sin embargo, en ocasiones, las junturas de los escudos, con los que los nuestros se cubrían completamente como con una tortuga de arcos movibles, se abrían debido a los continuos movimientos.

Por su parte, los persas, colocados tenazmente junto a las murallas, intentaban eludir y hacer fracasar estos ataques mortales, o al menos ese era su objetivo.

24.4.16. Pero cuando los atacantes, que portaban delante de ellos entramados de mimbre, estaban ya a punto de alcanzar las murallas, los honderos, junto con los arqueros y con otros defensores que arrojaban enormes piedras, así como antorchas y dardos incendiarios, los mantenían bastante alejados.

Además, las ballestas, adaptadas para disparar flechas de madera, se doblaban resonando por la flexión mientras lanzaban sin cesar proyectiles, y los escorpiones mandaban piedras redondas allí donde apuntaban manos expertas.

24.4.17. Pero tras continuos y repetidos choques, el calor, sofocante ya a medio día, que es cuando los rayos de sol tienen mayor fuerza, obligó a todos a retirarse, porque estaban agotados, fatigados y bañados en sudor por los preparativos y por su entrega en la lucha.

24.4.18. Al día siguiente, los dos bandos enfrentados se entregaron con la misma resolución a distintos tipos de lucha y se retiraron con un resultado ambiguo y parecida fortuna. Pero el príncipe, cercano a los soldados, armados contra todo peligro, les apremiaba para que destruyeran pronto la ciudad, porque si se demoraban allí demasiado tiempo, no lograría sus restantes proyectos.

24.4.19. Pero cuando la situación es extrema, no hay nada demasiado insignificante como para que no pueda ser decisivo, incluso contra lo esperado.

Pues en el momento en el que, como suele ocurrir, los soldados que iban a retirarse luchaban con menos cautela, al agitar con violencia un ariete que habían traído antes, cayó una torre de mayor altura que las demás, construida con gran firmeza, con un lateral de ladrillo cocido y, al desplomarse con enorme estruendo, arrastró consigo la parte contigua.

24.4.20. Fue entonces cuando, por este golpe de la fortuna, el esfuerzo de los atacantes y los intentos de los asediados dieron lugar en ambos casos a grandes hazañas. Y es que, si nada parecía excesivo a unos atacantes encendidos por la ira y el dolor, nada era temible o cruel para unos defensores que combatían por su vida. De hecho, sólo se pensó en la fatiga cuando el anochecer puso fin a este combate, igualado y terriblemente largo, un combate en el que se derramó gran cantidad de sangre y se produjeron muchas bajas.

24.4.21. Y mientras esto sucedía a la luz del día y abiertamente, se anuncia al emperador, siempre atento y cuidadoso, que los legionarios a los que se había encomendado la colocación de las minas, una vez excavados los túneles subterráneos y reforzados con estacas, habían penetrado en el interior de la fortaleza y estaban dispuestos a salir, si él así lo ordenaba.

24.4.22. Entonces, aunque había transcurrido ya la mayor parte de la noche, cuando las trompetas dieron la señal de acudir a la lucha, se precipitaron a las armas. Según el plan, son atacados los frentes de los muros en dos partes pues de este modo, mientras los defensores intentaban rechazar el peligro corriendo de un lado a otro, no se escucharía el sonido producido por los que excavaban las zonas cercanas. Y así, sin encontrar ninguna oposición en el interior, la tropa de los que hacían las galerías, podría aparecer por sorpresa.

24.4.23. Una vez tomadas estas disposiciones según convenía, estando ocupados los defensores y abiertas las galerías, sale raudo Exsuperio, soldado de los «victores» y, detrás de él, el tribuno Magno, y el notario Joviano, a los que siguió un numeroso grupo de audaces soldados.

Traspasaron éstos en primer lugar a los que hallaron en el hogar por el que salieron a la superficie. Continuaron de puntillas y mataron a todos los vigilantes que, según la costumbre de este pueblo, estaban alabando con canciones la justicia y la buena fortuna de su rey.

24.4.24. Parecía que había intervenido el propio Marte –si es que las leyes que rigen la actuación divina les permiten mezclarse con hombres–, tal como sucedió con Luscino cuando invadió el campamento de los lucanos [10]. Este pensamiento se debió a que, en el ardor del combate, se vio a una persona armada, de enorme altura, llevando escalas, pero cuando al día

---

[10] Fue un héroe que salvó a su pueblo del asedio de los porutios y los lucanos. Cfr. Val. Max. 1,8,6.

siguiente se pasó revista al ejército, aunque se le buscó con enorme afán, no pudo hallársele. Y si hubiera sido un soldado, se hubiera presentado voluntariamente consciente de su heroicidad.

Pero como entonces se ignoraba totalmente quién había sido el autor de esa gran hazaña, se destacó a los que se habían comportado con gran valor y, como premio, les otorgaron la corona del asedio y fueron alabados ante la asamblea según la costumbre ancestral [11].

24.4.25. Finalmente, una vez privada de defensores y con muchas entradas abiertas, la ciudad es invadida. Entonces, cuando estaba ya cercana la rendición, sin que se hiciera distinción de sexo o de edad, el dominio de los enfurecidos atacantes acabó con todo lo que se encontraron. Algunos, por temor a una muerte inminente, sintiendo por un lado la amenaza del fuego y, por otro, la de las armas, derramaron sus últimas lágrimas y se arrojaron voluntariamente desde las murallas. De este modo, con todos los huesos rotos pasaron unos momentos peores que la propia muerte hasta que pudieron terminar con sus sufrimientos.

24.4.26. Sin embargo, hicieron salir vivo al comandante de la fortaleza, Nabdates, así como a ochenta seguidores, porque el emperador, sereno y clemente, había ordenado que le entregaran sano y salvo tanto a él como a los demás.

Y así, después de que distribuyeran el botín según los méritos y el esfuerzo realizados, como él se conformaba con poco, se quedó tan sólo con un muchacho mudo que se le ofreció y que expresaba por señas y daba a entender por medio de gestos muy cómicos todo lo que sabía. De este modo, como recompensa agradable y grata –según la consideraba él– por la victoria, recibió a este muchacho valorado en tres monedas de oro.

---

[11] Esta corona se le entregaba a quien salvaba a una ciudad de un asedio. Cfr. Gell. 6,8-9.

24.4.27. Pero de las doncellas que fueron hechas prisioneras –muy bellas, tal como suelen ser las persas, que son mujeres destacables en este aspecto–, no quiso ni tocar ni mirar a ninguna, imitando en ello a Alejandro y al Africano, quienes declinaban este tipo de dones para no perder fuerzas en estos placeres y, de hecho, nunca fueron derrotados por problemas de este tipo.

24.4.28. En mitad de estos combates, un arquitecto de nuestro bando, de quien no recuerdo ahora el nombre, que se encontraba por casualidad delante del escorpión, al caer hacia atrás una piedra que un artillero había colocado mal en la máquina, fue golpeado en la espalda y, con el pecho despedazado, murió desfigurado de tal forma que no se podía identificar ninguna parte de su cuerpo.

24.4.29. Cuando el emperador se disponía a marcharse de allí, le llegó una noticia cierta, que le informaba de que, en torno a las murallas de la ciudad destruida, había una de esas trampas ocultas que abundan en aquellas regiones. Y que, en ella, se escondía un grupo de pérfidos enemigos para poder salir de allí por sorpresa y atacar a nuestro ejército por la retaguardia.

24.4.30. Rápidamente, para que los sacaran de allí, envió a unos soldados de infantería de valor reconocido quienes, como no podían entrar en esas cavidades ni forzar a los que estaban dentro para que salieran a luchar, echaron por la entrada de la cueva rastrojos y sarmientos que recogieron. De este modo, al entrar el humo por el estrecho hueco y hacerse más espeso, mató a algunos por asfixia, a otros, medio abrasados, les obligó a salir y a enfrentarse a la muerte y así, cuando todos perecieron, ya fuera por las armas o por el fuego, los soldados volvieron presurosos junto a los estandartes.

Fue así como una ciudad amplia y muy populosa, destruida por el valor y la fortaleza romana, quedó convertida en polvo y ruinas.

24.4.31. Después de estas hazañas tan gloriosas, una vez atravesados unos puentes que se construyeron en línea debi-

do a la unión de muchas corrientes, llegamos a dos fortalezas, construidas con especial esmero. En ellas, un hijo del rey persa, junto con varios nobles y un batallón de soldados que habían llegado desde Ctesifón, intentaron impedir que el conde Víctor, que marchaba delante del ejército, cruzara el río. Pero, al advertir los escuadrones de soldados que le seguían, se marcharon.

24.5. Los romanos capturan e incendian una fortaleza muy segura tanto por su emplazamiento como por su construcción

24.5.1. Y así, continuando con el avance, llegamos a unos bosques y campos ricos en diversos productos, donde encontramos un palacio real edificado según el estilo romano, y nos pareció tan bello que lo dejamos intacto.

24.5.2. Había también en esta misma región una zona extensa y de superficie circular, rodeada por un parapeto. En ella había fieras destinadas al disfrute del rey: leones de abundante melena, peligrosos jabalíes de piel erizada y osos cuya ferocidad sobrepasaba todo lo conocido, como son los persas, además de otros tipos selectos de bestias enormes.

Una vez rotos los cerrojos de las puertas, nuestros soldados de caballería las mataron a todas con sus lanzas de caza y continuos disparos de proyectiles.

24.5.3. Estas zonas son ricas en sembrados y cultivos, y no están muy lejos de Coche, a la que llaman Seleucia. Allí, en una fortaleza protegida con el esfuerzo de muchos hombres, el ejército disfrutó de dos días de abundante agua y pasto, después de lo cual el príncipe, que se había adelantado con soldados de vanguardia, al contemplar la ciudad abandonada, destruida en otra época por el príncipe Caro [12], en la cual

---

[12] M. Aurelio Caro, que fue emperador del 282 al 283.

un reguero de agua perpetua forma un enorme pantano y desemboca luego en el Tigris, vio numerosos cuerpos clavados en el patíbulo. Pertenecían a familiares de aquel que, como hemos narrado anteriormente, entregó la ciudad de Pirisabora[13].

24.5.4. Aquí también fue quemado vivo Nabdates, de quien ya he relatado cómo le sacaron junto con otros ochenta hombres de un escondite en una ciudad destruida, porque, aunque prometió entregar la ciudad en el inicio del asedio, luego luchó con enorme denuedo y, alcanzando el perdón sin esperarlo, llegó a tal grado de insolencia que injurió a Ormisda con todo tipo de insultos

24.5.5. A continuación, después de seguir avanzando un tanto, nos vemos zarandeados por un triste hecho. Y es que mientras tres cohortes de soldados de vanguardia armados a la ligera luchaban con un escuadrón persa, que había salido de la ciudad cuando se abrieron las puertas por sorpresa, otros atacantes que venían del otro lado del río interceptan y matan a los animales que nos seguían, así como a unos pocos forrajeadores que se habían dispersado a su arbitrio.

24.5.6. Desde ese momento, el emperador continuó la marcha enojado y lleno de rabia y, cuando ya se acercaba a Ctesifón y se topó con una alta fortaleza muy protegida, osó acercarse para explorarla, cabalgando sin que se le reconociera, según creía él, con unos pocos hombres. Pero, al avanzar un poco más y estar a tiro, fue descubierto y no pudo ocultarse. Y, de hecho, cuando huía de la nube de proyectiles, hubiera podido morir en breve herido por un disparo desde la muralla. Sin embargo, sólo fue herido su escudero, que marchaba a su lado, mientras que él, cubierto por la densa protección de escudos, pudo escapar y evitar así un peligro acuciante.

[13] Cfr. 24,2,21.

24.5.7. Lleno de rabia por este hecho, determinó asediar la fortaleza, encontrándose con la dura resistencia de los defensores, que confiaban en el lugar, casi inaccesible, y que creían que su rey iba a llegar enseguida pues avanzaba rápidamente con impresionantes tropas.

24.5.8. Una vez preparados los manteletes y todo lo que requería el asedio, en la segunda vigilia, cuando la noche estaba clara por la fase correspondiente de la luna, que permitía que los que permanecían en los puestos de defensa lo vieran todo con claridad, precipitándose de repente en un grupo compacto, una multitud irrumpió de forma inesperada por las puertas abiertas y, atacando por sorpresa a una cohorte de los nuestros, mataron a muchos. Entre ellos, también cayó el tribuno cuando intentaba rechazar el peligro.

24.5.9. Mientras se producen estos hechos, los persas, al igual que habían hecho antes, atacaron a un grupo de los nuestros desde la otra orilla del río, mataron a algunos y dejaron a otros vivos.

Y como se creía que se acercaban tropas enemigas más numerosas, los nuestros, llevados por el temor, se comportaron con gran indolencia. Pero cuando recobraron los ánimos y la audacia, arrebataron armas en la confusión y, reunido el ejército por el sonido de las trompetas, marcharon raudos con veloces murmullos. Los atacantes, aterrados, se retiraron sin sufrir baja alguna.

24.5.10. Entonces el emperador, sumamente enojado al ver que una cohorte no había podido rechazar el ataque de los asaltantes, rebajó a estos soldados a la infantería –que es la degradación más terrible para la dignidad–.

24.5.11. Después de esto, enardecido por su deseo de destruir esa fortaleza donde había corrido tanto peligro, puso en ello todo su empeño, no rezagándose nunca de los portainsignias, porque así, como testigo y juez de las acciones de los soldados, si luchaba entre los primeros, serviría de ejemplo para que combatieran con gran valor.

Sólo una vez que se expuso seriamente y durante mucho tiempo a los mayores peligros, con una gran variedad de tácticas y de armas, y con el esfuerzo unánime de los atacantes, logró capturar e incendiar la fortaleza citada.

24.5.12. Después de esto, considerando la dureza de lo ya soportado y de lo que aún les restaba, el ejército se tomó un respiro, pues estaban agotados ya por el excesivo esfuerzo. Además, se distribuyeron muchos tipos de provisiones para el avituallamiento.

Sin embargo, pasado un tiempo, construyeron con más cuidado la empalizada utilizando un mayor número de estacas y una honda fosa, ya que temían ataques por sorpresa y otras artimañas secretas desde Ctesifón, ya cercana.

24.6. Después de causar dos mil quinientas bajas a los persas y de perder apenas setenta de sus hombres, Juliano, ante la asamblea, premia a muchos con una corona

24.6.1. Desde aquí se llegó a un río canalizado llamado Naarmalcha, que significa «río de reyes», y que entonces estaba seco[14]. Fue primero Trajano y después Severo quienes se esforzaron con gran empeño para que se excavara en la tierra acumulada un curso artificial, de manera que pudieran transvasar agua aquí desde el Éufrates, y que los barcos pudieran llegar hasta el Tigris.

24.6.2. Para enfrentarse a todo, pareció que lo más seguro era limpiar esos mismos lugares que en otro tiempo habían cubierto los persas con una enorme cantidad de piedras, por temor a que sucediera precisamente algo de esto. Así, una vez limpio el canal y arrancados los obstáculos por la fuerza de la corriente, la flota recorrió segura treinta estadios y fue impulsada hasta el canal del Tigris. Entonces montaron rápida-

[14] Cfr. 23,6,25; 24,2,7; 24,6,1.

mente unos puentes por donde atravesó el ejército, que continuó su marcha hacia Coche.

24.6.3. Y como después del cansancio es necesario un merecido descanso, nos detuvimos en un campo fértil, muy agradable por las matas, las viñas y el verdor de sus cipreses. En el centro había un fresco y agradable refugio, que tenía en todas las paredes pinturas típicas de aquel lugar, en las que aparecía el rey matando animales con distintas técnicas de caza. Y es que, entre ellos, no se pinta ni se esculpe otra cosa que no sean guerras y matanzas.

24.6.4. Una vez realizado todo esto tal y como se había planeado, el Augusto, avanzando más seguro ya para enfrentarse a todas las dificultades, y confiado en una fortuna que nunca le había fallado a la hora de realizar muchas empresas cercanas a la temeridad, tras descargar las naves más poderosas de las que transportaban alimentos y máquinas de artillería, hizo subir ochenta soldados armados a cada una de ellas.

Él se reservó lo mejor de la flota, que estaba dividida en tres partes, y de éstas, en las primeras horas de la noche, ordenó que una fuera enviada con el conde Víctor, de manera que, una vez cruzado el río con gran rapidez, ocuparan la orilla del lado de los enemigos.

24.6.5. Los generales, aterrados y llenos de pánico ante esta determinación, con súplicas unánimes, intentaron impedir que esto sucediera. Pero como no consiguieron vencer la terquedad del emperador, movilizaron las insignias, tal como se les había ordenado, y rápidamente desaparecieron de la vista cinco naves. Cuando estaban llegando ya a la orilla, fueron atacadas por continuos lanzamientos de antorchas y por todo tipo de materiales con los que se aviva el fuego, hasta tal punto que hubieran ardido naves y soldados si el emperador, movido por su fortaleza y por la ágil disposición de su ánimo, no hubiera surgido y hubiera gritado que se había dado ya la señal que indicaba que los nuestros habían ocupado las orillas, tal como se les había ordenado.

Con esto consiguió que toda la flota se apresurara movida por sus remeros con toda la rapidez posible.

24.6.6. Una vez realizado esto, estando ya las naves de vuelta sin sufrir daño y habiendo logrado que los restantes soldados, aunque fueran atacados desde una cima con piedras y con gran variedad de proyectiles, afrontaran una fortísima lucha y alcanzaran riberas muy altas y peligrosas, permaneció ya tranquilo.

24.6.7. La historia se admira de que Sertorio haya conseguido atravesar a nado el Ródano cargado con sus armas y su escudo. Pero, en esta ocasión, los soldados, realmente turbados y temiendo quedarse atrás cuando ya se había dado la señal, tumbados y agarrados con todas sus fuerzas a sus escudos, que son amplios y curvados, a pesar de que los manejaban con poca destreza, igualaron la velocidad de los navíos atravesando un río lleno de torbellinos.

24.6.8. Frente a estas tropas, los persas dispusieron escuadrones formados por la caballería protegida con armadura y tan apiñados que, como sus cuerpos estaban cubiertos por entero de metal, al avanzar, deslumbraban con su brillo a los que les miraban. Además, sus numerosos caballos estaban también protegidos con corazas de cuero y, como tropas de auxilio, contaban con manípulos de soldados a pie, que se protegían con escudos largos y curvados, y que se movían en formaciones apiñadas, llevando una protección de ramas y cuero sin curtir.

Detrás de ellos marchaban los elefantes, que parecían montañas andantes y que, con el movimiento de sus enormes cuerpos, amenazaban con la muerte a los que se acercaban, inspirando temor por sus ya conocidas acciones.

24.6.9. El emperador, después, siguiendo las tácticas homéricas [15], dispuso entre las líneas un espacio intermedio para tropas de infantería más débiles, porque así evitaría que los

---

[15] Cfr. Iliad. 4297 y ss.

arrastraran a todos consigo si estaban delante y caían desordenadamente. Y también evitaría que se retiraran con gran libertad por marchar rezagados, en caso de que fueran rechazados y no contaran con nadie que los retuviera.

En cambio, de este modo, con la colaboración de los soldados de armadura ligera, podría marchar tranquilo por las primeras y por las últimas líneas.

24.6.10. Así pues, cuando ambas partes estuvieron ya una frente a otra, los romanos, resplandecientes con sus cascos penachudos y haciendo resonar sus escudos como si estuvieran siguiendo un ritmo anapesto, avanzaban lentamente. El combate se inició cuando los soldados de vanguardia lanzaron sus jabalinas, momento en el que un rápido torbellino de viento hizo que una nube de polvo lo cubriera todo.

24.6.11. Y mientras resonaban por doquier los gritos usuales en estas situaciones, el sonido de las trompetas aumentaba el valor de los soldados. En ambos bandos luchaban cuerpo a cuerpo blandiendo lanzas y espadas. Nuestros soldados estaban más a salvo del peligro de las flechas cuanto con más rapidez conseguían penetrar en sus líneas. Mientras tanto Juliano, con refuerzos, apoyaba a los que habían sido rechazados e incitaba a los que se retrasaban marchando presuroso como valiente soldado y comandante al mismo tiempo.

24.6.12. Y así, una vez que aflojó la primera línea de los persas, primero con lentitud y luego ya con rapidez, se retiraron con las armas aún calientes y buscaron una ciudad cercana, mientras nuestros soldados les seguían, agotados también después de luchar en el ardiente campo desde el alba hasta el anochecer. Siendo, pues, perseguidos, huyeron las tropas enemigas con Pigranes, el surena y Narseo, sus mejores generales, hasta las murallas de Ctesifón, recibiendo heridas en las piernas y en la espalda.

24.6.13. Y nuestros soldados hubieran irrumpido en la ciudad mezclados con las tropas de los vencidos si un general

llamado Víctor no se lo hubiera impedido con las manos levantadas y con sus gritos –aunque él mismo tenía un hombro herido por una flecha–. Y es que temía que, cuando los soldados se encontraran de repente en el interior de las murallas de la ciudad y no pudieran encontrar una salida por la confusión, serían rodeados por una multitud.

24.6.14. Que los poetas de la antigüedad canten las luchas de Héctor, que alaben el valor del general de Tesalia[16]. que grandes generaciones hablen de Sofanes[17], Aminias[18], Calímaco[19], Cinaegiro[20], aquellos líderes ilustres de las guerras Médicas. Pero no brilló menos aquel día el valor de alguno de los nuestros, según declaran las afirmaciones de todos.

24.6.15. Una vez desapareció el temor, nuestros soldados, pisando los restos de los enemigos y manchados aún con una sangre justamente derramada, se reunieron ante la tienda del emperador alabándole y agradeciéndole que, sin que se supiera si era un general o un soldado, y buscando siempre el bien general más que el suyo propio, había manejado la situación de una forma tan brillante que, después de que cayeran más o menos dos mil quinientos persas, tan sólo murieron setenta de los nuestros.

24.4.16. Entonces Juliano, nombrando a cada uno de los que, según había observado él mismo, habían realizado alguna hazaña con resolución, les ofreció coronas navales, cívicas y castrenses.

24.6.17. Totalmente convencido de que, después de éste, vendrían otros éxitos similares, dispuso que se ofrecieran numerosas víctimas a Marte el Vengador. Pero de los diez me-

---

16 Es decir, de Aquiles.
17 *Vid.* Hdt. 9,74,35.
18 Cfr. Hdt. 6,114.
19 Justin. 2,9,16 y ss.
20 Val. Max. 3,2,22.

jores toros preparados para este fin, antes de que fueran conducidos al altar, nueve de ellos voluntariamente cayeron abatidos y, en cuanto al décimo, que había roto las sujecciones y se había escapado, fue reducido con gran dificultad y, al ser inmolado, mostró tristes presagios. Juliano, al ver esto, lanzó una indignada exclamación y puso a Júpiter por testigo de que no ofrecería ningún sacrificio más a Marte. Y, realmente, no volvió a realizar ningún sacrificio, porque murió poco tiempo después.

24.7. El emperador desiste del asedio de Ctesifón, ordena temerariamente quemar todas las naves y se retira del río

24.7.1. Después de deliberar con sus generales acerca del asedio de Ctesifón, Juliano adoptó la decisión defendida por algunos, que pensaban que intentar ese asedio era una acción osada e inoportuna, ya que la ciudad contaba con defensas inexpugnables por su propio emplazamiento y porque, además, creían que muy pronto llegaría el rey con un ejército temible.

24.7.2. Se impuso, pues, la opinión mejor, cuya utilidad fue reconocida por la gran inteligencia del príncipe. Éste envió a Arinteo junto con una tropa de infantería ligera a devastar las regiones de los alrededores, ricas en ganado y en cosechas. Le ordenó también que persiguiera con igual energía a los enemigos que se habían escondido recientemente y que se habían dispersado por senderos estrechos y ocultos.

24.7.3. Pero Juliano, deseoso siempre de avanzar, no prestó atención a las palabras de los que le detenían, e increpó a sus generales, criticándoles porque su indolencia y sus ansias de reposo les movían a aconsejarle que renunciara al reino persa, que estaba ya casi en sus manos.

De este modo, dejando el río a su izquierda, precedido por infaustos guías, determinó marchar rápidamente hacia el interior.

24.7.4. Era como si la funesta antorcha de Belona le hubiera llevado a provocar un fuego y a quemar todas sus naves, excepto doce de menor tamaño que, según dispuso, fueron transportadas en carros para que le ayudaran a formar puentes. Juliano creía que estas órdenes eran provechosas para evitar que su flota abandonada pudiera servir a los enemigos, y además para no necesitar casi veinte mil soldados que arrastraran y condujeran esas naves, como había sucedido desde el inicio de la expedición.

24.7.5. Después, cuando todos comenzaron a temer por sus vidas, murmuraban lo que después se hizo evidente, que si por casualidad eran rechazados debido a la aridez o a la altura de los montes, los soldados no podrían volver navegando. Además, los traidores, al ser torturados, confesaron abiertamente que habían mentido, ante lo cual se ordenó que acudieran todos los hombres posibles para apagar el fuego, pero éste había alcanzado tal magnitud que abrasó la mayor parte de la flota y tan sólo pudieron salvarse las doce naves, que habían sido apartadas para poder protegerlas.

24.7.6. Perdimos, pues, la flota cuando menos convenía. Pero Juliano, confiando en la unión de su ejército, como ninguno de sus soldados debía atender otras ocupaciones, se dirigió al interior con un contingente más numeroso, mientras los ricos lugares que atravesaba le procuraban provisiones en abundancia.

24.7.7. Conocido este hecho, los enemigos incendiaron los pastos y las cosechas maduras para atormentarnos con el hambre. Y así, como no podíamos avanzar debido al fuego, tuvimos que permanecer en campamentos fijos hasta que se apagaron las llamas.

Además, los persas, burlándose de nosotros desde lejos, a veces se dispersaban a propósito, a veces formaban un frente compacto para que, al mirarles desde gran distancia, creyéramos que habían llegado ya las tropas de refuerzo del rey, y pensáramos que ésta era la razón por la que se habían realizado esos ataques osados y esas raras acometidas.

24.7.8. Por otra parte, el emperador y los soldados estaban compungidos porque no había posibilidad de formar un puente, ya que habíamos perdido las naves de forma irreflexiva y no podíamos salir al paso de los movimientos del enemigo, movimientos que ya se habían iniciado, tal como indicaba el brillante resplandor de su armadura, que cubría todos y cada uno de sus miembros.

A esto se añadía otra calamidad nada insignificante, y es que los refuerzos que aguardábamos, conducidos por Arsaces y por nuestros generales, no aparecían, ya que habían encontrado las dificultades que hemos mencionado anteriormente.

24.8. El emperador, como ya no podía hacer puentes, ni reunirse con el resto de sus tropas, determinó regresar por Corduena

24.8.1. Por ello, para confortar a los soldados, que ya estaban inquietos, el emperador ordenó que se condujera al centro del campamento a unos cautivos, delgados por su propia constitución, como son casi todos los persas, pero que, además, estaban debilitados ya por el hambre. Entonces, mirando a los nuestros, dijo: «Ahí veis a los que vuestros corazones guerreros consideran héroes. Ahí los veis deformes y asquerosos por su inmundicia y que, como han demostrado ejemplos frecuentes, antes de entrar en combate arrojan las armas y huyen».

24.8.2. Después de estas palabras, hizo que retiraran a los cautivos y se debatió sobre la situación. Tras muchas afirmaciones en ambos sentidos, aunque la mayor parte de los soldados, con imprudencia, vociferaban que debíamos volver por donde vinimos, el príncipe se resistía con gran obstinación, exponiendo junto con otros muchos que no sería posible en absoluto volver por una amplia llanura desprovista de pasto y de frutos, cuando lo que quedaba de los pueblos incendiados estaba consumido por la indigencia extrema. Además porque, como los hielos del invierno estaban ya derri-

tiéndose, todo el suelo estaba empapado y se habían formado terribles torrentes que se habían desbordado y sobrepasado todos los diques.

24.8.3. Además, a la dificultad de la empresa se añadía el que, en estas tierras abrasadoras por el calor del sol, todo está lleno de infinidad de moscas y mosquitos, hasta tal punto que, con su revoloteo, durante el día, se oscurece la claridad y, por la noche, no puede verse el brillo de las estrellas.

24.8.4. Y como no había opinión humana que pudiera ayudar, después de vacilar y de dudar durante mucho tiempo, levantamos unos altares e inmolamos unas víctimas para averiguar la voluntad de los dioses y saber si, según ellos, debíamos volver por Asiria o bien marchar lentamente junto a la falda de los montes y devastar por sorpresa Chiliocamo, situada junto a Corduena.

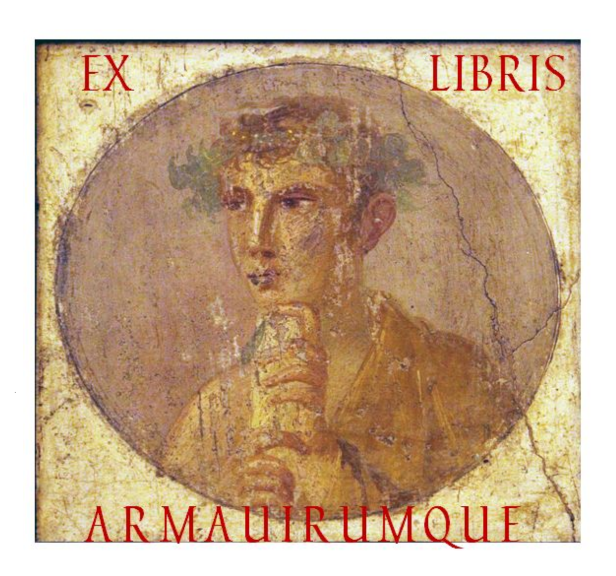
Pero, una vez examinadas las entrañas, se nos avisó que no sucedería nada de esto.

24.8.5. Sin embargo, como habíamos perdido toda esperanza de progresar, se impuso la opinión de marchar contra Corduena. Por ello, el dieciséis de junio, se levantó el campamento pero, cuando el emperador iba a ponerse en marcha al amanecer, se vio humo, o cierta nube de polvo, que nos hizo pensar que eran esos rebaños de asnos salvajes de los que hay muchísimos en aquellas regiones y que suelen moverse en grupos para evitar los feroces ataques de los leones.

24.8.6. Algunos pensaban que se acercaban ya Arsaces y nuestros generales, advertidos por la noticia de que el emperador iba a dirigirse contra Ctesifón con un gran contingente. Otros afirmaban que eran los persas, que se estaban echando sobre nosotros.

24.8.7. Entonces, debido a la incertidumbre de la situación y para evitar que sucediera alguna calamidad, las trompetas convocaron a las tropas en una verde llanura junto al río, dis-

poniendo muchas líneas de escuderos en círculos. Así pues, después de montar el campamento, descansamos con más seguridad. Pero la cantidad de polvo era tal que, hasta el atardecer, no pudo distinguirse qué era lo que se vislumbraba de forma tan confusa.



LIBRO 25

25.1. Los persas atacan a los romanos cuando éstos avanzaban, pero son rechazados con fuerza

25.1.1. Esa noche, una noche en la que no brillaba ninguna estrella, la pasamos como suele suceder en circunstancias peligrosas y ambiguas: sin que nadie se atreviera a descansar o a dormir debido al temor.

Sin embargo, tan pronto como amaneció, pudieron verse a lo lejos brillantes cotas de malla, rodeadas por cinturones de hierro y resplandecientes corazas, lo que anunciaba la llegada de las tropas del rey.

25.1.2. Nuestros soldados, enardecidos al ver esto, se apresuraron a enfrentarse al enemigo, ya que sólo nos separaba un pequeño río. Pero el emperador los contuvo, y lo cierto es que no lejos de este valle, entre nuestros exploradores y los persas, se trabó una dura lucha, en la que cayó Macameo, general de uno de nuestros escuadrones. Fue a defenderle su hermano Mauro, que luego fue general en Fenicia y quien, después de matar al asesino de su hermano, llenó de pánico a todos los que se encontró y, aunque debilitado también él mismo al sufrir una herida en un hombro, consiguió con gran esfuerzo sacar de la lucha a Macameo, pálido ya ante su final cercano.

25.1.3. Y cuando ambos bandos estaban ya agotados debido al calor casi insoportable y a los continuos embates, finalmente las tropas enemigas se dispersaron tras un duro ataque.

Desde ese momento, ante el retroceso de los nuestros, los sarracenos nos siguieron desde lejos y, forzados a replegarse por temor a nuestra infantería, al unirse poco después a otro numeroso contingente de persas, avanzaron con más confianza dispuestos a apoderarse de los bagajes romanos. Sin embargo, al ver al emperador, regresaron junto a su caballería de reserva.

25.1.4. Desde esta región llegamos a un lugar denominado Hucumbra donde, durante dos días y frente a lo que esperábamos, pudimos recuperarnos con todo tipo de útiles necesarios y con abundancia de grano. Luego, prendimos fuego enseguida a todo, excepto a aquello que pudimos transportar.

25.1.5. Al día siguiente, el ejército continuó la marcha con más tranquilidad, pero los persas sorprendieron a las tropas que marchaban en último lugar, a quienes ese día se les había ordenado cerrar las líneas.

Y lo cierto es que los hubieran aniquilado sin gran esfuerzo si nuestra caballería, que se hallaba cercana, no se hubiera percatado de qué sucedía, y no se hubiera esparcido por los amplios valles, evitando con ello una enorme calamidad, ya que hirieron a los que nos habían atacado.

25.1.6. En esta batalla cayó Adaces, noble sátrapa, que en otra época había sido enviado como mensajero al príncipe Constancio y fue bien acogido.

Cuando el que lo abatió ofreció sus despojos a Juliano, fue recompensado como convenía.

27.1.7. Ese mismo día, la caballería de los terciacos fue acusada por nuestras legiones ya que, mientras ellos estaban lanzando un ataque contra las tropas enemigas, los soldados de caballería se dispersaron gradualmente y, con ello, hicieron que disminuyera el ardor de casi todo el ejército.

25.1.8. Ante esto, el emperador se indignó con razón, les arrebató las insignias, rompió sus lanzas y, a todos los que se acusaba de haber rehuido el combate, les obligó a marchar entre los bagajes, el material y los prisioneros.

En cuanto a su general, que era el único que había luchado con gran valor, lo puso al frente de otra tropa, cuyo tribuno había sido acusado también por haber abandonado vergonzosamente el combate.

25.1.9. También otros cuatro tribunos de caballería fueron revocados de su cargo por una afrenta similar. Y lo cierto es que el emperador se contentó con estos castigos menores, considerando las dificultades que se avecinaban.

25.1.10. Y así, después de avanzar setenta estadios, como habían disminuido las reservas de todo tipo de provisiones, quemaron hierbas y cosechas, aunque arrebataron de las llamas y se llevaron todos los frutos y el grano que cada uno podía transportar.

25.1.11. Abandonado también este lugar, cuando todo el ejército llegó a una zona llamada Maranga, casi al amanecer apareció una enorme multitud de persas, junto a Merena, su general de caballería, así como los dos hijos del rey y muchos nobles.

25.1.12. Todas sus tropas estaban protegidas por armadura, con todos los miembros perfectamente protegidos por planchas de metal, hasta tal punto que los ensamblajes encajaban con las articulaciones. Además, llevaban una especie de cascos que les cubrían la cara y que estaban tan perfectamente adaptados a su cabeza que, como todo su cuerpo estaba cubierto por duro metal, las armas que les disparaban sólo podían clavarse por donde se permitía su visión, es decir, por unos pequeños orificios que rodeaban sus ojos, o bien por unas pequeñas aberturas practicadas junto a la nariz para permitir la salida de aire.

25.1.13. Algunos de ellos permanecían inmóviles, preparados para luchar con picas, de manera que parecían sujetos con ataduras de bronce y, junto a ellos, los arqueros –arte en el que este pueblo ha brillado como nadie desde sus orígenes–, tendían sus arcos con los brazos separados, en una posición en la que las cuerdas tocaban su tetilla derecha, mientras que sujetaban las flechas con la mano izquierda. Éstas, al ser disparadas con enorme habilidad por sus dedos, lanzaban un sonido silbante y salían volando prestas a causar terribles heridas[1].

25.1.14. Detrás de ellos, el temor hacía que apenas pudiéramos soportar la visión espantosa de sus elefantes, resplandecientes y con pavorosas bocas. Ante estas fieras, debido a su olor y a su aparición nada frecuente, los caballos sentían pánico.

25.1.15. Sobre los elefantes iban sus conductores, que llevaban unos cuchillos con mango atados a la mano derecha, recordando el desastre sufrido en Nisibis. Y si un animal se enfurecía y su conductor no podía sujetarle, para evitar que se volviera contra los suyos, como había sucedido entonces, y que causara una gran matanza, con un fuerte golpe, le cortaban la vena que une la cabeza con la cerviz. Y es que, en una ocasión, Asdrúbal, el hermano de Aníbal, descubrió que de este modo se mata con gran rapidez a estas bestias.

25.1.16. Al ver a estos animales, no sin gran temor, pero rodeado por tropas de armadas cohortes, el emperador, muy confiado en sus generales, tal como reclamaba este terrible trance, preparaba sus soldados para el ataque contra el enemigo mediante formación en creciente y los flancos en círculo.

25.1.17. Para evitar que el ataque de sus arqueros rompiera nuestra formación, hizo avanzar rápidamente al frente y así desbarató el ataque de sus flechas.

---

[1] No en vano Heródoto (1,136) indica que los persas, ya a los cinco años, aprendían a montar a caballo, a tirar con arco y a ser sinceros.

Después se dio la señal usual para la lucha, y la infantería romana, apiñada y con enorme empuje, hizo retroceder las líneas cerradas de los enemigos.

25.1.18. En mitad del fragor del combate, el sonido de los escudos y de los hombres, unido al lúgubre estruendo de las armas silbantes no permitía descanso alguno. Los campos se cubrieron de sangre y de cadáveres, cayendo en mayor número los persas, pues como estaban acostumbrados a luchar a gran distancia, una vez que perdían fuelle en el combate, apenas podían resistir en la lucha cuerpo a cuerpo. Pero si percibían que sus tropas se doblegaban, en la retirada, lanzaban hacia atrás una lluvia de flechas que impedía a los enemigos seguirles con tranquilidad.

Así pues, una vez rechazados los persas no sin gran empeño, nuestros soldados, fatigados por el constante esfuerzo bajo los ardientes rayos del sol, cuando se dio la señal de retirada según la costumbre, volvieron al campamento muy animados y dispuestos a enfrentarse a empresas mayores.

25.1.19. En este combate, como hemos señalado, las pérdidas de los persas fueron muy importantes, mientras que las de los nuestros fueron ligeras. Sin embargo, entre los distintos avatares de la lucha, destacó la muerte de Vetranión, un valiente que regía la legión de los ziannes [2].

25.2. El ejército se siente acosado por la escasez de grano y de alimento. Juliano se aterra ante los presagios

25.2.1. Después de esto, dedicamos tres días a una tregua, mientras cada uno curaba sus propias heridas o las de algún amigo. Pero la escasez, ya insoportable, nos atormentaba debido a la falta de provisiones. Y puesto que, con todas las cosechas y los víveres quemados, tanto hombres como anima-

[2] Eran una tribu tracia.

les habían llegado a una situación extrema, del alimento que transportaban los animales de los tribunos y de los generales, se distribuyó una gran parte incluso para la plebe más baja, que no tenía absolutamente nada.

25.2.2. En cuanto al emperador, que no disfrutaba de los manjares usuales para la clase regia, sino que se disponía a comer bajo los pequeños pilares de una tienda, se le ofreció una escasa porción de gachas, que hubiera sido rechazada incluso por un sirviente. Pero él, sin pensar en sí mismo, hizo distribuir por las tiendas de los más pobres lo que se le había preparado para él.

25.2.3. Además, aunque se dejó convencer para descansar un poco en medio de las preocupaciones y de las interrupciones, se despertó pronto, como solía, y comenzó a escribir algo en su tienda tal como hacía Julio César[3]. Y cuando, en la oscuridad de la noche, estaba embebido en el pensamiento profundo de un filósofo, vio algo confuso, según confesó a sus íntimos: esa figura de una divinidad romana, que había visto ya en la Galia cuando alcanzó la dignidad imperial[4], pero que ahora abandonaba tristemente la tienda con la cabeza y el cuerno de la abundancia cubiertos por un velo.

25.2.4. Y aunque durante un momento dudó lleno de estupor, sin embargo, superó todos sus temores, encomendó su futuro a la voluntad celeste y, levantándose del lecho que estaba tendido en el suelo, completamente despierto a esas altas horas de la noche, comenzó a suplicar a los númenes mediante los ritos apropiados para rechazar visiones. Pero, entonces, creyó ver una especie de fuego ardiente, semejante a una estrella fugaz que, tras surcar parte del cielo, desapareció.

Ante esto, ya sí se llenó de temor y de pánico por la posibilidad de que la amenazadora estrella de Marte hubiera aparecido tan abiertamente[5].

---

[3] Cfr. Plut, *Caes.* 17.
[4] Cfr. 20,5,10.
[5] Era una estrella que presagiaba la muerte. Cfr. 24,6,17.

25.2.5. Sin embargo, ese fuego brillante era lo que nosotros llamamos «diaíson», que nunca cae ni alcanza la tierra[6]. Pues quien crea que pueden caer cuerpos desde el cielo, debe ser considerado con razón un profano y un loco.

Sin embargo, se producen muchos tipos de fenómenos parecidos a éste, de los cuales bastará mostrar alguno.

25.2.6. Hay quien piensa que hay chispas del brillo celeste que se apagan porque tienen poca fuerza para recorrer un gran espacio[7]. O también que los rayos que se topan con nubes espesas lanzan chispas por la violencia del choque[8]. O bien que se producen cuando una luz entra en contacto con una nube. Entonces adquieren forma de estrella y descienden por el firmamento, mientras mantienen la fuerza del fuego. Pero, debido a la magnitud del espacio, ese cuerpo celeste se desintegra, convirtiéndose en la sustancia por cuyo frotamiento adquirió tan gran temperatura[9].

25.2.7. Con gran rapidez, antes del amanecer, se hizo venir a unos adivinos etruscos. Y cuando se les consultó sobre qué significaba ese nuevo tipo de astro, respondieron que debían tomarse todas las precauciones y evitar la realización de cualquier empresa, pues según los libros Tarquicianos que tienen como título «Sobre los temas divinos», era evidente que, cuando se viera una estrella fugaz en el cielo, no convenía entablar un combate ni intentar nada similar.

25.2.8. El emperador rechazó este aviso, al igual que otros muchos, ante lo cual los arúspices le suplicaron que aplazara la partida al menos durante algunas horas. Pero ni siquiera pudieron conseguir esto, ya que, como el emperador rechazaba todo tipo de arte adivinatoria, y como había ya claridad, levantaron el campamento.

---

[6] Es decir, una estrella fugaz.

[7] Es la opinión de Anaxágoras, Cfr. Aetio 3,2,9.

[8] Esta teoría es de un discípulo de Teócrito llamado Metrodoro, tal como describe igualmente Aetio 2,2,10.

[9] Cfr. Aristóteles, *Meteor.* 1,9,4,341b, 29 y ss.

25.3. El emperador, sin cota de malla, cuando se ve inmerso en la batalla en un intento de rechazar a los persas, que les acosaban por todas partes, es herido por una lanza. Le llevan a su tienda, donde habla a los presentes y muere después de beber agua fría

25.3.1. Cuando partimos de aquí, como debido a sus frecuentes pérdidas, los persas rechazaban luchar en combate formal con las infanterías dispuestas, nos acechaban escondidos preparándonos emboscadas y observando a nuestras tropas en marcha desde lo alto de las colinas situadas a ambos lados.

Por ello nuestros soldados, temerosos, se pasaban todo el día sin levantar una empalizada ni protegerse con una fortificación de estacas.

25.3.2. Y mientras los flancos estaban bien protegidos y el ejército, según las condiciones del lugar, avanzaba en formación cuadrada, pero no muy cerrada, el príncipe, que aún no estaba armado y que se había adelantado para observar el terreno que nos aguardaba, es informado de que nuestra retaguardia ha sido atacada súbitamente por la espalda.

25.3.3. Afectado por esta calamidad, olvidó su cota de mallas y, en mitad del tumulto, tomó simplemente un escudo. Pero cuando se apresuraba para ayudar a la retaguardia, siente la llegada de un nuevo peligro, ya que se le anuncia que también los soldados de vanguardia, a los que acababa de dejar, habían sufrido un ataque similar.

25.3.4. Mientras, con gran rapidez, intenta restablecer el orden sin preocuparse por su propia vida, desde otro flanco, una tropa de infantería persa, protegida por armadura, atacó a nuestras centurias por el centro de la formación y se lanzó con fuerza contra el flanco izquierdo. Éste se había debilitado porque nuestros hombres casi no podían soportar el hedor y el sonido de los elefantes, ante lo cual los persas atacaron con picas y con múltiples proyectiles.

25.3.5. Pero mientras el príncipe volaba entre las primeras líneas corriendo peligro como el que más, nuestra armada ligera se lanzó con todas sus armas contra los elefantes, así como contra la espalda y las piernas de los persas que se daban a la fuga.

25.3.6. Cuando Juliano, sin precaución alguna, vociferaba con los brazos en alto y demostraba que los enemigos habían huido aterrados, se arrojó con suma audacia a la lucha excitando así la ira de los perseguidores.

Sus guardias, que se habían dispersado por el temor, gritaban por todas partes que se alejara de la masa que huía, como quien se separa de un tejado poco firme que va a caer. Entonces, sin que se sepa su procedencia, de repente, la lanza de un soldado de caballería, tras pasar rozando la piel de su brazo, le atravesó las costillas y se hundió en la cara inferior de su hígado.

25.3.7. Mientras intentaba arrancársela con la mano derecha, sintió que se había cortado los músculos de los dedos con el metal de doble filo. Cayó de su montura y fue conducido al campamento gracias a la rápida colaboración de los presentes, que le prestaron ayuda médica.

25.3.8. Después, al ir calmándose paulatinamente su dolor, dejó de temer y luchó con todas sus fuerzas contra la muerte reclamando sus armas y su caballo. Juliano pretendía que le vieran de nuevo en el combate, para que recuperaran todos la confianza y para que pareciera que no se preocupaba por él mismo sino que luchaba solamente para salvar a los demás.

Por eso, con el mismo vigor, aunque en distinta situación que aquel famoso general Epaminondas, herido de muerte en Mantinea al ser alejado de la batalla, pidió una y otra vez su escudo [10]. Y feliz cuando lo vio junto a él, murió debido a sus

---

[10] La muerte heroica de Epaminondas en el 362 a.C. se había convertido ya en un *exemplum* de valor. Cfr. Val. Max, 3,2,5; Just. 6,1,11; Cic, *fam.* 5,12,5; Nepos, *Epam.* 9,3.

heridas. De este modo, quien moría sin temor alguno, se había aterrorizado por la pérdida de su escudo.

25.3.9. No en vano, como sus fuerzas no podían responder completamente a sus deseos, y estaba debilitado por la pérdida de sangre, permaneció inmóvil y perdió enseguida toda esperanza de permanecer con vida, sobre todo cuando preguntó y se enteró de que el lugar donde había caído se llamaba Frigia. Y es que el fatídico destino le había predicho que moriría aquí[11].

25.3.10. Pero cuando se condujo al príncipe a su tienda, es increíble contar con cuán gran ardor los soldados, llevados por la ira y el dolor, se entregaban a la venganza golpeando los escudos con sus lanzas y dispuestos a morir si fuera necesario.

Y aunque las nubes de polvo que se levantaban impedían la visión y aunque el calor sofocante quitaba brío a los miembros, sin embargo, como si no tuvieran que obedecer a nadie ya que habían perdido a su líder, se precipitaban a las armas sin reserva alguna.

25.3.11. En el otro bando, los persas, con gran ánimo, lanzaban tal lluvia de flechas que impedían ver a sus enemigos. Por delante marchaban lenta y pesadamente los elefantes que, con el enorme tamaño de sus cuerpos y con sus temibles trompas, llenaban de pavor a hombres y monturas.

25.3.12. En adelante, se escucharon desde lejos el choque de las armaduras, los gemidos de los heridos, los resoplidos de los caballos y el sonido metálico de las armas, aunque con los dos bandos ya agotados y con numerosas heridas, la oscuridad de la noche puso fin a la lucha.

25.3.13. Cayeron entonces cincuenta nobles persas y sátrapas así como una gran multitud de soldados, entre los cuales

---

[11] Cfr. Zonaras 13,13,29.

murieron generales sumamente reconocidos: Merena [12] y Nohodares [13].

Que la jactancia de la antigüedad se admire ante los veinte combates de Marcelo en diversos lugares [14]; que añada a Sicinio Dentado, al que adornan infinidad de triunfos militares [15]; que admire también a Sergio, que fue herido veintitrés veces en luchas distintas, según se dice, y cuyo último descendiente, Catilina, mancilló la gloria de sus hazañas con culpas imborrables [16].

Con todo, en este momento, la tristeza menguaba los triunfos más gloriosos.

25.3.14. Mientras esto se realizaba en diferentes lugares, después de la muerte del líder, el ejército aparecía ya con el flanco derecho agotado y, muerto Anatolio, que entonces era el encargado de la corte, también el prefecto Salutio [17] se vio inmerso en una situación de peligro extremo, aunque consiguió salvarse gracias a un sirviente y escapó, si bien perdimos a su asesor Fosforio, que le acompañaba en esa situación.

Algunos guardias imperiales y soldados, después de muchos avatares y de ocupar una fortaleza cercana, finalmente, pudieron unirse al ejército a los tres días.

25.3.15. Mientras tenían lugar estos hechos, Juliano, tendido en su tienda, habló a los que le rodeaban, que estaban todos cabizbajos y tristes [18]:

---

[12] Cfr. 25,1,11.

[13] Cfr. 18,6,16. Aunque, en su comentario al presente libro, J. Fontaine duda si debe identificarse este Nohodares con el mencionado en 14,3,1.

[14] M. Claudio Marcelo fue uno de los héroes de la segunda guerra Púnica, en la que conquistó Siracusa en el 211 a.C. Cfr. Plin, *Nat.* 7,92; Solino 1,107.

[15] Cfr. Val.Max. 3,2,24. Fue un héroe romano del siglo V.a.c., cuyos triunfos le hicieron ser considerado por Gelio: el «Aquiles romano»

[16] Cfr. Plin, *Nat.* 7,104. Se trata nuevamente de un héroe romano de la segunda guerra Púnica.

[17] Cfr. 23,5,6.

[18] Entre esos asistentes, según indica J. Fontaine en su comentario, estarían: Oribasio, el médico personal de Juliano; el mencionado Salutio; y los

«Me ha llegado, amigos, la muerte en el momento más propicio y, puesto que así lo reclama la naturaleza, acudo a ella con alegría como deudor de la buena fe. No estoy triste ni afligido, ya que, por la enseñanza de los filósofos, sé hasta qué punto el alma es más dichosa que el cuerpo. Además, soy consciente de que, cuando de una situación mala se pasa a una buena, hay que alegrarse y no sentirse abatido. Además, pienso también que, para los hombres más piadosos, la muerte concedida por los dioses celestiales es la mayor de las recompensas.

25.3.16. »Sé perfectamente que el don que se me había encomendado era no sucumbir ante dificultades temibles, ni sentirme abatido, ni humillarme jamás. Y, por experiencia, soy consciente de que, si los dolores hacen sucumbir a los débiles, no producen en cambio efecto en personas tenaces.

25.3.17. »No me avergüenzan mis acciones, ni el recuerdo de esta dura derrota pues, tanto cuando permanecía en la sombra rodeado de dificultades, como después de alcanzar el principado, he conservado mi espíritu inmaculado, según pienso yo, como elemento que procede de la divinidad, y he dirigido los asuntos civiles con moderación, porque sólo después de meditarlo bien he comenzado o rechazado una batalla.

»Con todo, el éxito no siempre se corresponde con la utilidad de las decisiones, ya que la divinidad superior reclama para sí la culminación de las empresas.

25.3.18. »Por ello, considerando que el fin de un gobierno justo es el bienestar y la salvación de los súbditos, siempre he tendido, como sabéis, a actitudes reposadas, eliminando de mis actos todo tipo de libertinaje, al que considero culpable de la corrupción de hechos y costumbres.

---

filósofos Máximo de Éfeso y Prisco. Por otra parte, en las palabras de Juliano encontraremos muchos elementos propios de este tipo de discursos anteriores a la muerte, y numerosos factores que nos recuerdan sobre todo a Sócrates: la invitación a la alegría de los demás, la conversación con los filósofos...

»Por eso me marcho feliz, sabiendo que cada vez que el interés de Roma, como una madre autoritaria, me ha ordenado deliberadamente afrontar algún peligro, he permanecido firme, acostumbrado ya, como estoy, a superar los vaivenes del destino.

25.3.19. »Tampoco me avergonzará decir que voy a morir por una espada, pues ya hace tiempo que me lo adelantó una predicción veraz[19]. Y por ello doy también gracias a la divinidad eterna, porque no muero a causa de trampas secretas, ni después de soportar una larga y dura enfermedad, ni por una condena, sino que he merecido abandonar con gloria este mundo en medio de mis hazañas. Es justo que sea considerado débil y cobarde tanto quien desea morir cuando no es el momento, como quien lo rechaza cuando es oportuno.

25.3.20. »Y ya está bien de palabras, porque me fallan las fuerzas.

»En cuanto a la elección de un emperador, guardo un prudente silencio para no cometer ninguna injusticia olvidándome de alguien digno, y también porque sé que, si nombro a alguien por considerarlo apropiado y lo antepongo así a otro, le expondré a un peligro extremo. Personalmente, como honrado hijo de Roma, deseo que se encuentre después de mí a un buen líder...»[20].

25.3.21. Después de pronunciar con tranquilidad estas palabras, distribuyó sus posesiones entre sus allegados, como si escribiera sus últimas voluntades, e hizo llamar a Anatolio, maestro de oficios. Pero cuando el prefecto Salutio le replicó que Anatolio había sido un hombre feliz, Juliano comprendió que había muerto, por lo cual lloró amargamente la muerte de

---

[19] *Cfr.* 25,3,9.

[20] Amiano Marcelino no cree el rumor según el cual Juliano habría elegido a Procopio para sucederle. Cfr. 23,3,2; 26,6,3. Por otra parte, existían ya gloriosos antecedentes de héroes o emperadores que dejaron abierta su sucesión, como Alejandro Magno o Augusto.

su amigo a pesar de que, con gran nobleza, no se había inmutado en absoluto por la suya propia.

25.3.22. Y como todos los presentes estaban llorando, con su autoridad innata los increpaba incluso entonces, diciéndoles que era estúpido lamentarse por un príncipe reclamado por el cielo y las estrellas.

25.3.23. Por eso, permaneciendo ya en silencio, después de conversar de forma muy compleja con los filósofos Máximo y Prisco acerca de la nobleza del alma, al abrírsele más la herida de su costado y al impedirle la respiración la inflamación de las venas, bebió el agua fría que había pedido y, en medio del horror de la noche, murió tranquilamente a los treinta y dos años de edad[21].

Había nacido en Constantinopla y, ya desde la niñez, había estado solo, debido por una parte a la muerte de su padre Constancio, a quien, tras la muerte de su hermano Constantino, le arrastró junto a otros la lucha de los que aspiraban al poder[22]. Y debido también a la muerte de su madre, Basilina, que era de familia noble.

25.4. Virtudes y defectos de Juliano. Acerca de su constitución y estatura

25.4.1. Era realmente un hombre que merecía figurar entre nuestros héroes, pues destacaba por la brillantez de sus acciones y por su majestad innata. Según piensan los sabios, las virtudes fundamentales son cuatro: moderación, prudencia, justicia y valor, a las que se añaden otras virtudes adquiridas:

---

[21] Máximo de Éfeso había sido profesor de Juliano (cfr. 29,1,42). Fue un filósofo respetado hasta que cayó en desgracia durante el imperio de los Valentinianos, hecho que le llevará a ser ejecutado. También Prisco fue perseguido entonces, aunque consiguió salvar la vida.

[22] Constancio, el padre de Juliano, fue asesinado en el 337.

el conocimiento del arte militar, la autoridad, la fortuna y liberalidad. Pues bien, todas ellas fueron cultivadas por Juliano con afán constante[23].

25.4.2. En primer lugar, destacó por una castidad tan intachable que incluso es sabido que, después de perder a su esposa, no prestó atención alguna a lo sexual. Y es que Juliano era consciente de lo que expuso Platón: que el trágico Sófocles, ya anciano, cuando se le preguntó si aún tenía relaciones con mujeres, lo negó y añadió que se alegraba de haberse librado de esta pasión como quien se libra de un tirano rabioso y cruel[24].

25.4.3. Además, para confirmar con más fuerza aún este propósito, con frecuencia repetía las palabras del poeta lírico Baquílides[25], a quien solía leer con gusto, y quien aseguraba que, al igual que un pintor destacado da forma a un rostro bello, así también la honestidad adorna una vida que sobresale entre las demás.

Y de hecho, ya en plena flor de la juventud, evitó esta pasión con tanto empeño que ni siquiera los sirvientes más allegados pudieron sospechar de él por algún deseo de este tipo, aunque sabemos que es un hecho frecuente.

25.4.4. Además, esta especie de sobriedad iba desarrollándose cada vez más, a lo que se añadía su moderación en la comida y en el sueño, conducta que seguía de forma muy estricta, tanto en el hogar como fuera de él.

No en vano, en época de paz, su dieta y la frugalidad de su mesa eran dignas de admiración para los que le conocían

---

[23] De acuerdo con J. Fontainte en su comentario, de estas dos series de virtudes, las primeras son más teóricas, tienen influencia helénica (Cic, *Inv.* 2,53,159) y califican a un sabio. En cuanto a las segundas, son más prácticas, acordes con el carácter romano y definen a un jefe militar o a un emperador.

[24] Cfr. *Rep.* 1,329 C. La mujer de Juliano, Helena, había muerto en el 360.

[25] Autor griego del siglo v a.C.

bien, como si fuera a ponerse luego un humilde manto. De hecho, en sus distintas campañas, a veces se le veía comer de pie, como los soldados, un alimento escaso y pobre.

25.4.5. Cuando, tras un breve descanso, fortalecía su cuerpo, que estaba endurecido ya para los esfuerzos, al despertarse, vigilaba en persona los cambios de guardias y de vigilias. Y después de estos quehaceres agotadores, se refugiaba en el estudio de las letras.

25.4.6. No en vano, si hubieran podido hablar las lámparas que permanecían encendidas durante la noche mientras trabajaba, hubieran demostrado que había una gran diferencia entre este príncipe y los demás, pues ellas sabían que Juliano no cedía ni siquiera ante las exigencias de las necesidades corporales [26].

25.4.7. En cuanto a su prudencia, hubo muchísimas pruebas, de las cuales me bastará mencionar algunas.

Era experto reconocido en los asuntos militares y civiles, muy inclinado a las cuestiones políticas. Se preocupaba por sí mismo sin llegar en absoluto ni al desprecio ni a la insolencia. Era mayor por su valor que por sus años. Le gustaban todos los asuntos judiciales y, en ocasiones, era un juez inflexible. Severísimo censor a la hora de regir las costumbres, despreciaba tranquilamente las riquezas y no prestaba atención a ninguna cuestión material. Finalmente, decía que era vergonzoso que un sabio, teniendo espíritu, buscara merecer alabanzas por virtudes físicas.

25.4.8. Hay muchas actitudes suyas que demuestran las cualidades por las que sobresalió a la hora de impartir justicia.

En primer lugar porque, teniendo en cuenta la situación y las personas, era severo pero sin crueldad. Además, porque reprimía las faltas castigando a unos pocos. Y, finalmente, porque se servía de la espada más para amenazar que para herir.

---

[26] Cfr. 16,5,4.

25.4.9. Y ya para terminar, aunque omita muchas virtudes, es sabido que Juliano respondió con suma clemencia a algunos enemigos que habían conspirado contra él, hasta tal punto que suavizó la dureza del castigo con su benevolencia innata.

25.4.10. Su fortaleza física se pone en evidencia por su frecuente participación en los combates y por su actuación en guerras en las que soportó tanto fríos terribles como el calor más agobiante.

Y aunque a un soldado se le exige esfuerzo físico y a un emperador mental, él en persona abatió de un golpe a un duro adversario en una audaz encuentro. Además, en alguna ocasión, cuando los nuestros se retiraban, fue él quien los contuvo poniéndose él solo delante de ellos.

Cuando asoló el reino de los peligrosos germanos, y atravesó las ardientes arenas de Persia, aumentó la confianza de su soldados luchando entre la vanguardia.

25.4.11. Hay más pruebas que declaran su conocimiento del arte militar: asedios de ciudades y de fortalezas realizados en condiciones de extremo peligro; disposición del ejército con múltiples estrategias; campamentos levantados en condiciones salubres y seguras; puestos defensivos y puramente agrícolas establecidos con fuertes medidas de seguridad.

25.4.12. Tenía tal autoridad que, siendo muy querido, era también respetado y, como compañero de fatigas y peligros, incluso en las más duras batallas, ordenaba que se prestara atención a los que se relajaban. Y, siendo aún simplemente César, dirigía a sus soldados incluso sin pagarles y les movía a enfrentarse a los pueblos más fieros, como hemos apuntado antes.

Cuando hablaba a hombres armados y amotinados, les amenazaba con retirarse a la vida privada si no desistían de su actitud.

25.4.13. Finalmente, entre lo mucho que podríamos contar, bastará conocer esto: cuando lo deseaba, con una simple

asamblea conseguía que los soldados galos, acostumbrados al frío y al Rin, recorrieran enormes extensiones de terreno. Y de hecho los llevó por la calurosa Asiria hasta la tierra de los persas.

25.4.14. La suerte brilló para él de tal modo que, a veces, parecía ir montado en los propios hombros de la Fortuna, su guía protectora, y así superó grandes dificultades en victoriosas campañas.

Después de partir de la región occidental, mientras vivió, todos los pueblos pudieron estar tranquilos como si los rigiera plácidamente una especie de caduceo humano.

25.4.15. Hay muchísimos testimonios, y completamente ciertos, de su generosidad, como la imposición de tributos nada elevados, el indulto del impuesto de la corona[27], su perdón hacia muchas multas que se habían agravado con el paso del tiempo, tratamiento imparcial de las disputas del fisco con los ciudadanos, restitución a las ciudades de impuestos y tierras, excepto aquello que gobernantes anteriores vendieron como una especie de venta legal. Además, como nunca fue ambicioso, a la hora de aumentar unas ganancias que creía más seguras en manos de sus dueños, con frecuencia exponía que, cuando le preguntaron a Alejandro Magno dónde tenía sus tesoros, éste respondió amablemente: «En manos de mis amigos»[28].

25.4.16. Una vez expuestas las virtudes que hemos podido conocer, dispongámonos ahora a mostrar sus faltas, aunque en este caso se resumen brevemente.

Era de carácter algo inconstante, pero esto lo corregía con un severo autocontrol, ya que intentaba corregirse en cuanto se desviaba de lo justo.

---

[27] Era un impuesto muy elevado que debían pagar las provincias cuando se elegía a un nuevo emperador.

[28] Cfr. Plaut, *Truc*. 885.

25.4.17. Era bastante hablador y muy raramente callaba. Demasiado aficionado a tener en cuenta los presagios, hasta tal punto que, en esta actitud, parecía igualar al príncipe Adriano, supersticioso más que auténtico defensor de la religión. Inmolaba innumerables víctimas sin reparo alguno, con lo cual podría pensarse que, si hubiera vuelto de la guerra contra los partos, habrían escaseado los bueyes, tal como pasó con aquel César Marco Aurelio, de quien sabemos que se dijo lo siguiente:

«Los bueyes blancos saludan al César Marco.
Si vences de nuevo, estamos perdidos»[29].

25.4.18. Orgulloso con los aplausos del vulgo, buscaba sin cesar alabanzas por los hechos más insignificantes, y este deseo de popularidad le llevaba con frecuencia a tratar con gente indigna[30].

25.4.19. Pero aunque esto era cierto, como él mismo decía, hubiera podido pensarse que aquella Justicia de la antigüedad, que fue conducida por Árato al cielo una vez mancillada por las faltas de los hombres[31], había vuelto de nuevo a la tierra durante su mandato, de no ser porque, al actuar en ocasiones arbitrariamente, se había mostrado contrario a su propio carácter.

25.4.20. Ciertamente impuso leyes nada opresoras, que exponían con claridad lo lícito y lo ilícito, con la excepción de unas pocas, entre las que podemos citar aquel injusto edicto que impedía impartir sus enseñanzas a los rétores y gramáticos cristianos, a no ser que volvieran al culto de los dioses tradicionales[32].

---

[29] No en vano Marco Aurelio, el emperador y filósofo romano es uno de los grandes héroes admirados por Juliano.

[30] Cfr. 22,7,3 22,14,1.

[31] Cfr. Arato, *Phaen.* 130. Este dato forma parte del tópico de la Edad de Oro, según el cual, cuando terminó esta edad dorada, debido a la iniquidad de los hombres, los dioses abandonaron la tierra, produciéndose entonces una degeneración moral sucesiva, representada en el tópico por una degeneración de metales: edad de plata, de bronce, y de duro hierro.

[32] Cfr. 22,9,12; 22,10,7.

25.4.21. Asimismo, parece imperdonable el edicto que permitía injustamente que formaran parte de las asambleas de los distintos municipios algunos extranjeros, o bien personas que no tenían nada que ver con estas corporaciones ni por sus privilegios ni por su origen.

25.4.22. En cuanto a su aspecto y a la descripción de su físico es como sigue.

Era de estatura mediana, con el cabello como cardado y suave. Tenía el rostro cubierto por una barba erizada y terminada en punta, con unos ojos bellos y brillantes que dejaban entrever la agudeza de su mente. Sus cejas eran bonitas, su nariz muy recta, la boca un poco grande, con el labio inferior algo caído. Tenía la nuca fuerte y curvada, los hombros anchos y enormes. Como su estructura era recta desde la cabeza hasta la punta de los pies, tenía bastante fuerza y era un buen corredor.

25.4.23. Y ya que sus detractores le critican diciendo que suscitó nuevas guerras en detrimento del interés general, que sepan claramente, como revela la verdad, que no fue Juliano, sino Constantino, quien inflamó a los partos con el deseo de lucha cuando se quedó tan tranquilo y feliz ante las mentiras de Metrodoro, tal como hemos narrado extensamente con anterioridad[33].

25.4.24. Esto motivó que ejércitos nuestros fueran derrotados hasta el aniquilamiento, que en ocasiones fueran capturadas tropas enteras, ciudades destruidas, fortalezas saqueadas y devastadas, que las provincias tuvieran que soportar enormes impuestos y que, con amenazas que tendían a cumplirse, los persas pretendieran apoderarse de todo hasta Bitinia y hasta las costas de la Propóntide.

25.4.25. En cuanto a la Galia, donde campaba a sus anchas la arrogancia gala, los germanos estaban ocupando nuestras

---

[33] Cfr. 23,5,18.

tierras y se disponían a atravesar ya los Alpes en su intento de asolar Italia, de manera que a unos pueblos que habían soportado ya muchas y terribles calamidades, sólo les quedaban lágrimas y pánico, porque, si el recuerdo de lo sufrido era terrible, la previsión de lo que se les venía encima era aún peor.

Pues bien, este joven, enviado a la zona occidental en calidad de César, trató a los reyes como vulgares esclavos y solucionó todos estos problemas con una rapidez increíble.

25.4.26. Por eso se dirigió contra los persas, para solucionar con igual celo la cuestión oriental. Y se habría traído un triunfo de allí y el reconocimiento de su nombre, si la voluntad divina hubiera colaborado con su decisión y con sus hazañas.

25.4.27. Y al igual que sabemos que algunos ignorantes no aprenden de la experiencia y que, después de ser derrotados, retoman la lucha, o que algunos, cuando se recuperan de un naufragio, viajan de nuevo por mar y regresan a unas dificultades ante las que han sucumbido con mucha frecuencia[34], hay también quienes critican que este príncipe, vencedor en todas sus campañas, hubiera buscado más triunfos militares.

25.5. Joviano, cabecilla de la guardia personal, es elegido emperador en medio de una gran confusión

25.5.1. Después de la muerte de Juliano, no hubo tiempo para lamentos o llantos, pues, en primer lugar, se ocuparon de que su cuerpo, en función de los materiales y del tiempo del que disponían, fuera enterrado donde él mismo había determinado tiempo atrás[35]. Y así, el día siguiente al amanecer, es decir, el veintisiete de junio, mientras los enemigos les rodeaban por todas partes, se reunieron los generales del ejército,

[34] Cfr. Sen, *De benef.* 1,1,10.

[35] Es decir, en Tarso. Cfr. 23,2,5.

convocaron a los líderes de las distintas legiones y de las tropas de caballería, y debatieron acerca de la elección del nuevo emperador.

25.5.2. Pero estaban divididos y sus posiciones estaban encontradas, porque Arinteo, Víctor y los demás que pertenecían a la corte de Constancio intentaban elegir a alguien apropiado de su bando. Por contra Nevita, Dagalaifo y los nobles galos buscaban algún candidato similar en su propio grupo.

25.5.3. Mientras se expresaban estas dudas, sin que nadie convenciera a nadie, finalmente se optó por Salutio. Pero cuando este puso como excusa sus enfermedades y su vejez, cierto soldado bastante respetado, al advertir que, en realidad, Salutio estaba rechazando la elección con tenacidad, dijo: «¿Y qué haríais si el emperador, en su ausencia, tal como ha sucedido en numerosas ocasiones, os hubiera encargado que os ocuparais de esta guerra? ¿Acaso no olvidaríais todo lo demás y salvaríais a los soldados de los peligros que les amenazaban? Hacedlo ahora y, si se nos permite llegar a Mesopotamia, los votos de ambos ejércitos reunidos elegirán a un príncipe legítimo».

25.5.4. Con este plazo tan insignificante tratándose de una decisión de tal trascendencia, sin que se hubiesen sopesado bien las opiniones, ante la agitación de unos pocos, como ha venido sucediendo con frecuencia en circunstancias extremas, es elegido como emperador Joviano, líder de la guardia personal, difícilmente recomendable por los méritos de su padre.

Y es que era hijo de Varroniano, un conde muy conocido que, no hacía mucho tiempo, había abandonado la vida militar y se había retirado para llevar una vida más tranquila.

25.5.5. Rápidamente Joviano, revestido con las vestiduras principescas, fue sacado de su tienda y avanzó entre las tropas que estaban ya dispuestas para la marcha.

25.5.6. Y como las tropas en formación ocupaban una superficie de cuatro millas, los abanderados, al escuchar que

algunos gritaban «Joviano Augusto», repetían estas mismas palabras con gritos aún mayores.

Lo que ocurría era que, agitados por la semejanza del nombre, que se diferenciaba en una sola letra, pensaban que Juliano se había repuesto y que era conducido en medio de grandes aclamaciones, tal como acostumbraba.

Pero, cuando apareció alguien más tieso y más alto, al darse cuenta de lo que había sucedido realmente, comenzaron todos a llorar y a manifestar su dolor.

25.5.7. Y si algún cumplidor estricto de la justicia critica que esto se había producido de forma improvisada, en una situación de extremo peligro para el estado, entonces con mucha más justicia acusará a unos marineros que, después de perder a su experto timonel, en medio de la furia de las olas y del mar, encomiendan el timón de la nave a cualquiera de sus compañeros.

25.5.8. Una vez sucedidos estos hechos como si hubieran sido decretados de forma incomprensible por decisión de la fortuna, el abanderado de los Jovianos[36] –soldados dirigidos antes por Varroniano, quien no se llevaba bien con el nuevo príncipe incluso cuando era todavía un ciudadano más, porque había criticado con insistencia a su padre– se pasó al bando persa.

Y cuando Sapor, que ya estaba cerca, le invitó a contar lo que sabía, le dijo que, después de la muerte del tan temido Juliano, una asamblea muy confusa de soldados había elegido a Joviano –todavía soldado de la guardia imperial– como emperador sin duda oscuro, pues era una persona indolente y débil.

Sapor, al escuchar que se había cumplido al fin lo que había suplicado siempre con anhelantes plegarias, envanecido por esta fortuna inesperada, añadió un numeroso contingente de la caballería real a las tropas que habían luchado contra nosotros y dispuso que, con gran celeridad, atacaran por la espalda a nuestra retaguardia.

[36] Son un cuerpo de élite que rodea al emperador, y que recibe este nombre porque fueron creados por Diocleciano-Joviano.

25.6. Cuando los romanos se retiran de Persia con gran rapidez, en el camino, son atacados con emboscadas continuas por los persas y los sarracenos, pero los rechazan causándoles graves pérdidas

25.6.1. Mientras se tomaban estas disposiciones en ambos bandos, se inmolaron unas víctimas para favorecer a Joviano y, al examinar sus entrañas, se anunció que éste iba a perderlo todo en caso de que permaneciera en el valle, tal como él pensaba, pero que vencería si se ponía en marcha.

25.6.2. Pero cuando, de acuerdo con esto, nos disponíamos ya a marcharnos, somos atacados por los persas precedidos por sus elefantes. Ante su hedor insoportable y terrible, en principio caballos y hombres se sumieron en una gran confusión, pero los Jovianos y los Herculianos consiguieron matar a algunas de estas bestias y resistieron tenaces frente a su caballería armada.

25.6.3. Después, las legiones de los Jovios y de los Víctores ayudaron a aquellos de los suyos que estaban en apuros y consiguieron abatir a dos elefantes, así como a un grupo nada reducido de enemigos. En el flanco izquierdo cayeron soldados de gran valor como Juliano, Macrobio y Máximo, tribunos de las legiones que entonces encabezaban nuestro ejército.

25.6.4. Después de sepultarlos en la medida en que lo permitía lo precario de la situación, al anochecer, cuando nos dirigíamos con toda rapidez a una fortaleza llamada Sumere, identificamos el cadáver de Anatolio[37], a quien enterramos con gran esfuerzo. Aquí recuperamos también a sesenta soldados, así como a algunos oficiales de palacio que, conforme a lo que hemos narrado, se habían refugiado en una fortaleza abandonada.

---

[37] Cfr. 25,3,14.

25.6.5. Al día siguiente, en función del terreno, encontramos en un valle una amplia llanura donde colocamos el campamento, rodeado gracias a una especie de barrera natural por todas partes excepto por una, que era bastante amplia. En ésta colocamos en todos sus flancos estacas muy afiladas a modo de espadas.

25.6.6. Los enemigos, al ver esto desde unas alturas, comenzaron a atacarnos con todo tipo de armas y a insultarnos, diciéndonos que éramos traidores y asesinos del mejor de los emperadores. Y es que también ellos habían oído contar a unos desertores un rumor incierto que se había extendido, según el cual Juliano había caído víctima de una espada romana.

25.6.7. Finalmente, en este intervalo, algunas tropas de caballería se atrevieron a irrumpir por la puerta pretoriana[38] y a llegar hasta la propia tienda del emperador, donde, después de sufrir muchas bajas y de resultar heridos un buen número de ellos, fueron rechazados con gran violencia.

25.6.8. Durante la noche siguiente, abandonamos este emplazamiento y nos apoderamos de un lugar llamado Charcha, donde estábamos a salvo porque, en las orillas, había unas murallas construidas por manos humanas para evitar que los sarracenos invadieran Asiria, con lo cual nadie volvió ya a atacarnos.

25.6.9. Y cuando, después de recorrer treinta estadios desde aquí, el uno de julio llegamos a una ciudad llamada Dura, como las monturas estaban agotadas, los jinetes marchaban a pie detrás de ellas. Fueron entonces rodeados por un numeroso grupo de sarracenos, y hubieran muerto de no ser por

---

[38] Es la puerta principal del campamento y recibe este nombre porque, a través de ella, se llega directamente al *praetorium* o tienda del que estaba al mando del campamento.

unos escuadrones de nuestra caballería ligera, que les ayudaron en este momento crítico.

25.6.10. Nosotros teníamos que aguantar la hostilidad de estos sarracenos, porque Juliano les había privado de recibir salario y múltiples recompensas, frente a lo que habían obtenido en el pasado. Y además, cuando se quejaron ante él, lo único que obtuvieron como respuesta fue que un emperador belicoso y precavido tiene armas, pero no oro[39].

25.6.11. En este lugar tuvimos que detenernos cuatro días debido a la tenacidad de los persas, porque cuando avanzábamos nos perseguían forzándonos a volver con sus constantes ataques. Pero, cuando nos detuvimos como si nos dispusiéramos a luchar, se retiraron un poco y recurrieron a molestarnos con largas demoras. Además, como incluso lo inventado suele alegrar a quien teme ya su final, al extenderse el rumor de que la frontera de nuestro territorio no estaba lejos, los soldados pedían con enorme griterío que se les permitiera cruzar el Tigris.

25.6.12. Pero encontraron la oposición tanto de los generales como del emperador, que les mostraba el río ya crecido por la aparición de la constelación del Perro. Y les suplicaban que no se lanzaran a los peligrosos remolinos, pues eran conscientes de que muchos no sabían nadar. Además, añadían que las tropas enemigas habían ocupado en varios puntos las orillas del río, que ya se había desbordado[40].

25.6.13. Aunque este consejo fue repetido una y otra vez, no se consiguió nada, y los gritos de los soldados en el fragor de la lucha amenazaban con un peligroso final, de manera que lo único que se permitió después de muchos intentos fue que

[39] Cfr. 24,3,4.

[40] Eran normales los desbordamientos en esta época estival, debido a que se derretían las nieves acumuladas durante el invierno.

los galos y los germanos del norte fueran los primeros que se metieran en el río. De este modo, si fueran arrastrados por la violencia de la corriente, los demás olvidarían su empeño y, si conseguían cruzar sanos y salvos, intentarían cruzar ya con más confianza.

25.6.14. Para esta empresa fueron elegidos los soldados más apropiados, precisamente aquellos a quienes, desde su más tierna infancia, se les había enseñado a cruzar los mayores ríos en su tierra natal. Y cuando la oscuridad de la noche ofreció la posibilidad de ocultarse, como si hubiesen partido de una línea de salida, alcanzaron la otra orilla mucho antes de lo que creían. Allí, después de pisotear y de matar a muchos persas, que estaban defendiendo esa zona, pero que, debido a su exceso de confianza, se habían dejado dominar por el sueño, demostraron el éxito de su audaz empresa levantando sus manos y sus capotes enrollados.

25.6.15. Cuando nuestros soldados vieron esto desde lejos, ardieron en deseos de cruzar y solamente podían contenerse por una promesa que les hicieron unos arquitectos, en el sentido de que iban a formar unos puentes con la piel de animales muertos.

25.7. El Augusto Joviano, llevado por el hambre y la necesidad de los suyos, firma con Sapor una paz necesaria pero vergonzante, de acuerdo con la cual entregamos cinco regiones así como Nisibis y Singara

25.7.1. Mientras se realizan estos intentos en vano, el rey Sapor, tanto durante su ausencia como tras su llegada, iba siendo informado por las noticias veraces de sus exploradores y de los desertores del bravo comportamiento de los nuestros, de la vergonzosa huida de los suyos, y de la muerte de los elefantes, hechos nunca vistos durante su reinado.

Así se enteró también de que el ejército romano, endurecido por sus continuos esfuerzos, después de la muerte de su

glorioso emperador, no buscaba su propia salvación, como decían, sino la venganza, y que estaban dispuestos a terminar con esa situación de extremo peligro, ya fuera con la victoria total o con una muerte gloriosa.

25.7.2. Por ello se le venían a la cabeza numerosas y terribles ideas. Y es que, por experiencia propia, sabía que todos los soldados que estaban diseminados por las provincias podían reunirse con una simple orden. Además, era consciente de que su pueblo, después de perder a mucha gente, estaba ya aterrorizado hasta el extremo. Y, por otra parte, sabía que en Mesopotamia quedaba un ejército romano no mucho menor.

25.7.3. Aparte de todo esto, se angustió aún más al saber que quinientos hombres habían conseguido atravesar nadando juntos un río crecido sin sufrir daño alguno y que, tras matar a los centinelas, habían animado a sus camaradas para que se lanzaran a realizar la misma empresa.

25.7.4. Mientras tanto, como la fuerza de las aguas no permitía ni siquiera formar puentes, una vez consumido todo lo que podía comerse, sin nada aprovechable después de unos días terribles, los soldados estaban muy alterados por el hambre y la ira, y preferían morir en la lucha antes que a causa del hambre, que es la más vergonzosa de las muertes.

25.7.5. Sin embargo, como contábamos con el favor eterno de la divinidad celestial, los persas, frente a lo que esperábamos, se adelantan y envían como mensajeros para firmar la paz al Surena y a otro noble, abatidos también ellos porque en casi todos los combates los romanos habían sido superiores y les habían dominado.

25.7.6. Pero las condiciones que proponían eran duras y muy difíciles de aceptar, ya que decían que, por humanidad, su magnánimo rey permitiría que lo que quedaba de nuestro

ejército volviera a casa, siempre que el César y los generales cumplieran sus órdenes.

25.7.7. Nosotros, por nuestra parte, les enviamos a Arinteo y al prefecto Salutio[41]. Pero mientras se deliberaba con gran cautela la decisión a tomar, pasaron cuatro días terribles por el hambre y peores que cualquier otro suplicio.

25.7.8. Si el príncipe hubiera aprovechado el tiempo hasta que fueron enviados estos mensajeros, y hubiéramos salido poco a poco de las tierras enemigas, habríamos llegado en seguida a la fortaleza de Corduena, una región fértil, que se hallaba bajo nuestro dominio y que distaba sólo cien millas del lugar en que se produjeron estos hechos.

25.7.9. En principio, el rey reclamaba con gran insistencia lo que él consideraba que, siendo suyo, les había sido arrebatado tiempo atrás por Maximiano[42]. Pero, como demostraron los hechos, a cambio de dejarnos salir, exigía cinco regiones nuestras situadas al otro lado del Tigris: Arzanena, Moxoena, Zabdicena e igualmente Rehimena y Corduena, con quince fortalezas. Y también Nisibis, Singara y Castra Maurorum, un emplazamiento defensivo estratégico.

25.7.10. Entonces, aunque hubiera sido mejor combatir diez veces con tal de no perder ninguna de estas tierras, un grupo de aduladores presionaba al débil príncipe, mencionándole el nombre temible de Procopio, y afirmando que si éste volvía y se enteraba de la muerte de Juliano, teniendo a punto, como

---

[41] Como indica J. Fontaine en su comentario, es curioso que la delegación enviada por Joviano esté compuesta por Arinteo y Salutio, ya que ambos estuvieron presentes en los debates de su elección, representando cada uno de ellos una de las dos posturas enfrentadas: Arienteo (en torno al que se agruparon los simpatizantes de Constancio, de tendencia cristiana) y Salutio (que se mantenía fiel a Juliano, de creencias paganas).

[42] Por el tratado firmado en el 297 por Maximiano y el rey persa Narseh.

lo tenía, al ejército bajo su mando, intentaría hacerse con el poder sin que nadie pudiera oponerse fácilmente[43].

25.7.11. Joviano, llevado por la insistencia de estos malos consejos, sin más dilación, entregó todo lo que se pedía, logrando tan sólo, y después de grandes esfuerzos, que Nisibis y Singara pasaran a manos de los persas pero sin habitantes y que, de todas las fortalezas que teníamos que entregar, se permitiera a los romanos volver a nuestras guarniciones.

25.7.12. A estas condiciones se añadió otra ya excesivamente cruel y es que, por este tratado, se impedía que cuando nos lo solicitara, prestáramos ayuda a Arsaces para luchar contra los persas, a pesar de que siempre había sido un fiel aliado nuestro.

El objetivo de este plan era doble, castigar al hombre que había devastado Chiliocomo[44] por orden del príncipe y tener una oportunidad de invadir libremente Armenia en el futuro. Y lo que ocurrió realmente con esto fue que el propio Arsaces fue capturado vivo y que un trozo enorme de Armenia, limítrofe con los persas y Artaxata, fue asolado por los persas en medio de disputas y revueltas.

25.7.13. Una vez firmado este vergonzoso tratado, para que no se produjera durante la tregua ningún hecho contrario a los pactos, ambos bandos entregaron a hombres célebres en calidad de rehenes: de los nuestros a Nemota, Víctor y Bellovedio[45], tribunos de tropas famosas. Y del otro bando uno de sus nobles, Bineses, y otros tres sátrapas nada mediocres.

---

[43] No olvidemos que Juliano, en 23,3,2, había nombrado a Procopio su sucesor.

[44] Arsaces III, rey de Armenia desde el 350, había sido un fiel aliado de los romanos, y había ayudado a Juliano en la lucha contra los persas. Cfr. 23,3,2; 24,7,8; 24,8,6.

[45] J. Fontaine no acepta la lectura *Bellovaedius*, y se inclina por *bello incliti*, de manera que los emisarios del bando romano serían Nevita, Víctor y otros dos oficiales de valor reconocido en la guerra.

25.7.14. Y así, una vez firmado el tratado de paz para treinta años y ratificado con las fórmulas sagradas del juramento, volvimos por un camino distinto, evitando los lugares cercanos al río por ser ásperos y difíciles, aunque nos sentíamos angustiados por la escasez de comida y de bebida.

25.8. Los romanos, una vez atravesado el río Tigris, después de soportar con gran valor una escasez de alimentos prolongada y durísima, llegan finalmente a Mesopotamia. El Augusto Joviano reorganiza como puede la situación del Ilírico y de las Galias

25.8.1. Esta paz, a la que se llegó con la excusa de que era un gesto humanitario, causó la muerte de muchas personas quienes, después de sufrir el hambre hasta una situación extrema, se marcharon a escondidas y o bien, si no sabían nadar, fueron arrastrados por la fuerza del río, o bien si conseguían superar la violencia de las olas y llegar a la orilla, eran capturados por los sarracenos o los persas que, como hemos apuntado poco antes, eran acosados a su vez por los germanos[46]. De manera que estos romanos fueron asesinados como animales o bien fueron llevados lejos para ser vendidos.

25.8.2. Pero cuando el sonido de las trompetas dio ya claramente la señal de atravesar el río, es increíble el ardor con el que se lanzaron todos a los mayores peligros. Cada uno intentaba aventajar a los demás, evitando con premura muchas y terribles situaciones: unos, sobre unas barquillas fabricadas con gran rapidez, sujetaban sus monturas, que intentaban mantenerse a flote junto a ellos. Otros iban montados sobre pieles, e incluso algunos, utilizando diversos recursos debido a lo apremiante de la situación, se enfrentaban al violento oleaje oponiendo sus escasos medios.

[46] Cfr.25,6,14.

25.8.3. El propio emperador, sobre unas pequeñas barcas que, como hemos apuntado, era lo que nos quedaba después de arder la flota, fue conducido con unos pocos y determinó que esas mismas barcas navegaran después en ambas direcciones hasta que todos hubiésemos conseguido pasar.

Finalmente todos, excepto los que se habían ahogado, llegamos a la otra orilla, evitando así una difícil situación gracias a la ayuda de la divinidad superior.

25.8.4. Mientras el temor de las calamidades futuras nos angustiaba, gracias al indicio de una avanzadilla, se descubrió que los persas estaban construyendo un puente en una zona oculta. Su intención era que, una vez firmados los pactos y la paz, cuando se calmara la agitación bélica, atacarían a nuestros enfermos, que avanzarían sin precauciones, y a los animales, fatigados ya por el largo esfuerzo. Pero, cuando advirtieron que habían sido descubiertos, desistieron de su malvado plan.

25.8.5. Libres pues de este temor y marchando a toda prisa, llegamos junto a Hatra, antigua ciudad situada en mitad de un desierto, abandonada hace mucho tiempo y que Trajano y Severo, príncipes belicosos, intentaron destruir en distintas ocasiones, aunque casi perecieron con sus ejércitos, como hemos relatado al narrar sus hazañas [47].

25.8.6. Por ello, cuando nos enteramos de que, en esta extensa llanura, que ocupaba hasta setenta millas, en toda esta árida zona, no había agua que no fuera salada o putrefacta, y que no había otra cosa para comer a no ser abrótano, ajenjo y dragontea, así como otros tipos de hierbas muy amargas, llenamos los recipientes que llevábamos con agua potable, matamos a unos camellos y otros animales de carga, y buscamos otros alimentos, aunque no fueran comestibles.

---

[47] En un libro perdido.

25.8.7. Y después de seguir la marcha durante seis días, como no encontrábamos ni siquiera hierba, que es el último recurso en caso de extrema necesidad, Casiano, duque de Mesopotamia, y el tribuno Mauricio, que había sido enviado ya hace tiempo para esto, llegaron a una fortaleza persa llamada Ur, portando algunos alimentos que había conseguido reservar el ejército de Procopio y de Sebastiano, gracias a un estricto racionamiento.

25.6.8. Desde aquí otro Procopio, que era notario, y Memórido, tribuno militar, son enviados a la región de Iliria y de la Galia para que dieran a conocer el fallecimiento de Juliano y que, tras su muerte, el rango supremo de Augusto había sido alcanzado por Joviano.

25.8.9. Además, el príncipe les confió las tablas de nombramiento de jefe de la caballería y de la infantería para que se las entregaran a su suegro, Luciliano, quien después de retirarse de la vida militar, llevaba una vida tranquila y placentera en Sirmio. Les dijo, pues, que se las entregaran y que le apremiaran para que fuera a Milán y solucionara allí la situación, que era complicada. Y además que se opusiera a cualquier intento de revolución que pudiera surgir, tal como se temía.

25.8.10. El emperador les había confiado también en secreto una carta, advirtiendo igualmente a Luciliano que se llevara consigo a algunos hombres de lealtad y de méritos probados, pues podría necesitarlos para llevar a cabo su labor.

25.8.11. Además, para suceder a Jovino, comandante de la infantería en la Galia, con una prudente determinación, eligió y entregó las insignias a Malarico, que entonces estaba ocupándose de sus negocios familiares en Italia. Con ello pretendía obtener dos cosas: por una parte, librarse de un general de grandes méritos y, por tanto, sospechoso. Y, por otra, que un hombre en el que se habían puesto pocas esperanzas, al llegar a lo más alto, pondría todo su esfuerzo en asegurar la posición de su benefactor, que era aún insegura.

25.8.12. Cuando Procopio y Memórido iban a partir para cumplir estas órdenes, se les ordenó igualmente que aumentaran la importancia de lo sucedido y que, por donde fueran, difundieran noticias positivas, en el sentido de que la guerra contra los persas había terminado con éxito. Se les encomendó además que no descansaran ni de día ni de noche, y que llevaran lo antes posible a los mandatarios de la provincia y del ejército la carta del nuevo príncipe, para que, una vez conocidas así en secreto las opiniones de todos, volvieran rápidamente con la respuesta.

De este modo, una vez se supiera lo que sucedía en aquellas zonas tan alejadas, podrían hacerse planes meditados y prudentes para fortalecer el principado.

25.8.13. Pero estos legados iban por detrás del rumor, mensajero velocísimo de todas las noticias desgraciadas. Éste, volando por provincias y pueblos, causó a los nisibenos el peor de los sufrimientos al informarles de que su ciudad había sido entregada a Sapor, de quien temían su ira y su rencor, ya que sabían todo lo que éste había sufrido con frecuencia cuando había intentado asediarla una y otra vez.

25.8.14. No en vano, todos sabemos que el mundo oriental hubiera podido caer en manos de los persas, si no se hubieran topado con esta ciudad de emplazamiento estratégico y de fuertes murallas.

Pero, a pesar de su tristeza y de que preveían un futuro terrible y amenazador, sin embargo, siguieron manteniendo la pequeña esperanza de que el emperador, ya por propio impulso o movido por sus súplicas, mantendría la ciudad en la misma situación, es decir, como la más firme fortaleza de Oriente.

25.8.15. Mientras numerosos rumores iban difundiendo por doquier los distintos hechos, en el ejército, una vez consumidos los escasos víveres de los que disponíamos, tal como narramos antes, el hambre nos hubiera impulsado a comer cadáveres humanos si no hubiera durado algún tiempo la carne de los burros –aunque esto motivó que tiráramos muchas armas y bagajes–.

Y estábamos debilitados por un hambre tan atroz que si, en algún lugar, y aunque no es frecuente, encontrábamos un modio de harina[48], se vendía por diez monedas de oro por lo menos.

25.8.16. Partiendo de aquí, llegamos a Thilsaphata, donde, según reclamaban las normas, se presentaron Sebastiano y Procopio, junto a los tribunos y a los oficiales de los soldados que se les habían encomendado para proteger Mesopotamia.

Fueron bien recibidos y se unieron a nuestra marcha.

25.8.17. Después de esto, a gran velocidad por el deseo de ver Nisibis, el emperador dispuso un campamento permanente fuera de la ciudad. Y aunque una numerosa plebe rogaba con insistencia al emperador que entrara y que se alojara en el palacio –algo normal tratándose de un príncipe–, se negó obstinadamente porque le daba vergüenza que esta ciudad inexpugnable fuera entregada a la ira de los enemigos estando él mismo dentro de ella.

25.8.18. Permaneció fuera, pues. Pero, cuando se acercaba ya la noche, durante la cena, hicieron salir a Joviano[49], que era el primero de todos los secretarios y quien, en el asedio de la ciudad de Maiozamalcha, como hemos narrado, se escapó con otros por una galería[50]. Pues bien, en esta ocasión, fue conducido a un lugar inaccesible, arrojado a un pozo seco y cubierto con un montón de piedras arrojadas sobre él. El motivo era únicamente el que, una vez muerto Juliano, también él había sido mencionado por unos pocos como digno para el cargo de emperador, pero después de la elección de Joviano, no se comportó con moderación, sino que anduvo murmurando ante los demás acerca de este asunto, y con frecuencia invitó a comer con él a algunos militares.

---

[48] Medida equivalente más o menos a seis kg.
[49] Homónimo del emperador.
[50] Cfr. 24,4,23.

25.9. Bineses, el noble persa, recibe la ciudad inexpugnable de Nisibis de manos de Joviano. Los ciudadanos se ven obligados a abandonar su patria y a marchar a Amida. Según el tratado, cinco provincias, con la ciudad de Singara y dieciséis fortalezas, son entregadas a los nobles persas

25.9.1. Al día siguiente Bineses, el único al que hemos destacado entre los persas[51], apresurándose a cumplir las órdenes recibidas, demandó que se cumpliera rápidamente lo prometido. Entonces, con el permiso del emperador romano, entró en la ciudad y colocó en lo alto de la ciudadela la insignia de su pueblo, invitando así a los ciudadanos a una terrible partida.

25.9.2. Cuando recibieron todos la orden de abandonar su tierra, tendiendo las manos y llorando, suplicaban que no se les forzara a marcharse, y afirmaban que ellos solos, sin la ayuda del estado ni en cuanto a víveres ni a soldados, podrían defender sus hogares, pues confiaban en que la Justicia apoyaría a los que luchaban por su patria, tal como habían comprobado con frecuencia en anteriores ocasiones.

Pero, aunque tanto los nobles como el pueblo llano expresaban estas súplicas, sus palabras se perdían en el viento, ya que el emperador, con otros temores según decía él, se negaba para no caer en perjurio.

25.9.3. En esta situación, Sabino, destacado entre sus compatriotas por su fortuna y su linaje, afirmaba voluble que Constancio, en las situaciones más duras de la guerra, había sido superado en una ocasión por los persas pero que, después de alcanzar en su fuga con unos pocos soldados el puesto nada seguro de Hibita, se mantuvo con un pequeño pedazo de pan que le dio una anciana campesina, y que no perdió terreno alguno hasta su muerte. En cambio Joviano, en los albores de su principado, había abandonado la protección de

[51] Cfr. 25,7,13.

las provincias, unas provincias cuyas fronteras se habían mantenido firmes desde la antigüedad.

25.9.4. Pero no se consiguió nada, porque el emperador se aferraba con obstinación al carácter sagrado de su juramento. Y cuando, después de rechazar durante algún tiempo la corona que se le ofrecía, finalmente se vio obligado a aceptarla, cierto abogado llamado Silvano exclamó lleno de audacia: «Así serás coronado emperador por el resto de las ciudades».

Ante estas palabras, Joviano, exasperado, ordenó que salieran todos de las murallas en tres días, porque no aguantaba más esta situación.

25.9.5. Para esta labor eligieron a unos soldados y les ordenaron que empujaran a los habitantes a salir, y que les amenazaran con la muerte si se demoraban en su partida. Las murallas de la ciudad se llenaron de lamentos y de dolor. Por todas las esquinas y callejuelas, lo único que podían oírse eran los gemidos de las matronas cuando se mesaban los cabellos, pues debían partir y abandonar los hogares en los que habían nacido y habían sido educadas. Madres que perdían a sus hijos y esposas que quedaban solas eran arrancadas de las manos de los suyos, mientras una masa de gente llorosa bañaba de lágrimas las puertas y los umbrales de sus hogares.

25.9.6. Quedaron, pues, abarrotados los distintos caminos por los que podía escapar desde allí cada uno de los que huían. Y es que, en su premura, muchos se llevaban en secreto las posesiones que creían que podían acarrear, dejando el resto del mobiliario, que era numeroso y costoso, debido a la falta de animales de carga.

25.9.7. Eres tú a quien debe acusarse en este momento, Fortuna de Roma, pues cuando la tempestad se cernía sobre el estado, arrebataste el mando a un líder experto y capacitado para gobernarla, y se lo entregaste a un joven inexperto, a quien no podemos ni criticar ni alabar, porque en su pasado no se le habían conocido acciones reseñables en este tipo de situaciones.

25.9.8. Sin embargo, lo que les llegó al corazón a los ciudadanos de pro es que Joviano, por temor a que surgiera algún rival que intentara arrebatarle el poder, como sabía que fue en las Galias y en el Ilírico donde con frecuencia algunos albergaron por primera vez grandes aspiraciones[52], intentó que la fama precediera a su llegada y cometió un hecho indigno para el imperio con la excusa de que con ello evitaba el perjurio, entregando así Nisibis, ciudad que, ya desde la época del rey Mitrídates, había resistido con enorme valor y había evitado que Oriente fuera ocupado por los persas.

25.9.9. Y es que, en mi opinión, nunca desde la fundación de la ciudad, por mucho que se estudien los anales, se hallará una ocasión en la que una parte de nuestras tierras fuera concedida al enemigo por un emperador o un cónsul. Ni tampoco que se otorgaran las glorias del triunfo por recuperar lo que habíamos perdido, sino por aumentar nuestros dominios.

25.9.10. Por ello no se concedieron triunfos a Publio Escipión por recuperar Hispania, ni a Fulvio por vencer a Capua después de largos combates, ni a Opimio cuando, después de combates de resultado diverso, consiguió que se rindieran los fregelanos, entonces crueles enemigos[53].

25.9.11. Además, la historia antigua nos muestra cómo pactos firmados en condiciones extremas y vergonzantes, incluso después de ser sellados por ambas partes con un juramento, fueron disueltos y motivaron que se reanudaran las guerras. Como cuando, en la antigüedad, nuestras legiones

[52] No en vano fue en las Galias donde Magnencio se revistió de púrpura en el 350, Silvano en el 355; Juliano en el 360. Y Vetranio en el Ilírico en el 350.

[53] Amiano expone aquí tres ejemplos ofrecidos por Valerio Máximo (2,8,4), correspondientes cada uno de ellos al siglo III a.C.: a las guerras Púnicas; al 211, fecha en que Q. Fulvio reconquistó Capua; y al 125 a.C. cuando L. Opimio sometió a los fregelanos.

fueron enviadas a la esclavitud en las Forcas Caudinas, en Samnio[54]; o cuando Albino firmó una paz humillante en Numidia[55]; o cuando Mancino, vergonzoso instigador para que se firmara apresuradamente un tratado de paz, fue entregado a los numantinos[56].

25.9.12. Pero en esta ocasión, una vez que se sacó a los ciudadanos, que se entregó la ciudad y que se envió al tribuno Constancio para que repartiera entre los nobles persas la fortaleza así como las tierras, Procopio se puso en marcha con los restos de Juliano para enterrarlos en el suburbio de Tarso, tal como el propio Juliano había establecido en vida[57].

25.9.13. Procopio se dispuso a cumplir esta misión pero, después de sepultar el cuerpo, a pesar de que se le buscó con enorme afán, desapareció sin que pudiera encontrársele de nuevo hasta mucho tiempo después, cuando se le vio de repente en Constantinopla revestido de púrpura[58].

25.10. Joviano, debido al temor de una revolución, marchó rápidamente a través de Siria, Cilicia, Capadocia y Galatia. En Ancira compartió el consulado con su joven hijo Varroniano y, poco después, murió repentinamente en Dadastana

25.10.1. Concluida así esta situación, tras una larga marcha, llegamos a Antioquía donde, durante varios días, como si la divinidad estuviera ofendida, se produjeron numerosos y

---

[54] En el 321 a.C.

[55] Cfr. Sall, *Jug*. 37,3 y ss.

[56] En el 136. Cfr. Cic, *Rep*. 3,18,28; *Off*. 3,109. Al igual que en otras ocasiones, los tres ejemplos mencionados por Amiano no siguen un orden cronológico y deben proceder de una de las colecciones de *exempla* que tanto éxito tenían en su época.

[57] Cfr. 23,2,5.

[58] En el 365. Cfr. 26,6,14.

crueles prodigios que hicieron presagiar a los expertos en estos temas que iban a ocurrir tristes sucesos [59].

25.10.2. Por ejemplo, la estatua del César Maximiano, que estaba colocada en el vestíbulo del palacio real, perdió de repente una esfera de bronce que portaba y que representaba la bola del mundo [60].

Además, en el consistorio resonaron las puertas con horrible estruendo y, durante el día, aparecieron cometas, signos acerca de cuya naturaleza expresan distintas opiniones los físicos en sus razonamientos.

25.10.3. Pues unos piensan que reciben este nombre porque esparcen fuegos que se extienden como si formaran una cabellera, en la que numerosas estrellas se juntan en una [61].

Otros piensan que estos cuerpos se inflaman por las emanaciones resecas de la tierra, que gradualmente se hacen mayores [62]. Otros, que los rayos del sol, al expandirse, cuando se topan con una nube bastante espesa, como no pueden seguir descendiendo, producen un resplandor que, al juntarse con el cuerpo denso, deja aparecer a la vista una luz visible para los mortales [63].

A algunos les parece que este fenómeno se produce cuando, al elevarse una nube por encima de lo usual, resplandece

---

[59] En estos momentos finales de la fatídica campaña persa, es la última vez que Amiano habla de ella utilizando la primera persona, hecho que lleva a J. Fontaine a pensar que Amiano acompañó a Joviano hasta Antioquía para dejar luego la vida militar.

[60] C. Galerio Valerio Maximiano fue emperador desde el 293 hasta el 305, y el que se cayera la bola del mundo de su mano era un signo de un cambio de poder o cambio de época (cfr. 21,14,1).

[61] Por ejemplo, Demócrito y Anaxágoras. Cfr. Arist, *Meteor* 1,6,1,342b,28; Sen, *Nat.* 7,7. No en vano, como sabemos, cometa tiene como raíz el término griego *kome*, que significa «cabellera».

[62] Séneca atribuye esta teoría a los estoicos. Cfr. *Nat.* 7,21,1.

[63] Como ya ha expuesto Amiano anteriormente (25,2,6), ésta es la creencia de Metrodoro de Chíos, aunque en aquella ocasión esta teoría explicaba el nacimiento de las estrellas fugaces.

ante la cercanía de los fuegos eternos[64]. O bien que son estrellas parecidas a las demás, cuyo nacimiento y desaparición se producen en momentos determinados, pero que son un enigma para las mentes humanas.

Pueden leerse muchas más curiosidades acerca de los cometas en los estudios que tratan del universo, aunque ahora no puedo detenerme en ello, pues debo continuar con mi relato.

25.10.4. Mientras el emperador estuvo alojado por algún tiempo en Antioquía, como se sentía angustiado por diversas y acuciantes preocupaciones, ardía en deseos de marcharse de allí. Por ello, sin miramientos ni por los animales ni por los hombres, se puso en marcha en pleno invierno, aunque, como hemos apuntado, tenía muchos prodigios en contra.

En su camino llegó a Tarso, noble ciudad de Cilicia acerca de cuyo origen hemos tratado anteriormente[65].

25.10.5. Aunque quería marcharse de allí con gran premura, decidió embellecer la tumba de Juliano, situada en un recodo del camino que conduce a los desfiladeros del monte Tauro. Pero, si alguien quisiera mostrar el debido respeto a sus restos y a sus cenizas, no debería acudir al Cydno, por mucho que sea un río muy agradable y de agua cristalina, sino que, para perpetuar la gloria de sus hazañas, deberá visitar el Tíber, que atraviesa la Ciudad Eterna y baña los monumentos de los dioses romanos[66].

25.10.6. Cuando Joviano partió de Tarso, tras un largo recorrido, llegó a Tiana, ciudad de Capadocia, donde le salieron al paso el notario Procopio y el tribuno Memórido que regresaban[67]. Éstos le dieron a conocer los resultados de su misión, comenzando, como era razonable, por cuando Lucilia-

---

[64] Cfr. Aetio 3,2,4, quien atribuye esta teoría a Heráclito.

[65] Cfr. 14,8,3.

[66] Juliano fue incinerado en Tarso y, posteriormente, sus cenizas fueron llevadas a Roma.

[67] Habían partido para acompañar en su empresa a Luciliano. Cfr. 25,8,10.

no llegó a Milán junto con los tribunos Seniacuco y Valentiniano, a los que había llevado consigo. Pero cuando Luciliano se enteró de que Malarico se negaba a asumir el mando de la caballería, se dirigió a Reims con toda la rapidez posible.

25.10.7. Entonces, como si el pueblo gozara de una paz estable, se pasó de la raya, según dice la expresión popular y, en un momento inoportuno, cuando todo estaba aún poco claro, se dedicó a investigar las cuentas de un antiguo actuario que, consciente de sus fraudes y de sus crímenes, buscó refugio en el ejército y fue diciendo que Juliano seguía aún con vida y que un mediocre había usurpado el poder[68].

Ante esta patraña, la soldadesca se revolucionó completamente y acabó con Luciliano y con Seniauco.

En cuanto a Valentiniano, que poco después llegaría a ser emperador, temoroso y sin saber adónde ir, fue enviado lejos por su amigo Primitivo a un lugar seguro.

25.10.8. A esta situación tan lamentable se le añadió otro hecho, esta vez feliz: y es que se anunció la llegada de unos soldados enviados por Jovino, a los que, en terminología militar, se denomina «cabeza de escuelas», y quienes proclamaban que el ejército de la Galia veía bien el mandato de Joviano.

25.10.9. Al conocer esto, Valentiniano, que había regresado con los demás, recibe la orden de encargarse de la segunda división de los escuderos. Y en cuanto a Vitaliano, soldado del cuerpo de los erulos, es asignado a la guardia personal.

Este mismo Vitaliano, mucho tiempo después, alcanzaría la dignidad de conde y sufriría una derrota en el Ilírico. Entonces es enviado rápidamente a la Galia Arinteo, que llevaba a Jovino una carta donde se le instaba a mantenerse firme y a conservar su posición. Arinteo recibió igualmente la orden de castigar al instigador de la revuelta, y de llevar encadenados hasta la corte a los responsables de la expedición.

---

[68] El actuario era el encargado de repartir los víveres entre el ejército.

25.10.10. Una vez tomadas estas disposiciones, que parecían apropiadas, en Aspuna, una pequeña ciudad de Galatia, fueron recibidos los oficiales del ejército galo quienes, después de entrar en el consistorio y de ser recompensados, expusieron entre la aprobación general las noticias que habían llegado, después de lo cual recibieron la orden de volver a sus puestos.

25.10.11. Cuando Joviano llegó a Ancira[69], una vez dispuesto todo lo que la ocasión demandaba para el cortejo, recibió el consulado compartiéndolo con Varroniano, su hijo, que era aún muy pequeño y cuyos gritos al oponerse con insistencia a que le llevaran a la silla curul, según exigía la costumbre, hacían presagiar lo que realmente sucedió.

25.10.12. A partir de ese momento, con gran rapidez, se le iba acercando a Joviano el día destinado para su muerte.

No en vano, tras su llegada a Dadastana, que es el lugar que separa Bitinia de los gálatas, fue hallado muerto durante la noche, siendo numerosas las dudas que se plantearon acerca de esta muerte.

25.10.13. Y es que unos decían que no pudo soportar las emanaciones nocivas de su dormitorio, que estaba recién encalado. Otros, que pereció después de sufrir un desfallecimiento por la combustión tóxica de carbón. Y algunos apuntaron también que murió de una indigestión, después de comer de forma desmesurada.

Lo que sí es seguro es que murió a los treinta y tres años de edad. Y aunque tanto él como Escipión Emiliano tuvieron una muerte similar, no hemos conocido ninguna investigación acerca de la muerte de ninguno de ellos[70].

25.10.14. Joviano andaba de forma solemne, pero con una expresión muy alegre. Sus ojos eran azules y su estatura era

---

[69] Es la actual Ankara.

[70] Escipión Emiliano fue hallado muerto en su cama el 129 a.C.

tan alta y espigada que, durante bastante tiempo no pudo encontrarse ninguna vestidura regia apropiada para él[71].

A quien más le gustaba imitar era a Constancio, por lo que, en ocasiones, realizaba alguna tarea seria después del mediodía, aunque solía divertirse en público con sus amigos[72].

25.10.15. Asimismo, era defensor de la religión cristiana y, en ocasiones, incluso la honraba[73]. Tenía una cultura mediocre. Era bastante magnánimo y tendía a seleccionar con mucho cuidado a los altos funcionarios, según demuestran los escasos ascensos que promovió. Sin embargo, era glotón y se entregaba a los placeres del vino y del amor, vicios que quizás debió haber corregido por respeto a la dignidad imperial.

25.10.16. Se decía que Varroniano, su padre, supo con mucha antelación lo que iba a ocurrir por un sueño premonitorio, que confió a dos amigos íntimos, añadiendo también que se le asignaría la dignidad de cónsul. Pero, si bien vio cumplirse una de las profecías, no sucedió lo mismo con la otra, porque después de enterarse del éxito de su hijo, antes de verle, le fue arrebatado fatalmente por la muerte.

25.10.17. Y como al anciano se le había augurado en el sueño que alguien de su nombre alcanzaría la más alta magistratura, su nieto Varroniano, que era un niño aún, fue declarado cónsul junto a su padre Joviano, tal como hemos narrado anteriormente[74].

---

[71] El retrato de Joviano es muy breve. Como indica G. Carrasco, se inicia con pequeñas e irónicas pinceladas, además de reflejar notas que contraponen a Joviano (*longior et incurvus*) con Juliano, caracterizado por tener un cuerpo proporcionado. Tanto su aspecto, como su carácter o sus aficiones eran distintos, de manera que, si Joviano se parece a Constancio, encontraríamos en un «bando» a Juliano y en el otro a Constancio y Joviano. Cfr. G. Carrasco, «El retrato amianeo del emperador Joviano», *Fortunatae* 1995, pp. 180-182.

[72] Amiano no puede evitar en sus retratos de los emperadores demostrar, por una parte, su simpatía hacia Juliano y, por otra, su antipatía hacia Constancio o Joviano, a quien, como vemos, le gustaba imitar al anterior.

[73] De hecho, eliminó los edictos de Juliano contra los cristianos.

[74] Cfr. 25,10,11.

LIBRO 26

26.1. Mientras Valentiniano, tribuno de la segunda escuela de escuderos, se hallaba ausente, es elegido emperador en Nicea contando con la unanimidad de las autoridades civiles y militares. Y sobre el bisextil

26.1.1. Una vez narrados en orden y con todo el esmero posible los hechos acaecidos hasta una época cercana a la actual, sería conveniente no adentrarnos en asuntos demasiado cercanos, pues así evitaría los peligros que conlleva decir la verdad y no tendría que soportar después las duras críticas de los que examinen mi obra y me critiquen por haberles perjudicado en caso de que yo no haya mencionado lo que dijo el emperador en una cena; o porque no se exprese la causa por la que unos soldados fueron castigados ante las insignias; o porque no era conveniente que, en la extensa descripción de una zona, se omitiera alguna explicación acerca de unas fortificaciones insignificantes; o porque no se habían expresado los nombres de todos los que se habían reunido para presentar sus respetos ante el pretor de la ciudad; o bien por otras muchas «faltas» de este tipo que no se corresponden con las leyes de la historiografía.

Y es que la historiografía suele narrar hechos esenciales, y no escudriñar minucias y acciones insignificantes, porque si alguien quisiera conocer eso, es como si pretendiera con-

tar los pequeños corpúsculos que flotan por el vacío y que, entre los griegos, reciben el nombre de «átomos» [1].

26.1.2. Es por temor a esto por lo que algunos escritores de la antigüedad, si bien expusieron con fértil pluma todo lo que sabían sobre distintos hechos, sin embargo, no lo editaron en vida. El propio Cicerón, testimonio sin duda respetable, apoya esta misma tesis en una carta enviada a Cornelio Nepote [2], de manera que rechazaremos esa necia práctica vulgar y proseguiremos con nuestra narración.

26.1.3. Pues bien, la crueldad de la Fortuna dispuso este lamentable final para esta época: la muerte de tres emperadores en un breve plazo de tiempo [3]. Y así, una vez embalsamado el cuerpo del príncipe muerto, y enviado a Constantinopla para que fuera enterrado con los demás Augustos, el ejército avanzó hacia Nicea, que es la capital de Bitinia. Allí, los líderes civiles y militares, afligidos por el enorme peso de las preocupaciones generales, aunque algunos estaban animados por una vana esperanza, buscaron durante mucho tiempo un rector de experiencia y seriedad probadas.

26.1.4. Entonces, debido a los susurros secretos de unos pocos se extendió un rumor en el que se mencionaba a Equicio, tribuno en aquella época y perteneciente a la primera escuela de los escuderos. Pero como no agradó a los que tenían el poder, que le criticaban como persona ruda y agreste, se formó un ligero movimiento de apoyo a Januario, pariente de Joviano, que se había encargado de los asuntos militares urgentes en el Ilírico.

---

[1] Para nosotros, éste es un prólogo programático, que aparecería en un lugar clave, justo después de la muerte de Juliano en el libro veinticinco. Da inicio, pues, a una nueva parte de la obra, y en él aparecen varias de las claves de las *Res gestae*: cronología, no mencionar minucias, objetividad y veracidad.

[2] No la hemos conservado.

[3] En el período comprendido entre el 361 y el 364 habían muerto Constancio, Juliano y Joviano.

26.1.5. Pero como éste fue rechazado igualmente con la excusa de que se hallaba lejos, por voluntad celeste, y sin ninguna oposición, se eligió a Valentiniano, a quien consideraban apropiado y apto para lo que les aguardaba. Era comandante de la segunda escuela de escuderos, y se había quedado en Ancira, dispuesto a continuar la marcha cuando se le ordenara.

Entonces, como nadie se opuso y parecía una buena decisión para el estado, enviaron a unos mensajeros para que le hicieran venir con gran rapidez y, durante diez días, nadie manejó el timón del imperio, algo que ya había predicho el adivino Marco cuando examinó unas entrañas en Roma[4].

26.1.6. Sin embargo, Equicio, mientras tanto, se esforzaba con denuedo para que no sucediera nada contrario a lo que habían establecido, y para evitar que el carácter inconstante de los soldados, con frecuencia volubles, se inclinara por alguno de los presentes. Le ayudaba Leo quien, a las órdenes de Dagalaifo, comandante de la infantería, se encargaba de las cuentas del ejército y quien, después, desempeñó fatalmente el cargo de maestro de oficios.

Pues bien, ambos, como panonios y defensores del príncipe designado[5], colaboraban en la medida de sus posibilidades para mantener la decisión tomada por todo el ejército.

26.1.7. Después de que le hicieran venir, sabedor de la misión que debía cumplir por unos presagios que pudo conocer o bien por unos sueños repetitivos, no quiso ni aparecer al día siguiente ni que le vieran en público, pues intentaba evitar el bisextil de febrero, que comenzaba entonces y que, como se sabía, en ocasiones había sido infausto para la causa romana.

---

[4] Cfr. Gell,15,18.

[5] Valentiniano era también panonio.

Voy a ofrecer, pues, alguna información veraz acerca de este día.

26.1.8. Los que en la antigüedad conocían bien el movimiento del mundo y de las estrellas, entre los que destacan Metón, Euctemón[6], Hiparco[7] y Arquímedes, definen que el ciclo anual se completa cuando el sol, de acuerdo con la ley eterna de los astros, ha recorrido ya el camino celeste que los griegos denominan «zodiaco» durante trescientos sesenta y cinco días y noches, y vuelve al mismo punto. Es decir, cuando, comenzando desde el segundo grado del Carnero, vuelve a él después de completar su curso.

26.1.9. Pero la duración exacta del año es de esos trescientos sesenta y cinco días citados más seis horas, hasta el mediodía. El inicio del año siguiente se produce después de la hora sexta y dura hasta la tarde. El tercer año comienza en la primera vigilia y termina en la hora sexta de la noche. El cuarto desde la media noche hasta el amanecer.

26.1.10. Así pues, como el inicio de los años varía, pues uno comienza después de la hora sexta del día y otro después de la hora sexta de la noche, para que este recuento no confunda a la ciencia debido a los cambios continuos, y para que no nos encontremos con un mes otoñal en primavera, se decidió que esas seis horas, que en cuatro años suponen veinticuatro horas, pasaran a un día y una noche que se añadirían al finalizar ese plazo de cuatro años.

26.1.11. Después de un profundo estudio, numerosos investigadores llegaron a un acuerdo y se decidió que el ciclo anual tuviera un fin único y fijo, pues de este modo no habría errores ni dudas, y no podrían producirse luego problemas, ya que se hablaría de un movimiento fijo y los meses mantendrían un orden establecido.

---

[6] Físico ateniense del s. v a.C.

[7] En el s. II a.C.

26.1.12. Esta norma fue ignorada durante mucho tiempo por los romanos, ya que sus dominios no se habían extendido mucho aún. Por ello, durante muchos siglos, se vieron envueltos en oscuras cábalas. Pero cuando mayores eran las dificultades fue cuando dieron a los sacerdotes la posibilidad de regular el calendario. Entonces éstos, con esa licencia, para beneficiar los intereses de los arrendadores de impuestos o de los litigantes, reducían o aumentaban los días arbitrariamente[8].

26.1.13. Con este inicio, se fueron produciendo otros muchos errores, que ahora considero superfluo mencionar, y que aumentaron la confusión. Pero una vez eliminados por el Augusto Octaviano, siguiendo a los griegos, se puso luz en esta confusión y, después de grandes deliberaciones, decidieron fijar un año de doce meses y seis horas durante los cuales el sol, recorriendo los doce signos de las estrellas con su movimiento continuo, determina la duración del año[9].

26.1.14. Esta es la fórmula del bisextil aprobada por Roma, imperio destinado a perdurar durante siglos, si así lo quieren los dioses.

Pero, sigamos ahora con la narración.

26.2. Valentiniano es avisado cuando estaba en Ancira y marcha rápidamente a Nicea, donde es elegido emperador por unanimidad. Revestido con el manto púrpura y la diadema, es nombrado Augusto, después de lo cual se dirige a los soldados

26.2.1. Una vez concluido el día que algunos consideran poco apropiado para comenzar grandes empresas, al acercar-

[8] Cfr. Solin, 1,43.

[9] De este modo, el año contaba con 365 días y seis horas, horas que, cada cuatro años, conformaban un día llamado bisextil, aunque la reforma se debió a Julio César y no a Augusto.

se ya el atardecer, por advertencia del prefecto Salutio y bajo amenaza de pena de muerte, acordaron todos que nadie de gran autoridad o sospechoso de grandes ambiciones apareciera en público la mañana siguiente.

26.2.2. Así, ante la desolación y el dolor de muchos que veían fracasadas sus expectativas, cuando concluyó la noche y llegó el día, se reunieron todos los soldados. Entonces llegó al campo Valentiniano, se le permitió que ascendiera a un estrado que habían construido y, como si se tratara de una elección, por el apoyo general de todos los presentes, este hombre serio fue elegido cabeza del imperio.

26.2.3. Después, revestido con las galas imperiales y con una corona, es nombrado Augusto en medio de grandes elogios provocados por lo atrayente de la novedad. Valentiniano se dispuso entonces a pronunciar un discurso que ya tenía preparado.

Pero, cuando sacó el brazo para hablar con más libertad, se levantó un fuerte murmullo, porque las centurias en pleno, los manípulos y los soldados de todas las cohortes gritaban, pedían y demandaban con insistencia que se eligiera a un segundo emperador.

26.2.4. Y aunque algunos creían que esta protesta era provocada por unos pocos corruptos que pretendían favorecer a alguno de los que habían sido rechazados, sin embargo, esto no era cierto, porque no se escuchaban gritos comprados, sino pertenecientes a toda una multitud que expresaba un deseo común. Y es que, después de lo sucedido recientemente, temían la fragilidad de la fortuna de los emperadores [10].

Estos murmullos del ejército, que protestaba con obstinación, dieron paso luego a una agitación más violenta, haciendo que se temiera la osadía de los soldados quienes, como sabemos, se lanzan con frecuencia a cometer acciones criminales.

---

[10] No en vano, en un breve período habían muerto tres emperadores.

26.2.5. Y como el que más temía que esto pudiera suceder era Valentiniano, levantó rápidamente su mano y, con la autoridad de un príncipe pleno de confianza, se atrevió a criticar a algunos por sediciosos y obstinados, exponiendo sin que nadie le interrumpiera lo que ya había planeado:

26.5.6. «Estoy feliz, valerosísimos defensores de las provincias. Defiendo y siempre defenderé que, sin que yo lo esperara ni lo buscara en absoluto, ha sido vuestro valor el que me ha entregado, anteponiéndome a todos, el poder sobre el mundo romano.

26.5.7. »Así pues, la tarea que os correspondía antes de que se eligiera a un emperador la realizasteis con provecho y gloria, elevando a la cumbre del poder a alguien que, como sabéis por experiencia propia, desde la niñez hasta esta edad ya madura ha llevado una vida gloriosa e íntegra.

»Así pues, por favor, recibid con buena disposición mis palabras, que son sencillas y que, a mi entender, conducen al bien común.

26.2.8. »El que es conveniente contar con un colega de poder similar para enfrentarme a todo lo que suceda, tal como aconsejan múltiples razones, eso ni lo dudo ni lo rechazo, pues yo también, como humano que soy, temo la dureza y los vaivenes de la fortuna. Pero debemos buscar por todos los medios la concordia, por la que aumentan incluso la fuerzas más insignificantes. Y esto lo conseguiremos fácilmente si vuestra paciencia, unida a vuestro sentido de la justicia, me permiten de buen grado decidir lo que me corresponde.

26.2.9. »Y es que, según espero, la Fortuna, colaboradora de las decisiones sabias, me concederá, en la medida de mis posibilidades, un hombre de costumbres moderadas si yo lo busco con cuidado.

»No en vano, como se afirma con gran prudencia, no sólo en el imperio, donde los peligros son extremos y continuos, sino también en los asuntos particulares y cotidianos, una

persona prudente debe aceptar como amigo a algún extraño sólo cuando lo haya examinado, y no examinarle una vez que lo ha considerado amigo.

26.2.10. »Esto es lo que os prometo esperanzado en un futuro mejor. En cuanto a vosotros, manteneos firmes y leales y, mientras lo permite el descanso invernal, recuperad vuestra fortaleza de cuerpo y de espíritu, pues de este modo recibiréis pronto lo que merecéis por haberme nombrado Augusto» [11].

26.2.11. Terminado este discurso, al que dio un carácter elevado su ascenso repentino al poder, el emperador consiguió convencer a todos y, así, incluso los que poco antes habían expresado con gran afán una opinión contraria, le precedieron rodeado por águilas y estandartes, cortejado ostentosamente por escuadrones de órdenes distintos. De este modo, le condujeron al palacio con un aspecto ya terrible.

26.3. Acerca de la prefectura urbana de Aproniano en Roma

26.3.1. Mientras la volubilidad del destino va desencadenando estos hechos en Oriente, Aproniano, prefecto de la Ciudad Eterna, juez íntegro y severo, entre las preocupaciones urgentes que, con frecuencia, ocasiona esta prefectura, se esforzaba sobre todo por condenar a muerte a algunos hechiceros –de los que entonces quedaban ya pocos–.

Éstos, después de ser capturados e interrogados, habían confesado claramente que habían perjudicado a algunos, y revelaron los nombres de sus cómplices. Aproniano creía que así, castigando a unos pocos, si quedaban algunos más, se libraría de ellos por el temor que sentían ante una pena similar.

[11] Cuando alguien era elegido emperador por los soldados, solía recompensarles con cinco áureos.

26.3.2. Se dice que el prefecto se ocupaba de estos temas con tanta eficacia porque, cuando fue ascendido por Juliano, que entonces se encontraba en Siria, perdió un ojo en el camino y, como sospechaba que esto se debía a este tipo de artes malditas, movido por una rabia justa pero desproporcionada, investigaba este tipo de hechos con enorme afán.

Por eso, a algunos les parecía cruel cuando, en ocasiones, al reunirse la plebe apiñada para contemplar las carreras del anfiteatro, él investigaba los peores crímenes.

26.3.3. Finalmente, después de castigar muchos hechos de este tipo, condenó a muerte a un tal Hilarino, un auriga que, al ser acusado, confesó que había confiado su hijo, un niño aún, a un hechicero, para que le enseñara algunos secretos castigados por las leyes, pues de este modo podría servirse en casa de estas artes sin ningún testigo.

Pero como el verdugo no le vigiló con atención, el condenado escapó de repente y se ocultó en una capilla del grupo de los cristianos, aunque fue sacado de allí enseguida y murió decapitado.

26.3.4. Pero estos hechos y otros similares que eran también dignos de castigo eran vigilados estrictamente y ninguno, o muy pocos versados en estos crímenes, lograron perjudicar al bien general.

Sin embargo, en la época siguiente, la impunidad continuada dio pábulo a monstruosidades, y el libertinaje se extendió de tal modo que cierto senador imitó a Hilarino y, cuando se le acusó de haber confiado un siervo suyo, casi por contrato, a un experto en esas artes malvadas para que le instruyera en sus prácticas ocultas, intentó librarse del castigo mediante una gran suma de dinero, tal como se rumoreó con insistencia.

26.3.5. Pues bien, cuando el citado senador fue absuelto del crimen del que se le había acusado, aunque hubiera debido avergonzarse de su vida anterior y de sus faltas, no se esforzó por terminar con esta infamia sino que, como si él fuera el

único libre de toda culpa en medio de todos los malvados, montó sobre un caballo engalanado y, atravesando las calles, después de la acusación e incluso en la actualidad, atrae a muchos grupos de esclavos, pues desea llamar la atención como por cierto aire de novedad.

Esto es similar a lo que sabemos de aquel Duilio que, después de aquellos gloriosos combates navales, adoptó la costumbre de que, cada vez que volvía a su hogar después de cenar, le precedía un sirviente que iba tocando la flauta con suavidad[12].

26.3.6. Sin embargo, durante el mandato del citado Aproniano, hubo tal abundancia de todo tipo de artículos necesarios que no se oía ni el murmullo más insignificante acerca de la escasez de alimentos, algo que sucede en Roma con gran frecuencia.

26.4. Valentiniano, con el consentimiento del ejército, nombra a su hermano Valente tribuno de las caballerizas en Nicomedia y, después, en el Hebdomo de Constantinopla, le declara colega suyo en el imperio

26.4.1. Pero volviendo al príncipe Valentiniano que, como hemos señalado, fue declarado emperador en Bitinia, cuando se dio la señal de partida para dos días después, convocó a los líderes militares y civiles, como si fuera a tener más en cuenta sus consejos razonables que su propia voluntad. Lo cierto es que se planteaba a quién le convendía elegir para que le acompañara al mando del imperio. Entonces, en mitad de un silencio general, Dagalaifo, que entonces estaba al frente de la caballería, respondió lleno de confianza:

«Si amas a los tuyos, óptimo emperador, tienes un hermano. Si amas a Roma, piensa a quién investir como colega».

[12] Duilio consiguió la primera victoria naval para los romanos al derrotar a los cartagineses en el s.III a.C.

26.4.2. Después de estas palabras, Valentiniano, enojado pero en silencio y ocultando lo que pensaba, llegó a Nicomedia tras una rápida marcha y el uno de marzo puso al frente de las caballerizas con rango de tribuno a su hermano Valente.

26.4.3. Cuando partió de allí y llegó a Constantinopla, reconsiderando interiormente numerosas opciones, y dándose cuenta de que se sentía impotente ante la magnitud de las tareas urgentes que debía acometer, decidió que no debía esperar más. Por ello, el veintiocho de marzo, nombró Augusto al citado Valente, que había acudido a uno de los suburbios de la ciudad, decisión para la que contó con la aprobación general, pues nadie osaba oponerse a él.

Y así, después de engalanarle con los signos imperiales, le colocó la diadema sobre la cabeza y le hizo volver con él en su propio carruaje como colega legítimo en el principado, aunque, según mostrará la narración, lo consideraba más bien como un segundo de costumbres moderadas [13].

26.4.4. Una vez culminado este ritual sin que nadie provocara disturbio alguno, ambos se vieron afectados por unas fiebres terribles. Pero una vez que recuperaron las fuerzas y la energía habitual, como ponían más empeño en investigar los problemas que en solucionarlos, intentaron aclarar las causas dudosas de su enfermedad mediante Ursacio, un rudo dálmata, primer canciller, y Vivencio de Siscia, entonces cuestor.

Lo cierto es que simulaban que la causa de su enfermedad había sido un conjuro secreto, debido a la envidia que sentían por las hazañas de Juliano y de sus amigos.

Pero su sospecha se desvaneció completamente cuando no se encontró indicio alguno, ni siquiera una simple palabra, de este hecho.

[13] Valentiniano nombra a su hermano Valente Augusto, no César, aunque Valente aparecerá siempre de hecho como subordinado a él. Cfr. 26,5,1 y ss; 27,4,1.

26.4.5. En esa época, como si por todo el mundo romano se extendieran sones de guerra, pueblos muy sanguinarios se rebelaron y comenzaron a invadir los territorios cercanos. Por ejemplo, los alemanes asolaban Galia y Recia; los sármatas y los cuados Panonia; los pictos, sajones, escoceses y atacotes hacían soportar a los británicos ataques continuos; los austorianos y otros pueblos moros devastaban África con más dureza de la habitual. Y en cuanto a Tracia y Panonia eran saqueadas por la rapiña de bandas de godos [14].

26.4.6. El rey de los persas tenía los ojos puestos en Armenia, e intentaba recuperarla rápidamente con todas las fuerzas disponibles. La excusa era que, después de la muerte de Joviano, con el cual había firmado un pacto y un tratado de paz, no debía existir obstáculo alguno para recuperar lo que antes había pertenecido a sus antepasados.

26.5. Los dos emperadores se reparten entre sí a los generales y las tropas, y poco después comienzan su primer consulado, uno en Milán y otro en Constantinopla. Los alemanes asolan la Galia. Procopio prepara una revolución en Oriente

26.5.1. Así pues, después de un invierno bastante tranquilo, los emperadores seguían de acuerdo en todo, uno revestido con la dignidad imperial y el otro con un honor similar pero sólo en apariencia. Recorrieron ambos Tracia y llegaron a Neso donde, en un suburbio llamado Mediana, que está a una distancia de la ciudad de tres millas, se repartieron los generales como si fueran a separarse.

26.5.2. A Valentiniano, que era el que llevaba la voz cantante en este tema, le correspondió Jovino, que ya hacía tiempo que había sido elevado por Juliano al cargo de comandante en

[14] La edición de Belles Lettres elimina la mención a Panonia.

jefe de la Galia, y Dagalaifo, a quien Joviano había nombrado comandante del ejército.

Para que acompañara a Valente a la zona oriental se designó a Víctor, que había sido ascendido también por decisión del emperador antes citado, y a Víctor se le unió Arinteo. En cuanto a Lupicino que había sido ascendido igualmente por Joviano, le encargó vigilar las provincias orientales como comandante de la caballería.

26.5.3. También Equicio es puesto al frente del ejército del Ilírico, aunque aún no era comandante sino sólo conde [15]. Y Sereniano, que había sido separado hacía tiempo de este servicio, fue readmitido por su condición de panonío [16] y puesto al frente de la guardia personal acompañando a Valente.

Una vez tomadas estas disposiciones, se dividieron también las tropas.

26.5.4. Después de esto, cuando los dos hermanos entraron en Sirmio, dividieron los palacios como había determinado el de más poder, de manera que Valentiniano marchó a Milán, mientras que Valente se dirigía a Constantinopla.

26.5.5. Oriente era regido por Salutio en calidad de prefecto; Italia, África y el Ilírico por Mamertino y las provincias gálicas por Germaniano.

26.5.6. Viviendo, pues, en las ciudades mencionadas, los príncipes asumieron por primera vez las trábeas consulares, pero todo este año afligió con enormes calamidades al mundo romano.

26.5.7. Y es que los alemanes irrumpieron en los territorios de la Germania y se mostraban más agitados de lo usual por la siguiente causa:

---

[15] Es decir, ostentaba el cargo honorífico de «compañero» del emperador.

[16] Y por lo tanto paisano de los dos Augustos.

Cuando a unos legados suyos enviados a la corte se les debía haber agasajado con las atenciones usuales y fijadas ya por la costumbre, se les entregaron, sin embargo, presentes insignificantes y humildes de manera que, cuando los recibieron, se enojaron mucho y los tiraron por considerarlos indignos. Además, después de ser tratados con gran dureza por Ursacio, entonces maestro de oficios, un hombre iracundo y cruel, regresaron y exageraron lo sucedido, con lo cual hicieron rebelarse a unos pueblos de crueldad reconocida.

26.5.8. Durante este tiempo o no mucho después, en Oriente, Procopio había avivado una rebelión, que le fue anunciada a Valentiniano el uno de noviembre mientras se dirigía a París.

26.5.9. Ordenó entonces con rapidez a Dagalaifo que marchara apresurado a enfrentarse a los alemanes, quienes, después de devastar los lugares cercanos, se habían alejado bastante sin recibir baja alguna.

En cuanto a la represión del proyecto de Procopio antes de que cobrara importancia, se mostraba aún dudoso y preocupado, sobre todo porque no sabía si Valente estaba vivo o muerto, hecho que podría haber llevado a Procopio a intentar hacerse con el poder.

26.5.10. Y es que Equicio había recibido la noticia del tribuno Antonio, que estaba al frente de los soldados en la Dacia Central, y quien a su vez sabía tan sólo y sin precisión alguna lo que había escuchado sobre este tema. Y como Equicio no tenía claro el asunto, tan sólo pudo relatar al príncipe lo sucedido con pocas palabras.

26.5.11. Valentiniano, al conocer este hecho, elevó al cargo de comandante al citado Equicio y se dispuso a regresar al Ilírico para evitar que el temible enemigo, después de asolar la Tracia, invadiera también Panonia en su ataque. Y es que estaba muy asustado por lo que había sucedido recientemente, ya que era consciente de que poco antes Juliano, despreciando a un emperador que había resultado siempre vencedor en las gue-

rras civiles[17], sin que nadie se lo imaginara ni lo esperara, había pasado con una velocidad increíble de una ciudad a otra.

26.5.12. Pero su deseo ardiente de volver se veía contenido por los consejos de los que le rodeaban, que le pedían y le suplicaban que no abandonara las provincias por esa causa, porque necesitaban gran ayuda. Y a esto se añadían embajadas de ilustres ciudades, que le suplicaban que no las dejara indefensas en esas circunstancias duras y difíciles, teniendo en cuenta que, si estuviera presente, podría librarlas de los peores peligros, ya que los germanos sentirían temor simplemente al escuchar su glorioso nombre.

26.5.13. Finalmente, después de sopesar con cuidado la conveniencia de su decisión, se dejó llevar por los consejos de la mayoría, exponiendo en varias ocasiones que Procopio era tan sólo enemigo suyo y de su hermano, pero que los alemanes lo eran de todo el imperio romano, razón por la cual, decidió no salir del territorio de la Galia.

26.5.14. Cuando llegó a Rheims, preocupado por la posibilidad de que África fuera invadida de repente, dispuso que Neoterio, que después sería cónsul y entonces era notario, marchara a defenderla. Y con esa misma intención envió también a Masaucio, miembro de la guardia personal, pues se había criado allí junto a su padre Cretión, conde en aquella época. Y, asimismo, envió junto a ellos a un escudero, Gaudencio, que había dado ya pruebas de lealtad hacía tiempo.

26.5.15. Así pues, como en esta época encontramos conflictos gravísimos en ambas partes del imperio, intentaremos narrar cada hecho en el lugar apropiado, relatando en primer lugar lo sucedido en Oriente y después las guerras contra los bárbaros, aunque somos conscientes de que fueron muy numerosas las empresas que se acometieron durante los mismos

[17] Es decir, Constancio.

meses en la parte occidental y en la oriental. Así evitaremos que, pasando apresurados de un lugar a otro, lo confundamos todo y alteremos completamente el orden de los sucesos [18].

26.6. Patria, origen, costumbres y dignidades de Procopio. Acerca de su escondite durante el mandato de Joviano y de qué modo fue nombrado emperador en Constantinopla

26.6.1. Procopio nació y fue educado en Cilicia. Era miembro de una familia noble y, como era pariente de Juliano, que posteriormente sería emperador, destacó desde el inicio de su carrera. Además, como persona de vida y costumbres bastante sobrias, aunque era reservado y callado, sirvió durante mucho tiempo de forma notable como secretario y como tribuno. Y ya cercano a la cumbre del poder, con el cambio de situación que se produjo tras la muerte de Constancio, al ser pariente del emperador, aspiraba a más y, de hecho, daba la impresión de que, si se le presentaba la ocasión, terminaría con la tranquilidad del estado.

26.6.2. Cuando Juliano entró en Persia dejó a Procopio en Mesopotamia con un poderoso contingente de soldados, y compartiendo el mismo poder con Sebastiano. Además, según difundió un rumor secreto –pues no hubo nadie que contara con certeza este hecho– le encomendó que actuara en función de las circunstancias y que, si sentía que languidecía el poder romano, se ocupara de que le nombraran rápidamente emperador.

26.6.3. Éste siguió con moderación y cautela lo que se le había impuesto pero, cuando se enteró de que Juliano había sido

[18] Como vemos, la extensión de Roma, su división y los distintos conflictos que se estaban viviendo hacían muy difícil que Amiano guardara estrictamente el criterio de la cronología.

herido de muerte y había muerto, y de que habían elegido a Joviano para que rigiera el imperio, como se extendió un rumor falso en el sentido de que el propio Juliano, cuando expiraba, había dado órdenes para que se le entregara el mando del imperio a Procopio, temió que le mataran por esta causa, y desapareció por algún tiempo.

Y su pánico aumentó enormemente después de la muerte de Joviano, el más importante de todos los secretarios[19] quien, cuando murió Juliano, fue considerado por unos pocos soldados como apto para el cargo de emperador. Pero como se sospechaba que iba a comenzar una revolución, había sufrido una muerte terrible.

26.6.4. Por eso, cuando Procopio se enteró de que le estaban buscando afanosamente, para evitar ser centro de la cólera de los demás, se marchó a un lugar oculto y muy alejado. Pero, al enterarse de que el emperador Joviano estaba buscando con gran empeño su escondite, hastiado ya de vivir como un animal –no en vano después de llegar a lo más alto, no tenía comida y habitaba en lugares abruptos sin trato alguno con personas– empujado por su extrema indigencia, se dirigió a Calcedonia por caminos solitarios.

26.6.5. Y como aquél le pareció un refugio bastante seguro, vivió allí escondido en casa del más leal de sus amigos, un tal Estrategio, que había pasado de ser miembro de la guardia imperial a senador. Sin embargo, con frecuencia acudía a Constantinopla con todo el secreto posible, según declaró posteriormente este mismo Estrategio, cuando se investigó con tesón a los que habían sido cómplices en el asunto.

26.6.6. Y así, como si se tratara del más astuto de los espías, irreconocible por la suciedad y la delgadez de su rostro, iba enterándose de los rumores, muy frecuentes entonces, como

---

[19] Su nombre coincide con el del emperador. Acerca de su muerte, *vid.* 25,8,18.

es normal en circunstancias difíciles, rumores que en gran número acusaban a Valente de estar abrasado por su ambición.

26.6.7. A la crueldad de Valente se le había sumado además un funesto estímulo, su suegro Petronio, antiguo comandante de la legión Martense, que había sido elevado repentinamente al rango de patricio. Era un hombre nada agraciado ni interior ni exteriormente, que se abrasaba por sus ganas de «desplumar» a todos sin distinción. Y así, ya fueran culpables o inocentes, después de las torturas más rebuscadas, enviaba a los acusados a la esclavitud e investigaba deudas que se remontaban a la época del emperador Aureliano[20], incomodándose muchísimo si se veía en la obligación de dejar a alguien en libertad.

26.6.8. A este carácter tan intolerante, se añadía otro defecto. Y es que, mientras se enriquecía con la desgracia de los demás, era incorruptible y cruel, con un corazón inconmovible, incapaz de ofrecer o de admitir ningún tipo de explicación, más odioso, pues, que Cleandro quien, como prefecto en tiempos del emperador Cómodo, llevado por la locura, según hemos leído, arruinó diversas fortunas, y más opresor que Plautiano que, siendo igualmente prefecto en la época de Septimio Severo, y creyéndose por encima de los demás mortales, hubiera causado una revuelta general si no hubiera sucumbido ante el golpe vengador de una espada.

26.6.9. Esta triste situación, promovida por Petronio y que causó la ruina de muchos hogares durante el reinado de Valente, ya fueran humildes o ricos, unido todo ello a la falta de esperanza de los provinciales y de los soldados, que se quejaban de una precariedad similar, iba calando hondo en los corazones, de manera que en los deseos, aunque ocultos y silenciosos, se reclamaba unánimemente un cambio en la situación con la ayuda de la divinidad suprema.

---

[20] Su mandato duró desde el 270 hasta el 275 d.C.

26.6.10. En su escondite, Procopio, consciente de esta situación y pensando que, cuando mejorara su fortuna, llegaría sin gran dificultad a la cumbre del poder, se escondía como una bestia preparada para salir de repente y apoderarse de lo que pudiera.

26.6.11. Y cuando más deseaba que se cumplieran ya sus deseos, la fortuna le ofreció una ocasión inmejorable. Y es que, al final del invierno, mientras Valente marchaba con rapidez a Siria y se disponía a entrar en el territorio de Bitinia, es informado por sus generales de que el pueblo godo, que no había recibido ataques en aquella época y que, por ello, tenía sus fuerzas intactas, estaba conspirando y preparándose para invadir las provincias cercanas de Tracia.

Al conocer este hecho, para alcanzar sin obstáculos su objetivo, ordena que un contingente suficiente de caballería y de infantería sea conducido al lugar en el que se temían ataques bárbaros.

26.6.12. Una vez que el príncipe estuvo lejos, Procopio, agobiado por continuas preocupaciones y creyendo que una muerte atroz sería mejor que los males que le afligían, se jugó a una tirada su salvación. Y así, sin temer ya ningún sufrimiento por extremo que fuera, llevado por la desesperación, se lanza a una empresa audaz. Se apresura entonces a utilizar a unos conocidos suyos de los divitenses y de los tungricanos para tentar a los miembros más jóvenes de estas tropas, a las que se había ordenado cruzar rápidamente Tracia y quienes, según la costumbre, iban a detenerse dos días en Constantinopla. Pero como era peligroso y complicado hablar con todos, elige a unos pocos de lealtad más reconocida.

26.6.13. Estos, empujados por su esperanza de conseguir una recompensa mayor, prometieron bajo juramento que iban a hacer cuanto quisiera, y le aseguraron que contaría también con el favor de sus colegas, entre quienes tenían mucha capacidad de persuasión, pues les superaban por su paga y sus méritos.

26.6.14. De este modo, tal como habían pactado, cuando comenzó a brillar la luz del sol, el citado Procopio, teniendo que atender diversos cuidados, se dirigió a los Baños de Anastasia, llamados así por la hermana de Constantino, donde sabía que estaban acampadas las legiones. Y como, gracias a sus cómplices, sabía que todos se habían mostrado de acuerdo con su plan en una reunión celebrada durante la noche, obtuvo la promesa de que conservaría su vida y fue recibido con honor por una multitud de soldados sobornables, aunque lo cierto es que lo tenían como prisionero. No en vano, igual que en otro tiempo los pretorianos, después de la muerte de Pértinax, apoyaron a Didio Juliano en sus aspiraciones al imperio[21], también ellos mismos, atentos a toda posible ganancia, defendieron a Procopio cuando planeó su infausto plan de usurpación.

26.6.15. Y así permanecía descompuesto, hasta tal punto que podría pensarse que había salido de los infiernos. Entonces, como no se encontraba una vestimenta imperial, le pusieron una túnica con adornos de oro, semejante a un sirviente de palacio, ya que de los pies a la cintura parecía un paje del servicio de palacio. Además, llevaba los pies cubiertos de púrpura, una lanza y, asimismo, un paño púrpura en su mano izquierda, semejante a un personaje grotesco en un escenario teatral o en una representación de mimos.

26.6.16. Así pues, elevado a esta parodia completa de todo tipo de honores, con halagos propios de un esclavo, se dirigió a los que le apoyaban prometiéndoles grandes riquezas y dignidades, como primer fruto de su principado. A continuación, se presentó en público rodeado por una multitud de soldados y se apresuró a marchar con gran orgullo entre los estandartes izados, acompañado por el terrible resonar de los escudos, que lanzaban un lúgubre sonido y que los soldados colocaban api-

---

[21] Cuando murió Pértinax, los aspirantes al principado fueron Flavio Sulpiciano y Didio Juliano. Éste, contando con la ayuda del ejército, fue proclamado emperador en el 193 d.C., aunque murió asesinado poco después.

ñados sobre sus cascos por temor a que, desde lo alto de las casas, fueran atacados con piedras o trozos de tejas.

26.6.17. Mientras Procopio avanzaba sin temor alguno, el pueblo ni se enfrentaba a él ni le apoyaba. Sin embargo, se dejaban llevar por el atractivo de la novedad, algo innato entre la plebe y, sobre todo, les incitaba el hecho de que todos sin excepción detestaban a Petronio, como hemos relatado, pues éste con su violencia estaba aumentando sus riquezas y enfrentándose a diversos órdenes debido a la investigación tanto de algunos asuntos sepultados tiempo atrás como de deudas ya condonadas.

26.6.18. Y así, cuando el citado Procopio ascendió al estrado, como todos se quedaron inmóviles por la sorpresa, sintió temor ante este silencio agobiante y creyó que se había dirigido derecho a la muerte, como esperaba, ante lo cual todo su cuerpo comenzó a temblar y, sin poder hablar, permaneció callado durante bastante tiempo.

Finalmente, comenzó a decir unas pocas palabras con voz entrecortada y moribunda, justificándose por su parentesco con la familia imperial. Y entonces, mediante los comentarios de unos pocos que habían sido sobornados, y después ya con la aclamación tumultuosa de la plebe, fue nombrado emperador en medio de una gran confusión.

Después de esto, se dirigió rápidamente a la curia. Pero, como no encontró allí a nadie ilustre, sino tan sólo a unas pocas personas de baja condición, entró raudo en el palacio con los peores presagios.

26.6.19. Algunos se sentirán admirados de cómo algo que comenzó de forma tan irrisoria, precipitada y azarosa, se convirtió en una calamidad temible para el estado. Y tal vez, si son desconocedores de otros ejemplos del pasado, pensarán que era la primera vez que sucedía esto.

26.6.20. Como cuando Andrisco de Adramycio, nacido en una familia muy humilde, llegó a ser considerado Pseudofilipo y añadió una tercera y grave contienda a las guerras ma-

cedónicas. Así también, cuando el emperador Macrino se hallaba en Antioquía, Heliogábalo Antonino se rebeló en Emesa[22]. E igualmente, con el repentino ataque de Maximino, Alejandro Severo fue asesinado junto a su madre Mamea[23]. Por otra parte, en África, el viejo Gordiano fue empujado al poder y, angustiado por las preocupaciones de los peligros que le acuciaban, se quitó la vida ahorcándose[24].

26.7. Procopio se hace con Tracia sin derramar sangre y, mientras la caballería y la infantería marchan a través de ella, se los gana con sus promesas. Igualmente, con sus palabras, consigue atraerse a los jovios y a los víctores, que habían sido enviados contra él por Valente

26.7.1. Así pues, los que comerciaban con productos baratos y quienes servían en palacio o habían dejado de hacerlo, e igualmente los que, después de participar en la vida militar, se habían retirado a una vida más tranquila, se vieron inmersos, unos a la fuerza y otros de buen grado, en una aventura incierta e insólita. Algunos, creyendo que cualquier cosa era más segura que la situación que estaban viviendo, escaparon a escondidas de la ciudad y se dirigieron al campamento del emperador a marchas forzadas.

26.7.2. A todos ellos les adelantó con su rapidísima marcha Sofronio, entonces notario y posteriormente prefecto de Constantinopla, quien, cuando Valente iba a marchar ya desde Cesarea de Capadocia para llegar así a Antioquía –ya que en Cilicia el calor era llevadero–, después de contarle lo que había ocurrido, le hizo volver a Galacia con pocas esperanzas y sin saber bien qué hacer, como suele suceder en este tipo de ocasiones, pero dispuesto a hacerse con el control de una situación aún agitada.

---

[22] En el 218.
[23] En el 235.
[24] En el 238.

26.7.3. Mientras Valente marchaba apresurado y a toda prisa, Procopio se sentía angustiado y con preocupaciones constantes día y noche. Por ello, envió por delante a algunos emisarios falsos, quienes con astucia y confianza, fingiendo unos que habían llegado de Oriente, y otros de la Galia, decían que Valentiniano había muerto y que todo era favorable para el nuevo y propicio emperador.

26.7.4. Y como los intentos de revolución que comienzan con gran osadía suelen fortalecerse pronto en ocasiones, si se realizan con gran premura, Nebridio, que acababa de ser ascendido a prefecto del pretorio por la facción de Petronio para que sustituyera a Salutio, y Cesareo, prefecto de la ciudad de Constantinopla, son encadenados.

Además, se le ordena a Fronimio que se ocupe de la ciudad con poderes usuales y a Eufrasio que asuma el rango de maestro de oficios. Ambos eran galos reconocidos por sus conocimientos en las artes liberales. En cuanto a los asuntos militares, se le encomendaron a Gomoario y a Agilón, después de que se les convocara al servicio, pero fue una decisión algo precipitada como demostró finalmente su traición.

26.7.5. Así pues, como existía el temor de que el conde Julio, que estaba al frente de las tropas en Tracia, acudiría a los puestos de guardia cercanos y acabaría con el intento de revuelta si descubría los preparativos, planeraron una estrategia efectiva. Y así, mediante una carta que se le arrancó a la fuerza a Nebridio mientras estaba aún en prisión, carta en la que se fingía que, por orden de Valente, Julio debía tratar unos asuntos graves acerca de las revueltas entre los bárbaros, se le hizo acudir a Constantinopla, donde se le encerró con grandes medidas de seguridad.

Con este astuto plan, consiguieron ganarse a los pueblos belicosos de Tracia sin derramar sangre alguna, y obtuvieron así un apoyo fundamental para su intento de usurpación.

26.7.6. Una vez ejecutada esta acción con éxito, Araxio solicitó el favor de la corte y llegó a ser prefecto del pretorio, como si le hubiese apoyado su yerno Agilón. Y también a otros muchos

se les adjudicaron diversos cargos en la corte y gobiernos de las provincias, ya por la fuerza, en alguna ocasión y, en otras, porque se habían ofrecido ellos mismos incluso pagando a cambio.

26.7.7. Y, como suele suceder en las contiendas civiles, participaban algunos procedentes del pueblo más bajo, llevados por la desesperación y por su ciega ambición. Y, por contra, también algunos que habían nacido en las mejores cunas se lanzaron así a la muerte y al exilio.

26.7.8. Cuando, mediante estos medios y otros similares, parecía que la facción estaba ya consolidada, restaba tan sólo reunir a una tropa numerosa, aunque esto también se consiguió fácilmente –a pesar de que, en ocasiones, en este tipo de revueltas ése ha sido el motivo que ha hecho fracasar grandes empresas por mucho que tuvieran una causa justa–.

26.7.9. Y es que unas tropas de caballería y de infantería, que se habían reunido y que se estaban preparando para la campaña de Tracia, fueron muy bien recibidas y tratadas con liberalidad, ante lo cual, cuando estuvieron todas reunidas y tenían ya apariencia de ejército, codiciosos ante las extraordinarias recompensas que se les ofrecían, con un juramento que les acarrearía un duro castigo en caso de incumplimiento, prometieron que defenderían a Procopio con su propia vida.

26.7.10. Además, se produjo una circunstancia muy favorable para atraérselos. Y es que Procopio llevaba sobre su cuerpo la imagen de una hijita de Constancio cuyo recuerdo era venerado, dando así a entender que existía familiaridad con este emperador y con Juliano[25].

Además, se dio otro hecho afortunado para él, y es que Faustina, la madre de esta niña, estaba presente por casualidad cuando él recibió determinadas insignias de la vestimenta imperial.

---

[25] La edición de Rolfe omite esta mención a Juliano. La niña a la que se refiere Amiano es Constancia, que nació después de la muerte de Constancio (21,15,6) y que se casó con Graciano en el 374.

26.7.11. A esto se añadió otra acción que había que realizar rápidamente: eligió a algunos hombres, osados hasta la estupidez, les envió a apoderarse del Ilírico, sin otro recurso que su confianza y estratagemas como la de portar monedas de oro con la imagen del nuevo emperador. Pero fueron capturados por Equicio, el comandante militar de esas regiones, que les condenó a diversos tipos de muerte.

26.7.12. Como temía otros intentos similares, Equicio cerró los tres estrechísimos pasos por los que podía llegarse a las provincias del norte: uno, a través de la Dacia Ripense; otro, muy utilizado, a través de Succo; y un tercero, que atravesaba Macedonia, y que es denominado Acontisma.

Gracias a esta previsión, el usurpador perdió sus vanas aspiraciones de apoderarse del Ilírico, así como gran parte de sus posibilidades de conseguir indebidamente el poder.

26.7.13. Mientras se realizaban estos hechos, Valente, agitado ante la gravedad de las noticias y volviendo ya a través de Galacia, cuando se enteró de lo sucedido en Constantinopla, avanzó algo desconfiado y lleno de temor. Debido a este pánico repentino no podía pensar bien y se deprimió tanto que, incluso, llegó a plantearse renunciar a las vestiduras imperiales por tratarse de una carga demasiado pesada. Y, de hecho, ese hubiera sido su fin de no habérselo impedido los que le rodeaban. Pero, olvidando ese vergonzoso intento y con más firmeza debido al apoyo de los mejores, ordenó que se adelantaran dos legiones, denominadas jovios y víctores, para que atacaran el campamento de los traidores.

26.7.14. Cuando éstos ya se acercaban, Procopio en persona, que había regresado de Nicea y había llegado poco antes, unido a los Divitenses y a un confuso grupo de desertores que había conseguido reunir en unos pocos días, se apresuró hacia Migdo, lugar bañado por el río Sangario.

26.7.15. Allí, cuando las legiones se acercaban, prestas ya para luchar, Procopio intentó provocar al enemigo con una

escaramuza e irrumpió él solo cuando los contendientes comenzaban a lanzarse proyectiles.

Entonces, por un golpe afortunado, como si hubiera reconocido en el otro bando a un tal Vitaliano –aunque no se sabe bien si le conocía realmente–, se adelantó, le saludó amistosamente en latín y, estrechándole la mano, le besó entre el estupor de todos los presentes.

26.7.16. Luego dijo: «He aquí la arcana lealtad de los ejércitos romanos y sus pactos sellados por un juramento sagrado! !Os agrada, valerosísimos soldados, que las espadas estén alzadas en favor de tantos desconocidos, y que un indigno panonio, derribando y terminando con todo, se apodere de un imperio con el que no hubiera podido ni siquiera soñar, y nos haga gemir por vuestras y nuestras heridas! O ¿por qué no mejor seguís al descendiente de un insigne linaje, no para que se apodere de algo ajeno, sino para que, después de levantar con toda justicia las armas, se le restituya a la posesión de su majestad ancestral?».

26.7.17. Tranquilizados por estas prudentes palabras, todos los que habían llegado allí dispuestos a luchar con todas sus fuerzas se pasaron a su bando de buen grado con las águilas y las puntas de sus estandartes bajos. Y así, en lugar de esos horribles gritos que los bárbaros llaman «barrido», se escuchó cómo le aclamaban emperador y, en medio del acuerdo general, le condujeron al campamento rodeándole según la costumbre y, como es usual entre soldados, juraron por Júpiter que Procopio sería invencible.

26.8. Una vez Nicea y Calcedonia son liberadas del asedio, Bitinia cae en poder de Procopio quien, poco después, somete también Cyzico y el Helesponto

26.8.1. A este éxito de los traidores se añadió otro hecho aún más afortunado. Y es que un tribuno llamado Rumitalca, que se había unido al grupo de los partidarios de Procopio, y que debía encargarse del palacio, después de madurar cuidadosa-

mente su plan, atravesó el mar con sus soldados y llegó a un lugar llamado antes «Drepano» y ahora «Helenópolis», ocupando Nicea con más rapidez de la esperada.

26.8.2. Para asediar esta ciudad, además de otros expertos en este tipo de lucha, se envió a Vadomario, antiguo general y rey de los alemanes, mientras el propio Valente marchó presuroso a Nicomedia. Cuando partió de allí, se dedicó con todas sus fuerzas al asedio de Calcedonia, desde donde se lanzaban insultos contra su persona, y se burlaban de él llamándole «Sabaiario», pues la sabaia es una bebida que toma la gente humilde en el Ilírico y que es un zumo obtenido de la cebada o del trigo, hasta que se obtiene un licor.

26.8.3. Finalmente, agotado por la escasez de provisiones y por la resistencia obstinada de los defensores, estaba ya dispuesto a marcharse. Pero entonces, los que estaban encerrados en Nicea abrieron las puertas de repente, salieron y, después de terminar con gran parte de los atacantes, guiados por Rumitalca, persona de gran lealtad, intentaron llenos de valor rodear con sus espadas a Valente, que aún no había salido de los suburbios de Calcedonia.

Y habrían conseguido su objetivo, si no se hubiera extendido el rumor de lo que sucedía, ante lo cual, informado Valente del peligro que se le venía encima, pudo burlar al que seguía en vano sus huellas a través del lago Sunonense y el sinuoso curso del río Galo.

Este hecho hizo que Bitinia cayera también en poder de Procopio.

26.8.4. Cuando Valente volvió raudo desde aquí a Ancira y supo que se acercaba ya Lupicino desde Oriente con fuerzas nada despreciables, enardecido por la esperanza de una mejora de la situación, envió a Arinteo, el mejor de sus generales[26], para que saliera al paso a sus enemigos.

---

[26] Cfr. 25,5,2; 25,7,7.

26.8.5. Cuando éste llegó a Dadastama, el puesto de guardia en el que, según hemos narrado, murió Joviano[27], vio de repente frente a él, acompañado por sus tropas, a Hiperechio, que se había ocupado anteriormente de las provisiones del ejército, esto es, había sido el sirviente encargado de satisfacer el vientre y la garganta. Pero ahora Procopio, por amistad, le había confiado la misión de guiar las tropas auxiliares.

Entonces, como Arinteo no quería superar en combate a un hombre despreciable, confiado en su autoridad y en la altura de su cuerpo, ordenó a los propios enemigos que encadenaran a su general, ante lo cual esta sombra del general de soldados fue apresado por sus propios hombres.

26.8.6. Mientras los hechos van desencadenándose de este modo, cierto Venusto, que había sido enviado mucho antes a Nicomedia para que repartiera como paga entre los soldados diseminados por Oriente el oro que le habían confiado, al conocer esta triste noticia y darse cuenta de que el momento no era propicio, marchó rápidamente a Cyzico con el dinero que le había sido confiado.

26.8.7. Allí encontró casualmente a Sereniano, que entonces era conde de la guardia personal del emperador, y que había sido enviado para custodiar el tesoro.

Sereniano, confiado en una guarnición armada con premeditación, se encargaba de proteger esta ciudad, rodeada por murallas inexpugnables y conocida también por sus antiguos monumentos. Para atacarla, Procopio había enviado una tropa poderosa, con la intención de apoderarse también del Helesponto, pues ya había obtenido Bitinia.

26.8.8. Pero su objetivo se veía retrasado porque, con frecuencia, las tropas de asedio eran alcanzadas por flechas, hondas y otro tipo de proyectiles. Además, los defensores, con astucia, habían cerrado la puerta con una fortísima cade-

[27] Cfr. 25,10,12.

na de hierro, que no podía ser forzada ni siquiera por las naves enemigas provistas de espolón.

26.8.9. Esta cadena, después de numerosos intentos de los soldados y de sus generales, agotados ya por la terrible dureza de la lucha, consiguió romperla un tribuno llamado Aliso, destacado y prudente luchador. Y lo consiguió de este modo:

Unió tres naves y colocó encima una formación dispuesta con el siguiente orden: delante aparecían de pie soldados armados y apiñados con los escudos cubriéndoles la cabeza. Detrás de ellos otros inclinados y a menor altura. Los terceros aparecían más bajos aún, de manera que, como los últimos estaban sentados sobre los talones, formaban una especie de construcción curvada. Este tipo de formación es el que se utiliza en luchas contra murallas, porque así los proyectiles y las piedras resbalan por la superficie curvada y caen sin producir daño, semejantes al agua de lluvia.

26.8.10. Y así Aliso, un hombre robusto, protegido momentáneamente del lanzamiento de armas, logró colocar un palo debajo y, golpeando con gran fuerza la cadena con un hacha, la rompió. Y así ya, sin esta protección, se abrió una entrada a través de la cual la ciudad, ya indefensa, quedó expuesta al ataque enemigo.

Por ello, una vez muerto el promotor de toda esta revuelta y castigados severamente sus cómplices, este mismo tribuno, en atención a su hazaña, pudo mantener su posición militar, aunque mucho después murió en Isauria asesinado por un grupo de bandidos.

26.8.11. Una vez abierta Cyzico en esta contienda, Procopio se dirigió a ella precipitadamente, y perdonando a todos los que se habían mostrado contrarios a él, ordenó que tan sólo Sereniano fuera encandenado, enviado a Nicea y encerrado allí con las más estrictas medidas de seguridad.

26.8.12. Poco después alcanzó el rango de procónsul Hormisda, un joven maduro, hijo de aquel príncipe del mismo

nombre[28]. Según la costumbre antigua, Hormisda debía encargarse de los asuntos civiles y militares.

Fue un administrador sereno de acuerdo con su carácter. Pues bien, en una ocasión, cuando iba a ser apresado por la rápida incursión de unos soldados enviados por Valente a través de senderos de Frigia, escapó con tal ímpetu que, mediante una nave que había preparado para las circunstancias difíciles, pudieron escapar él y su esposa, que le seguía y que casi fue cautivada, aunque logró protegerla de la nube de flechas que la rodeaba. Era una matrona rica y noble, cuya honestidad y firme resolución libraron con el tiempo a su marido de terribles peligros.

26.8.13. Con esta victoria, Procopio, sintiéndose por encima de los demás mortales, e ignorando que cualquier persona feliz, cuando gira la rueda de la Fortuna, puede convertirse en la persona más desgraciada antes de que llegue la noche, ordenó que saquearan el hogar de Arbitión, un hogar lleno de objetos de valor incalculable, y a cuyo dueño había protegido antes creyendo que le apoyaba.

Pero Procopio se indignó porque, cuando mandó a Arbitión que acudiera junto a él, éste demoró su venida en varias ocasiones, poniendo como excusa los achaques de la vejez y la enfermedad.

26.8.14. Y aunque el usurpador temía serios problemas por este hecho, sin embargo, como ya podía moverse libremente por las provincias orientales sin que nadie se le opusiera, e incluso contando con el favor de todos, pues eran gentes ávidas de algún cambio que estaban hastiadas del imperio, estuvo algo remiso a la hora de apoderarse de algunas ciudades de Asia y de apresar a algunos expertos en obtener dinero, que podrían haberle ayudado en los tremendos y frecuentes combates que le esperaban, quedando así romo a la manera de una espada afilada.

---

[28] Hijo de Hormisda II, rey de Persia desde el 302 hasta el 309.

26.8.15. Al igual que en otra época Pescenio Níger, cuando fue llamado insistentemente por el pueblo romano para que les ayudara en una situación extrema, como se detuvo demasiado en Siria, fue derrotado por Severo en el Golfo Ísico –situado en Cilicia, el mismo donde Alejandro derrotó a Darío– y, aunque huyó, murió finalmente en cierto suburbio de Antioquía a manos de un soldado raso.

26.9. Procopio, abandonado por los suyos en Bitinia, Lidia y Frigia, es entregado vivo a Valente y muere decapitado

26.9.1. Esto era lo que sucedía en pleno invierno durante el consulado de Valentiniano y de Valente. Pero cuando la más alta magistratura les correspondió a Graciano –que era un ciudadano normal–, y a Dagalaifo al iniciarse ya la primavera, Valente reunió a sus fuerzas y, junto a Lupicino y a unas tropas auxiliares inquebrantables, se dirigió rápidamente a Pessinunte, ciudad que perteneció en la antigüedad a Frigia y ahora a Galacia.

26.9.2. Una vez defendida ésta por una guarnición muy segura para evitar que se produjera algún hecho inesperado en aquellas regiones, en rápida marcha junto a los pies del alto monte Olimpia y a unos frondosos bosques, se dirigió hacia Licia para atacar a Gomoario, que permanecía allí ocioso.

26.9.3. Pero se encontró con una oposición total debido sobre todo a que su enemigo, como hemos relatado anteriormente[29], llevaba junto a él en una litera a la hijita de Constancio y a su madre Faustina, tanto cuando se disponían para la campaña como cuando iba a comenzar la lucha. Con esta treta, conseguía inflamar la cólera de los soldados para que lucharan con más valor, ya que creían que estaban defendiendo a la familia imperial, a la que Procopio se sentía unido.

---

[29] Cfr. 26,7,10.

Esto era similar a lo que hicieron en alguna ocasión los macedonios cuando iban a luchar con los ilíricos, ya que colocaron a su rey, que era un niño todavía, en una cuna situada detrás de la línea de fuego, con lo cual atacaron con más ímpetu a sus adversarios, para evitar que el niño fuera hecho cautivo [30].

26.9.4. Frente a esta táctica tan astuta, el emperador intentó remediar su peligrosa situación con un inteligente plan: pidió a Arbitión, excónsul y retirado desde hacía bastante tiempo, que acudiera junto a él pues, de este modo, por respeto a un general de Constantino, se suavizarían los ánimos de los rebeldes. Y esto fue lo que ocurrió de hecho.

26.9.5. Ya que cuando Arbitión, que les superaba tanto en edad como en dignidad, mostró sus venerables canas a una multitud inclinada a la perfidia, llamó a Procopio «salteador de caminos» y, en cambio, a los soldados que le habían seguido en su insensata acción, les llamó «hijos» y «compañeros de pasadas fatigas», suplicándoles que le siguieran como a un padre reconocido por sus exitosas campañas, y que no se decantaran por un canalla decrépito, cuya caída y destitución estaban ya cercanas.

26.9.6. Cuando Gomoario se enteró de esto, aunque hubiera podido burlar a los enemigos y volver sano y salvo desde donde estaba, no desaprovechó su oportunidad y se dirigió al campamento del emperador, que estaba cercano. Allí simuló ser un cautivo que se había visto rodeado de repente por el ataque de un numeroso grupo de enemigos.

26.9.7. Valente, muy alterado, se dirigió a Frigia. Pero, cuando los dos bandos entablaron combate junto a Nacolia, y el combate se mantenía igualado, Agilón traicionó de repente a su bando, siendo seguido por muchos que estaban ya blan-

[30] Cfr. Justin. 7,2,5 y ss.

diendo sus armas y espadas, quienes se pasaron al bando del emperador con sus estandartes y con sus escudos al revés, señal clarísima de entrega.

26.9.8. Cuando se produjo este hecho inesperado para todos, Procopio vio ya perdidas todas sus posibilidades, ante lo cual huyó a pie y buscó algún lugar oculto entre los bosques y los montes que le rodeaban. Le siguieron Florencio y el tribuno Barchalba, famoso ya desde las terribles batallas de la época de Constancio, y quien se había unido a esta vil empresa empujado por la necesidad y no por el deseo.

26.9.9. Y así, transcurrida la mayor parte de la noche, la luna, que mantuvo su resplandor desde el atardecer hasta que clareó, aumentó el temor de Procopio quien, como no tenía ninguna posibilidad de escapar, ni nadie que le aconsejara –hecho frecuente en circunstancias de extrema necesidad–, maldecía la maldad y los reveses de la fortuna.

De este modo, mientras estaba inmerso en un mar de preocupaciones, de repente, fue encadenado por los que le seguían y, al amanecer, fue conducido al campamento y entregado al emperador, manteniéndose inmóvil y en silencio.

Sin más demoras, le cortaron la cabeza y terminaron así con un torbellino de contiendas civiles y de guerras.

Eso mismo había sucedido antiguamente con Perpenna quien, después de asesinar a Sertorio en un combate, obtuvo el poder durante algún tiempo, pero fue sacado de los lugares donde se había escondido y entregado a Pompeyo, que ordenó que le ejecutaran [31].

26.9.10. En medio de esta indignación, Florencio y Barchalba, que habían entregado a Procopio, fueron ejecutados rápidamente sin ninguna razón. Lo cierto es que si hubieran traicionado a un príncipe legítimo, la propia justicia hubiera decretado con razón que se les ejecutase. Pero en caso de entregar a

[31] En el 72 a.C. Cfr. Liv, *Epit.* 96; Vell. 2,30,1; Plut, *Sert.* 26.

un rebelde, a una amenaza para la paz de Roma, como se decía, hubieran debido otorgárseles grandes recompensas como premio a una acción memorable.

26.9.11. Procopio murió a la edad de cuarenta años y diez meses. No era feo, ni de estatura mediocre. Bastante moreno, con la cabeza siempre baja cuando caminaba. En sus secretos y miserias se parecía a aquel Craso, de quien dicen Lucilio y Cicerón que se rio tan sólo una vez en su vida, pero que, y esto es admirable, no se manchó jamás de sangre mientras vivió [32].

26.10. Marcelo, que pertenecía a la guardia personal, así como otros muchos partidarios de Procopio, son condenados a muerte

26.10.1. Casi en esos mismos días, conocida ya la traición de los soldados y la muerte de Procopio, Marcelo, que formaba parte de la guardia personal y era pariente de Procopio, cuando estaba al frente de una guarnición en Nicea, en mitad de los horrores de la noche, cogió por sorpresa a Sereniano, que estaba encerrado en el palacio [33], y lo mató, provocando así una muerte que salvó la vida a muchos.

26.10.2. Y es que si hubiera sobrevivido a la victoria este hombre de costumbres rudas y ardiente deseo de causar daño, querido además para Valente por la semejanza de sus costumbres y por ser compatriotas, conociendo además como conocía los deseos secretos del príncipe y siendo bastante inclinado a la crueldad, habría causado la muerte de muchos inocentes.

26.10.3. Una vez muerto Sereniano, tras rápida marcha, el propio Marcelo ocupó Calcedonia y, entre los gritos de unos pocos empujados al crimen por su vileza y su desesperación,

---

[32] Cfr. Lucil. 1299,1300; Cic, *Fin.* 5,30,92; *Tusc.*3 ,15,31.
[33] Cfr. 26,8,11.

asumió un sombrío y funesto principado al que se había visto empujado por dos razones: en primer lugar, porque los reyes de los godos, ya pacificados, habían enviado tres mil hombres como ayuda para Procopio. Éste los había solicitado por su parentesco con Constancio y, por ello, Marcelo pensaba que estos hombres se pasarían a su bando por un precio bajo.

En cuanto a la segunda razón, era que no sabía aún lo ocurrido en el Ilírico.

26.10.4. En medio de esta situación tan agitada, cuando espías veraces informaron a Equicio de que el peso de la guerra había pasado por completo hacia Asia, marchó a través de Succo y, con grandes fuerzas, intentó abrir Filipópolis, la antigua Eumolpiadas, cerrada por guarniciones enemigas. Era una ciudad estratégica que podría impedir que consiguiera su objetivo si quedaba a sus espaldas cuando acudiera en ayuda de Valente –pues aún no sabía lo sucedido en Nacolia–, cuando se le ordenara marchar presuroso a Hemimunte.

26.10.5. Pero, al conocerse poco después la vana presunción de Marcelo, se envió a unos soldados audaces y dispuestos, quienes le capturaron y le apresaron como si fuera un esclavo a quien debían castigar.

Después de unos pocos días, fue torturado y sus costados quedaron llenos de latigazos, trato similar al que recibieron sus partidarios. Murió así habiendo realizado tan sólo una acción positiva: el que quitó de en medio a Sereniano, cruel como Phalaris, quien, para defender su lealtad hacia uno o hacia otro, ponía como excusa falsa la crueldad de diversas prácticas mágicas[34].

26.10.6. Con la muerte del cabecilla, se extinguió el fuego de la guerra, y comenzó contra muchos un castigo más cruel

[34] Phalaris era un tirano de Agrigento (570 al 554 a.C.) famoso por su crueldad (cfr. Cic, *Off.* 2,7,26; Val. Max. 9,2,9) y dado a la práctica de artes mágicas.

que el que habían merecido sus errores o delitos. Este castigo se aplicó sobre todo contra los defensores de Filipópolis, que sólo se rindieron a regañadientes ellos mismos y entregaron su ciudad cuando vieron cómo era transportada a la Galia la cabeza de Procopio.

26.10.7. Sin embargo, gracias a las súplicas de algunos, ciertos acusados fueron tratados con más suavidad. Entre ellos podemos citar a Araxio, que había accedido a la prefectura cuando peor era la situación[35]. Éste, gracias a la intercesión de Agilón, su yerno, fue desterrado a una isla, pero escapó poco tiempo después.

26.10.8. En cuanto a Eufrasio y a Fronemio, fueron enviados a Occidente y confiados a la voluntad de Valentiniano. De ellos, Eufrasio fue absuelto, pero Fronemio fue deportado al Queroneso y, a pesar de haber cometido el mismo crimen, fue tratado con más dureza tan sólo por el hecho de haber sido bien tratado por Juliano, ya divinizado. Y es que las reseñables virtudes de éste eran despreciadas por los dos hermanos que compartían el poder como príncipes, quienes no eran ni iguales a él ni parecidos siquiera.

26.10.9. A estos hechos se añadían otros más serios y más temibles que los que se producían en los propios combates, porque las ejecuciones, torturas y cruentos procesos alcanzaban a personas de cualquier fortuna y condición, sin respetar en absoluto ni edades ni dignidades. No en vano, con el pretexto de mantener la paz, se estaban realizando saqueos detestables, de manera que todos maldecían una infausta victoria que había resultado al final peor que cualquier guerra.

26.10.10. Lo cierto es que, en situaciones dominadas por armas y clarines de guerra, la igualdad de condiciones aminora los peligros; la fortaleza y el valor guerrero destruyen o en-

---

[35] Cfr. 26,7,6.

grandecen lo que atacan; y la muerte, si llega a darse, no supone ningún tipo de deshonor, pues conlleva tanto el final de la vida como del sufrimiento. Pero, cuando las leyes y las condiciones son impuestas por la maldad, y cuando los jueces basan *su autoridad en la imitación* de las decisiones de Catón o de Casio[36], y suceda lo que suceda, la vida o la muerte de los prisioneros depende de su voluntad altanera y de su capricho, entonces se llega inevitablemente a una miseria temible para todos.

26.10.11. Pues cuando cualquiera que en esta época, fuera por el motivo que fuera, se había hecho valer y había alcanzado casi el poder imperial, consumido por la ambición de poseer todo lo que no tenía, acusaba a otro, aunque fuera una persona de inocencia probada.

26.10.12. Además, contaban con un emperador siempre dispuesto a hacer daño, e inclinado a la maldad, un emperador que admitía esas funestas delaciones y que se dejaba llevar por un desenfreno de condenas, sin tener en cuenta la opinión de nuestro Cicerón, que consideraba infelices a quienes se creían con derecho a todo[37].

26.10.13. Esta implacabilidad en una causa realmente justa, pero vergonzosa ya después de la victoria, supuso la tortura para muchos inocentes, ya fuera colocándoles en el potro o teniendo que soportar los golpes de un cruel verdugo. No en vano para ellos, si la naturaleza lo hubiera permitido, habría sido mejor perder diez vidas en la batalla antes que acabar con los costados llenos de latigazos, cuando eran completamente inocentes, y antes que ser castigados por un crimen de alta traición y mutilados en medio de los lamentos de todos, que es más triste que cualquier otro tipo de muerte.

---

[36] Cfr. Cic, *De or.* 3,52,199 y *Verr.* 2,3,62. La severidad excesiva es mencionada también por Amiano con el referente de Catón o de Casio en 22,9,9.

[37] No hemos conservado este pasaje de Cicerón.

26.10.14. Finalmente, cuando la crueldad fue superada ya por los sufrimientos causados, los hombres más distinguidos soportaron proscripciones, exilios y penas que a algunos les parecían más leves, aunque fueran igualmente duras. Además, para que otro pudiera enriquecerse, alguna persona de origen noble o incluso con grandes méritos, debía perder su patrimonio y consumirse de pena en el exilio, o bien tenía que vivir de limosna, sin que se pusiera ningún tope a estas desgracias, hasta que el príncipe y los que le rodeaban saciaron su sed de riquezas y de sangre.

26.10.15. Mientras aún seguía con vida este usurpador de quien hemos narrado tanto sus múltiples acciones como su muerte, el veintiuno de julio, en el primer consulado de Valentiniano y de su hermano[38], súbitamente, se produjeron por todo el mundo fenómenos horribles de una magnitud como no hemos encontrado jamás ni en mitos ni en narraciones verídicas de la antigüedad.

26.10.16. Por ejemplo, un poco después del amanecer, tras una negra tormenta llena de relámpagos y truenos, toda la superficie de la tierra se vio sacudida y tembló; el mar se abrió y las olas se replegaron, de manera que quedaron al descubierto las profundidades y pudo verse a muchas especies de animales marinos atrapados en el fondo. Fue entonces cuando, según se creyó, valles y montes enormes vieron por primera vez la luz del sol, después de que la naturaleza creadora los hubiera colocado en las profundidades del mar.

26.10.17. Así pues, muchas naves quedaron varadas como si estuvieran en tierra firme y, libremente, entre lo poco que quedaba de las olas, podían capturarse con las manos peces y otras especies similares.

Entonces el fondo del mar, bramando como si estuviera en desacuerdo con este retiro forzoso, se elevó a su vez y, a tra-

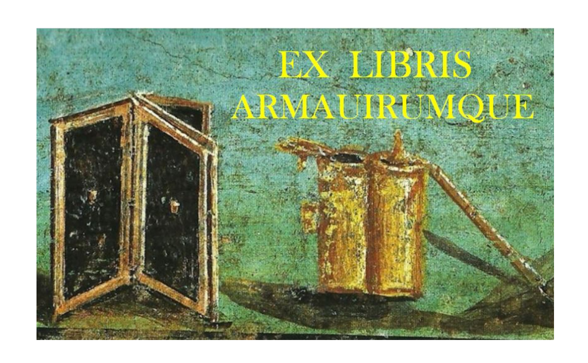
[38] Es decir, en el año 365.

vés de grandes superficies, se lanzó con violencia sobre islas y sobre la tierra firme, arrasando innumerables construcciones y templos, ya en ciudades o ya donde se topaba con ellas.

De este modo, como si el mundo se hubiera vuelto loco y se hubieran trastocado sus elementos, se produjeron fenómenos insólitos.

26.10.18. Y es que esta enorme masa de agua se retiró cuando menos se esperaba, causando un desastre y haciendo que murieran ahogados varios miles de personas. Además, con los remolinos de agua, algunas naves se hundieron al alterarse toda la superficie del mar y, en cambio, algunos cadáveres de personas ahogadas salieron a la superficie y quedaron flotando boca arriba o boca abajo.

26.10.19. Otros barcos enormes, arrastrados por la furia de las olas, llegaron a encallar en lo alto de algunas construcciones, como sucedió en Alejandría. Y algunos fueron lanzados hasta una distancia de dos millas tierra adentro, lo que posibilitó que, cuando caminábamos junto a la ciudad de Mothone, viéramos un barco laconio, completamente destruido por haber estado a la intemperie durante mucho tiempo.



LIBRO 27

27.1. Los alemanes derrotan a los romanos y matan a los condes Charietón y Severiano

27.1.1[1]**.** Mientras en la zona oriental iban desencadenándose los distintos sucesos que hemos narrado, los alemanes, que habían soportado pérdidas y sufrimientos terribles en sus continuos enfrentamientos contra el César Juliano, recuperaron finalmente sus fuerzas, aunque éstas nunca llegaron a igualar a las anteriores. Entonces, debido al motivo señalado anteriormente[2], comenzaron a sembrar el pánico cruzando, en sus incursiones, las fronteras de la Galia.

No en vano, apenas iniciado el mes de enero, cuando en esas zonas heladas la fría estación invernal atenazaba a todos con su gélida dureza, un gran número de ellos se puso en marcha moviéndose a su antojo en formaciones diversas.

27.1.2. Para enfrentarse a la primera división de los alemanes, se puso en marcha Charietón, que entonces era conde en

---

[1] Estamos en los años 365-366.

[2] El motivo no es otro que lo mal que fueron tratados sus mensajeros, tal como se narra en 26,5,7.

ambas Germanias, y que contaba con soldados ávidos de lucha[3]. Esta tarea era compartida también por el conde Severiano, ya débil y anciano, quien en Cabilona[4] había estado al frente de los divitenses y de los tungricanos[5].

27.1.3. Así pues, una vez reunidas las tropas en formación compacta y construido rápidamente un puente sobre un riachuelo, los romanos divisaron a lo lejos a los bárbaros y comenzaron a atacarles con flechas y otras armas arrojadizas ligeras, que fueron devueltas por ellos una a una.

27.1.4. Pero cuando los hombres llegaron al combate cuerpo a cuerpo empuñando sus espadas, nuestra formación fue rechazada por el duro acoso de los enemigos, sin que pudiéramos ni oponer resistencia, ni demostrar nuestro valor, ya que todos se dieron a la fuga llenos de temor al ver a Severiano arrojado de su caballo y atravesado por un arma[6].

27.1.5. Ante esto, el propio Charietón intentó contener con gran audacia a los que se retiraban, para lo cual se colocó delante y les lanzó gritos de reproche, en un intento de que su resistencia acabara con esa vergonzosa huida. Sin embargo, también él cayó atravesado por un golpe mortal.

27.1.6. Tras esta muerte, los bárbaros arrebataron el estandarte a los érulos y a los bátavos, y lo mostraron en alto, saltando y burlándose una y otra vez, hasta que conseguimos recuperarlo después de grandes combates.

---

[3] Los alemanes cuentan con tres divisiones, y es a la primera a la que se enfrentará Charietón (cfr. 27,10,5).

[4] La actual Châlons-sur-Saône.

[5] Cfr. 26,6,12.

[6] La edición de Belles Lettres acepta la lectura *per os fossum*, de manera que se especifica que Severiano cayó con el rostro atravesado por el disparo.

27.2. Jovino, comandante de caballería en la Galia, masacra por sorpresa a dos compañías de alemanes. Además, derrota a una tercera compañía en un combate en Catelaunos[7], causando la muerte a seis mil hombres y heridas a cuatro mil

27.2.1. Al conocerse este desastre, se produjo una tristeza extrema, ante lo cual Dagalaifo fue enviado desde París para mejorar en lo posible la situación. Pero, como éste vaciló durante mucho tiempo alegando que no podía atacar a los bárbaros, porque éstos se habían dispersado por lugares diversos, se le volvió a llamar algún tiempo después para que asumiera la dignidad consular junto con Graciano[8], que entonces era un ciudadano más.

Así pues, se le encargó la misión a Jovino, comandante de caballería quien, una vez preparado y habiendo tomado todas las precauciones necesarias, protegió los dos flancos de sus tropas y se dirigió hacia un lugar denominado Escarpona. Allí sorprendió a una gran multitud de bárbaros antes de que pudieran armarse y los masacró rápidamente a todos.

27.2.2. Condujo entonces a sus soldados, exultantes con la gloria alcanzada tras su victoria, a destruir a un segundo grupo de bárbaros.

Mientras este insigne líder avanzaba lentamente, gracias a las noticias veraces de sus exploradores, se enteró de que una tropa de bárbaros estaba descansando junto al río después de saquear las ciudades cercanas, ante lo cual, cuando ya estaba cerca, se escondió en un valle muy oscuro debido a la espesura de la vegetación y vio cómo algunos estaban bañándose, otros arreglándose el pelo según su costumbre[9] y otros bebían tranquilamente.

---

[7] Es la actual Châlons-sur-Marne.

[8] Cfr. 26,9,1.

[9] Como indican Diodoro de Sicilia (5,28-1-2), Plinio el Viejo (*Hist.* 28,51,191), Suet. (*Calig.* 47), o Val. Max. (2,1,5) los bárbaros solían reforzar con tintes el color rubio de sus cabellos. Esta costumbre fue adoptada también por los romanos, sobre todo por sus mujeres, desde la época de Catón.

27.2.3. Aprovechando, pues, este momento tan favorable, en un instante dio la señal mediante las trompetas e invadió el campamento de estos saqueadores.

Los germanos, que tan sólo tuvieron oportunidad de lanzar amenazas vanas e insultos, no pudieron ni ordenar las armas que tenían dispersas, ni preparar sus formaciones, ni ofrecer resistencia alguna ante el apremiante ataque del bando vencedor.

De hecho, muchos cayeron atravesados por las jabalinas o las espadas, con excepción de aquellos que huyeron a pie y pudieron esconderse por caminos sinuosos y estrechos.

27.2.4. Con este resultado tan favorable, propiciado por el valor y la fortuna, Jovino guió a sus soldados con mayor confianza. Envió así por delante a un diligente grupo de informadores y movió con rapidez su campamento hacia donde estaba el resto de la tercera legión.

Después de una marcha apresurada, los encontró a todos junto a Catelaunos [10] dispuestos para el enfrentamiento.

27.2.5. Una vez preparado todo como convenía, hizo que sus hombres comieran y descansaran todo lo posible y, al amanecer, dispuso sus tropas en campo abierto, desplegándolas según una táctica astuta que le permitía ocupar un gran espacio. Con esta treta, los romanos parecían igualar en número a los bárbaros, siendo en realidad menos numerosos, aunque de igual valor [11].

27.2.6. Y así, una vez que las trompetas dieron la señal y comenzó el combate cuerpo a cuerpo, los germanos permanecieron inmóviles aterrados ante el aspecto temible [12] de los estandartes, que resplandecían al sol.

---

[10] Châlons-sur-Marne.

[11] Cfr. 24,1,3.

[12] La edición de Belles Lettres menciona *sueta* en vez de *saeva*, con lo cual, en vez de «temible», traduciríamos por «el aspecto usual de los estandartes».

Pero, después de ese momento de vacilación, se recuperaron, alargándose el combate hasta el final del día. En él, gracias a su poderoso ataque, nuestros soldados hubieran podido obtener el éxito merecido por su labor bien realizada sin sufrir graves pérdidas, de no ser porque Balchobaude, tribuno de la guardia armada, un hombre tan pomposo como cobarde, no se hubiera retirado al atardecer aprovechando la confusión.

Lo cierto es que, si el resto de las cohortes le hubieran seguido, el resultado habría sido desastroso, hasta tal punto que ninguno de los nuestros habría podido vivir para contar lo sucedido.

27.2.7. Pero los soldados demostraron tal fortaleza de ánimo y derrocharon tanto esfuerzo que consiguieron herir a cuatro mil enemigos y matar a otros seis mil, sin perder a más de mil doscientos hombres, con un número de heridos no superior a los doscientos.

27.2.8. Una vez que la llegada de la noche hizo que se detuviera el combate para que los hombres, ya agotados, recuperaran sus fuerzas, cuando se acercaba el amanecer, este destacado líder dispuso a su ejército en formación cuadrada [13].

Y cuando descubrió que los bárbaros habían huido protegidos por la oscuridad, sin temer ya ninguna emboscada, los persiguió a través de un espacio abierto y llano, para lo cual tuvo que pasar por encima de los moribundos y de aquellos que habían perecido por el dolor insoportable de sus heridas, contraídas además a causa del frío.

27.2.9. Prosiguió Jovino su avance, pero regresó sin encontrar a ningún bárbaro, enterándose entonces de que el rey de las tropas enemigas, junto a unos pocos bárbaros, había sido cap-

---

[13] Es una estrategia de ataque, en la que todos los soldados se disponen en formación cuadrada o rectangular, con el material en el centro.

turado y ejecutado por los ascarios [14], a los que él mismo había enviado por otro camino para saquear el campamento alemán.
Enojado por ello, determinó juzgar al tribuno que había osado realizar esta acción sin consultar con la autoridad superior. Y le hubiera condenado si no hubiera conseguido demostrar con pruebas irrefutables que este hecho atroz se había debido a la ira de los soldados.

27.2.10. Después de esto, cuando Jovino regresó a París ennoblecido por estas hazañas, el emperador le recibió feliz y, al poco tiempo, le nombró cónsul [15], añadiéndose además a este cúmulo de alegrías el que, en esa misma época, recibió la cabeza de Procopio enviada por Valente.

27.2.11. Además de lo narrado, se produjeron otros muchos combates de menor importancia en las distintas zonas de la Galia, pero no merece la pena mencionarlos ahora, porque su resultado no tuvo una gran influencia y no conviene alargar el relato con hechos insignificantes [16].

27.3. Acerca de los tres prefectos de la Ciudad: Símmaco, Lampadio y Vivencio. Y acerca de cómo, durante el mandato de este último, se produjeron disputas entre Dámaso y Ursino por el obispado de Roma

27.3.1. Fue en ese momento o poco antes cuando en Tuscia Annonaria [17] se produjo un portento desconocido hasta en-

---

[14] Al igual que los érulos o los bátavos, formaban parte de las tropas, y eran cuerpos especiales que se reclutaban entre los bárbaros.

[15] En el 367.

[16] Insiste Amiano en la idea ya expuesta en el inicio del libro 26, en el sentido de que sólo debe narrarse lo esencial, separándose de la historiografía postclásica, tan dada al relato de minucias y anécdotas y volviendo así a la gran historiografía clásica.

[17] Tuscia, o Etruria, estaba dividida en dos partes. La mencionada aquí es la Tuscia Annonaria «que aporta o produce trigo», y la otra es la Tuscia Urbicaria o Suburbicaria «la cercana a la ciudad», es decir, a Roma.

tonces, de tal manera que ni siquiera los expertos en este tipo de prodigios supieron qué era lo que anunciaba.

Consistió en que, en la ciudad de Pistoia, aproximadamente a la hora tercera y delante de muchos testigos, un asno subió a una tribuna y comenzó a rebuznar con insistencia. Y lo cierto es que, para estupefacción de todos los que estaban allí presentes o de quienes se lo escucharon contar a otros, aunque nadie consiguió averiguar lo que sucedería, posteriormente ocurrió lo que este portento había anunciado [18].

27.3.2. Y es que Terencio, un panadero de familia humilde nacido en esta ciudad, como recompensa por haber acusado de malversación al antiguo prefecto Orfito, alcanzó el rango de censor en esta provincia.

Enardecido por esto, causó después graves desórdenes, pero fue acusado de haber mentido en un asunto relacionado con unos capitanes de barco, según se decía, y murió a manos del verdugo en la época en la que Claudio ostentaba el poder en Roma [19].

27.3.3. Pero mucho antes de que esto ocurriera, Aproniano fue sucedido por Símmaco, un hombre que merece ser citado entre los principales ejemplos de cultura y de moderación [20].

Mientras él gobernó Roma, esta ciudad venerable disfrutó como nunca de tranquilidad y de riquezas. Además la dotó

---

[18] Este presagio se produjo en el 364, aunque los hechos a los que Amiano se refiere sucederán en el 366.

[19] Se trata de Claudio Hermogeniano Cesarión, que fue prefecto de Roma en el 374. El prodigio, pues, en el que un asno ascendía a una tribuna y hacía algo inusual, parece presagiar cómo una persona de nacimiento humilde ascendería de posición y sería castigado por realizar alguna acción inapropiada.

[20] Es L. Aurelio Símmaco, un noble romano que tratará siempre afectuosamente a Amiano (cfr. 21,12,24). Como aparece en el texto que estamos traduciendo, sucede a Aproniano como prefecto de Roma, durante el 364-365. Será nombrado cónsul en el 377 y fue conocido por su talento de orador. Parece extraño que Amiano no mencione en la obra a su hijo, ya que fue gran amigo y protector del historiador cuando viajó a Roma.

de un espléndido y solidísimo puente que él mismo hizo construir y que consagró para alegría de unos ciudadanos realmente ingratos como se demostró claramente después[21].

27.3.4. Y es que éstos, después de algunos años, quemaron su magnífico hogar, situado al otro lado del Tíber, impulsados por cierto plebeyo insignificante que, sin contar con ninguna prueba ni testigo, había inventado y había difundido que Símmaco iba a utilizar el vino para el mantenimiento de sus hornos, antes que venderlo al precio que todos esperaban[22].

27.3.5. El siguiente prefecto de Roma fue Lampadio[23], antiguo prefecto del pretorio, un hombre que no soportaba el que no se le alabara por hacer algo con más prudencia que los demás, incluso cuando se trataba de escupir. Sin embargo, en ocasiones, se mostraba también como persona severa y frugal.

27.3.6. Pues bien, cuando Lampadio ofreció unos juegos magníficos y mostró una gran generosidad, no pudo soportar las protestas groseras de la plebe que, con frecuencia, le apremiaba para que hiciera más donaciones. Entonces, para demostrar su dadivosidad y su desprecio por la gentuza, hizo venir desde el Vaticano a algunos menesterosos y les otorgó grandes riquezas.

27.3.7. Para no extendernos demasiado al tratar sobre la vanidad de Lampadio, vamos a mencionar un hecho tal vez insignificante, pero que debe ser evitado por las personas poderosas.

---

[21] Símmaco, como prefecto de Roma, era el encargado de restaurar y de construir puentes. El que se menciona en el texto es el *pons Valentiniani*, que podemos identificar con el *pons Agrippae*.

[22] Cfr. Plin, *Nat*. 36,181. Parece que con una mezcla de vino y otros productos se conseguía mantener la estanqueidad de hornos y cisternas. Como en ese momento se estaba viviendo en Roma un período de escasez de vino, era normal ese enojo ante las hipotéticas medidas de Símmaco.

[23] En el 365.

Y es que, por todas las construcciones de la ciudad que nos han llegado gracias al esfuerzo y al gasto enorme de los distintos emperadores, iba inscribiendo su propio nombre, no como si se tratara del que había restaurado estos antiguos monumentos, sino del que los había construido.

Este mismo defecto se menciona también como propio del emperador Trajano, defecto que hacía que, con sorna, le llamaran «hiedra»[24].

27.3.8. El prefecto Lampadio tuvo que enfrentarse a continuas revueltas, pero la principal fue una en la que se reunió la plebe más baja y habría llegado a incendiar con teas y antorchas su hogar, situado junto a los baños de Constantino[25], de no ser porque sus vecinos y familiares les lanzaron tejas y piedras desde lo alto de sus hogares obligándoles a dispersarse.

27.3.9. Entonces Lampadio, aterrado por lo que estaba sucediendo, ya que cada vez se producían más motines, se retiró a vivir junto al puente Mulvio que, según se dice, fue construido por Escauro el viejo[26], con la esperanza de que se suavizara este tumulto, que en realidad tenía un motivo importante.

27.3.10. Y es que, cada vez que se disponía a erigir nuevos edificios o a restaurar algunos antiguos, ordenaba que el dinero no se obtuviera de los fondos habituales sino que, si precisaban hierro, plomo, bronce, o algún material de este tipo, enviaba a sus sirvientes para que, haciendo como que compraban pero sin pagar nada, se llevaran lo que necesitaran. Por eso, sólo gracias a la rapidez pudo escapar de esta pobre gente, inflamada por la ira e incapaz de aguantar más estos robos continuos.

---

[24] Según Pseud. Aurel. Victor, *Epit.* 41,13, fue Constantino quien aplicó este sobrenombre a Trajano.

[25] Son las últimas grandes termas romanas, construidas por orden de Constantino a principios del siglo IV.

[26] Este puente aparece ya en Liv, 27,51,2, y parece que debió haber sido construido en la segunda mitad del siglo IV a.C., pues tenía una posición estratégica en Roma. En principio era un puente de madera, pero Escauro el Viejo, censor en el 109 a.C., mandó que se reemplazara por uno de piedra.

27.3.11. Su sucesor fue Vivencio, antiguo cuestor de palacio, un panonio honrado y prudente, que gobernó durante unos años tranquilos y apacibles en los que hubo abundancia de todo tipo de productos[27].

Pero también Vivencio sintió pánico ante los sangrientos levantamientos de la plebe, que estaba descontenta con él debido al siguiente motivo.

27.3.12. Dámaso y Ursino deseaban ardientemente hacerse con la dignidad de obispo de Roma y se enfrentaron entre sí con gran violencia, haciendo que también sus partidarios se enfrentaran y llegando a causar heridos y muertos.

Pues bien, como Vivencio no pudo ni corregir ni suavizar esta situación, en medio de toda esta violencia, se vio forzado a retirarse igualmente a los alrededores de Roma.

27.3.13. El vencedor de este enfrentamiento fue Dámaso, gracias a la ayuda de sus partidarios[28]. Y es sabido que en la basílica de Sicinino[29], donde se reúnen los cristianos, en un solo día se recogieron ciento treinta y siete cadáveres, de manera que no es extraño que costara mucho reducir a una plebe que se había comportado de forma salvaje durante tanto tiempo.

27.3.14. Si consideramos la ostentación imperante en la ciudad, yo no puedo criticar el que los que ansían este tipo de poder luchen con todas su fuerzas por conseguir aquello que desean. Y es que, una vez que lo hayan conseguido, se asegurarán el enriquecerse con los dones de las matronas, se presentarán en público en carruajes, irán vestidos con elegancia y podrán ofrecer banquetes de una opulencia superior a la de las mesas de los reyes.

---

[27] En el 366-367.

[28] Si estos conflictos habían comenzado en el 367, Dámaso no alcanzará la dignidad de obispo de Roma hasta el 372. En ese mismo año convocará un concilio, donde se condena el arrianismo y, gracias a su amigo Jerónimo, se inicia la Vulgata.

[29] Actual Santa María la Mayor.

27.3.15. Realmente, éstos habrían podido ser felices si, despreciando la grandeza de la ciudad, que es la que aviva sus vicios, hubieran vivido como algunos obispos provinciales que, por su frugalidad en la comida y en la bebida, por la humildad de sus ropas y de sus miradas, dirigidas siempre al suelo, se presentan como hombres puros y venerables ante la divinidad eterna y ante sus adoradores verdaderos[30].

Pero como ya nos hemos desviado bastante del relato, volvamos a nuestra narración.

27.4. Descripción de los pueblos, de las seis provincias de Tracia y de las ciudades destacables de cada una de ellas

27.4.1. Mientras en la Galia y en Italia sucede lo que hemos narrado, en Tracia se producen nuevas campañas. En efecto, Valente consultó a su hermano y, como éste le dominaba, por decisión suya, comenzó un ataque contra los godos, movido por una causa justa: que ellos ayudaron a Procopio en su intento de iniciar la guerra civil.

Así pues, creo conveniente hacer una breve digresión acerca del origen y de las características de estas regiones.

27.4.2. Sería fácil describir la Tracia si los autores de la antigüedad hubieran coincidido en sus afirmaciones. Pero, como su confusión no ayuda en nada a una obra que ha prometido ser veraz, narraremos tan sólo aquello que recordamos haber visto[31].

---

[30] Vemos en este inicio del libro 27, la «imparcialidad» de Amiano en el aspecto religioso, ya que, si critica la lucha por el obispado de Roma, también elogia la sobriedad de los obispos provinciales.

[31] En el inicio de esta digresión, a modo de prólogo, insiste Amiano en lo mismo en lo que insiste en los «prólogos» de las partes esenciales de su obra: en su veracidad, una veracidad basada sobre todo en que está narrando hechos que él mismo ha observado.

27.4.3. Homero, con su autoridad eterna[32], menciona que, en otro tiempo, estas tierras abarcaban grandes extensiones de campos y de altas montañas. E, igualmente, imaginó que era desde allí desde donde soplaban el Aquilón y el Céfiro[33].

Pero esto, o es una invención, o bien es que antiguamente regiones extensísimas y atribuidas a pueblos salvajes se incluían todas ellas en lo que llamaban Tracia.

27.4.4. Una parte de esta región era habitada por los escordiscos, que ahora viven en tierras muy alejadas. Eran entonces pueblos crueles y sanguinarios que, según se narraba en la antigüedad, sacrificaban a los cautivos y se los ofrecían a Belona y a Marte, después de lo cual bebían ansiosamente sangre en sus cráneos[34].

Además sabemos que con frecuencia los romanos, tras soportar numerosas penalidades en la lucha, sucumbieron finalmente ante su dureza y llegaron a perder algún ejército completo incluyendo a su general[35].

27.4.5. Ahora bien, según la vemos ahora, esta región tiene forma de luna en cuarto creciente o bien de bello teatro. En el extremo occidental, entre escarpadas montañas, se abre el estrecho o paso de Succo, que separa Tracia de Dacia.

27.4.6. Pero la parte izquierda, que se extiende hasta la constelación del norte, está cerrada por los montes del Hemo y por el Íster[36], que, en la orilla correspondiente al suelo romano, cuenta con numerosas ciudades, fortalezas y castillos.

27.4.7. Por la parte derecha, que es la zona sur, encontramos los escollos de Ródope. En cuanto a la zona por donde se ele-

---

[32] Cfr. Hom, *Iliad.* 9,5.

[33] El Aquilón es un viento del norte, y el Céfiro del oeste.

[34] Cfr. Floro 1,39,2 y ss.; Eutr. 4,24; Ruf. Fest. 9; Orosio 5,23,18.

[35] Se trata de M. Porcio Catón, cónsul en el 114 a.C. como indica el texto citado de Floro, aunque sabemos que, en realidad, sobrevivió a esta derrota.

[36] El Danubio.

va la estrella de la mañana, Tracia limita con un estrecho que fluye con gran abundancia de agua desde el Euxino y que, al avanzar hasta el Egeo con corriente alterna, abre un estrecho canal entre estas tierras[37].

27.4.8. Sin embargo, desde el extremo oriental se une a las tierras de Macedonia por caminos estrechos y abruptos, llamados Acontisma[38]. Allí cerca está Aretusa, centro del correo, donde podemos visitar el sepulcro del ilustre trágico Eurípides[39], y también Estagira donde sabemos que vio la luz Aristóteles, fuente de un auténtico río de oro, según la expresión de Cicerón[40].

27.4.9. También estas tierras fueron ocupadas en la antigüedad por bárbaros de costumbres y de lenguas diferentes. Entre ellos, eran especialmente temidos por su crueldad los odrises, habituados a derramar sangre humana, hasta tal punto que, cuando no tenían enemigos, ellos mismos en banquetes en los que se saciaban de comida y de bebida, se clavaban sus espadas como si se trataran de enemigos.

27.4.10. Pero con el desarrollo de Roma, en la época en la que los cónsules mantenían aún su poder, Marco Didio, con gran determinación, sometió a estos pueblos nunca antes dominados, que vivían errantes sin civilización ni leyes[41]. Druso los contuvo en el interior de sus territorios[42] y Minucio los derrotó junto al río Hebro[43], que baja desde las altas montañas de los odrises.

---

[37] Es el Bósforo (antiguamente Bósforo Tracio), que separa Tracia (Europa) de Asia (Mysia). Cfr. 22,8,13.

[38] Cfr. 26,7,12.

[39] Plin, *Hist.* 31,28.

[40] Cic, *Acad.* 2,38,119.

[41] En el 101-100. Como vemos, Amiano no va a mantener el orden cronológico en esta progresión.

[42] En el 111.

[43] Es el Danubio. Esta victoria se produjo en el 106.

Después de esto, los demás sucumbieron en una dura lucha contra el procónsul Apio Claudio[44], permitiendo que las naves romanas ocuparan las ciudades situadas en el Bósforo y en la Propóntide.

27.4.11. A éstos les siguió el general Lúculo, que fue el primero en enfrentarse al audacísimo pueblo de los bessos, y quien en la misma campaña sometió a los habitantes del monte Hemo, aunque opusieron una dura resistencia[45].

Ante este ataque, toda Tracia quedó ya sometida por nuestros antepasados y, de este modo, después de combates muy igualados, Roma contó con seis provincias más.

27.4.12. Entre éstas, la primera desde el lado cercano al Ilírico, es la que recibe propiamente el nombre de Tracia. Esta provincia cuenta con ciudades bellas e importantes, como Filipópolis –la antigua Eumolpias–[46] y Beroe.

Después de ésta, encontramos Hemimunte[47], donde está Andrinópolis, llamada antes Uscudama[48] y Anchialos[49], importantes ciudades.

A continuación Misia[50], que cuenta con Marcianópolis, llamada así por la hermana del emperador Trajano. También con Dorostoro, Nicópolis y Odesa. Y allí cerca, Escitia, donde destacan las ciudades de Dionisópolis, Tomis[51] y Callatis.

---

[44] Cfr. Floro 1,39,5-6; Ruf. Fest, 9,2. Esta victoria se produjo en el 76.

[45] Cfr. Eutr.6,10; Ruf. Fest, 9,2-3. Tracia se convirtió en provincia romana en el 45 a.C.

[46] Cfr. 22,2,2; 26,10,4.

[47] La Tracia Segunda.

[48] Había sido fundada por Adriano. Cfr. 14,11,15; 31,6,2.

[49] Cfr. 22,8,43.

[50] Es Mysia, o también Moesia Segunda o Inferior. Pues la Moesia Superior correspondía al Ilírico.

[51] Es la ciudad donde Ovidio fue desterrado por Augusto. Como dice el propio Ovidio (cfr. *Trist.* 3,9,33-34), el nombre de la ciudad se debe a que fue en ella donde Medea mató a su hermano.

La última de todas es Europa que, entre otras ciudades, cuenta con dos importantes: Apri y Perinto, llamada también luego Heraclea[52].

27.4.13. Ródope, cercana a la anterior, cuenta con Maximianópolis, Maronea y Eno. Esta ciudad fue fundada y abandonada por Eneas quien, después de vagabundear durante mucho tiempo, llegó a Italia contando con auspicios favorables para toda la eternidad[53].

27.4.14. De acuerdo con numerosos rumores, casi toda la población rural que habita en las altas montañas de las regiones mencionadas nos aventaja por la salud de su cuerpo y por cierta prerrogativa de longevidad.

Parece que esto se debe a que se abstienen de mezclar una excesiva cantidad de alimentos y no toman comidas calientes[54]. Por contra, su larga vitalidad se debe a que reafirman su cuerpo con rocío helado, respiran un aire purísimo y son los primeros en recibir los rayos del sol que, por sí mismos, generan vida, sobre todo cuando aún no han sido corrompidos por la acción humana.

Pero, una vez expuesta esta información, volvamos a nuestro relato.

27.5. El Augusto Valente ataca a los godos por haber ayudado a Procopio contra él. Pero, después de tres años, firman la paz

27.5.1. Una vez derrotado Procopio en Frigia, y calmadas las contiendas internas, Víctor, comandante de la caballería, fue enviado a los territorios de los godos para conocer con clari-

---

[52] Cfr. 22,2,3.

[53] Cfr. 22,8,3. *Vid.* Verg, *Aen.* 3,13-18; Mel, 2,2.

[54] Rolfe cree que Amiano no habla aquí de «comidas» sino de «baños».

dad por qué causa este pueblo, amigo de los romanos y unido a ellos por tratados de paz, había ayudado a un tirano que pretendía atacar al poder legítimo[55].

Ellos, para apoyar su defensa en una base firme, mostraron una carta del citado Procopio, en la que decía que había asumido legítimamente el poder por su parentesco cercano con la familia de Constantino[56].

Por ello creían que su error merecía ser perdonado.

27.5.2. Cuando Víctor dio a conocer estos hechos, Valente no aceptó esta excusa tan vana y se puso en marcha contra los godos, que sabían ya lo que se les venía encima.

Al iniciarse la primavera Valente, una vez reunido el ejército junto a una fortaleza denominada Dafne[57], dispuso un campamento y, después de preparar un puente sobre los barcos, cruzó el río Íster sin encontrar oposición alguna.

27.5.3. Y así avanzó muy confiado porque, después de moverse en todas direcciones, no había encontrado a nadie a quien derrotar o atemorizar. Y es que los habitantes de aquellas zonas, asustados ante los soldados que se acercaban con su imponente aspecto, huyeron a las montañas de Serres, escarpadas e inaccesibles para todos excepto para los que las conocen bien.

27.5.4. Así pues, para no tener que regresar después del verano sin haber obtenido ningún resultado positivo, envió a Arinteo, el comandante de la infantería, junto con una tropas dispuestas para el pillaje. De este modo, pudo apoderarse de algunas familias gracias a que las capturaron antes de que llegaran al terreno escabroso y difícil, mientras marchaban aún por el llano.

---

[55] Cfr. 26,10,3 donde vimos el apoyo de los godos a Procopio.

[56] Cfr. 26,6,1 y 26,7,10.

[57] Esta fortaleza había sido construida por Constantino para vigilar las fronteras e impedir los ataques de los godos.

Así pues, habiendo conseguido tan sólo aquello que le permitió la fortuna, volvió con los suyos sano y salvo, sin causar ni recibir heridas graves.

27.5.5. El año siguiente intentó invadir las tierras enemigas con energía similar. Pero, como las aguas del Danubio se habían desbordado, no pudo avanzar y permaneció junto a un pueblo de los carpos, donde dispuso un campamento permanente hasta el final del otoño.

Desde aquí, como no podía hacer nada debido a la gran cantidad de agua, partió hacia Marcianópolis, donde estaba el campamento de invierno.

27.5.6. También el tercer año, con gran tesón, unió las naves junto a Noviduno para poder cruzar el río por un puente y entró así en territorio bárbaro.

Allí, después de marchas interrumpidas, atacó a los greutungos, un pueblo belicoso que habitaba aquellos territorios lejanos. Tras unos combates poco significativos, se encontró con Atanarico, el magistrado más poderoso en aquella época, que había osado resistirse a él con unas tropas que creía suficientes, pero que tuvo que huir aterrado ante el previsible final.

El propio Valente regresó a Marcianópolis con todos los suyos para pasar allí el invierno, pues era un lugar apropiado si tenemos en cuenta la región de que se trataba.

27.5.7. Después de los distintos avatares ocurridos durante estos tres años, había llegado el momento de terminar la guerra. En primer lugar, porque la larga estancia del emperador aumentaba el temor de los enemigos. Y, en segundo lugar, porque como no podían comerciar, los bárbaros estaban ya angustiados por la escasez de productos necesarios, hasta tal punto que enviaron una y otra vez legados para que pidieran suplicantes la paz y el perdón.

27.5.8. Ante esto, el emperador, realmente inexperto pero sabiendo discernir los hechos con total equidad –ya que aún

no se había dejado llevar por adulaciones dañinas y no había afligido al estado con calamidades lamentadas por toda la eternidad–, atendiendo al bien común, decidió que era conveniente conceder esa paz.

27.5.9. Son enviados entonces Víctor y Arinteo, que estaban al mando de la caballería y de la infantería. Y cuando anunciaron en informes veraces que los godos estaban de acuerdo en las condiciones propuestas, se fijó un lugar apropiado para firmar la paz.

Pero como Atanarico decía que estaba obligado por un juramento, pronunciado con terribles consecuencias, y por un mandato de su padre a no pisar nunca el suelo romano, no pudo forzársele.

Por otra parte, no era ni apropiado ni decoroso que el emperador acudiera ante él, de manera que algunas personas prudentes decidieron que se llevaran al centro del río naves que transportaran por un lado al emperador con su guardia, y por otro al líder de su pueblo con los suyos. De este modo podrían firmar la paz tal como se había acordado.

27.5.10. Una vez solucionado este asunto y recibidos los rehenes, Valente regresó a Constantinopla, donde posteriormente Atanarico, cuando fue expulsado de sus tierras por un grupo de los suyos, murió por causas naturales y fue sepultado con magnífico boato según las costumbres romanas.

27.6. Valentiniano, con el consentimiento del ejército, proclama Augusto a su hijo Graciano. Una vez que el niño está revestido de púrpura, le anima a actuar con valor y lo presenta ante los soldados

27.6.1. Mientras tanto, como Valentiniano tenía la salud muy quebrantada y estaba viviendo ya sus últimos momentos, los galos que servían en su hogar le pidieron en unas conversaciones secretas que elevara a la dignidad imperial a Rústico Juliano, encargado entonces de los archivos. Se trataba de un

hombre ávido de sangre humana, movido por impulsos animales, tal como había demostrado cuando gobernó en África en calidad de procónsul.

27.6.2. Lo cierto es que durante su prefectura urbana[58], cargo que desempeñaba cuando murió, temiendo la peligrosa situación del tirano con cuyo apoyo había conseguido medrar[59], como si no hubiera hombres que lo merecieran más que él, se veía forzado a aparecer ante todos como una persona amable y dulce.

27.6.3. Frente a la propuesta de los galos, algunos apoyaban con gran empeño a Severo, entonces comandante de la infantería, pues le consideraban apropiado para el imperio. Y en realidad, aunque Severo era taciturno y temido, sin embargo, era mejor y preferible en todos los aspectos al aspirante mencionado anteriormente.

27.6.4. Pero mientras se debaten en vano estas propuestas, el emperador se recuperó gracias a múltiples remedios, y habiendo escapado de la muerte con dificultad, meditaba sobre elevar al principado a su hijo Graciano, que alcanzaría próximamente la edad adulta[60].

27.6.5. Así pues, una vez dispuesto todo y preparados los soldados para que aceptaran esta decisión con ánimo favorable, cuando apareció Graciano, avanzó por el campo y subió a una tribuna donde, rodeado por todo el ornato de los altos mandatarios, Valentiniano tomó al niño de la mano, lo colocó a la vista de todos y se lo presentó al ejército como futuro emperador pronunciando este discurso:

---

[58] Los galos hacen su propuesta a Valentiniano en el 367. Y los cargos de Rústico Juliano mencionados por nuestro autor son posteriores: procónsul en el 371-372 y prefecto en el 382.

[59] Máximo.

[60] Tenía ocho años cuando fue proclamado Augusto en el 367.

27.6.6. «El que yo vista estas galas imperiales, para las que he sido elegido por delante de otras muchas e ilustres personas, es un indicio claro de vuestro favor hacia mí. Así pues, contando con vosotros como colaboradores y partícipes de mis deseos, voy a realizar una acción que es propia de amor paternal y oportuna según promesa de la divinidad, gracias a cuya eterna ayuda el estado romano se mantendrá siempre firme.

27.6.7. »Aceptad por favor de buen grado, hombres valerosos, ese deseo mío, considerando que esta decisión, sancionada por las leyes del cariño, no hemos querido tanto que la conozcáis, como que la ratifiquéis con vuestro apoyo, entendiendo que es propicia y beneficiosa para vosotros.

27.6.8. »Me dispongo a aceptar, para que comparta conmigo el rango de Augusto, a mi hijo Graciano, ya adulto, a quien después de verle tanto tiempo entre vuestros hijos queréis como si fuera de todos. Mi intención es, pues, reforzar la tranquilidad general, si es que la divinidad y vosotros colaboráis con mi amor paternal. Mi hijo no ha sido educado como yo en un ambiente rígido desde la niñez, ni ha soportado circunstancias difíciles, ni puede aún arrostrar el esfuerzo de una guerra, como veis. Pero conociendo las glorias de su familia y las hazañas de sus antepasados –y espero no despertar envidias al decir esto– sé que llegará muy alto.

27.6.9. »Según suele parecerme cuando, con frecuencia, considero sus costumbres y gustos, aunque no estén maduros aún, cuando sea joven, como se habrá pulido en las artes liberales y el estudio de disciplinas intelectuales, juzgará de forma íntegra la corrección o no de las acciones. Además hará que las gentes de pro se sientan comprendidas por él. Será el primero en realizar acciones nobles, dispuesto a unirse a las insignias militares y a las águilas. Soportará el calor, las nieves, las heladas, la sed y las noches sin dormir. Luchará para defender su campamento si fuese necesario. No le importará su vida con tal de defender a sus compañeros y, lo que

es el mayor y principal deber de la piedad, podrá amar al estado como si fuera su auténtico hogar, el suyo y el de sus antepasados»[61].

27.6.10. Cuando aún no había terminado este discurso, escuchado entre grandes muestras de aprobación, todos y cada uno, según su rango y posición, se apresuraron para adelantarse a los demás y, como si compartieran sus intereses y sus motivos de gozo, declararon Augusto a Graciano en medio del ruido enorme provocado por las armas y por los gritos de apoyo.

27.6.11. Al ver esta reacción Valentiniano, muy animado ya, besó a su hijo, que resplandecía y estaba adornado con la corona y con los signos de la dignidad imperial, y le habló así mientras éste escuchaba lo que se le decía:

27.6.12. «Ahí estás, querido Graciano, con la vestidura imperial, tal como todos esperábamos, pues esa vestidura te ha sido entregada con presagios favorables por mi voluntad y la de nuestros soldados. Prepárate, pues, para ser colega de tu padre y de tu tío, afrontando todos tus deberes, y acostúmbrate a penetrar sin temor con tus tropas de infantería por el Íster y el Rin, allí donde el hielo permita atravesarlos. Acostúmbrate a permanecer junto a tus soldados, a derrochar tu sangre y tu ánimo sin mesura en favor de tus súbditos, y a no considerar ajeno nada que pueda aumentar la gloria del Imperio Romano.

27.6.13. »Por ahora, eso es suficiente. Ya seguiré aconsejándote en otros momentos. El resto os corresponde a vosotros, los principales defensores de nuestra causa, a quienes os rue-

---

[61] Como indica M. A. Marié en su edición de Belles Lettres, en este discurso, Valentiniano atribuye a Graciano cualidades que habían sido mencionadas ya a propósito del «héroe» de Amiano, Juliano (25,4). Por ejemplo: la frugalidad, la resistencia física, el valor y la preparación cultural y espiritual.

go y os suplico que protejáis con todo vuestro esfuerzo a este emperador, que aún está creciendo, y a quien he confiado a vuestra lealtad».

27.6.14. Una vez ratificadas estas palabras con toda la solemnidad debida, Eupraxio, originario de la Mauritania Cesariense y encargado en aquella época del archivo, exclamó antes que nadie: «Esto es lo que merece la familia de Graciano» [62].

Rápidamente fue elevado al rango de cuestor, magistratura en la que ofreció numerosos ejemplos de gran lealtad, ejemplos dignos de ser realizados por gentes prudentes ya que, sin perder nunca su carácter intrépido, se mostró siempre firme y sumiso a las leyes que, como sabemos por múltiples casos, hablan con una sola y con la misma voz para todos [63].

Además, Eupraxio se mostró más sujeto que nunca a esa labor de impartir justicia que había asumido cuando el emperador, amenazante y desmedido, le atacó porque le había dado rectos consejos.

27.6.15. Después de esto, todos se lanzaron a alabar tanto al antiguo Augusto como al nuevo, pero sobre todo al niño, de quien alababan el brillo de sus ojos, la armonía de su rostro y de su cuerpo, y la materia noble de su corazón, virtudes que hubieran conformado a un emperador digno de compararse a los mejores de la antigüedad, si lo hubieran permitido el destino y los que le rodeaban, ya que éstos, con sus malvadas acciones, ensombrecieron el valor del joven, aún algo inseguro.

27.6.16. Sin embargo, Valentiniano, sobrepasando en este asunto la costumbre establecida desde la antigüedad, nombró a su hermano y a su hijo no Césares sino Augustos, demostrando así

---

[62] Como indica G. Sabbah (pp. 340-341), esta expresión es ambigua a causa de la homonimia entre el padre y el hijo del emperador Valentiniano. Si se refiere al niño, alude a su abuelo, a su padre y a su tío. Si se refiere al abuelo, entonces alude a sus descendientes y a su nieto. De manera que esta segunda idea parece más verosímil y apropiada para augurar buenas acciones a un nuevo emperador. Pp. 340-341.

[63] Cfr. Cic, *De off.* 2,12,42.

su generosidad, pues nunca nadie antes había adoptado a un colega con el mismo poder –si exceptuamos al príncipe Marco, que hizo que su hermanastro, Vero, asumiera también la dignidad imperial sin ninguna restricción–[64].

27.7. Acerca del temperamento fiero, violento y cruel del Augusto Valentiniano

27.7.1. Una vez adoptadas estas disposiciones por orden del emperador y de los soldados, cuando apenas habían pasado unos días, Aviciano, antiguo vicario[65] acusó de malversación a Mamertino, prefecto del pretorio, que había regresado a Roma para solucionar ciertos asuntos.

27.7.2. Mamertino fue sucedido entonces por Vulcacio Rufino, un hombre perfecto en todos los aspectos, que parecía haber alcanzado la cima en una honrada vejez, a pesar de que nunca dejaba pasar ninguna ocasión para enriquecerse si tenía esperanzas de poder ocultarlo.

27.7.3. Éste, tan pronto como convenció al emperador, hizo que se devolviera a su hogar a Orfito, antiguo prefecto de la ciudad, a quien se le perdonó su exilio y se le devolvieron todas sus posesiones[66].

27.7.4. Y aunque Valentiniano, un hombre de gran crueldad[67], en los inicios de su reinado, para suavizar su fama de duro, intentó en ocasiones contener sus fieros impulsos; sin embargo, este defecto, escapándosele y aumentando a su antojo, brotó y causó la destrucción de muchos, incitado por una ira cada día más terrible.

---

[64] Se trata de Marco Aurelio, que hizo colega suyo en el imperio a su hermanastro Lucio Vero.

[65] En África. Esta acusación se produjo en el año 365, aunque Amiano la relata entre los hechos acaecidos en el 367.

[66] Sobre su condena, *vid.* 27,3,2.

[67] Cfr. 29,3 y 30,8,2-7.

No en vano, los filósofos definen la cólera como una úlcera del espíritu, duradera y a veces incluso crónica, una úlcera que suele nacer en caracteres blandos. Y, por eso, con grandes posibilidades de acertar, aseguran que las personas enfermizas suelen encolerizarse más que las sanas, las mujeres más que los hombres, los ancianos más que los jóvenes y los desafortunados más que los que son felices[68].

27.7.5. Ahora bien, en esta época, entre otras ejecuciones de hombres humildes, destacó la de Diocles, antiguo conde del tesoro en Iliria, que fue condenado por el emperador a morir abrasado tan sólo por delitos leves. Y también la de Diodoro, antiguo miembro de la guardia imperial, y la de tres servidores de la administración de Italia, que fueron ejecutados de manera cruel porque el conde se había quejado ante el emperador de que Diodoro había intentado conseguir legalmente la ayuda de la ley contra él, y porque los oficiales, por orden del juez, habían osado aconsejarle, cuando se marchaba, que atendiera la citación según determinaba la ley.

Todavía ahora los cristianos, en Milán, honran la memoria de estas víctimas, y llaman «Los Inocentes» al lugar donde fueron sepultados.

27.7.6. Después, en el asunto de cierto panonio llamado Majencio, cuando un juez ordenó según la ley que se apresurara la ejecución, Valentiniano ordenó que se ejecutara a decuriones de tres ciudades. Entonces, Eupraxio, cuestor en aquella época, intervino y dijo: «Sé moderado, oh tú, el más piadoso de los príncipes, pues a éstos que tú ordenas que sean ejecutados como culpables, los venera la religión cristiana como mártires, es decir, como elegidos por Dios»[69].

27.7.7. Estos buenos consejos de Eupraxio fueron imitados por el prefecto Florencio[70] quien, cuando se enteró de que el

[68] Cfr. Sen, *De ira* 1,13,5; 1,20,3; 2,19,4; 3,9,4-5.

[69] Cfr. 22,11,10.

[70] Fue *comes sacrarum largitionum* entre el 364 y el 366, y prefecto pretoriano en la Galia en el 367.

emperador se había dejado llevar por la ira en un asunto que merecía el perdón y que había ordenado que tres curiales fueran ejecutados en el senado de muchas ciudades, dijo: «Y qué pasará cuando alguna ciudad no tenga tantos curiales? Entonces, entre las demás disposiciones, deberá añadirse también ésta: que sean ejecutados cuando los tenga».

27.7.8. A esta crueldad, se añadía también un hecho temible tanto a la hora de realizarlo como de relatarlo. Y es que si alguien se había dirigido a él intentando evitar que le juzgara algún enemigo poderoso y pidiendo otro juez, no lo conseguía y debía comparecer ante esa persona a la que temía, por mucho que aportara numerosas y justas razones.

Y también se decía que tenía otro defecto horrible: que, cuando se enteraba de que alguno de sus deudores había caído en una pobreza extrema y no podía pagarle nada, le condenaba a muerte.

27.7.9. Algunos emperadores cometen estas acciones y otras similares de forma arbitraria llevados por su gran soberbia, ya que no permiten que sus amigos les corrijan si se plantean o realizan algo erróneo. Y tal es su poder que sus rivales se asustan y no pueden hablar. Es cierto, pues, que no sirve de nada corregir los errores de aquellos que creen que cumplir sus deseos es la mayor de las virtudes.

27.8. El Conde Teodosio obtiene un gran botín y pone en fuga a los pictos, a los atacotes y a los escoceses quienes, después de matar a un general y a un conde, estaban asolando impunemente Bretaña

27.8.1. Pues bien, cuando Valentiniano se marchó de Amiens y se dirigía apresuradamente hacia Treves, se sintió sobrecogido por una grave noticia que le informaba de que Bretaña había caído en una pobreza extrema debido a una conspiración bárbara, de que Nectarido, el conde de la región costera,

había sido asesinado, y de que el conde Fulofaude había sucumbido en una emboscada enemiga[71].

27.8.2. El descubrimiento de estos hechos le causó un gran horror, ante lo cual envió a Severo, que entonces era el conde encargado de su guardia personal, para que remediara lo sucedido si la fortuna le ofrecía una buena oportunidad.

Pero poco después se le hizo venir, y también a Jovino [...][72], que había llegado a aquellos mismos lugares. Les permitió regresar rápidamente para que buscaran el apoyo de un ejército poderoso, pues parecía que esto era lo que demandaba la urgencia de la situación.

27.8.3. Por último, debido a los numerosos y temibles rumores que circulaban acerca de esa misma isla, se elige a Teodosio para que marche hacia allí con rapidez, siendo como era conocido por sus éxitos en la guerra[73].

Reunió entonces a jóvenes animosos de las legiones y de las cohortes, y se dispuso a marchar precedido por su enorme fama.

27.8.4. Como, al narrar las acciones del emperador Constante, he expuesto ya en la medida en que me lo permitían mis fuerzas los movimientos ascendentes y descendentes del mar, y las características de Bretaña[74], creo superfluo tratar ahora lo que ya se ha expuesto en una ocasión, al igual que el Ulises de Homero teme volver a contar ante los feacios sus aventuras por el esfuerzo excesivo que le supone[75].

27.8.5. Bastará entonces mencionar que, en esa época, los pictos estaban divididos en dos pueblos: los dicalidones y

---

[71] Amiano nos sitúa ya en el 367.

[72] Hay aquí una laguna que no permite comprender bien el sentido.

[73] Teodosio había nacido en Hispania y será padre del emperador del mismo nombre. Obtendrá numerosos éxitos militares, como veremos a lo largo de este libro, pero finalmente será ejecutado en Cartago en el 375 o 376.

[74] En un libro perdido.

[75] Hom, *Od.* 12,450 y ss.

los verturiones[76]. Asimismo los atacotes, pueblo belicoso, y los escoceses, que andaban errantes y asolaban un vasto territorio.

En cuanto a las regiones galas, eran devastadas por los francos y sus vecinos los sajones que, cuando encontraban una posibilidad de atacar, ya fuera por tierra o por mar, irrumpían causando destrucción, incendios y la muerte de todo el que caía en sus manos.

27.8.6. Para terminar con este tema, si la fortuna le ofrecía una buena oportunidad, este general tan activo, recorriendo las partes más alejadas del mundo, llegaría a la costa de Bolonia, separada de la tierra situada enfrente por un estrecho brazo de mar que, en ocasiones, se agita con olas gigantescas para calmarse de nuevo y no ser peligroso para los navegantes, semejante a una llanura.

Pues bien, tras surcar con tranquilidad estas aguas, llega hasta Rutupias[77], un lugar tranquilo situado en la costa que está enfrente.

27.8.7. Cuando llegaron también los bátavos, los érulos, los jovios y los víctores, que les seguían confiados en sus fuerzas, partió de allí y se dirigió a Londres, ciudad antigua que más tarde se llamó Augusta[78] y, dividiendo a sus hombres en varios grupos, atacó a las bandas enemigas que se dedicaban al pillaje y que no podían moverse bien por el peso que arrastraban.

Ante este ataque, se dispersaron rápidamente llevándose a los cautivos y al ganado, pero pudo arrancarles el botín que habían obtenido de los pobres pueblos tributarios.

---

[76] Parece que los pictos son el pueblo denominado «caledonios» por Tácito, y que habitaban en la actual Escocia.

[77] Es la actual Richborough.

[78] Londres había sido fundada mucho antes (de hecho ya la menciona Tácito en *Ann.* 14,33). El nombre de Augusta, que se perderá posteriormente, le fue concedido después de la victoria de Teodosio, ya en el siglo IV.

27.8.8. Una vez devuelto todo a estos pueblos, excepto una pequeña parte que le fue entregada a los soldados, que ya estaban agotados, Teodosio, sumamente feliz y como si estuviera celebrando un triunfo, llegó a esta ciudad, sumergida antes en enormes dificultades, pero que se había recuperado de repente, antes incluso de que pudiera esperar la salvación.

27.8.9. Cuando, animado por sus éxitos, se disponía ya a ejecutar proyectos más ambiciosos, comenzó a considerar qué planes serían más seguros, pero dudaba sin decidirse ya que, por noticias de cautivos y de traidores, supo que una muchedumbre de procedencia variada se había puesto en marcha y estaban asolando con gran violencia un amplio territorio mediante trampas ocultas y ataques por sorpresa.

27.8.10. Finalmente, después de promulgar unos edictos y de prometer impunidad, convocó a los desertores y a otros muchos que se habían dispersado a su antojo por lugares diversos.

Ante esta llamada, muchos regresaron atraídos por la recompensa. Entonces, Teodosio, sin estas graves preocupaciones, pidió que le fuera enviado un tal Civilis para que gobernara Bretaña en calidad de viceprefecto. Era éste un hombre de temperamento algo fuerte, pero defensor de lo justo y de lo recto. También reclamó a Dulcitio, general reconocido por su experiencia en el arte militar.

27.9. Pueblos moros devastan África. Valente acaba con la rapiña de los isáuricos. Y acerca de la prefectura urbana de Pretextato

27.9.1. Esto era lo que sucedía en Bretaña. En cuanto a África, ya desde el inicio del mandato de Valentiniano, se veía asolada por la furia bárbara que, mediante ataques osados, producía frecuentes matanzas y rapiñas.

Esta situación se veía agravada por la desidia de los soldados, unida a su ansia por invadir territorios ajenos y, sobre todo, por la actuación del gobernador, llamado Romano[79].

27.9.2. Éste, previendo lo que iba a ocurrir y experto en hacer recaer el mal sobre los demás, se había hecho odioso para muchos debido a la crueldad de sus costumbres y, sobre todo, debido a que intentaba superar a los enemigos devastando provincias, pues confiaba en su parentesco con Remigio, que entonces era maestro de oficios. De este modo, gracias a que Remigio enviaba noticias falsas y contradictorias, el emperador, muy cauto según se jactaba él mismo, ignoró durante mucho tiempo las calamidades de los africanos.

27.9.3. Cuando llegue el momento apropiado[80] narraré con detalle todo lo sucedido en estas regiones, como la muerte del gobernador Ruricio y de los mensajeros, así como otros hechos lamentables.

27.9.4. Ahora, puesto que tenemos oportunidad de expresar libremente lo que sentimos, hablaremos con claridad: este emperador[81] fue el primero de todos que colocó el bienestar de los militares por encima del bien común, elevando muchísimo sus dignidades y ganancias, y propiciando algo que debe ser evitado tanto en público como en privado. Y es que era inflexible castigando los errores de los soldados y, en cambio, era indulgente con los oficiales, de manera que éstos, como si tuvieran permiso para cometer tropelías, caían en los delitos más crueles y llegaron a tal grado de presunción que pensaban que las fortunas de todo el mundo, sin distinción, dependían de su voluntad.

---

[79] Romano había sido nombrado conde o gobernador de África en el 363 y ocupará este puesto hasta el 373, a pesar de las protestas de los ciudadanos. Cfr. 27,9,2; 28,6.

[80] Cfr. 28,6.

[81] Es decir, Valentiniano.

27.9.5. Fue para disminuir el orgullo y la jactancia de este tipo de gentes para lo que los legisladores de la antigüedad determinaron que pudiera terminarse legalmente incluso con personas inocentes. Este hecho ocurre con frecuencia cuando, a causa de los delitos de un grupo, caen algunos inocentes por voluntad del destino. Y es que, en ocasiones, la culpa recae sobre particulares.

27.9.6. En cuanto a Isauria, algunas bandas se habían dispersado por los territorios cercanos, devastando a su antojo ciudades y ricos pueblos, y causando una gran cantidad de pérdidas en Pamfilia y Cilicia.

Cuando Musonio –un antiguo profesor de retórica en el Ática, en Atenas y, en aquella época, gobernador en Asia[82]– advirtió que estas bandas estaban arrasándolo todo sin encontrar oposición alguna, como la situación tan deplorable y la desidia hacían que no pudiera contar con la ayuda del ejército, reunió a unos pocos soldados apenas armados, a los que llaman diogmitas[83] y se propuso atacar a una de esas bandas de ladrones si contaba con una oportunidad.

Pero, mientras atravesaba un paso estrecho y sinuoso, cayó en una trampa de la que no pudo escapar y quedó sepultado allí junto con los soldados que le acompañaban.

27.9.7. Ante tales éxitos, esas bandas de ladrones se envalentonaron y se lanzaron con gran confianza a realizar mayores empresas. Pero nuestras tropas reaccionaron al fin, mataron a algunos de ellos y empujaron al resto hacia las abruptas zonas de los montes en las que habitan.

Y como no tenían oportunidad de descansar ni de encontrar nada comestible, en una tregua, pidieron que se firmara la paz, tal como les habían propuesto los germanicopolita-

---

[82] Un *vicarius* o gobernador dependía del prefecto del pretorio, y constituía la autoridad, fundamentalmente financiera, en las diferentes diócesis.

[83] *Diagmós* significa en griego «cazador» o «perseguidor», y designa a un cuerpo especializado del ejército.

nos[84], ya que las opiniones de éstos siempre habían sido importantes para ellos, como si fueran sus porta-insignias.

Así, entregando algunos rehenes, tal como se les había ordenado, permanecieron tranquilos durante algún tiempo sin realizar ninguna acción hostil.

27.9.8. Mientras tanto, Pretextato, que estaba desempeñando muy bien su prefectura en Roma[85], gracias a las múltiples muestras de integridad y de honradez de las que había hecho gala desde su niñez, alcanzó algo que raramente se consigue: el que, aunque era temido, no había perdido el cariño de las ciudades, un cariño que no suele otorgarse a los magistrados que inspiran temor.

27.9.9. Gracias a su autoridad y a sus decisiones basadas en la justicia y en la verdad, se calmó una violenta rebelión promovida por los cristianos y fue expulsado Ursino, con lo cual se produjo una situación de tranquilidad total, que era lo que mejor respondía al deseo de las ciudades romanas[86].

Con todo esto, iba creciendo la gloria de este preclaro gobernador, porque tomó numerosas disposiciones todas útiles.

27.9.10. Por ejemplo, entre otras, podemos mencionar que eliminó todas las construcciones maenianas[87], prohibidas ya en Roma por las antiguas leyes, y separó de los edificios sagrados las casas de los particulares, considerando que no era apropiado que estuvieran unidas. Además, ajustó las balanzas de cada una de las zonas de la ciudad, porque de otro modo no podía atajarse la ambición de muchos que utilizaban las medidas a su antojo.

---

[84] Germanicópolis era la principal ciudad de la Isauria libre. Es la actual Ermenek, y su nombre antiguo se debía a que había sido fundada por Germánico.

[85] Durante el 367-368.

[86] Cfr. 27,3,11 y ss.

[87] Esta denominación proviene de Maenio, que fue el primero en construir una especie de balcones para poder ver los juegos en el Foro. A partir de aquí, se extiende esta denominación para todo tipo de construcciones con balcones.

En cuanto a sus sentencias en los distintos procesos, consiguió mejor que nadie algo que menciona Cicerón en sus elogios de Bruto, y es que, aunque no hiciera nada para agradar, sin embargo, todo lo que hacía parecía ser bien aceptado[88].

27.10. El Augusto Valentiniano cruza el Rin y, en un combate cruento para ambos bandos, derrota y pone en fuga a los alemanes, que se habían refugiado en unas montañas muy altas

27.10.1. Casi en esta misma época, cuando Valentiniano había comenzado una campaña atento a graves precauciones, según creía él mismo, un príncipe alemán llamado Rando, que había preparado cuidadosamente su plan, y que encabezaba a los soldados de infantería ligera, se dirigió en secreto a la ciudad de Mogontiaco[89] (que no contaba con defensas), pues tenía la intención de saquearla.

27.10.2. Y como dio la casualidad de que se estaba celebrando una fiesta cristiana, sin oposición alguna, se llevó a hombres y a mujeres de toda edad y condición, además de conseguir un botín nada despreciable.

27.10.3. Pero, después de un breve período de tiempo, de repente brilló la esperanza de una mejor situación para la causa romana.

Consistió en que el rey Vithicabio, hijo de Vadomario, de apariencia flojucha y enfermiza pero audaz y valeroso, encendió una y otra vez la llama de la guerra contra nosotros, ante lo cual nos vimos obligados a realizar los mayores esfuerzos para abatirle fuera como fuera.

27.10.4. Y aunque, después de numerosos intentos, no se le pudo derrotar ni capturar de ningún modo, murió a causa de

---

[88] Cfr. *Orat.* 10,34.

[89] Es la actual Mainz.

la trampa tendida por uno de sus sirvientes particulares que obedeció a nuestros intereses.

Después de esta muerte, durante algún tiempo disminuyeron los ataques de los enemigos, y el asesino, temiendo el castigo –que era previsible si se descubría su implicación–, se pasó rápidamente al bando romano.

27.10.5. Después, con preocupación constante y mediante diversas tropas, se iba preparando contra los alemanes una expedición de más envergadura que las usuales, según exigía la vigilancia del bien general, ya que se temían movimientos de ataque de este pueblo si es que se recuperaba.

Los soldados estaban enardecidos y, a causa de las costumbres sospechosas de estas gentes, ahora débiles y suplicantes, pero que poco después lanzarían amenazas terribles, no se les quería dar ningún respiro.

27.10.6. Así pues, después de reunir a una tropa muy numerosa de procedencia variada, y después de dotarla cuidadosamente de armas y de víveres, se llamó al conde Sebastiano y a las tropas Ilíricas e Itálicas regidas por él. Entonces, tan pronto como el tiempo comenzó a ser más cálido, Valentiniano cruzó el Rin[90] junto con Graciano y, como no encontró a nadie, dividió las tropas en formación cuadrada y avanzó él mismo por el centro, mientras los generales Jovino y Severo le protegían por ambos flancos para evitar que sufriera un ataque repentino.

27.10.7. De este modo, después de explorar los accesos siguiendo a gentes que conocían el camino, los soldados, cada vez con más ganas de luchar, avanzaban lentamente por esas vastas regiones y hacían rechinar sus dientes en señal de amenaza, como si ya se hubieran topado con los enemigos.

Pero, como después de algunos días no encontraron a nadie que opusiera resistencia, una cohorte se precipitó y quemó todos los cultivos y hogares que iban encontrando, con la

[90] En la lectura de Rolfe, aparece el río *Moenum* «Main».

excepción de los alimentos que se veían forzados a recoger y a guardar viendo lo dudoso que se presentaba el futuro.

27.10.8. Después de esto, el emperador siguió avanzando lentamente y, habiendo llegado a un lugar denominado Solicino, se detuvo como ante un obstáculo, pues la información veraz de los soldados que encabezaban la marcha le anunció que habían aparecido bárbaros a lo lejos.

27.10.9. Éstos, comprendiendo que si no se defendían con un rápido ataque, no les quedaría ningún medio para salvar la vida, confiados en su conocimiento de la zona e inspirados por un único deseo, ocuparon un altísimo monte, escarpado e inaccesible por todos lados ya que contaba con unos valles muy abruptos, excepto por el lado norte, desde donde ofrecía una pendiente suave y fácil de subir.

Entonces, después de plantar los estandartes según la costumbre, cuando en todos los flancos se dio la señal de luchar, los soldados aguardaron sumisos las órdenes del emperador y de los generales, esperando hasta que se levantara un estandarte, que es la señal para que comience la lucha.

27.10.10. Así pues, había poco tiempo, o mejor, no había mucho tiempo para deliberar. Además, como por una parte le aterraba la impaciencia de nuestros soldados y, por otra, los horribles gritos de los alemanes, la necesidad de actuar con rapidez hizo que se adoptase esta decisión: que Sebastiano ocupara con los suyos la parte norte del monte, que como hemos dicho ofrece una pendiente más suave. Y así, si la fortuna era propicia, podría abatir fácilmente a los germanos cuando huyeran.

Este plan fue ejecutado con rapidez, tal como se había decidido. Y teniendo en cuenta que Graciano permanecía retenido junto a las insignias de los Jovianos y que su edad no le permitía aún aguantar combates y esfuerzos, Valentiniano, como general prudente y cauto, pasó revista a las centurias y manípulos con la cabeza descubierta. Entonces, sin que ninguno de los oficiales supiera sus planes, alejando a toda la cohorte que le rodeaba, comenzó a examinar los pies de las montañas con

unos pocos hombres de esfuerzo y fidelidad reconocidos, diciendo –puesto que era muy orgulloso para lo suyo– que podría encontrar otro camino hacia la cumbre aparte del que habían examinado los soldados de avanzadilla.

27.10.11. Mientras avanzaba por lugares desconocidos y zonas pantanosas, hubiera podido sorprenderle una tropa enemiga que estuviera oculta, si no hubiera sido porque, como último recurso en esta situación extrema, azuzó a su caballo por el barro resbaladizo y pudo introducirse entre las legiones, salvándose así de un peligro fatal, un peligro del que había estado tan cerca que su sirviente personal, que portaba su casco –revestido con oro y piedras preciosas–, desapareció completamente junto con el casco y no pudo encontrársele luego ni vivo ni muerto.

27.10.12. Pues bien, después de un descanso para recuperar fuerzas, se levantó el estandarte que suele convocar a todos a la lucha, mientras resonaban amenazantes las trompetas que empujaban a las tropas llenas de confianza.

Entonces, dos jóvenes elegidos se adelantaron a todos en el inicio de la lucha, Salvio y Lupicino, el uno escudero y el otro miembro de las tropas gentiles[91], incitando a la lucha con sus terribles gritos.

Cuando llegaron a la mole de rocas que tenían delante, intentaron ascender blandiendo sus lanzas. Mientras los alemanes pretendían hacerles retroceder, llegaron todas nuestras fuerzas que, precedidas por una avanzadilla, atravesando lugares abruptos y de espesa maleza, alcanzaron las altas cumbres con todas las tropas.

27.10.13. De este modo, impulsado por ambos bandos, el conflicto se trasladó a las abruptas cumbres, donde se enfrentaron en un combate cuerpo a cuerpo por una parte la experiencia en la guerra de nuestros soldados y, por otra, los bárbaros, fieros e imprudentes. Pero el ejército, desplegándose, rodeó a los bárbaros por los dos flancos y les asustó con sus gritos, con el sonido de los caballos y con los sones de guerra.

---

[91] Cfr. 14,7,9.

27.10.14. Sin embargo, como ellos resistían sin perder confianza, el combate entre estos dos poderosos enemigos continuó de forma igualada, resolviéndose con numerosas muertes en ambos bandos.

27.10.15. Finalmente los alemanes se dispersaron asustados ante el ímpetu de los romanos, se mezclaron entre sí y, mientras intentaban huir a pie, cayeron en gran número traspasados por las lanzas y las jabalinas enemigas. Además, sin aliento y agotados ya, en la huida, dejaron al descubierto ante los que les seguían sus rodillas, las piernas y la espalda.

Después de que muchos hubieran caído, Sebastiano, que se había situado detrás de las montañas con unas tropas de reserva, rodeó por sorpresa y mató a otro grupo de los que huían. Los demás se dispersaron y se escondieron en el interior de los bosques.

27.10.16. En esta batalla, cayó también un número nada despreciable de los nuestros, entre los cuales se encontraba Valeriano, que encabezaba la guardia personal, y cierto escudero llamado Natuspardo, un guerrero tan destacado que se asemejaba a los Sicinio y Sergio de la antigüedad[92].

Una vez culminada esta acción con un resultado tan diverso, los soldados volvieron a sus cuarteles de invierno y los emperadores a Treves.

27.11. Acerca de la nobleza, patrimonio, cargos y costumbres de Probo

27.11.1. Durante este tiempo, Vulcacio Rufino murió mientras estaba desempeñando aún su cargo, ante lo cual se llamó a Probo, que estaba en Roma, para que se encargara de la prefectura pretoriana. Este Probo era un hombre conocido en todo el imperio por la nobleza de su estirpe y por la riqueza de su patrimonio, un patrimonio que le permitía tener pose-

---

[92] Cfr. 25,3,13.

siones casi en todo el mundo, sin que me corresponda a mí juzgar si lo había conseguido por medios lícitos o ilícitos[93].

27.11.2. A este Probo parecía guiarle una doble fortuna con sus rápidas alas –pues así es como la representan los poetas–. Y es que, a veces, se mostraba generoso y propicio para el ascenso de sus amigos. Pero en cambio otras veces parecía un cruel acusador y una persona malvada, que se dejaba llevar por una cólera sangrienta. Y aunque tuvo mucho poder mientras vivió, ya que hizo donaciones y alcanzó numerosas magistraturas, sin embargo, en ocasiones, se comportaba como una persona timorata ante los audaces creciéndose sólo frente a los pacatos. No en vano parecía que, cuando tenía confianza en sí mismo, actuaba con el trágico coturno y, en cambio, cuando sentía temor, era como el más humilde de todos los actores de comedia[94].

27.11.3. Y al igual que los animales acuáticos, si son sacados de su elemento, no pueden respirar en la tierra, así también Probo languidecía si no contaba con una prefectura, cargo que se veía obligado a obtener para satisfacer las necesidades del enorme número de gente que dependía de él[95]. Además, éstos nunca actuaban legalmente debido a su ambición desbordada y por ello, para poder cometer impunemente sus fechorías, empujaban a su señor a sumergirse[96] en las tareas de gobierno.

---

[93] Había sido cuestor, pretor urbano y procónsul en África. En el 368 sucedió a Vulcacio Rufino como prefecto de Italia, el Ilírico y África. Además su actuación será importante, como iremos viendo en los libros siguientes (cfr. 28,1,31 y ss.; 29,6,8 y ss.; 30,3,1...).

[94] Esta imagen aparecen en términos similares en 20,1,2 y 28,4,27.

[95] En este pasaje existe alguna pequeña diferencia entre las ediciones consultadas, aunque el sentido es igual.

[96] Cuando Amiano introduce una comparación o una metáfora, como ocurre en este caso con los animales acuáticos, intenta siempre aprovechar al máximo ese símil, colocando luego algún verbo que haga referencia a él. En este caso, lo encontramos en *mergo*, relacionado con la acción de «sumergir» en un líquido (mundo acuático), y que refleja cómo Probo se veía obligado a dedicarse, o «sumergirse» en los asuntos de estado.

27.11.4. Ahora bien, hemos de reconocer que Probo, animado por su bondad natural, nunca obligó a un cliente o a un esclavo a que hiciera algo ilícito. Pero si descubría que alguno de ellos había cometido un delito, aunque su actitud fuera contraria a la justicia, lo defendía sin investigar el asunto y sin tener en cuenta en absoluto lo correcto o lo honesto.

Este defecto es criticado por Cicerón, para quien: «¿Qué diferencia hay entre el que promueve una acción y el que la aprueba?, o ¿qué importa si has sido tú el que ha planeado que algo suceda cuando te alegras de que haya sucedido?» [97].

27.11.5. Con todo esto, andaba siempre sospechando y, por su propio carácter, era reservado. Sonreía con cierta amargura y, a veces, expresaba algún halago, pero siempre con mala intención.

27.11.6. Además, tenía un defecto propio de caracteres de este tipo, sobre todo cuando se piensa que se le puede ocultar. Y es que era tan implacable y de mente tan cerrada que, si había decidido perjudicar a alguien, era inútil suplicarle o intentar convencerle para que perdonara algún error, hasta tal punto que parecía que sus oídos estaban taponados no con cera, sino con plomo [98].

Aun habiendo alcanzado la cumbre de la riqueza y de los honores, siempre estaba intranquilo y preocupado y, por ello, continuamente padecía trastornos aunque ligeros.

Estos fueron los hechos acaecidos en las regiones occidentales.

27.12. Los romanos y los persas disputan por Armenia y por Hiberia

27.12.1. Por su parte el rey persa, el conocido Sapor, ya anciano [99] y adicto a los saqueos desde el inicio de su reinado,

---

[97] *Phil.* 2,12,29.

[98] Cfr. Hom, *Odyss.* 12,165 y ss.

[99] Amiano narra hechos acaecidos en el 368, cuando Sapor tendría unos setenta años.

después de la muerte del emperador Juliano y del golpe que supuso el vergonzoso tratado de paz[100], junto con los suyos se mostró amistoso con nosotros. Pero, en realidad, despreciando el pacto firmado por Joviano, tenía sus ojos puestos en Armenia, con la intención de unirla a sus tierras, como si ya hubiera terminado el período de paz.

27.12.2. En principio, con diversas artimañas, causó pérdidas ligeras a este pueblo de tantos habitantes, solicitando que se le entregaran algunos nobles y sátrapas, y apoderándose de otros mediante ataques por sorpresa.

27.12.3. Después, mediante trampas rebuscadas y perjurios, consiguió capturar al propio rey Arsaces, a quien invitó a un banquete, del que ordenó que se le sacara por una puerta trasera. Entonces le arrancaron los ojos, lo ataron con cadenas de plata (hecho que entre ellos se considera como un consuelo en medio del sufrimiento, aunque se trate de un honor inútil)[101] y lo condujeron a una fortaleza llamada Agabana, donde murió ejecutado por la espada del verdugo.

27.12.4. Después, para que nada se librara de su maldad, expulsó a Sauromaces, a quien los romanos habían encomendado el gobierno de Hiberia, y lo sustituyó por un tal Aspacures[102], queriendo demostrar con ello que sus decisiones se imponían sobre las nuestras.

27 12.5. Una vez realizada esta acción tan abominable, confió Armenia al eunuco Cilaces y a Arrabannes, unos desertores a los que había acogido tiempo atrás –de ellos se dice que uno había sido antes prefecto de su pueblo, y el otro comandante del ejército–. Además, les ordenó que pusieran todo su empeño en destruir Artogerassa, ciudad poderosa por sus murallas y sus defensores, donde estaban ocultos los tesoros, la esposa y el hijo de Arsaces.

---

[100] Cfr. 25,7,9 y ss.
[101] Cfr. Herod.3,130; Quint. Curt, 5,12,20.
[102] Cfr. 30,2,2.

27.12.6. Tal como se les había ordenado, los generales se dispusieron al asedio. Pero, como no podía accederse a la fortaleza, ya que estaba situada en una montaña escarpada –tanto más cuando el clima era aún gélido por las nieves y la escarcha–, el eunuco Cilaces, dado a las caricias mujeriles, y Arrabanes marcharon rápidamente hacia las propias murallas, una vez obtuvieron la promesa de que no perder la vida.

Y cuando Cilaces y su compañero fueron recibidos en el interior, tal como habían solicitado, intentaron convencer mediante amenazas a los defensores y a la reina, diciéndoles que el ataque de Sapor, que era el más cruel de todos los reyes, sólo se detendría si se entregaban rápidamente.

27.12.7. Después de que se expusieran muchas razones en uno y otro sentido, ante los lamentos de la mujer por el terrible sufrimiento de su marido, Cilaces y Arrabanes, los defensores más acérrimos de la entrega, se conmovieron y modificaron su decisión. Entonces, empujados por la ambición, dieron órdenes en secreto para que, a una hora determinada de la noche, se abrieran de repente las puertas y dieran paso a una tropa poderosa que podría hacer sucumbir al bando enemigo con una matanza por sorpresa. Además, prometieron que ellos se encargarían de que este plan no fuera descubierto.

27.12.8. Una vez ratificadas estas palabras por un juramento, salieron y aseguraron a todos que los del interior habían solicitado dos días de tregua para deliberar acerca de la decisión a tomar, con lo cual consiguieron que los que estaban asediando la ciudad se relajaran.

Entonces, en mitad de la noche, mientras todos descansaban y estaban sumidos en un profundo sueño, se abrieron las puertas de la ciudad y salieron raudos varios jóvenes que, sin hacer ruido, con las espadas desenvainadas, se arrastraron, invadieron el campamento de los atacantes, que no temían nada de este tipo, y mataron sin encontrar resistencia alguna a muchos de los que estaban dormidos.

27.12.9. Esta salida por sorpresa y las muertes inesperadas de los persas encendieron terribles odios entre Sapor y nosotros,

añadiéndose además el que Papa, el hijo de Arsaces, siguiendo el consejo de su madre, salió de la fortaleza con unos pocos hombres y fue recibido por el emperador Valente, que le invitó a marchar a Neocesarea, ciudad muy conocida del Ponto Polemoniaco, donde sería muy bien tratado y educado[103].

Cilaces y Arrabanes, seducidos por este acto de humanidad, enviaron parlamentarios a Valente y suplicaron que se les asignara como rey al citado Papa.

27.12.10. Sin embargo, por el momento se les negó la ayuda y se encargó al general Terencio que condujera a Armenia a Papa[104]. Éste gobernaría allí durante algún tiempo, pero sin insignia alguna, porque de este modo no se nos acusaría de haber roto ningún pacto ni tratado.

27.12.11. Al conocer estos hechos Sapor, con una cólera sobrehumana, reunió a sus mejores tropas y comenzó a devastar abiertamente Armenia.

Papa, aterrado ante su llegada, así como Cilaces y Arrabanes, que no lograban ver ninguna posibilidad de ayuda alrededor, buscaron refugio en lo alto de los montes que separan nuestro territorio de Lazica[105]. Así, escondidos en esos espesos bosques y en esas escarpadas colinas durante cinco meses, lograron escapar de los múltiples ataques del rey.

27.12.12. Cuando Sapor vio que todos sus esfuerzos resultaban inútiles, llegado ya el invierno, después de quemar los árboles frutales y de fortificar los lugares y campamentos de los que se había apoderado ya fuera mediante una victoria o una traición, rodeó Artogerassa con todas sus tropas y, después de combates de distinto resultado, cuando los defensores se sentían ya agotados, consiguió entrar en ella y la incendió, llevándose a la esposa de Arsaces así como numerosos tesoros.

---

[103] Neocesarea, en la actual Turquía, era la ciudad más importante de esta zona, que era un reino sometido a Roma.

[104] Fue conde y duque de Armenia desde el 369 hasta el 374.

[105] Era la Cólquide de la antigüedad.

27.12.13. Ante esto, el conde Arinteo [106] fue enviado a esta región con un ejército, para que ayudara a los armenios en caso de que los persas intentaran atacarlos en una segunda campaña.

27.12.14. Mientras tanto Sapor, sumamente astuto y humilde u orgulloso según le convenía, con la añagaza de una futura alianza y mediante unos enviados secretos, criticaba a Papa por no cuidar de sus propios intereses, difundiendo que éste, con la excusa del poder real, estaba sirviendo en realidad a Cilaces y a Arrabanes.

Papa, llevado por esos astutos halagos, los mató y, para mostrar su sumisión a Sapor, le envió sus cabezas.

27.12.15. Una vez se difundió por doquier la noticia de estas muertes, toda Armenia hubiera caído sin poder ser defendida, de no ser porque los persas, aterrados por la llegada de Arinteo, pospusieron un nuevo ataque, contentándose con enviar mensajeros al emperador y con reclamarle que no defendiera a esta nación, tal como habían acordado con Joviano [107].

27.12.16. Esta propuesta fue rechazada y Sauromaces, quien, como dijimos anteriormente, había sido expulsado del trono de Hiberia, es enviado allí de nuevo acompañado por Terencio y por doce legiones.

Y, cuando ya estaba cercano al río Ciro [108], Aspacuraces le suplicó que reinaran asociados como primos, alegando para ello que él ni cedía, ni podía pasarse al bando romano, porque su hijo Ultra estaba retenido aún por los persas en calidad de rehén.

27.12.17. Cuando el emperador se enteró de esto, en un intento de suavizar mediante una decisión prudente las tensio-

---

[106] Cfr. 27,5,4 y 5,9.

[107] Cfr. 25,7,12.

[108] Es el actual Kur.

nes que suscitaría aún este asunto, aceptó la división de Hiberia, siendo el río Ciro la linea separatoria, de manera que Sauromaces se quedaría con la parte cercana a Armenia y a los lazos, y Aspacuraces con la cercana a Albania y a los persas.

27.12.18. Sapor, agitado por estas noticias, exclamó que estaba siendo tratado de forma indigna, porque los armenios estaban contando con ayuda frente a lo establecido en el tratado, porque había fracasado la embajada que él había enviado para solucionar este asunto y porque, sin contar siquiera con su aprobación ni con su consentimiento, se había decidido dividir el reino de Hiberia.

Por ello, como si se hubieran cerrado las puertas para la amistad, comenzó a buscar el apoyo de los pueblos vecinos y a preparar su ejército, con la intención de destruir todo lo que habían dispuesto los romanos por su propio interés tan pronto como el clima se hiciera más suave [109].

---

[109] Cfr. 30,1 y ss.

LIBRO 28

28.1. Muchos individuos, entre los que había incluso senadores y mujeres de familia senatorial, son acusados en Roma de envenenamientos, estupros y adulterios, siendo condenados por ellos

28.1.1. Mientras que, tal como hemos narrado anteriormente[1], la perfidia del rey originaba disturbios inesperados entre los persas, y mientras que en la región oriental resurgían nuevas guerras, unos dieciséis años después de la muerte de Nepotiano[2], Belona marcha enloquecida por la Ciudad Eterna encendiendo por doquier unas chispas que, si tuvieron unos inicios insignificantes, llegaron a ocasionar cruentas matanzas. ¡Ojalá pudiéramos mantener esto en eterno olvido, para que nunca intentara nadie cometer acciones similares, pues algunos hechos pueden llegar a ser más nocivos al servir de ejemplo que por los propios delitos que conllevan!

28.1.2. Pero, aunque sería normal que, teniendo en cuenta diversas circunstancias, el temor me disuadiera de relatar unos hechos tan cruentos, sin embargo, como confío en la moderación de nuestros días, voy a exponer uno por uno los

---

[1] Cfr. 27,12,1 y ss.

[2] Había muerto en el 350, por lo cual estamos en el 366.

acontecimientos que considero dignos de ser recordados. Y no me avergonzará confesar los miedos que me producen hechos ocurridos en el pasado.

28.1.3. Pues bien, en la primera guerra Médica, después de que los persas hubieran devastado Asia, asediaron Mileto con sus impresionantes tropas y lanzaron amenazas terribles contra los defensores, obligando a los del interior a soportar una situación tan extrema que, afligidos por tamañas calamidades, después de matar a sus seres queridos y de arrojar sus posesiones al fuego, se disputaban el honor de arder en la hoguera común de su patria[3].

28.1.4. Poco después, Prinico[4] llevó este tema al teatro de Atenas, ennobleciéndolo con el lenguaje trágico. En un principio, aunque sólo durante unos instantes, fue escuchado con agrado. Pero, cuando este tema tan trágico se convirtió en patético, fue rechazado por el pueblo, que estaba indignado y que creía que todo ese sufrimiento se había expuesto en la tragedia con tanta claridad no para consolar a los atenienses, sino para culparles por las penalidades que había padecido una ciudad querida que no había contado con ningún tipo de ayuda de sus fundadores.

Y es que Mileto era una colonia de los atenienses, fundada por varios jonios entre los que podemos mencionar a Nileo, hijo de Codro, quien, según se dice, se entregó como ofrenda por su patria en la guerra dórica.

28.1.5. Pero volvamos ahora a nuestro tema.

Maximino, que en otra época fue viceprefecto en Roma, había nacido en Sopiana[5], ciudad de Valeria, en el seno de

---

[3] Mileto fue la primera de las ciudades griegas que se levantó contra los persas en el 499 a.C., razón por la que fue atacada en el 494.

[4] Prinico compuso una tragedia titulada *La toma de Mileto*, que causó indignación entre el público de Atenas en el 492.

[5] Es la actual Pecs, en Hungría.

una familia muy humilde, ya que su padre era contable al servicio del gobernador y procedía de unos carpos que habían sido arrancados de su tierra natal[6] y conducidos a Panonia por Diocleciano.

28.1.6. Pues bien, Maximino, después de un breve período de estudio de las artes liberales, y después de realizar una defensa mediocre de algunas causas, administró Córcega y Cerdeña, y gobernó en Tuscia[7]. Allí, aunque se le había encomendado encargarse del aprovisionamiento de grano en Roma, como su sucesor se demoró demasiado tiempo, consiguió retener el poder de la provincia. En principio, Maximino se había comportado con moderación debido a tres causas:

28.1.7. En primer lugar, porque aún resonaban en sus oídos las palabras de su padre, que era experto en descifrar lo que auguraban los pájaros o sus cantos, y quien le había predicho que alcanzaría un gran poder, pero que moriría ejecutado.

En segundo lugar, porque había apresado a un hombre de Cerdeña a quien después mató con engaños, según difundió un rumor. Pues bien, este sardo dominaba el arte de evocar espíritus malignos y el de adivinar lo que presagiaban los muertos. Por eso, mientras él vivió, Maximino se mostró amable y benévolo, porque temía ser traicionado.

Y la tercera causa era que, al igual que una serpiente que vive bajo tierra y se arrastra por el suelo, aún no había podido causar grandes calamidades.

28.1.8. El motivo que hizo posible su ascenso fue el siguiente:

Chilón, un antiguo vicario, y su esposa Máxima, se quejaron ante Olibrio –que en aquella época[8] era prefecto en Roma– y le aseguraron que habían intentado envenenarles,

---

[6] En la Dacia.
[7] Es decir, en Etruria.
[8] Concretamente en el 368.

consiguiendo que fueran capturados y conducidos a prisión los sospechosos: el organista Sérico, el atleta Asbolio y el arúspice Campensis.

28.1.9. Pero como el asunto fue olvidándose a causa de una larga y dura enfermedad que padeció Olibrio, los acusadores, sin permitir más demoras, pidieron por escrito que se encomendara esa causa al prefecto encargado del aprovisionamiento de grano, petición que fue concedida para agilizar el tema.

28.1.10. Así pues, en cuanto tuvo posibilidad de hacer daño, Maximino demostró su crueldad innata, una crueldad que nacía de su gélido corazón y que se le escapaba semejante a las fieras en el anfiteatro cuando se rompen las puertas y alcanzan la libertad.

En el momento en que este asunto comenzó a ser investigado con diversos procedimientos, como si fuera un preludio, ciertas personas, con los costados llenos de latigazos, acusaron a algunos nobles de haber utilizado diversas mañas para cometer sus fechorías mediante clientes y personas humildes (reos conocidos y delatores). Y entonces, este juez infernal, sobrepasando sus límites, como dice la expresión popular, en un informe perverso, comunicó al príncipe que los numerosos crímenes que se habían cometido en Roma sólo podían ser investigados o castigados con mano dura.

28.1.11. El emperador, al conocer estos hechos, se enfureció y decidió castigar los delitos dejándose llevar más por la rabia que por una decisión meditada. Y entonces, con una sola sentencia, válida para todo este tipo de procesos, entre los que con gran arrogancia incluía también los de lesa majestad, determinó que, si el asunto lo exigía, se torturara a todos los acusados, a pesar de que muchos de ellos se hubieran librado de un cruento castigo según nuestro antiguo código de derecho y según los designios de los dioses.

28.1.12. Y para que hubiera dos personas con gran poder causando más calamidades, después de encomendar a Maxi-

mino que actuara como prefecto de Roma y que juzgara todo lo que se estaba instruyendo contra muchos, como magistrado asociado a él, eligió al secretario León, que después fue maestro de oficios[9], un panonio sacrílego, ladrón de tumbas, que ya demostraba crueldad en la expresión de su cara y quien no le iba a nadie a la zaga en cuanto a sed de sangre.

28.1.13. La llegada de un colega semejante a él y la satisfacción por el ascenso encendieron aún más la obstinada tendencia a la maldad de Maximino, quien cuando se movía a un lado y a otro parecía saltar más que caminar, ya que se esforzaba por imitar a los Bramanes que, según cuentan, se mueven entre los altares elevados sobre la tierra[10].

28.1.14. De este modo, mientras resonaban los clarines que anunciaban desastres internos y todos estaban angustiados por la dureza de la situación, entre otras muchas acciones duras y crueles de las que no podemos enumerar ni su diversidad ni su número, destacó la muerte de Marino, un abogado, a quien Maximino, sin llegar a examinar a fondo la realidad, condenó a muerte por haber intentado con malas artes ganarse como esposa a Hispanila.

28.1.15. Y como imagino que tal vez habrá personas que, cuando lean esto y lo examinen cuidadosamente, advertirán y criticarán que haya contado una cosa y no otra, o que haya omitido lo que sucedió, creo que basta alegar lo siguiente: que no merece la pena narrar todo lo que ha ocurrido entre personas humildes[11]. Además, si esto fuese necesario, no sería posible, ni siquiera aunque se narraran los procesos sacándolos de los propios archivos públicos. No cuando la situación era desastrosa y cuando la calamidad agitaba a todos

---

[9] Cfr. 30,2,10.

[10] Cfr. Philostrato, *Vita Apollonii* 3,15.

[11] Reitera aquí Amiano la idea expuesta en el prólogo del libro 26, acerca de que la historia no debe narrar minucias insignificantes.

los órdenes desde sus propios cimientos. Tanto más cuando consta claramente que lo que se temía era, no la justicia, sino la supresión de los juicios.

28.1.16. Fue entonces cuando Cétego, un senador acusado de adulterio, fue decapitado. Y cuando se ejecutó públicamente a Alipio, un joven adolescente, acusado por un delito insignificante, así como a otras personas de baja condición [12].

Al observar estas calamidades, como si todos y cada uno advirtieran el peligro que corrían, soñaban con torturas, con cadenas y con lugares tenebrosos.

28.1.17. Por esa misma época, se trató también el tema de un hombre de carácter noble, Himetio, cuya situación podemos resumir del siguiente modo: cuando regía África en calidad de procónsul, como los cartagineses vivían angustiados por la escasez de alimentos, les entregó el grano que obtuvo de los graneros reservados para los romanos –aunque poco después se produjo una cosecha abundante y lo restituyó todo sin demora alguna– [13].

28.1.18. Pero como se habían vendido a los indigentes diez medidas por una pieza de oro, y él había comprado treinta [14], entregó las ganancias al tesoro del príncipe. Entonces Valentiniano, sospechando que le había enviado menos de lo que convenía por esta venta, le castigó con la pérdida de parte de sus bienes.

28.1.19. Para agravar esta calamidad, en esos mismos días, se produjo otro hecho no menos lamentable. Y es que el adivino Amantio, muy conocido en aquella época, fue acusado en secreto de haber sido convocado por el citado Himetio para realizar un sacrificio que propiciara diversas acciones nefastas.

---

[12] Esto ocurrió en el 370.

[13] Egipto y África suministraban gran cantidad de grano al imperio.

[14] Por el mismo precio. La medida apuntada es el modio, que equivalía a unos nueve litros.

Amantio fue llevado a juicio y, aunque se dobló de dolor sobre el potro, negó las acusaciones con tenaz obstinación.

28.1.20. Ante sus negativas, se trajeron de su casa unos papeles confidenciales entre los que apareció una carta de Himetio escrita a mano. En ella, se le pedía que, mediante unos sacrificios solemnes ofrecidos a la divinidad, intentara suavizar la actitud de los emperadores hacia él.

Además, en la última parte del escrito, se leían algunas acusaciones contra el príncipe, al que tachaba de avaro y sanguinario.

28.1.21. Cuando Valentiniano conoció estos hechos por el relato de los jueces, que interpretaban la situación con gran severidad, ordenó que se investigara el asunto con celo extremo.

No en vano, Frontino, consejero del mencionado Himetio, fue acusado de haber sido el encargado de realizar la plegaria, por lo cual fue apaleado y, después de confesar, tuvo que marchar exiliado a Bretaña. En cuanto a Amantio, fue condenado y ejecutado después.

28.1.22. Después de estos acontecimientos, Himetio fue conducido a la ciudad de Ocriculum [15] para que prestara declaración ante Ampelio, el prefecto de la ciudad [16], y ante el viceprefecto Maximino. Pero cuando parecía que iba a ser condenado, encontró una oportunidad y, con gran osadía, buscó la ayuda del emperador. Sólo así, protegido por su nombre, consiguió salvar su vida.

28.1.23. Cuando se consultó al emperador acerca de este tema, remitió el asunto al senado que, después de ponderar bien este tema, envió a Himetio a la isla de Boa, en Dalmacia, aunque los senadores tuvieron que soportar la ira del em-

[15] Es la actual Otricoli.
[16] En el 371-372. Cfr. 28,4,3.

perador, que se enfureció mucho al enterarse de que un hombre a quien él había decidido condenar a muerte había obtenido una condena menor.

28.1.24. A causa de estos hechos y de otros muchos similares, todos comenzaron a temer que les ocurriera lo mismo que a los pocos mencionados. Y, para evitar que todas estas calamidades fueran obviadas y que se extendieran poco a poco causando así mayores desgracias, los nobles decidieron enviar mensajeros. En concreto enviaron a Pretextato [17], antiguo prefecto de Roma, al antiguo viceprefecto Venusto[18], y a Minervio, antes consular, para que suplicaran al emperador que los castigos no superaran a los crímenes cometidos y para que ningún senador fuera sometido a torturas de forma inusual o ilícita.

28.1.25. Cuando fueron recibidos en el consistorio y expusieron sus peticiones, Valentiniano negó que hubiera tomado decisiones de este tipo y, entre gritos, dijo que estaba siendo objeto de una calumnia, ante lo cual el cuestor Eupraxio [19], le replicó con moderación.

Lo cierto es que, gracias a esta posibilidad de hablar, se anuló una orden sanguinaria que sobrepasaba cualquier ejemplo de crueldad.

28.1.26. Durante esos mismos días Loliano, un joven al que comenzaba a apuntarle la barba, hijo del antiguo prefecto Lampadio [20], después de la estricta investigación de Maximino, fue acusado de haber escrito un libro de artes malignas cuando aún no tenía capacidad de razonar.

Y cuando se esperaba que fuera enviado al exilio, por consejo de su padre recurrió al emperador, quien ordenó que

---

[17] Cfr. 27,9,8.
[18] Cfr. 23,1,4.
[19] Cfr. 27,6,14.
[20] Cfr. 27,3,5.

se le condujera a la corte. De este modo, según dice la expresión popular, pasó del humo al fuego [21], porque tras ser entregado a Falangio, consular en la Bética, murió ejecutado por la funesta mano del verdugo.

28.1.27. Además de éstos podemos mencionar también a Tarracio Baso, después prefecto de Roma [22], a su hermano Camenio, a Marciano y a Eusafio, todos muy ilustres, quienes fueron acusados de haber sido cómplices de Loliano en los crímenes que cometió para favorecer a Auchenio. Pero, como las pruebas eran dudosas, según divulgó un rumor, fueron puestos en libertad por Victorino, amigo íntimo de Maximino.

28.1.28. También las mujeres soportaron calamidades similares, pues fueron asesinadas muchas personas nobles del sexo femenino acusadas del delito de adulterio o de estupro. Entre ellas destacaron Charitas y Flaviana, una de las cuales, cuando iba a ser ejecutada, fue despojada de sus ropas, sin que se le permitiera conservar ni siquiera lo más mínimo para cubrir sus partes más íntimas.

Por eso, después, el verdugo fue acusado de haber cometido un terrible crimen y quemado vivo.

28.1.29. Igualmente, los senadores Pafio y Cornelio confesaron que habían utilizado veneno con fines criminales, siendo ejecutados según la sentencia del citado Maximino.

De forma similar murió el procurador de la moneda. Pero en cuanto a Serico y a Asbolio, mencionados anteriormente, como cuando se le pidió que nombrara al azar a los que quisiera, juró que no iba a condenar a nadie a morir ejecutado por fuego o por espadas, los ejecutó con duros golpes de plomo [23].

---

[21] Este mismo dicho aparece en 14,11,12.

[22] En el 375-376.

[23] Se trataba de un artefacto que golpeaba con bolas de plomo la cabeza y la nuca del acusado.

Y después de esto, mandó que se quemara al adivino Campense, porque en este caso no se vio limitado por ningún juramento.

28.1.30. Llegados a este punto, creo que es oportuno explicar la causa que motivó la muerte de Eginacio, que procedía de una familia noble según difundieron persistentes rumores, ya que no tenemos documentos fiables acerca de este aspecto.

28.1.31. Pues bien, Maximino, que estaba lleno de soberbia y que entonces era el prefecto encargado del suministro de grano, habiendo encontrado un incentivo nada despreciable para su audacia, llegó a despreciar a Probo, que estaba al frente de las provincias en calidad de prefecto del pretorio y que era el más noble entre todos los oficiales.

28.1.32. Por otra parte Eginacio, muy indignado, dolorido e incapaz de soportar que Olibrio hubiera preferido a Maximino como instructor de las causas, siendo él viceprefecto de Roma, en una conversación confidencial, informó secretamente a Probo de que Maximino, ese hombre vulgar al que habían puesto por delante de personas de grandes méritos, podría ser hundido si Probo así lo decidía.

28.1.33. Según cuentan algunos, Probo envió esta carta a Maximino sin que se enterara nadie excepto el muchacho que la llevaba, pues temía a Maximino, un hombre ya experto en el mundo criminal y muy bien considerado por el emperador.

Al leerla, Maximino, fiero ya de por sí, se encolerizó de tal modo que comenzó a mover toda su maquinaria contra Eginacio, semejante a una serpiente herida por un desconocido.

28.1.34. Hubo además otro hecho que alentó también sus malvadas artimañas y que le costó la ruina al citado Eginacio. Y es que, a pesar de haber recibido un legado nada despreciable de Victorino, cuando ya estaba muerto, le acusó de haber vendido en vida algunas actuaciones de Maximino. Y, con igual desvergüenza, amenazó también con procesos y acusaciones a la esposa de Victorino, Anepsia.

28.1.35. Ella, por temor a esa situación, para contar con la protección de Maximino, simuló que su marido, en un testamento que había escrito al final de su vida, le había dejado tres mil libras de plata. Maximino, abrasado por la ambición (ya que tampoco carecía de este vicio) le pidió la mitad de su herencia.

Pero no contento tampoco con esto, porque todavía le parecía poco, planeó otra estratagema, que a él le pareció honorable y sin riesgo. Consistía en que, para no perder esta oportunidad de enriquecerse con un gran patrimonio, pidió en matrimonio para su hijo a la hijastra de Victorino, la hija de Anepsia. Y, con el consentimiento de ésta, se arregló rápidamente el trato.

28.1.36. Con estos hechos y otros igualmente lamentables, que ensombrecían la situación de la Ciudad Eterna, este hombre, que produce dolor sólo con nombrarlo, iba causando múltiples calamidades a muchos y sobrepasando los límites de la ley.

No en vano se decía que tenía siempre una cuerda atada a cierta ventana retirada del palacio y que, del extremo de esa cuerda, ataba ciertas acusaciones que no contaban con ninguna base real, pero que podían causar la ruina de muchos inocentes. Y, en alguna ocasión, dio órdenes para que Muciano y Bárbaro, sus servidores, que eran expertos en el engaño, fueran sacados fuera por separado.

28.1.37. Ellos, como si lamentaran terriblemente la desgracia que simulaban haber sufrido, exageraban la crueldad del juez y aseguraban a los acusados que, si querían mantenerse con vida, no les quedaba otra solución que acusar a los nobles de graves delitos, pues de este modo, si compartían el juicio con algunas personalidades, afirmaban que podrían salvarse fácilmente.

28.1.38. Ante esta crueldad, que sobrepasaba ya todos los límites, se vio a muchos con las manos atadas y a numerosos nobles desarrapados y angustiados.

Por eso no podríamos culpar a ninguno de ellos por doblegarse y llegar casi a besar el suelo cuando se inclinaban, ya que continuamente escuchaban gritar a ese ladrón con entrañas de animal que nadie sería considerado inocente si él no quería.

28.1.39. Estas amenazas, que se cumplían siempre, hubieran llegado a aterrar a personas como Numa Pompilio o Catón. Y es que la situación era tal que nadie podía contener las lágrimas al observar las desgracias de los demás, algo que sucede con frecuencia en situaciones complicadas de la vida.

28.1.40. Aunque en numerosas ocasiones se olvidaba de la ley y de la justicia, este juez severo era tolerable por una única circunstancia: que, en ocasiones, perdonaba a algunos cuando se lo suplicaban, aunque, si nos atenemos a las palabras de Cicerón, esto es casi un defecto: «Si la cólera es implacable, se convierte en severidad extrema. Si esa cólera a veces se suaviza, se transforma en una ligereza total. Aunque, ya metidos en defectos, ésta última es preferible a la dureza» [24].

28.1.41. Después de esto, siguiendo la estela de León [25], se le nombró un sucesor [26] y fue llamado a la corte, donde alcanzó el rango de prefecto del pretorio, sin que esto implicara en absoluto que aumentara su clemencia, ya que siguió siendo dañino incluso a distancia, semejante a una serpiente basilisco [27].

28.1.42. En esa época o no mucho antes, se vio cómo florecían las escobas con las que se limpiaba la curia, hecho que presagiaba que algunas personas de la más baja condición iban a ser elevadas a la cumbre del poder [28].

---

[24] Cic, *ad. Quint. frat.* 1,1,13,39.

[25] Cfr. 28,1,12.

[26] Concretamente, Ursicino.

[27] Cfr. 22,15,27; Plin, *Nat.* 8,33; Lucan, 9,724-6 y 828 y ss; Isid. *etym.* 12,4,6.

[28] No olvidemos que Maximino, persona de familia humilde, había sido nombrado prefecto del pretorio.

28.1.43. Y aunque es el momento apropiado para volver al relato de los hechos, sin embargo, intentando no alterar el orden cronológico, vamos a detenernos en unas pocas acciones ilegales atribuibles a los viceprefectos de Roma, ya que esas acciones respondían a la voluntad y a los deseos de Maximino, y eran realizadas por esos viceprefectos, a los que debemos llamar mejor «sirvientes».

28.1.44. A Maximino le sucedió Ursicino, más inclinado a la clemencia. Éste, como pretendió ser prudente y honrado, hizo un informe según el cual Isaías y otros que habían sido detenidos por un adulterio cometido con Rufina, intentaban acusar de un crimen de lesa majestad a Marcelo, el marido de Rufina, antiguo miembro de la guardia personal del emperador.

Por ello, cuando Ursicino fue criticado por ser indeciso y por no culminar las acciones que convenía ejecutar con valor, abandonó enseguida su cargo.

28.1.45. Su sucesor fue Simplicio de Emona[29], un antiguo profesor de gramática y luego consejero de Maximino, que si bien no se había vuelto arrogante ni altanero después de gobernar la provincia, sí inspiraba temor porque tenía una mirada torva. Además, con palabras moderadas pero fingidas, planeaba duros golpes contra muchos.

Así, en primer lugar, condenó a muerte a Rufino y a todos los que habían cometido o facilitado el adulterio, aunque como hemos indicado, Ursicino había enviado un informe acerca de este tema. Y después mató a otros muchos, sin hacer ninguna distinción entre culpables o inocentes.

28.1.46. De este modo, como si rivalizara en una cruenta competición con Maximino, a quien admiraba como líder, intentó superarle en la tarea de mermar las fuerzas de las fami-

[29] En el 374-375.

lias nobles, imitando así al antiguo Busiris, a Anteo y a Falaris, hasta tal punto que sólo le faltaba el toro de Agrigento[30].

28.1.47. A partir de hechos como este y de otros similares, cierta matrona llamada Hesiquia, fue custodiada en el hogar de uno de los sirvientes de Simplicio, ya que había sido acusada de planear un crimen. Pero como ella temía un trato cruel, se cubrió la cara con un almohadón de pluma y murió asfixiada.

28.1.48. A estas calamidades se añadió otra no menor. Y es que Eumenio y Abieno, ambos de la clase senatorial, fueron acusados durante el mandato de Maximino de haber tenido relaciones deshonestas con Fausiana, una mujer noble. Ellos, después de enterarse de la muerte de Victorino, que les había protegido mientras vivió, aterrados ante la llegada de Simplicio, que planeaba crueles castigos, se marcharon a un lugar secreto.

28.1.49. Pero una vez que condenaron a Fausiana y que ellos mismos fueron citados entre los culpables y convocados mediante edictos, se escondieron con mayor empeño aún. Abieno siguió oculto en el hogar de Anepsia, pero como con frecuencia se producen hechos inesperados que agravan aún más una situación ya calamitosa, un tal Sapaudulo, esclavo de Anepsia, consternado al ver que su esposa había sido golpeada, acudió por la noche a Simplicio y se lo contó todo. Simplicio envió entonces a unos sirvientes que sacaron de su escondite a los acusados.

28.1.50. Abieno, a quien se acusaba también de haber mantenido relaciones adúlteras con Anepsia, fue condenado a

---

[30] Busiris sacrificó muchas víctimas a Zeus, hasta que murió a manos de Hércules. Anteo era un gigante que vivía en Libia y que sacrificaba también a los viajeros que caían en sus manos, aunque fue derrotado igualmente por Hércules. Y, en cuanto a Falaris, era un tirano que sacrificaba a sus víctimas mediante un toro en el que las abrasaba.

muerte. En cuanto a la mujer, para poder mantener la esperanza de salvar su vida y demorar la condena, aseguró que había sido acosada con malas artes y que fue violada en el hogar de Eginacio.

28.1.51. Simplicio narró al emperador estos hechos con gran maldad y, como Maximino se encontraba entonces en la corte y odiaba a Eginacio por el motivo que hemos mencionado anteriormente[31] –unido a que su ira se había acrecentado junto con su poder–, suplicó afanosamente al emperador que Eginacio fuera condenado a muerte, condena que no le costó mucho conseguir, siendo como era un malvado y poderoso incitador.

28.1.52. Pero como temía que la pesada losa de la envidia cayera sobre Simplicio, su consejero y amigo, si se producía esta condena, ya que causaría la muerte de un patricio, mantuvo en secreto durante algún tiempo la orden imperial, ya que dudaba y vacilaba acerca de quién podría ser el ejecutor más fiel y apropiado para esta acción tan malvada.

28.1.53. Finalmente, con esa facilidad con la que suelen juntarse los iguales con sus iguales[32], encontró a un galo llamado Doriforiano, audaz hasta la locura, a quien le concedió la viceprefectura a cambio de una promesa de realizar esta tarea en breve. Entonces, junto con una carta del Augusto le dio instrucciones para que, sin demora alguna, matara rápidamente a Eginacio, un hombre cruel pero rudo, y que tal vez intentaría escapar si encontraba alguna posibilidad.

28.1.54. Tal como se le había encomendado, Doriforiano se dirigió presuroso a Roma y, ya desde el inicio de su mandato[33], comenzó a preguntarse ansiosamente de qué modo po-

---

[31] Cfr. 28,1,30 y ss. La causa era que Probo había informado a Maximino de que Eginacio, resentido contra él por su ascenso, intentaba hundirle.

[32] Cfr. Hom, *Od.* 17,218; Plat. *Symp.* 195 b; Cic, *De Sen.* 3,7; Quint, 5,11,41.

[33] En el 375-376.

dría matar a un senador de noble linaje sin contar con ningún apoyo. Y cuando supo que Eginacio había sido hallado después de mucho tiempo y que estaba encerrado en su propia villa, se dispuso a interrogar él mismo a Eginacio y a Anepsia como cabecillas de los culpables. Y lo hizo en mitad de los horrores de la noche, cuando las mentes de los hombres suelen quedar paralizadas de pánico –no en vano, entre otros muchos testimonios, el Áyax de Homero prefería morir antes que soportar los horrores de otra noche–[34].

28.1.55. Y como este juez, o mejor este nefasto criminal, tenía como único objetivo cumplir su promesa y lo exageraba todo, cuando se le ordenó juzgar a Eginacio, hizo pasar a un batallón de verdugos y, en medio del triste sonido de las cadenas, torturó hasta la muerte a sus esclavos, muy debilitados por las malas condiciones de vida. De este modo esperaba terminar con su señor, algo que nuestras leyes, con gran clemencia, prohibían en un asunto de adulterio[35].

28.1.56. Finalmente, cuando los sufrimientos cercanos ya a la muerte hicieron a una esclava pronunciar palabras ambiguas, sin que se investigara bien la realidad de este indicio, en un momento se condenó a Eginacio que, sin que se le hiciera caso, invocaba a los emperadores con grandes gritos.

Pero se le elevó y fue ejecutado. Además, en cumplimiento de esa misma sentencia murió también Anepsia.

No es extraño que la Ciudad Eterna deplorara estas muertes y el comportamiento de Maximino, tanto cuando él estaba presente como cuando estaba lejos y actuaba mediante intermediarios.

28.1.57. Pero las últimas maldiciones de los ajusticiados terminaron cumpliéndose, pues, como se reflejará en el mo-

---

[34] Cfr. Hom, *Iliad.* 17,645.

[35] En esta época, se podía ya torturar a los esclavos para obtener su confesión en un asunto de adulterio.

mento oportuno[36], el propio Maximino, que entonces se jactaba de forma intolerable, murió degollado por la justicia durante el mandato de Graciano; Simplicio fue decapitado en el Ilírico y, en cuanto a Doriforiano, fue condenado a muerte y conducido a la prisión de Tuliano, aunque el emperador, siguiendo un consejo de su madre[37], le sacó de allí y le devolvió a su hogar, donde hizo que le mataran tras terribles torturas.

Pero recuperemos el hilo de nuestra narración: ésta era, por así decirlo, la situación en Roma.

28.2. El Augusto Valentiniano refuerza toda la orilla gala del Rin con campamentos, fortalezas y torres. Los alemanes matan a los romanos que estaban levantando una fortaleza al otro lado del Rin. Unos salteadores maratucoprenos son asesinados en Siria por orden del Augusto Valente junto con sus hijos y su pueblo

28.2.1. Por su parte, Valentiniano, con importantes y útiles proyectos en mente, fortificaba con grandes construcciones todo el Rin desde el inicio de Recia hasta el estrecho del Océano[38], para lo cual levantaba grandes campamentos, fortalezas y numerosas torres en lugares apropiados y propicios por todas las tierras de la Galia. Incluso, a veces, levantaban alguna construcción al otro lado del río, introduciéndose así en territorio bárbaro.

28.2.2. Finalmente, cuando se planteó que una construcción defensiva alta y segura que él mismo había propiciado podía

[36] Amiano tan sólo hará una breve alusión a esta muerte (29,3,1), algo que no nos sorprende porque ésta se produjo en el 376 y, si Amiano narra los acontecimientos de Oriente hasta el 378, acerca de Occidente, narra sólo lo sucedido hasta el 375.

[37] Se refiere a Marina Severa, que fue la primera mujer de Valentiniano.

[38] Amiano alude aquí al Canal de Bélgica, que es una parte del Mar del Norte.

ser destruida por la violencia de las aguas, ya que estaba rodeada por un río llamado Negro, decidió desviar la corriente en otra dirección y así, tras convocar a expertos en obras hidráulicas y a una gran cantidad de mano de obra militar, se dispuso a realizar esta difícil tarea.

28.2.3. En efecto, durante muchos días unieron tablones y los colocaron en el lecho del río, pero aunque los fijaban y los volvían a fijar y a unir una y otra vez con enormes estacas, la fuerza de las aguas los movía y los arrancaba haciendo inútil todo esfuerzo.

28.2.4. Sin embargo, terminó imponiéndose el vehemente afán del emperador y el esfuerzo constante de los soldados que, con frecuencia, quedaban hundidos hasta la barbilla mientras trabajaban. Pero finalmente, y no sin que muchos estuvieran en peligro, esa fortaleza defensiva quedó fuera de las agitadas aguas del río, y aún hoy se mantiene sólida.

28.2.5. Valentiniano, feliz y exultante con estos éxitos, tal como corresponde a un emperador, se esforzaba en favor del estado en la medida en que se lo permitían el clima y las circunstancias.

Y creyendo que ésta era la mejor forma de conseguir lo que se proponía, dispuso que se levantara rápidamente una fortaleza al otro lado del Rin sobre el monte Pirus, lugar que está en suelo bárbaro.

Y para que la rapidez aumentara la seguridad del plan, por mediación de Siagrio, entonces notario y después prefecto y cónsul, pidió al general Arator que intentara acelerar esta empresa mientras el profundo silencio de la noche lo cubría todo.

28.2.6. El general cruzó el río con el notario, tal como se le había ordenado. Y cuando se dispuso a excavar con gran premura para preparar los cimientos junto a los soldados de los que disponía, recibió a Hermógenes como sucesor. En ese momento llegaron algunos nobles alemanes, padres de rehe-

nes que manteníamos retenidos como prenda nada despreciable para posibilitar un pacto y una paz que debían durar mucho tiempo.

28.2.7. Éstos suplicaban de rodillas a los romanos, cuya fortuna llegó hasta el cielo gracias a una lealtad constante, que no descuidaran su seguridad y que no se dejaran llevar por un error, pisoteando un pacto y realizando una acción impropia de ellos.

28.2.8. Pero tanto estas palabras como otras similares fueron inútiles, pues ni eran escuchados ni percibieron ninguna respuesta tranquilizadora o conciliadora, de manera que se marcharon lamentando la suerte fatal de sus hijos.

Cuando apenas se habían retirado, en un lugar oculto en la colina cercana, apareció un grupo armado de bárbaros que estaban esperando, según parecía, a que se respondiera a los nobles. Estos bárbaros atacaron a los soldados, que aún entonces medio desnudos [39] seguían transportando tierra, y manejando sus espadas con gran destreza los mataron, figurando incluso dos generales entre las víctimas.

28.2.9. No hubo ningún superviviente que pudiera contar estos hechos, con la excepción de Siagrio, que volvió a la corte después de la masacre, y fue liberado de su juramento por decisión de un enojado emperador.

Después de esto, Siagrio volvió a su tierra cumpliendo así la condena que había recibido por ser el único que había logrado salir con vida.

28.2.10. Mientras tanto, en la Galia, los ataques sangrientos de los saqueadores estaban causando numerosas muertes, pues espiaban las vías más frecuentadas y se lanzaban indistintamente sobre toda presa provechosa.

---

[39] Y por tanto sin armas.

Al final, además de otros muchos que sucumbieron en tales emboscadas, en uno de esos ataques por sorpresa fue raptado y asesinado Constanciano, tribuno encargado de las caballerizas, pariente político de Valentiniano y hermano de Ceral y de Justina[40].

28.2.11. Pero es que además, lejos de allí, como si las Furias tuvieran planes similares a estos, los maratocuprenos, un pueblo de violentos ladrones, estaban desplazándose en todas direcciones. Este grupo habitaba en un asentamiento del mismo nombre, situado en Siria, junto a Apamia. Constituían una auténtica muchedumbre y utilizaban tretas rebuscadas. Además, eran temidos porque, sin causar ningún revuelo, iban extendiéndose gracias a su apariencia de comerciantes y de honrados militares, logrando así hacerse con ricos hogares, pueblos y ciudades.

28.2.12. Además, nadie podía ponerse en guardia contra su llegada inesperada, porque no atacaban lugares determinados, sino muy diversos y alejados entre sí, irrumpiendo allí donde les llevaba el viento. Esta es precisamente la razón por la que los sajones son los enemigos más temidos, por sus ataques inesperados.

Lo cierto es que estas bandas conjuradas, exacerbadas por el aguijonazo de la rabia contenida, pudieron acabar con las posesiones de muchas gentes y provocar terribles calamidades, ya que tenían tanta sed de sangre como de un rico botín. Pero, para no desviarme de mi relato narrando minucias, bastará exponer simplemente una de sus funestas acciones.

28.2.13. Después de reunirse un grupo de estos hombres impíos que actuaban como tesorero e incluso como juez, en esa oscuridad de la noche en la que los pregoneros lanzan sus lúgubres mensajes, entraron en la ciudad y asediaron armados

---

[40] Justina era la esposa de Valentiniano.

el rico hogar de un noble como si fuera un proscrito que hubiera sido condenado a muerte. Le arrebataron su lujoso mobiliario y, como los sirvientes, aterrados por la sorpresa del ataque, se quedaron indecisos y no defendieron a su señor, mataron a muchos y se marcharon con gran rapidez antes de que llegara el amanecer.

28.2.14. Pero, una vez que se enriquecieron con lo que arrebataron a muchas personas, renunciaron al placer del robo y, tras ser capturados por orden imperial, murieron absolutamente todos. Sus hijos, aún pequeños, fueron ejecutados igualmente para que no intentaran imitar a sus padres, y se destruyeron los hogares que habían construido ambiciosamente gracias a lo que habían robado a otros.

Así es como fueron desarrollándose los distintos sucesos[41].

28.3. Teodosio restaura las ciudades de Bretaña devastadas por los bárbaros, reconstruye las fortalezas y recupera en la isla una provincia denominada Valentia

28.3.1.[42] En cuanto a Teodosio, general de nombre reconocido, después de recuperar sus fuerzas partió de Augusta (a la que denominaban «Lundinium» en la antigüedad)[43], reclutó astutamente soldados y prestó una enorme ayuda a los habitantes de Bretaña, cuya situación era precaria y muy turbulenta.

Para ello se adelantó a los bárbaros en la elección de lugares oportunos para tender emboscadas, y no ordenó nunca a sus subordinados nada en lo que no hubiera intervenido él mismo.

28.3.2. De este modo, experimentando tanto las tareas de un valiente soldado como las preocupaciones de un ilustre gene-

---

[41] En el 369.

[42] Amiano retoma los hechos que estaba narrando en 27,8.

[43] El nombre que se impondrá finalmente será el de *Lundinium*, que está en la base del actual «Londres».

ral, derrotó y puso en fuga a distintos pueblos que intentaban atacar las posesiones romanas con insolencia y con gran confianza en sí mismos. Además, restauró completamente ciudades y campamentos que habían sufrido múltiples calamidades a pesar de que habían sido creadas para asegurar un largo período de paz.

28.3.3. Mientras Teodosio se encargaba de estas cuestiones, se produjo un hecho cruel que habría podido convertirse en un serio peligro si no hubiera sido erradicado desde sus inicios.

28.3.4. Y es que un tal Valentino, que había nacido en Valeria, en Panonia, y que era un hombre de carácter soberbio, hermano de la esposa de Maximino –ese horrible viceprefecto que fue luego elevado al rango de prefecto–, cuando fue desterrado a Bretaña por haber cometido un grave delito, semejante a una fiera salvaje no pudo soportar la inactividad y comenzó a tramar acciones malvadas y revolucionarias. Y como si se viera arrastrado por cierta inquina, se lanzó contra Teodosio, pues creía que era el único que podría oponerse a sus malvados planes.

28.3.5. Por ello, después de realizar numerosos preparativos ya a escondidas o ya abiertamente, como su incontenible ambición seguía creciendo, intentó reclutar exiliados y soldados, prometiéndoles que tan pronto como lo permitieran las circunstancias, a cambio de su audacia obtendrían magníficas recompensas.

28.3.6. Y cuando ya se acercaba el momento de poner en práctica su plan, este audaz general, informado por las fuentes previstas, se dispuso a castigar con mano firme las faltas que descubriera. Para ello capturó a Valentino y a otros que se habían asociado con él por una estrecha alianza y se los entregó al general Dulcitio[44] para que ejecutara la pena de muerte.

---

[44] Cfr. 27,8,10.

Pero llevado por sus conocimientos en el arte militar, en el que superaba a todo el resto, previó lo que iba a suceder y prohibió que se investigara en el proceso de esos conjurados, intentando evitar que el temor se extendiera por doquier y que se reavivaran en las provincias movimientos revolucionarios ya calmados.

28.3.7. Una vez olvidado todo el peligro, se dispuso a solucionar numerosas e inaplazables cuestiones. Y, como era evidente que nunca le había abandonado la fortuna, comenzó a restaurar ciudades y puestos de defensa. Además, como hemos apuntado, protegió campamentos y fronteras con guardias y puestos avanzados.

De este modo recuperó y devolvió su antiguo esplendor a esta provincia que había caído en manos de los enemigos. Y lo hizo de tal forma que, según sus propios informes, la provincia pudo ya contar con un gobernador legítimo, y recibió el nombre de Valentia por voluntad del emperador que quiso celebrar así el éxito conseguido[45].

28.3.8. Mientras se producían acciones de tanta trascendencia, Teodosio hizo retirarse de sus posiciones a los arcanos, clase creada en la antigüedad y acerca de la cual hemos ofrecido alguna información al narrar los hechos de Constante[46]. El motivo fue que los arcanos se habían dejado arrastrar por la corrupción, y se había demostrado que, llevados por la riqueza de los botines aceptados o prometidos, en alguna ocasión habían contado a los bárbaros lo que ocurría entre nosotros, cuando precisamente su función consistía en recorrer en todas direcciones ese extenso territorio y relatar a nuestros generales los movimientos de los pueblos vecinos.

28.3.9. Después de solucionar con gran eficacia estos hechos y otros similares, Teodosio fue llamado a la corte, dejando así

[45] Bretaña tenía entonces cinco provincias: Maxima Caesariensis, Flavia Caesariensis, Britannia Prima, Britannia Secunda y Valentia.

[46] En un libro perdido.

a estas provincias exultantes de alegría, y demostrando en sus victorias y en sus éxitos la misma brillantez que Furio Camilo o Papirio Cursor[47].

Fue conducido hasta el estrecho rodeado por el favor de todos y lo atravesó con viento suave. Después de esto, llegó ante el emperador, siendo recibido con alegría y alabanzas, y nombrado comandante de la caballería en sustitución de Jovino, al que se consideraba algo inactivo.

28.4. Acerca de la prefectura urbana de Olibrio y Ampelio. Defectos del senado y del pueblo romano

28.4.1. Después de ver que, durante mucho tiempo, mi relato no ha tratado sucesos acaecidos en Roma, debido a la gran actividad de las provincias, volveré de nuevo a la Urbe para narrar brevemente algunos hechos. Para ello, comenzaré por la prefectura de Olibrio[48], excesivamente tranquila e indolente, pues Olibrio, sin perder nunca ni un ápice de su humanidad, se esforzó e intentó ansiosamente que nadie le encontrara nunca, ni realizando, ni diciendo nada desagradable. Por ello, persiguió con enorme dureza las calumnias, recortó las ganancias del fisco como pudo, distinguió lo justo y lo injusto, y fue siempre un juez equilibrado y muy moderado para con los que estaban sometidos a él.

28.4.2. Sin embargo, todas estas virtudes se veían ensombrecidas por un defecto que, si bien no perjudicaba mucho a la comunidad, sí era malsano en un magistrado, porque casi todo su tiempo libre lo dedicaba al placer, divirtiéndose mucho con intrigas y con amores callejeros, aunque no se trataba de nada prohibido ni incestuoso.

---

[47] Son dos personajes legendarios para los romanos. Furio Camilo fue un dictador que consiguió liberar Veyes y posteriormente Roma. En cuanto a Papirio Cursor, fue un victorioso general, cónsul y dictador en el siglo IV a.C.

[48] Del 368 al 370.

28.4.3. Después de él, la ciudad fue gobernada por Ampelio, muy dado también a los placeres. Había nacido en Antioquía y fue en principio maestro de oficios. Posteriormente, alcanzó por dos veces el proconsulado y, después de mucho tiempo, fue elevado al rango de prefecto[49]. Aunque era apto para algunos asuntos, y muy hábil a la hora de ganarse el apoyo popular, sin embargo, a veces era rígido, y ¡ojalá hubiera sido perseverante en sus actitudes!, porque si no se hubiera vuelto más indolente, podía haber corregido, aunque sólo en parte, las invitaciones a la gula y las fiestas repugnantes, con lo cual habría conseguido una gloria recordada durante muchos siglos.

28.4.4. En este sentido, por ejemplo, había determinado que ninguna taberna abriera antes de la hora cuarta[50], que ningún plebeyo calentara agua[51], que los carniceros no expusieran la carne cocida antes de la hora establecida, y que no se viera a ninguna persona honesta comer en público.

28.4.5. Pero como nadie puso freno a estas acciones indignas y a otras aún peores, el clima de corrupción se extendió de tal modo que ni siquiera si el famoso cretense Epiménides hubiera salido de las leyendas y de las tinieblas y hubiera llegado a Roma, habría podido sanearla[52]. Tal era la cantidad de delitos y de acciones criminales a las que se entregaba la multitud.

28.4.6. Para narrarlas, en función de nuestras posibilidades, comenzaremos con los defectos de la nobleza, para pasar después a los de la plebe, exponiéndolos en una rápida digresión.

28.4.7. Pues bien, algunas personas de nombre ilustre, según creen ellos, se llenan de orgullo por llamarse Reburros, Fla-

---

[49] En el 371.

[50] A las nueve de la mañana.

[51] Antes de una hora determinada, pues el agua se calentaba para mezclarla con vino.

[52] Epiménides, un cretense que vivió en el s. VI a.C., vivía en una cueva pero salió de ella y marchó a Atenas para librar a esta ciudad de un ambiente criminal.

vonios, Pagonios, Gereones, o bien Dalios, Tarracios, Ferasios y otros muchos nombres cuyo sonido armonioso demostraría su noble origen.

28.4.8. Algunos de ellos, resplandecientes con sus vestiduras de seda, como si fueran a ser conducidos a la muerte, o quizás mejor –para evitar temas peligrosos con mis palabras–, como si fueran generales a la cabeza de un ejército armado, eran seguidos por un gran número de siervos divididos en manípulos, que producían un terrible estrépito en su avance.

28.4.9. Cuando tales personajes entran en los baños, rodeados cada uno de ellos por cincuenta siervos, gritan en tono amenazador: «¿Dónde, dónde están nuestras mujeres?»

Y si se enteran de que, de repente, ha aparecido cierta meretriz desconocida, ya sea una prostituta vulgar compartida por toda la plebe, o una vieja loba que vive de su cuerpo, se pelean por ella y, tocándola nada más llegar, la halagan con las mismas lisonjas que los partos a Semíramis, los egipcios a Cleopatra, los carios a Artemisa o los palmirenos a Zenobia.

Y esto lo ven normal aquellos entre cuyos antepasados un senador era castigado por el censor si realizaba alguna acción que consideraban inapropiada, como besar a su esposa en presencia de la hija de ambos [53].

28.4.10. Algunos de éstos, cuando van a saludarse y a juntar sus pechos, semejantes a toros en actitud amenazante, ladean la cabeza cuando van a besarles, y ofrecen a los labios de los aduladores las rodillas o las manos [54], creyendo que eso les basta para ser felices. Y si por casualidad se sienten obligados ante algún extranjero por algún favor recibido, creen que le honran con todos los deberes propios de la humanidad tan sólo por preguntarle qué baños, qué aguas o qué hogar frecuenta.

---

[53] Cfr. Plut. *Cato* 17,7 a propósito de Manilio.

[54] Eran besos que testimoniaban adoración.

28.4.11. Y aunque ellos se creen muy serios y auténticos modelos de virtud, si se enteran de que se anuncia la llegada de algunos caballos o de algún auriga, se lanzan sobre él y le interrogan como si fueran sus antepasados cuando rodeaban admirados a los hermanos Tindáridas[55], que hicieron que cundiera en Roma la alegría por las victorias conseguidas.

28.4.12. Sus hogares son frecuentados por gentes ociosas y charlatanas que, con distintos tipos de halagos, alaban cada una de las palabras de estas personas de fortuna superior y copian las gracias de los parásitos en las comedias, pues al igual que estos inflan a los soldados fanfarrones como si fueran héroes, atribuyéndoles asedios y batallas contra miles de enemigos, así también ellos, admirando columnas que parecen colgadas a gran altura y paredes brillantes con los colores variados de las piedras, elevan a estos nobles por encima de los mortales.

28.4.13. Incluso, en ocasiones, piden balanzas en los banquetes para pesar los pescados servidos, las aves e incluso los lirones, acerca de cuyo tamaño nunca antes visto parlotean y aburren a los comensales. Además, dejan caer sobre todo estas alabanzas cuando hay presentes treinta notarios con plumas y con tablillas, hasta tal punto que sólo parece faltar un maestro de escuela.

28.4.14. Algunos detestan la cultura como si fuera veneno y, sin embargo, leen con apasionamiento a Juvenal y a Mario Máximo[56]. Además, por un motivo que no me corresponde a mí juzgar ahora, no son capaces de dedicar su ocio a otra lectura distinta.

---

[55] Los Dióscuros Cástor y Pólux, hijos de Tíndaro, llevaron a Roma la alegría cuando anunciaron la victoria del lago Regilo (en el 496 a.C.), así como el triunfo sobre Perseo en Pidna, y las victorias sobre los Cimbros.

[56] Es extraña la asociación de Juvenal con Mario Máximo, porque mientras que Juvenal es un autor de sátiras del s. I d.C, Mario Máximo es un escritor de biografías a la manera de Suetonio, aunque con más anécdotas y minucias. Este hecho ha llevado a algunos a proponer alguna corrección.

28.4.15. Y lo hacen cuando, teniendo en cuenta la grandeza de su fama y de su linaje, debían leer muchas y variadas obras, pues de este modo sabrían que, cuando Sócrates fue condenado a muerte y encarcelado, solicitó que le llevaran a alguien que supiera modular la poesía lírica de Stesícoro, con la intención de aprender este arte mientras le fuera posible. Y cuando el músico le preguntó acerca del beneficio que esto podría reportarle teniendo en cuenta que iba a morir al día siguiente, Sócrates le respondió que, al menos, podría abandonar la vida sabiendo algo más [57].

28.4.16. Y en cambio hay entre ellos tan pocas personas que juzguen con rigor los delitos que, si algún esclavo trae agua caliente con retraso, se ordena que se le den treinta latigazos. Pero si mata a alguien con premeditación, después de recibir muchas presiones para condenarle, su señor exclamará al instante: «¿Qué mal puede hacer este pobrecito? Venga, que sea castigado si llega a cometer algún otro hecho de este tipo».

28.4.17. Además, para ellos, la cortesía es tan importante que, si un extranjero es invitado a un banquete, sería preferible matar al hermano de cualquiera que rechazar la invitación. No en vano, un senador creerá que ha perdido un rico patrimonio si rechazara su invitación alguien a quien ha invitado por primera vez después de meditarlo mucho.

28.4.18. Otros, si realizan un largo viaje para ver sus posesiones o para cazar gracias al esfuerzo de otros, piensan que su desplazamiento es semejante al de Alejandro Magno o al de Julio César. O, si son conducidos en barcas decoradas des-

---

Vid., por ejemplo, Salemme que hace suya una corrección de Reinesio, y plantea que tal vez hay un error de transcripción y que, en realidad, debe aparecer Iuvenco Marcial, autor que aparece en Sidonio Apolinar (*ep.* 9,14). Es decir, su conjetura sería que Amiano escribió en su obra *Iuvencum Martialem et Marium Maximum*.

[57] Cfr. Plat, *Menex.*3,235 e; *Euthyc.*1,272 c; Cic, *Cat.* 8,26; Val. Máx, 8,7, ext.8.

de el lago de Averno hasta Pouzzoles[58], creerán haber igualado la aventura del Vellocino[59], sobre todo si osan hacer este viaje en época calurosa.

Y si en alguna ocasión una mosca atraviesa sus abanicos dorados y se posa sobre sus ropas de seda, o si un rayito de sol ya pasa por el agujero de una cortina bajada, se quejan por no haber nacido entre los cimerios[60].

28.4.19. Después, cuando salen de los baños de Silvano o de las saludables aguas de Mamea, una vez que se han secado con los paños más finos, examinan cuidadosamente sus vestiduras, que brillan con los colores más luminosos y que bastarían para vestir a once hombres. Finalmente, después de cubrirse con las ropas seleccionadas, recogen los anillos que le habían confiado a un esclavo para que no se les estropearan con la humedad, y se van con los dedos como medidos por esos anillos.

28.4.20[61]**.** De hecho, si alguno de edad avanzada hubiera abandonado recientemente el servicio de armas del emperador y se hubiera retirado para llevar una vida tranquila, entonces, rodeado de una multitud de admiradores [...] parecerá que va a entonar una vieja canción. Los demás, en silencio, escuchan sus palabras [...] y como habla él solo, semejante a un padre de familia, cuenta hechos que no tienen nada que ver con los demás, aunque a ellos les gusta escucharlos porque son mentiras narradas de forma erudita.

28.4.21. Algunos de ellos, aunque pocos, rechazan que se les llame «jugadores» y prefieren ser considerados «teserarios»,

---

[58] Es un lago cercano a Nápoles.

[59] Mientras que Rolfe se decanta por esta lectura (*velleris*), M. A. Marie prefiere «*Duilli*» aludiendo así a Duillio, cónsul en el 260, gracias al cual los romanos consiguieron la primera victoria navel sobre los cartagineses.

[60] Pueblo que habitaba al norte del Mar Negro.

[61] Este pasaje contiene numerosas lagunas que hacen que no se reconozca bien la anécdota o el personaje al que alude Amiano.

aunque la diferencia entre unos y otros es la misma que la que existe entre ladrones y truhanes.

Ahora bien, hay que confesar que mientras que en Roma ninguna amistad es sincera, solamente las obtenidas por el juego son estrechas y trabadas por el fuerte lazo de un enorme afecto, como si fueran fruto de esfuerzos gloriosos. Por eso, entre estas manadas encontramos a hombres tan unidos que parecen los hermanos Quintilios[62]. Y, no en vano, es posible ver a personas vulgares que dominan los secretos del arte de la tésera, y que caminan con fingida seriedad y con gesto tan contrito que parecen Porcio Catón cuando perdió la pretura sin sospecharlo siquiera[63], aunque lo único que les ha ocurrido es que, en un gran banquete o en una reunión, se han visto desplazados por un antiguo procónsul.

28.4.22. Algunos viven al abrigo de hombres ricos, ya sean ancianos, jóvenes, sin hijos, solteros, o incluso con esposa y con hijos (pues no les importa nada este factor). Y utilizan las triquiñuelas más admirables para conseguir que les leguen su herencia.

Éstos, una vez que han escrito sus últimas voluntades y han dejado algo a aquellos a los que complacían testando, mueren enseguida, con lo cual no podría creerse que han fallecido por el destino, ni podrían hallarse fácilmente testigos de que hubieran padecido alguna enfermedad...[64].

28.4.23. Otro, si ha alcanzado alguna dignidad, por mediocre que sea, camina mirando por encima del hombro y observa de reojo a personas que conocía de antes, hasta tal punto que creerías que es Marcelo regresando después de capturar Siracusa[65].

---

[62] Se refiere a Sexto Quintilio Condiano y a Sexto Quintilio Valerio Máximo, que fueron cónsules en el 151 d.C. y murieron ejecutados en el 183.

[63] Es el hijo de Catón el Censor. Intentó alcanzar la censura en el 55 a.C., pero no lo consiguió.

[64] También en este pasaje hay una laguna y los editores ofrecen conjeturas distintas, pues, por ejemplo, Rolfe añade *nec funus comitatur his quisquam*, o sea, «y nadie acude a su funeral».

[65] En las Guerras Púnicas.

28.4.24. Si bien muchos de ellos niegan la existencia de divinidades en el cielo, no salen a la calle, ni comen, ni creen que pueden bañarse seguros hasta que no han sido informados detenidamente del calendario, y hasta que saben, por ejemplo, dónde está Mercurio o a qué parte de la constelación de Cáncer ha llegado la luna en su camino.

28.4.25. O bien si otro es molestado por alguien que le había prestado dinero y que le apremia para que lo devuelva, busca algún auriga que se atreva a todo y le encarga que trate a su fiador como un verdugo a un envenenador. Y no le deja tranquilo hasta que renuncia a la deuda y sufre así graves pérdidas.

Además, a esto se añade que considera como un bien privado a quien tenga como deudor, haciendo que le apresen y no liberándole hasta que haya reconocido públicamente su deuda[66].

28.4.26. Por otra parte, las esposas, golpeando día y noche el mismo yunque, como dice el antiguo proverbio[67], obligan a sus maridos a hacer testamento y, de igual modo, los maridos insisten una y otra vez para que lo hagan sus esposas. Ambas partes hacen venir a expertos en derecho, introduciendo a uno en el dormitorio y, al otro, que es su rival, en el comedor, para que se pongan de acuerdo en los puntos conflictivos.

A estos se añaden intérpretes del destino, que también dicen lo contrario, pues a uno le prometen[68], y a la otra le advierten[69] que se acerca la muerte del marido y que conviene que preparen ya lo necesario.

Y una esclava de tez pálida testifica que [...][70] y como dice Cicerón: «Para ellos, en los asuntos humanos no hay nada bueno si no es provechoso. Por eso, como si fueran ga-

---

66 Tiene, pues, un comportamiento totalmente opuesto cuando es deudor y cuando es a él a quien le deben dinero.

67 Cfr. Cic, *De or.* 2,39,162; Amiano, *R.G.* 18,4,2.

68 Al marido.

69 A la mujer.

70 Hay aquí una laguna.

nado, eligen a los amigos en función de si pueden obtener de ellos el mayor beneficio posible»[71].

28.4.27. Cuando intentan conseguir un préstamo, parecen humildes como un Micón o un Laches[72]. Pero cuando se ven obligados a devolverlo, los ves tan estirados y trágicos que los confundes con los Heráclidas Cresfonte y Temeno[73].

Esto en cuanto al senado.

28.4.28. Pero, vayamos ahora a la plebe ociosa y desocupada.

Entre ellos encuentras algunos que, cuando no tienen ni zapatos, se jactan como si tuvieran nombres importantes, como los Messores, los Statarios, Semicupas, Serapinos, e incluso Cicímbrico, Gluturino y Trula. O también Lucanico, Porclaca, Sálsula y otros muchos de este tipo[74].

28.4.29. Éstos, todo lo que viven, lo malgastan en vino, dados, juegos, placeres y espectáculos. Para ellos, su templo, su hogar, su asamblea y la esperanza de todos sus deseos es el Circo Máximo. Y, de hecho, se les puede ver por las plazas, callejones, avenidas y puntos de reunión formando grupos en los que discuten sus diferencias y defienden a unos o a otros, como sucede con frecuencia.

28.4.30. Entre éstos, aquellos que han vivido ya hasta la saciedad y dominan al resto gracias a su larga existencia, juran una y otra vez por sus canas y por sus arrugas que el estado no podrá subsistir si, en la siguiente carrera, su auriga favorito no sale el primero de la línea de salida y no realiza giros muy arriesgados con sus caballos de mal agüero.

---

[71] *De amic.* 21,79.

[72] Personajes de comedia. Hemos utilizado el adjetivo «humildes» para traducir *socci*, que son las sandalias de los cómicos, algo humilde, vulgar y popular, frente a los *cothurni* o zapatos propios de la tragedia.

[73] Son personajes de tragedias.

[74] Son todos nombres satíricos pues derivan de nombres de oficios vulgares: segadores, soldados rasos, medio-toneles...

28.4.31. Además, el vicio de la desidia está tan extendido que, cuando llega el día deseado de los juegos ecuestres, antes de que el sol brille en plenitud, se apresuran todos con tanta precipitación que aventajan en velocidad a los propios carros de la competición. Incluso, muchos están tan agitados que pasan muchas noches sin dormir intentando demostrar sus preferencias.

28.4.32. Y en cuanto a la mala calidad del teatro, si los actores no se han ganado al populacho con dinero, son silbados en el escenario. Y si este escándalo no se produce, como si fueran el pueblo de la Táuride, se ponen a gritar que hay que echar a los extranjeros[75], gracias a cuya ayuda siempre han subsistido. Y gritan con palabras obscenas y absurdas, alejándose completamente de los deseos y de los gustos de aquella plebe de la antigüedad, de quien la tradición nos ha relatado muchos rasgos llenos de gracia y de encanto[76].

28.4.33. Por ello vemos en estos días cómo, semejante a esos hombres contratados para aplaudir, en cualquier espectáculo podemos encontrar a un bufón, a un cazador, a un auriga o a cualquier tipo de histrión, y tanto a magistrados superiores como inferiores, e incluso a las matronas, que gritan una y otra vez: «Que aprendan de ti», aunque nadie sabe explicar qué es lo que hay que aprender.

28.4.34. La mayor parte de ellos se entregan a banquetes pantagruélicos y, desde el mismo momento en que comienzan a cantar los gallos, corren incitados por el olor de la comida y por los chillidos agudos de las mujeres, pareciéndose así a los pavos que graznan por la falta de comida. Luego permanecen de pie junto a las ollas y se muerden los dedos mientras aguardan a que se enfríen los manjares.

---

[75] Los táuricos sacrificaban a los extranjeros.

[76] En esta crítica de Amiano a la expulsión de los extranjeros puede verse reflejado, quizá, su propio caso, ya que parece que fue expulsado de Roma y tan sólo pudo volver gracias a la ayuda de algunos nobles como Símmaco. Esta medida de expulsión es criticada también en 14,6,19.

Otros, mientras se cuece un nauseabundo e informe pedazo de carne, lo miran con tanta atención que creerías que son Demócrito y otros investigadores observando las entrañas de los animales, y enseñando así de qué modo podrán evitarse en la posteridad los males internos[77].

28.4.35. Ya nos hemos detenido bastante en la situación de Roma. Volvamos, pues, ahora a los sucesos lamentables acaecidos en las provincias.

28.5. En la Galia, después de una tregua, los sajones caen en una trampa tendida por los romanos. Valentiniano promete entregarles más tropas además de los burgundios, a los que envía a Alemania. Pero como éstos se sintieron engañados y traicionados, matan a todos los prisioneros y vuelven a sus hogares

28.5.1. Durante el tercer consulado de los Augustos[78], de repente se movilizó una muchedumbre de sajones que, después de superar las dificultades del mar[79], se dirigieron a marchas forzadas a tierras romanas donde, con frecuencia, han masacrado a los nuestros.

El primer choque contra estos invasores fue encabezado por el conde Nanneno, que estaba al frente de estas regiones y que era un general reconocido por su larga experiencia en la guerra.

28.5.2. Pero entonces se enfrentaba a una muchedumbre a la que no le importaba morir. Por eso, cuando advirtió que ya habían caído algunos soldados y que él mismo estaba herido y que terminaría siendo derrotado en los continuos envites, informó al emperador de lo que debía hacer, que no era otra

[77] No en vano Demócrito es el creador del atomismo.
[78] Es decir, en el 370.
[79] En concreto del Mar del Norte.

cosa que enviarle a Severo[80], comandante de la infantería, para que le prestara ayuda en esta difícil circunstancia.

28.5.3. Cuando llegó a la zona Severo al mando de un número de soldados suficientes para la empresa, dispuso las líneas y causó tal turbación y terror entre esos bárbaros tan soberbios antes del combate que ni siquiera llegaron a luchar abiertamente, sino que, asustados por el brillo de las insignias y de las águilas, pidieron suplicantes que se les perdonara y se le concediera la paz.

28.5.4. Después de una larga y conflictiva deliberación, como parecía que esta medida favorecía al estado, se hizo una tregua y, según lo pactado, los sajones entregaron a muchos jóvenes en edad militar, tras lo cual pudieron marcharse sin impedimento alguno y regresaron al lugar desde donde habían venido.

28.5.5. Cuando éstos no tenían ya ningún temor y estaban preparando el regreso, los romanos enviaron en secreto a soldados de infantería, que prepararon una emboscada en cierto valle oculto desde donde podían atacar fácilmente a los que se dispusieran a marcharse.

Pero el resultado fue muy distinto al que se esperaba.

28.5.6. Pues al oír que ya se acercaban los sajones, algunos salieron del escondite en un mal momento y, de repente, al ser descubiertos, mientras intentaban defenderse, fueron puestos en fuga por los bárbaros que lanzaban lúgubres gritos.

Sin embargo, los romanos se detuvieron y se mantuvieron unidos. Pero, como lo extremo de la situación no les permitía tener mucha fuerza, se hubieran visto obligados a luchar y, después de sufrir muchas pérdidas, hubieran caído todos y cada uno, de no ser porque una compañía de soldados de ca-

---

[80] Cfr. 27,6,3.

ballería dotados de armadura, que estaban al otro lado del camino junto a una bifurcación para estorbar a los bárbaros en su marcha, hubieran sido alertados por los terribles gritos y hubieran acudido con gran rapidez.

28.5.7. En esta violenta lucha los romanos, ya con más coraje y acechando por todas partes, empuñaron sus espadas y mataron a los enemigos, que no tenían salida alguna. Ninguno de ellos pudo volver a su patria, ni logró tampoco nadie sobrevivir a la masacre de su pueblo.

Y aunque si una persona justa examina atentamente esta situación, la considerará pérfida e indigna, lo cierto es que, si se analiza el resultado, no consideraría tan indigno el que se haya podido finalmente encontrar una ocasión para acabar con esa banda de ladrones.

28.5.8. A pesar del éxito de esta empresa, Valentiniano no hacía más que reconsiderar distintas posibilidades, y se sentía angustiado por una grave preocupación, ya que se planteaba e intentaba encontrar el medio por el que terminaría con la osadía de los alemanes y del rey Macrino, pues éstos, con sus incursiones continuas, alteraban sin medida ni fin el imperio romano[81].

28.5.9. Y es que esta fiera nación, que ya desde sus orígenes se ha visto debilitada por múltiples desgracias, recobró sus fuerzas con tanta facilidad que podría pensarse que no había sufrido ataque alguno durante largos siglos.

Después de considerar numerosas posibilidades, el emperador decidió enviar contra los alemanes a los burgundios, pueblo belicoso y que contaba con muchísimos jóvenes valientes, de manera que causaría el pánico entre todos los pueblos vecinos.

---

[81] Aunque Macrino firmó una paz con Juliano (cfr. 18,2,15-18), volvió a realizar incursiones en suelo romano y mantendrá así una dura contienda contra Valentiniano.

28.5.10. Además, mediante mensajeros callados y fieles, mandó numerosos mensajes a los reyes de los burgundios para que atacaran a los alemanes en el momento oportuno, prometiéndoles por su parte que cruzaría el Rin con el ejército romano y que les atacaría también cuando estuvieran asustados, porque de este modo evitarían una contienda de resultado siempre imprevisto.

28.5.11. Estas misivas del emperador fueron bien recibidas por dos motivos: en primer lugar porque los burgundios saben que su origen es romano. En segundo lugar porque, con frecuencia, habían disputado con los alemanes por las salinas y las fronteras.

Enviaron pues a sus mejores tropas que, antes de que se reunieran nuestros soldados, avanzaron hasta las orillas del Rin y causaron un pánico enorme entre los nuestros, ya que el emperador estaba en otra zona preparando las defensas.

28.5.12. Se detuvieron aquí durante algún tiempo porque, cuando llegó el día establecido, no vieron llegar a Valentiniano, ni vieron cumplida ninguna de sus promesas. Enviaron entonces mensajeros a la corte reclamando ayuda para que, cuando volvieran a su patria, no ofrecieran a los enemigos su espalda desprotegida.

28.5.13. Pero como no recibieron más que respuestas dudosas y demoras, al advertir que se les negaba esa ayuda, se marcharon de allí entristecidos e indignados. Cuando sus reyes se enteraron, furiosos por sentirse engañados, mataron a todos los prisioneros y volvieron a su patria.

28.5.14. Entre los burgundios, el rey es conocido normalmente como «Hendinos» y, de acuerdo con una antigua costumbre, debe abandonar el poder si, durante su mandato, sufren una derrota en la guerra o la tierra les niega una cosecha abundante, ya que, al igual que los egipcios, suelen culpar a sus mandatarios de estos hechos.

En cuanto a la principal autoridad religiosa de este pueblo, es el «Sinistus», que mantiene esta dignidad durante toda su vida sin verse expuesto a las eventualidades de los reyes [82].

28.5.15. Gracias a este hecho tan oportuno, Teodosio, comandante de caballería en aquella época, atravesó Recia y atacó a los alemanes, que se habían dispersado por temor a los mencionados burgundios. Después de matar a muchos, se apoderó de algunos y, por orden del emperador, los envió a Italia, donde recibieron fértiles tierras y ahora habitan ya en torno al Po en calidad de tributarios.

28.6. Desastres infligidos por los austorianos tanto a la provincia de Trípoli como a los habitantes de Lepcis y a los de Oea. Estos desastres fueron ocultados a Valentiniano por un engaño tramado por el conde Romano, pero no se produjo ningún castigo

28.6.1. [83] A continuación, como si nos trasladáramos a otra parte del mundo, narraremos las calamidades de la provincia africana de Trípoli, calamidades por las que, en mi opinión, se le escaparon lágrimas a la propia Justicia.

Vamos a narrar, pues, cuál fue el motivo para que se encendiera esa chispa.

28.6.2. Los austorianos son unos bárbaros que habitan en regiones cercanas a éstas [84], dispuestos siempre a realizar rápi-

---

[82] A pesar de que Amiano ha mencionado el posible origen romano de los burgundios, hay numerosos datos que apoyan una relación de este pueblo con los godos. Uno de ellos es la terminología y, de hecho, *hendinos* debe proceder de la raíz «hindina» que, en lengua gótica, significa «el primero», y *sinistus* de «sinista», que significa «el de mayor edad».

[83] Nos remontamos a los años 363 y ss.

[84] Son un pueblo moro que habitaba en África junto a la provincia de Trípoli.

das incursiones y acostumbrados a vivir del robo y de las rapiñas. Pues bien, después de permanecer en calma durante algún tiempo, volvieron a sus revueltas de siempre, poniendo como excusa un hecho que, para ellos, era muy serio.

28.6.3. Parece que un individuo de este pueblo llamado Stachao, que recorría nuestro territorio como si estuviéramos en época de paz, infringía tranquilamente la ley y realizaba acciones ilegales entre las que destacaba el que intentaba liberar a la provincia mediante todo tipo de engaños, tal como demostraron luego pruebas evidentes que le llevaron a morir abrasado por las llamas.

28.6.4. Los austorianos entonces, poniendo como excusa para vengar la muerte de Stachao el que era su compatriota y que había sido condenado injustamente, con una rabia similar a la de las fieras salvajes, salieron de su territorio mientras Joviano estaba aún en el poder. Pero, como temían llegar hasta Lepcis, que es una ciudad famosa por sus murallas y su numerosa población, se quedaron durante tres días en una zona de los alrededores que es muy fértil, donde mataron a algunos campesinos que, o se quedaron allí atenazados por el temor, o bien intentaron huir a las cuevas.

Después, quemaron gran cantidad de enseres que no podían trasladar, y volvieron cargados con un enorme botín, llevándose también como prisionero a Silva, un líder de su pueblo a quien, por azar, habían encontrado junto a sus seres queridos en el campo.

28.6.5. Los habitantes de Lepcis, aterrados ante esta matanza repentina, no esperaron a que se incrementaran los males que hacía prever la insolencia bárbara y pidieron ayuda a Romano, que recientemente había sido elevado al rango de conde de África.

Cuando éste llegó al mando de sus tropas, se le rogó que colaborara, dado lo peligroso de la situación, ante lo cual declaró que no levantaría el campamento a no ser que le proporcionaran víveres en abundancia y cuatro mil camellos.

28.6.6. Al escuchar esta respuesta, los desgraciados ciudadanos quedaron estupefactos y decían que, después de los ataques y de los incendios, ellos no podrían buscar remedio por sí solos para calamidades tan terribles.

Así, una vez transcurridos cuarenta días sin que se tomara ninguna decisión y sin que se realizara ningún intento, el conde se marchó.

28.6.7. Los habitantes de Trípoli, viendo frustrada esta esperanza y temiendo ya el final, cuando llegó el día fijado para su asamblea anual, eligieron como mensajeros a Severo y a Flaciano, para que llevaran a Valentiniano estatuas de oro de las Victorias con motivo de su ascensión al principado y para que le contaran sin ninguna traba el lamentable estado de la provincia.

28.6.8. Al saber esto, Romano envió a un velocísimo jinete para que acudiera ante Remigio, maestro de oficios, que era pariente suyo o, mejor, un compañero de tropelías. Su intención era que Remigio tomara medidas con vistas a que, por decisión del emperador, la investigación de este asunto recayera en el vicario y en él mismo.

28.6.9. Los mensajeros llegaron a la corte y, al ser recibidos por el emperador, le contaron lo que habían sufrido y, además, le entregaron decretos que contenían el relato de todo el asunto.

Cuando el emperador los leyó, como no confiaba ni en el relato del maestro de oficios, que protegía los crímenes de Romano, ni en aquellos que le ofrecían una opinión distinta, prometió una investigación completa. Pero ésta se vio aplazada, porque las personas de gran poder suelen distraerse con las ocupaciones propias de estas gentes.

28.6.10. Mientras aguardaban el envío de alguna ayuda armada por parte del emperador, los habitantes de Trípoli no sabían qué hacer, pues llevaban ya mucho tiempo angustiados. Además, volvieron a llegar por sorpresa hordas bárbaras

plenas de confianza después de lo sucedido. Y, después de recorrer las tierras de Lepcis y de Oea causando una gran destrucción, se retiraron cargados con un enorme botín.

En ese ataque mataron a numerosos decuriones[85], entre los que destacaban el antiguo sacerdote Rusticiano y el edil Nicasio.

28.6.11. Esta incursión no pudo ser rechazada porque, ante las súplicas de los mensajeros, la dirección de los asuntos militares, confiada también al gobernador Rauricio, fue encomendada luego a Romano.

28.6.12. La noticia del desastre llegó rápidamente a la Galia y encolerizó aún más al emperador que, ante esta situación, envió al tribuno y notario Paladio para que distribuyera entre los soldados destacados en África la merecida paga y para que, con su lealtad innata, investigara lo sucedido en Trípoli.

28.6.13. Ahora bien, debido a estas demoras, mientras se investigaba y se aguardaba la respuesta, los austorianos, llenos de arrogancia después de su doble triunfo, volaron como aves rapaces excitadas por el olor de la sangre. Y así, después de matar a todo el que no consiguió huir, se llevaron el botín que habían dejado antes, y cortaron árboles y viñas.

28.6.14. Entonces Michón, un ciudadano noble y poderoso, que fue capturado en un suburbio, escapó antes de ser encadenado y, al ver que no podía huir con facilidad debido a una dolencia en los pies, se arrojó a un pozo vacío donde se rompió una costilla.

Los bárbaros lo sacaron de allí, lo condujeron ante las puertas, donde le soltaron ante las súplicas de su esposa y lo elevaron con una cuerda hasta las almenas, aunque murió dos días después.

---

[85] Eran mandatarios locales.

28.6.15. Desde aquí, cada vez con más empuje, estos bandidos tan sanguinarios atacaron las propias murallas de Lepcis, donde resonaban los llantos lastimeros de mujeres que nunca antes se habían visto asediadas, ni aterradas por la llegada de enemigos.

Pero, tras un asedio de ocho días seguidos, una vez que algunos atacantes fueron heridos, volvieron a su tierra llenos de tristeza por no haber obtenido éxito alguno.

28.6.16. Entonces, los ciudadanos, con pocas esperanzas de seguir con vida, realizaron un último intento y, antes de que volvieran los mensajeros que ya habían partido, enviaron a Jovino y a Pancracio con la misión de que relataran al emperador la realidad que habían visto y que ellos mismos habían sufrido.

Cuando éstos, en Carbayo, se encontraron a Severo y a Flaciano, los mensajeros antes mencionados, les preguntaron qué habían hecho y así se enteraron de que se les había ordenado hablar ante el vicario y el conde. Pero, de ellos, Severo murió al poco tiempo debido a una grave enfermedad, aunque Jovino y Pancracio siguieron su marcha apresurada hacia la corte.

28.6.17. Después de esto, Paladio llegó a África y entonces Romano, que había sido informado de antemano acerca de las causas de esta venida, intentó asegurarse y, utilizando a algunos mensajeros que conocían el secreto, mandó a los que encabezaban las distintas unidades militares que le dieran a él la mayor parte del dinero que transportaba Paladio, pues él era poderoso y tenía relaciones con las personas más influyentes de la corte.

Y esto fue lo que se hizo.

28.6.18. Enriquecido de este modo, Paladio marchó raudo a Lepcis. Pero, como deseaba conocer la verdad, se hizo acompañar hasta las zonas asoladas por Erectio y Aristomenes, habitantes de la zona elocuentes e ilustres, con la intención de que le informaran abiertamente tanto de sus propios problemas como de los de sus conciudadanos y vecinos.

28.6.19. Ellos le mostraron todo con claridad y Paladio, al ver la calamitosa situación de la provincia, regresó y acusó a Romano de desidia, amenazándole con contar detalladamente al príncipe todo lo que había visto con sus propios ojos.

Entonces Romano, lleno de ira y de dolor, le aseguró que también él podría contar que Paladio, después de haber sido enviado como un notario honesto, se había quedado con el dinero destinado a los soldados.

28.6.20. Ante el remordimiento que sentía por sus delitos, Paladio llegó rápidamente a un acuerdo con Romano y volvió a la corte. Allí, mediante el arte impío de la mentira, engañó a Valentiniano diciéndole que las quejas de las gentes de Trípoli eran vanas.

Éste le envió de nuevo a África con Jovino, el último de todos los mensajeros –pues Pancracio había muerto en Treves– para que, junto al propio viceprefecto, examinara también lo realizado por la segunda expedición. Además, el emperador había ordenado que se les cortara la lengua a Erectio y a Aristomenes, porque Paladio le había dicho en secreto que habían lanzado algunas palabras injuriosas.

28.6.21. Tal como se le había ordenado, el notario llegó a Trípoli. Romano, al enterarse, envió allí con gran rapidez a un sirviente suyo, y al consejero Cecilio, que había nacido en esa provincia.

Empujados por ellos, aunque no se sabe si por dinero o por un engaño, todos los habitantes del municipio culparon a Jovino, asegurando con tozudez que no le habían dicho nada de lo que éste había relatado al príncipe. Y esta falacia llegó hasta tal punto que incluso el propio Jovino confesó que había mentido al emperador poniendo así en peligro su propia vida.

28.6.22. Cuando Paladio, que ya había regresado, informó de esto a Valentiniano, bastante proclive a la cólera, el emperador ordenó que fueran condenados a muerte, en primer lugar, Jovino como instigador y, después, Celestino, Concordio y Lucio como conocedores de la mentira y partícipes en ella.

En cuanto al gobernador Ruricio, ordenó también que se le condenara a muerte por preparar esa información falsa, añadiéndose además el hecho de que, en su opinión, en el informe, aparecían algunas palabras injuriosas.

28.6.23. Ruricio fue ejecutado en Sítifis y los demás en Útica por decisión del vicario Crescente. En cambioફlociano, ya antes de la muerte de los mensajeros, cuando declaraba ante el vicario y el conde, intentó afanosamente salvar su vida. Pero casi fue atravesado por el ataque de los soldados, que le insultaban y que estaban encolerizados, echándole en cara que los habitantes de Trípoli no habían podido defenderse porque ellos no les habían ofrecido lo necesario para la expedición.

28.6.24. Después de esto, fue encerrado en prisión mientras aguardaban la decisión del emperador, a quien se había consultado para saber qué convenía hacer. Pero, según se cree, Flociano consiguió sobornar a los guardianes y huyó a Roma, donde vivió oculto y murió por causas naturales.

28.6.25. Con este fin memorable, agotada por males externos e internos, Trípoli quedó sepultada en el olvido pero no indefensa, porque se mantuvo vigilante el ojo eterno de la justicia así como las últimas maldiciones de los mensajeros y del gobernador. No en vano algún tiempo después se produjo el siguiente hecho: Paladio, destituido de su cargo y privado de su elevada situación, se retiró y llevó una vida más tranquila[86].

28.6.26. Y cuando Teodosio, aquel magnífico general, llegó a África para impedir que Firmo ejecutara sus malvados planes[87], al examinar –tal como se le había ordenado– las pertenencias de Romano, entonces proscrito, entre sus papeles encontró una carta de Meterio que contenía las siguientes palabras: «Meterio a Romano, su señor y protector». Y al fi-

[86] En el 376.
[87] Cfr. 29,5,1 y ss.

nal, después de muchas líneas que no tienen que ver con este asunto, se decía: «Te saluda el desgraciado Paladio, que se considera desgraciado simplemente porque, en la cuestión de Trípoli, mintió a los oídos imperiales».

28.6.27. Esta carta fue enviada a la corte y, al ser leída, Valentiniano ordenó que se apresara a Meterio, quien confesó que la carta era suya. También Paladio recibió la orden de comparecer por el mismo motivo.

Cuando éste recapacitó acerca de la gran cantidad de crímenes en los que había participado y observó durante la primera oscuridad de la noche la ausencia de guardianes, que pasaban la noche en la iglesia por ser un día festivo para los cristianos, se ató una cuerda al cuello y se ahorcó.

28.6.28. Cuando fue conocido este giro favorable de la fortuna y se acabó con el promotor de estas lamentables desgracias, Erectio y Aristomenes salieron de su retiro pues, al enterarse de que se había dado la orden de que se les cortara la lengua por excederse, se ocultaron en lugares muy alejados y secretos.

Una vez se informó con veracidad acerca de estas acciones abominables a Graciano, porque Valentiniano ya había muerto, se les envió para que fueran juzgados por el procónsul Hesperio y el vicario Flaviano, de justicia y autoridad sumamente reconocidas.

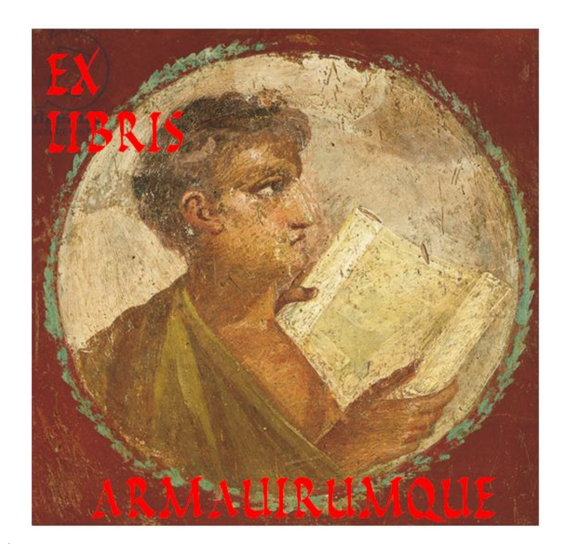
Pues bien, después de torturar a Cecilio, éste reconoció ante todos que él mismo había persuadido a los ciudadanos para que acusaran con falacias a los mensajeros.

A esto le siguió un informe que ponía ya luz en todos estos hechos y al que no se hizo réplica alguna.

28.6.29. Y para que en este drama no se echara en falta ningún elemento de la tragedia, una vez cayó el telón, sucedió también lo siguiente:

Romano marchó a la corte acompañado por Cecilio para que éste acusara a los jueces de favorecer a la provincia. Y siendo bien recibido por Merobaudes, solicitó que comparecieran varias personas a las que había que escuchar.

28.6.30. Una vez que llegaron a Milán y demostraron con pruebas evidentes que su presencia era inútil y que se debía tan sólo a los problemas de otros, regresaron tranquilos a su tierra. Sin embargo, y mientras Valentiniano seguía aún con vida, después de que se produjesen los hechos relatados, Remigio, que también se había retirado de la vida pública, se suicidó ahorcándose tal como narraremos en su momento[88].



[88] Cfr. 30,2,9 y ss.

LIBRO 29

29.1. Teodoro, el notario, tiene aspiraciones al trono imperial pero, en Antioquía, es acusado ante Valente de un crimen de lesa majestad. Resulta condenado y ejecutado, al igual que otros muchos que habían participado en su delito

29.1.1. Una vez pasado el invierno, Sapor, el rey de los persas, pleno de arrogancia y muy confiado por las victorias anteriores, contando con un ejército poderoso y suficientemente reforzado, envió caballeros cubiertos de armadura, arqueros y soldados mercenarios para que atacaran nuestro territorio [1].

29.1.2. El conde Trajano y Vadomario, antiguo rey de los alemanes, salieron rápidamente a su encuentro con tropas muy sólidas. La orden del príncipe era que intentaran contener a los persas más que atacarles.

29.1.3. Cuando llegaron a Vagabanta [2], un lugar apropiado para las legiones, sin esperarlo, se encontraron con las rápidas incursiones que las tropas enemigas lanzaban contra ellos.

---

[1] Estamos en el año 371.

[2] En Mesopotamia.

Retrocedieron entonces intencionadamente, para no ser ellos los primeros que hirieran a sus adversarios, y no ser así culpados de romper el pacto. Pero, al final, se vieron obligados a entablar un combate en el que, después de herir a muchos persas, lograron retirarse como vencedores.

29.1.4. Sin embargo, mientras se resolvía el conflicto, se produjeron en ambos bandos escaramuzas que terminaron con resultado diverso. Una vez pasado el verano, después de firmar una tregua, los líderes de ambos bandos se marcharon aún en desacuerdo.

El rey persa volvió a su territorio para pasar el invierno en Ctesifón, mientras que el emperador romano se alojó en Antioquía. Pero, mientras descansaba allí, seguro frente a los enemigos del exterior, estuvo a punto de perecer por las trampas tendidas desde el interior, tal como mostrará el siguiente relato.

29.1.5. Un tal Procopio, un hombre inquieto que siempre estaba promoviendo revueltas, acusó a los cortesanos Anatolio y Espudasio –a quienes se había ordenado entregar lo que habían defraudado al tesoro público– por haber atentado contra el conde Fortunatiano, un vil criminal.

Éste, que tenía un carácter agrio ya de por sí, se volvió como loco y, por la autoridad del cargo que desempeñaba, entregó a la corte de la prefectura pretoriana a un tal Paladio, persona de nacimiento muy oscuro que había sido acusado de envenenador por los anteriores, y también a Heliodoro, que interpretaba el destino mediante el horóscopo. Su intención era que se les obligara a contar lo que sabían.

29.1.6. Pero cuando se realizó una investigación estricta del hecho, o del proyecto, Paladio exclamó con gran insolencia que el tema que se estaba tratando era insignificante y que debía olvidarse. Además dijo que, si le permitían hacerlo, iba a demostrar otras empresas que sí eran temibles y de mayor entidad, pues contaban ya con importantes preparativos, y que causarían una revuelta general si no eran atajadas a tiempo.

Cuando se le ordenó contar libremente lo que sabía, relató una larga serie de crímenes, afirmando que el ex gobernador Fidustio, Pergamio e Ireneo habían conseguido conocer mediante artes detestables y ocultas el nombre de la persona que gobernaría tras la muerte de Valente.

29.1.7. Como fue mencionado Fidustio que, por casualidad, estaba allí cerca, se le apresó en secreto. Éste, al ver al acusador, no intentó ocultar con ningún tipo de mentira lo ya sabido, y confesó todos los detalles del asunto, declarando abiertamente que él, junto con Hilario –que había servido en las tropas de palacio– y con Patricio, expertos ambos en el arte de la adivinación, habían intentado conocer el futuro del imperio. Y que, después de consultar las predicciones con artes secretas, se habían enterado del nombramiento de un magnífico emperador y del lamentable final que aguardaba a los que indagaban sobre este tema.

29.1.8. Y cuando se preguntaban acerca de quién aventajaba a todos los demás en aquella época por su fortaleza de ánimo, pensaron que el más destacado era Teodoro, que había alcanzado ya el segundo grado entre los notarios. Éste era realmente tal como habían imaginado, pues había nacido en la Galia en una familia de gran tradición y había recibido una educación liberal desde la niñez. Su moderación, su prudencia, humanidad, encanto y cultura eran muy destacados. Siempre parecía superior, fuera cual fuera su ocupación o rango, y era amable tanto con los nobles como con los humildes.

Además, era prácticamente el único que no tenía la boca cerrada por miedo al peligro, aunque meditaba siempre lo que decía.

29.1.9. Además, Fidustio, torturado casi hasta la muerte, añadió que Teodoro había conocido todas las predicciones porque él se las había transmitido mediante Euserio, un hombre destacado por su cultura y muy honrado, que había gobernado poco antes en Asia en calidad de viceprefecto.

29.1.10. Cuando Euserio fue encerrado en prisión y, según la costumbre, se le leyeron al emperador los hechos, la prodigiosa crueldad de Valente se avivó semejante a una ardiente antorcha, y empeoró aún más debido a la vergonzosa adulación de muchos, sobre todo de Modesto, prefecto del pretorio en aquella época.

29.1.11. Éste, cada vez más asustado ante la idea de un sucesor, inventaba motivos de adulación y, con sus falsos halagos, engañaba a Valente, un hombre simple. De este modo se lo ganaba y llegaba a decirle que sus palabras vulgares y rudas eran como una selección de dichos ciceronianos. E, incluso, para aumentar su vanidad, le prometía las estrellas si así lo deseaba.

29.1.12. Así pues, se dieron órdenes para que trajeran rápidamente a Teodoro desde Constantinopla, a donde se había dirigido por un negocio familiar.

Y mientras era conducido desde allí, de resultas de las distintas investigaciones judiciales que se llevaban a cabo de día y de noche, fueron traídos desde las regiones más alejadas muchos nobles destacados por su dignidad y su nobleza.

29.1.13. Ya ni las cárceles públicas, que estaban atestadas, ni los hogares de los particulares daban abasto para encerrar a los montones de prisioneros, por mucho que se apiñaban. Además, como la mayor parte estaban encadenados, se sentían todos aterrorizados tanto ante su propia suerte como ante la del que tenían al lado.

29.1.14. Y una vez que llegó el propio Teodoro, medio muerto y vestido de luto, lo escondieron en una parte bastante oculta de aquella zona y prepararon todo lo que exigían las investigaciones futuras, después de lo cual comenzaron ya a sonar los clarines de las ejecuciones.

29.1.15. Y como, en mi opinión, el que a sabiendas pasa por alto lo sucedido no miente menos que el que inventa hechos nunca ocurridos, no negaremos –pues no hay dudas acerca de ello–, que la vida de Valente se había visto expuesta con an-

terioridad a intrigas ocultas. Pero entonces se enfrentaba a un peligro extremo, y su garganta casi se vio atravesada por la espada empuñada por los soldados, aunque el destino adverso que perseguía a Valente la desvió, porque estaba escrito que debería soportar una lamentable situación en Tracia[3].

29.1.16. De hecho una tarde, cuando estaba dormido plácidamente en una zona boscosa situada entre Antioquía y Seleucia, fue atacado por Salustio, que entonces formaba parte del cuerpo de escuderos. Pero, aunque ya antes con frecuencia había soportado muchos ataques, había logrado escapar de todas estas crueles embestidas porque así lo había querido el destino prefijado para su vida ya desde su nacimiento.

29.1.17. Esto mismo les había sucedido a los emperadores Cómodo y Severo durante su principado, ya que su vida sufrió continuos y peligrosos ataques pero, después de salir con vida de muchas intrigas, cuando Cómodo se disponía a entrar en el anfiteatro para asistir a un espectáculo, fue herido de gravedad con una daga por Quintiano, un senador casi impedido, de irrefrenable ambición. Y, en cuanto a Severo, ya en plena vejez sufrió un ataque por sorpresa a manos del centurión Saturnino, que había sido empujado a ello por el prefecto Plautiano. Y estuvo a punto de ser asesinado cuando yacía en su lecho, aunque le salvó su hijo, aún adolescente.

29.1.18. Así pues, podría perdonarse a Valente por intentar defenderse con todo tipo de recursos de los malvados que pretendían acabar con él.

Sin embargo, era imperdonable que, llevado por la soberbia, acosara del mismo modo a culpables e inocentes, sin establecer ninguna distinción entre ellos. No en vano incluso mientras existían aún dudas acerca del crimen, llegó a condenar, sin vacilar en absoluto, a algunas personas antes de que se enteraran de que se sospechaba de ellos.

---

[3] Cfr. 31,13.

29.1.19. Además, ese obstinado afán de Valente iba aumentando debido tanto a su propia avaricia como a la de aquellos que le rodeaban en la corte, quienes le mostraban nuevos objetos de deseo y si, en alguna ocasión, aunque escasa, veían en él alguna muestra de humanidad, la consideraban desidia.

Fueron ellos, con sus crueles adulaciones, los que lograron corromper completamente las costumbres de un hombre que llevaba ya la muerte ajena en la punta de la lengua, y lo arrasaban todo como si fueran un torbellino desbocado que se lanzaba a destruir de lleno a las familias más pudientes.

29.1.20. Además, Valente estaba expuesto a estos malvados e indefenso ante ellos debido a un doble defecto suyo.

En primer lugar, que se enojaba sobremanera sin poder contenerse, cuando hubiera debido avergonzarle este comportamiento. Y en segundo lugar, porque, cuando se enteraba de algo a través de los comentarios de algún particular, llevado por su soberbia de emperador, sin investigar si era cierto o no, lo creía y lo castigaba como si ya hubiera sido demostrado.

29.1.21. El resultado fue que, a pesar de una simulación de clemencia, muchos inocentes fueron arrancados de sus hogares y llevados sin remedio al exilio, mientras que sus bienes fueron confiscados por el erario y terminaron en manos del emperador para sus propios gastos. Y, en cambio, los condenados debían malvivir de forma precaria, asustados y angustiados por su terrible pobreza, una pobreza por temor a la cual el viejo y prudente poeta Teognis aconseja incluso arrojarse al mar[4].

29.1.22. Por eso, aunque alguien pudiera considerar justificada su actuación, sin embargo, como era excesiva, se convirtió en odiosa. No en vano, considero correcto el dicho según el cual no hay sentencia más cruel que aquella que es demasiado dura con apariencia de clemente.

---

[4] Theognis, en la edic. de Edmonds, *Elegy and Iambus* I, p. 248, 175 y ss.

29.1.23. Así pues, una vez reunidos el prefecto del pretorio y los altos oficiales a los que se habían encomendado las investigaciones, se preparaban los potros, se traían pesos de plomo, cuerdas e instrumentos de tortura y, entre el sonido de las cadenas, comenzaban a resonar por doquier las voces horrorosas y truculentas de los que realizaban estas funestas tareas, que decían: «Apresa, encierra, ata, mata» [5].

29.1.24. Y puesto que he visto cómo muchos soportaban terribles torturas y eran condenados, aunque la confusión lo mezcla todo como en profundas tinieblas y se me escapa el conocimiento completo de lo sucedido, voy a exponer brevemente aquello que puedo recordar.

29.1.25. En primer lugar, después de unas preguntillas insignificantes, fue citado Pergamio que, según se dijo, había sido acusado por Paladio de haberse enterado de algunos hechos mediante artes criminales. Como Pergamio era muy elocuente y con tendencia a ser muy lanzado en sus palabras, mientras los jueces dudaban qué debía hacerse primero y qué después, comenzó a hablar con gran audacia, soltando una lista casi interminable con miles de nombres a los que consideraba cómplices, y pidiendo que algunos de ellos fueran traídos incluso desde el fin del mundo para que les acusara de graves crímenes.

Pergamio fue condenado a muerte por haber dificultado excesivamente la investigación y, después de él, fueron ejecutados también otros muchos. Pero después, como si fuera la hora de una competición olímpica, llegó el momento del juicio del propio Teodoro.

29.1.26. Ese mismo día, entre otros muchos hechos lamentables, sucedió algo triste. Y es que, cuando Salia, que poco antes había sido conde del tesoro en Tracia, iba a ser sacado de prisión para ser juzgado, al ponerse el zapato, de repente, se

---

[5] Cfr. Aeschyl, *Prom.* 58.

sintió aterrado por la enorme desgracia que se le venía encima, y murió mientras era sujetado por los que le retenían.

29.1.27. Así pues, una vez constituido el tribunal, mientras los jueces daban a conocer lo que prescribían las leyes e intentaban adaptar los juicios al deseo de Valente, el terror se apoderó de todos, porque el emperador se había desviado ya completamente de la justicia. Además, poseía muchos medios para hacer daño y, semejante a una fiera del circo, se enfurecía en extremo si veía que se le había escapado alguien que había estado sobre la arena.

29.1.28. Fueron también citados Patricio e Hilario. Pero, como cuando se les ordenó relatar en orden los hechos, en principio no se ponían de acuerdo, les laceraron los costados y trajeron el trípode que ellos utilizaban normalmente. Ante esto, llenos angustia, contaron desde el inicio todo lo que sabían.

Primero habló Hilario, que dijo:

29.1.29. «Respetabilísimos jueces, llevados por crueles auspicios, construimos con madera de laurel esta infausta mesita que veis, semejante al trípode de Apolo[6]. Después, con fórmulas secretas, y mediante numerosos y largos ritos, la consagramos y nos dispusimos a utilizarla al fin. Cuando se consultaba acerca de materias ocultas, el procedimiento era el siguiente:

29.1.30. »Se colocaba en medio de una casa que hubiese sido purificada por entero con perfumes árabes. Sobre ella se colocaba un plato de superficie circular perfecta, fabricado con diversos metales.

»En los bordes de ese plato, se grababan con gran cuidado las veinticuatro letras del alfabeto separadas por espacios idénticos.

---

[6] Se refiere al trípode del oráculo de Apolo, trípode en el que se subía la pitia cuando se consultaba el oráculo.

29.1.31. »Entonces, alguien cubierto con vestiduras de lino y calzando también sandalias de lino, con una cinta atada alrededor de la cabeza y portando ramas de un árbol propicio, invocaba con fórmulas rituales a la divinidad promotora de las profecías y, conociendo perfectamente el ritual, ejercía como sacerdote subido sobre el trípode. A continuación, hacía que se balanceara un anillo ensartado en un hilo muy fino que había sido consagrado con fórmulas mágicas.

»El anillo se movía por las zonas señaladas del plato que contenían las distintas letras y, al detenerse en algunas de ellas, formaba versos heroicos que respondían a las preguntas y que eran perfectos en cuanto a los pies y al ritmo, semejantes a los versos píticos o a los pronunciados por los oráculos de los branchidas [7].

29.1.32. »Nosotros preguntamos: "¿Quién sucederá al emperador actual?", porque se decía que sería alguien perfecto en todos los sentidos. El anillo comenzó a moverse y tocó ligeramente las dos sílabas "Theo" y, a continuación, la letra siguiente. Entonces, alguien que estaba presente exclamó que el destino había apuntado sin duda a Teodoro [8].

»Y no se preguntó nada más acerca de este asunto, porque, para nosotros, era evidente que éste era el hombre por el que se había preguntado».

29.1.33. Cuando Hilario expuso claramente todos estos hechos ante los jueces, añadió con buenas intenciones que Teodoro los ignoraba por completo. Después de esto, se les preguntó si, gracias a su creencia en los conocimientos que habían practicado, habían previsto lo que les estaba ocurriendo ahora. Ellos leyeron, entonces, esos versos conocidísimos que advertían que la tarea de investigar acerca del futuro iba

---

[7] Brancho era uno de los favoritos de Apolo. Sus descendientes (los branchidas) se encargaban de un oráculo del dios en Mileto. Cfr. Hdt. 1,157.

[8] La letra siguiene sería la «d», con lo cual el nombre podía ser, efectivamente, Teodoro, o Teodosio, que fue quien de hecho sustituyó a Valente.

a causarles una muerte ya cercana, pero que, por otra parte las Furias, portadoras de muertes y de fuego, amenazaban al propio príncipe y a sus jueces.

Basta ofrecer los tres últimos versos:

«Tu sangre no quedará sin venganza y, contra ellos, la colérica Tisífone armará un funesto destino, mientras Ares descarga su furia en las llanuras de Mimas».

Después de leerlos, fueron torturados con gran crueldad y se los llevaron medio muertos.

29.1.34. Además, para que toda la maquinación del plan quedara al descubierto, traen a un grupo de hombres distinguidos entre los que se encontraban los propios cabecillas.

Pero como todos ellos miraban tan sólo por sí mismos e intentaban echar la culpa a los demás, con el permiso de los jueces, comenzó a hablar Teodoro.

En principio lo hizo en tono suplicante, pero después, cuando se le obligó a responder con más seriedad, declaró que se había enterado del asunto por Euserio y que, en alguna ocasión, había intentado contar al emperador lo que sabía, pero que su informador le había disuadido, diciéndole que aquello que esperaba sucedería, no por su deseo ilícito de hacerse con el poder, sino por la voluntad inquebrantable del destino.

29.1.35. Posteriormente, aunque Euserio, tras soportar una cruenta tortura, contó la misma historia, a Teodoro le puso en evidencia una carta suya a Hilario escrita en términos ambiguos. En ella se decía que, después de escuchar a los adivinos, tenía ya plena seguridad en cuanto a este asunto, y que tan sólo dudaba acerca del momento en que ponerlo en práctica.

29.1.36. Una vez eliminados Euserio y Teodoro, tan pronto como se conocieron los hechos, Eutropio, que entonces gobernaba en Asia en calidad de procónsul, fue acusado también de haber participado en el plan. Pero no sufrió daño alguno, ya que le salvó el filósofo Pasífilo quien, aunque fue torturado cruelmente para que inventara una mentira injusta y hundiera a Eutropio, sin embargo, no perdió su firmeza.

29.1.37. A estos se añadió el filósofo Simónides, que era aún adolescente pero que a nuestros ojos aparecía ya como de costumbres muy severas. Pues bien, cuando se le acusó de haberse enterado del asunto a través de Fidustio, al darse cuenta de que la justicia no se basaba en la verdad, sino en la voluntad de una sola persona, dijo que él había sido informado de las predicciones, pero que las había mantenido en secreto por ser hombre de recto proceder.

29.1.38. Una vez realizadas todas estas investigaciones con gran minuciosidad, el emperador, respondiendo a la consulta de los jueces, ordenó en una sola sentencia que fueran todos ejecutados.

Por ello, mientras una muchedumbre contempla el funesto espectáculo sin poder reprimir el horror y llena el cielo con sus lamentos –ya que consideraban como males comunes las desgracias de los demás–, son todos condenados y degollados de forma terrible, con la excepción de Simónides, que es el único al que ese cruel juez, dejándose llevar por el mismo defecto de siempre, había condenado a morir abrasado.

29.1.39. Pero Simónides quiso morir dando la imagen de que estaba escapando de un rabioso tirano. Por ello se burló de su desgracia momentánea y permaneció inmóvil en medio del fuego, semejante a Peregrino, al que apodaban «Proteo», un ilustre filósofo que, cuando decidió abandonar el mundo, en unos juegos quinquenales celebrados en Olimpia, a la vista de todos los griegos, subió a una pira que él mismo había construido y murió abrasado[9].

29.1.40. Después de Peregrino, en los días siguientes, una multitud de casi todos los niveles sociales, a la que sería imposible mencionar ahora, se vio inmersa en ese mar de calumnias, consiguiendo así que se agotaran los brazos de los verdugos, que ya antes se habían debilitado con tantas torturas, plomos y latigazos.

---

[9] Filósofo cínico del s. II a.C.

Algunos llegaron a morir sin plazos ni demora alguna, mientras se deliberaba sobre si debían ser castigados.

Era, pues, como una matanza de ganado.

29.1.41. Posteriormente, cientos de escritos y montones enormes de obras fueron quemados ante los jueces, después de sacarlos de distintos hogares con la excusa de que eran ilegales. La finalidad era calmar la indignación provocada por las ejecuciones, aunque la mayor parte de lo que se quemó eran tratados de artes liberales y de derecho.

29.1.42. No mucho después, Máximo, aquel ilustre filósofo, un hombre reconocido por su saber y gracias a cuyos cultos discursos consiguió el emperador Juliano destacar también en el ámbito de la ciencia [10], fue acusado de haber escuchado también los versos del oráculo del que hemos hablado antes.

Él reconoció que esto era cierto y afirmó que no lo había divulgado en consideración al secreto propio de la filosofía. De lo que sí había hablado abiertamente era acerca de la predicción de que los que habían consultado el oráculo morirían ejecutados. Se le condujo entonces a Éfeso, su ciudad natal, y allí fue decapitado, demostrando con su muerte que la maldad del que le condenaba era el peor de los crímenes.

29.1.43. También Diógenes se vio apresado por las cadenas de impías mentiras. Era un hombre de familia noble, destacable por su ingenio, su elocuencia y su encanto. Había sido gobernador de Bitinia y fue condenado a muerte simplemente para arrebatarle su rico patrimonio.

29.1.44. Más aún. Incluso Alipio, antiguo vicegobernador de Bretaña [11], un hombre muy agradable que había llevado una vida ociosa y reposada, fue apresado por los brazos de la injusticia y cayó en esta desgracia extrema, ya que tanto él

---

[10] Cfr. 22,7,3; 25,3,23.

[11] Cfr. 23,1,2.

como su hijo Hierocles, un joven de buen carácter, fueron acusados de practicar la magia.

Su único acusador fue un tal Diógenes, un hombre vil, que recibió todo tipo de torturas para que dijera algunas palabras que agradaran al emperador, o mejor, al instigador de la acusación.

29.2. Llueven acusaciones en Oriente por practicar la magia y por otros crímenes. Muchos son condenados y ejecutados, unos justamente y otros por alguna patraña

29.2.1. Durante todo ese tiempo, aquel famoso Paladio, el incitador de todas estas desgracias, que como hemos indicado al principio[12] estaba en manos de Fortunatiano, llevado por la propia bajeza de su condición, estaba dispuesto a todo. Y así, acumulando una desgracia sobre otra, anegó de lágrimas todo el imperio.

29.2.2. Además, tenía oportunidad de mencionar a todo el que se le antojaba sin reparar en su fortuna, acusándole de utilizar artes prohibidas. De este modo, semejante a un cazador experto en seguir las huellas ocultas de las fieras, logró apresar a muchos en sus funestas redes, ya fuera por haber practicado magia, o por haber sido cómplices de un delito de lesa majestad.

29.2.3. Y para que las esposas no pudieran llorar siquiera la desgracia de sus maridos, rápidamente, enviaba a alguien a los hogares de los condenados para que examinara el mobiliario y, en secreto, escondiera allí encantamientos de viejas o pócimas amatorias preparadas para causar la ruina de los inocentes.

Cuando estas pruebas se daban a conocer en un juicio en el que no había ley ni moral, en el que la justicia no distinguía entre la verdad y las falsedades, estos condenados, inde-

---

[12] Cfr. 29,1,5.

fensos, aunque no hubieran cometido delito alguno, ya fueran jóvenes o no, eran conducidos a su ejecución en sillas de manos con el cuerpo lleno de ataduras.

29.2.4. No es extraño, pues, que en las provincias orientales fueran quemadas por sus propietarios todas las bibliotecas, ya que temían una condena similar. Tal era el terror que se había apoderado de todos.

Para resumir brevemente: en esta época, nos arrastrábamos todos como en la oscuridad de Cimeria[13], y tan aterrados como los invitados del siciliano Dionisio quien, cuando celebraba uno de sus banquetes –que eran por cierto peores que cualquier hambruna–, hacía que los comensales observaran cómo, desde lo alto de las habitaciones donde estaban comiendo, descendían sobre sus cabezas espadas que colgaban y que estaban atadas simplemente con crines de caballo[14].

29.2.5. Fue también entonces cuando Basiano, un hombre de ilustre linaje, uno de los notarios de más rango, fue acusado de haber intentado averiguar noticias sobre la sucesión en el poder, aunque él afirmaba que tan sólo había pretendido conocer el sexo de un hijo que esperaba.

Y lo cierto es que, a pesar de que, en este caso concreto, el esfuerzo de los que le defendían consiguió librarle de la muerte, sin embargo, perdió su rico patrimonio.

29.2.6. En medio de tantas desgracias, Heliodoro, ese infernal colaborador de Paladio en todo tipo de males, un matemático que, según decía la gente, había sido ya incluido en el asunto por conversaciones secretas desde la corte, declaró al fin sus funestos medios cuando, después de ser inducido a ello por las buenas, fue finalmente obligado a contar todo lo que sabía o maquinaba.

---

[13] Tierras en las que habitaban gentes que se escondían en cuevas y que, por lo tanto, son prototipo de oscuridad y sueño. Hom, *Odys.* 11,14 y ss. y Amiano *R.G.* 28,4,18.

[14] Cfr. Cic, *Tusc.* 21,61 y ss.

29.2.7. Heliodoro era de los que se esforzaban por disfrutar de los alimentos más refinados y se quedaba con importantes cantidades de dinero para poder hacer regalos a sus concubinas. Iba a todas partes mostrando su rostro afectado y temido por todos. Además tenía gran confianza porque, como era el encargado del servicio personal del emperador, acudía continua y libremente a las habitaciones de las mujeres, por donde se movía a su antojo según sus propios deseos y repartía informes del Padre del Pueblo [15] que causarían la ruina de muchos.

29.2.8. A través de ellos le advertía acerca de las palabras que, como abogado, debía colocar en el inicio de un discurso para vencer y convencer sin esfuerzo, o de las figuras que convertirían un pasaje en brillante.

29.2.9. Pero, como sería largo relatar todo lo que tramó ese instigador de crucifixiones, mencionaré un único ejemplo de cómo, con su orgullo insensato, hizo tambalearse los propios pilares del patriciado.

Éste, lleno de una arrogancia cruel, gracias a las conversaciones secretas que, según hemos dicho, había escuchado y, debido a su propia vileza, sobornable para poder cometer cualquier crimen, acusó a ese ilustre par de cónsules, Eusebio e Hipacio (hermanos y parientes del emperador Constancio) [16] de haber pretendido alcanzar una mejor fortuna y de haber maquinado e intrigado en el imperio.

Además, a esa sarta de mentiras que había inventado, añadió que, incluso, habían preparado vestiduras principescas para Eusebio.

29.2.10. Como Valente, siempre irascible y amenazador, creía todo esto a ciegas, aunque no se le debía permitir nada a alguien que pensaba que estaba por encima de la ley y que podía cometer injusticias, ordenó que trajeran desde las par-

---

[15] Mención irónica referida al emperador.

[16] Fueron cónsules en el 359 y eran parientes de Constancio porque éste se casó con su hermana Eusebia. Cfr. 18,1,1; 21,6,4.

tes más alejadas del imperio a todos los que el malvado acusador, que se creía intocable, le había indicado que le trajera sin dilación.

Además, ordenó también que se realizara un proceso criminal.

29.2.11. Y una vez que la justicia fue pisoteada una y otra vez por estas graves intrigas, a pesar de que la inflexible severidad de este canalla hacía que mantuviera las apariencias, ninguna tortura, por dura que fuera, hubiera podido arrancar alguna confesión a los acusados, pero sí habría demostrado que estos hombres ni siquiera habían tenido noticias de hechos de este tipo.

Ciertamente, mientras el acusador seguía siendo honrado y respetado como antes, los acusados tenían que soportar el exilio o una multa, aunque poco tiempo después se les devolvió su importe y recuperaron todas sus dignidades y su honor.

29.2.12. Con todo, después de hechos tan lamentables, Valente no mostró más moderación o vergüenza, porque cuando se tiene un poder excesivo, uno no se plantea que no conviene que los hombres de bien cometan delitos a su antojo, aunque eso les permita perjudicar a los enemigos. Y es que no hay nada peor que el que, al poder excesivo, se le una también una naturaleza cruel [17].

29.2.13. Pero cuando murió Heliodoro, no sé si a causa de una enfermedad o de un ataque planeado (¡y no voy a decir que este hecho se produjo demasiado tarde, aunque ojalá que tampoco la realidad hubiera llegado a demostrar esto!), su cuerpo era conducido por unos porteadores. Pues bien, se ordenó entonces que precedieran el cortejo muchos nobles vestidos de luto, entre los que se encontraban los hermanos que habían sido cónsules [18].

---

[17] Cfr. Cic, *Ad Quint. Frat.* 1,1,13,37.

[18] Es decir, Hipacio y Eusebio (Cfr. 29,2,9).

29.2.14. Esto permitió que se revelara claramente la maldad y la obcecación del emperador, porque cuando le rogaron que no les obligara a realizar una acción tan dolorosa para ellos, permaneció inconmovible, hasta tal punto que parecía que se había taponado los oídos con cera como si fuera a cruzar los escollos de las sirenas.

29.2.15. Sin embargo, vencido por las continuas súplicas, finalmente ordenó que el infausto cortejo fúnebre fuera precedido en su marcha hasta el sepulcro por hombres con la cabeza y los pies al descubierto. E incluso algunos con las manos vendadas [19].

Mi mente se horroriza al recordar cómo, con esta injusticia, se obligó a rebajarse a muchas personas ilustres, sobre todo antiguos cónsules que habían conseguido honores, vestiduras púrpuras y fama reconocida en todo el mundo.

29.2.16. Entre todos estos nobles merece mención especial nuestro Hipacio, que había destacado desde su niñez por la nobleza de sus virtudes, siendo un hombre de carácter agradable y tranquilo, un hombre que tenía una honradez como medida a plomo, y que consiguió aumentar la gloria de sus mayores legando también él mismo a la posteridad hazañas heroicas y una doble prefectura.

29.2.17. En esa misma época, Valente añadió a sus restantes «hazañas» el que, cuando había mostrado tanta crueldad contra algunos como para no permitir casi que los sufrimientos de las condenas terminaran con la muerte, en cambio, a un tribuno llamado Numerio, un hombre de gran maldad, que había sido acusado en esos mismos días y que confesó haber abierto el vientre de una mujer viva y haberle arrancado el feto para atraer así a los dioses infernales y consultarles sobre la sucesión del emperador, lo consideró como alguien cercano y, ante los murmullos de todo el senado, ordenó que le dejaran marchar sin recibir castigo alguno, permitiéndole que conservara intactos su vida, sus envidiables riquezas y su rango militar.

---

[19] Esto era señal de dolor y de duelo.

29.2.18. ¡Oh noble conocimiento concedido a los afortunados como don divino pero que, con frecuencia, has honrado también a personas malvadas! ¡Cuántos desmanes habrías podido corregir en esa época tan tenebrosa si hubieras enseñado a Valente que el poder, como piensan los sabios, no es otra cosa que la preocupación por la vida de los demás, y que lo que debe hacer un buen mandatario es moderar su poder, resistirse a los placeres y a la cólera implacable y saber que, tal como decía el dictador César[20], la crueldad es un instrumento miserable para los viejos y que, por eso, cuando hay que tomar una decisión sobre la vida y el espíritu de un hombre, que es parte del mundo y que forma parte del grupo de los seres vivos, conviene que se medite mucho para no dejarse llevar por un impulso incontrolado y no llegar a un punto ya irremediable, como de hecho sucedió en la antigüedad, en aquella ocasión tan recordada.

29.2.19. Ante Dolabela, procónsul de Asia, una mujer de Esmirna confesó que había envenenado a su propio hijo y a su marido porque éstos, a su vez, habían asesinado a un hijo que ella tenía de un matrimonio anterior. Se le ordenó entonces que volviera dos días después. Pero como el consejo que debía decidir sobre esta causa dudaba si debía considerar la acción como venganza o como crimen, se envió a la acusada ante los Areopagitas, jueces muy severos de Atenas que, según se dice, han llegado a impartir justicia entre los dioses.

Los Areopagitas, al conocer el asunto, ordenaron que la mujer se presentara allí cien años después con su acusador, porque, de este modo evitaban, por una parte, absolver a una envenenadora y, por otra, castigar a una mujer que había vengado a su hijo.

Por eso nunca puede considerarse que llega demasiado tarde aquello que es lo último de todo.

29.2.20. Después de que se cometieran todas esas injusticias, y de que, afrentosamente, las huellas de la tortura quedaran marcadas en los cuerpos de las personas que habían logrado

[20] Esta cita no aparece en la obra conservada de Julio César.

sobrevivir, el ojo de la Justicia se mantuvo atento, siempre abierto, juez y justiciero eterno. No en vano, las maldiciones lanzadas en el último momento por los condenados, conmoviendo a la divinidad con toda razón, consiguieron encender el fuego de Belona, según confirma el oráculo que había predicho que ningún crimen quedaría impune.

29.2.21. Al cesar el fragor de la guerra con los partos, los hechos que hemos mencionado se extendieron por Antioquía causando calamidades internas. Pero después de que el horrible grupo de las furias hubiera producido allí desastres por doquier, éstas se pusieron en marcha y, partiendo desde esta ciudad, se extendieron por toda Asia del modo siguiente.

29.2.22. Cierto Festino, natural de Tridento, de la familia más humilde y desconocida, querido por Maximino como si fueran hermanos, ya que habían sido compañeros y habían recibido a la vez la toga, debió marchar a Oriente por voluntad del destino. Allí, después de gobernar Siria y de actuar como encargado del registro[21], ofreció notables muestras de bondad y de moderación, gracias a las cuales comenzó a regir Asia en calidad de procónsul. No en vano, para utilizar el dicho, llegó a la gloria impulsado por una brisa favorable.

29.2.23. Festino, al enterarse de que Maximino actuaba contra todos los hombres de pro, comenzó a oponerse a sus acciones por considerarlas malvadas y dañinas.

Pero cuando se enteró de que Maximino había alcanzado sin merecerlo la prefectura, gracias simplemente a la recomendación de los que habían muerto de forma injusta, ardió en deseos de conseguir unos logros similares. Por ello, de repente, como si se tratara de un actor, cambió su máscara y, con ansia ya de hacer daño, se mostró con una mirada dura y cargada de crueldad, creyendo que la prefectura sería suya si también él se manchaba con la sangre de algún inocente.

[21] Como *magister memoriae*. Cfr. 15,5,4.

29.2.24. Y, aunque son muchas y variadas las durísimas acciones (por decirlo con suavidad) que cometió, bastará mencionar unas pocas, conocidas y muy difundidas, realizadas a imitación de lo que se había hecho en Roma.

Y es que la medida que establece si los hechos son correctos o no es la misma en todas partes, por mucho que la importancia de la situación sea distinta.

29.2.25. Además, a cierto filósofo llamado Ceranio, un hombre de méritos nada exiguos, lo mató después de infligirle terribles tormentos, simplemente porque había escrito una carta de carácter personal a su mujer en la que, entre otras cosas, decía en griego: «Reflexiona y corona la puerta», expresión proverbial que suele utilizarse para que el que la escuche advierta que debe hacer algo de gran importancia.

29.2.26. O a cierta anciana sencilla que solía curar unas fiebres intermitentes mediante un ritual inofensivo, ordenó que la ejecutaran, cuando había sido ella la que curó a su hija en una ocasión en que la llamaron con su propio consentimiento.

29.2.27. En otra ocasión, ordenó investigar los documentos de un ciudadano ilustre, entre los que apareció el horóscopo de un tal Valente. Y cuando se le preguntó la causa por la que había intentado conocer la carta astral del emperador, el ciudadano rechazó la acusación que se le hacía, diciendo que tenía un hermano llamado Valente, que había muerto tiempo atrás. Y, aunque prometió demostrar este hecho con documentos irrefutables, murió después de recibir una cruenta tortura en los costados.

29.2.28. O, por ejemplo, vieron a un joven en los baños que, alternativamente, tocaba con los dedos de las manos, ya el mármol, ya su pecho mientras contaba las siete vocales[22], porque creía que así podría remediar un dolor de estómago. Sin más, fue juzgado por ello, torturado y condenado a morir decapitado.

---

[22] Se refiere a las siete vocales del alfabeto griego.

29.3. Ejemplos varios de la maldad y de la terrible crueldad del Augusto Valentiniano en la parte occidental del imperio

29.3.1. Llegados a este punto, cuando me dispongo a narrar los asuntos de la Galia, me siento algo confuso e intento aclarar el orden y la sucesión de hechos aquí acaecidos, porque nos encontramos con Maximino, ya prefecto, envuelto en muchas acciones crueles.

Éste, contando con un poder ilimitado, había supuesto un grave incentivo para el emperador[23], que había unido a la majestad de su posición un poder autoritario. Así pues, quien considere mis palabras, que se imagine también lo que omito y que, si es prudente, me perdone por no haber especificado todos los crímenes que cometió con maldad y premeditación exagerando la importancia de los cargos.

29.3.2. Pues bien, Valentiniano, violento ya de por sí, vio cómo aumentaba su crueldad –que es enemiga de la razón– después de la llegada del mencionado Maximino, ya que, como no contaba con nadie que le aconsejara o que le guiara con prudencia, se dejó arrastrar por esas acciones crueles como quien es zarandeado por el oleaje de una tempestad. Y llegó hasta tal punto que, cuando se enardecía por la ira, con frecuencia le cambiaban la voz, la expresión del rostro, la forma de moverse o el color.

Hay numerosos ejemplos, verídicos todos, de este hecho, aunque bastará mencionar unos pocos.

29.3.3. Cierto adulto de los que llaman «pedagogos»[24] estaba sujetando a un perro espartano mientras veía un espectáculo de caza. Pero, antes del momento indicado, al intentar evitar un mordisco del perro, que quería escapar, lo soltó. Y,

---

[23] Para Valentiniano.

[24] El *paedagogium* era la parte del palacio donde se adiestraba y enseñaba a los esclavos y al personal de servicio.

por esa «culpa», fue azotado hasta la muerte y enterrado ese mismo día.

29.3.4. Al encargado de un taller que le trajo una coraza trabajada con gran esmero, y que esperaba un premio por ella, ordenó que le ejecutaran con igual crueldad, simplemente porque la coraza tenía menos cantidad de metal que la que se había estipulado.

A cierto anciano epirota, seguidor de la fe cristiana y muy respetado por Octaviano[25], antiguo procónsul [...][26] y el autor de la acusación fue enviado a casa, aunque demasiado tarde.

29.3.5. Constanciano, un encargado de las caballerizas que fue enviado a Sardinia para probar unos caballos militares, se atrevió a cambiar algunos, hecho que motivó el que, por orden del emperador, muriera lapidado.

Atanasio, su auriga favorito en aquella época, debido a su vulgaridad y a su ligereza, cayó en desgracia ante Valentiniano hasta tal punto que éste ordenó que lo quemaran vivo si intentaba utilizar artes mágicas. No mucho después, Atanasio fue acusado de haberlas utilizado y, sin que se tuviera ninguna indulgencia con este artista de la diversión, fue condenado a morir abrasado.

29.3.6. Africano, un abogado muy ocupado de la ciudad, después de gobernar una provincia, aspiró a gobernar otra. Y cuando Teodosio, el general de la caballería, apoyó esta petición, el «piadoso» emperador le respondió de este modo tan duro: «Vete general, y cambia la cabeza a ese que desea cambiar de provincia». Y con esta sentencia pereció, al igual que otros muchos, un hombre elocuente que, tan sólo, aspiraba a algo más.

29.3.7. A Claudio y a Salustio, que habían alcanzado el rango de prefecto y habían formado parte de la legión Joviana,

---

[25] Cfr. 23,1,4.

[26] Hay aquí una laguna.

los acusó un tipo despreciable y de baja ralea que decía que, cuando Procopio intentó hacerse con el poder, habían dicho algunas cosas buenas acerca de él.

Y aunque repetidas investigaciones no encontraron en ellos culpa alguna, el emperador ordenó a los generales de la caballería que se condenara a Claudio al exilio y a Salustio a muerte, aunque a este último le prometió que le perdonaría cuando fuera conducido a la ejecución.

Pero cuando se dispusieron a cumplir la orden, tal como se había determinado, ni Salustio se libró de la muerte, ni Claudio de la desgracia del exilio hasta después de la muerte de Valentiniano [...] [27] lo rechazó completamente, aunque sufrieron torturas una y otra vez.

29.3.8. Así pues, aunque se repitieron a menudo las investigaciones y fallecieron algunas personas debido a la dureza excesiva de la tortura, no se encontró ninguna prueba de los crímenes citados.

En esta situación, algunos miembros de la guardia personal que habían sido enviados para arrestar a algunos acusados [...] [28] recibieron tantos latigazos que, frente a lo usual, perecieron.

29.3.9. Mi espíritu se horroriza al contar todo esto y, además, siento pánico, pues podría parecer que, a propósito, nos hemos detenido en demasía en los defectos del príncipe, un príncipe con muy buenas cualidades en otros aspectos.

Ahora bien, hay algo que no sería justo ni omitir ni silenciar. Y es que Valentiniano tenía dos osas feroces devoradoras de hombres, a las que llamaba «Pepita de oro» e «Inocencia». Y las cuidaba con tal esmero que dispuso que colocaran sus jaulas junto a su dormitorio y ordenó que las vigilaran guardas de fidelidad probada, con vistas a que ningún accidente pudiera perjudicar a la naturaleza salvaje de las fieras.

---

[27] Hay aquí una laguna.

[28] Texto fragmentario.

Finalmente, después de ver muchos cadáveres con el cuerpo despedazado por Inocencia, como recompensa por su buen comportamiento, permitió que ésta quedara en libertad en los bosques, pues albergaba la esperanza de que tuviera cachorros parecidos a ella.

29.4. El Augusto Valentiniano atraviesa el Rin por un puente hecho con barcos pero, debido a la falta de soldados, no pudo capturar a Macriano, el rey de los alemanes, a pesar de que éste estaba desprevenido

29.4.1. Lo que he narrado es una prueba clarísima de sus costumbres y de su carácter sanguinario. Sin embargo nadie, ni siquiera ninguno de sus más tenaces detractores, le acusará de ingenuidad en el gobierno del estado, porque tiene mucho más mérito el haber contenido en la frontera a los bárbaros que el haberles derrotado. Y cuando dio [...] [29] si alguno de los enemigos se movía, le observaban desde lo alto de las defensas y terminaban con él.

29.4.2. Sin embargo, entre sus múltiples preocupaciones, su primer y principal objetivo era capturar vivo, ya por la fuerza o por un engaño, al rey Macriano [30] –tal como mucho antes hizo Juliano con Vadomario–, pues Macriano, por esos vaivenes de la fortuna, había cobrado importancia y estaba empezando a levantarse contra nosotros con un poderoso ejército.

Una vez previsto todo lo que requerían su objetivo y la ocasión, al enterarse por unos desertores de dónde podía capturar al citado rey, que estaba desprevenido, dispuso un puente en el Rin con todo el silencio que pudo, para evitar que alguien pudiera atacarles cuando estaban construyendo ese puente.

---

[29] Nueva laguna.

[30] Cfr. 18,2,15; 23,5,8.

29.4.3. El primero que se puso en marcha hacia las Aguas Matiacas[31] fue Severo, que encabezaba la infantería. Pero, al considerar el escaso número de soldados con el que contaba, se detuvo aterrado, ya que temía no poder resistir y ser derrotado por el empuje de los enemigos.

29.4.4. Además, como por casualidad, encontró allí a unos comerciantes que llevaban esclavos para la venta, y sospechó que no tardarían en contar lo que habían visto, les robó sus mercancías y los mató.

29.4.5. Entonces, los oficiales, animados ante la llegada de más tropas, acamparon durante un brevísimo período de tiempo, porque ninguno tenía un animal de carga o una tienda, con la excepción del emperador, que a modo de tienda utilizaba una alfombra y un cobertor de piel.

Después de detenerse debido a la oscuridad de la noche, con los primeros destellos del Lucero de la mañana, apremiados por la urgencia de la campaña, se movilizaron rápidamente siguiendo a unos guías que conocían el camino. Se ordenó a la multitudinaria caballería que encabezara la marcha a las órdenes de Teodosio, para que no se les escapara nada [...][32] que aguardara durante algún tiempo. Pero no pudo, debido al continuo ruido provocado por los suyos, ya que, a pesar de que les había ordenado una y otra vez que se abstuvieran de provocar incendios y saqueos, no había podido conseguirlo.

Entonces, los miembros de la guardia del rey, puesta sobre aviso por el crepitar de las llamas y por los gritos, sospechando lo que había sucedido, hicieron que el rey se subiera a un carro veloz y, llevándole por un paso muy estrecho, lo escondieron tras unas colimas escarpadas.

29.4.6. Valentiniano, al verse privado de este triunfo, aunque no por culpa suya ni de sus generales, sino por la desobe-

---

[31] Se trata de unas fuentes de agua caliente situadas junto al Rin. Cfr. Plin, *Nat*. 31,20, Tac, *Ann*. 1,56.

[32] Nueva laguna.

diencia de los soldados –que ha causado ya numerosas y graves pérdidas al imperio romano–, al ver abrasadas las tierras enemigas hasta una distancia de cincuenta millas, volvió entristecido a Treves.

29.4.7. Allí, semejante a un león al que le rechinan las mandíbulas después de no probar bocado por haber perdido a un ciervo o a una cabra, cuando el temor había hecho ya que se dispersara el ejército enemigo, en lugar de a Macriano, eligió a Fraomario como rey de los bucinobantes, un pueblo germánico que habita frente a Mainz.

Pero poco después, como una reciente invasión había devastado completamente esta zona, lo envió a Bretaña en calidad de tribuno, y lo puso al frente de un destacamento alemán que, en esa época descollaba por el número de componentes y por su solidez.

En cuanto a Bitérido y a Hortario, líderes del pueblo citado, los puso igualmente al frente de distintos destacamentos. Pero, de ellos, Hortario fue acusado por Florencio de haber escrito a Macriano y a los líderes bárbaros para conspirar contra Roma, ante lo cual fue obligado a confesar la verdad mediante tortura y fue ejecutado mediante el fuego.

29.5. Teodosio, comandante de caballería de la Galia, después de muchos combates, debilita al moro Firmo, hijo del príncipe Nubel, que se había cambiado de bando. Finalmente, después de obligarle a suicidarse, restaura la paz en África

29.5.1. Entonces, entre [...][33] había decidido relatar en mi obra lo que se produjo a continuación. Pero, como junto a hechos acaecidos en un lugar, aparecen otros que se produjeron en lugares muy alejados, la exposición de todos los sucesos resultará necesariamente algo confusa.

---

[33] Hay aquí una laguna.

29.5.2. Núbel, con mucho poder entre los pueblos moros, como príncipe que era, al morir, dejó por una parte hijos legítimos y, por otra, algunos nacidos de concubinas. Entre estos últimos estaba Zamac, que era muy querido por un general llamado Romano[34], y que fue asesinado por una intriga promovida por su hermano Firmo. Esto provocó discordias y guerras, porque Romano intentó con todas sus fuerzas vengar la muerte de Zamac, planeando muchas acciones terribles contra el asesino.

Además, según difundieron continuos rumores, incluso en palacio hubo muchos intentos para que los informes de Romano, que eran muchos y que lanzaban duras acusaciones contra Firmo, fueran bien recibidos y leídos por el emperador. Y lo cierto es que había muchas personas que hablaban en favor de Romano.

En cambio, las explicaciones que Firmo había difundido mediante sus amigos con la intención de salvar su vida, aunque fueron recibidas, se mantuvieron ocultas durante bastante tiempo, porque Remigio, que entonces era maestro de oficios y era muy amigo de Romano, se había asegurado de que, entre las ocupaciones urgentes del emperador, estos informes, vulgares y de poca importancia, no le fueran transmitidos hasta que no se produjera un momento oportuno.

29.5.3. Cuando el moro advirtió todo lo que se estaba tramando para perjudicar su defensa, terriblemente asustado ante la posibilidad de morir y de ser ejecutado, sin que se le escuchara, como si fuera un maldito criminal, se rebeló contra el imperio y buscó apoyo en los pueblos vecinos [...] para devastar [...][35]

29.5.4. Para acabar con este peligro y evitar que un enemigo implacable se hiciera con un poder excesivo, se envía a unos pocos soldados de la corte encabezados por Teodosio, co-

---

[34] Cfr.28,6,5.

[35] Nuevas lagunas en el texto.

mandante de la caballería, cuyos méritos destacaban sobre los demás en ese momento y le hacían parecerse al Domicio Corbulón o al Lusio de la antigüedad, de los cuales, el primero bajo Nerón y el segundo bajo Trajano, realizaron proezas muy destacadas [36].

29.5.5. Así pues, partiendo de Arlés con auspicios favorables, después de surcar el mar con la flota que estaba bajo su mando, sin que se les hubiera adelantado ningún rumor, llegó a la costa de la Mauritania Sitifense, a la que sus habitantes denominan «Igilgilitana».

Allí, al encontrarse por casualidad con Romano, le habló amistosamente y le envió a que ordenara los puestos de defensa, aunque le increpó también un poco por los hechos que temía.

29.5.6. Una vez que Teodosio partió hacia la Mauritania Cesariense, envió a Gildo, hermano de Firmo, y a Máximo, para que arrestaran a Vicentio, que como colaborador de Romano compartía con éste su violencia y sus robos.

29.5.7. Después, una vez que se reunió con sus soldados, aunque sólo lo consiguió tras largas demoras, porque les había retrasado la inmensidad del mar, marchó raudo a Sítifis y ordenó que Romano fuera adjudicado a su guardia personal, pues de este modo sus miembros podrían custodiarle. Mientras estaba en la ciudad, Teodosio se sentía angustiado por la preocupación y la duda, y reflexionaba acerca de por qué camino o con qué medios podría conducir a través de tierras abrasadas a unos soldados acostumbrados al frío. O bien cómo podría capturar a un enemigo ligero y que atacaba de improviso, porque confiaba más en trampas y en emboscadas que en un combate formal.

---

[36] Domicio Corbulón fue un ilustre general romano que debió suicidarse para que no le ejecutara Nerón. En cuanto a Lusio, tuvo una actuación destacada en las guerras Dacias. Pero tanto uno como otro cayeron debido a la envidia de los emperadores, algo que también le ocurrió a Teodosio.

29.5.8. Cuando Firmo se enteró de esto, primero por un simple rumor y luego por pruebas evidentes, asustado ante la llegada de un general tan ilustre, mediante unos mensajeros, envió una carta en la que suplicaba perdón e indulgencia para sus acciones y decía que no había cometido a sabiendas ninguna acción criminal, sino que, tal como prometía demostrar, su comportamiento era una respuesta a la maldad de Romano, que se había extralimitado.

29.5.9. Al leer esta misiva, Teodosio aceptó los rehenes y prometió conceder la paz. Comenzó, pues, una marcha apresurada hacia el puesto de guardia de Pancharia para pasar revista a las legiones que protegían África, a las que se les había ordenado reunirse en aquel lugar.

Allí, con palabras muy escogidas y prudentes, elevó la moral de todos, después de lo cual volvió a Sítifis, donde unió a los soldados indígenas con los que llevaba él mismo y, no pudiendo soportar más demoras, marchó raudo a la campaña.

29.5.10. Entre otras muchas e ilustres acciones, lo que había hecho que se le apreciara enormemente fue que prohibió que los provinciales entregaran alimentos al ejército, declarando lleno de confianza que las cosechas y los graneros de los enemigos eran la mejor despensa para nuestras valerosas tropas.

29.5.11. Una vez tomadas estas medidas para alegría de los terratenientes, marchó a Tubusuptum, ciudad cercana al monte Ferrato. Pero rechazó una segunda embajada que le había sido enviada por Firmo, porque incumplía la promesa de entregar rehenes.

Desde allí, una vez dispuesto con gran precaución todo lo que permitían el lugar y el momento, se dirigió a marchas forzadas contra los pueblos de los tindenses y de los masinisenses, que contaban tan sólo con armas ligeras y estaban encabezados por Mascizel y Dio, hermanos de Firmo.

29.5.12. Cuando tuvo a la vista a los enemigos, que eran muy rápidos, después de lanzar una lluvia de proyectiles, se

entabló un terrible combate en el que, en medio de los gemidos de los heridos y de los moribundos, se escuchaban los lúgubres lamentos de los bárbaros al ser capturados o caer muertos.

Al terminar la lucha, muchos campos resultaron incendiados y devastados.

29.5.13. Entre estas destrucciones, destacó la de una propiedad llamada Petrense, que quedó completamente derruida y que había sido construida con pretensiones de ciudad por Salmaces, un hermano de Firmo.

El vencedor, muy confiado con este éxito, ocupó con increíble rapidez la ciudad de Lamfoctum, situada entre los pueblos mencionados anteriormente, donde hizo que se almacenara una gran abundancia de alimentos. De este modo si, al proseguir en su avance, se encontraba sin recursos, daría orden para que se le llevara lo que tenía almacenado en este lugar cercano.

29.5.14. Mientras se producen estos hechos, Mascizel, con las fuerzas recuperadas gracias a las tropas de los pueblos vecinos, entabló combate con los nuestros. Pero cuando muchos de los suyos se retiraron, apenas si consiguió él mismo escapar de la muerte con gran dificultad y sólo gracias a la rapidez de su caballo.

29.5.15. Entonces Firmo, agotado ya por las calamidades de estos dos combates y profundamente alterado, no queriendo que se le pasara por alto ningún recurso, envió a los líderes cristianos acompañados por algunos rehenes para que pidieran la paz.

Como éstos fueron bien recibidos y prometieron facilitar las condiciones de vida de los soldados, tal como se les había ordenado, volvieron con una respuesta favorable y con la concesión de la paz.

Entonces el propio moro envió algunos regalos y se presentó lleno de confianza ante el general romano, montando un caballo que respondía bien en situaciones peligrosas.

Pero después de acercarse, asustado ante el brillo de las insignias y el rostro terrible de Teodosio, saltó del caballo y quedó casi postrado en el suelo. Allí mismo, acusándose, se lamentó tristemente de su temeridad y suplicó la paz y el perdón.

29.5.16. Teodosio le recibió con un beso, ya que esto beneficiaba al estado, y entonces el moro, pleno ya de esperanzas, proporcionó alimentos suficientes y se marchó dejando allí en calidad de rehenes a algunas personas queridas, y dispuesto a cumplir su promesa de devolver los cautivos de los que se había apoderado al inicio de las revueltas.

Dos días después, tal como se había establecido, devolvió sin vacilación alguna a la ciudad de Icosio (de cuyos fundadores hemos tratado anteriormente)[37] las insignias militares y la corona sacerdotal, así como el resto de objetos que había tomado de ella.

29.5.17. Después de marcharse de allí a toda velocidad, nuestro general entró en Tipasa y, cuando los mensajeros de los mazicos, que se habían unido a Firmo, le pidieron perdón humildemente, les respondió lleno de orgullo que estaba a punto de atacarles por haberse comportado con deslealtad.

29.5.18. Entonces ellos, paralizados por el temor ante lo que se les venía encima, recibieron la orden de volver a casa, mientras que nuestro general se dispuso a marchar a Cesarea, ciudad opulenta y famosa en el pasado, acerca de cuyo origen hemos tratado al describir África[38]. Al entrar en ella, cuando se dio cuenta de que estaba completamente arrasada por incendios que se extendían por todas partes, y de que las piedras estaban blanquecinas, dispuso que se establecieran allí, por el momento, las legiones primera y segunda, para que retiraran los montones de ceniza y conformaran una guarnición defensiva que impidiera los ataques continuos de los bárbaros.

---

[37] En un libro perdido.

[38] Nueva alusión a un hecho mencionado en un libro perdido de la obra.

29.5.19. Cuando estas noticias fueron difundidas por frecuentes y ciertos rumores, los gobernadores de la provincia y el tribuno Vincentio salieron sin temor de los escondites en los que habían buscado protección y se presentaron raudos ante el general.

Éste, al verlos, les recibió lleno de alegría y al preguntarles con insistencia por el estado de la situación, se enteró de que Firmo, que aparentemente se mostraba asustado y suplicante, en realidad era como una tempestad repentina y que estaba dispuesto a atacar al ejército mientras estaba desprevenido.

29.5.20. Ante esto, dio la vuelta y se dirigió al municipio de Sugabarritano, situado en las laderas del monte Trascelense, donde encontró a la caballería de la cuarta cohorte de los arqueros, que se había pasado al rebelde.

Pero, demostrándoles que se contentaba con un castigo suave, los degradó al rango más bajo del ejército. Además les ordenó que tanto ellos como una parte de la infantería Constanciana marcharan a Tigavias con sus tribunos, uno de los cuales había entregado a Firmo su collar para que se lo colocara sobre su cabeza a modo de diadema.

29.5.21. Mientras sucedía esto, volvieron Gildo y Máximo, que trahían a Belles, uno de los líderes de los mazicos, y a Fericio, prefecto de ese pueblo, que habían colaborado con ese turbador de la tranquilidad pública [...] [39]

29.5.22. Una vez realizado esto según lo establecido, al amanecer, salió él mismo. Y, cuando encontró a los prisioneros rodeados por el ejército, dijo: «Queridos camaradas, ¿qué creéis que debemos hacer con estos malditos traidores?».

Entonces, de acuerdo con los gritos de todos, que pedían un castigo sangriento, ordenó que los que formaban parte de los Constancianos fueran ejecutados por los soldados según

---

[39] Nueva laguna.

la costumbre de la antigüedad. A los líderes de los arqueros les cortó las manos y, al resto los condenó a muerte, siguiendo el ejemplo de Curión[40], aquel severísimo general que, con este tipo de castigo, terminó con las revueltas de los dárdanos, revueltas que renacían en ocasiones semejantes a la hidra de Lerna.

29.5.23. Pero mientras que sus malévolos detractores alabaron este comportamiento en la antigüedad, criticaron el presente como cruel y sanguinario, diciendo que los dárdanos eran unos enemigos peligrosos que habían sido castigados justamente, pero que estos soldados habían cometido un único error y merecían ser castigados con benevolencia.

Tal vez debamos advertirles que no se percataban de que esta cohorte había cometido una acción negativa no ya en sí misma, sino sobre todo como ejemplo para los demás.

29.5.24. En cuanto a los mencionados Beles y Fericio –traídos por Gildo–, y en cuanto a Curandio, tribuno de los escuderos, ordenó que fueran ejecutados, en el caso de este último, porque nunca había querido enfrentarse a los enemigos, ni empujó tampoco a los suyos a la lucha.

Esto lo hizo Teodosio recordando las palabras de Cicerón: «Es mejor una demostración de fuerza a tiempo que una apariencia inútil de clemencia»[41].

29.5.25. Desde allí marchó hacia una propiedad llamada Gaionatis, rodeada por una fuerte muralla que la convertía en un refugio muy seguro para los moros. Gracias a los arietes consiguió entrar, mató a todos los habitantes y, después de destruir las murallas, marchó contra la fortaleza tingitana pasando a través del monte Ancorario. A continuación atacó a los mazicos, que se hallaban todos reunidos y que le respondieron con una lluvia de proyectiles tan densa como una tormenta de granizo.

---

[40] Procónsul de África célebre por su crueldad y severidad.

[41] Cic, *ad Brut.* 1,2,5.

29.5.26. Una vez se enfrentaron los dos bandos, los mazicos, a pesar de ser un pueblo belicoso y cruel, no pudieron sostener el ataque de nuestras tropas, empujadas por sus fuerzas y su armamento. Por ello, tras sufrir numerosas pérdidas, se asustaron, huyeron y murieron todos excepto los que consiguieron escapar, que suplicaron luego humildemente que se les perdonara, tal como aconsejaba la situación.

29.5.27. Suggen, cuando su líder [...][42] había sucedido a Romano recibió la orden de acudir a la Mauritania Sitifense para alertar a las guarniciones defensivas y evitar que la provincia fuera invadida. Mientras tanto él mismo, muy confiado por los éxitos anteriores, se dirige contra el pueblo de los musones, que se habían unido a la empresa de Firmo empujados por su afán de crímenes y de rapiña, ya que esperaban alcanzar pronto grandes logros.

29.5.28. En su avance, junto al municipio de Adda, Teodosio advirtió que muchos pueblos, con diferentes lenguas y culturas pero con un único objetivo, estaban promoviendo crueles guerras animados por una hermana de Firmo llamada Ciria, una joven que, con sus grandes posesiones y con el tesón propio de las mujeres, alentó su ansia de recompensas en un intento de ayudar a su hermano.

29.5.29. Por ello, Teodosio, temiendo verse envuelto en una lucha desigual y previendo que, si se enfrentaba a una gran muchedumbre con unos pocos hombres –ya que contaba tan sólo con tres mil quinientos– los perdería a todos, después de vacilar entre la vergüenza de la retirada y su ansia de lucha, retrocedió al fin y se marchó perseguido por un gran número de enemigos.

29.5.30. Los bárbaros, envanecidos y llenos de confianza ante este éxito, siguieron con gran tenacidad [...][43] se vio,

[42] Hay aquí una laguna.
[43] Hay aquí una laguna.

pues, obligado a luchar, y habrían muerto tanto él como todos los suyos, de no ser porque los enemigos, que estaban muy confusos al ver las tropas de los mazicos precedidas por algunos romanos, creyeron que estaban siendo atacados por un ejército muy numeroso, creencia que les hizo volverse y abrir así a los nuestros posibilidades de salida antes impensables.

29.5.31. Desde allí Teodosio, conduciendo a sus soldados sanos y salvos, llegó a un lugar llamado Mazucano, quemó vivos a unos pocos desertores y mutiló a los demás, tal como había hecho con los arqueros a los que había cortado las manos[44]. Después, en el mes de febrero, llegó a Tipasa.

29.5.32. Allí se detuvo durante mucho tiempo y, de acuerdo con las circunstancias, al igual que aquel «Cunctator» de la antigüedad[45], se planteó si, gracias a la prudencia y a la reflexión y no tanto mediante peligrosos combates, podría derrotar a un enemigo belicoso y que se había mostrado siempre muy hábil en el lanzamiento de proyectiles.

29.5.33. Además, con gran frecuencia, enviaba mensajeros escogidos por su experiencia en el arte de la persuasión para que acudieran ante los pueblos vecinos –los baiuras, cantaurianos, avastomates, cafaves, bávaros y otros–, animándoles para que se unieran a él ya mediante el miedo, ya mediante una recompensa o, en ocasiones, prometiéndoles que perdonaría su arrogancia [...],[46] dispuesto así a vencer con engaños y dilaciones a un enemigo que superaba todos sus ataques, tal como hizo en el pasado Pompeyo con Mitrídates.

29.5.34. Por ello Firmo, evitando una derrota previsible, a pesar de que contaba con importantes defensas, abandonó ese

---

[44] Cfr. 29,5,22.

[45] *Cunctator* significa «vacilante». Se refiere a Q. Fabio Máximo, que recibió este sobrenombre por su comportamiento prudente en demasía.

[46] Nueva laguna.

ejército que había conseguido mediante fuertes sumas y, cuando la noche le ofreció una oportunidad para ocultarse, se adentró en los montes Caprarienses, que estaban muy alejados de allí y eran inaccesibles debido a la existencia de unos cortados muy abruptos.

29.5.35. Ante su desaparición, el ejército, sin mando ya, se dispersó por todas partes y ofreció a los nuestros la oportunidad de invadir su campamento. Una vez saqueado éste y, o bien asesinados los que ofrecieron resistencia, o bien recibidos tras su retirada, nuestro prudentísimo general devastó la mayor parte de estas regiones y puso a prefectos de lealtad probada al frente de los pueblos que estaba atravesando.

29.5.36. El traidor, asustado al ver que tenía muy pocas posibilidades de éxito, acompañado por unos pocos esclavos, se marchó rápidamente dispuesto a salvar su vida.

Y para no verse obstaculizado por impedimento alguno, tiró algunos paquetes donde llevaba artículos valiosos y, en cuanto a su esposa, agotada ya por el continuo esfuerzo, y por los dudosos [...][47].

29.5.37. Teodosio, sin apiadarse de ninguno de los que le seguían, después de que los soldados se repusieran con una buena comida y con una recompensa económica, derrotó en un combate ligero a los caprarienses y a sus vecinos los abanos, y se apresuró a marchar a la villa de Audia.

Pero, entonces, fue informado por veraces mensajeros de que los bárbaros habían ocupado ya las colinas que se extendían en todas direcciones por zonas tan elevadas y rocosas que no podían ser holladas por nadie excepto por los naturales del lugar que los conocían bien. Así, al retirarse, ofreció a los enemigos una oportunidad para que, durante una tregua,

---

[47] Nueva laguna de cuatro líneas en la que, sin duda, Amiano relata cómo murió su esposa.

por breve que fuera, recibieran la ayuda de las sólidas fuerzas de defensa de los etíopes, que se encontraban cerca de allí.

29.5.38. Éstos, una vez reagrupadas sus tropas, lanzaron gritos amenazadores y se precipitaron a la lucha sin preocuparse por su vida, obligando a retirarse a Teodosio, que estaba aterrado ante la terrible apariencia de tropas interminables. Sin embargo, recuperó el valor en breve y regresó con gran cantidad de provisiones. Reagrupó a los suyos y, después de hacerles colocar el escudo en posición amenazadora, les empujó a enfrentarse al enemigo.

29.5.39. Entonces, aunque las tropas rivales le amenazaban llenas de furia y producían un sonido estruendoso con sus trompetas bárbaras y con los golpes de sus escudos en las rodillas, sin embargo, como un luchador cauto y prudente, desconfiado por su escaso número de soldados, avanzó con gran audacia en formación cuadrada[48].

Se dirigió, pues, intrépido a una ciudad llamada Conta, donde Firmo había encerrado a nuestros cautivos en una fortaleza impenetrable y elevada. Teodosio, una vez recuperados todos, lanzó su cólera acostumbrada contra los traidores y los sirvientes del citado Firmo.

29.5.40. Mientras, con la ayuda de la divinidad, obtenía estos grandes éxitos, un explorador fiable le informó de que Firmo había huido y se había refugiado con los isaflenses. Entonces, Teodosio se dirigió allí para capturarle tanto a él como a su hermano Mazuca y a sus seres queridos. Pero, como no pudo lograrlo, declaró la guerra a este pueblo.

29.5.41. Una vez iniciado el feroz combate, los bárbaros desataron contra él una furia sobrehumana. Entonces Teodo-

---

[48] Es una formación de ataque, en la que los soldados avanzan formando un cuadrado con los bagajes en el centro.

sio colocó sus tropas en formación circular, de manera que los isaflenses se inclinaron ante la fuerza de esos soldados y cayeron muchos.

En cuanto a Firmo, después de demostrar toda su bravura y de luchar sin temor alguno, escapó en un caballo acostumbrado a galopar por piedras y rocas, aunque su hermano Mazuca fue herido de muerte y capturado.

29.5.42. Teodosio dispuso entonces que se condujera a Mazuca a Cesarea, donde había dejado terribles muestras de las acciones más crueles. Pero, al empeorar el estado de su herida, Mazuca murió. Con todo, su cabeza fue arrancada y, con el resto del cuerpo intacto, fue conducido a la ciudad mencionada en medio del júbilo desbordante de los que lo observaban.

29.5.43. Después de eso, este noble general derrotó y afligió con muchas calamidades al pueblo de los isaflenses, tal como reclamaba la justicia. Allí condenó a morir abrasados a un poderoso ciudadano llamado Evasio, a su hijo Floro y a algunos otros que habían confesado abiertamente que, en intrigas secretas, habían colaborado con ese turbador de la paz.

29.5.44. A continuación, prosiguió su avance y atacó con gran ímpetu a la tribu de los iubalenos, pueblo del que, según había oído, era originario Nubel, el padre de Firmo. Pero tuvo que defenderse debido a la altura de las cumbres y a lo sinuoso de los estrechos. Y aunque llegó a realizar el ataque y, después de matar a muchos, consiguió abrirse camino, sin embargo, como sabía que las cimas de los montes eran muy apropiadas para tender emboscadas, volvió a la fortaleza de Audia con todos sus hombres ilesos. Aquí, el fiero pueblo de los iesalentes se le entregó voluntariamente, prometiendo que le proporcionarían tropas y provisiones.

29.5.45. Exultante con estos éxitos y con otros similares, este brillantísimo general siguió buscando con todas sus fuerzas al propio turbador de la paz. Teodosio, tras detenerse du-

rante bastante tiempo junto a una fortaleza llamada Mediano, pensaba que podría capturarle si encontraba un buen plan.

29.5.46. Mientras se planteaba cuidadosamente cómo lo conseguiría, advirtió que el enemigo había vuelto de nuevo junto a los isaflenses. Entonces, sin detenerse como había hecho antes, los atacó haciendo avanzar a sus tropas. Su rey Igmazen, respetado en aquellas regiones y con grandes recursos, les salió al paso lleno de confianza y les dijo: «¿Cuál es tu posición? Responde. ¿Qué has venido a hacer aquí?». Entonces Teodosio, lanzándole una mirada dura y resuelta, le dijo: «Soy el general de Valentiniano, señor del mundo, y he sido enviado para acabar con un funesto ladrón. Así pues, si no me lo entregáis en seguida, tal como ha ordenado mi invicto emperador, desapareceréis tú y todo tu pueblo».

Al oír esto Igmazen, después de lanzar muchos insultos contra Teodosio, se marchó lleno de ira y de dolor.

29.5.47. Al día siguiente, tan pronto como amaneció, ambos ejércitos, lanzándose duras amenazas, se abalanzaron uno contra otro. Casi veinte mil bárbaros estaban en primera línea y, tras ellos, se ocultaban tropas auxiliares dispuestas a cerrar el paso a los nuestros cuando aparecieran de forma inesperada. A estos se añadían además numerosos hombres de los iesalenses que, como hemos indicado, habían prometido a los nuestros ayuda y provisiones.

29.5.48. En cuanto a los romanos, aunque muy inferiores en número, sin embargo, exultantes por su espíritu valeroso y sus victorias anteriores, apiñados y formando una tortuga con sus escudos en compacta disposición, se mantuvieron firmes, de manera que la lucha prosiguió desde el amanecer hasta el final del día.

Poco antes del atardecer apareció Firmo montado en un caballo enorme, con su vestidura púrpura al viento, gritando a los soldados con grandes voces que, si querían librarse de los peligros a los que se veían expuestos, debían abandonar a tiempo a Teodosio, diciéndoles que era una persona sanguinaria, cruel y duro amante de las torturas.

29.5.49. Estos gritos inesperados empujaron a algunos a luchar con más furia aún, pero a otros les hicieron abandonar la lucha. Así pues, cuando llegaron las primeras horas de la noche y los contendientes se vieron cubiertos por el horror de las tinieblas, el general volvió a la fortaleza de Duodia y, al ver a los soldados que se habían retirado de la batalla ante el temor y las palabras de Firmo, los castigó de diferentes formas: a unos les cortó las manos y a otros los quemó vivos.

29.5.50. Mantuvo a la guardia despierta y atenta, con lo cual desbarató algunos intentos de los bárbaros, que osaron atacar su campamento creyendo que no podían ser vistos por no haber luz de luna. E, incluso, apresó a los que se aventuraron con más audacia.

A continuación, partiendo a toda marcha y a través de senderos secundarios, atacó a los iesalenses por su escasa lealtad, desde el lugar que menos podían sospechar y devastó completamente su territorio. Luego, pasando por las ciudades de la Mauritania Cesariense, volvió a Sítifis, donde torturó y quemó vivos a Cástor y a Martiniano, que habían colaborado en los robos y en los crímenes de Romano.

29.5.51. Después de esto, se reanudó la guerra con los Isaflenses. En el primer choque fueron rechazados y murieron muchos bárbaros. Su rey Igmazen, acostumbrado a vencer, dubitativo entonces por el temor a los peligros en los que se veía envuelto, creyó que, si persistía en su obstinación y en sus alianzas ilegales, no le quedaba ya ninguna esperanza de vida, ante lo cual abandonó él solo la escena del combate con tanta cautela y secreto como le fue posible.

Al llegar ante Teodosio, le pidió en tono suplicante que ordenara que Masilla, un noble de los mazicos, se presentara ante él.

29.5.52. Cuando, después de conversaciones secretas, Masilla le fue enviado a Teodosio, tal como Igmazen había suplicado, Teodosio le pidió a este general de carácter tenaz que amenazara duramente a sus conciudadanos y que les asustara con nu-

merosas luchas en el futuro, pues así podría conseguir lo que deseaba. Y es que su pueblo estaba dispuesto a favorecer al traidor, pero se sentían agotados por las continuas pérdidas.

29.5.53. Teodosio cumplió estas amenazas y, mediante luchas continuas, agotó hasta tal punto a los isaflenses que, mientras ellos caían como chivos expiatorios, Firmo pudo escapar sin ser visto y se escondió en lugares ocultos durante mucho tiempo. Allí, mientras deliberaba acerca de las posibilidades de fuga, fue apresado y retenido por Igmazen.

29.5.54. Y como, a través de Masilla, había conocido todo lo que se había tramado en secreto, al considerar que, en esta difícil situación, le quedaba tan sólo una salida, decidió suicidarse y terminar así con sus ganas de vivir.

Por ello, después de ofrecerles a propósito una gran cantidad de vino, en la mitad de la noche, mientras los guardias yacían sumidos en un profundo sueño, él se mantuvo en vela asustado ante su inminente final. Abandonó, pues, el lecho en silencio y se alejó a gatas, hasta que encontró una cuerda que había preparado con la intención de ahorcarse. La colgó de un clavo que estaba en el techo, se la puso alrededor del cuello y murió, librándose así de la tortura de otro tipo de muerte.

29.5.55. Igmazen se sintió muy dolido y lamentó que se le hubiese escapado de las manos la gloria, ya que no había logrado llevar con vida a ese traidor hasta el campamento romano. Así, contando con la promesa de Masilla, colocó el cadáver sobre un camello y, al llegar al campamento del ejército, que estaba situado junto a la fortaleza de Subicara, pasó el cadáver a un animal de carga y lo presentó ante el exultante Teodosio.

29.5.56. Éste, una vez reunidos el ejército y la población civil, les preguntó si reconocían el rostro del cadáver y cuando supo sin ningún género de duda que se trataba de Firmo, permaneció allí algunos días y volvió a Sítifis como un general triunfante, siendo recibido con gritos de apoyo y de júbilo por gentes de todo rango y edad.

29.6. Los cuados, doloridos por la muerte criminal de su rey Gabinio, se alían con los sármatas y devastan con sus armas y con fuego Panonia y Valeria, destruyendo casi por completo dos legiones. Y acerca de la prefectura urbana de Claudio

29.6.1. Mientras el general antes citado se afana en las tareas de la guerra a través de Mauritania y de África, el pueblo de los cuados, que había permanecido tranquilo durante mucho tiempo, se agitó de repente. En ese momento no eran muy temidos, pero habían sido un pueblo belicoso y con mucho poder como demuestran sus rápidos ascensos y caídas del pasado, el que Aquileia fue asediada por ellos y por los marcomanos, la destrucción de Opitergio, así como muchas acciones sanguinarias culminadas en campañas muy rápidas. Por ello, cuando atravesaron los Alpes Julios, el emperador Marco Pío[49], de quien hemos tratado anteriormente[50], apenas pudo resistir.

Y lo cierto es que, por bárbaros que fueran, tenían un motivo de queja.

29.6.2. Y es que Valentiniano, que desde el inicio de su principado había mostrado un gran afán por fortificar las fronteras –afán ciertamente excesivo–, ordenó que se levantara un campamento defensivo al otro lado del río Íster[51], en el interior del territorio de los cuados, como si estos formaran parte ya del suelo romano.

Sus habitantes no querían permitirlo e, intentando proteger sus intereses, dilataban la situación mediante una embajada y murmullos continuos.

29.6.3. Pero Maximino[52], ávido de todo tipo de crímenes, no pudiendo mitigar su orgullo congénito, que estaba crecido

---

[49] Marco Aurelio.

[50] En uno de los libros perdidos.

[51] El Danubio.

[52] Cfr. 28,5 y ss.

además por haber alcanzado la prefectura, increpó a Equicio, que en aquella época era comandante de caballería en el Ilírico, llamándole desidioso por no haber hecho lo que se le había encomendado que realizara con premura. Y, como si se estuviera ocupando del interés general, añadió que, si se le encomendara a su hijito Marceliano el cargo de general en Valeria, la fortificación hubiera estado lista sin demora alguna.

29.6.4. Ambos objetivos se consiguieron pronto. Cuando el recién elegido general se puso en marcha y llegó al lugar, lleno de arrogancia a destiempo, como era natural siendo hijo de quien era, sin que ninguna palabra calmara a aquellos a los que los sueños de un deseo nunca alcanzado les estaba sacando de sus tierras, se dispuso a realizar la acción ya iniciada, aunque se detuvo porque se les dio oportunidad de protestar.

29.6.5. Después, cuando el rey Gabinio pidió humildemente que no se intentara nada nuevo, simuló humanidad y, como si fuera a mostrarse de acuerdo, le invitó a que acudiera a un banquete junto a otras personas.

Pero cuando Gabinio salía del banquete, Marceliano hizo que le mataran, violando de forma criminal el deber sagrado de la hospitalidad.

29.6.6. Cuando el rumor de esta acción tan atroz se difundió por diversas regiones, hizo que se rebelaran los cuados y los pueblos cercanos. Éstos, llorando la muerte de su rey, reunieron y enviaron tropas de ataque que, después de atravesar el Danubio, atacaron a la gente que estaba ocupada en las tareas de la cosecha, ya que no esperaban ninguna hostilidad. Y una vez que mataron a la mayor parte, al resto se los llevaron prisioneros hasta su tierra, así como a una gran cantidad de ganado.

29.6.7. Y, de hecho, pudo producirse entonces un crimen inexpiable, que merecería ser contado entre las peores calamidades del pueblo romano. Y es que faltó poco para que se apoderaran de la hija de Constancio, que estaba comiendo en una villa pública llamada Pristense, cuando era conducida a

su boda con Graciano. Menos mal que, gracias a la ayuda de la divinidad, estaba presente Mesala, el gobernador de la provincia, quien la ocultó en un carruaje oficial y la condujo a toda velocidad hasta Sirmio, situada a veintiséis millas de allí.

29.6.8. Una vez que la princesa se libró de una miserable esclavitud, de la que no hubiera podido ser salvada y que hubiera producido grandes calamidades en el estado, los cuados, moviéndose libremente en compañía de los persas, y siendo pueblos ávidos de robos y de rapiñas, se llevaron prisioneros a hombres, mujeres y animales, y disfrutaron viendo las cenizas de las villas y los sufrimientos de los que las habitaban, a los que mataron por sorpresa sin dudarlo siquiera.

29.6.9. De este modo, cuando el temor de que se produjeran calamidades similares se extendió por las tierras cercanas, Probo, que entonces era el prefecto del pretorio en Sirmio y no estaba acostumbrado a los horrores de la guerra, se sintió profundamente conmovido y, sin poder mirar apenas lo que estaba sucediendo, vacilaba acerca de la decisión a tomar.

Pero, después de preparar unos caballos veloces y de planear fugarse durante la noche siguiente, adoptó una determinación más segura y decidió permanecer allí.

29.6.10. Lo cierto es que Probo se dio cuenta de que todos los que estaban dentro de las murallas le seguirían rápidamente para ocultarse en escondites apropiados. Pero si esto sucedía, la ciudad quedaría sin defensas y caería en manos de los enemigos.

29.6.11. Así pues, permaneció tranquilo durante algún tiempo, esforzándose con todo empeño por adoptar la medidas que más urgían. Por ejemplo, llevado por un afán edificador, limpió los fosos que estaban llenos de basura y preparó la mayor parte de las murallas, incluyendo la protección de las altas torres, que estaban descuidadas y medio destruidas después de una larga época de paz.

Esta tarea no les costó demasiado porque encontraron gran cantidad de material, que estaba amontonado desde hacía mucho tiempo para edificar un teatro, y que bastaba para construir con gran rapidez lo que él pretendía.

A este excelente plan, añadió otra buena idea: hacer venir a una cohorte de arqueros desde el puesto defensivo más cercano, en aras a que colaborara con ellos durante el asedio si es que se producía.

29.6.12. Ante estos obstáculos, los bárbaros renunciaron al ataque de la ciudad y, como no tenían mucha experiencia en este tipo de tretas bélicas, y no podían moverse bien debido al peso excesivo del botín que portaban, volvieron a buscar a Equicio.

Cuando, por boca de los prisioneros, supieron que Equicio se había recluido en la alejada región de Valeria, se dirigieron allí con la mayor velocidad posible, haciendo rechinar sus dientes por el ansia de matarle. No en vano creían que, por culpa de Equicio, se había visto acosado su rey, aunque era inocente.

29.6.13. Conocidos estos hechos, rápidamente fueron enviadas a la lucha dos legiones muy válidas, la Panónica y la Moesiaca, con la finalidad de que se opusieran a ellos.

Y lo cierto es que, si hubieran actuado unidas, hubieran resultado vencedoras. Pero mientras intentaban atacar por separado a los enemigos, surgieron dificultades entre ellos, ya que discutían y rivalizaban por los honores y las dignidades.

29.6.14. Al darse cuenta de esto los sármatas, que son muy astutos, sin esperar la señal usual de luchar, atacaron primero a la Moesiaca y, mientras los soldados no podían aún disponer de sus armas debido a la confusión, mataron a un gran número de ellos, con lo cual, más confiados ya, rompieron con su ataque la formación de la legión Panónica.

Una vez desordenadas todas las líneas, con sus continuos ataques hubieran destruido prácticamente a todas las tropas, de no ser porque algunos consiguieron escapar de la muerte gracias a la rapidez de su huida.

29.6.15. Mientras se producían estas calamidades provocadas por la adversidad de la fortuna, el general de Moesia, el joven Teodosio, al que apenas le acababa de salir la barba –aunque con posterioridad fue un emperador glorioso–[53], hizo retirarse en varias ocasiones y derrotó a los sármatas libres –que recibían este nombre para diferenciarlos de sus rebeldes siervos–[54], pueblo que, desde el otro lado, estaba invadiendo nuestro territorio.

Pero, después de infligirles derrotas continuas, a pesar de que resistían y atacaban en bandadas con gran valor, les acosó de tal modo que llegó a saciar a las aves y a las fieras con un auténtico banquete de cadáveres.

29.6.16. Entonces los demás, con menos ínfulas, por temor a que el citado general, con el valor que había demostrado ya la primera vez que entraba en su territorio, matara y pusiera en fuga a los invasores, o bien por temor a que dispusiera emboscadas en zonas ocultas de los bosques, intentaron en vano romper sus líneas en varias ocasiones. Pero, como no tenían ya ninguna esperanza en la lucha, pidieron benevolencia y perdón por lo sucedido.

De este modo, vencidos por las circunstancias, no hicieron nada que infringiera el tratado de paz, muy asustados ante la poderosa tropa de soldados gálicos que había llegado para proteger el Ilírico.

29.6.17. Mientras estos hechos y otros similares dan lugar a una situación tan turbulenta, siendo Claudio gobernador de la Ciudad Eterna[55], el río Tíber, que atraviesa esta ciudad y que cuenta con muchas cloacas y corrientes hasta desembocar en el mar Tirreno, estaba muy crecido debido a las abundantes lluvias y parecía más que un río, llegando a anegarlo casi todo.

---

[53] Del 379 al 395.

[54] Se refiere Amiano a los limigantes, a los que ha mencionado también en 17,13,1; 19,11,1.

[55] En el 374.

29.6.18. Pero si todas las restantes zonas de la ciudad, que se extiende por una suave planicie, estaban llenas de lodo, sólo las colinas y los edificios más altos[56] se veían libres de este peligro. Por ello, para evitar que muchas personas murieran de hambre, ya que la altura de las aguas hacía imposible moverse por la ciudad, se transportaba una gran cantidad de alimentos en barcas y escofas.

Pero, cuando mejoró el tiempo y el río que antes había roto sus diques volvió a su curso habitual, no habiendo ya ningún motivo de temor, volvió la calma.

29.6.19. El citado prefecto tuvo, pues, un mandato tranquilo, no permitiendo que nadie se rebelara ni sobrepasara los límites de una protesta justa, y restaurando muchas construcciones antiguas. Por ejemplo, levantó un enorme pórtico junto a los Baños de Agripa, y lo denominó «Del Buen Resultado», porque allí cerca había un templo dedicado a esta divinidad[57].

[56] Las *insulae* o edificios donde vivía apiñada la plebe.
[57] Cfr. Varro, *Rust.* 1,1,6; Cato, *Agr.* 141,3.

LIBRO 30

30.1. Papa, rey de los armenios, es convocado por Valente con la excusa de que iba a ser agasajado, pero en realidad es hecho prisionero en Tarso. Escapa con trescientos de sus hombres, y logra pasar inadvertido ante los que le aguardaban en el camino, gracias a lo cual llega a su reino montado a caballo. Sin embargo, no mucho después, es asesinado por el general Trajano en un banquete.

30.1.1. Mientras se producen estas dificultades y estos tumultos provocados por la maldad del general que asesinó de forma criminal al rey de los cuados –crimen horrible cometido en Oriente– también Papa, rey de los armenios, perdió la vida por unas intrigas secretas.

De este plan, ideado con un impío objetivo, sabemos que la causa primera fue la siguiente.

30.1.2. Algunos hombres astutos, que se habían enriquecido en varias ocasiones con las desgracias de los demás, con mala intención, exageraban ante Valente sus acusaciones contra este rey, que estaba entonces ya en plena madurez.

Entre ellos podemos citar a Terencio, un general que solía caminar siempre cabizbajo y entristecido, pero que, mientras vivió, fue un tenaz instigador de disputas.

30.1.3. Pues bien, Terencio se asoció con algunos gentiles, que estaban asustados por sus malas acciones y, enviando numerosas cartas a la corte, recordaba la muerte de Cilaces y de Arrabanes [1], añadiendo que el joven rey [2] estaba dando muestras de una gran soberbia y trataba a sus súbditos con excesiva crueldad.

30.1.4. Por ello, con la excusa de que iba a participar en unas conversaciones acerca de las medidas a tomar para solucionar la situación, el citado Papa fue convocado como corresponde a un rey.

Pero, aparentando que estaban agasajándole, en realidad le apresaron en Tarso. Y como Papa no conseguía ser recibido por el emperador, ni conocer –ya que todos mantenían silencio– la causa por la que le habían hecho venir con tanta urgencia, al final, por una información secreta, descubrió que Terencio, por carta, estaba persuadiendo al líder romano para que enviara enseguida otro rey a Armenia. El objetivo era evitar que este pueblo, favorable en principio a nuestros intereses, llevado por sus sentimientos hacia Papa y por la esperanza de que volviera, se pasara al bando de los persas, que estaban deseando ganárselos ya por la fuerza, por miedo o mediante halagos.

30.1.5. Papa, al advertir esto, se dio cuenta de que le amenazaba un serio peligro. Y, como ya conocía el plan, y no tenía otra posibilidad de salvar su vida que mediante una rápida huida, atendiendo el consejo de personas de su confianza, rodeado por trescientos de sus hombres, que le habían seguido desde su patria, al atardecer, se lanzó intrépido en cerrada formación con unos caballos rapidísimos, siendo guiado en esta empresa más por su audacia que por la razón.

30.1.6. Cuando el gobernador de la provincia fue avisado por el vigilante que custodiaba la puerta, le salió rápidamente al

---

[1] Cfr. 27,12,14.

[2] Es decir, Papa.

paso en los alrededores de la ciudad y le suplicó una y otra vez que se quedara allí. Pero, como no lo consiguió, por temor a la muerte, se dio la vuelta.

30.1.7. Poco después, cuando una legión casi le había dado alcance, él mismo se dio la vuelta y se lanzó contra ellos disparando una lluvia de flechas y siendo seguido por los más dispuestos de los suyos. Pero erró en los disparos a propósito, pues así les forzó a la fuga, de manera que todos los soldados, junto con su tribuno, volvieron aterrados al interior de las murallas con más fogosidad que la que habían demostrado en la persecución.

30.1.8. Entonces, libre ya de todo temor, después de soportar durante dos días y dos noches los grandes esfuerzos de la marcha, llegó hasta el río Éufrates pero, debido a la falta de naves, no pudo atravesar su curso, lleno de remolinos.

Además, muchos de sus hombres, que no sabían nadar, estaban aterrados, siendo el propio rey el más receloso de todos.

Y lo cierto es que se hubiera quedado allí de no ser porque, entre las distintas opiniones que le ofrecieron, pudo encontrar una solución que le pareció buena dado lo peligroso de la situación.

30.1.9. Tomaron las camas que encontraron en las villas y colocaron cada una de ellas sobre dos odres de los que abundan en los viñedos. Sobre estos artilugios se colocaron tanto los generales como el propio príncipe, que llevaba consigo a sus animales. Después de evitar el oleaje ladeando sus «barcas», finalmente llegaron a la otra orilla, no sin antes haber arrostrado grandes peligros.

30.1.10. Todos los demás, montados en caballos que sí podían atravesar el río, aunque con frecuencia se vieron sumergidos y zarandeados por la corriente, debilitados por la humedad y por el peligro, son arrojados a la orilla opuesta, donde se recuperaron durante algún tiempo y avanzaron ya con más rapidez que en los días anteriores.

30.1.11. Cuando esto se supo, el emperador se alteró mucho ante la fuga de Papa, pues creía que éste, después de haber sido apresado, no cumpliría el pacto. Por ello, envía al general Danielo y a Barzimeres, tribuno de los escuderos, acompañados por mil escuderos tanto con armadura como de infantería ligera, para que trajeran de vuelta a Papa.

30.1.12. Éstos, confiados en su conocimiento del lugar, como el rey –por ser extranjero e inexperto– estaba dando grandes rodeos en su marcha apresurada, le alcanzaron por atajos a través de los valles y, repartiéndose las tropas, le cerraron las dos vías posibles de escape, que estaban separadas por una distancia de tres millas. De este modo, cuando se dispusiera a pasar por cualquiera de ellas, sería capturado por sorpresa.

Pero su plan fracasó debido a lo siguiente.

30.1.13. Cierto caminante que marchaba presuroso por el otro lado del río, cuando vio la colina cubierta por soldados armados, para evitarlos, quiso atravesar por un camino situado entre los dos mencionados, que estaba semioculto por frutales y arbustos. Entonces se topó con los agotados armenios y, al ser conducido ante su rey, en una conversación secreta y a solas, le contó lo que había visto, siendo apresado sin sufrir daño alguno.

30.1.14. Entonces Papa, disimulando su miedo, envía en secreto hacia la derecha a un jinete para que preparara alojamiento y víveres. Pero cuando éste avanzó un tanto, ordenó a otro que acudiera rápidamente hacia la izquierda y que hiciera lo mismo que el anterior, aunque sin que supiera que ya había sido enviado otro.

30.1.15. Tomadas estas disposiciones, el propio rey, acompañado por los suyos, fue conducido de vuelta por el caminante, que les llevó por el mismo sendero que él había seguido antes, es decir, por un estrecho paso por donde apenas podía avanzar un animal cargado. De este modo, Papa dejó atrás a los soldados y desapareció.

Por su parte, los soldados capturaron a los mensajeros que había enviado el rey para engañar a los que le esperaban, que estaban apostados con los brazos abiertos como si fueran a hacerse con un botín.

Pero, mientras ellos aguardaban la venida del rey, éste estaba ya a salvo en su reino donde, después de ser recibido con gran júbilo por su pueblo, permaneció tranquilo y en paz, reconsiderando las ofensas que había soportado.

30.1.16. Cuando Danielo y Barzimeres regresaron burlados, tuvieron que soportar insultos injuriosos que les llamaban indolentes e ineficaces, comparándoles con serpientes venenosas debilitadas ya en su primer ataque. Entonces ellos afilaron sus armas letales, dispuestos a perjudicar, tan pronto como pudieran y en la medida de sus posibilidades, al que les había engañado.

30.1.17. Además, para suavizar la culpa o el engaño que les había infligido una inteligencia superior, acusaban a Papa con mentiras dirigidas a los oídos del emperador, siempre ávidos de todo tipo de rumores, y le decían que Papa era un experto extraordinario en encantamientos circeos para cambiar y debilitar los cuerpos. Y añadían que, con este tipo de artimañas, se había creado una niebla a su alrededor y así, cambiando su aspecto y el de los suyos, había podido escapar. Incluso le aseguraban que Papa les causaría serias desgracias si lograba sobrevivir a este engaño.

30.1.18. No es extraño pues que, desde ese momento, aumentara aún más el odio recalcitrante del emperador hacia Papa, y que maquinaran numerosas trampas para quitarle la vida, ya fuera por la violencia o en secreto.

Esta tarea se la encomendó mediante un escrito confidencial a Trajano[3], que se encontraba entonces en Armenia y que estaba al mando de los asuntos militares.

---

[3] Cfr. 29,1,2.

30.1.19. Trajano intentó engañar al rey con malvadas tretas y así, a veces le mostraba cartas de Valente en las que éste aparecía con un carácter tranquilo. Otras veces, se introducía en sus banquetes. Al fin, mediante una trampa, le invitó ceremoniosamente a una celebración. Papa, que no tenía ningún temor, acudió y se colocó en el lugar de honor que se le había atribuido.

30.1.20. Pero una vez que se sirvieron exquisitos manjares, cuando los amplios salones resonaban con el sonido de las canciones y de los instrumentos de cuerdas y de viento, el anfitrión, que había abusado del vino, salió con la excusa de cierta urgencia natural. Entró entonces un rudo bárbaro con su espada desenvainada, que atemorizó a todos con su fiera mirada. Era uno de ésos a los que llaman «escurras» [4], y su intención era matar al joven, que no tenía ya escapatoria alguna.

30.1.21. Al verle el rey cuando, por casualidad, se levantó del lecho, sacó una daga e intentó defender su vida como pudo, pero cayó con el rostro desfigurado y con el pecho atravesado, semejante a la víctima propiciatoria que cae después de recibir múltiples golpes.

30.1.22. Con esta trampa, la legalidad fue traicionada de forma nefasta porque, en un banquete celebrado en el Ponto Euxino, banquete que debía ser sagrado, ante la mirada de la divinidad de la hospitalidad, la sangre de un extranjero fue derramada sobre un rico mantel. Y la gravedad del hecho fue de tal magnitud que sació a los invitados, quienes se marcharon llenos de horror.

Por eso, si los muertos pueden experimentar algún dolor, que el famoso Fabricio Luscino gima ante la arrogancia de este hecho, sabiendo con qué grandeza de ánimo rechazó él lo que le habían prometido en secreto Demochares o, según es-

[4] Guardianes.

criben algunos, también Nicias el servidor real[5]. Y es que iba a echar veneno en la copa del rey Pirro y a matarle, porque estaba devastando Italia con las guerras más crueles. Pero Fabricio escribió al rey para que no aceptara nada de su servidor.

En aquella justicia de la antigüedad, incluso el disfrutar de la mesa de un enemigo tenía carácter sagrado.

30.1.23. Algunos intentaban excusar esta acción inusitada y vergonzosa con la muerte de Sertorio[6], pero tal vez estos aduladores ignoraban lo que dice Demóstenes –de quien se enorgullecerá eternamente Grecia–, pues, para él, ningún crimen que se haya cometido contra la ley puede justificarse a partir de otro similar, por mucho que éste no haya sido castigado[7].

30.2. Las embajadas del Augusto Valente y de Sapor, rey de Persia, disputan acerca de los reinos de Armenia y de Hiberia

30.2.1. Éstos son los hechos notables que sucedieron en Armenia. Pero Sapor, después del desastre sufrido por los suyos, al enterarse de la muerte de Papa, a quien estaba intentando atraer a su causa, veía lleno de tristeza cómo aumentaba su temor al comprobar la fortaleza de nuestro ejército, y preveía que le tocaba sufrir aún más.

30.2.2. Envió entonces[8] a Arraces como legado ante el emperador para que le persuadiera de que abandonara totalmente Armenia, tierra que sería para él una fuente eterna de desgracias. Pretendía también que, si no estaba de acuerdo en ello, se retirara la división de Hiberia[9], de manera que, una

---

[5] Cfr. Gell, 3,8; Cic, *Off.* 3,22,86.

[6] Que también fue víctima de una trampa en un banquete. Cfr. Plut, *Sert.* 26; Flor, 2,10,9; Vell, 2,30,1.

[7] Cfr. *Androt.* 7.

[8] En el transcurso del invierno del 377 al 378.

[9] Cfr. 27,12,16 y ss.

vez alejadas las guarniciones romanas, pudiera reinar solo Aspacures, a quien él había puesto al frente de ese pueblo.

30.2.3. Ante esto, Valente le replicó que no sólo podría incumplir lo pactado de común acuerdo, sino que defendería su posición con todas sus fuerzas.

Estas nobles razones se toparon con la respuesta negativa del rey, que fue enviada cuando ya casi terminaba el invierno en una carta de tono orgulloso y excusatorio, en la que afirmaba que las semillas de la discordia no podían desaparecer completamente, a no ser que estuvieran presentes las personas que habían asistido a la firma del tratado con Joviano, aunque sabía que algunos habían muerto ya.

30.1.4. Como la preocupación iba en aumento, el emperador, que más que encontrar una solución simplemente podía elegir entre ellas, creyó que sería bueno ordenar que Víctor, comandante de la caballería, y que Urbicio, general de Mesopotamia, acudieran rápidamente ante los persas y llevaran el siguiente ultimátum: que era criminal que un rey justo que se contentaba con lo suyo, según pregonaba, anhelara apoderarse de Armenia, cuando antes había permitido a sus habitantes que vivieran como quisieran.

Y si la guardia de soldados atribuida a Sauromaces [10] no le era devuelta al inicio del año siguiente, tal como se había establecido, Sapor tendría que hacer a la fuerza aquello que había eludido hacer por propia voluntad.

30.2.5. Esta embajada habría actuado de forma justa y leal si no hubiera cometido un error: que aceptó unas pequeñas regiones que se le ofrecieron y que estaban situadas en la propia Armenia.

A su regreso, se presenta el Surena, el segundo en la línea de poder después del rey, y ofrece al emperador las mismas tierras que nuestros mensajeros habían aceptado llenos de audacia.

[10] Cfr. 27,12,16.

30.2.6. El Surena fue recibido digna y honrosamente, pero tuvo que regresar sin conseguir lo que pretendía, ante lo cual comenzaron importantes preparativos para la guerra, ya que creían que, cuando se suavizaran los rigores del invierno, el emperador atacaría Persia con tres ejércitos y que, por ello, estaba comprando con gran rapidez tropas auxiliares procedentes de los escitas.

30.2.7. Así pues, Sapor, que no había visto realizado su idílico sueño, se enojó más de lo que solía cuando se enteró de que nuestro líder estaba preparando ya la campaña.

Entonces, despreciando la cólera del emperador, encomendó al Surena que recuperara por las armas lo que habían entregado al conde Víctor y a Urbicio, y le dijo que si alguno se negaba, atormentara con los peores suplicios a los soldados destinados a la protección de Sauromaces.

30.2.8. Tal como Sapor ordenó, este plan se ejecutó con gran rapidez y no pudo ser enmendado ni castigado porque el estado romano se vio amenazado por otro motivo de temor. Y es que los godos estaban invadiendo impunemente Tracia.

Pero estas desgracias podrán ser explicadas brevemente cuando lleguemos a ese tema[11].

30.2.9. Éstos fueron los hechos turbulentos que se produjeron en la parte oriental del imperio. Entre tanto, la Justicia, cuyo poder eterno examina siempre con pulcritud, aunque en ocasiones lentamente, los hechos justos o injustos, impuso un castigo por la desastrosa situación africana y por los manes de los enviados a Trípoli[12], que aún entonces erraban sin ser vengados.

30.2.10. Remigio que, como hemos dicho[13], colaboró con el general Romano cuando devastaba las provincias, después de

---

[11] Cfr. 31,2 y ss.
[12] Cfr. 28,6,25.
[13] Cfr. 28,6,8; 29,5,2.

que Leo alcanzara el rango de maestro de oficios en su lugar, se había retirado ya de las tareas del estado y estaba dedicado a ocupaciones rurales en su tierra natal junto a Mayence.

30.2.11. Mientras Remigio vivía allí muy tranquilo, Maximino, el prefecto del pretorio, que no le perdonaba el que se hubiera retirado a descansar, intentaba hacerle daño de cualquier modo, acostumbrado como estaba a abrirse paso en toda situación semejante a una plaga. Además, para descubrir más secretos, capturó a Cesario y, en un cruento interrogatorio, intentaba averiguar de éste, que antes había sido sirviente de Remigio, y después notario del príncipe, qué fue lo que hizo Remigio, o cuánto dinero recibió para colaborar con la nefasta empresa de Romano.

30.2.12. Cuando se enteró de esto Remigio que, como hemos señalado, estaba ya retirado, empujado por el remordimiento de sus maldades, o bien porque el temor de las calumnias no le dejaba pensar, se anudó un lazo al cuello y se ahorcó.

30.3. El Augusto Valentiniano, después de devastar algunos distritos de Alemania, habla con Macriano, rey de los alemanes, y firma la paz

30.3.1. El año siguiente Graciano fue hecho cónsul, teniendo como colega a Equicio. Además, un informe del prefecto Probo anuncia la derrota del Ilírico a Valentiniano[14] quien, después de devastar algunos distritos de los alemanes, estaba edificando una fortaleza junto a Basilea, a la que sus habitantes llaman «Robur».

30.3.2. Una vez examinado el informe con gran atención, como correspondía a un general prudente, muy preocupado, envió al notario Paterniano e investigó el asunto con enorme

[14] Le anunció la derrota ante los cuados. Cfr. 29,6,6.

cautela. Y una vez que, gracias a Paterniano, tuvo un conocimiento veraz de lo sucedido, se dispuso raudo a marchar, con la intención de derrotar en el primer envite a los bárbaros que habían osado atravesar nuestras fronteras.

30.3.3. Así pues, como el otoño estaba terminando ya y se anunciaban numerosas y serias dificultades, todos los nobles de la corte intentaban retenerle con sus súplicas y ruegos hasta que empezara la primavera. Alegaban en primer lugar que el camino estaría muy duro debido al hielo, y que no encontrarían hierba ni ningún otro producto aprovechable, de manera que no podrían llegar.

Después le recordaban la crueldad de los reyes cercanos a la Galia, y sobre todo la de Macriano, al que temían porque, como era evidente, le habían permitido no ser dominado [15] y estaba ya en disposición de lanzarse incluso contra ciudades fortificadas.

30.3.4. Con estas advertencias y otras similares, consiguieron convencer al emperador y, en breve, como esto era lo que convenía al bien general, el rey antes citado es invitado a venir a Mayence con dulces palabras, pues, según parecía, también él era proclive a firmar un tratado.

Macriano acudió lleno de orgullo, creyendo que iba a ser el árbitro de la paz. Y así, el día fijado para la entrevista, se detuvo en la orilla del Rin, con la cabeza muy erguida, mientras a su alrededor resonaba todo con el sonido de los escudos de sus hombres.

30.3.5. Por su parte, el Augusto subió a unas barcas del río y, rodeado también por una muchedumbre de soldados, avanzó muy seguro hasta la orilla, deslumbrante por el brillo de las insignias. Una vez que disminuyeron los gestos desmedidos y los gritos bárbaros, después de un largo intercambio de palabras, se confirma el tratado de amistad con un juramento sagrado.

---

[15] Cfr. 29,4,2.

30.3.6. Después de cumplimentar el pacto, este rey, artífice de tantos y tantos disturbios, se marchó de allí ya sereno y dispuesto a ser nuestro colaborador en el futuro. Y lo cierto es que, desde ese mismo momento hasta el final de su vida, dio numerosas y grandes pruebas de su afán por mantener la paz.

30.3.7. Murió tiempo después en Francia, a donde había llegado en un ataque devastador, aunque allí se vio acosado por las argucias del terrible rey Mallobaudes y falleció.

Después de firmar este tratado con todo el solemne ritual, Valentiniano volvió a su cuartel de invierno en Treves.

30.4. Modesto, prefecto del pretorio, consigue que Valente deje de impartir justicia. Acerca de la profesión de abogado, de los jurisconsultos y de los distintos tipos de defensores

30.4.1. Esto es lo que sucedió en la Galia y en la zona norte. En cuanto a la parte oriental, frente a una situación de profunda calma en los asuntos externos, iba aumentando la corrupción debido a los amigos y a las personas que rodeaban a Valente, entre los que la utilidad prevalecía sobre el honor. Y es que ellos realizaban grandes esfuerzos para que este hombre severo, ávido de impartir justicia, dejara esta ocupación, ya que temían que, si volvía esa defensa de la ley que había imperado en la época de Juliano, se debilitaría la arrogancia de los poderosos, que ahora podían actuar a su antojo como nunca antes lo habían hecho.

30.4.2. A causa de estos hechos y de otros similares, muchos le disuadían con la misma intención, sobre todo Modesto, el prefecto del pretorio, que estaba sometido a la voluntad de los eunucos de la corte y era un hombre rudo, que no se había ilustrado con ningún tipo de lectura de los autores antiguos. Tenía una expresión forzada y engañosa, y aseguraba que las minucias de los juicios de los particulares no eran apropiadas para la majestad del imperio.

Por su parte, Valente creyendo que, como Modesto le aseguraba, el examen de los casos privados serviría tan sólo para rebajar su dignidad, se abstuvo completamente de ellos, con lo cual dejó abiertas las puertas para que cada vez fueran cometiéndose más robos. A esto ayudaba también la maldad de jueces y abogados, que estaban unidos en esta cuestión debido a su común afán por conseguir riquezas y grandes honores juzgando los casos de las personas humildes en función de los intereses de los mandos militares o de las gentes poderosas de palacio [16].

30.4.3. El sabio Platón describió esta profesión de los oradores del foro como «*politikés moríou eídolon*», es decir, como la sombra de una minúscula parte de la administración, o como el cuarto tipo de adulación [17]. Por su parte, Epicuro, denominándola «*kakotéchnia*», la incluye entre las malas artes [18]. Tisias dice que es el arte de la persuasión [19] y Gorgias de Leontino está de acuerdo con él [20].

30.4.4. Así pues, este arte, después de ser definido de este modo por los autores de la antigüedad y debido a las argucias de algunos orientales, fue tan mal mirado por las personas de pro, que se ha mantenido como constreñido en los límites del pasado. Por ello, una vez que exponga brevemente mi opinión acerca de este tema, opinión justificada porque he vivido en esa zona oriental, retomaré mi propósito inicial.

---

[16] Comienza ahora un *excursus* sobre el mundo forense, que puede relacionarse con el *De oratore* de Cicerón, el *De causis corruptae eloquentiae* de Quintiliano o el *Dialogus de Oratoribus* de Tácito. Cfr. C. Salemme, *Similitudini nella storia. Un capitolo su Ammiano Marcellino*, Nápoles, 1989, pp. 37-58. G. Sabbah, por su parte, ha analizado las fuentes posibles de esta digresión, y ha llegado a la conclusión de que son las siguientes: la indignación personal de Amiano; Aulo Gelio; Tácito en su *Diálogo* y en el libro 11 de *Anales*; Cicerón (*De orat.* 2.101) y Libanio (discurso 51 y 52, dirigidos contra los abogados). Cfr. *La methode*..., p.286.

[17] Plat, *Gorgias* 463 b.

[18] Cfr. Quint. 2,15,2; 2,20,2.

[19] Tisias es un retórico de la antigüedad que enseñó a Gorgias.

[20] *Vid.* Cic, *Brut.* 12,46.

30.4.5. Los tribunales brillaban antes por los recursos de la antigua elocuencia, en la que oradores de dotes reconocidas y ávidos del conocimiento de las doctrinas, destacaban por su ingenio, por su lealtad y por sus numerosos y riquísimos recursos a la hora de expresarse. Ése era el caso de Demóstenes a quien, cuando iba a hablar, acudía a escucharle gente de toda Grecia, según relatan documentos áticos. O de Calístrato que, cuando defendía la noble causa de Oropo, lugar de Eubea, fue seguido por el citado Demóstenes, que dejó para ello la Academia y al propio Platón[21]. O el de Hipérides, Esquines, Andócides, Dinarco o el del famoso Antifón de Ramno quien, según el testimonio de la antigüedad, fue el primero que recibió una recompensa por defender una causa.

30.4.6. En cuanto a los romanos, podemos mencionar a Rutilio, a Galba o a Escauro, famosos por su vida, sus costumbres y su frugalidad. Posteriormente, en las siguientes generaciones, hubo muchos antiguos censores, cónsules y personas que merecieron una celebración triunfal, como Craso, Antonio, Filipo, Escévola y otros muchos que, después de conducir al ejército con gran éxito, después de alcanzar victorias y trofeos, realizaron también grandes hazañas en el campo civil, mereciendo igualmente los laureles del triunfo por su actuación en el foro y alcanzando los más altos honores de la gloria.

30.4.7. Después de éstos el más destacado de todos fue Cicerón quien, con los grandes recursos de su poderosa oratoria, salvó a muchos sumergidos en esa vorágine de los juicios. Pues bien, Cicerón afirmaba que tal vez podía excusarse a alguien por el hecho de no defender a un acusado, pero había que criticar duramente al que defendía a otro con indiferencia[22].

---

[21] Calístrato fue un gran orador del s.IV a.C. Cfr. Xen, *Hell.* 6,2,39; Diod. Sic. 15,29,6.

[22] Esta cita se conserva sólo en este texto, aunque Cicerón se expresa en términos similares en *In Caec.* 18,60.

30.4.8. En la actualidad, en cambio, puede verse en todas las regiones orientales a hombres violentos y llenos de ambición, que revolotean por todos los foros, asediando los hogares de los poderosos y que, semejantes a perros espartanos o cretenses, husmean las huellas con gran sagacidad y llegan hasta su presa, que son los juicios.

30.4.9. Entre ellos, el primer tipo corresponde a aquellos que siembran motivos de disputa y se debaten entre miles de conocidos desgastando las puertas de las viudas y los umbrales de los hombres sin hijos. O bien, si observan alguna posibilidad de discrepancia entre amigos, parientes o conocidos, por leve que ésta sea, intentan engendrar odios terribles.

Los defectos de estos abogados no van desapareciendo con el paso del tiempo, como ocurre normalmente, sino que cada vez están más arraigados. Y como, a pesar de sus robos insaciables no tienen recursos, agudizan su ingenio para convencer con discursos a los jueces –designación que, no lo olvidemos, tiene la misma raíz que «justicia»–.

30.4.10. Están empeñados en que la temeridad supera a la libertad, la audacia excesiva al esfuerzo, y la utilización superflua y vana de las palabras a la elocuencia. Por eso, tal como afirma Cicerón, es un crimen que un juez se deje engañar por las estratagemas de éstos, ya que, según sus propias palabras: «No comprendo por qué, cuando en la república no debía existir nada tan incorruptible como una votación, o una sentencia, quien soborna con dinero merece un castigo, pero quien engaña con palabras, recibe encima alabanzas. Y es que a mí me parece que, realmente, comete una acción peor aquel que corrompe a un juez con un discurso que el que lo hace con dinero, ya que nadie puede corromper a una persona honrada con dinero, pero con palabras sí puede»[23].

30.4.11. El segundo tipo corresponde a aquellos que después de fingir que conocen el derecho –un derecho destruido por

---

[23] Cic, *De Rep.* 5,11.

la existencia de leyes que se contradicen entre sí–, callan como si hubieran sellado sus labios y con su continuo silencio parecen más bien la sombra de ellos mismos.

Éstos, a pesar de tener una expresión de seriedad y de gravedad fingidas, como si estuvieran exponiendo el destino de alguien a partir de su fecha de nacimiento, o interpretando los oráculos de las sibilas, venden aquello mismo que les hace parecer tan circunspectos.

30.4.12. Además, para que parezca que tienen un conocimiento muy profundo del derecho, mencionan a Trebacio, a Carcelio, o a Alfeno[24], y hablan de las leyes de los auruncos y de los sicanos, olvidadas ya y enterradas desde hace muchos siglos junto a la madre de Evandro[25].

Ya puedes decirles que has matado con premeditación a tu propia madre, que si ellos piensan que eres rico, te prometen que pueden salvarte gracias a sus profundos conocimientos.

30.4.13. El tercer grupo es el de aquellos que, para destacar en esta turbulenta profesión, afilan su lengua mercenaria con la intención de ocultar la verdad. Y así, mediante su descaro y sus viles ladridos consiguen con frecuencia que se les abran todas las puertas.

Éstos, aprovechando las múltiples ocupaciones y preocupaciones de los jueces, embrollan los asuntos con cuestiones irresolubles y se esfuerzan para que se enturbie toda la tranquilidad, de manera que, con estas complicaciones premeditadas alargan unos juicios que, cuando se realizan bien, son

---

[24] Son personajes de la época de la república, mencionados ya por Hor, *Serm.* 2,1; *Serm.* 1,3; Cic, *Ad Fam.* 7,5,8,17.

[25] Tanto los Sicanos, como los Auruncos o Evandro son mencionados en la literatura latina para referise a la época de los orígenes de Roma. Cfr. Hor, *Serm.* 1,3,91; Verg, *Aen.* 8,51 sigs. En estos pasajes de crítica a los leguleyos Amiano, al exponer su crítica social, se acerca al género de la sátira, de manera que es normal que sean Horacio y sus *Sermones* o *Sátiras* a quienes hemos de remontarnos en más ocasiones para buscar las citas de nuestro autor.

el templo sagrado de la justicia, pero que si se corrompen, se convierten en unas cloacas engañosas y vanas, de las que si cae alguien no puede escapar sino muchos lustros después, una vez se ha quedado en los huesos.

30.4.14. El cuarto y último tipo es desvergonzado, tenaz e ignorante. Pertenecen a él quienes, habiendo salido demasiado pronto de las escuelas elementales, andan de un lado a otro de las ciudades inventando versos yámbicos nada apropiados para defender causas, desgastando las puertas de los poderosos e intentando conseguir invitaciones para banquetes en los que abundan alimentos exquisitos.

30.4.15. Éstos, una vez que se han entregado a ganancias vergonzantes y a conseguir dinero de cualquier modo, empujan a personas inocentes a litigar en vano y, cuando se les encarga que defiendan a alguien –hecho nada usual–, se enteran del nombre de su defendido y del motivo de la causa ya en pleno juicio, cuando lo menciona el juez. Y se embrollan con rodeos tan farragosos que, con ese aburrido aluvión, te parece que estás escuchando a Tersites con sus gritos lastimeros [26].

30.4.16. Y una vez que se han quedado sin posibilidad de utilizar alegaciones y recursos, se lanzan a un ataque desenfrenado. Y en ese mismo momento, a veces son condenados ellos mismos debido a sus insultos continuos contra personas honradas. Ciertamente hay entre ellos algunos tan ignorantes que ni siquiera recuerdan si han tenido un libro de leyes.

30.4.17. Y si, por casualidad, en un círculo de eruditos se menciona el nombre de un autor reconocido de la antigüedad, creen que es el nombre de un pescado o de una comida extranjera. Pero si algún extranjero preguntara, por ejemplo, por un orador llamado Marciano, a quien no conoce, todos dicen enseguida llamarse Marciano.

---

[26] Cfr. Hom, *Iliad.* 2,211 y ss.

30.4.18. No se plantean nada legal y, como si se hubieran vendido y estuvieran dominados por la avaricia, lo desconocen todo excepto su desmedida ambición. Y si, en alguna ocasión, logran capturar a alguien entre sus redes, lo encandenan con mil ataduras y, mediante una serie de falsas enfermedades, eluden que se decida el asunto. Además, para poder introducir una lectura útil de una ley conocida por todos, preparan hasta siete preámbulos posibles, consiguiendo así una larguísima demora.

30.4.19. Y cuando, después de desplumar a los litigantes durante días, meses y años, por fin se llega a la causa, añeja ya, estas lumbreras aparecen en el juicio trayendo con ellos a otras sombras de abogados.

Una vez se introducen en el recinto del juzgado y comienzan a tratar acerca de la fortuna o de la vida de alguien, cuando deberían esforzarse para librar a un inocente de la espada del verdugo o de un castigo terrible, los abogados de ambas partes con el gesto fruncido y los brazos arqueados se detienen durante bastante tiempo en posición histriónica (hasta tal punto que sólo les falta tener detrás de ellos la fístula oratoria de Graco)[27].

Finalmente, después de estos preámbulos premeditados, aquel que confía más en su locuacidad, comienza a hablar con palabras suaves prometiendo un discurso con ornamentos apropiados para Cluencio o Ctesifón[28].

Y cuando están ya todos deseando el final, los abogados, después de una simulación de juicio de tres años, se excusan diciendo que aún no están preparados, consiguiendo así una nueva demora, como si su contrincante fuera el Anteo de la antigüedad[29]. Eso sí, insisten una y otra vez en que se les recompense por el esfuerzo y el peligro de su labor.

---

[27] Se decía que Graco, cuando intervenía en una asamblea, contaba con una persona detrás de él que le ayudaba a regular el tono y la intensidad de sus palabras. Cfr. Cic, *De orat.* 3,60,225; Plut, *Gracch.* 2,4-5; Val. Max, 8,10,1; Quint.1,10,27; Gell, 1,11,10 y ss.

[28] Cluencio fue defendido por Cicerón, y Ctesifón por Demóstenes.

[29] Gigante que devoraba a sus víctimas. Cfr. 28,1,46.

30.4.20. A pesar de esto, ser abogado conlleva muchos inconvenientes, difíciles de soportar para alguien honrado. Y es que, atraídos por las ventajas de la vida sedentaria, se enemistan entre sí y ofenden a muchos, como hemos relatado, con sus violentos insultos, unos insultos que lanzan con un torrente cuando no son capaces de defender con argumentos poderosos las causas imposibles que se les han encomendado.

30.4.21. Además, en ocasiones, aguantan a jueces que han aprendido más de los sofismas de Filistión o de Esopo, que del esfuerzo del famoso Arístides o del justo Catón[30]. Como estos jueces han comprado sus cargos a base de mucho dinero, al igual que los prestamistas insistentes, intentan conseguir ganancias y fortunas de todo tipo, para lo cual buscan ese botín en gentes de cualquier profesión.

30.4.22. Por último, la profesión de abogado, además de otros problemas, tiene uno que es casi connatural a todos los litigantes. Y es que, aunque las causas pueden fracasar por mil motivos distintos, los procesados creen que ese resultado se debe a la actuación de sus abogados, de manera que les atribuyen el éxito o no del proceso y, cuando fracasan, se enojan sólo con sus defensores sin pensar en la posible debilidad de su caso o en la injusticia de los jueces.

Pero volvamos ahora al tema central de nuestro relato.

---

[30] Filistión es un autor de mimos de origen incierto. Y, en cuanto a Esopo, los editores no se ponen de acuerdo, ya que Lindenbrog piensa que Amiano se refiere a un autor trágico, Valesio se decanta por el fabulista de la antigüedad y Wagner por un escritor de mimos contemporáneo de Cicerón. Esta última posibilidad nos parece más razonable, teniendo en cuenta que su nombre aparece unido al de Filistión. Desde luego, tanto Horacio (*epod.* 2,1,8), como Valerio Máximo (8,10,2) hablan de un histrión muy conocido llamado Esopo. En cuanto a Arístides, es hijo de Lisímaco, y ya entre los griegos era conocido como «el justo», adjetivo que Amiano atribuye también a Catón el Censor.

30.5. Valentiniano, dispuesto a luchar contra los sármatas y los cuados, que estaban devastando Panonia, marcha hacia el Ilírico y, después de atravesar el Danubio, asola cantones de los cuados, incendia pueblos y asesina a bárbaros de todas las edades

30.5.1. Entrada ya la primavera[31], Valentiniano partió de Trier y marchó presuroso por rutas conocidas. Cuando se acercaba ya a las regiones que constituían su destino, se le presentó una embajada de los sármatas, que se postraron a sus pies y, de forma pacífica, le suplicaron que se mostrara propicio y benévolo, porque no iba a encontrar entre aquellas gentes a personas que hubieran participado o colaborado en ningún crimen.

30.5.2. Después de que le repitieran lo mismo una y otra vez, Valentiniano reflexionó durante algún tiempo y respondió que los hechos debían investigarse y probarse de forma irrefutable en los lugares en los que se decía que habían sido cometidos.

Y cuando entró en Carnunto, ciudad ilírica[32], advirtió que, en ese momento, estaba desierta y medio destruida, pero que era muy apropiada para el general de un ejército, ya que, cuando la fortuna o un plan le ofrecieran una oportunidad, podría atajar los ataques de los bárbaros desde un emplazamiento cercano.

30.5.3. Y aunque causaba temor a todos los que le estaban esperando, porque le consideraban duro, vehemente y dispuesto a ordenar que condenaran a los oficiales por cuya perfidia o traición había quedado indefensa esa zona de Panonia, lo cierto es que , cuando llegó allí se ablandó de tal modo que no investigó el asesinato del rey Gabinio[33], ni puso empeño

---

[31] Amiano retoma el relato que dejó al final del capítulo 3. Estamos, pues, en la primavera del año 375.

[32] Es la actual Haimburg, cercana a Viena.

[33] Cfr. 29,6,5.

en descubrir las desgracias infligidas al estado, o en saber quién había permitido que estas se produjeran por un comportamiento desidioso.

No en vano, Valentiniano era severo a la hora de castigar a los soldados rasos, pero se mostraba mucho más remiso a la hora de hacerlo con las grandes fortunas, por mucho que merecieran las mayores reprimendas.

30.5.4. Sin embargo, sentía una enorme animadversión contra Probo, a quien nunca había dejado de amenazar, ni de mostrar reticencias hacia él desde el mismo momento en que lo vio. Ciertamente sus motivos no eran desconocidos ni vanos. Y es que Probo había conseguido entonces la prefectura pretoriana, no por primera vez, e intentaba alargarla con todos los recursos a su alcance, entregándose más a la adulación que a la moderación, hecho que le enfrentaba con su linaje y su nobleza.

30.5.5. Y es que, al advertir la inclinación del príncipe, que escudriñaba las distintas formas de ganar dinero sin tener en cuenta lo justo y lo injusto, no sólo no intentaba conducirle por el camino de la equidad, como debía hacer un consejero prudente, sino que le siguió él mismo por ese camino sinuoso y perverso.

30.5.6. De ahí vinieron graves desgracias para sus súbditos, el resultado ruinoso de los impuestos establecidos, el terminar tanto con grandes fortunas como con algunas ya esquilmadas, así como una larga práctica a la hora de buscar formas de perjudicar a los demás utilizando argumentos cada vez más convincentes. Finalmente, como se multiplicaron los tributos y aumentaron los impuestos, obligó a emigrar a numerosos nobles, aterrados por lo que se les venía encima. Algunos, delatados por crueles recaudadores de impuestos, como no tenían nada que dar, eran inquilinos sempiternos de las cárceles. E, incluso, algunos de estos, hastiados ya de la vida y de la luz del sol, se ahorcaron y alcanzaron así una muerte deseada.

30.5.7. Además, según iba difundiendo con tenacidad un rumor, estos hechos se producían cada vez con más engaños y crueldad. Pero Valentiniano lo ignoraba, como si tuviera los oídos taponados con cera, y quería lucrarse sin importarle la forma, aprovechando incluso las oportunidades más insignificantes y tomando en cuenta tan sólo aquello en que se le ofrecía algo. Con todo, tal vez habría tenido un comportamiento más moderado con los panonios, si hubiera conocido antes estas lamentables fuentes de ganancias, fuentes que conoció demasiado tarde debido al siguiente hecho.

30.5.8. Al igual que había ocurrido en otras provincias, también los epirotas fueron obligados por el prefecto a enviar mensajeros que dieran las gracias al emperador[34], y forzaron a un filósofo llamado Ificles, un hombre famoso por la fortaleza de su espíritu, a cumplir esa misión rápidamente, aún contra su voluntad[35].

30.5.9. Cuando Ificles estuvo ante el emperador, al ser reconocido e interrogado acerca de la causa de su venida, respondió en griego. Y siendo como era un filósofo defensor de la verdad, cuando el príncipe siguió preguntándole con gran empeño si los que le habían enviado tenían buena opinión del prefecto, dijo: «En realidad, se lamentan y actúan a la fuerza».

30.5.10. El emperador, que se sintió zarandeado por estas palabras como por un disparo, semejante a una fiera hambrienta, comenzó a investigar las acciones del prefecto preguntando a Ificles en su lengua materna acerca de gentes que conocía. Por ejemplo, le preguntó por uno que sobresalía entre los suyos por honor o renombre; por otro que era rico, y por uno que destacaba en la sociedad.

Y cuando se enteró de que uno había muerto ahorcado, de que otro había surcado el mar, que otro se había suicidado o que había fallecido a golpes, se encolerizó enormemente.

[34] Por haberles enviado un prefecto tan eficiente.
[35] Era un filósofo cínico que había sido amigo de Juliano.

Además, su ira se veía aún más inflamada por León, entonces maestro de oficios (me horrorizo al recordarlo), que aspiraba también él mismo a la prefectura para poder caer desde una altura mayor. Y si hubiera alcanzado este cargo, en comparación con lo que podía haber hecho León, la administración de Probo habría sido elevada hasta el cielo.

30.5.11. El emperador permaneció en Carnunto durante los tres meses estivales mientras preparaba las armas y los alimentos necesarios con vistas a que, si la fortuna le ayudaba, podrían atacar en el momento propicio a los cuados, instigadores de la cruel revuelta.

Fue en esta ciudad donde, mientras Faustino, que era sobrino del prefecto del pretorio Vivencio[36], estaba actuando como notario, de resultas de una investigación realizada por Probo, fue torturado y murió a manos del verdugo. La acusación se debió a que, según decían sus enemigos, había matado a un asno para usarlo en prácticas de artes secretas, aunque él se defendía asegurando que su intención era fortalecer su cabello, porque se le caía.

30.5.12. Según otro que se había aliado también contra él, cuando un tal Nigrino le pidió en broma que le hiciera notario, Faustino, riéndose, le dijo: «Hazme emperador si quieres conseguirlo». Pero como esta broma fue malinterpretada, tanto el propio Faustino como Nigrino y otros fueron ejecutados.

30.5.13. Así pues, en primer lugar, Valentiniano envió a Merobaudes con la tropa de infantería que estaba bajo su mando, así como con el conde Sebastiano, con la intención de que devastaran y asolaran los pueblos bárbaros.

El emperador por su parte marchó raudo hacia Acinco[37], reunió naves para enfrentarse a cualquier suceso imprevisto, rápidamente construyó con ellas un puente, y atravesó por otra parte hacia el territorio de los cuados.

---

[36] Cfr. 27,3,11.
[37] Es la actual Ofen.

Éstos estaban aguardando su llegada desde unos montes escarpados adonde habían huido en gran número con sus seres queridos, pues se sentían inseguros y llenos de incertidumbre ante el futuro.

Pero se quedaron estupefactos cuando, frente a lo que esperaban, vieron las insignias imperiales en su propio territorio.

30.5.14. Entonces Valentiniano forzó el paso y avanzó todo lo posible, asesinando sin distinción de edad a las personas a las que se iba encontrando en su inesperado ataque. Quemó sus hogares y volvió sin perder a ninguno de los que llevaba bajo su mando. Se detuvo de nuevo en Acinco y, como ya estaba terminando el otoño, a través de esas regiones, que solían permanecer heladas en invierno, buscó un campamento apropiado, aunque no pudo encontrar ningún emplazamiento idóneo con la excepción de Savaria, que en aquella época estaba casi destruida después de haber soportado frecuentes desgracias.

30.5.15. Dejándolo entonces a un lado por el momento, aunque era muy necesario el descanso, se movió con rapidez siguiendo el curso del río y, después de fortificar el campamento con defensas y protecciones apropiadas, llegó a Bregitio. Aquí comenzó a revelarse su destino con numerosos prodigios, un destino que ya se había manifestado desde hacía tiempo, y que llevaba fatalmente a la muerte del príncipe.

30.5.16. No en vano, muy pocos días antes de su llegada, se vieron en el cielo cometas que indicaban la ruina de alguna fortuna elevada (ya hemos tratado acerca del origen de este tipo de fenómenos)[38]. También antes, en Sirmio, en medio de un estruendo repentino durante una tormenta cayó un rayo que incendió parte del palacio, de la curia y del foro. Y mientras Valentiniano permanecía aún en Savaria, un búho que estaba en lo alto de los baños imperiales entonó un canto fúnebre, sin que nadie, por mucho que lo intentaron con gran empeño, pudiera echarle de allí ni arrojándole flechas ni piedras.

---

[38] Cfr. 25,10,3.

30.5.17. Asimismo, cuando Valentiniano iba a ponerse en marcha desde la ciudad mencionada, quiso salir por la misma puerta por la que había entrado para que se cumpliera el presagio de que volvería rápidamente a la Galia.

Pero, mientras recogían toda la madera acumulada en esta zona, que estaba abandonada, por mucho que un gran número de gente intentó con todas sus fuerzas apartar una puerta de hierro que se había caído y que dificultaba la salida, no pudieron conseguirlo, de manera que, para no perder un día en vano, se vio obligado a salir por otra puerta.

30.5.18. Además, durante la noche que precedió al día en que iba a perder la vida, como suele ocurrir en sueños, Valentiniano tuvo una visión. En concreto vio a su esposa ausente sentada con el cabello despeinado y cubierta con vestiduras de luto. Esto le daba a entender que era su propia Fortuna, dispuesta a abandonarle y cubierta con negras galas.

30.5.19. Ya por la mañana se dispuso a salir, muy triste y con el rostro contrito. Entonces, el caballo que le ofrecieron rehusó ser montado por él y, de forma inusitada, levantó las patas delanteras. Valentiniano, dejándose llevar por su crueldad innata, sanguinario como era, ordenó que le amputaran la mano al soldado que, como siempre, le había ayudado a montar. Y lo cierto es que este joven inocente hubiera sido torturado y ejecutado de no ser porque Cereal, tribuno encargado de las cuadras, aplazó este cruel castigo aun a costa de jugarse su propia vida.

30.6. Mientras Valentiniano estaba respondiendo lleno de ira a los mensajeros de los cuados, que intentaban defender a sus compatriotas, muere de apoplejía

30.6.1. Después de esto, llegaron unos mensajeros de los cuados que le rogaron suplicantes perdón por lo sucedido e intentaban conseguir la paz. Además, para no obtener una negativa, prometieron entregar a cambio tropas y cuanto fuera útil para la causa romana.

30.6.2. Cuando se decidió recibirles y permitirles que regresaran a su tierra con la tregua que habían venido a solicitar, ya que tanto la escasez de alimento como la estación nada propicia del año impedían atacarles durante más tiempo, según aconsejó Equicio, fueron introducidos en el consistorio. Ellos permanecieron allí tensos, encorvados por el temor y la debilidad. Se les ordenó entonces exponer sus razones, ante lo cual ofrecieron todas sus excusas y las ratificaron con un juramento. Aseguraban así que su pueblo no había cometido ningún acto premeditado contra los nuestros, y que esto sólo era achacable a una banda de ladrones de otro pueblo que habitaba junto al río.

Además, como excusa válida para defender su actuación, añadían que la construcción, nada justa ni oportuna, de una barrera había encendido y llenado de ira sus rudos espíritus[39].

30.6.3. Entonces, el emperador, dominado por su temible cólera y muy excitado sobre todo en el inicio de su respuesta, insultó y criticó a todo el pueblo de los cuados, a quienes acusó de olvidadizos e ingratos después de los beneficios recibidos.

Pero poco a poco se calmó y, cuando parecía ya más dispuesto al perdón, de repente, como si hubiera sido castigado desde el cielo, se quedó sin poder respirar ni hablar, y su rostro se sofocó enormemente. Al instante, su flujo sanguíneo se detuvo y su cuerpo se cubrió con un gélido sudor, ante lo cual, para evitar que cayera ante la numerosa plebe que le rodeaba, sus servidores le condujeron a un lugar reservado.

30.6.4. Una vez que fue colocado en el lecho, con grandes esfuerzos por mantenerse con vida, sin perder aún sus facultades mentales, reconoció a todos los presentes, a los que sus asistentes personales habían hecho venir a toda prisa para evitar cualquier sospecha de que había sido asesinado.

---

[39] Cfr. 29,6,2.

Como su cuerpo ardía de fiebre, había que abrirle una vena, pero no pudieron hallar ningún médico. Ya que el propio Valentiniano les había enviado por diversos territorios para que sanaran a los soldados enfermos de peste.

30.6.5. Al fin, pudieron hallar a uno que le punzó una y otra vez una vena. Pero no pudo obtener ni una gota de sangre, ya que sus partes internas estaban abrasadas por la excesiva temperatura. Otros piensan que sus miembros estaban resecos debido a que ciertos canales de sangre, que en la actualidad conocemos como hemorroides, estaban cerrados y encorchados por la baja temperatura.

30.6.6. Muy afectado ya por la virulencia de su enfermedad, se dio cuenta de que le llegaba el fin de su vida e intentó expresar algunas palabras y órdenes, según indicaban sus movimientos, el rechinar de sus dientes y la agitación de sus brazos, semejante a un luchador con cestos.

Pero, vencido ya y lleno de manchas lívidas, murió tras de una larga agonía a los cincuenta y cinco años de edad, después de doce años menos cien días de mandato como emperador[40].

30.7. Acerca de su padre y de las acciones de este emperador

30.7.1. Ha llegado el momento, al igual que hemos hecho con otros emperadores, de narrar brevemente los hechos comprendidos entre el nacimiento del padre de Valentiniano y su propia muerte.

No voy a omitir ningún defecto ni ninguna virtud, ya que todos ellos quedaron en evidencia por la grandeza de su poder, pues el poder, con frecuencia, ha dejado al descubierto el interior de las personas.

[40] Había sido emperador desde el 364 hasta el 375.

30.7.2. Su padre, el mayor de los Gracianos, nació en Cibalas, ciudad de Panonia, en una familia humilde. Éste, desde su más tierna infancia, recibió el sobrenombre de Funario porque, cuando aún era un niño y llevaba una cuerda para venderla, cinco soldados intentaron arrebatársela con gran empeño, pero él no cedió en absoluto[41].

Con esto emulaba a Milón de Crotona, porque cuando éste, como hacía con frecuencia, llevaba una manzana ya en su mano izquierda ya en la derecha, no había fuerza humana que pudiera arrebatársela.

30.7.3. Así pues, Graciano fue pronto conocido por la fortaleza de su cuerpo y por su pericia a la hora de luchar como soldado. Después de alcanzar el rango de miembro de la guardia personal y de tribuno, estuvo al mando del ejército en África en calidad de conde. Cuando se sospechó que había cometido algún robo allí, partió de esta zona y, después de mucho tiempo, alcanzó con un rango similar el mando del ejército británico. Finalmente, liberado con honores de su juramento, volvió a su tierra natal donde, mientras vivía plácidamente, fue castigado por Constancio con la pérdida de su bienes, debido a que se decía que, durante la guerra civil, ofreció su hospitalidad a Magnencio cuando éste marchaba raudo por sus tierras para poner en práctica sus planes.

30.7.4. Debido a los méritos de su padre, Valentiniano fue conocido desde su más temprana juventud. Además, como contaba también con virtudes propias, fue agasajado con las insignias de la divinidad imperial en Nicea. Como colega para compartir el imperio eligió a su hermano Valente, a quien se sentía muy unido por un cariño fraternal. Valente contaba tanto con defectos como con virtudes, aunque ya trataremos eso en su momento[42].

---

[41] *Funis* significa «cuerda» en latín.

[42] Cfr. 31,14,1 y ss.

30.7.5. Así pues, Valentiniano, después de afrontar muchas molestias y peligros mientras era aún un simple ciudadano, tan pronto como comenzó su reinado, se dirigió a la Galia para fortificar las fortalezas y ciudades situadas junto a los ríos. Y es que éstas estaban expuestas a los ataques de los alemanes, ataques que habían vuelto a producirse después de que se enteraran de la muerte del emperador Juliano, que era el único a quien habían temido después de Constante.

30.7.6. Pero Valentiniano fue temido con razón, ya que reforzó al ejército con importantes contingentes y fortificó las dos orillas del Rin con campamentos y establecimientos defensivos poderosos, con la intención de que ningún enemigo pudiera esconderse de nosotros en nuestro propio territorio.

30.7.7. Y para omitir las numerosas acciones que realizó con la autoridad propia de un emperador, o las que enmendó ya por sí mismo o mediante generales muy esforzados, después de elegir a su hijo Graciano para que compartiera con él su poder, persiguió en secreto –porque no podía hacerlo de otro modo– a Viticabio, rey de los alemanes, hijo de Vadomario, cuando aún estaba en la flor de la juventud, por haber empujado a su pueblo a revoluciones y guerras[43].

30.7.8. Sin embargo, junto a estas prudentes medidas, siguiendo un consejo malintencionado pero provechoso, atacó, derroyó y arrebató el botín a los sajones, que habían vuelto a manifestar una furia temible, y que estaban cometiendo fechorías por todo tipo de zonas inexploradas, hecho que les había llevado entonces a una región marítima de la que habían vuelto cargados con un rico botín.

30.7.9. En cuanto a los britanos, que no podían contener a las bandas de enemigos que invadían su territorio, como no

---

[43] Cfr. 27,10,3.

tenían esperanzas de conseguir nada mejor, les concedió vivir en paz y libertad, sin permitir que casi ninguno de los invasores volviera a su hogar[44].

30.7.10. Con una eficacia similar, antes de que su intento pasara a mayores, acabó con Valentino, exiliado en Panonia, que pretendía terminar con la tranquilidad propia de estas provincias[45].

Posteriormente libró a África de graves peligros, en un momento en que ésta se vio golpeada por una calamidad repentina, ya que Firmo no podía contener los desmanes de los ambiciosos soldados y soliviantó a los pueblos moros, ávidos de todo tipo de revueltas[46].

Con ese mismo empuje habría logrado vengar la terrible desgracia del Ilírico si, con su muerte, no hubiera dejado sin resolver esta importante cuestión[47].

30.7.11. Y aunque estas hazañas fueron ejecutadas por magníficos generales, sin embargo, sí es evidente que debemos muchas acciones al propio Valentiniano, un hombre de mente preclara y endurecido por su larga experiencia militar.

Entre éstas hubiera podido ser reconocido si hubiera conseguido capturar vivo al rey Macriano, muy poderoso en aquella época. Y es que Valentiniano intentó capturarle con gran empeño cuando, lleno de tristeza y de dolor, se enteró de que Macriano había escapado de los burgundios, a los que el propio Valentiniano había levantado contra los alemanes[48].

30.8. Crueldad, avaricia, envidia y temor de Valentiniano

30.8.1. Hemos narrado brevemente las acciones realizadas por este príncipe. Ahora, como la posteridad no se ve cons-

---

44 Cfr. 27,8,5.
45 Cfr. 28,3,4 y ss.
46 Cfr. 29,5,3 y ss.
47 Cfr. 29,6,12 y ss.
48 Cfr. 29,4,2 y ss.

treñida ni por el temor ni por la necesidad de adular, y suele ser testigo justo del pasado, resumiremos confiados sus defectos, para narrar después sus virtudes.

30.8.2. En ocasiones simuló ser clemente, aunque, por su propia naturaleza, era proclive a la crueldad, olvidando de hecho que un rector del imperio debe evitar toda acción desmesurada como quien evita escollos peligrosos.

30.8.3. Nunca se contentó con un castigo suave. Todo lo contrario, en ocasiones, ordenó que se multiplicaran las investigaciones y los interrogatorios cruentos, llegando a torturar a algunos hasta poner en peligro su vida.

Además, era tan dado al castigo que nunca libró de la pena de muerte a ningún condenado mediante una condena más suave, cuando incluso los emperadores más crueles lo han hecho en alguna ocasión.

30.8.4. Hubiera podido recordar a numerosos antepasados e imitar esos ejemplos, ya sean extranjeros o romanos, de humanidad y de piedad que los sabios definen como las hermanas gemelas de las virtudes. Bastará mencionar algunos de ellos.

Pues bien, Artajerjes, aquel poderosísimo rey de los persas que, por la longitud de uno de sus miembros recibió el nombre de «Macrochir» [49], suavizando con su benevolencia innata los tipos de castigo ejercidos tradicionalmente por esta fiera nación, a algunos acusados les cortó los turbantes en vez de las cabezas. Y, para no cortarles las orejas por los delitos cometidos, aunque ésta era la costumbre regia, les cortaba los hilos que pendían de sus turbantes.

Esta moderación de costumbres le convirtió en una persona tan prudente y respetable que todos reconocían que sus hazañas fueron numerosas y notables, celebradas todas ellas por los escritores griegos.

---

[49] *Makrojeir* significa «mano larga».

30.8.5. Cuando en una de las guerras samnitas se ordenó a un general de Preneste que acudiera rápido a su puesto de defensa, éste marchó con gran lentitud, ante lo cual se le hizo comparecer ante el juez para que pagara su crimen. Entonces, Papirio Cursor, dictador en aquella época, ordenó al lictor que preparara su hacha. El acusado perdió toda esperanza de perdón, pero entonces se ordenó que cortaran un arbusto que estaba allí cerca.

De este modo, con esta especie de castigo jocoso, le liberó sin perder por ello su autoridad ni ser despreciado. De hecho, con actuaciones de este tipo consiguió terminar con las largas y duras guerras de sus antepasados, siendo considerado como el único que habría podido enfrentarse a Alejandro Magno si éste hubiera llegado a invadir Italia[50].

30.8.6. Tal vez Valentiniano agravó los castigos con fuegos y espadas porque ignoraba esto, y porque no se daba cuenta de que, en circunstancias difíciles, es un consuelo la magnanimidad de los emperadores. Y es que la piedad del espíritu encuentra siempre un último recurso en medio de la adversidad, tal como expone sabiamente Isócrates[51], que ofrece un consejo válido para toda época: que a veces merece más el perdón un líder que ha sido derrotado en una guerra que uno que ignore qué decisión es justa.

30.8.7. Esta idea es la que yo creo que movió a Cicerón a decir lo siguiente en su defensa de Oppio[52]: «El tener mucho poder para salvar a alguien le ha servido a muchos para conseguir honores. El tener poco poder para acabar con alguien nunca ha supuesto reproche alguno para nadie».

30.8.8. El ansia de poseer más, sin distinción de lo correcto y lo incorrecto, y la búsqueda de distintos tipos de ganancias aun

---

[50] Cfr. Liv, 9,17,2 y ss.

[51] *Panath.* 18,5.

[52] Discurso que no ha llegado a nosotros.

a costa del daño a los demás fue un vicio que dominó completamente, y cada vez más, a este príncipe. Algunos intentaban disimular esta falta hablando de Aureliano y afirmando que, cuando el tesoro estaba vacío después de Galieno y de la desastrosa situación del estado, este emperador se lanzó como un huracán contra los ricos. Y que, por lo tanto, después de las calamidades de la campaña persa, como Valentiniano necesitaba una cantidad ingente de recursos para entregar a los soldados el dinero y las recompensas merecidas, confundió la crueldad con su deseo de conseguir grandes riquezas.

Como si Valentiniano no supiera que no conviene que ocurran algunas cosas, por mucho que sean lícitas, y muy distinto, pues, al famoso Temístocles, que cuando pudo campar a sus anchas después de una lucha en la que destruyó las tropas persas, al ver sobre el suelo unos brazaletes de oro y un collar, se volvió hacia uno de los que le acompañaban y le dijo: «Coge eso, porque no eres Temístocles», con lo cual demostró que rechazaba el lujo como un magnánimo general.

30.8.9. Son muchas las muestras de una moderación similar que podríamos ofrecer si nos centramos en los generales romanos. Pero vamos a omitirlas por no ser ejemplos de una integridad perfecta –y es que no merece alabanzas el no apoderarse de lo ajeno–. Por ello, de los muchos ejemplos que hay, ofreceré tan sólo una indicación cierta de la integridad del pueblo llano en la antigüedad.

Cuando Mario y Cinna permitieron a la plebe romana saquear los hogares de los poderosos que habían sido proscritos[53], sus rudos caracteres, acostumbrados a respetar a los demás, les hicieron no abusar de las desgracias ajenas, de tal modo que nadie, por pobre o humilde que fuera, aprovechó esa oportunidad de lucrarse a costa de la desgracia de otros.

30.8.10. Además, Valentiniano tenía tan arraigado en su interior el vicio de la envidia que, aunque sabía que muchas ve-

[53] En el 87 a.C.

ces los vicios suelen tener apariencia de virtudes, decía que el rigor y la severidad son compañeros inseparables del gobierno correcto.

Y como las personas ya encumbradas piensan que para ellos todo es lícito, y tienden a sospechar de los contrarios y a atacar a los mejores, Valentiniano odiaba a las personas bien vestidas, a los eruditos, a los ricos y a los nobles. Lo que pretendía realmente era que pareciera que él era el único que destacaba en las buenas artes, vicio en el que, según hemos leído, se vio inmerso también el emperador Adriano[54].

30.8.11. Este mismo príncipe, con gran frecuencia, acusaba a los timoratos, llamándoles sórdidos e inmundos, y considerándoles inferiores al resto de los mortales. Pero también él, en ocasiones, palidecía más que nadie por temores infundados y, en su interior, temía algo irreal.

30.8.12. Cuando Remigio, el maestro de oficios, comprendió esto y se dio cuenta de que Valentiniano estaba furioso por algo que había ocurrido, entre otras noticias, le anunció que se estaban produciendo algunos levantamientos bárbaros. El emperador, al escucharle, se quedó parado de miedo y se volvió tan sereno y clemente como el propio Antonino Pío[55].

30.8.13. Nunca eligió intencionadamente a jueces malvados, pero si en alguna ocasión se enteraba de que algunos elegidos como tal se estaban comportando con crueldad, decía que había encontrado a un nuevo Licurgo y a otro Casio[56], pilares de la antigua justicia. Y escribiéndoles con frecuencia, les animaba a que castigaran con severidad incluso las faltas más leves.

---

[54] Cfr. Spartianus, *Hadrian*. 15; Suet, *Calig*. 35.

[55] Cfr. 16,1,4 donde en una alabanza a Juliano se le comparaba también por su bondad con Antonino Pío, emperador del 132 al 168.

[56] Cfr. 22,9,9; 26,10,10. Tanto Casio, que fue pretor en el 111 a.C., como Licurgo, político y juez ateniense contemporáneo de Demóstenes, son mencionados con frecuencia en la literatura clásica como ejemplos de severidad a la hora de emitir sus jucios. Cfr. Plaut, *Bacch*. 111; Cic, Brut. 25,97; Val. Max, 3,7,9; Plut, *Vitae* X *Orat*. 541; Diod. Sic. 16,88,1.

30.8.14. Aquellos desafortunados sobre los que se había cebado la mala suerte no encontraban ni refugio ni bondad alguna en el príncipe, que ha sido siempre como el ansiado puerto para los que se ven inmersos en un mar agitado, ya que, según enseñan los filósofos, el objetivo de una autoridad justa es el bienestar y la salvación de sus súbditos.

30.9. Sus virtudes

30.9.1. Después de lo anterior, es justo mencionar ahora las acciones de Valentiniano que merecen ser imitadas y aplaudidas por los hombres de pro. Ciertamente, si el emperador hubiera conseguido ser tan moderado en lo demás como en esto, su vida habría sido semejante a la de Trajano o a la de Marco Aurelio.

Era realmente benévolo con los provinciales y, en todas partes, suavizó la carga de los tributos. Estuvo muy acertado a la hora de fundar ciudades y líneas defensivas. Hacía cumplir como nadie la disciplina militar y se equivocó sólo en esto, en que mientras que castigaba incluso las faltas más leves de los soldados, no ponía freno a la maldad de sus generales más ilustres, permaneciendo sordo ante las quejas que, en ocasiones, se produjeron contra ellos. Ésa fue precisamente la causa de las revueltas británicas, de la devastación de África y del saqueo del Ilírico.

30.9.2. Tanto en casa como fuera era casto y pudoroso, pues no se sentía atraído por ningún vicio obsceno, ni por ningún deseo incestuoso. Gracias a esto, consiguió mantener en su sitio a los miembros de la corte real, a los que pudo poner a raya fácilmente por ser muy estricto consigo mismo. No mostró ningún trato de favor hacia sus seres queridos, a los que concedió el retiro o bien honores mediocres, con la excepción de su hermano, al que, forzado por las circunstancias, permitió que compartiera con él el poder imperial.

30.9.3. Fue muy cuidadoso a la hora de conceder las más altas dignidades. Durante su mandato, ningún prestamista rigió

una provincia y no se vendió ningún cargo. Si bien esto sí sucedió en alguna ocasión en los inicios de su reinado, momento en el que suelen cometerse algunas acciones criminales con la esperanza de engañar al nuevo emperador.

30.9.4. Fue muy astuto y prudente tanto a la hora de promover guerras como de acabar con ellas, estando como estaba endurecido por los ardores y el polvo del combate. Era muy hábil para dar buenos consejos o para disuadir de algún mal plan. Estricto vigilante de todos los órdenes y clases militares. Escribía bien, pintaba y modelaba con gusto, inventor de nuevas armas. Tanto su memoria como su lengua eran muy vivas, aunque hablaba poco, y casi se le podría considerar como elocuente. Amante de la pulcritud, le gustaban los banquetes selectos, pero no extravagantes.

30.9.5. Finalmente, su principado destacó por la moderación, ya que se mantuvo neutral entre las distintas religiones. No atacó a nadie, ni le ordenó que siguiera un culto u otro. No utilizó edictos amenazadores para obligar a sus súbditos a seguir su propia religión, sino que permitió que estos cultos siguieran tal como los encontró.

30.9.6. Su cuerpo era musculoso y fuerte. Su cabello y su piel brillaban por igual. Tenía los ojos grises, con una mirada fija y dura. Tenía una buena estatura y andaba erguido, cualidades que conformaban, pues, a una persona digna de la majestad imperial.

30.10.[57] El joven Valentiniano, hijo de Valentiniano, es nombrado Augusto en un campamento en Bregecio

30.10.1. Después de leer la última voluntad del emperador, prepararon su cuerpo para el funeral, ya que había que lle-

[57] Es el año 375.

varlo a Constantinopla y enterrarlo entre los demás emperadores divinizados. Mientras tanto, se suspendió la campaña que se avecinaba, porque se temía el comportamiento de las cohortes galas, que no siempre se han mantenido leales a la voluntad de los príncipes legítimos, y de las que, como se consideraban árbitros del destino del imperio, se esperaba que realizaran algún intento si se les presentaba alguna ocasión.

Además, lo que les hacía concebir mayores esperanzas de conseguir algún cambio era el que Graciano, desconocedor entonces de lo que había sucedido, se hallaba aún en Trier, donde su padre le había propuesto que le aguardara cuando se dispuso a emprender la marcha.

30.10.2. En una situación tan angustiosa, sentían todos el mismo temor, ya que, de producirse algún peligro, iban a sufrirlo todos los que compartían la misma nave.

Se impuso, pues, la opinión de los primeros oficiales, en el sentido de que, una vez destruido el puente que habían construido antes forzados por la necesidad al invadir las tierras enemigas, se hiciera venir rápidamente a Merobaudes por orden de Valentiniano, que seguía entonces con vida.

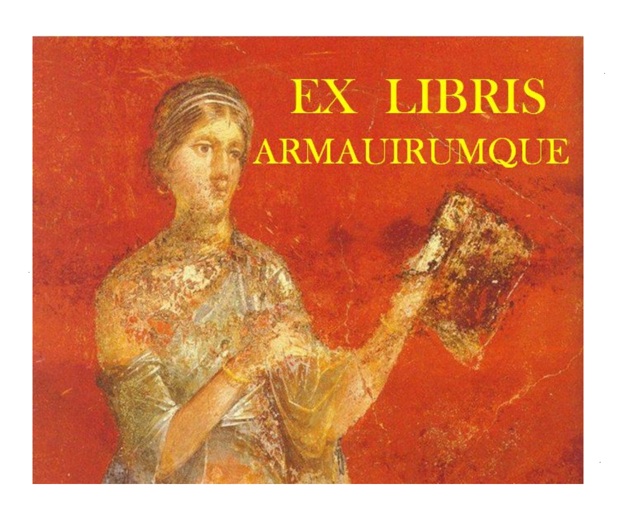
30.10.3. Éste, siendo como era un hombre muy astuto y enterado de lo que había sucedido, ya por sí mismo o por la información del mensajero, sospechando que los soldados galos iban a romper el pacto, fingió que se le habían enviado órdenes para que volviera con el mensajero citado y para que vigilara las riberas del Rin, ya que los bárbaros estaban soliviantados. Además, tal como se le había encomendado en secreto, envió muy lejos a Sebastiano, que aún ignoraba la muerte del príncipe. Y es que Sebastiano era un hombre tranquilo y moderado, pero muy bien considerado por los soldados, de manera que debían tener cuidado con él.

30.10.4. Cuando Merobaudes volvió, deliberaron cuidadosamente y decidieron que Valentiniano, hijo del emperador muerto, un niño de cuatro años de edad, compartiera el

mando del imperio. El niño en cuestión estaba a cien millas viviendo con su madre Justina en una villa llamada Murocincta[58].

30.10.5. Cuando esta decisión fue confirmada por la aprobación general, Cereal, el tío del niño, fue enviado rápidamente allí, le colocó sobre una litera y le llevó al campamento como emperador legítimamente nombrado, para que fuera declarado Augusto seis días después de la muerte de su padre.

30.10.6. Y aunque, mientras sucedía esto, se pensaba que Graciano no iba a conformarse viendo que había sido elegido otro príncipe sin su consentimiento, lo cierto es que, sin embargo, vivieron tranquilos y sin temor porque Graciano, como hombre benévolo y piadoso, trató y veló amorosamente por la educación del niño.



[58] Será Valentiniano II, a quien no hay que confundir con otro Valentiniano, hijo de Valente.

LIBRO 31

31.1. Prodigios que presagian el asesinato del Augusto Valente y la derrota ante los godos

31.1.1. Mientras tanto, la rápida rueda de la Fortuna, alternando como siempre desgracias y éxitos, armó tanto a Belona como a sus compañeras las Furias, y produjo en Oriente tristes calamidades, que fueron presagiadas clara y verazmente por augurios y portentos.

31.1.2. Por ejemplo, además de otras muchas predicciones correctas de arúspices y augures, podemos mencionar lo siguiente: los perros saltaban cuando aullaban los lobos; las aves nocturnas entonaban un canto quejoso y lastimero; los tibios destellos del sol al amanecer no dejaban paso a un día claro; en las disputas y revueltas de la plebe en Antioquía, era normal que cualquiera creyera que le estaban tratando mal y gritara sin problema: «Que quemen vivo a Valente».

Además, con frecuencia, se escuchaban voces de pregoneros que ordenaban que se acumulara madera para prender fuego a los baños de Valente, que habían sido promovidos por el propio emperador.

31.1.3. Estos hechos presagiaban, aun sin decirlo claramente, que éste era el tipo de muerte que aguardaba al empera-

dor[1]. Por otra parte, la imagen fantasmagórica del rey de Armenia y las sombras melancólicas de los ejecutados poco tiempo atrás por el asunto de Teodoro[2] aterrorizaban a muchos durante la noche, ya que se les aparecían en sueños entonando lúgubres canciones.

31.1.4. Incluso, encontraron a una ternera muerta con el pescuezo cortado, muerte que indicaba dolor y llanto general por funerales públicos. Finalmente, cuando se abatieron las viejas murallas de Calcedonia para edificar unos baños en Constantinopla[3], al apartar las piedras, en una losa cuadrada que estaba escondida en mitad de la construcción, aparecieron grabados unos versos que revelaban claramente lo que iba a suceder:

31.1.5. «Pero cuando jóvenes ninfas disfruten paseando y bailando por las calles festivas de la ciudad, y cuando se construya una pared como funesto refugio para un baño, entonces ingentes masas de hombres armados de muchas razas cruzarán la corriente del Íster[4] para destruir la tierra Escítica y los campos de Misia[5]. Pero cuando recorra la Panonia con locas esperanzas, el final de su vida y la batalla caerán sobre él».

31.2. Acerca de la tierra y de las costumbres de los hunos, de los alanos y de otros pueblos asiáticos

31.2.1. Personalmente creemos que la semilla de todo ese desastre y el origen de las distintas desgracias avivadas por Marte –que encendió y agitó la situación con insólitas chispas– es el siguiente:

---

[1] Es decir, morir abrasado.

[2] Cfr. 29,1,8 y ss.

[3] Querían castigar a los habitantes de Calcedón por haber ayudado al usurpador Procopio (26,8,2), y las termas que pretendían construir son las termas de Constantino.

[4] El Danubio.

[5] Provincia de Asia Menor.

El pueblo de los hunos, poco nombrado en las historias de la antigüedad, habita al otro lado de la pantanosa Meotis, junto a un helado océano y sobrepasa todos los límites de la crueldad.

31.2.2. Pues bien, entre ellos, como a los niños, desde el mismo momento en que nacen, les cubren las mejillas con metal, cuando llegada cierta edad el pelo comienza a salirles, se debilita ante los obstáculos, de manera que envejecen sin que les haya salido la barba y sin belleza alguna, semejantes a eunucos. Tienen todos el cuerpo robusto y firme, el cuello muy fuerte. Son extraordinariamente deformes y grandes hasta tal punto que los confundirías con bestias de dos pies, o con esas estacas que se utilizan para adornar los puentes cuando los construyen.

31.2.3. Con aspecto humano a pesar de su rudeza, llevan una vida tan agreste que no precisan fuego, ni alimentos sabrosos, sino tan sólo raíces de hierbas salvajes. Se alimentan con carne de cualquier animal casi cruda, ya que tan sólo la calientan ligeramente colocándola entre sus piernas y los lomos de sus caballos.

31.2.4. Jamás se cobijan bajo techo. Todo lo contrario, rechazan las viviendas como si se trataran de sepulcros inútiles para su vida. Entre ellos no puede encontrarse ni siquiera una cabaña realizada con cañas, porque andan errantes por montes y bosques, y desde la niñez están acostumbrados a soportar los fríos, el hambre y la sed.

Cuando salen de su territorio, no se resguardan bajo techo, a no ser que se vean forzados a ello por una necesidad extrema. Y es que, cuando están a cubierto no se sienten seguros.

31.2.5. Se cubren con telas de lino o con pieles de ratones silvestres, y llevan siempre la misma ropa. Ahora bien, una vez que se han puesto sobre los hombros una sórdida túnica, no se la quitan ni se la cambian hasta que no se les cae a trozos raída ya por el largo uso.

31.2.6. Se cubren la cabeza con cascos curvados y protegen sus piernas velludas con pieles de cabra. Llevan zapatos realizados sin maña alguna, lo cual les impide andar libremente. Esto hace que no sean muy hábiles para la lucha a pie, y que estén prácticamente pegados a sus caballos, unos caballos de gran resistencia pero nada vistosos. En ocasiones montan sobre ellos como lo hacen las mujeres y así realizan sus tareas habituales. No en vano, cualquiera de este pueblo, durante el día o la noche, compra o vende montado sobre su caballo y así también come, bebe e, incluso, inclinado sobre la estrecha cerviz de su caballo, dormita y cae en un sopor tan profundo que puede llegar a tener varios sueños.

31.2.7. De ese mismo modo[6] tratan los asuntos serios y deliberan como si fueran una sola persona. No están sometidos a ninguna autoridad regia, y tan sólo obedecen a un confuso grupo de nobles, enfrentándose así a todo tipo de situaciones.

31.2.8. En ocasiones luchan cuando se les provoca y acuden a la batalla en grupos mientras distintos tipos de instrumentos lanzan su ronco sonido.

Como son ligeros y muy rápidos a la hora de combatir, lanzan a propósito ataques por sorpresa y cuando, de forma desordenada, se desplazan causando grandes matanzas, su rapidez es tal que pueden atacar un valle o saquear un campamento enemigo sin ser vistos.

31.2.9. Hay además un motivo que les hace ser considerados con razón como los guerreros más duros. Y es que, como luchan a distancia, disparan armas que cuentan con huesos afilados en vez de punta, y que están realizadas con una técnica extraordinaria. Después, una vez que recorren la larga distancia que les separa del enemigo y luchan cuerpo a cuerpo con espadas, lo hacen sin temor por su propia vida. Y mientras los enemigos temen recibir las heridas provocadas por sus armas,

[6] Es decir, montados sobre sus caballos.

les lanzan una especie de correas entrelazadas que se lían en torno a sus piernas y les impiden montar a caballo o caminar.

31.2.10. Entre ellos no se trabaja la tierra, ni se utiliza nunca la esteva. En efecto, andan todos errantes, sin rumbo fijo, sin hogar, sin ley ni sustento establecido. Son, pues, semejantes a fugitivos que llevan siempre consigo las carretas en las que habitan. Es allí donde sus mujeres les tejen sus ropas rudimentarias, donde conviven con ellos, paren y crían a sus hijos hasta que éstos alcanzan la pubertad.

Entre ellos nadie puede responder a la pregunta de dónde ha nacido, pues fue concebido en un lugar, nació en otro lejos de allí y fue criado en otro más lejano aún.

31.2.11. Son desleales y volubles en los acuerdos, porque se dejan llevar por el más mínimo soplo de una nueva esperanza, achacando esto a su carácter impetuoso. Semejantes a animales irracionales, no distinguen en absoluto entre lo honesto y lo deshonesto. Sus palabras son ambiguas y enrevesadas, y jamás han respetado una creencia o religión. Por ello, como arden en deseos de conseguir oro, y son tan volubles e irascibles, en ocasiones, llegan a romper en un mismo día varios acuerdos con algún aliado y, sin que nadie intervenga, se reconcilian con él.

31.2.12. Este pueblo rudo e indomable, ávido de apoderarse de lo ajeno, gracias a sus rapiñas y a las matanzas de pueblos vecinos, a los que han hecho sucumbir, han extendido sus dominios hasta los alanos, llamados antiguamente masagetas.

Así pues, ya que el relato me ha llevado hasta ellos, creo necesario contar de dónde son y qué tierras habitan, aclarando así las confusas explicaciones de los geógrafos, quienes sólo después de ofrecer múltiples y distintas versiones, llegan al fin a la verdad[7].

[7] El texto es fragmentario en este pasaje, de manera que no se sabe bien si Amaino critica a los geógrafos en general o sólo acerca de este tema.

31.2.13. El Íster[8], con el abundante caudal de agua recibido de sus afluentes, baña el territorio de los saurómatas. Éstos habitan en una zona que se extienden hasta el río Tanais[9], que separa Asia de Europa.

Al otro lado del río encontramos la extensísima y desértica región de Escitia, habitada por los alanos, denominación tomada a partir de las montañas así llamadas. Estas gentes, al igual que los persas, consiguieron poco a poco incluir en la denominación de escíticos a naciones limítrofes después de diversas victorias.

31.2.14. Entre ellos, los nervios habitan las regiones interiores, en un emplazamiento situado junto a unos altos picos azotados por Aquilones, recortados y muy peligrosos debido a la abundancia de hielo.

A continuación encontramos a los vidinos y a los gelones, de terrible fiereza, porque arrancan la piel de los cadáveres de sus enemigos y, con ella, se hacen ropas y una especie de cobertor para los caballos.

Junto a los gelones habitan los agatirsos, que se tiñen la piel y el cabello de color azul, aunque mientras que la gente humilde se pinta pequeñas manchas repartidas por el cuerpo, los nobles se pintan trozos mayores.

31.2.15. Después de ellos, sabemos que, errantes por una amplia extensión, viven los melanclenas y los antropófagos, que se alimentan de carne humana y que, a causa de esta costumbre abominable, viven aislados ya que todos los pueblos vecinos han huido a lugares lejanos.

Ésta es también la razón por la que toda esta zona nororiental ha permanecido deshabitada hasta que se llega a la región de los seras[10].

---

[8] Es decir, el Danubio.

[9] El Don.

[10] Pueblo que habitaba en el centro y este de Asia. Cfr. 23,6,64.

31.2.16. Por otra parte, cerca del territorio de las amazonas, encontramos que los alanos se extienden hacia Oriente y se dividen en naciones amplias y populosas. Llegan hasta Asia en una zona que, según tengo entendido, alcanza hasta el río Ganges, que surca las tierras de los indos y desemboca en el Océano Austral.

31.2.17. Así pues, los alanos, de los que no voy a mencionar ahora sus pueblos, a pesar de estar diseminados por ambas partes del mundo[11], aunque están separados por una gran extensión y vagan por inmensas llanuras como nómadas, sin embargo, con el transcurso del tiempo han sido agrupados bajo la denominación general de alanos, ya que coinciden en las costumbres, en su fiero modo de vida y en el armamento.

31.2.18. Y es que, entre ellos, no encontramos ningún tipo de vivienda. No se preocupan de trabajar el campo. Se alimentan de carne y de una gran cantidad de leche. Habitan en una especie de carretas que cuentan con una cubierta curvada realizada con cortezas y que les llevan a través de interminables desiertos.

Cuando llegan a un lugar fértil, colocan sus carretas en círculo y comen como animales. Después, una vez que han terminado con todo, se llevan sus «ciudades» sobre sus vehículos. En ellos tienen relaciones hombres y mujeres, en ellos nacen y se crían sus hijos. Son, pues, sus viviendas permanentes, de manera que, vayan a donde vayan, consideran que ése es su hogar.

31.2.19. Llevan delante de ellos manadas que pastorean junto a sus rebaños, y cuentan sobre todo con ganado equino. En ese territorio, los campos están siempre verdes y encontramos también por todas partes lugares ricos en árboles frutales. Por eso, allá donde van, no carecen de alimento, ni de

---

[11] Europa y Asia.

pasto, gracias a la humedad del suelo y a los caudalosos ríos que lo surcan.

31.2.20. Así pues, todos los que no pueden luchar debido a su edad o a su sexo, permanecen junto a las carretas ocupados en tareas sencillas. Pero los jóvenes se acostumbran desde la niñez a montar a caballo y consideran vil el andar a pie, de manera que todos ellos, gracias a esta buena formación, son prudentes guerreros. No es extraño pues que los persas, de origen también escita, destaquen tanto en la lucha.

31.2.21. Casi todos los alanos son altos y bien parecidos. Sus cabellos tienden a rubios. Asustan por su mirada, a pesar de no ser muy agresiva. Sus brazos son ligeros. Se parecen algo a los hunos, aunque su forma de vida y sus costumbres no son tan fieras. En sus salidas y expediciones de caza llegan hasta el mar Maeótico, el Bósforo Cimerio y, asimismo, hasta Armenia y la Media.

31.2.22. Si los hombres prudentes y de vida sosegada anhelan la tranquilidad, a ellos les agradan los peligros y las guerras. Para ellos es afortunado quien ha perdido su vida en la lucha y, en cambio, insultan a los que llegan a la vejez o a los que mueren de forma accidental, acusándoles de degenerados y cobardes. Además, cuando matan a un hombre, nada les enorgullece más como prenda triunfal que arrancarle la cabeza, cortarle el cuero cabelludo y colocarlo sobre sus caballos a modo de adornos de guerra.

31.2.23. Para los alanos no hay templos ni lugares sagrados. No encontramos entre ellos ningún tipo de vivienda techada. Ahora bien, a la manera bárbara, clavan una espada desenvainada en el suelo y la veneran como su dios guerrero, divinidad que preside las regiones que van recorriendo.

31.2.24. Presagian el futuro de una forma admirable: atan cañas muy rectas, las separan en un momento determinado después de realizar ciertos ritos secretos, y así conocen lo que predicen.

31.2.25. Desconocen cualquier tipo de esclavitud, ya que todos proceden de sangre noble y eligen como líderes a aquellos hombres de experiencia reconocida en la guerra.

Pero sigamos ya con la narración del tema central de nuestra obra.

31.3. Los hunos consiguen aliarse con los alanos de Tanais obligándoles tanto mediante la lucha como por un acuerdo. Atacan a los godos y los expulsan de su territorio

31.3.1. Así pues, los hunos, una vez invadidas las regiones de los alanos conocidos tradicionalmente como tanaitas –que habitan junto a los greutungos–, después de asesinar y de robar a muchos de ellos, hicieron un tratado con los demás. Y así, contando con esta ayuda, atacaron ya más confiados y por sorpresa los extensos y fértiles territorios de Ermenrico.

Era éste un rey muy belicoso, temido por los pueblos vecinos debido a sus numerosas y valerosas hazañas.

31.3.2. Azotado, pues, por esta súbita tempestad, intentó aguantar y permanecer firme durante bastante tiempo. Pero, como la fama iba exagerando las calamidades que se le venían encima, se libró de ese serio peligro suicidándose.

31.3.3. Tras su muerte, fue elegido rey Vitimiris, que resistió durante algún tiempo a los alanos, pues confiaba en otros hunos a los que había comprado. Pero, después de soportar muchas derrotas, murió en combate superado por las armas enemigas.

En representación de su hijo Viderico, que era aún pequeño, tomaron las riendas de la situación Alateo y Saphrax, generales del ejército de valor reconocido. Éstos, forzados por las circunstancias y sin ninguna esperanza en la lucha, tomaron la prudente decisión de retirarse, llegando así al río Danastio, que corre por una amplia llanura situada entre el Íster y el Borístenes [12].

---

[12] Es el actual Dnieper.

31.3.4. Cuando se enteró de esta situación inesperada Atanarico, jefe de los tervingos, contra quien, como hemos apuntando antes [13], se había dirigido Valente por haber prestado ayuda a Procopio, intentó permanecer firme, dispuesto a levantarse en armas al igual que los demás si también él era atacado.

31.3.5. Finalmente, estableció su campamento junto a la orilla del Danastio, a una distancia prudencial de los greutungos, y envió en avanzadilla hasta una distancia de veinte millas, a Munderico, que después estuvo al frente de la frontera de Arabia. Éste, junto con Lagarimano y otros nobles, debían vigilar la llegada de los enemigos mientras él preparaba sus tropas sin que nadie le molestara.

31.3.6. Sin embargo, el resultado fue muy distinto al que él esperaba, porque, como los hunos son muy astutos, sospecharon que les aguardaba por detrás un contingente más numeroso y pasaron por alto a los que vieron a su paso, descansando como si no temieran que nadie fuera a turbar su paz.

Pero cuando la luna iluminó la oscuridad de la noche, atravesaron el río por el vado que les pareció más propicio y, temiendo que algún espía enviado como adelantado alertara a los soldados situados más lejos, se dirigieron en una rápida incursión contra el propio Atanarico.

31.3.7. Éste no pudo responder al primer ataque y, después de perder a algunos de los suyos, se vio obligado a huir y a buscar la protección de unos bosques de difícil acceso.

Ante lo inesperado de esta situación y temiendo aún más lo que se le venía encima, levantó una alta muralla desde la orilla del río Geraso hasta el Danubio, que bordea el territorio de los taifalos. Y es que pensaba que salvaría su vida si levantaba esta protección con prudencia y rapidez.

---

[13] Cfr. 27,5,6.

31.3.8. Pero mientras iban preparando esta laboriosa construcción, los hunos, en rápido avance, comenzaron a atacarles y, de hecho, los hubieran derrotado a su llegada de no haber desistido, por ir demasiado cargados con los botines conseguidos.

Sin embargo, como entre los restantes pueblos godos se había extendido el rumor de que una nación desconocida hasta entonces, semejante a un alud de nieve que se precipita desde lo alto de las montañas, estaba destruyendo y saqueando todo lo que encontraba a su paso, la mayor parte de las gentes, que habían dejado ya solo a Atanarico debido a la escasez de productos necesarios, intentaron buscar un nuevo hogar alejado y desconocido para los bárbaros.

Después de pensarse durante bastante tiempo el sitio al que irían, creyeron que Tracia sería una buena elección por dos razones: por la gran fertilidad de su suelo y porque, gracias a la anchura del curso del Danubio, estaba alejada de las tierras que estaban ya expuestas a los desastres de la guerra contra los bárbaros.

Todos estuvieron de acuerdo con esta idea.

31.4. La mayor parte de los godos conocidos como tervingos, expulsados de sus tierras, son conducidos por los romanos a Tracia con el consentimiento de Valente, después de que prometen entregar a cambio recompensas y ayuda militar. También los godos greutungos atraviesan a escondidas el Íster sobre sus naves

31.4.1. Así pues, conducidos por Alavivo, ocuparon la orilla del Danubio y enviaron a Valente mensajeros que suplicaron humildemente ser recibidos, prometiendo que llevarían una vida tranquila y que, si la situación así lo exigía, le prestarían ayuda militar.

31.4.2. Mientras se producían estos hechos en el exterior, rumores terribles difundieron que las gentes del norte estaban soportando calamidades insólitas y peores que las ocurridas

hasta el momento. Y es que, en toda la zona que se extiende desde los marcomanos y los cuados hasta el Ponto, una multitud bárbara de pueblos desconocidos, expulsados de su territorio por un ataque inesperado, se habían diseminado en torno al Íster junto con sus familias.

31.4.3. Al principio, los nuestros se mostraron reticentes a aceptar este pacto, porque en aquellas regiones no solían escucharse noticias de guerras lejanas hasta que éstas habían terminado y se habían calmado ya.

31.4.4. Pero cuando la noticia fue confirmándose y se vio reforzada, además, por la llegada de los legados extranjeros que suplicaban que recibiéramos a su pueblo en nuestra orilla del río, se produjo más alegría que temor. Además, aduladores expertos alababan la buena fortuna del príncipe, que había conseguido un contingente de tropas tan numerosas y procedentes de tierras muy alejadas, de manera que, casi sin esperarlo, uniendo sus propias tropas y las extranjeras, tendría un ejército invencible.

Y añadían que, aparte de la ayuda militar que las provincias aportarían anualmente, su tesoro se vería incrementado con una gran cantidad de oro.

31.4.5. Movidos por la esperanza de alcanzar lo prometido, enviaron a varios oficiales con vehículos apropiados para transportar a esta salvaje nación. Y pusieron todo el empeño posible para que no quedara nadie que pudiera atacar en el futuro al pueblo romano, ni siquiera alguien afectado por una fatal enfermedad.

Así pues, una vez que el emperador consintió que esa gente atravesara el Danubio y se asentara en regiones de Tracia, se les transportó apiñados durante varios días y noches a bordo de naves, barcas y troncos de árboles ahuecados.

Pero como este río era, con mucho, el más peligroso de todos y, además, estaba crecido entonces por la gran cantidad de lluvia caída, su enorme caudal hizo que se ahogaran muchos que intentaban luchar contra la fuerza de las aguas.

31.4.6. Lo cierto es que la avidez y el empuje de estos hombres fue causando de este modo la destrucción del mundo romano.

Ahora bien, no es ni desconocido ni incierto que los infaustos encargados de transportar a este pueblo bárbaro intentaron en varias ocasiones contarlos, pero desistieron frustrados de este intento ya que, como menciona el famoso poeta: «El que quiera saber esto es como si quisiera saber cuántos granos de arena del desierto Libio son arrastrados por el Céfiro» [14].

31.4.7. Que recuerden historias antiguas cómo fueron conducidas a Grecia las tropas persas, pues mientras narran cómo levantaban puentes en el Helesponto y buscaban el mar a los pies del monte Atos mediante una construcción laboriosa [15] contando los batallones del ejército en Dorisco [16], toda la posteridad lo ha considerado como fábulas.

31.4.8. Porque cuando ingentes muchedumbres se extendieron y se diseminaron por las provincias, asentándose en las amplias llanuras y llenando todos los valles y las cimas de las montañas, también entonces, con este nuevo ejemplo, se confirmó la veracidad de los relatos de la antigüedad.

Primero fueron recibidos Fritigerno y Alavivo, a quienes el emperador había ordenado que se les entregaran alimentos para la ocasión y campos que cultivar.

31.4.9. Durante ese tiempo, cerradas ya las fronteras de nuestro territorio, mientras las tropas bárbaras se esparcían como cenizas del Etna, el difícil trance que estábamos viviendo reclamaba la presencia de personas de brillantez probada que remediaran la situación militar.

Pero, como si les guiara una divinidad adversa, buscaron a hombres corruptos para ponerles al frente del poder castrense. Entre ellos, sobresalían Lupicino y Máximo, el uno

---

[14] Verg, *Georg.* 2,106 y ss.
[15] Es decir, construyendo un canal.
[16] Cfr. Hdt. 7,60.

comandante general en Tracia, el otro un líder criminal, pero ambos de igual temeridad.

31.4.10. La peligrosa ambición de estos dos hombres fue la causa de todos los males. Pues, para omitir otros delitos que, por causas funestas, o los cometieron ellos mismos, o bien permitieron que se cometieran contra extranjeros que llegaban sin culpa alguna, bastará mencionar un hecho lamentable e insólito que no tendría perdón ni siquiera si fueran ellos mismos quienes lo juzgaran.

31.4.11. Y es que, cuando los bárbaros que habían sido conducidos a esas regiones lo estaban pasando mal por la falta de alimento, estos abominables generales planearon comerciar del siguiente modo: reunieron todos los perros que su ambición pudo hallar por cualquier parte y se los entregaron a cambio de obtener un esclavo por cada perro, dándose incluso el caso de que, entre éstos, figuraban hijos de los nobles bárbaros.

31.4.12. Durante esos mismos días, Viterico, rey de los greutungos, así como Alateo y Saphrax, a cuya voluntad estaba sometido, además de Farnobio, al acercarse a la orilla del Danubio, enviaron rápidamente mensajeros al emperador para que le suplicaran que también ellos fueran acogidos y tratados con humanidad.

31.4.13. Pero como los mensajeros no fueron recibidos, ya que ésta era la decisión que, según parecía, favorecía al bien común, se angustiaron sin saber bien qué hacer. Entonces Atanarico, que temía una respuesta similar, se marchó al acordarse de que, en una ocasión, cuando estaban firmando un tratado de amistad, había despreciado a Valente. Y es que, con la excusa de que, por sus convicciones religiosas, no podía pisar suelo romano, obligó al emperador a firmar el trata-

[17] Cfr.27,5,6.

do en medio del río[17]. Temiendo, pues, que el emperador estuviese enojado aún, marchó junto a todos los suyos a Caucalanda, un lugar inaccesible por la espesura de los bosques y la altura de sus montañas, aunque para ello antes tuvo que echar de allí a los sármatas.

31.5. Los tervingos, llevados por el hambre, la precariedad y los malos tratos recibidos, y comandados por Alavivo y Fritigerno, se rebelan contra Valente y se unen a Lupicino

31.5.1. En cuanto a los tervingos, a los que sí se les había permitido cruzar el río con anterioridad, se encontraban aún vagabundeando por los alrededores, ya que se encontraban con una doble dificultad: que, por la malvada actuación de los dos generales, no se les proporcionaban los víveres necesarios y, además, se veían inmersos en el abominable tráfico de esclavos antes mencionado[18].

31.5.2. Al darse cuenta de su situación, ante los males que les atenazaban, empezaron a pensar que debían rebelarse. Pero Lupicino, temiendo esta posibilidad, envió soldados para que les obligaran a marchar con más rapidez.

31.5.3. Los greutungos, entonces, aprovecharon esta oportunidad y, al ver que los soldados estaban ocupados en otra misión y que estaban varados los barcos que solían recorrer el río en ambas direcciones y que les prohibían cruzarlo, atravesaron la corriente en unas barcas rudimentarias y dispusieron su campamento muy lejos de Fritigerno.

31.5.4. Pero éste, previsor como siempre y preparado frente a lo que pudiera suceder, intentó, por una parte, mantenerse leal al emperador, pero, por otra, seguir unido a los podero-

---

[18] Cfr. 31,4,11.

sos reyes godos, de manera que avanzó lentamente y, con esta treta, llegó tarde a Marcianópolis. Allí se produjo otro hecho aún más atroz, que prendió ya las chispas del fuego que causaría la ruina general.

31.5.5. Después de invitar a Alavivo y a Fritigerno a un banquete, Lupicino colocó soldados frente a la muchedumbre bárbara, manteniéndola así alejada de las murallas y, cuando ésta pidió con súplicas una y otra vez que se les permitiera entrar para obtener los víveres necesarios, ya que se habían mostrado leales y sumisos a Roma, surgieron fuertes disputas entre los que estaban en el interior y los que estaban fuera, disputas que hicieron ya inevitable la lucha.

Además, los bárbaros, furiosos y conscientes de que les estaban arrebatando a la fuerza a algunos de sus seres queridos, atacaron y mataron a un gran número de soldados.

31.5.6. Cuando el mencionado Lupicino se enteró por un mensaje secreto de lo que había sucedido, estaba disfrutando de los placeres de la mesa y de la música, y después de un largo banquete, se sentía ebrio y somnoliento. Previó entonces lo que sucedería y mató a todos los guardias que acompañaban a los dos generales y que les aguardaban ante el pretorio tanto en señal de respeto como para defender sus vidas.

31.5.7. Cuando la masa que asediaba las murallas recibió entristecida esta noticia, se incrementó el número de los que pretendían vengar a los reyes que ellos creían retenidos a la fuerza y lanzaron múltiples y crueles amenazas.

Entonces, Fritigerno, siendo como era muy astuto, temió que le retuvieran como rehén junto a los demás, y gritó que tendrían que luchar con numerosas pérdidas humanas a no ser que le permitieran salir con sus compañeros para calmar al pueblo, ya que la masa, creyendo que habían matado a sus líderes con una falsa invitación, se había rebelado.

Una vez conseguido lo que pedía, salieron todos y fueron recibidos con aplausos y grandes muestras de alegría, después de lo cual montaron sobre unos caballos y volaron dis-

puestos a suscitar un gran número de enfrentamientos que llevaron realmente a la guerra.

31.5.8. Cuando la Fama, esa malvada incitadora de rumores, difundió estos hechos, toda la nación de los tervingos ardió de ganas de luchar y, entre otros hechos temibles que presagiaban los mayores peligros, con los estandartes izados según la costumbre, rodeados ya por los tristes sones de las trompetas, se lanzaron en rabioso pillaje, saqueando villas, incendiándolas y llevando confusión y ruina a todos los lugares que hallaron a su paso.

31.5.9. Frente a ellos Lupicino, guiado más por el azar que por la razón, condujo precipitadamente a sus soldados, y se detuvieron a nueve millas de la ciudad dispuestos a entablar combate. Los bárbaros, al observarlos, se lanzaron sin precauciones contra nuestras tropas y, golpeando con sus escudos a los soldados, atravesaban con lanzas y espadas a los que les salían al paso.

En esta sangrienta lucha, perecieron los tribunos y la mayor parte de los soldados, perdiendo sus estandartes todos excepto su infausto general, que, preocupado sólo por sí mismo, mientras los demás combatían, se lanzó a una fuga precipitada en busca de la ciudad.

Después de esto, los enemigos, portando las armas romanas, se dispersaron por un amplio territorio sin encontrar oposición alguna.

31.5.10. Como hemos llegado a este punto después de relatar múltiples avatares, suplico a mis futuros lectores, si es que los hay alguna vez, que no me exijan narrar con exactitud lo sucedido, o especificar el número de muertos, por ser una tarea totalmente imposible. Bastante será que no oculte la verdad con mentira alguna y que narre los hechos más importantes pues, al escribir historia, hay que ser totalmente sincero.

31.5.11. Los que desconocen el pasado creen que Roma no ha padecido nunca tantas calamidades como en este momen-

to, pero se equivocan al dejarse llevar por el dolor ante desastres recientes. De hecho, tanto si repasamos el pasado remoto como el reciente, observaremos que tales y tan tristes sucesos se han producido ya en varias ocasiones.

31.5.12. Los teutones y los cimbros salieron de partes remotas del Océano e inundaron Italia. Pero, después de causar enormes desastres en el mundo romano, en los últimos combates fueron derrotados por ilustres generales y así, destruidos por completo, aprendieron al fin el poder de la prudencia cuando se le une la fuerza [19].

31.5.13. Igualmente, durante el mandato del emperador Marco Aurelio, diversos pueblos enloquecieron y se unieron, de manera que, después de guerras terribles, después de apoderarse de ciudades y de saquearlas, después de acabar con las tropas abatidas por la muerte de su buen líder [20], hubieran dejado intactas apenas una pequeña parte de Italia.

31.5.14. Pero, después de esta calamitosa situación, Roma se recuperó gracias a que la molicie de la vida licenciosa aún no había mancillado nuestra sobria tradición, que aún no se veía inmersa en banquetes de manjares exóticos y lujos excesivos. Todo lo contrario, ya que luchando unidos nobles y pueblo bajo, con ese esfuerzo unánime, se lanzaron dispuestos a morir noblemente por el estado como quien se apresura a llegar a un puerto plácido y tranquilo.

31.5.15. En otra ocasión, masas de escitas, habiendo cruzado el mar con dos mil naves, atravesaron el Bósforo y la Pro-

[19] Teutones y cimbros son pueblos germánicos que invadieron Italia en el 113, pero que fueron derrotados por Mario.

[20] Amiano se refiere a Macrinio Vindex, prefecto del pretorio del emperador Marco Aurelio. Macrinio murió luchando contra los marcomanos en el 172, hecho que llevó a Marco Aurelio a honrarle con tres estatuas (cfr. Dio, 71,3).

póntide y causaron también terribles calamidades por tierra y por mar. Pero tuvieron que regresar después de perder a la mayor parte de sus tropas[21].

31.5.16. Los dos emperadores Decios, padre e hijo, cayeron luchando con los bárbaros[22]. Las ciudades de Pamfilia soportaron terribles asedios, muchas islas fueron asoladas, toda Macedonia incendiada.

Durante mucho tiempo una muchedumbre asedió Tesalónica y Cízico. Anchíalos fue tomada a la vez que Nicópolis, ciudad fundada por el emperador Trajano para conmemorar su victoria sobre los dacios[23].

31.5.17. Después de soportar derrotas, así como numerosas y crueles calamidades, Filipópolis fue destruida y, si los anales no mienten, cien mil hombres fueron decapitados en su interior[24].

Enemigos extranjeros se desplazaron libremente por Épiro, Tesalia y por toda Grecia, pero después de que el glorioso general Claudio fuese nombrado emperador y nos fuese arrebatado luego por una noble muerte, fueron expulsados por Aureliano, un hombre poderoso que vengó con gran dureza los daños sufridos, ante lo cual permanecieron tranquilos durante largos siglos con la única excepción de que, posteriormente, algunas bandas realizaron incursiones para saquear los lugares cercanos, si bien esos ataques fueron escasos e incluso perjudiciales para ellos.

Pero volvamos a nuestro relato.

---

[21] En el siglo III.

[22] En el 251.

[23] Cfr. 16,10. Trajano reinó desde el 98 hasta el 117, y sus victorias sobre los dacios fueron muy celebradas, dándosele incluso el sobrenombre de «*Dacicus*» (Dio, C. 9,10; Plin, *Paneg.* 33 y *ep.* 6,27; Aur. Vict, *Caes.* 13; Eutr, 8,2...)

[24] Ciudad de Tracia fundada por Filipo II, rey de Macedonia. Fue tomada primero por los traeios, recuperada como metrópolis de la provincia de Tracia por los romanos y destruida por los godos en el 251.

31.6. Causas que llevaron a Suerido y a Colias, nobles godos que habían sido acogidos anteriormente junto con su pueblo, a rebelarse, matar a los habitantes de Adrianópolis, unirse a Fritigerno y lanzarse al saqueo de Tracia

31.6.1. Cuando un gran número de mensajeros difundieron estos hechos, Suerido y Colias, nobles godos que, junto con su pueblo, habían sido acogidos anteriormente y estaban encargados de proteger el cuartel de invierno situado en Adrianópolis, considerando que su propia vida era lo más importante de todo, observaban con indiferencia todo lo que sucedía.

31.6.2. Pero cuando, de repente, les llegó una carta del emperador en la que les ordenaba cruzar hacia el Helesponto, sin rebelarse, pidieron que se les concedieran medios, alimento y un plazo de dos días.

Ante esto, el principal magistrado de la ciudad, que creía que eran ellos los que habían devastado sus propiedades en los alrededores, no acogiendo bien esta petición, convocó a la plebe más baja y a los fabricantes de armas –de los que había allí un gran número–, y les dio armas para que atacaran a los godos, diciéndoles que se dispusieran a luchar y a afrontar los mayores peligros si no se marchaban rápidamente, tal como se les había ordenado.

31.6.3. Los godos, agitados por esta inesperada y mala noticia, y aterrados al observar a los ciudadanos que se habían reunido, que parecían más agitados que razonables, permanecieron allí. Pero, cansados ya de recibir insultos y agresiones, después de ser alcanzados incluso por el lanzamiento de algunas armas, se rebelaron, mataron a muchos que se habían mostrado más osados que los demás, rechazaron al resto, despojaron de sus ropas y de sus armas a los cadáveres romanos y, al ver cerca a Fritigerno, se unieron a él en calidad de aliados, comenzando ya a preparar contra la ciudad todos los males propios de los asedios.

Esta difícil situación se mantuvo durante algún tiempo en el que realizaron algunas incursiones. En ellas, la audacia de algunos quedó sin venganza, aunque muchos perecieron a causa del lanzamiento de flechas y de piedras enviadas desde la muralla.

31.6.4. Entonces Fritigerno, al darse cuenta de que estos hombres no tenían experiencia en asedios y que estaban luchando en vano con enormes pérdidas, dejó allí tropas suficientes y persuadió al resto para que abandonaran la empresa y se marcharan. Para ello les recordó que allí sólo podrían conseguir una paz con paredes, mientras que podrían estar devastando sin peligro alguno regiones fértiles y ricas que no contaban aún con protección.

31.6.5. Ellos alabaron la determinación del rey, quien, según reconocían, sería un colaborador eficaz para ejecutar el plan, y se dispersaron por toda Tracia avanzando con cautela. En este avance, aquellos a los que derrotaban o hacían prisioneros les mostraban ricos pueblos, sobre todo aquellos en los que se decía que había una gran abundancia de alimentos.

Aparte de su confianza innata, les impulsaba otro hecho: y era que, cada día, se les iba uniendo una multitud de su propio pueblo, entre los que se encontraban gentes vendidas tiempo atrás por mercaderes, o aquellos que, cuando cruzaron por primera vez, y estaban medio muertos de hambre, habían sido intercambiados por un mal vino o por un insignificante pedazo de pan.

31.6.6. A éstos se les iban sumando expertos en buscar minas de oro, y aquellos que no podían soportar la pesada losa de los impuestos, siendo recibidos de muy buen grado por todos, ya que fueron de gran utilidad mientras recorrían lugares desconocidos. No en vano, les mostraban los almacenes secretos de grano y los escondites de las personas.

31.6.7. No es extraño que, con tales guías, no quedara nada intacto, con la excepción de los lugares inaccesibles y abrup-

tos. Sin distinguir sexo o edad, toda aquella zona quedó devastada y fue presa de terribles incendios. Los hijos eran arrebatados del regazo de sus madres y asesinados. Se llevaron a madres, incluso después de que algunas hubieran quedado viudas y hubieran visto morir a sus maridos ante sus propios ojos. Niños pequeños y jóvenes fueron arrastrados entre los cadáveres de sus padres.

31.6.8. Y, ya para terminar, muchos ancianos que clamaban que estaban ya hastiados de vivir, después de perder sus riquezas y a sus bellas esposas, eran arrastrados con las manos atadas a la espalda sobre las cenizas ardientes de sus propios hogares.

31.7. Profuturo, Trajano y Richomeres entablan una lucha incierta con los godos

31.7.1. Las tristes noticias recibidas de Tracia hicieron que el emperador Valente tuviera que ocuparse de diversos problemas. Así, rápidamente envió a Persia a Víctor, comandante de caballería, para que buscara una solución a los problemas que amenazaban a la región de Armenia. Él, por su parte, se disponía a abandonar pronto Antioquía para dirigirse a Constantinopla, aunque envió por delante a Profuturo y a Trajano, generales ambos de gran ambición pero nada hábiles a la hora de luchar.

31.7.2. Cuando éstos llegaron a la zona más propicia para debilitar en grupos pequeños al enemigo mediante escaramuzas y robos, adoptaron una decisión perjudicial e inapropiada, ya que colocaron a las legiones traídas desde Armenia contra los bárbaros, furiosos aún. Y es que estas legiones habían destacado con frecuencia en una batalla propiamente dicha, pero no tenían nada que hacer ante una muchedumbre que se había apoderado de cimas de montañas y de llanuras.

31.7.3. Estas tropas, que aún no conocían el poder de la rabia cuando se une a la desesperación, empujaron a los enemigos hacia los abruptos montes del Hemo y hacia sus re-

cortados desfiladeros, pues de este modo, encerrados en esos lugares desiertos y aislados, sin encontrar salida alguna, se consumirían de hambre, mientras ellos aguardaban al general Frigerido, que se acercaba ya con las tropas panonias y transalpinas. Y es que Graciano, a petición de Valente, había ordenado a Frigerido que se pusiera en marcha para ayudar a aquellos a los que veía expuestos ya a la destrucción total.

31.7.4. Detrás de él, Richomeres, que entonces estaba al mando de las tropas de escolta, atendiendo una orden del mismo Graciano, se puso en marcha desde la Galia hacia Tracia. Conducía unas cohortes, por así llamarlas[25], de las que había desertado gran parte de soldados debido al consejo de Merobaudes, según dijeron algunos, ya que temían que, si la Galia quedaba privada de defensas, sería devastada libremente por gentes que atravesaran el Rin.

31.7.5. Pero como Frigerido no podía moverse a causa de un dolor muscular, aunque, según difundieron algunos malévolos detractores, esto era sólo una excusa para no verse inmerso en terribles combates, Richomeres quedó al mando de todos por acuerdo general, y se unió a Profuturo y a Trajano, que estaban acampados junto a la ciudad de Salices. No lejos de allí, una ingente multitud de bárbaros había colocado sus carretas en forma de círculo y así, rodeados por una especie de murallas, disfrutaban de la paz y del rico botín conseguido.

31.7.6. De este modo, con mejores esperanzas ya para el futuro, los generales romanos estaban dispuestos a realizar una empresa gloriosa si contaban con alguna oportunidad y observaban atentamente todos los movimientos de los godos. Porque, en caso de que intentaran trasladar su campamento, costumbre muy frecuente entre ellos, atacarían por la espalda a los últimos, atravesarían a muchos con sus armas y les quitarían gran parte del botín.

---

[25] La ironía se debe a la escasez de hombres.

31.7.7. Los enemigos, ya fuera porque advirtieron este hecho, o porque se lo notificaron algunos traidores sabedores de lo que sucedía, permanecieron en ese mismo lugar durante bastante tiempo. Pero, asustados ante el ejército al que se enfrentaban y ante la presumible llegada de un nuevo contingente, dieron la señal usual entre sus gentes y reunieron a los distintos grupos que se habían dispersado para saquear toda la región. Éstos, una vez recibida la orden de sus superiores, al momento, como teas ardientes, regresaron volando a su campamento de carros, como ellos mismos lo denominan[26], dando así alas a sus compatriotas para soñar con logros aún más importantes.

31.7.8. Después de esto, no hubo respiro en ninguno de los dos bandos, con la excepción de una breve tregua. Y es que, una vez que regresaron aquellos a los que habían hecho volver por necesidad, mientras toda la muchedumbre bárbara permanecía aún dentro de sus defensas lanzando gritos amenazadores y mostrando su gran fiereza, parecían dispuestos a enfrentarse a los peores peligros. Además, entre ellos se incluían también sus líderes, que habían llegado ya. Pero, como se acercaba el final del día y la llegada de la noche invitaba al descanso, aunque un poco a la fuerza, tomaron algún alimento y permanecieron despiertos.

31.7.9. Tampoco los romanos, conscientes de todo, pudieron dormir, porque temían a sus enemigos y a sus poco razonables líderes como a fieras rabiosas. Ahora bien, aunque sabían que el resultado era incierto por ser muy inferiores en número, sin embargo, confiaban serenos en el triunfo, porque consideraban que su causa era justa.

31.7.10. Tan pronto como amaneció, las trompetas dieron la señal de luchar en ambos bandos. Los bárbaros juraron según

---

[26] *Carrago* es la disposición de los carros en forma circular con fines defensivos.

su costumbre e intentaron alcanzar una zona elevada, desde donde, como si rodaran, podrían caer con más fuerza sobre los enemigos que encontraran a su paso.

Al ver esto, nuestros soldados marcharon todos con premura a sus posiciones, donde permanecieron quietos, sin moverse ni abandonar el lugar establecido.

31.7.11. Así pues, los miembros de los dos ejércitos contendientes, después de avanzar con gran cautela, se detuvieron mirándose fijamente a los ojos con similar fiereza.

Todos los romanos lanzaron su grito guerrero, que se va elevando paulatinamente y que recibe el nombre de barrido[27], con lo cual cobraron ánimos para mayores esfuerzos. En cuanto a los bárbaros alababan a voces a sus mayores y, expresándose cada uno en su propia lengua, se lanzaron al combate contra la infantería ligera.

31.7.12. Después de herirse mutuamente por el lanzamiento de proyectiles y lanzas desde una corta distancia, llegaron frente a frente con duras amenazas y, unidos sus escudos en forma de tortuga, permanecieron unos junto a otros. Los bárbaros, como siempre, atentos y rápidos, lanzaban contra los nuestros enormes mazas requemadas, e intentaban clavar sus espadas en el pecho de los nuestros, que aún resistían, irrumpiendo por el flanco izquierdo. Pero cuando éste ya flaqueaba, un bravo contingente de reserva que estaba oculto allí cerca entró en la lucha sustentando a los que ya veían la muerte cercana.

31.7.13. El combate iba, pues, cobrándose cada vez más bajas. Todos corrían hacia los que veían apiñados frente a ellos y encontraban la muerte a causa de las armas y espadas que, como una tormenta, caían sin cesar.

Los soldados de caballería perseguían a los que intentaban huir y, con fuerte brazo, les cortaban la cabeza de un tajo o les herían en la espalda.

---

[27] Porque se asemeja al de los efefantes.

Por su parte, los soldados de infantería remataban a los que habían caído y no podían moverse porque el miedo les atenazaba.

31.7.14. Cuando todo estuvo ya cubierto por los cuerpos de las víctimas, entre ellos podía verse aún a soldados expirantes que pedían en vano una esperanza para seguir con vida. Unos habían sido heridos por piedras lanzadas con hondas, o por flechas terminadas en puntas de hierro. Las cabezas de otros habían sido seccionadas por la mitad y cada una de las partes pendía sobre los hombros ofreciendo una pavorosa visión...

31.7.15. Pero no saciados aún de la dura lucha, ambos bandos seguían enfrentados en un combate de resultado incierto sin perder vigor, ya que la rabia aumentaba la fuerza de sus cuerpos.

Sin embargo, el atardecer puso fin a esta mortífera batalla y, en desordenada marcha, los supervivientes volvieron tristes a sus tiendas.

31.7.16. Finalmente, después de enterrar y de honrar a algunos muertos en la medida en que lo permitían el lugar y el tiempo, las aves rapaces, acostumbradas ya a alimentarse de carroña en aquella época, devoraron los demás cadáveres, como revelan aún ahora los blancos huesos que cubren esa zona.

Ahora bien, aunque es cierto que los romanos, siendo muy inferiores en número, sufrieron muchas bajas, no es menos cierto que también los bárbaros quedaron mermados.

31.8. Los romanos permiten la salida a los godos, encerrados en principio en el monte Hemo. Ellos entonces asolan Tracia con robos, asesinatos, violaciones e incendios. Matan también a Barzimeres, tribuno de la guardia personal del emperador

31.8.1. Terminadas las calamidades del combate de este modo tan lamentable, los nuestros buscaron refugio en la cercana ciudad de Marcianópolis. Los godos se metieron volun-

tariamente en sus caravanas, sin aventurarse a salir de ellas ni a ser vistos durante diecisiete días. Los soldados aprovecharon esta oportunidad y, de este modo, consiguieron encerrar a otras enormes masas de bárbaros en los estrechos pasos del monte Hemo, levantando además altas empalizadas. Tenían la esperanza de que, al encerrar a esta malvada caterva de enemigos entre el Danubio y unos lugares desérticos, morirían de hambre sin encontrar salida alguna. Y es que todos los víveres habían sido trasladados a las ciudades que contaban con fuertes defensas, ninguna de las cuales había sido atacada por los bárbaros, ya que éstos ignoraban totalmente tanto esta estratagema como otras similares.

31.8.2. Después de esto, Richomeres volvió a la Galia para reclutar allí a más hombres, porque se esperaba que los combates se reanudaran de nuevo.

Esto sucedía el año del consulado de Merobaudes y de Graciano, éste por cuarta vez, cuando ya se acercaba el otoño[28].

31.8.3. Mientras tanto, Valente, al enterarse del cruento resultado de las batallas y del saqueo, envió a Saturnino, que entonces estaba al frente de la caballería, en ayuda de Trajano y de Profuturo.

31.8.4. Por casualidad, en esa misma época, una vez agotado todo lo que podía utilizarse como alimento en las tierras de Escitia y de Moesia, los bárbaros, llevados por el hambre y la penuria, se revolvían en grandes masas. Y como, aunque realizaron frecuentes intentos, chocaban siempre con la resistencia de los nuestros, que se mantenían firmes en aquellas abruptas zonas, llevados por la necesidad, se unieron con algunos grupos de hunos y de alanos esperando conseguir así un rico botín.

31.8.5. Al enterarse de esto Saturnino, que ya había llegado allí y estaba poniendo orden en los puestos agrarios y defen-

[28] En el 377.

sivos, reunió a sus hombres y se dispuso a marchar con un plan nada absurdo, porque pensaba que esa muchedumbre de bárbaros, semejante a un río que se desborda, no podía acabar fácilmente con todos los que estaban observando con gran cautela su marcha.

31.8.6. Una vez abiertos los estrechos y retirados nuestros soldados tal como se había dispuesto, los bárbaros, al no encontrar oposición, buscaron una salida en desorden, cada uno por donde pudo, y se dispusieron a causar un gran revuelo. Se dispersaron así impunemente por todas las regiones de Tracia, desde la zona bañada por el Íster[29] hasta Ródope[30] y el estrecho que separa dos grandes mares[31], causando una terrible confusión y llenándolo todo de rapiñas, asesinatos, sangre, incendios y atentados contra personas libres.

31.8.7. Se vieron entonces hechos que producen horror sólo con verlos o contarlos: las mujeres, llenas de miedo, eran arrastradas a latigazos, a pesar de estar algunas de ellas incluso embarazadas y de tener que ver cómo sus fetos, antes de ver la luz, soportaban ya numerosas atrocidades. Se escuchaban lamentos de niños y de niñas de familias nobles que veían sus manos atadas en una terrible cautividad.

31.8.8. Detrás de ellos venían jóvenes y castas doncellas que lloraban con gesto crispado y preferían morir torturadas antes que ver mancillado su honor. Entre ellas, arrastrado como una bestia, aparecía un hombre antes noble, rico y libre, que criticaba tu impiedad y tu crueldad, Fortuna, porque en un instante le habías arrancado sus riquezas, el cariño de sus seres queridos y su hogar, un hogar que vio envuelto en cenizas y destrucción, y porque, además, le consagraste a un sangriento vencedor, ya para que lo dilacerara por partes ya para servirle como esclavo entre latigazos y torturas.

---

[29] El Danubio.

[30] Cadena montañosa de Tracia.

[31] El Helesponto.

31.8.9. Los bárbaros, por su parte, semejantes a fieras que quedan sueltas al romperse sus jaulas, se desbocaron furiosos por las extensas regiones de Tracia y se dirigieron a una ciudad llamada Dibalto. Allí encontraron y atacaron a Barzimeres, tribuno de los escuderos, experimentado en las fatigas de la guerra, que estaba preparando un campamento junto a sus cornutos[32] y a otras tropas de infantería.

31.8.10. Rápidamente Barzimeres, tal como exigía la inminencia del peligro, ordenó que las trompetas dieran la señal de combatir y, reforzando sus flancos, se dispuso a la lucha junto a sus mejores hombres. Y, de hecho, su fuerte resistencia habría dado lugar a un combate igualado, de no ser porque una caballería muy numerosa le rodeó cuando más agotado estaba. Cayó así, no sin matar antes a muchos bárbaros, aunque estas bajas eran casi insignificantes ante una muchedumbre tal.

31.9. Frigerido, general de Graciano, mata a Farnobio, un noble, además de a otros muchos godos y taifalos. A los demás se les concede conservar su vida y sus tierras en torno al Po

31.9.1. En esta situación, los godos, sin saber bien cuál sería el siguiente paso, buscaron a Frigerido para matarle en cuanto le encontraran, porque le consideraban un poderoso enemigo. No en vano, comieron y durmieron más de lo que es normal en ellos y le persiguieron como fieras, pues sabían que Frigerido, por orden de Graciano, había vuelto a Tracia, donde había levantado una fortificación junto a Beroea y observaba allí intranquilo el transcurrir de la situación.

31.9.2. Por su parte los bárbaros se apresuraban en rápida marcha a conseguir su propósito. Pero como Frigerido sabía

[32] Cuerpo de soldados romanos. Cfr. 15,5,30; 16,12,43.

bien cómo mandar y mantener con vida a sus soldados, advirtió los planes de los godos, ya porque los sospechara o porque se los contó alguno de los exploradores que había enviado por delante, ante lo cual volvió al Ilírico atravesando cumbres de montañas y espesos bosques.

Además, se había visto favorecido por la Fortuna gracias a un golpe inesperado.

31.9.3. Y es que, al volver, cuando marchaban lentamente en formación compacta, se encontró con Farnobio, el noble godo que estaba saqueando impunemente esa zona con sus hombres y con los taifalos, a quienes había acogido como aliados poco tiempo antes. Los nuestros, si se me permite decirlo, se habían dispersado asustados ante estos pueblos desconocidos, de manera que godos y taifalos atravesaron el río dispuestos a saquear unos lugares que no contaban ya con defensores.

31.9.4. De repente, al ver las tropas de los dos pueblos bárbaros, nuestro general, con gran cautela, se dispuso a luchar cuerpo a cuerpo y lanzó un ataque contra los soldados de infantería, que estaban amenazando a los romanos con terribles calamidades. Este ataque logró terminar con un buen número de ellos y los hubiera matado absolutamente a todos sin que quedara siquiera un mensajero que comunicara esta noticia, si al morir Farnobio, ese enemigo tan temible antes, y otros muchos, Frigerido no se hubiera apiadado de los supervivientes, después de que éstos le suplicaran una y otra vez. A todos ellos los envió junto a Mutina, Regium y Parma, ciudades de Italia, para que cultivaran el campo.

31.9.5. Según hemos oído, este pueblo de los taifalos lleva una vida tan vergonzante y obscena que, entre ellos, los hombres mantienen relaciones de infando nombre con los niños, en la idea de que, así, podrán obtener de ellos el vigor de la juventud. Por otra parte, si alguno de sus adultos captura solo a un jabalí, o mata a un gigantesco oso, se libera así de la vergüenza del incesto.

31.10. Los alemanes lentienses son derrotados por el Augusto Graciano en un combate, en el que muere su rey Priario. Después de la rendición entregan tropas a Graciano y así se les permite volver a su tierra

31.10.1. Ésta era la funesta agitación que devastaba la Galia cuando el final del otoño iba dando paso al invierno. Además, como si las Furias estuvieran agitándolo todo, la locura de esta época se extendió y alcanzó regiones muy lejanas.

31.10.2. De este modo los lentienses, un pueblo alemán, que habitaba junto al territorio de Recia, mediante intrigas y correrías, violando un pacto firmado tiempo atrás[33], estaba penetrando en nuestro territorio y provocando así un desastre que comenzó del modo siguiente.

31.10.3. Cierto individuo de este pueblo, que formaba parte de los escuderos del rey, volvió a su tierra reclamado por cierto negocio y, como era bastante charlatán, cuando mucha gente le preguntó por lo que sucedía en palacio, les dijo que Graciano, siguiendo órdenes de su tío Valente, iba a ponerse en marcha hacia Oriente porque de este modo, aumentando allí las fuerzas, podría rechazar a los habitantes de las regiones cercanas a esas zonas fronterizas, que se habían conjurado para destruir al estado romano.

31.10.4. Los lentienses escucharon con ansiedad esta información y, viéndose a sí mismos como vecinos y como pueblo rápido y veloz, se reunieron formando bandas de saqueadores e intentaron cruzar el Rin en pleno mes de abril, cuando el río estaba intransitable debido al hielo.

Pero los celtas, que estaban junto a aquella zona con los petulantes, se resistieron con gran fuerza, no sin sufrir pérdidas ellos mismos, y les hicieron regresar con una severa derrota.

[33] En el 354, tal como narró Amiano en 15,4,1.

31.10.5. Los germanos, obligados a retroceder, como sabían que la mayor parte del ejército estaba ya en el Ilírico y que el emperador llegaría pronto, ardieron de rabia. Y así, dispuestos a todo, reunieron a los habitantes de todas sus regiones y, con cuarenta mil hombres, o incluso setenta mil, según dijeron algunos que querían aumentar la gloria del príncipe, se rebelaron orgullosos e irrumpieron confiados en nuestro territorio.

31.10.6. Cuando Graciano recibió esta noticia, con gran temor, hizo llamar a las cohortes que había enviado a Panonia, reunió también a otros hombres, a los que prudentemente había dejado en la Galia y confió el mando a Nanieno[34], general sobrio y de valor reconocido. Para que compartiera con él el poder nombró con igual rango a Malobaudes, comandante de las tropas imperiales y rey de los francos, un hombre belicoso y de gran valor.

31.10.7. Pero, mientras Nanieno era consciente de la volubilidad de la Fortuna y, por ello, creía que debían reflexionar bien sobre su actuación, Malobaudes, llevado por su ansia de lucha, como era normal en él, no podía aguantar más y ardía por entrar ya en combate.

31.10.8. Por ello, en medio de un horrible estruendo, tan pronto como los cornetas dieron la señal en Argentaria[35], comenzó la lucha y comenzaron a caer muchos en ambos bandos atravesados por disparos de flechas y de proyectiles.

31.10.9. Pero en mitad del combate, cuando nuestros soldados advirtieron el número infinito de enemigos, intentaron evitar la lucha a campo abierto y, según podía cada uno, se dispersaron por senderos estrechos y llenos de árboles. Poco después se detuvieron más confiados y, con el brillo de sus armas, que se veía desde lejos, asustaban a los bárbaros anunciándoles la llegada del emperador.

---

[34] Cfr. 28,5,1.

[35] Es la actual Horburg.

31.10.10. Ante esto, los enemigos se dieron la vuelta y, aunque resistieron durante algún tiempo para no perderlo todo, fueron abatidos de tal forma que, según se estimó, del número citado anteriormente, no lograron escapar más de cinco mil hombres, gracias a la espesura de los bosques. Además, entre otros muchos audaces y valerosos luchadores, cayó también su rey Priario, que había sido el incitador de esas fatales luchas.

31.10.11. Graciano, pleno de confianza ante este éxito, se dirigió entonces hacia Oriente desviándose hacia la izquierda. Atravesó el Rin a escondidas con la moral muy elevada y determinó destruir a todos esos pueblos desleales y belicosos, si la fortuna favorecía su proyecto.

31.10.12. Cuando esta noticia fue difundida por mensajes urgentes que llegaban uno tras otro, los lentienses, derrotados hasta la práctica desaparición de su pueblo, asustados ante la repentina llegada del príncipe, no sabían bien qué hacer, pues no podían encontrar ningún respiro, por breve que fuera, que les ayudara en la lucha o en los preparativos. Por ello, a través de senderos escarpados, se dirigieron rápidamente a unas colinas y, asentados en una zona rodeada de altas rocas, intentaron defenderse con todas su fuerzas protegiendo sus posesiones y a los seres queridos a los que habían llevado consigo.

31.10.13. Al sopesar la dificultad de una lucha ante tales defensas naturales, de cada una de las legiones, fueron elegidos quinientos soldados de prudencia y experiencia reconocidas en la guerra.

Su confianza se veía aumentada además porque, entre las líneas más adelantadas, aparecía el propio príncipe, de manera que todos ellos intentaban escalar esos montes para que, como si de una presa se tratara, una vez llegaran a la cima, pudieran hacerse con todo sin oposición alguna.

El combate comenzó a mediodía y continuaba aún cuando se extendieron ya las tinieblas de la noche.

31.10.14. Ambos bandos sufrieron graves pérdidas. Los nuestros mataron a muchos, pero cayeron también en buen número. Las armas de la guardia imperial, que resplandecían con el oro y con sus brillantes colores, se veían envueltas por una espesa lluvia de proyectiles.

31.10.15. Así pues, Graciano, después de muchas deliberaciones junto a sus generales, llegó a la conclusión de que era perjudicial e inútil seguir luchando contra las dificultades naturales de aquella zona. Por ello, aunque se expresaron numerosas opiniones distintas, como suele suceder en estos casos, determinó que sus soldados rodearan a los bárbaros, que padecerían así un hambre terrible asediados en aquel inhóspito lugar.

31.10.16. Pero los germanos resistieron con tenacidad inquebrantable y, como conocían bien aquella zona, se dirigieron a unos montes más altos aún que aquellos en los que se habían asentado anteriormente. El emperador se dirigió también allí con su ejército y, sin perder ni un ápice de su valor, buscaba los senderos que conducían a las cimas.

31.10.17. Los lentienses, al observar el tesón con el que eran perseguidas sus vidas, suplicaron una rendición, que fue aceptada y, tal como se dispuso, nos entregaron a sus jóvenes más destacados para que formaran parte de nuestro ejército. A cambio, sin más castigos, se les permitió volver a la tierra donde habían nacido.

31.10.18. Es increíble el vigor y la fuerza con los que Graciano, con su marcha apresurada y contando con la ayuda de la divinidad eterna, consiguió esta victoria, oportuna y fructífera porque debilitó a los pueblos occidentales.

Era un joven de origen noble, elocuente, moderado, belicoso y clemente, que podría haber rivalizado con los emperadores más distinguidos ya desde que una espesa barba cubrió sus mejillas, de no ser porque su carácter le llevó a cometer acciones ridículas, permitidas por los que le rodea-

ban, en un comportamiento que le condujo a interesarse por los placeres frívolos al igual que había hecho el César Cómodo, aunque sin la crueldad de éste [36].

31.10.19. Pues si Cómodo se exaltaba de una forma sobrehumana cuando, en medio de la expectación popular, solía matar a muchas fieras lanzándoles jabalinas o cuando llegó incluso a terminar con cien leones a la vez en el anfiteatro utilizando distintos tipos de armas y sin necesidad de herirles por segunda vez, así también Graciano, dentro de esos lugares cercados a los que llaman «vivaria» [37], se olvidaba de numerosos asuntos trascendentales mientras perseguía a fieras de agudos colmillos lanzándoles insistentemente flechas.

Por mucho que Marco Antonino hubiera estado al frente del imperio en esta época, no habría podido mitigar la terrible situación del estado si no hubiera contado con colaboradores de valía similar a su suma y gran prudencia.

31.10.20. Así pues, Graciano, una vez solucionadas las cuestiones de la Galia en la medida en que lo permitían la situación y el tiempo con que contaba, castigó al escudero traidor que había informado a los bárbaros de que el emperador marchaba apresurado al Ilírico. Posteriormente partió de allí a través del campamento que denominan «Árbol Feliz» [38] y, pasando por Lauriaco [39], se dispuso a prestar ayuda a las zonas oprimidas.

31.10.21. En esos mismos días, mientras Frigerido, con gran astucia, tomaba decisiones que favorecían a la seguridad de todos, como marchar rápidamente a fortificar el paso de Succo [40] para evitar que bandas de enemigos armados a la ligera se dispersaran, como torrentes de nieve derretida, por las provincias

---

[36] Reinó del 180 al 192. Según Lampridio (*Comm.* 2), desde su niñez, fue repugnante, deshonesto, cruel y libidinoso.

[37] Sería el antecedente de nuestros safaris o zoológicos.

[38] En Retia. Es el actual Arbon.

[39] Hoy Lork.

[40] Cfr. 21,10,2 y ss.

septentrionales. Como sucesor suyo recibió a un general llamado Mauro, venal aunque con apariencia de fiero, voluble e indeciso ante cualquier tema. Éste es el que, como apuntamos antes[41], cuando el César Juliano dudaba sobre si ponerse la corona, mientras él formaba parte de sus escuderos, le ofreció con gran arrogancia un collar que llevaba puesto en el cuello.

31.10.22. Así, en esa vorágine y en esa situación tan caótica, un general cauto y diligente fue apartado cuando, incluso aunque ya hubiera estado retirado, hubiera debido volver al servicio ante la dificultad de esta situación.

31.11. Sebastiano sorprende en Beroea a los godos, que llevaban un rico botín, y los aniquila. Unos pocos consiguen salvarse gracias a su huida. El Augusto Graciano marcha apresuradamente junto a su tío Valente para ayudarle en su lucha contra los godos

31.11.1. Por casualidad, en esos días Valente se puso al fin en marcha desde Antioquía y, después de un largo camino, llegó a Constantinopla, donde se detuvo unas pocas jornadas. Allí se vio sorprendido por una ligera revuelta popular, ante lo cual encomendó el mando de la infantería, que pertenecía antes a Trajano, a Sebastiano, un general de prudencia reconocida que había sido enviado poco antes desde Italia a petición propia.

Por su parte, Graciano se puso en marcha hacia la villa imperial de Melantias e intentó ganarse a los soldados con víveres, alimentos y dulces palabras.

31.11.2. Desde allí cuando, siguiendo el camino que se le había trazado por escrito, llegó a un puesto llamado Nice[42], gracias al relato de unos observadores se enteró de que los

[41] Cfr. 20,4,18.
[42] En Tracia.

bárbaros, cargados con un rico botín, habían llegado desde la zona de Ródope a los alrededores de Adrianópolis. Éstos, al conocer los movimientos del emperador y saber que iba acompañado por numerosos soldados, se apresuran a unirse a sus compatriotas, que estaban en unos puestos fijos en torno a Beroea y Nicópolis.

Por eso, como exigía la premura de la ocasión, con trescientos soldados seleccionados de cada una de las tropas, Sebastiano se puso manos a la obra dispuesto, según prometía, a realizar alguna acción que favoreciera al interés general.

31.11.3. Pero cuando, después de su rápida marcha, fue visto junto a Adrianópolis, las puertas se cerraron violentamente y no pudo acercarse. Y es que los defensores temían que llegara alguien dominado y sobornado por el enemigo, alguien que causara algún daño a la ciudad, tal como había sucedido con el general Acacio quien, al ser engañado y capturado por los soldados de Magnencio, hizo que se abrieran las puertas de los Alpes Julianos.

31.11.4. Sin embargo, cuando Sebastiano fue reconocido, aunque tarde, se le permitió entrar en la ciudad y, una vez que él y sus soldados se recuperaron con alimento y descanso, al día siguiente lanzó un ataque clandestino.

Al atardecer, súbitamente, mientras él permanecía oculto entre desfiladeros y árboles, vio a unas bandas de saqueadores godos junto al río Hebro. Y, ya en plena noche, les atacó en silencio, sorprendiéndoles cuando dormían y lo aniquiló hasta tal punto que, con la excepción de unos pocos que consiguieron librarse de la muerte por la rapidez de sus pies, todos los demás murieron. Así obtuvo un botín incalculable, que no cabía ni en la ciudad ni en los campos que la rodeaban.

31.11.5. Fritigerno, agitado por este hecho, sintió mucho temor de que este general tan victorioso, según le consideraban todos, atacara por sorpresa a sus hombres y acabara con ellos, cuando estaban dispersos y pensando sólo en el robo. Por ello, los reunió a todos rápidamente junto a Cabyle y aban-

donó raudo la zona, para evitar que tuvieran que soportar hambre y emboscadas en esas regiones tan llanas.

31.11.6. Mientras en Tracia se producen estos hechos, Graciano, después de comunicarle por carta a su tío con qué energía había derrotado a los alemanes, envió por tierra todos los impedimentos y bagajes y cruzó el Danubio junto a una tropa de soldados armados a la ligera. Así llegó a Bononea y entró en Sirmio, donde se detuvo durante cuatro días.

Por ese mismo río descendió al campamento de Marte[43], pero ya entonces padecía unas fiebres intermitentes y, además, en esa zona fue atacado por sorpresa por los alanos, perdiendo así a unos pocos hombres de los que le seguían.

31.12. El Augusto Valente decide luchar con los godos antes de la llegada de Graciano[44]

31.12.1. Durante esos mismos días Valente se sentía agitado por dos razones: porque ya sabía que los lentienses habían sido derrotados y porque Sebastiano le escribía numerosas cartas exagerando sus gestas. Inflamado, pues, por la envidia, se puso en marcha con sus tropas desde Melantias, pues tenía prisa por igualar a su joven sobrino con alguna hazaña[45].

Iba al mando de tropas diversas, nada despreciables ni apáticas, ya que en ellas figuraban muchos veteranos entre los que podemos mencionar a numerosos hombres ilustres como Trajano, poco antes comandante en jefe del ejército, y quien había sido llamado de nuevo.

---

[43] Una pequeña ciudad de Dacia.

[44] A partir de este momento, las dos líneas de narración que han seguido, por un lado, a Graciano en Occidente y, por otro, a Valente y a sus generales en Tracia, se unirán y formarán una narración única y dramática: la del desastre de Adrianópolis.

[45] En la edición de Rolfe se apunta que, aparte de la envidia, Valente estaba también resentido porque Valentiniano había elevado a Graciano al rango de emperador sin consultarle y, además, porque mientras el propio Valente era arriano, Graciano simpatizaba con los cristianos.

31.12.2. Y como, mediante un reconocimiento exhaustivo, averiguó que los enemigos planeaban cerrar con fuertes defensas los caminos por donde llegaban los víveres necesarios, intentó hacer fracasar este plan y seguir manteniendo el control de los pasos cercanos, para lo cual envió rápidamente un escuadrón de caballería, acompañado por infantería y arqueros.

31.12.3. Durante los tres días siguientes, los bárbaros avanzaron lentamente y por caminos poco frecuentados, ya que temían un ataque, llegando así en su marcha hacia el puesto de Nice a una distancia de quince millas desde la ciudad[46].

Entonces, no se sabe por qué error, los observadores informaron de que los enemigos a los que habían avistado sobrepasaban los diez mil hombres, ante lo cual el emperador, empujado por un deseo incontenible, determinó lanzar un rápido ataque.

31.12.4. Así pues, marchando en formación cuadrada, llegó junto a los suburbios de Adrianópolis, donde reforzó las defensas con una empalizada y una fosa, y aguardó impaciente a Graciano. Allí recibió a Richomeres, general de la guardia personal del emperador, quien había sido enviado por éste con una carta en la que anunciaba su pronta llegada.

31.12.5. En ella le pedía también que le aguardara para que compartieran los peligros, y para que no se enfrentara sólo y al azar a un enemigo tan peligroso. Valente reunió entonces un consejo formado por distintas autoridades y deliberó acerca de lo que convenía hacer.

31.12.6. En ese consejo, mientras algunos, empujados por Sebastiano, le animaban a luchar ya, Víctor, un comandante de caballería de origen sármata, pero razonable y cauto[47], al igual que otros muchos de la misma opinión, creían que de-

---

[46] De Constantinopla.

[47] Cfr. 31,7,1; 31,13,9. Este comportamiento no era normal entre los sármatas.

bía esperar a su colega en el imperio, porque, de este modo, con la ayuda del ejército galo, terminarían fácilmente con el orgullo y con la soberbia de los bárbaros.

31.12.7. Sin embargo, se impuso la funesta resolución del emperador y la de algunos aduladores de su corte, quienes le persuadieron para comenzar la lucha en breve ya que, de este modo, según decían, no tendría que compartir un triunfo ya casi en sus manos.

31.12.8. Mientras se disponía todo lo necesario para la batalla, un presbítero cristiano –por utilizar uno de sus términos– fue enviado como mensajero por Fritigerno y, acompañado por otras personas humildes, llegó al campamento del emperador. Tras ser recibido amablemente, le entregó una carta de Fritigerno en la que afirmaba abiertamente que Tracia, junto con todos sus rebaños y cosechas, sólo debía ser habitada por él y los suyos, a quienes los repentinos ataques de pueblos fieros les habían privado de su tierra natal. Fritigerno prometía una paz permanente si les concedía esto.

31.12.9. Además, ese mismo cristiano, pretendiendo ser confidente y fiel amigo de su rey [48], un hombre experto en engaños y todo tipo de trucos, le entregó en secreto otra carta de éste, en la que, como si fueran a ser amigos y aliados, advertía a Valente que si quería que él suavizara la crueldad de su pueblo o que les animara a colaborar con los intereses romanos, tenía que mostrales de vez en cuando su ejército, pues así, ante el temor que inspiraría el nombre del emperador, él podría disuadir a su pueblo de su pernicioso afán de lucha. Pero, como la voluntad de los mensajeros no era clara, se marcharon sin conseguir nada.

31.12.10. Tan pronto como amaneció el día siguiente, que en el calendario figuraba como el quinto antes de los idus de agos-

[48] Es decir, de Fritigerno.

to[49], el ejército se puso en marcha rápidamente y, contando con la debida protección de las legiones, bagajes e impedimentos fueron ubicados junto a las murallas de Adrianópolis.

En cuanto a los tesoros y a las restantes insignias de la fortuna imperial, se guardaron dentro de las murallas junto con el prefecto y el consejo de la corte.

31.12.11. Y así, una vez recorrido un camino largo y abrupto, cuando el caluroso día llegaba ya a su mitad, finalmente, a la hora octava[50], se hacen visibles las carretas de los enemigos que, tal como habían informado los exploradores, estaban colocadas formando un círculo.

Mientras los soldados bárbaros lanzaban sus gritos usuales, fieros y tristes, los generales romanos dispusieron las líneas del ejército, de manera que aparecía adelantada por la derecha la tropa de caballería, mientras que la mayor parte de la infantería permanecía retrasada.

31.12.12. En cuanto al ala izquierda de la caballería, se desplazaba con enorme dificultad, ya que muchos de ellos estaban aún diseminados por los caminos, pero avanzaban con gran rapidez. Y mientras ese mismo ala, sin que nadie les atacara aún, se iba desplegando, los bárbaros, aterrados por el horrendo estrépito, por el sonido de las armas y el pavoroso resonar de los escudos, enviaron legados para que pidieran suplicantes la paz, ya que la mayor parte de ellos, encabezados por Alateo y Safrax, no habían llegado aún y estaban lejos, aunque habían sido llamados.

31.12.13. Como el emperador despreció a los mensajeros por su bajo origen y pidió que se le enviaran nobles si querían que firmara una paz firme, ellos se demoraron a propósito aguardando con estas estratagemas a que volvieran sus soldados de caballería, quienes, según creían, llegarían pronto.

---

[49] Es decir, el día nueve de agosto.

[50] Es decir, a las dos de la tarde.

Además, conseguirían que nuestros soldados, abrasados por el calor estival, se debilitaran y tuvieran la boca reseca, mientras los enemigos provocaban fuegos y conseguían que los campos ardieran con incendios provocados mediante leña y material inflamable.

A esta calamidad se añadía también otro desastre. Y es que tanto hombres como animales estaban soportando un hambre atroz.

31.12.14. Mientras tanto Fritigerno, previendo con astucia el futuro y lleno de temor ante una batalla de resultado dudoso, por iniciativa propia, envió a uno de sus soldados como parlamentario para que solicitara que le fueran enviados enseguida algunos nobles escogidos como rehenes y para que expusiera que no iban a sentir temor ante las amenazas de los soldados y que harían lo necesario.

31.12.15. Una vez ponderada y aprobada la decisión de este temido general, por acuerdo unánime se dispone que el tribuno Equicio[51], que estaba entonces al frente del palacio y estaba muy unido a Valente, fuera enviado con rapidez en calidad de rehén.

Pero éste se resistía, ya que en una ocasión había sido capturado por los enemigos y había logrado escapar de Dibalto, de manera que temía sufrir un castigo irracional. Entonces, Richomeres se ofreció espontáneamente y prometió ir de buen grado en la idea de que esta noble acción era propia de un hombre valeroso.

Y ya marchaba raudo con pruebas de su rango y nacimiento [...][52].

31.12.16. Mientras Richomeres se dirigía al campamento enemigo, los arqueros y escuderos encabezados entonces por un Bacurio de Hiberia y por Casio, se adelantaron llevados

[51] Cfr. 26,1,4.

[52] Hay aquí una laguna.

por su ansia de lucha y trabaron ya combate con el enemigo. Pero, como su avance no fue afortunado, su retirada fue vergonzosa y con ello mancillaron ya el inicio de la guerra.

31.12.17. Con el problema de ese ataque inoportuno, fracasó la hazaña de Richomeres, a quien no se le permitió ir a ningún lado. Además, la caballería de los godos regresó junto con Alateo y Safrax mezclada con las tropas de los alanos, y así como un rayo que se precipita entre las montañas, asolaron y abatieron a todo el que se encontraron a su paso en su veloz ataque.

31.13. Todos los godos reunidos, además de los tervingos encabezados por Alateo y Safrax se enfrentan a los romanos en combate abierto. Ponen en fuga a la caballería y hacen huir también a los soldados de infantería, que estaban indefensos y apiñados sufriendo terribles pérdidas. Valente es asesinado pero su cuerpo no aparece por ninguna parte

31.13.1. Una vez que se dispararon armas y proyectiles en todos los flancos y que Belona hizo sonar los clarines de guerra y lanzó una furia mayor de lo usual contra los romanos, nuestros soldados, a pesar de retroceder algo, resistían rodeados por numerosos gritos. Pero, conforme se fue avivando la lucha, fue aumentando el temor de los soldados y se veía a algunos atravesados por flechas y todo tipo de proyectiles.

31.13.2. Las líneas chocaron entre sí como lo hacen las proas de dos naves de guerra y sus avances alternativos parecían los vaivenes de las olas del mar.

En una ocasión, el flanco izquierdo había llegado incluso hasta las carretas de los bárbaros, y hubiera avanzado aún más si hubiera contado con ayuda. Pero, al ser abandonados por el resto de la caballería, se vieron acosados por una multitud de enemigos, rodeados y aniquilados como si se les hubiese caído encima una empalizada de mucho peso.

Los soldados de infantería quedaron así desprotegidos y con las tropas tan apiñadas que los hombres apenas podían blandir las espadas o mover sus brazos.

Además, el cielo no podía verse debido a la abundancia de polvo, que hacía que retumbaran aún más los horribles gritos. No es extraño, pues, que las armas encontraran siempre un destino fatal y que causaran siempre una muerte, porque era imposible verlas o evitarlas.

31.13.3. Pero cuando los bárbaros, desplazándose con sus ingentes tropas, consiguieron agotar a hombres y animales, como no podía hallarse lugar alguno donde descansar o esconderse, y puesto que lo compacto de las formaciones quitaba toda posibilidad de huir, también los nuestros, despreciando su propia muerte, empuñaron sus espadas y mataban a sus enemigos mientras que cascos y corazas de ambos bandos eran destrozados por los golpes de las hachas.

31.13.4. En un lugar podía verse a un bárbaro altivo y fiero con gesto crispado porque, de un golpe, le habían cortado una pierna, o la mano, o le habían atravesado un costado y que, a punto ya de morir, dirigía a su alrededor una mirada amenazadora.

Con la matanza causada en ambos bandos y la multitud de víctimas, los campos quedaron cubiertos de cadáveres y los gemidos de los que morían o de los que habían recibido espeluznantes heridas causaban pánico a los que escuchaban.

31.13.5. En medio de un tumulto y de una confusión tan grandes, los soldados de infantería, exhaustos por el esfuerzo y los peligros, como no disponían ya ni de fuerzas ni de lucidez mental y, además, tenían las lanzas rotas debido a los golpes continuos, se lanzaban contra las compactas tropas de los enemigos confiados tan sólo en sus espadas desenvainadas y sin pensar en su propia vida, pues era evidente que no les quedaba ninguna posibilidad de escapar.

31.13.6. Además, como el suelo se había vuelto muy resbaladizo debido a los regueros de sangre que por él corrían,

eran muchas las artimañas que se utilizaban para no morir impunemente. Ciertamente, se enfrentaban con tanta fuerza a los que se les echaban encima que algunos llegaron, incluso, a morir por las armas de sus propios camaradas.

Finalmente, cuando todo estuvo cubierto por un negro velo de sangre, y cuando allá donde se dirigiera la mirada se veían montones de cadáveres, comenzaron a pisar los cuerpos sin preocupación alguna.

31.13.7. El sol estaba ya más alto y, una vez atravesado el signo de Leo, iba acercándose a Virgo, haciendo que los romanos se abrasaran y se sintieran exhaustos por el hambre, la sed y el duro peso de las armas.

Finalmente, nuestras líneas cedieron ante el empuje de los bárbaros y, como éste es el único recurso en una situación extrema, cada uno empezó a huir por donde podía en total desorden.

31.13.8. Mientras se dispersan todos y huyen por senderos desconocidos, el emperador, agitado por crueles temores y sintiéndose cada vez más vencido, buscó refugio junto a los lanceros y matiarios, que se habían mantenido firmes y decididos, mientras pudieron contener a la gran masa de enemigos. Al verlo Trajano, exclamó que si el emperador era abandonado por sus soldados, no le quedaba más esperanza que la protección de tropas auxiliares extranjeras.

31.13.9. Cuando un general llamado Víctor escuchó esto, marchó raudo para obligar a los bátavos, que estaban en un puesto defensivo cercano, a que ayudaran al emperador, pero como no pudo encontrar a nadie, retrocedió y huyó.

También Richomeres y Saturnino intentaron escapar del peligro.

31.13.10. Entonces, los bárbaros, con ojos chispeantes de rabia, persiguieron a los nuestros, que se sentían sin fuerzas y sin sangre en las venas. Algunos cayeron sin saber quién les golpeaba, otros se vieron sepultados por los perseguidores, y algunos perecieron por una herida causada por los suyos.

Y es que, a pesar de la retirada, ningún bárbaro se compadecía o se apiadaba de los que huían.

31.13.11. Además, la huida se veía obstaculizada por el gran número de moribundos que se quejaban del tormento de sus heridas. Y a esto se unían también montones de caballos heridos que cubrieron los campos de cadáveres.

La oscuridad de esa noche, en la que no brillaba la luna, terminó con este desastre irreparable, que supuso una gran calamidad para los romanos[53].

31.13.12. Parece que en los primeros momentos de oscuridad, aunque nadie afirma haberlo visto o haber estado allí cerca, el emperador, cuando se encontraba entre los soldados rasos, cayó herido de muerte por una flecha, después de lo cual lanzó un último suspiro y murió, si bien su cuerpo no fue hallado en parte alguna. Y es que, como algunos enemigos permanecieron durante bastante tiempo por esa zona para desvalijar a los muertos, ninguno de los huidos o de los habitantes osó acudir allí.

31.13.13. Tengo entendido que también el César Decio murió en una derrota similar mientras mantenía una dura lucha contra los bárbaros, porque no pudo dominar al caballo, que se había encabritado, y cayó en una zona pantanosa en la que nadie pudo ni sacarle ni hallarle siquiera.

31.13.14. Otros dicen que Valente no murió enseguida, sino que fue conducido junto con unos pocos guardaespaldas y eunucos a una cabaña, que contaba con un segundo piso bien

---

[53] Cuando Amiano escribió este trágico pasaje era ya el año 395 o 396, veinte años después de que se produjera la derrota, de manera que el antioqueno había comprobado personalmente la trascendencia del desastre, porque en el 382 Teodosio firmó un tratado que garantizó a los godos el que pudieran disfrutar de autonomía dentro del imperio. Pero los godos atacarán Constantinopla en el 395, invadirán Macedonia, Tesalia y Grecia entre el 395 y el 397, Italia en el 401-402 y saquearán Roma en el 410.

protegido. Y allí, mientras es atendido por manos inexpertas, rodeados por enemigos que ignoraban quién era él, se libró de la deshonra de la cautividad.

31.13.15. Porque, cuando los que le perseguían intentaron romper las puertas, cerradas a cal y canto, fueron atacados con flechas disparadas desde un balcón de la casa. Entonces, para que esta demora no les hiciera perder ni un minuto en su intento de saqueo, recogieron teas y leña, las amontonaron junto a la casa, prendieron fuego y, así, quemaron tanto el edificio como a sus moradores.

31.13.16. Sin embargo, uno de los guardaespaldas sí logró salir de allí por una ventana y, cuando fue capturado por los bárbaros y les contó lo que habían hecho, les dio un gran disgusto al informarles de que acababan de perder una ocasión de gloria, porque podían haberse hecho con un emperador romano vivo.

Este mismo joven consiguió regresar después junto a los nuestros y les contó lo que había sucedido.

31.13.17. Según tengo entendido, cuando recuperamos Hispania después de una matanza similar, el segundo de los Escipiones pereció también en el incendio provocado por los enemigos en la torre en la que se había refugiado[54].

Lo realmente cierto es que ni Escipión ni Valente disfrutaron de una sepultura, que es el último de los honores.

31.13.18. En esta pérdida de tantos hombres ilustres, destacaron las muertes de Trajano y de Sebastiano, con los que cayeron treinta y cinco tribunos, algunos sin cargo fijo y otros al mando de tropas. También Valeriano y Equicio, uno de los cuales estaba a cargo de las caballerizas y otro del palacio. Entre ellos podemos mencionar también a Potencio, tribuno de los veteranos[55], que cayó cuando estaba en plena flor de

---

[54] Cfr. Liv, 25,36,13; Appian, *Bell. Hisp.* 3,16.
[55] Cfr. 15,4,10.

la vida y era respetado por todas las gentes de bien, debido tanto a sus propios méritos como a los de su padre Ursicino, general en jefe del ejército en el pasado.

Lo cierto es que apenas sobrevivió la tercera parte del ejército.

31.13.19. Aunque nunca en los anales hemos leído acerca de ninguna derrota romana que hubiera llegado a la masacre, con la excepción de la de Cannas, en ocasiones los romanos, perjudicados por la fortuna, sí sufrieron derrotas puntuales en las guerras. Y también los relatos fabulosos de los griegos han mostrado su dolor por muchas derrotas.

31.14. Virtudes y defectos del Augusto Valente

31.14.1. Murió, pues, Valente cuando contaba casi con cincuenta años, después de un reinado de un poco menos de catorce[56].

31.14.2. Vamos a mencionar sus muchas virtudes, conocidas por todos, así como sus defectos: era amigo fiel y tenaz, severo castigador de la ambición, duro militar y buen mandatario en la vida civil, siempre vigilante y muy atento para que nadie, con la excusa de su amistad, ascendiera posiciones. Excesivamente lento a la hora de conceder o de quitar poder, justísimo administrador de las provincias, a todas las cuales protegió como si fueran su propio hogar. Puso gran empeño en suavizar la carga de los tributos, no permitiendo ningún aumento en las tasas y no siendo demasiado severo contra los deudores. Fue duro y acérrimo perseguidor de los ladrones y de los condenados por malversación.

Ciertamente, Oriente no ha contado jamás con un emperador que se encargara mejor que él de los asuntos de este tipo.

---

[56] Desde el 364 hasta el 378.

31.14.3. Además de todas estas cosas, era liberal, aunque con moderación, actitud de la que, aunque podríamos ofrecer muchos ejemplos, bastará con mostrar uno solo: como en la corte hay gentes ambiciosas de poseer lo ajeno, si alguno de ellos solicitaba unas tierras que habían quedado sin dueño[57] o alguna ganancia de este tipo, distinguía perfectamente lo justo y lo injusto y así, ofreciendo siempre posibilidad de reclamación, concedía lo solicitado. Ahora bien, en ocasiones, hacía que participaran del lucro tres o cuatro nuevos propietarios, porque de este modo, con esta decisión, ese tipo de gentes veían disminuida la ganancia que tanto ansiaban.

31.14.4. En cuanto a las edificaciones que, o hizo restaurar en diversos pueblos y ciudades, o bien las mandó construir él mismo, voy a omitirlas para no extenderme demasiado, ya que, además, las construcciones hablan por sí mismas.

Éstas son las virtudes que, en mi opinión, han de ser emuladas por todos. Vayamos, pues, ahora a sus defectos.

31.14.5. Tenía un ansia excesiva de alcanzar grandes riquezas. No soportaba el esfuerzo y, más que tenerla realmente, representaba tener una gran dureza. Era bastante proclive a la crueldad, de espíritu algo rudo y sin formación alguna ni en el arte militar ni en los estudios liberales.

Buscaba ganancias y lucro sin preocuparse del perjuicio a los demás, y cuando esa actitud era más intolerable era cuando cometía acciones que mancillaban o perjudicaban la dignidad imperial, sobre todo en las ocasiones en que se mostraba sangriento y causaba la ruina de gentes poderosas.

31.14.6. Otro hecho intolerable era que, aunque pretendía que pareciera que con él todos los juicios y litigios se desarrollaban de forma legal y, de hecho, confiaba las investigaciones a jue-

---

[57] Normalmente por falta de herederos.

ces y a personas seleccionadas para ello, sin embargo, no les permitía que hicieran nada en contra de su voluntad.

En otros temas era injurioso e iracundo. Además, sin preocuparse de si eran verdad o mentira, escuchaba muy receptivo las acusaciones que se le presentaban, actitud que debe evitarse incluso en temas particulares y cotidianos.

31.14.7. Era perezoso e indolente. Moreno, tenía dañada la pupila de uno de sus ojos, pero no se le notaba de lejos[58]. Bien formado, ni alto ni bajo, con las piernas arqueadas y el vientre algo prominente.

31.14.8. Acerca de Valente, creo que son suficientes estos datos, datos que pueden ser confirmados totalmente por otras personas de esta época.

Ahora bien, no conviene omitir que, cuando el oráculo del trípode que, como hemos indicado, estaba en manos de Patricio y de Hilario, le manifestó tres versos fatídicos, el último decía : «En las llanuras de Mimas, cuando se enfurece Ares»[59]. Pues bien, Valente, como persona inculta y ruda, al principio no prestó atención. Pero a medida que le fueron sucediendo serias calamidades, se asustó mucho y, recordando este hecho, se aterrorizaba tan sólo con oír el nombre de Asia, ya que, según le habían contado personas eruditas, Homero y Cicerón dijeron que una montaña llamada Mimas se levantaba sobre la ciudad de Eritrea[60].

31.14.9. Finalmente, después de su muerte y de la marcha de los enemigos, se dice que, junto al lugar en el que se piensa que cayó, encontraron un monumento hecho con un montón de piedras. En él aparecía una lápida en la que unas letras griegas indicaban que allí estaba sepultado un noble anciano llamado Mimas.

---

[58] Según Rolfe, este defecto debe tratarse de una catarata.

[59] Cfr. 29,1,33.

[60] Cfr. Hom, *Odys*. 3,172; Cic, *Att*. 16,13a,2. Eritrea es una ciudad de Jonia.

31.15. Los godos, después de su victoria, asedian Adrianópolis, donde Valente había dejado sus tesoros y las insignias imperiales confiados al prefecto y a los miembros del consistorio. Pero se retiran, después de fracasar en todas sus tentativas

31.15.1. Después de la funesta batalla, cuando la oscuridad de la noche cubrió la tierra, los que sobrevivieron intentaron llegar junto a los suyos, ya por la derecha, por la izquierda, o por donde les llevara el temor, ya que, como no veían a nadie excepto a ellos mismos, pensaban que las espadas de los enemigos se cernían sobre sus cabezas.

Sin embargo, a gran distancia, podían escuchar los quejidos lastimosos de los que habían quedado atrás, los sollozos de los moribundos y los llantos desgarradores de los heridos.

31.15.2. Por su parte, los vencedores, al amanecer, como bestias excitadas por el olor de la sangre, llevados por la tentación de una vana ganancia, se dirigieron hacia Adrianópolis en formación compacta, dispuestos a destruirla a cualquier precio.

Gracias a las palabras de traidores y desertores, sabían que los oficiales de mayor rango y las insignias del poder imperial, así como los tesoros de Valente, habían quedado allí por ser considerada una fortaleza inexpugnable.

31.15.3. Y para que esta rabia no se apagara con largas demoras, a la hora cuarta del día, rodearon las murallas y, con su furia innata, comenzaron un ataque durísimo hasta las últimas consecuencias, mientras que los defensores se empleaban con todas sus fuerzas.

31.15.4. Y como había un gran número de soldados y de mozos a los que se les había prohibido entrar en la ciudad con sus animales, asentados junto a las murallas y a las construcciones anejas, luchaban con gran valor teniendo en cuenta la humildad de su posición.

Cuando el furioso ataque de los asaltantes había superado ya la hora novena, súbitamente, trescientos de nuestros infan-

tes, de los que estaban junto a las trincheras, se lanzaron contra los bárbaros en formación de cuña. Pero éstos los apresaron rápidamente y, sin que se sepa por qué, los mataron a todos.

Por ello, desde ese momento, ningún hombre intentó nada similar a pesar de lo desesperado de la situación.

31.15.5. Cuando mayor era, pues, el cúmulo de calamidades, de repente, en medio del sonido de los truenos, negras nubes comenzaron a dejar caer una fuerte lluvia, ante lo cual los atacantes se dispersaron y volvieron a la formación circular de sus carretas. Además, demostraron tal orgullo que, mediante un mensajero que portaba una carta amenazante, ordenaron a los nuestros que entregaran la ciudad si querían conservar sus vidas.

31.15.6. Pero el mensajero no se atrevió a entrar y la carta fue llevada y leída por un cristiano. Como es lógico, las pretensiones bárbaras no fueron atendidas y el resto del día y de la noche se utilizaron para preparar las obras.

Por ejemplo, se bloquearon por dentro las puertas con grandes piedras, se aseguraron las partes poco seguras de las murallas y se colocaron máquinas en lugares apropiados, para disparar a todas partes piedras y flechas. Además, acumularon allí cerca una cantidad suficiente de agua. Y es que, el día anterior, algunos de los combatientes padecieron una sed tan atroz que estuvieron a punto de perder la vida.

31.15.7. Por su parte los godos, advirtiendo las dificultades de esta contienda, y angustiados al ver que sus hombres más valientes estaban heridos y muertos, mientras que sus fuerzas iban debilitándose, tomaron una astuta decisión revelada por indicación de la propia justicia.

31.15.8. Convencieron a algunos de nuestros hombres, que el día anterior se habían pasado a su bando, para que simularan una fuga e hicieran como si volvieran de nuevo, en un intento de que les acogieran dentro de las murallas. El plan consistía en que, una vez dentro, incendiaran a hurtadillas al-

guna parte de la ciudad. De este modo, cuando levantaran una señal a escondidas, mientras la mayor parte de los defensores intentara apagar el fuego, la ciudad quedaría sin protección y sería invadida.

31.15.9. Los traidores mencionados se apresuraron a cumplir lo establecido y, al llegar junto a las fosas, tendieron sus manos y suplicaron que se les acogiera como romanos que eran.

Se les permitió la entrada porque ningún temor aconsejaba lo contrario y, cuando les preguntaron acerca de los planes del enemigo, no se pusieron de acuerdo en las respuestas. A continuación, después de ser torturados en una sangrienta investigación, murieron con la cabeza cortada, no sin antes confesar lo que habían venido a hacer.

31.15.10. Una vez realizados todos los preparativos para la lucha, cuando se acercaba la tercera vigilia, los bárbaros, que habían perdido ya el temor causado por sus antiguas heridas, se lanzaron en grandes masas contra todas las entradas cerradas de la ciudad, encontrándose con la fuerte resistencia de los que la defendían de esta calamidad.

Pero cuando los provinciales y los cortesanos se dispusieron con gran furia a derrotarles luchando junto a los soldados, tantos eran los distintos tipos de armas que caían sobre los atacantes que, incluso las disparadas al azar, no caían sin producir heridas.

31.15.11. Entonces, los nuestros advirtieron que los bárbaros estaban utilizando los proyectiles con los que eran atacados, de manera que se dio la orden de que, antes de disparar, se cortaran las cuerdas que unían la punta y la madera. De este modo las flechas, al ser disparadas, conservarían toda su fuerza, y una vez que se hubieran clavado en un cuerpo no perdían en absoluto su efecto, pero en caso de que se fallase el disparo, se rompían.

31.15.12. Además, cuando más conflictiva era la situación, se produjo un hecho inesperado que ocasionó un serio pro-

blema. Y es que una de esas máquinas de guerra denominada «escorpión» y conocida vulgarmente como «onagro»[61] fue colocada justo enfrente de donde más apiñados estaban los enemigos. Disparó, entonces, una piedra enorme que, aunque falló en la caída debido a la humareda, sin embargo, al ser vista les causó tanto pánico y estupor por la novedad de esta máquina que intentaron abandonar todos el lugar.

31.15.13. Pero ante la advertencia de sus líderes, las trompetas dieron una señal y se reanudó el combate, un combate en el que los romanos siguieron siendo superiores porque, casi ninguna de sus armas o de sus lanzamientos cayó en vano.

Además, los atacantes, encabezados por generales a los que abrasaba el deseo de hacerse con las posesiones de Valente, se lanzaron al ataque seguidos por el resto, que intentaron igualarles en los peligros.

Algunos cayeron medio muertos y quedaron aplastados por grandes moles o con el pecho atravesado por las armas. Otros, cuando portaban escalas para preparar el ascenso a las murallas desde varios puntos, quedaron sepultados por su propia carga, así como por piedras, trozos y columnas enteras que les cayeron encima.

31.15.14. Hasta que el día no avanzó bastante, ninguno de los ardorosos atacantes perdió las ganas de luchar ante la sangrienta escena, ya que, por otra parte, les incitaba el hecho de que también veían con júbilo cómo caían muchos defensores heridos por los impactos de armas disparadas desde cerca.

De este modo, sin descanso ni mesura, se luchaba con gran encono ya fuera defendiendo la ciudad o atacándola.

31.15.15. Y como las líneas no seguían ya un orden y la batalla se había convertido más bien en una serie de escaramuzas y de grupos adelantados –señal de una desesperación ex-

---

[61] Cfr. 23,4,4, y ss.

trema–, al atardecer, todos los enemigos regresaron tristes a sus tiendas acusándose mutuamente de locura por no haber seguido antes el consejo de Fritigerno y no haber abandonado las calamidades del asedio.

31.16. Los godos, después de ganarse a diversas tropas de hunos y de alanos prometiéndoles una recompensa en oro, intentan en vano hacerse con Constantinopla. De qué modo consiguió Julio, comandante del ejército situado al otro lado del Tauro, echar a los godos de las provincias orientales

31.16.1. Después de esto, durante toda la noche (un período breve por ser verano) los godos se dedicaron a curar a sus heridos con sus prácticas médicas y, ya al amanecer, dudaban entre varias posibilidades sin saber bien a dónde dirigirse. Pues bien, tras muchas opiniones y disputas, deciden ocupar Perinto[62] y, desde aquí, algunas ciudades cercanas, muy ricas según el testimonio de traidores que conocían tanto las interioridades de los hogares como de las ciudades.

Siguiendo, pues, esta opinión, que consideraron acertada, partieron con tranquilidad, devastaron e incendiaron toda la zona y continuaron con su avance sin encontrar oposición alguna.

31.16.2. En cuanto a los defensores de Adrianópolis, después de la retirada del enemigo, cuando los exploradores hicieron correr la noticia de que los enemigos habían abandonado la zona, salieron a media noche y, evitando los caminos más conocidos, a través de senderos abruptos y llenos de maleza, se lanzaron con gran ímpetu y velocidad cargados con todas sus posesiones, unos hacia Filipópolis y, después a Serdica[63], y otros hacia Macedonia, pues tenían la esperanza de

[62] También llamada Heraclea (cfr. 22,2,3).

[63] Es la actual Sofía, en Bulgaria.

encontrar allí a Valente. Y es que ignoraban que éste, o había fallecido en mitad de una batalla, o había conseguido refugiarse en una cabaña donde, según se creía, había muerto por un incendio.

31.16.3. Pero los godos, unidos a los hunos y a los alanos, pueblos valerosos y belicosos en demasía, endurecidos por dificultades y por severos esfuerzos, a los que Fritigerno había sabido ganarse astutamente ofreciéndoles una recompensa, se habían asentado junto a Perinto.

Sin embargo, recordando antiguas calamidades, no intentaron entrar en la ciudad ni atacarla, contentándose a cambio con asolar y causar una devastación total en sus fértiles y extensos campos, además de asesinar o capturar a los agricultores.

31.16.4. Desde allí, como su ansia por conseguir ricos botines era insaciable, en una marcha rápida, conservando las formaciones cuadradas por temor a las emboscadas, se dirigieron a Constantinopla dispuestos a realizar todo tipo de intentos para destruir esta famosa ciudad[64]. Pero, como se comportaron de forma excesivamente orgullosa y llegaron casi a llamar a las puertas de las murallas, la divinidad celestial les castigó del siguiente modo.

31.16.5. Una tropa de sarracenos, acerca de cuyo origen y costumbres hemos ofrecido información sobrada en diversos lugares[65], siendo más hábiles para incursiones y robos que para batallas propiamente dichas, y habiendo llegado allí poco tiempo antes, al ver de repente a la masa de bárbaros, se

---

[64] D. Woods piensa que estos defensores sarracenos estaban en Constantinopla en el 378 simplemente porque pertenecían a la escolta de la emperatriz Dominica. Además, no serían salvajes sedientos de sangre que acabaran de unirse al ejército, sino que eran miembros de las selectas escuelas palatinas. Cfr. D. Woods, «The saracen defenders of Constantinople in 378», *GRBS* 1996, 37(3), pp. 259-279

[65] Cfr. 14,4,1 y ss.; 25,6,8-10.

dispusieron a la lucha y salieron confiados de la ciudad. Tras un combate largo y duro, ambos bandos se retiraron con pérdidas similares.

31.16.6. Pero los orientales cobraron ventaja tras un hecho insólito nunca antes visto. Y es que uno de sus hombres, con pelo largo y con todo el cuerpo desnudo con la excepción del pubis, lanzando un alarido ronco y lúgubre, sacó un puñal y se lanzó en mitad de la tropa de los godos. Entonces, mató a uno de los enemigos, acercó los labios a su garganta y bebió la sangre que se estaba derramando.

Los bárbaros, aterrados ante esta monstruosa escena, no mostraron ya su ferocidad habitual y, cada vez que intentaban hacer algo, avanzaban con paso vacilante.

31.16.7. Posteriormente, su audacia disminuyó aún más cuando advirtieron la gran longitud de las murallas, las grandes dimensiones de los bloques, las riquezas inaccesibles de la ciudad y la populosa población que la habitaba, así como el estrecho cercano que separa el Ponto del Egeo.

Terminaron, pues, los godos con los preparativos bélicos que estaban realizando y, después de recibir más bajas de las que causaron, abandonaron aquella zona y se dispersaron por las provincias del norte, provincias que recorrieron libremente hasta los pies de los Alpes Julianos, llamados Alpes Vénetos en la antigüedad.

31.16.8. En esos días, brilló especialmente la eficacia propicia y atenta de Julio, comandante en jefe del ejército apostado al otro lado del Tauro. Y es que, al conocer los trágicos hechos acaecidos en Tracia, envió unas cartas secretas a sus líderes que, cosa rara en esa época, eran todos romanos. Les pedía que, con la excusa de que iban a recibir la recompensa prometida, condujeran a los suburbios a los godos que habían sido acogidos anteriormente y que se hallaban dispersos por distintas ciudades y campamentos. Y entonces les ordenó que, como si se diera una señal, los mataran a todos ese mismo día.

Gracias a que esta prudente orden se cumplió sin confusión ni demora alguna, las provincias orientales se libraron de serios problemas.

31.16.9. He narrado los hechos comprendidos entre el principado de Nerva y la muerte de Valente, en la medida en que me lo permitían mis fuerzas, siendo yo como soy antiguo militar y griego. Nunca he intentado, en mi opinión, corromper la verdad a sabiendas, ni con omisiones ni con mentiras. Que escriban la continuación aquellos que estén en condiciones de hacerlo, ya por su edad o por sus conocimientos. Pero si a alguien le tienta realizar esta empresa, le aconsejo que aguce su lengua y que adopte un estilo más elevado.



Índice de nombres